





EXPLORACIONES PSICODÉLICAS



Claudio Naranjo

**EXPLORACIONES  
PSICODÉLICAS**

para la transformación colectiva de la conciencia



Ediciones La Llave

Primera edición: septiembre de 2016

2ª edición: junio de 2018

Traducciones del inglés y del portugués: Miguel Portillo

Foto de DVD: Raquel Díaz

© Claudio Naranjo

© Ediciones La Llave, 2016

Fundación Claudio Naranjo

Zamora, 46-48, 6º 3ª

08005 Barcelona

Tel. +34 933092356

Fax +34 934141710

[www.edicioneslallave.com](http://www.edicioneslallave.com)

[info@edicioneslallave.com](mailto:info@edicioneslallave.com)

[www.fundacionclaudionaranjo.com](http://www.fundacionclaudionaranjo.com)

[info@fundacionclaudionaranjo.com](mailto:info@fundacionclaudionaranjo.com)

ISBN: 978-84-16145-26-3

DL nº: B 8254-2016

Impreso en Estilo Estugraf



*Claudio Naranjo en la LSD Conference, Universidad de California en Berkeley, 1966. «La foto corresponde a un momento en que, habiendo terminado de compartir sobre mis experimentos con la ibogaína, apareció en la sala Allen Ginsberg, y aprovechando que yo aún estaba en el proscenio, lo invité a subir para que se dirigiera al público. Ginsberg había sido invitado a la conferencia y luego se le retiró la invitación por el temor de las autoridades académicas a que la reunión perdiera su carácter profesional y atrajese demasiado a los jóvenes».*





## ÍNDICE

Presentación, por el Dr. Josep Maria Fàbregas .....	13
Prólogo .....	27
1. Una autobiografía psicodélica .....	37
2. Estados alterados de conciencia farmacológicamente inducidos .....	87
3. Los psicodélicos interpersonales .....	137
3.1 Investigaciones tempranas sobre los psicodélicos interpersonales .....	137
3.2 Una sesión grupal con MDMA .....	160
3.3 Consideraciones para los futuros acompañantes de sesiones con empatógenos .....	173
4. Los onirofrénicos .....	185
4.1 Introducción .....	185
4.2 Reflexiones sobre la ayahuasca en el desarrollo humano .....	200
4.3 Ayahuasca y psicoterapia (entrevista con Mia Fàbregas) .....	207
4.4 Retrospectiva de una experiencia personal de más de cien sesiones con la União do Vegetal .....	239

*Exploraciones psicodélicas*

El retorno a la inocencia, por Asunta de Hormaechea .	240
4.5 Posibilidades terapéuticas de los nuevos activadores de la fantasía .....	251
4.6 La ibogaína en pequeñas dosis en un contexto grupal preparado .....	275
4.7 Análisis del proceso terapéutico en una sesión de ibogaína .....	319
5. El Psilocybe .....	341
5.1 Entrega y paz, inspiración y autoconocimiento en el proceso de autorreparación inducido por los hongos alucinógenos .....	341
5.2 La conciencia de enfermedad, el despertar del amor y el atisbo de la sabiduría en las experiencias con el Psilocybe .....	357
6. Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica .....	371
6.1 Introducción: sobre la naturaleza psicoespiritual del proceso de transformación sanadora .....	371
6.2 Acerca de la relación de los psicodélicos con el fuego interior, el «poder serpentino» de los sanadores y los «fenómenos pránicos» .....	373
6.3 Las dimensiones del ámbito psicodélico a la luz de la psicología de la meditación .....	387
6.4 La llegada a la conciencia de Ser: un relato autobiográfico, por Mónica Udler .....	403
6.5 Una visión integral del proceso de oscurecimiento e iluminación de la conciencia .....	423
7. Cuestiones de método y formación .....	431
7.1 Acerca de mi manera de conducir grupos psicodélicos	431
7.2 Reflexiones acerca del uso de la música .....	437

*Índice*

7.3 Recomendaciones para la formación de futuros sanadores psicodélicos .....	443
8. El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia .....	457
Apéndices .....	477
I. Artículos de prensa .....	479
Droga amazónica y almas urbanas .....	480
Del Amazonas al fondo del Ser .....	484
El panel de la U. C. afirma que esta droga africana ayuda a obtener perspicacia interior .....	494
Estudio chileno aporta un alucinógeno que pudiera ofrecer claves sobre la psicosis .....	497
II. Artículos de investigación .....	501
Evaluación de 3,4-metilendioxianfetamina (MDA) como complemento de la psicoterapia .....	502
Farmacología animal y psicofarmacología humana de la 3-metoxi-4,5-metilendioxifenilisopropilamina (MMDA) .....	511
Más sobre la MMDA .....	524
Sobre el autor .....	551



PRESENTACIÓN  
POR EL DR. JOSEP MARIA FÀBREGAS

Filósofo, psiquiatra, maestro de terapeutas, buscador y encontrador de significados profundos de la vida, referente mundial de la gestalt, integrador de la herencia psicoespiritual de Occidente y de Oriente, militante e inspirador de la educación transformadora, maestro de la sanación del amor como herramienta de cambio personal, social y transpersonal... Las facetas del doctor Claudio Naranjo son tantas como las mil caras del héroe de las que nos habló Joseph Campbell (que, por cierto, fue su amigo: uno de los muchos amigos interesantísimos de este hombre interesantísimo). Pero nunca me cansaré de insistir en una de las facetas menos conocidas de este investigador excepcional de largas barbas blancas, corazón tierno y fuerte carácter: la de pionero de la investigación en psicofarmacia desde los primeros años sesenta, así como la de ser una figura de importancia fundamental en el desarrollo de las terapias psicodélicas, no solo en la época dorada de la Revolución de Conciencia de la década prodigiosa, sino también después, en los revueltos años setenta de la prohibición, en los tenebrosos años ochenta de la «guerra contra las drogas», en los anodinos años noventa del conformismo... y

*Exploraciones psicodélicas*

en el resurgir, 40 años después, ya en el siglo XXI, del interés médico y humanista por las sustancias psicotrópicas como portadoras de una nueva revolución, esta vez de la psiquiatría (que, al contrario que otros campos de la medicina, quedó estancada hace 40 años en el Haloperidol y el Prozac), así como en la búsqueda de conciencia.

Veamos hasta qué punto la labor de Claudio ha sido la de un pionero. A mediados de los años sesenta, cuando ya había visitado la Amazonía para experimentar de primera mano con la ayahuasca y ya tenía una experiencia dilatada como terapeuta, Claudio se había aliado con Alexander Shulgin y Tony Sargent en la investigación y el desarrollo de toda una panoplia de psicofármacos hasta entonces inimaginables. Fue una asociación de una década con unos resultados asombrosos. Juntos, desarrollaron más de 100 psicoactivos. Y no solo eso, sino que redescubrieron la MDMA o éxtasis, abandonado por los laboratorios Merck tras descubrirla en 1912, al creerla una sustancia inservible.

El mérito de estos «alegres muchachos» de la química psicodélica es inabarcable. Hoy en día, investigar sustancias visionarias, psicodélicas o psicodislépticas requiere de una gran valentía, pero si lo trasladamos a la época en que Shulgin, Naranjo y Sargent comenzaron, nos encontramos con algo muy meritorio, en un momento en que no existía una demanda para ello, ni una sensibilización generalizada sobre la necesidad de abrir las puertas de la mente hacia lo desconocido. Que en los primeros años sesenta alguien intuyera y propusiera la posibilidad de utilizar nuevas sustancias psicodélicas, más allá del LSD, para su uso terapéutico, es muy sorprendente. El catálogo de lo creado lo recogió en parte Shulgin, el más mayor de los tres y jefe del equipo, en sus libros *PiKHAL* (*Phenethylamines I Have Known And Loved*) y *TiKHAL* (*Tryptamines I Have Known And Loved*). Un

*Presentación*

catálogo que incluye sustancias como TMA, DMMDA, TeMA, DOM, 2C-B, 2C-T-7, U4E... entre otras docenas.

Pese a que entre la comunidad psicodélica de los Estados Unidos haya existido una tendencia a no recordar ni valorar suficientemente el papel de Claudio, los inestimables frutos de esa colaboración suya con Shulgin durante los años sesenta permanecen, sin embargo, fuertemente arraigados entre nosotros, y creo que el hecho de que Shulgin acabara siendo reconocido como «el padre del Éxtasis», implica cierta injusticia ante un trabajo de investigación en equipo donde Naranjo también resultó fundamental por sus ensayos clínicos, tanto en lo que se refiere a la MDMA como en el caso de tantas y tantas fenetilaminas.

Y ya que hablamos de pruebas clínicas, una de las características más llamativas de aquel equipo es que no solo investigaba, sino que también era el primero en probar los resultados, ante todo como una manera de proteger a futuros usuarios, lo que me parece de una grandeza ética espectacular. Muchos científicos experimentan con animales, pero uno que experimenta consigo mismo, que es capaz de asumir ese riesgo y esa responsabilidad y, a partir de tal vivencia personal, trasladarla al público para que cuente con información fidedigna y ensayos previos, se convierte inevitablemente en un referente fundamental para la creación y buena dirección de una masa crítica de «guerreros psicodélicos» conscientes y capaces de ayudar a muchas otras personas en su búsqueda. Por mi parte, debo reconocer que sería incapaz de prestarme como cobaya humana de mis propios experimentos. No sé si estos pioneros tenían claro qué sustancias podían fréir sus cerebros y cuáles no. Sea como sea, lo hicieron y sobrevivieron a ello.

En mi trabajo como psiquiatra especializado en el tratamiento de toxicomanías, los buscadores de sensaciones que abren la

*Exploraciones psicodélicas*

boca y cierran los ojos forman una cohorte numerosa. Es fundamental, por ello, que se desarrollen formas de protección social, de precaución, de generación de información, de investigación —nunca de represión, prohibición u ocultación, que, como ya hemos visto, traen consigo terribles consecuencias sociales, de salud pública y de restricción de las libertades. Es curioso que el grupo de los investigadores que generan libros, sintetizan sustancias y marcan el camino para mejorar el mundo, y el grupo de los candidatos a ingresar en una clínica de desintoxicación compartan una característica común: el desprecio al riesgo al que se exponen al experimentar sobre sus propios cuerpos. Unos y otros están cerca, y así lo demuestra, creo, el ejemplo de Howard Lotsof, que primero fue un yonki en las calles de Nueva York y, al encontrarse con la ibogaína y rehabilitarse, se convirtió en un investigador imprescindible —más tarde, por cierto, trabaría relación con el descubridor de los efectos de la ibogaína, que no es otro que Claudio.<sup>1</sup> Pero más allá de semejanzas aparentes, parece que la sabiduría del investigador, del pionero, ejerza un inestimable efecto protector: tras cientos, miles de «viajes» psicodélicos tal vez, Shulgin murió con casi 90 años y con toda su compostura de caballero. Ignoro la suerte que ha corrido Sargent. Pero la vida y obra de Naranjo es más que conocida: a sus 83 años, sigue siendo una de las mentes más privilegiadas del panorama intelectual, psicoterapéutico, transpersonal y humanista del mundo anglosajón y latinoamericano. Por no decir del mundo entero. Y es seguramente el referente vivo más importante del mundo de las exploraciones psicodélicas.

1. El Dr. Naranjo fue el primero en describir los efectos alucinógenos de la ibogaína y en involucrarse en experimentos clínicos con el extracto de terbanato de iboga. Además, a principios de 1960 condujo 40 sesiones de ibogaína con voluntarios en Chile, y fue el primero en describir la experiencia científicamente. (*N. del E.*)



*Presentación*

Más recientemente, como ya hizo Shulgin con la fenetilaminas, Claudio ha recogido sus investigaciones como pionero de uso terapéutico del yagé en el libro *Ayahuasca, la enredadera del río celestial*. Ahora nos presenta *Exploraciones psicodélicas*: cincuenta años de trabajos terapéuticos con catalizadores de conciencia que van a dejar a los lectores realmente sorprendidos: «Pero... ¿se ha estado investigando con drogas todo este tiempo? ¿No era ilegal? ¿Cómo no nos hemos enterado antes del enorme potencial terapéutico de las sustancias que se describen en este libro? ¿Se avecina el fin de la prohibición y de la “guerra contra las drogas”? ¿Vamos a tener en breve éxtasis con receta médica, como dice Rick Doblin, de MAPS (Multidisciplinary Association for Psychedelic Studies)? ¿Cómo será una sociedad futura donde los psicodélicos se usen con sentido común y sean administrados no por expertos, sino por sabios, como propone Naranjo?» Cuántas preguntas... Creo que todas ellas se responden, sea implícita o explícitamente, en las páginas de este potentísimo libro.

En el tiempo de los pioneros, había psicofarmacólogos como Shulgin, psiconautas como Huxley, y psiquiatras como Osmond. En cambio, Naranjo fue estas tres cosas a la vez. Esta suma de roles le dio un giro a la investigación y a las aplicaciones prácticas de las sustancias psicodélicas: nadie ha ido tan lejos, nadie ha avanzado tanto en su aplicación terapéutica como Claudio. Medio siglo después, se erige como el psicoterapeuta vivo con mayor experiencia clínica en el tratamiento individual y en grupo con psicodélicos. Hay que reconocerle y dar valor a esa capacidad suya de intuir un camino que en aquel momento no tenía un sentido pleno.

Vamos a hablar un poco del regreso a la investigación con psicodélicos, 40 años después. Una investigación que, como evidencia este libro, nunca cesó, sino que tomó formas discretas,

*Exploraciones psicodélicas*

más allá de los cauces institucionales, para evitar la larga mano del prohibicionismo. En los años sesenta se dio un momento crucial en la historia de la búsqueda de la conciencia: esa década encontró en activo a Albert Hofmann, a Shulgin, Naranjo y Sargent, a Humphrey Osmond, a Ken Kesey y Timothy Leary, a Alan Watts, Richard Alpert, Stanislav Grof, Jonathan Ott, Antonio Escohotado, Richard Jensen y otros muchos investigadores, conviviendo sobre la faz de la tierra con Ernst Jünger, Aldous Huxley, Robert Graves, Gregory Bateson, Arthur Koestler, Henri Michaux, Anaïs Nin, Allen Ginsberg, Jack Kerouac, William Burroughs y muchos otros célebres psiconautas. Fue una generación realmente prodigiosa. Y, sin embargo, la «guerra contra las drogas» de las administraciones conservadoras de Nixon y Reagan cortó de raíz con esa revolución de los psicofármacos. Hoy en día estamos ante la defunción oficial de esa nefasta guerra: si hace diez años, al proponerse los objetivos para la década, las Naciones Unidas marcaron el de la erradicación de las sustancias ilegales, hoy podemos decir que esa batalla está perdida: hay más drogas, más baratas, puras y asequibles. Aunque, por desgracia, el mercado negro no ofrece ninguna garantía a los usuarios. Estamos, también, ante un nuevo debate público que intenta rectificar el rumbo desnortado del prohibicionismo, y ya se habla abiertamente de negociar con los usuarios posturas de responsabilidad. Sería muy interesante llegar a nuevos acuerdos sociales en el uso de sustancias psicotrópicas, pues, a pesar de los esfuerzos del prohibicionismo, hoy en día nos encontramos ante problemas nuevos, como el de la falta de percepción de riesgo entre los adolescentes: los abusadores de cannabis se han multiplicado y se inician más temprano que hace unos años, lo que unido a una marihuana modificada genéticamente y a factores de vulnerabilidad y riesgo psicosociales, arroja un repunte de los trastornos de

*Presentación*

aprendizaje, de conducta y psiquiátricos, directamente asociados con este consumo.

Por ello me parece muy importante una nueva concientización y comprensión de los psicotrópicos en general. Una de las tesis del libro de Naranjo me ha parecido muy importante en este sentido: la necesidad de formar a profesionales que puedan trabajar como especialistas en la administración de sustancias psicodélicas, que puedan dinamizar los grupos de usuarios de estas sustancias, que sepan seleccionar a los participantes para evitar a los golosos y prevenir a personas vulnerables de riesgos innecesarios, que puedan sumar al uso de sustancias una amplia preparación psicoterapéutica y de conciencia. Ello debería acompañarse de una política de información pública transparente y responsable, así como de ciertas restricciones: si para conducir un coche hacen falta 18 años, para drogarse deberían hacer falta los mismos 18 y puede que algunos más, ya que un usuario de psicodélicos debería haber completado el proceso de maduración biológica de sus redes neuronales y tener la edad suficiente como para saber sopesar los riesgos. El resultado de todo esto podría situarnos ante un panorama mucho más sano (en términos de salud pública) que el presente. Pues quiero remarcar algo, y más ante el actual panorama de ilegalidad y tráfico no sujeto a controles de calidad: las llamadas «drogas» tienen indicaciones terapéuticas, médicas y psicológicas que en su mayor parte aún están por descubrir; pero también tienen contraindicaciones, como cualquier otra sustancia farmacológica. Es un error, por ejemplo, creer que lo «natural» no puede dañar. Y si un facilitador de tomas de ayahuasca no se ha formado concienzudamente en la prevención de riesgos asociados a esta infusión sagrada, estará poniendo en riesgo la salud de muchas personas. Los servicios de vigilancia farmacológica tienen protocolos que

*Exploraciones psicodélicas*

sirven para identificar problemas y contraindicaciones en aras de la salud de los consumidores; no digo que sea un sistema perfecto, pero funciona y evita efectos indeseables. En este sentido, el derecho a la investigación se hace fundamental: evaluar los efectos de las sustancias psicodélicas es asegurar el bienestar de millones de usuarios en todo el mundo. Una base de datos anónima que recogiera efectos secundarios descritos por usuarios de todo el mundo sería de una gran ayuda, y qué decir de Energy Control, cuyos análisis confidenciales habrán evitados muchísimas sobredosis. Existe, además, un campo de investigación novedoso y muy prometedor que ya aplicamos en la clínica donde desempeño mi rol profesional: el análisis de códigos genéticos para prever, entre otras cosas, los efectos secundarios de algunos medicamentos. Nos hemos dado cuenta de que, genéticamente, cada persona metaboliza de una manera diferente los medicamentos. Un metabolizador lento necesitará, por tanto, una dosis mucho menor que un metabolizador rápido. Y aquí, seguramente, se halla la razón del por qué ciertos medicamentos causan efectos secundarios a unos pocos de entre miles de personas, o por qué una misma dosis de droga puede afectar gravemente a una persona mientras que puede no hacerle ningún efecto a otra. ¿Era un sorteo? No: son las condiciones físicas y el código genético personal los que determinan tales efectos, y ello nos llevará a afinar con gran precisión la administración de las dosis medicamentosas en el futuro.

Los factores de vulnerabilidad psicológica tampoco son desdénables. Hay personas con estructuras psicológicas más estables que toleran la experimentación sin ningún problema. Hay otras, en cambio, a las que el más pequeño empujón las desbarata. Uno de los efectos más deseables y formativos de los psicodélicos son las experiencias de muerte y renacimiento, así como la

*Presentación*

desidentificación con el propio yo. La flexibilidad de la estructura del yo es aquí fundamental. Y cuando el yo ha sido desmontado y vuelto a organizar a través de una experiencia psicodélica, lo que queda después suele ser más estable, más gozoso y seguro que cualquier otra estructura que viva con el miedo a ser desmontada o confrontada.

Más allá de eso, como decía, toda sustancia médica tiene indicaciones y contraindicaciones. Las tiene incluso la aspirina (y muchas), que algunas personas usan de por vida como protector cardiaco. La MDMA tiene realmente algunos usos terapéuticos muy claros: en el trastorno por estrés postraumático ejerce como un desbloqueador de las emociones. En personas extremadamente vulnerables, muy raramente, podría producir cuadros autorreferenciales, psicóticos. Pero utilizada en las dosis correctas, con una distancia de seguridad en el tiempo entre toma y toma, en el lugar correcto, con los acompañantes adecuados, nos encontramos ante una sustancia lo suficientemente segura como para que resulte absurdo no aprovechar sus beneficios terapéuticos. Si hablamos de la ayahuasca, cuya neurotoxicidad y hepatotoxicidad sencillamente no existe, nos situamos delante de una sustancia con capacidad aún mayor de evocar recuerdos, revivirlos con la intensidad con la que fueron creados, reordenarlos; quizás no podamos cambiar la realidad de los traumas experimentados, pero sí podemos reconciliarnos con el pasado, por traumático que haya sido. En Brasil, un torturador chileno acudió a tomar ayahuasca en una sesión de la que fui testigo. Sin saberlo, en ese mismo grupo contábamos con otro hombre que había sido víctima de torturas durante la dictadura argentina. Ambos tuvieron oportunidad de confrontar el inmenso dolor que esas situaciones vitales les había supuesto. Y ambos llegaron a una purga y armonización de ese pasado.

*Exploraciones psicodélicas*

En *Exploraciones psicodélicas*, Claudio habla de su propia experiencia con sustancias que parecen ser, por un lado, suficientemente seguras, y por otro, muy indicadas para acometer con ellas terapia psicodélica. Se trata de la MMDA, la MDMA, ayahuasca, ibogaína, psilocibina, etc. No se puede obviar que esas experiencias propias descritas por Claudio, esas magníficas sesiones transcritas de sus grupos psicodélicos, donde ocurren *insights* maravillosos y regalos existenciales de una magnitud sobrecogedora, representan uno de los grandes regalos en que este libro contribuye al avance del conocimiento. Y esto representa la cara más luminosa de la investigación con psicotrópicos.

Por otra parte, hay sustancias como la cocaína o la heroína que parece que no presentan este potencial de ayuda. Se me haría muy extraña una dinámica de grupo apoyada en la cerveza o el vodka, aunque Gurdjieff lo utilizaba con sus discípulos. En mi opinión, la gran diferencia entre unas y otras sustancias es que las primeras son expansores de la conciencia, mientras que la cocaína es un focalizador de la atención y la heroína, así como las benzodiazepinas y el alcohol, son depresores del sistema nervioso central.

Después de dos décadas en que equipos de investigación poco sólidos y de financiación sospechosamente tendenciosa se dedicaron a asustar a la comunidad describiendo efectos catastróficos del consumo de casi cualquier sustancia psicodélica conocida, hoy en día nos encontramos con un resurgir del interés científico por las capacidades terapéuticas de los psicodélicos, y cada año aparecen más estudios en revistas especializadas donde, con suficientes garantías, se evalúan las potencialidades benéficas de estas sustancias. La investigadora Teri Krebs y el psicólogo clínico Pål-Ørjan Johansen, del Departamento de Neurociencias de la Universidad Noruega de Ciencia y Tecnología, utilizaron datos de una encuesta nacional de salud de Estados Unidos con

*Presentación*

130.000 personas para ver si había relación entre el uso de drogas psicodélicas y problemas de salud mental. Los autores no encontraron ninguna relación; sin embargo, sí encontraron algunas asociaciones significativas entre el uso de drogas psicodélicas y una menor prevalencia de problemas de salud mental. Un par de estudios sobre tomadores de ayahuasca ritual en los que he participado revelan datos similares. Los realizamos, con autorización del gobierno de Brasil, junto con científicos, médicos e investigadores de la talla de José Carlos Bouso, Débora González, Sabela Fontdevila, Marta Cutchet, Xavier Fernández, Paulo César Ribeiro Barbosa, Miguel Ángel Alcázar-Córcoles, Wladimir Sena Araujo, Manel J. Barbanoj, y Jordi Riba. Los estudios «Evaluación de la severidad de la adicción entre usuarios rituales de ayahuasca», y «Personality, Psychopathology, Life Attitudes and Neuropsychological Performance among Ritual Users of Ayahuasca: Longitudinal Study», publicados respectivamente en *Drug and Alcohol Dependence* y en *PLoS ONE*, revelaron que el uso ritual de ayahuasca no provoca las alteraciones psicosociales que típicamente causa el abuso de otras sustancias, y que todos los tomadores de ayahuasca estudiados (con 15 años de consumo dos veces por semana) puntuaban mejor en pruebas de capacidad de resolución y no representaban mayor índice de problemas psicopatológicos ni deterioro cognitivo.

Sin embargo, estos estudios presentan limitaciones metodológicas, como el fenómeno de la autoselección, que consiste en que desconocemos cuántos individuos pueden haber abandonado el consumo por presentar efectos nocivos; o el hecho de que no tenemos valoraciones previas de antes de que estos grupos se iniciaran en el consumo de ayahuasca. Con todo, descubrimos que los usuarios de ayahuasca de larga duración obtenían puntuaciones muy superiores en cuestiones relacionadas con el

*Exploraciones psicodélicas*

sentido de la vida, la satisfacción personal, el humanismo, la vida intrapsíquica, la capacidad para la empatía, etc.

Otra limitación metodológica importante para los análisis científicos de los beneficios y contraindicaciones de los psicodélicos es la importancia del *setting*: no es lo mismo tomar ayahuasca enchufado a sensores en un hospital que en una ceremonia en medio de la naturaleza, por lo cual se convierte en algo complicado la evaluación en laboratorio.

Además, el mundo de los psicodélicos no está ni puede estar en manos únicamente de la comunidad médica, científica o psicoterapéutica. Tan solo en el muy diverso mundo de la ayahuasca existen los linajes chamánicos tradicionales, el mundo religioso de las iglesias ayahuasqueras brasileñas como el Santo Daime, y los representantes occidentales del mundo de la investigación y la psicoterapia. El gobierno brasileño reunió a estas tres líneas en un simposio hace unos años: el objetivo era decirle al mundo que la ayahuasca no era una droga y, ni mucho menos, debía estar prohibida. Poner de acuerdo a estas tres líneas resultó una auténtica proeza, pues cada grupo se reivindicaba como genuino portador del conocimiento.

Como he dicho anteriormente, Claudio Naranjo es alguien que suma muchos méritos, y creo que por ello debe estar al frente de la lucha por hacer comprender al mundo la importancia de la investigación y la psicoterapia con psicodélicos. Claudio es un chamán reconocido por el mundo de los *taitas* indígenas amazónicos como un igual; asimismo, es alguien que ha sido investido de autoridad para officiar el ritual reservado a los *padrinhos* del Santo Daime; por último, su ascendencia y referencialidad como investigador de universidades como Berkeley, profesor de la Universidad de California en Santa Cruz, doctor en psiquiatría y pionero investigador en psicofarmacología está ya más que acreditada.



*Presentación*

Sigo pensando que su idea de crear una escuela de formación de facilitadores de terapia psicodélica va más allá de lo visionario. Semejante planteamiento representa una superación de las diferencias entre los tres mundos descritos, pues tal escuela los integraría a todos indefectiblemente. Sería, además, la ocasión de rescatar del anonimato a los muchos psiquiatras, psicoterapeutas y otros osados que, a día de hoy, continúan discretamente practicando terapia psicodélica, como ya lo hicieran en los años sesenta y setenta, cuando los psiquiatras aún podían suministrar psicodélicos en libertad a sus pacientes en buena parte del mundo sin que ello generara críticas ni problemas legales. Y ya es hora de que se haga público este secreto a voces.

La escuela que reivindica Claudio Naranjo evitaría, además, otro de los males que creo derivados del prohibicionismo: el amateurismo chamánico, los cursos de «capacitación» de fin de semana, el mercantilismo de la pluma y la maraca. ¿Quién tiene derecho a decidir que otro está o no autorizado a administrar plantas sagradas o sustancias psicodélicas? Existe el mérito, existe la grandeza y la perseverancia: Claudio reúne todo ello, así como reúne las características que se necesitan para ser un referente en el territorio sutil de la psicodelia: ser a la vez un chamán, un científico experimentador y un maestro humanista.

Estamos ante una nueva etapa en la historia de la psicodelia. Tenemos ante nosotros un futuro muy prometedor. Sabemos ya que el LSD ayuda a los pacientes que sufren de dolores de cabeza debilitantes, según un estudio. Que las microdosis de LSD se está reportando que son extremadamente beneficiosas para el desarrollo de la creatividad. Que la psilocibina ayuda a aliviar la ansiedad de pacientes con cáncer avanzado, que puede reconfigurar el cerebro de las personas con depresión, y eliminar el bucle de pensamientos negativos, ya que hay estudios que lo sugieren,

*Exploraciones psicodélicas*

también. Que la ketamina es prometedora como antidepresivo de acción rápida, como sostiene otro estudio científico. Que la ibogaína es extremadamente útil para desintoxicar a adictos recalcitrantes. Y ya nos hemos referido a los muchos beneficios (sin olvidar, por supuesto, que siempre habrá contraindicaciones) de la MDMA o la ayahuasca. Se avecina, pues, una revolución. Una que probablemente supere por la derecha al Prozac, al Haloperidol y al Valium. Y que por fin se ocupe de la raíz de los males psiquiátricos y psicológicos, en vez de persistir en el error de tratar solo los síntomas. Los psicodélicos actúan sobre la raíz de los problemas. Son directos, claros, inspiradores, y aunque las contraindicaciones no sean desdeñables, y por lo tanto no sean una panacea, es evidente que ya no podemos ni prohibirlos ni ignorarlos más: la salud de nuestra civilización necesita esta oportunidad para el conocimiento.

Claudio Naranjo ha escrito, sobre todo esto, un libro imprescindible. En él se traza la ruta hacia un futuro donde la sociedad disponga de lo que Claudio ha dado en llamar la «dinamita psíquica» que necesitamos para evitar el peligroso y negro futuro que se avizora si no hacemos nada por elevar el nivel de nuestra conciencia como civilización. En ese sentido, Claudio se puede equiparar a un profeta que nos devuelve la esperanza en que un mundo despierto, amoroso y pacífico es posible. Solo por ello (y por mucho más), *Exploraciones psicodélicas* es un viaje que vale la pena iniciar. Y creo que, por su valor, nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos seguirán pudiendo encontrar inspiración en estas páginas.

## PRÓLOGO

Siento que llega el momento oportuno para volver a un tema del que he dicho relativamente poco desde los años sesenta, cuando de manera providencial me tocó ser el primer investigador de los efectos terapéuticos de una serie de sustancias (como la ayahuasca, los «empatógenos» y la ibogaína) de las cuales recientemente se habla mucho y que desde entonces han afectado la conciencia de multitudes.

Últimamente se me pide a menudo que comparta mi experiencia como testigo de mi uso experimental o terapéutico de tales sustancias, especialmente después de que acepté, años atrás, la propuesta de Ediciones La Llave para terminar un libro sobre la ayahuasca escrito en los años sesenta. Así, por ejemplo, su publicación llevó a que se me invitara a ofrecer la conferencia de apertura en el primer Congreso Internacional sobre la Ayahuasca, que tuvo lugar en el año 2014 en Ibiza, y a que editoriales italianas a su vez se interesaran en publicar tanto ese libro nuevo como mi viejo libro *The Healing Journey*, escrito en la década de los sesenta.

Pero no solo porque se me piden entrevistas y conferencias me he decidido a escribir ahora un nuevo libro acerca de los psicodélicos, sino porque ya no es razonable pensar que se pueda, a los 83

*Exploraciones psicodélicas*

años de edad, dejar las cosas pendientes para un futuro indeterminado, y conviene que haga pronto lo que me parece suficientemente importante. Se suma además a estas razones una de mayor peso, cual es que me parece que sea *el momento justo de hacerlo*; pues está a la vista que las autoridades comienzan a cuestionar el prohibicionismo acérrimo que han abrazado hasta ahora respecto al uso de estas sustancias, e intuyo que mi voz pueda servir para que se proceda como mejor conviene entre las alternativas que se vienen debatiendo desde hace décadas. Pues a semejanza de la situación de la «guerra fría» de tantos años entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, me parece que no se ha sabido superar el impasse entre el espíritu represivo y el libertarismo; y más precisamente, el conflicto entre la «guerra a la droga» y el llamado a la libertad y a la autonomía respecto a la exploración de la propia conciencia.

El feminismo ha debilitado ya a la cultura patriarcal que ha dominado a través de la historia de todas las actuales civilizaciones, llevándonos al umbral de lo que se ha entrevisto como una nueva era, pero es también obvio que nuestro orden patriarcal agónico se defiende a través de una intensificación de su carácter violento, explotador y deshumanizante, y que por ello vivimos una situación progresivamente más crítica. Por ello he venido predicando durante los últimos quince años la necesidad de un cambio de conciencia a través de la educación; pero últimamente he comenzado a sentir que ha llegado a tanto la fosilización de nuestras instituciones educativas y la negligencia de casi todos los gobiernos respecto a la necesidad de reformar la actual educación para la mediocridad, que es posible que ese cambio necesario de conciencia que pueda ponerle fin a la crisis multifacética de nuestra sociedad corrupta y agonizante vaya a hacer imperativa la sabia aplicación del potencial sanador de los así llamados «alucinógenos».

A propósito de este término, explicaré desde ya que he elegido

*Prólogo*

para el título de este libro la palabra «psicodélico», cuya etimología se refiere a la «expansión» (*delos*) de la conciencia, en lugar del término médico más habitual y formal de «alucinógeno», que es literalmente incorrecto (pues las imágenes que típicamente se visualizan bajo su efecto no constituyen verdaderas alucinaciones, que por definición se confunden con la realidad).<sup>1</sup> Además, no comparto el prejuicio de aquellos que quieren evitar el supuesto desprestigio de la asociación del término más apropiado (psicodélico) con la época de hace un medio siglo cuando, a mediados de los años sesenta, sintieron las juventudes en torno a las universidades de Harvard y California (y luego en todos los Estados Unidos y hasta más allá) que la perversión de las formas habituales de vida y de las instituciones vigentes justificaba una «contracultura».

Por cierto que sea que se habló prematuramente entonces de una «Nueva Era» (que seguimos esperando), no solo me parece válido el concepto, nacido entonces, de una «revolución de la conciencia», sino que me parecen validados por la historia los innumerables frutos de esa fecunda época, que tanto intentaron las autoridades combatir y desprestigiar: la nuevas terapias, el interés en las tradiciones espirituales de Oriente, el pacifismo, la ecología, una nueva etapa en el desarrollo del feminismo, la solidaridad con el movimiento por los derechos civiles, etc. Y si bien el miedo de las autoridades a la voz de las juventudes llevó a la intensificación de las tendencias represivas y conservadoras (que han imperado en el mundo desde entonces), me parece que no debemos caer en el engaño de condenar algo que más bien nos conviene saber apreciar; pues la conciencia psicodélica

1. Igualmente inapropiado me parece hablar de «enteógenos», ya que el potencial «misticomimético» de estas sustancias no se manifiesta más comúnmente que sus efectos «psicotomiméticos» o intensificadores de estados psicopatológicos, y la insistencia en tal uso adolece de una intención propagandística deshonestas.

*Exploraciones psicodélicas*

que inspiró a esa época puede ser lo que más sirva hoy en día para que la transformación sociocultural y políticoeconómica en que vamos ya entrando fluya de acuerdo a una sabiduría que nuestra ciencia apenas podría comprender, y que solo nuestra conciencia madurada sabrá navegar a medida que vaya despertando. Pues como dijo Einstein y a menudo se repite: «Ningún problema puede resolverse desde el mismo nivel de conciencia que lo creó».

Decía famosamente Nietzsche que solo el espíritu dionisiaco podrá liberarnos del espíritu represivo de una sociedad cristiana occidental fosilizada, y Alain Danielou argumentó elocuentemente sobre la identidad entre el dios que los griegos conocieron como Dionisio y aquel que los hindúes llamaron Shiva, del que esperan la transición de nuestro oscuro Kali Yuga a una nueva Edad Dorada. Pues bien, el espíritu dionisiaco que caracterizó al espíritu libertario de la contracultura en California durante los años sesenta (como lo conmemora el libro *A un dios bailarín*, del teólogo Sam Keen) se relaciona estrechamente con la disolución del ego bajo el efecto de los psicodélicos. No solo lo revela la fenomenología de las correspondientes experiencias, sino también la historia de la más antigua de las religiones occidentales, que nos informa que el vino que se empleaba en los misterios de Eleusis contenía algo más que jugo de uva fermentado.

Se comprenderá, entonces, que para uno que intuye que tanto Nietzsche como la profecía hindú han sido acertadas y que ha sido testigo además del efecto profundamente transformador de una sola experiencia psicodélica en muchísimas personas, el dar cuenta de tales experiencias constituya no solo un libro más, sino que uno escrito con un especial sentido de responsabilidad social. Es más: escribo con la esperanza de que, así como durante los años sesenta la vida me hizo el primer investigador de importantes

*Prólogo*

psicofármacos, pueda ella estar dándome la oportunidad de contribuir ahora a que el conocimiento de los psicodélicos llegue a ser apreciado y reconocido como un recurso necesario a esa evolución colectiva de la conciencia que tan problemáticamente hemos venido resistiendo.

He comenzado este libro con una «autobiografía psicodélica» que, como implícito resumen de mis actividades, servirá como marco de referencia para los capítulos siguientes, y también para una serie de artículos científicos o de prensa que he relegado a una sección de anexos o insertado como ilustraciones.

A continuación, me ha parecido oportuno reproducir el capítulo sobre «estados alterados de conciencia farmacológicamente inducidos» que me fue solicitado durante la década de los ochenta por Benjamin Wolman (editor también de la más extensa de las enciclopedias de la psicología) para un *Manual sobre los estados alterados de conciencia*.<sup>2</sup>

En tercer lugar, abordo el tema de los «psicodélicos interpersonales», que me tocó descubrir y a los que bauticé como *feeling enhancers* (u optimizadores afectivos) aunque son mejor conocidos hoy como «empatógenos»; y comienzo a hacerlo con la transcripción de una conferencia que pronuncié en la Iglesia Unitaria de San Francisco en respuesta a la invitación de la Multidisciplinary Association for Psychedelic Studies (MAPS) en el quincuagésimo aniversario del descubrimiento del LSD-25. Ya apareció esta transcripción en el libro sobre el «éxtasis» de Julie Holland.<sup>3</sup>

Además, y siempre en la sección del libro dedicada a los psicodélicos interpersonales, he incluido y comentado la transcripción

2. Wolman, Benjamin (ed.), *Handbook of States of Consciousness*, Van Nostrand Reinhold, Nueva York, 1986.

3. Holland, Julie: *Ecstasy: The Complete Guide: A Comprehensive Look at the Risks and Benefits of MDMA*, South Paris, Maine, 2001.

*Exploraciones psicodélicas*

de una sesión grupal con la MDMA (3,4-metilendioximetanfetamina), y también algunos consejos para su uso en psicoterapia individual, y en un apéndice he seleccionado algunos pasajes de un libro nunca publicado acerca del uso terapéutico de la MMDA (3-methoxy-4,5-metilendioxianfetamina), que me parece el psicodélico más apropiado para la potenciación de la terapia gestalt.

En cuarto lugar, le dedico un espacio a las sustancias «oni-rofrénicas»; es decir, las betacarbolinas y la ibogaína. A pesar de que respecto a las primeras ya he escrito bastante en mi libro sobre la ayahuasca, incluyo en el presente volumen algunos textos nuevos, comenzando por una entrevista que me hizo Pedro Barbadillo durante el citado congreso internacional de 2014 sobre la ayahuasca, y que en vez de transcribir incluyo en forma de DVD adjunto. También incluyo como capítulos nuevos acerca de la ayahuasca la transcripción de lo dicho en tal congreso, en la mesa redonda sobre ayahuasca y desarrollo humano, así como la conferencia sobre ayahuasca y psicoterapia impartida online bajo el auspicio de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), y que tomó la forma no planificada de una conversación con Mia Fàbregas, quien me presentó. Además, he añadido una breve sinopsis de Asunta Hormaechea acerca de su experiencia de más de un centenar de tomas de ayahuasca en la União do Vegetal.

Respecto a la ibogaína, lamento haber extraviado el artículo que redacté al preparar mi visita a la conferencia sobre LSD de 1966 en la Universidad de California, pero me ha parecido oportuno reproducir aquí una conferencia dada en un hospital de California en el curso de 1968 (más tarde publicada por el *Journal of Toxicology*) que contiene la primera descripción escrita de una sesión con la ibogaína.

El capítulo siguiente, sobre el uso de la ibogaína en pequeñas



*Prólogo*

dosis en un contexto de meditación, autoconocimiento y liberación, constituye un trabajo reciente que redacté como cierre del Primer Congreso Internacional sobre la Ibogaína que tuvo lugar en marzo de 2016 en Tepotzlán.

La sección siguiente del libro contiene un par de artículos relativos a un alucinógeno clásico, el hongo *Psilocybe*, en los que he destacado diferentes aspectos de esta experiencia de alto potencial transformador cuando se la hace en un contexto grupal y después de una preparación de algunos días a través de la meditación, el autoconocimiento y actividades expresivas.

A continuación paso al tema de lo espiritual, y luego de hacer algunas consideraciones generales al respecto presento un ensayo acerca de cómo la experiencia psicodélica a menudo constituye un despertador del proceso psicofisiológico que la espiritualidad hindú describe como «el despertar de la kundalini».

Después incluyo un ensayo acerca de la interpretación de la experiencia psicodélica a la luz de la psicología de la meditación, que fue escrito originalmente como aporte al *Festschrift* en honor del doctor Albert Hoffman (editado por Christian Ratsch y publicado como *Gateway to Inner Space: A Festschrift in Honor of Albert Hofmann*)<sup>4</sup> y luego incluido en el *Year Book of Cross-Cultural Medicine and Psychotherapy*.<sup>5</sup>

Además, he incluido en esta sección del libro dedicada a los aspectos espirituales de los viajes psicodélicos el relato particularmente lúcido de un proceso de transformación escrito por

4. Ratsch, Christian (ed.), *Gateway to Inner Space: A Festschrift in Honor of Albert Hofmann*, Prism Press, Bridport, Dorset, 1989.

5. Winkelman, Michael; Andritzky, Walter (eds.), *Year Book of Cross-Cultural Medicine and Psychotherapy: Sacred Plants, Consciousness, and Healing: Cross-Cultural and Interdisciplinary Perspectives*, Verlag für Wissenschaft und Bildung, Berlín, 1995, pp.75-90.

*Exploraciones psicodélicas*

Mónica Udler, profesora de filosofía y sufi que a través de varias sesiones con la MDMA y la ayahuasca llegó a un encuentro estable con su conciencia fundamental.

Por último, concluye este libro con un capítulo que he titulado «Por una política de la conciencia», en el que planteo que el debate entre el prohibicionismo y el libertarismo solo puede abordarse desde la perspectiva de una reflexión que nunca se ha planteado explícitamente sobre la alternativa entre la política del control y la política de fomento del desarrollo humano, que ha sido sistemática pero inconscientemente postergada en nuestra cultura patriarcal en aras de las ganancias o el provecho utilitario.

Termino mi libro proponiendo que si se quisiese finalmente aprovechar el potencial de los psicodélicos para la salud mental y la evolución social, no bastaría con ponerle fin a la problemática criminalización de las drogas, sino que sería fundamental la formación de expertos guías de psiconautas que, como los chamanes de las culturas antiguas, fuesen capaces de proporcionarle a la comunidad esas tan buscadas y provechosas experiencias de expansión de la conciencia, que ciertamente no interesan a todos pero sí a los buscadores, que constituyen algo así como un fermento de transformación sanadora. Ello, naturalmente, requeriría que además de establecer centros de formación de terapeutas psicodélicos (o como quiera que se los llame), se les permitiera ejercer en el futuro, de manera que, independientemente de las restricciones que puedan continuar en vigencia respecto a la distribución o libre uso de los fármacos, pueda al menos abrirse para la comunidad un canal de uso legítimo a través de estos profesionales autorizados.

Uno de los factores de mi prolongado silencio respecto a los psicodélicos ha sido un distanciamiento de la comunidad psicodélica, pero me anima a retomar el tema, sin embargo, la idea de

*Prólogo*

que mi voz pueda romper el impasse entre un prohibicionismo tragicómico y el libertarismo anárquico —y ello a través del fomento de iniciativas que redunden en el establecimiento de centros de formación profesional para especialistas y en la reconsideración de las leyes o reglamentos que sean necesarios para que la comunidad pueda acceder a los psicodélicos con un máximo provecho y un mínimo de complicaciones.

Espero, entonces, que pueda el conjunto de las observaciones, informaciones y reflexiones que aquí presento constituir un estímulo para un cambio social que promete tanto como nos han significado el feminismo y la revolución sexual, y que a su vez nos permita dejar atrás el paradigma patriarcal para entrar en la tan anunciada «Nueva Era».

*Post scriptum*

Para terminar, una nota acerca del título de esta obra, que originalmente bauticé como *Exploraciones psicodélicas*, pues «exploraciones» es el término que mejor describe el espíritu en que he abordado las experiencias personales, experimentos científicos, sesiones clínicas y ensayos intelectuales de los que doy cuenta en estas páginas.

Mi editor, David Barba, me dice que un mejor título sería *La vía de los psicodélicos*, pero si bien se pueda ciertamente hablar de «la vía del yagé» o de «la vía del peyote», no me parece que se pueda hablar de una «vía de la MDMA», que constituye una gran ayuda para quienes lo ingieren pero solo durante unas pocas sesiones, o «la vía de la ibogaína», que más bien constituye una experiencia de iniciación en la cultura original de los Bwiti-Feng, y no una que se proponga repetir a través del camino de la vida.

*Exploraciones psicodélicas*

Es más, en mi propio uso de los psicodélicos nunca los propuse como una vía, sino que más bien he insistido en que su mejor uso sea el de estímulos especiales y ocasionales a lo largo de un camino definido por ideas y prácticas cuya eficacia sea independiente de tales estímulos —y que he formulado como una integración novedosa de elementos del budismo, del Cuarto Camino, la psicoterapia y la música.

Comprendo, sin embargo, el sentir de mi editor de que lo que estoy ofreciendo en mi libro sea más que una serie de «exploraciones», y que el título deba anunciar algo de gran importancia para el mundo. ¿Acaso no lo he escrito precisamente porque hacerlo me ha parecido muy importante?

Buscando una alternativa —o más bien un subtítulo que me permita mantener el de «exploraciones» en el título—, he aceptado la sugerencia de mi editor de agregarle el de «por una transformación colectiva de la conciencia», desde la fe en que la integración inteligente de los psicodélicos a nuestra cultura de ignorancia psicológica y espiritual podrá constituir la salvación que apenas imaginamos ya al estado crítico de nuestra sociedad patriarcal agónica y destructiva.

I

UNA AUTOBIOGRAFÍA PSICODÉLICA

1. *El LSD-25 en la cámara oscura*

Mi primer paso hacia lo que más tarde vino a ser una larga exploración del ámbito psicodélico fue el que di al aceptar la invitación de ser un sujeto experimental para una investigación acerca de los efectos del LSD en condiciones de deprivación sensorial. Lo dirigía el Dr. Marconi de la clínica psiquiátrica de la Universidad de Chile, donde yo hacía mi internado por aquel entonces, y me parece que ya había leído el ahora famoso libro de Aldous Huxley titulado *Las puertas de la percepción*, en que narra su experiencia bajo los efectos de la mescalina y percibe un mundo lleno no solo de belleza sino que de *Ser* —*Istigkeit*, lo llama, valiéndose de un término de Meister Eckhart.

Había sido Marconi seguramente estimulado a concebir este experimento por la lectura de una publicación de John Lilly, quien había escrito acerca de sus primeros experimentos de deprivación sensorial y citaba como material pertinente cosas tales como las experiencias de aislamiento solitario de esquimales, navegantes o ermitaños.

*Exploraciones psicodélicas*

Las condiciones del experimento no eran muy adecuadas para el uso de humanos, pues la única instalación privada de luz y aislada de sonido en la clínica psiquiátrica había sido construida para perros. Había, sin embargo, suficiente lugar en ella para una persona recostada en la cámara a la que entré una vez que me inyectaron 40 microgramos de LSD por vía intramuscular en el brazo izquierdo. Tendría yo unos 29 años de edad.

Una vez en esa cámara oscura, tuvo comienzo la experiencia como la de cualquiera que se encuentra simplemente en la oscuridad, y aguardé con gran expectativa los primeros signos de una alteración de la conciencia. Cuando llegó por fin el efecto, lo supe a través de la aparición de una imagen nítida frente a mi mirada que podría haber sido la de un impreso pegado en el interior del techo del lugar en que yacía —de no ser por la completa oscuridad. Me parecía que se tratase de un papel translúcido, y en este se repetía, en caracteres verdosos, la palabra «Sandoz».

Posteriormente reconocí la imagen en el papel que acompañaba a las ampollas de LSD que Sandoz ofrecía entonces a los médicos para su uso experimental, pero no recuerdo que se me hubiese mostrado el envoltorio en que venía la cápsula que me inyectaron, por lo que diría que mi primera «alucinación» constituyó un fenómeno de clarividencia; y no deja de llamarme la atención el humor de que mi primera introducción al estado alucinatorio llevara la marca del laboratorio, como si un experto propagandista lo hubiese dispuesto así. Más allá de este síntoma inicial, no puedo decir que me haya sido de gran interés la experiencia de las horas siguientes.

Al principio, veía una luz detrás de mi hombro izquierdo, o sentía una luminosidad, más que verla, y luego vi muchas espirales. Pero no había más que algunas imágenes, sin que pudiera decir que hubiese cambiado mi conciencia, o mi identidad, o mi

*Una autobiografía psicodélica*

estado emocional. Sentía, eso sí, una curiosidad filosófica acerca de lo que pudieran significar esa luz y esas espirales.

Pero después tuve algo que se parecía más a una alucinación por su realismo: entró, aparentemente por un agujero en la pared poco más allá de mis pies y en el rincón derecho de donde yacía, una lagartija. Y me parece que fue entonces cuando por primera vez quise comunicarme con el mundo exterior, como se me había indicado que hiciese. ¿O tal vez ya había dado noticia del signo de Sandoz, de la luz y de las espirales? No lo recuerdo ahora, pero estoy seguro de que, hasta ese momento, reportar tales experiencias me habría parecido algo muy ordinario, y solo cuando intenté hablar de la lagartija me di cuenta de que no podía llegar al fin de un pensamiento sin olvidar de qué estaba hablando. Cuando, después del experimento, lo comenté con los investigadores —Marconi y mi colega Wilma Armengol— parecieron satisfechos de que este episodio fuese una prueba del famoso efecto «psicotomimético» (inductor de psicosis) del fármaco.

Aparentemente, no podía recordar lo que estaba queriendo comunicar porque, apenas lo intentaba, se me ofrecían innumerables asociaciones que me distraían. Lo dejaba, y solo entonces recordaba lo que había querido decir, o más bien lo redescubría, al querer una vez más decirlo, y recomenzaba mi explicación, pero solo para encontrarme una vez más con la misma dificultad de decir apenas más que unas pocas palabras —y así muchas veces sucesivas.

Pero ¿era esta alteración del pensamiento un síntoma psicótico? Me parece una analogía demasiado aproximada. Y principalmente diría que mi problema a través de aquellas horas en la cámara oscura fue que mientras yo aguardaba lucidamente que se me presentara algo novedoso, no ocurría nada. Únicamente parecía ocurrir algo cuando me distraía de mi estado de alerta; solo que el

*Exploraciones psicodélicas*

estado de alerta parecía necesario para hablar, y era tan incompatible con el mundo onírico al que me había asomado, que lo que llegaba a vislumbrar parecía destinado a permanecer inconsciente, pues al querer comunicarlo volvía a ser un secreto para mí mismo.

Todo lo que he descrito me era relativamente indiferente, sin embargo, aparte de momentos de interés estético, y solo en forma relativamente fugaz se me hizo presente algo de más profundidad afectiva. Me sentía como uno que va en una pequeña embarcación junto a un vapor en el que navegaban, frente a mí, los experimentadores a quienes hablaba, y sentí a ratos que podía ser olvidado por ellos y perderme en el océano. O podía quebrarse el vínculo entre nosotros... Mientras yo le hablaba a personas mas allá de un vidrio oscuro para mí invisible, ello me parecía como ir en un bote salvavidas tras el barco mayor en que iban ellos, pero temía que se pudiera romper el vínculo, de modo que ellos se olvidaran de mí, o yo de ellos, y en ello había como un atisbo de pánico a la desolación o la posibilidad de socorro, y un sentimiento de desamparo. De esa manera se hizo presente en mi experiencia una precariedad en mi vínculo con el prójimo, y un temor al abandono que había conocido poco en mi vida consciente a excepción de algún episodio en la infancia, cuando me perdí en un bosque, que seguramente había resonado con una angustia mucho más antigua.

Más ricas, sin embargo, me parecieron las experiencias que registré después de regresar a casa. Persistía en mí algún efecto, y al estar ya en mi mundo habitual y con los ojos abiertos, noté cosas nuevas. La enredadera ornamental que había en un rincón mi casa (un esparraguillo de hojas muy finas y conformación más o menos espiral) bailaba muy agradablemente, y también otras cosas parecían respirar como si todo estuviese animado por una vida propia.



*Una autobiografía psicodélica*

También empecé a oír voces en mi mente, y cuando me puse a escribir dominaba una semejanza a la de Pablo Neruda, a quien conocía de muy cerca, como amigo de mi padre y como vecino, y cuya poesía me era muy familiar, pero en cuya voz nunca había percibido como ahora un carácter que en este momento me parecía «oceánico». Era como si un gran espacio oceánico tuviese una voz propia, o una cadencia, que también me evocaba la cadencia de Shakespeare y la vastedad del mundo interior de esta mente prodigiosa que podía contener en sí a la vez al lacayo, al asesino, al cortesano, al rey mismo y a su bufón.

En otros momentos, escuchaba una voz de mujer con acento español, y esto no era algo que recordase de mi entorno cercano, a menos que tal vez durante mi infancia hubiera escuchado a españoles al visitar a la familia de mi padre. Pero para entonces ya había viajado a Europa, y me había sentido muy atraído por la forma de hablar de los españoles, por lo que me pregunto si acaso tal forma de hablar, que asociaba al entorno de mi padre, revelaba un amor implícito hacia aspectos de mi herencia cultural familiar, de la que viví alejado, como posteriormente comprendí que había ocurrido por una decisión y prejuicio aristocrático de mi madre. No puedo decir que entendiera lo que decían aquellas voces, pero podría interpretarlas como una aparición en mi conciencia de algo querido y más bien olvidado, conforme al sentido etimológico del término «psicodélico», que se explica como «amplificador de la conciencia».

Otra imagen que recuerdo me pareció, ya desde que comenzó a aparecer, una intuición de algo más allá de mi conciencia ordinaria por haberlo yo evitado o reprimido. Era una escena de la ópera Carmen, que me había impresionado mucho en su versión musical americana: un film llamado *Carmen Jones* en el que no era un torero el que representaba el rol del galán, como en la

*Exploraciones psicodélicas*

ópera original, sino un boxeador negro. La escena que veía yo ante mis ojos como si estuviese sucediendo continuamente, era aquella en que Carmen está a punto de ser estrangulada por su amante despreciado. Mi reflexión ante esta imagen, que debe haber durado por lo menos una hora, mientras pensaba en mil otras cosas y me movía por la casa, era que ella me ponía frente a un sentido trágico de la vida del cual había vivido siempre alejado, en cierta indiferencia implícitamente optimista pero superficial, como consecuencia de una falta de contacto con mi mundo emocional. Y me dejaba esta imagen sintiendo que algún día me tocaría experimentar ese sentimiento trágico de la vida, que tan poco conocía en mi aislamiento casi autista.

*II. Una pequeña dosis de psilocibina*

El segundo episodio en mi vida psicodélica fue el que siguió a la ingestión de una pequeña cantidad de psilocibina. La historia fue la siguiente: había estado yo en el año 1961 o 62 en Harvard, y mi viaje se debió a que mi madre, ya un poco ciega, necesitó que la acompañara para consultar a un oftalmólogo de Baltimore a causa de una rara enfermedad que estaba destruyendo su retina. Un filántropo, viudo de una amiga de mi madre llamada Gabriela Gildemeister, había creado una fundación para apoyar el desarrollo de la cirugía torácica y así honrar la memoria de su mujer, cumpliendo con un deseo suyo después de haber sido salvada por esta naciente especialidad. Mi madre, que se había formado en derecho y había sido, junto a una amiga suya, la primera mujer abogado de Chile, nunca se había sentido competente para ejercer su profesión porque a causa de un carácter muy escrupuloso, nunca se había sentido segura de que una de las partes en litigio

*Una autobiografía psicodélica*

tuviera más razón que la otra. Le había ofrecido, entonces, sus servicios a la fundación del marido de Gabriela Gildemeister, conocida por ser amante de las artes, como ella misma, y por su salón musical. No es de extrañar, entonces, que como expresión de gratitud por un voluntariado de muchos años, este filántropo le ofreciera a mi madre, ahora que estaba perdiendo la vista, los pasajes necesarios para que pudiera viajar en mi compañía a los Estados Unidos para consultar al especialista que le recomendaban como el más entendido en su afección.

Para mí, seguramente, lo más importante de ese viaje fue el paso por Harvard, donde en uno de mis paseos por el campus conocí a Frank Barron. Había entrado en el Centro de Estudios de la Personalidad en busca de Henry Murray (el famoso creador del Test de Apercepción Temática y gran teórico de la motivación), y mientras la secretaria en la sala de ingreso me informaba que Murray ya no trabajaba en ese centro sino en otro cercano, recayeron mis ojos sobre la lista de las personas en el edificio y me dio mucho gusto encontrar el nombre de Barron, cuyos trabajos había leído desde años atrás, cuando encontré en el *Scientific American* su ahora famoso artículo sobre la preferencia que las personas creativas muestran por las imágenes complejas. Me había interesado lo suficiente ese artículo como para consultar otras publicaciones allí citadas, y leer sobre las investigaciones de este psicólogo que se había interesado especialmente en el estudio de las personas creativas había constituido todo un aprendizaje para mí. Barron trabajaba en Berkeley, en un centro al que se había invitado a muchas personas notables en el mundo de la literatura, la arquitectura y otras actividades para ser sometidos a entrevistas y a una original batería de tests, pero en aquel momento él estaba año supliendo al famoso Gordon Allport durante su año sabático, y al saberlo tan cercano de donde yo mismo estaba no pude

*Exploraciones psicodélicas*

resistir pedirle audiencia. Me recibió sin conocer hasta entonces mi nombre, y a los pocos minutos nos sentíamos ya amigos. Nos unían diversos sentires, entre los cuales el interés en los psicodélicos y el aprecio por Aldous Huxley; y, claro, en la creatividad. Tenía él poco tiempo en ese momento, a causa de una visita esperada, pero me propuso que fuese mientras tanto a una exposición sobre William Blake en el vecindario y nos reencontrásemos a la hora de la cena.

Poco después nos reunimos en su casa con su mujer, que me recordaba mucho a mi propia mujer de entonces, y durante esta cena, cuando expliqué que viajaba con mi madre (en aquel momento hospitalizada en el cercano hospital de Massachusetts), quisieron conocerla. Así sucedió, y de ahí que después de mi regreso a Chile, cuando optó ella por quedarse más tiempo en los EE.UU para visitar a su hermano en Nueva York, el aprecio de los Barron por mi madre llevó a que fuese invitada a una de las tempranas sesiones experimentales que se hicieron en Harvard con la psilocibina.

Estaban en esta reunión, naturalmente, los investigadores, que incluyeron a Frank, a Tim Leary y Dick Alpert, pero también había entre los sujetos experimentales personas muy notables, como Alan Watts, quien por primera vez probaba un psicodélico y escribiría a continuación *The Joyous Cosmology*, y Dizzy Gillespie, el famoso trompetista de jazz, que se pasó horas recostado como un bebé sobre el regazo de mi madre.

Tal vez la amistad de Frank con mi madre afianzó más el vínculo de gran aprecio que había establecido conmigo, y llevó a que hiciera una excepción en sus investigaciones habituales, en las que solo le había dado psilocibina a personas presentes: me envió una dosis para que la tomara por mí mismo, y le enviase luego un relato de los resultados.

*Una autobiografía psicodélica*

Lo que hice, sin embargo, fue dividir esa dosis en tres partes, para así compartirla con dos amigos: Rolando Toro y Ludwig Zeller, un artista surrealista muy admirador de André Breton que por ello había tenido cierto contacto con mi madre. Rolando Toro, colaborador mío en la Facultad de Medicina, es hoy recordado como el creador de la biodanza.

No recuerdo en qué orden hicimos los tres experimentos, ni recuerdo tampoco nada de las experiencias de mis amigos. Solo me queda ahora el recuerdo de que durante mucho rato estuvimos en un lugar cerca de la base del Cerro Santa Lucía frente al pequeño departamento en el que yo me alojaba en el centro de Santiago, y que allí estuvimos por lo menos una media hora hablando sobre lo que veía en una flor. Se trataba de un «pensamiento», y no me cansaba de mirar porque, en lo que miraba, descubría no solo significados, sino relaciones armónicas, tal como podría hacerlo un experto que enseña a otros a mirar una obra de arte.

En otro momento de esa sesión estuve contemplando las cualidades expresivas de los fonemas y las sílabas: la ese sibilante, la maravillosa eme, y como la eme y la ese juntas evocaban para mí algo como un elefante, con su forma blanda y carácter benigno y su trompa sinuosa; y luego la sílaba mat, que más tarde tuve presente al darle su nombre a mi hijo Matías: mat como en matemática, la ciencia de las ciencias, que me parecía un sonido que destilaba sabiduría. Posteriormente estas reflexiones inspiraron una investigación sobre las cualidades expresivas de formas y sonidos, que realicé con oportunidad de que una estudiante de psicología me pidiese inspiración y supervisión para su tesis doctoral.

### *III. Leo Zeff: mi primera sesión terapéutica con el LSD*

A estos dos atisbos del mundo psicodélico, primero con una pequeña dosis de LSD y luego con una muy pequeña dosis de psilocibina, se reducía mi experiencia, cuando en el curso del año 1962, en Berkeley, tuve la oportunidad de una primera experiencia terapéutica con LSD en compañía de un experto. Leo Zeff, que era un psicólogo que había trabajado en la clínica Menninger antes de instalarse en Berkeley, era una persona de intereses predominantemente espirituales que había hecho su tesis doctoral sobre la autorrealización. Tenía, también, una formación en el judaísmo, que tal vez no fuese la de un rabino pero sí suficientemente profunda como para que se sintiese uno de esos padres de familia que, como me explicó alguna vez, deberían hacerse cargo de la transmisión del judaísmo desde que dejó de existir el sacerdocio en el templo de Jerusalén.

Años después de que le conocí —tras recibir de mí una sesión con lo que yo en aquella época llamaba «yagé» pero que más precisamente era una combinación de harmalina con una pequeña dosis de LSD—, quiso retribuirme esa experiencia a través de cinco regalos, que sentí como el soporte material de un acto de transmisión: La Torá (es decir, el pergamino con los cinco libros del Pentateuco), la copa del Kidush, el manto, la kipá (que va sobre la parte de atrás de la cabeza) y un pequeño libro: el Pirkei Avot (los consejos de los padres).

Pero después de haber dado un gran salto adelante en la cronología de mi historia, debo volver atrás, al momento en que mis amigos Tony Sargent y su mujer Vicky, luego de saber de mi deseo de tener una experiencia terapéutica con LSD, nos invitaron a Leo y a mí a cenar para que nos conociésemos. Ya en esta ocasión Leo aceptó mi pedido de una sesión terapéutica antes de que

*Una autobiografía psicodélica*

regresase a Chile dentro de un tiempo muy breve, y la sesión tuvo lugar en el día antes de mi partida.

Por la mañana, cuando acudí al despacho de Leo y tuvimos una pequeña conversación preliminar, me preguntó qué experiencia tenía yo con psicodélicos, y le hablé muy brevemente de mis pequeñas experiencias con LSD y la psilocibina. Me preguntó entonces si no había tenido un *bad trip*, y le pregunté qué era eso. Me dijo que un estado psicótico, como de paranoia. «¿Podría pasarme?», le pregunté, y su respuesta fue que todo puede suceder; y agregó: «Lo importante es no identificarse con ello». Me aconsejó tomar la experiencia como el túnel del terror en Disneyland: por más que se presenten fantasmas y esqueletos o cadáveres, la cosa era no olvidar que solo se trata de proyecciones de la propia mente.

Retrospectivamente le agradecí mucho el que me preparara para un posible descenso a los infiernos, pues creo que fue la aceptación de esa posibilidad lo que me permitió llegar, más allá de los paraísos habituales, a un espacio más allá del tiempo y del espacio que nunca más he vuelto a tocar excepto, en cierto modo, a través de la meditación budista en los años recientes.

Cuando ya durante la sesión misma me preguntó Leo si me gustaba la música que sonaba en ese momento, pude apreciar que donde estaba yo no había música, ni nada que se pudiera nombrar; solo una corriente, flujo o emanación continua de algo que podría llamar «ser» y que se acompañaba de una visión de rayos dorados que, con la música, emergían desde la nada o desde algo análogo a un pecho materno.

En algún momento, sin embargo, la experiencia se volvió infernal, primero mientras seguía escuchando música y luego durante horas de contacto con Leo, quien posteriormente me explicó que me había dejado en silencio durante no menos de cuatro

*Exploraciones psicodélicas*

horas, y que le había parecido que estuviese emocionalmente muerto. Me decepcionó de él tal comentario, pues yo había vivido el más profundo de los éxtasis y la más profunda plenitud concebible, por más que mi rostro no se emocionara o permaneciera quieto mi aparato emocional-expresivo.

Durante el periodo infernal, en que Leo y yo estábamos sentados frente a frente, su rostro se me convertía en una montaña que era también algo así como un parque de diversiones, y cuando trataba yo de hablar me veía silenciado desde la primera palabra por un profundo sentido de vergüenza. Tal sentir volvía tan indecible lo que una y otra vez pretendía yo comunicarle a Leo, que lo olvidaba apenas comenzaba a enunciar una frase, tal como durante mi experiencia en la cámara oscura, solo que entonces olvidaba lo que decía sin conciencia de que una emoción me lo estuviese impidiendo. Ahora este sentir era más que un sentirse culpable, pues entrañaba más bien algo monstruoso, pero qué clase de monstruo no puedo ya especificarlo, aparte de decir que en el centro de esta experiencia estaba la vergüenza de mí mismo.

Por fin, al cabo de un par de horas, llegó una tercera fase de la experiencia, en la que este estado infernal dio paso a otro en el que me sentía de regreso al mundo y con la gran satisfacción de un bienestar sereno en que todo estaba bien. Sentado junto a Leo durante esta parte de la sesión, le hablé largamente de lo que me sugería mirarme el dorso de una mano, sin que recuerde ahora lo que decía, excepto cuando comparé mi estado con el de Brahms en el momento justo antes de morir, cuando le agradeció conmovido sus cuidados a la dueña de la pensión donde se alojaba. El contraste entre ese estado de plenitud agradecida de Brahms con la actitud ante la muerte de Beethoven con su imperiosa pregunta, *Muss es sein?* («¿debe ser así?»), era algo sobre lo cual Tótila



*Una autobiografía psicodélica*

Albert me había llamado la atención a propósito de un pasaje del poema que había escrito mientras escuchaba el movimiento lento del doble concierto de Brahms para violín y cello.

También fue importante, en esta parte de la sesión, algo que me dijo Leo y que nadie me había dicho anteriormente: que yo era una persona muy especial, y que estaba seguro de que algún día llegaría a ser reconocido como tal en el mundo. Es cierto que mi amigo y maestro Bogumil Jasinowsky me había considerado el mayor de los talentos que había conocido, pero el sentir de Leo me importó más porque no se refería a talentos sino que (implícitamente al menos) a una vida fructífera.

Solo muy brevemente añadiré que el efecto de esta sesión fue tal que marcó un antes y un después en mi vida. Lo podría describir diciendo que ahora, por primera vez, mis pies pisaban mi camino, y que si antes me había sentido incapaz de ayudar a otros terapéuticamente, sabía ahora que podría serles útil a pesar de no saber cómo lo haría. Solo confiaba en que, momento a momento, sabría lo que tendría que hacer, y que eso bastaba. Confiaba en la vida, o en mí mismo, y ello era nuevo para mí, pues diría ahora que hasta entonces nunca había tenido fe en mí mismo. En ese momento era como si me hubiera librado de una profunda duda implícita o invalidación que hasta entonces me había impedido funcionar bien.

*IV. Una expedición al Putumayo*

En lugar de dedicarme a la incubación de esta experiencia me sometí, sin embargo, a mi agenda ya determinada, que ahora me llevaría a Chile a través de Colombia con el propósito de una breve expedición al Putumayo en busca del yagé y de noticias

*Exploraciones psicodélicas*

acerca de sus usos. Y durante la primera noche en Bogotá (antes de tomar el autobús que me llevaría por tierra a Sibundoy y luego a la tierra de los indios Cofán) tuve una experiencia que, como la del LSD, tampoco se me ha repetido durante el resto de la vida: durante toda la noche estuve consciente, por más que no estuviese consciente de sueños ni del mundo externo ni de nada corporal ni imaginario. Sé que el Karmapa XVI, de quien tuve la oportunidad de estar cerca durante una temporada años después, solo perdía la conciencia muy brevemente en el momento de quedarse dormido, y que recuperaba la lucidez durante el resto de la noche, y que este logro es bien conocido entre los maestros tibetanos. Más allá de esta primera noche, sin embargo, diría que las muchas cosas a las que debí atender durante el viaje, incluyendo visitas a indígenas o antropólogos, fueron comparables a un intensivo de cine, no muy propicio a vivir algo profundo que requería de un estar conmigo mismo; aun así, diría que salí de Berkeley en un estado de insuflación espiritual, y que este me duró hasta el momento de una frustración amorosa a poco de llegar a Santiago. Mi pareja de entonces ya se había cansado de esperarme y se iba del país, y sucumbí a la tentación de enfurecerme. Y aunque la intensidad de mi dolor y rabia la convencieron de renunciar a una beca para poder seguir estando conmigo, ya había caído yo del paraíso a un estado de perturbación emocional tal que este ni siquiera fue compatible con nuestra convivencia.

Naturalmente, pensé que nada podría rescatarme tanto de mi caída como recurrir nuevamente a Leo, y la oportunidad no tardó mucho en presentarse cuando la Fundación Guggenheim me permitió regresar a Berkeley durante una temporada adicional. Y no solo tuve la oportunidad de hacer una segunda sesión individual con Leo, sino que inicié ahora una terapia de grupo

*Una autobiografía psicodélica*

asistida por el LSD a la que acudí (mensualmente, me parece) a lo largo de aproximadamente un año y medio.

*V. Una investigación comparativa sobre los efectos de la harmalina y la mescalina*

No hablaré aquí de mi viaje al Putumayo, acerca del que ya he escrito en mi libro sobre la ayahuasca, y durante el cual solo recogí plantas (que ahora están en los museos botánicos de Harvard y Bogotá) e historias. Más bien, salto adelante un poco en el tiempo después de mi regreso a Santiago, cuando me dispuse a dar inicio a la investigación de los efectos de las plantas recogidas durante mi visita a los Sibundoy y los Kofán.

Tal como he explicado en mi libro sobre la ayahuasca, terminé concentrándome en una investigación comparativa de dos alcaloides más que en las plantas correspondientes: la harmalina y la mescalina. Posteriormente tuve ocasión de presentar los resultados de esta en la conferencia sobre sustancias psicoactivas que tuvo lugar en San Francisco (con el apoyo del Karolinska Institut de Suecia y del servicio de Salud y Bienestar de los Estados Unidos).<sup>1</sup>

1. Efron, Daniel H., *Ethnopharmacologic Search for Psychoactive Drugs, Proceedings of a Symposium held in San Francisco, California*, 28-30 de enero de 1967, editado por: Pharmacology Section, Psychopharmacology Research Branch, National Institute of Mental Health, Public Health Service, U.S. Department of Health, Education, and Welfare, 1967.

# Amazon Drug and City Souls

From Page 1

type some scientists call "hallucinogens" and others call "mind-manifesting."

Whatever you call it, it has monumental effects on all persons who take it. One man even reported believing his viscera were removed and replaced by new viscera—and likewise his brain.

Yage has been used by Indians in the Amazon area, apparently for centuries, especially in tribal shamans (tribal medicine men) who swallow it frequently to acquire the knowledge they feel they need.

Yage was given orally to 22 Chilean volunteers last year by Dr. Claudio Naranjo, a psychiatrist at the University of Chile School of Medicine, and currently a visiting Guggenheim Fellow at UC's Institute of Personality Assessment and Research.

He reported at a meeting in Berkeley yesterday that Yage from the standpoint of psychotherapy "seems to be more promising in some ways than LSD"—a compound invented by a Swiss chemist and currently used in the United States under strict medical supervision except when it is obtained on the black market, perhaps its most common source.

### FINDINGS

Dr. Harner and Dr. Naranjo reported at their findings during the ninth annual meeting of the Kroeber Anthropological Society in the Claremont Hotel.

The distinguished anthropologist said the wine used for Yage is known as "the wine of the dead." His reports about the effects of the compound jibed amazingly with those reported by Dr. Naranjo whom it was given to 22 persons of European or Chinese birth who had never been near a jungle.

One weird fact here is that seven of these arbores Chileans had vivid visions of tigers, jaguars and leopards that coincided with a characteristic effect of the brew when it was taken by Indians in the Amazon.

In a number of other respects, the two scientists reported, the effects on primitive persons and civilized persons in Santiago were, in general, identical.

Dr. Harner reported that

during a total of two years in Ecuador and Peru he found Yage produced these effects in those who ingested it:

- Sharper vision in the dark.

- The hearing of singing or sounds like running water.

- The seeing of cities as from a great height.

- "The feeling of flying, sometimes of being a great bird."

- A sense of premonition—looking into the future.

- The experience of one's own death, sometimes of seeing one's own skeleton or corpse—and contacts with spirits of the dead.

- Encounters with predatory animals, especially in the big cat family.

- The effect of the world being a merry-go-round.

- The sense that the soul has been separated from the body.

- "In some cases," said Dr.

Harner, "the soul got away and the shaman had to chase it and bring it back."

### SOUL

He said that when he himself ingested the brew "I likewise had the feeling that the soul was leaving my chest—which was rather a surprise—I am not a student of theology."

He commented that this was "very interesting" to him.

Dr. Naranjo, in reporting on what Yage did to his volunteers in Santiago, cited a number of astonishingly similar experiences.

### DEATH

Eight of the 22 volunteers, he reported, "had visions of death." About 11 of them, he said, felt they were "suspended in space or flying."

Most of them experienced "the merry-go-round movement," most of them were "terribly impressed about the

meaning of life," and the soul had been separated from the body."

None of them, Dr. Naranjo said, had been told beforehand that the brew came from the Amazon and checking of their histories showed that none had ever been near a jungle where big felines beasts live.

He said that when the Yage was given by mouth it took its peak effect within 45 minutes. When it was injected it took effect in five minutes, sending the subject flying into a fantastic world like that inhabited by the Greek or Babylonian gods.

He observed that many of the effects produced in Santiago were very similar to those reported in Hindu yoga experiences.

The psychiatrist said he got his supply of the elixir by sailing into the jungle in

Colombia, armed with a stash of LSD.

"I told them I was a shaman—which I am," he said, "and suggested we do secrets. With LSD I was able to show them my covers."

Yage, he reported, acts quite differently from LSD which, he said, is more involved with the personal aspects of the unconscious; and

from mescaline, which usually attracts great interest in outer objects.

He said the Amazon brew induces the subject to close his eyes, but—amazingly—he is astonishingly conscious of the brain waves at his time, he said, show the alpha waves have disappeared which means the brain is extremely alert.







SF Examiner June 16, 1967

# African Drug Aid to Insight, UC Panel Told

By WILLIAM BOQUIST  
Executive Science Writer

Folklore came to life might well be the title of the story told to the University of California's week-long SLD symposium by a slightly-built Chilean psychiatrist.

Dr. Claudio Naranjo, a Guggenheim Fellow at UC's Institute of Personality Assessment and Research in Berkeley, told in yesterday's chapter of startling experimental success with ibogaine, derived from the root of an African plant.

The drug is said to be used to fight fatigue by West African and Congo natives, producing excitement, drunkenness and mental confusion, and is the latest in a long string of chemical agents used in psychotherapy by Doctor Naranjo.

HE TOLD the UC extension forum he has used LSD, psilocybin, mescaline and other psychedelic or mind-altering drugs as aid to psychotherapy for several years.

In the last year he has tried ibogaine with 15 voluntary neurotic patients in his Santiago office, and is "very much impressed with the success of these 15 applications."

The drug, he said, is "valuable," particularly in producing a state of mind where the individual, under the influence of the drug and the therapist, can analyze himself and his situation with great new clarity, and in producing long-lasting changes.

The new intellectual insights offered by ibogaine, he said, are the opposite of LSD's effect of "surrender, futility."

## LSD Special On Channel 9 Tonight

Tonight's regular "Profile: Pay Area" show on Channel 9 will be extended to 90 minutes to study the subject of "LSD: The D and the Law."

Four participants from the University of California Extension program will join moderator Caspar Weinberger in a discussion of the hallucinogenic drug family.

Weinberger's guest will be Timothy Leary, former Harvard psychologist; Rolf Von Eckartsberg, Duquesne University psychologist; Dr. Abraham Hoffer, University of Saskatchewan psychiatrist; and Paul Lee, Massachusetts Institute of Technology philosopher.

Tonight's NQED program, presented with the financial assistance of The Examiner, will be repeated at 7:30 p.m. Sunday.

DOCTOR Naranjo's patients were young adults treated before he took leave from his post at the University of Chile. His experiments would not be permitted under present U.S. regulations.

For the first hour after swallowing ibogaine, patients were instructed to do whatever they wanted to do, with no demands that they try to discuss personal problems.

Frequently the patients would enter into fantasies, imagining themselves to be a snake or a tiger, or watching a parental quarrel.

THE FANTASIES were guided by the therapist, who might tell the patient, at a crucial point, to "become" another person, bird or animal, to try to imagine how that creature felt.

The results of the guided mental flights, in conjunction with the drug, Doctor Naranjo claimed, were frequently startling.

One patient, a 30 year old writer, described his childhood before the drug session began, as magical. He was, he said, a boy "kicked by everybody romping through the fields and streams, "an innocent savage uncorrupted by civilization," whose civilized, balanced mother gave him "unforgettable Christmas."

Directly after the session, he wrote:

"As a boy I was always hiding behind mother's skirts. I went from one woman to another. My father seems so nonexistent. Maybe he was softcore already."

HE FURTHER described himself as timid, fearful, prone to crying wishing his mother would die. He once tried suicide to punish his

parents, who hated each other, he said.

The difference in the two accounts, Doctor Naranjo said, illustrates the drug's ability to produce a "radical change . . . in the person's conceptual understanding of his life situation."

"In contrast with the outcome of LSD experiences which are so often purely experiential and can hardly be translated into words, ibogaine seems to lead itself better to the development of intellectual insight," he said.

"LSD, mescaline and psilocybin frequently precipitate an overwhelming experience in which there is little place for intellectual procedures, and even in low dosages stimulate a great desire to surrender in a passive way to sensations and feelings."

"IN CONTRAST with these ibogaine leads to a state of mind more compatible with the analytical attitude and with the exercise of choice," he said.

Only one drug—MMDA—allows more manipulation of therapy, Doctor Naranjo said.

Also a psychedelic, MMDA is useful in probing the "here and now" aspects of mental behavior and attitudes, while ibogaine is better in analyzing the "there and then," past family or personal events and their meanings.

The two drugs may complement each other in psychotherapy, he suggested, and may in turn complement the "often impersonal experience of LSD."

## Librarians Strike

TORQUAY (England) — (UPI) — Nine girl librarians went on strike here today when the mayor said on a radio show the public didn't get "service with a smile" at the public library.

## Chilean Study Yields Hallucinogen That May Give Clues to Psychosis

Medical Tribune—World Wide Report

SAN FRANCISCO—"The first demonstration of an endogenous hallucinogen," some 20 years after investigators of schizophrenia raised the notion of a psychotonic metabolite, was reported by a Chilean research psychiatrist at a symposium on the Ethnopharmacologic Search for Psycho-Active Drugs, held at the University of California San Francisco Medical Center.

The hallucinogen, 6-methoxytetrahydroharmalin, is formed in vivo from 5-methoxytryptamine and acetaldehyde, is chemically identical with adrenolegumitrinine, a pineal gland hormone in animals, and invites speculation on its possible role in psychosis. Dr. Claudio Naranjo, of the Department of Anthropological Medicine, University of Chile, Santiago, said in a report on the psychotropic properties of the harmful alkaloids.

He said that it induces a mild effect in the human subject at an oral dosage level of 1.5 mg./Kg. This effect is "of a less hallucinogenic nature in the strict sense of the word [and] more akin to a state of inspiration and heightened introspection."

Dr. Naranjo cited a relationship between pineal gland activity and still another hallucinogenic 6-methoxy compound. The substance, 6-methoxyharmalin, which he has found to be more active than the endogenous chemical, is derived in vitro from melatonin. The latter substance is obtained from methylation of acetylserotonin, a reaction made possible by an enzyme present only in the pineal gland, *l*-tryptamine 5-O-methyl transferase (HIOMT).

### May Help Regulate Attention

Noting that increased HIOMT activity occurs in the pineal gland of rats that are kept in constant darkness for six days, he commented that "one may wonder whether the [human] pineal body, associated by Tibetan traditions with higher states of consciousness, may not actually play a part in the regulation of attention or the rhythm of sleep and wakefulness."

In order to assess the hallucinogenic effects of the 6-methoxy compounds, Dr. Naranjo compared them to a related hallucinogen, a 7-methoxy compound known as harmaline. This substance, which he administered to 30 human volunteers, is one of a group of naturally occurring harmala alkaloids obtained from the seeds of *Peganum harmala*.

Harmaline proved to be a more powerful hallucinogen than either of the 6-methoxy substances, inducing phenomena in the order of LSD-25 and mescaline but without their emotionally disrupting quality, he said. A benefit from harmaline was the amelioration of psychotic symptoms in eight of the 30 subjects.

Dr. Naranjo described these effects of harmaline:

- With eyes open, the subjects commonly experienced superposition of images but

rarely confused them with reality, so that the formal and esthetic qualities of the environment remained essentially unchanged, in contrast to the typical effects of LSD.

- With eyes closed, imagery was abundant, vivid, and colorful, and long dream-like sequences were more frequent than with mescaline.

- Objects appeared to have multiple positions when they were in actual motion, and there was persistence of afterimages. These facts suggested a retinal effect of the drug, a possibility confirmed by recordings of electroretinograms in cats. The drug increased the alpha wave and decreased the beta wave of the electroretinogram before any change was observed in the brain cortex.

- Although other persons are felt to be part of the external world, desire of the subject to communicate is slight and contact usually avoided. Extreme physical passivity might be related to this withdrawal. Most subjects lay down for four to eight hours and reported, a state of relaxation in which they did not feel inclined to move a muscle, even to talk.

- Some subjects felt that certain scenes that they saw had really happened and that they had been disembodied witnesses of them in a different time and place.

- Concern with religious or philosophic problems was frequent but without the aesthetic or empathic quality of the mescaline experience. "Thus, the typical reaction to harmaline is a closed-eye contemplation of vivid imagery without much further effect than wonder and interest in its significance, which is in contrast to the ecstatic heavens or dreadful hells of other hallucinogens."

### Called Purer Hallucinogen

Dr. Naranjo consequently believes that harmaline is "more of a pure hallucinogen than other substances whose characteristic phenomena are an enhancement of feelings, aesthetic experiences, or psychotomimetic qualities, such as paranoid delusions, depersonalization, or egoic disturbances."

Combining the results of the human studies and various electrophysiologic experiments in animals, he said that "the neurophysiological picture matches well that of traditional yagé 'dreaming,' in that the state we have described involves lethargy, immobility, closed eyes, and generalized withdrawal from the environment but at the same time an alertness to mental processes and an activation of fantasy."

### Health Commissioner



*En las imágenes anteriores se reproducen diversos artículos de prensa relativos a las investigaciones del autor en los años sesenta. En los Apéndices, al final del libro, el lector podrá leer la transcripción completa en español de estos artículos.*



*Una autobiografía psicodélica*

Cuatro cosas me llamaron la atención más que nada durante este experimento, y una de ellas fue cierta semejanza entre las imágenes descritas por mis voluntarios (particularmente las imágenes de animales descritas por estos chilenos no informados de que habían ingerido una sustancia relacionada con una planta del Amazonas). El que un 30% de ellos vieran serpientes y otros tantos vieran tigres, y que apareciesen también muchas águilas (además de todo tipo de animales) respondía a una pregunta que me había hecho ya en Harvard: ¿era la semejanza entre las experiencias de los indígenas recogidas por viajeros o antropólogos explicable como resultado de expectativas transmitidas por su cultura? Ya no podía seguir pensando que así fuese, y ya que mis voluntarios en Chile no habían albergado la expectativa de ver tales imágenes, cabía pensar que el fármaco estuviese activando imágenes arquetípicas.

Una segunda cosa, que me interesó aún más, fue la idea de que todas estas imágenes animales, así como las frecuentes imágenes de indígenas o de negros, constituyesen traducciones simbólicas de una mayor presencia de lo instintivo en la mente de aquellos bajo el efecto del yagé. En tal caso podía decirse que este estaba actuando como un *liberador del cerebro reptiliano*.

Además, observé que las experiencias de mis sujetos revelaban no solo una aproximación a lo instintivo, sino que también una estimulación del pensamiento intuitivo, y del espíritu filosófico. Hoy en día podría preguntarme si acaso estén relacionados el acercamiento a lo instintivo con la activación de la intuición, pero creo que convenga tener presente que estos dos efectos dicen relación con dos fenómenos neurológicamente diferenciables: la activación del cerebro primitivo en el caso de lo instintivo y la activación del hemisferio derecho en el caso de la intuición (una capacidad fenomenológicamente concebible como una

*Exploraciones psicodélicas*

receptividad a una inspiración implícita, como cuando un poeta invoca a su musa). Mi experiencia posterior a través de años me hace sentir que es importante en la experiencia de la ayahuasca no solo la apertura al instinto sino que la apertura a algo así como un guía interior que enseña (a veces a través de ángeles, dioses, guías, de una mera voz o de la intuición de un yo profundo que es como un maestro).

Por último, sirvió esta exploración preliminar de los efectos de la harmalina para que confirmase su efecto terapéutico, y de ahí que posteriormente experimentase con su uso en el contexto de la terapia de grupo. ¿Sería que el efecto sanador de la ayahuasca se debiese, como pretende la psicoterapia freudiana del psicoanálisis, a una reintegración de lo instintivo? Seguramente; pero a veces se podía comprender el efecto terapéutico más bien como resultado de una estimulación de la mente intuitiva, y por ello podemos decir que la terapia por ayahuasca es una implícita «terapia por el espíritu», en que el «espíritu» nos guía desde dentro y nos salva. Según esta interpretación, el rol de quien administra la ayahuasca tal vez no deba ser «terapéutico» en el sentido habitual de la palabra, que suele referirse a todo un repertorio de intervenciones que ante este específico estado alterado de conciencia tienden a constituir más bien interrupciones o distracciones.

*VI. La MDA, primero de los «empatógenos»*

Conocí a Sasha Shulgin a través de Tony Sargent poco antes de conocer a Leo Zeff, y me reuní varias veces con él ya durante mi primera y breve visita a Berkeley. Estaba Shulgin en aquel tiempo muy interesado en los diversos alcaloides del peyote, mientras que yo me preparaba para el viaje al Putumayo que me había

*Una autobiografía psicodélica*

recomendado Richard Evans Shultes, y en una de estos encuentros me dio noticia del experimento que Gordon Alles (conocido por el descubrimiento de los efectos de la anfetamina) había realizado en sí mismo para averiguar si acaso podría la MDA ser de utilidad como vasodilatador.

Durante este experimento le había llamado la atención a Alles el hecho de que se puso muy conversador, y también que durante unos instantes le pareció ver anillos de humo a pesar de que nadie estaba fumando. Pensaba Sasha que la semejanza química de la MDA a la mescalina (además de esa fugaz alucinación) sugerían que la MDA pudiese ser un alucinógeno, y me proveyó de una pequeña cantidad para que lo investigara. Procedí a hacerlo comenzando por mí mismo, y me acompañó en ello Lee Sanella.

He descrito ya mi experiencia en un libro autobiográfico aún inconcluso, y solo diré aquí brevemente que mientras comenzó el efecto de la dosis a la que me había aproximado tentativamente, le explicaba a Lee la historia de mis relaciones amorosas, que continué contando a través de las horas que siguieron, pero con una actitud muy diferente de la usual; pues a través de toda mi vida me había sentido muy culpable ante las mujeres, y ahora, por primera vez, me sentí inocente, como uno que simplemente hizo lo que pudo dadas sus experiencias anteriores y sus circunstancias. Recuerdo haber comentado que por primera vez me sentía «el héroe de mi vida», y hoy diría que por primera vez me contemplaba con amor por mí mismo. Y no se trató solo de un efecto pasajero, mientras duraba el efecto del fármaco: fue como si hubiera dejado un gran peso de culpa atrás, y quedé sintiéndome más contento y liviano.

El efecto de la MDA era aparentemente muy diferente del LSD y de ninguna manera se lo podía llamar un «alucinógeno»;

*Exploraciones psicodélicas*

pero decididamente se trataba de un fármaco de gran promesa terapéutica, como pude comprobar poco después, primero a través de una sesión conjunta con mi pareja, que me dejó sintiendo cuánto podría facilitar la comunicación, y luego en sesiones terapéuticas con conocidos. Más tarde hice referencia a estas sesiones en un artículo publicado por *Medical Pharmacology* en colaboración con Shulgin y Sargent, en 1967.<sup>2</sup>

De regreso a Chile, le propuse a mi jefe en el CEAM<sup>3</sup> la realización de una investigación más sistemática de la MDA, a la que invité no solo a conocidos sino a pacientes de mis colegas en la clínica psiquiátrica, y entre ellos pude observar las notables experiencias de regresión que describí años después en mi libro *The Healing Journey*, y que posteriormente vinieron a llamarnos también la atención de quienes han publicado sus trabajos con el derivado aminado de la MDA —la MDMA o éxtasis—, semejante en sus efectos pero sin la ocasional toxicidad del primero.

*VII. Las fenilisopropilaminas de Shulgin*

Mientras tanto, Sasha se había interesado en el estudio de las relaciones entre la estructura molecular de los derivados anfetamínicos, y me propuso que fuese yo quien investigase los efectos de una serie que ya había conseguido sintetizar en seres humanos. Constituimos una equipo informal en compañía de Tony Sargent, con quien ya habíamos publicado la primera noticia acerca

2. Shulgin, A., Naranjo, C. and Sargent, T., «Evaluation of 3,4-methylenedioxyamphetamine (MDA) as an adjunct to psychotherapy», *Med. Pharmacology*, exp. 17: 359-364. 53, 1967.

3. Centro de Estudios de Antropología Médica, en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile.

*Una autobiografía psicodélica*

de los efectos de la MDA, y luego publicamos un artículo en *Science* sobre tales relaciones entre estructura y efecto (y luego algunos más acerca de compuestos nuevos tales como la 4-bromo fenilisopropilamina). También publicamos un estudio de los efectos fisiológicos de la MMDA en animales, como correspondía hacer antes de proceder al estudio de sus efectos psicológicos en voluntarios —que constituyó el siguiente proyecto de investigación en Chile, y de cuyos resultados di cuenta en forma más bien impresionista en otro de los capítulos de *The Healing Journey*.

Explicué en este que a diferencia de la MDA, que llevaba a las personas a experiencias regresivas y que no se prestaba tanto como había imaginado al trabajo con la terapia gestalt, la MMDA sí que permitía admirablemente la concentración de la atención en el momento presente y en el trabajo con sueños. Tanto así, que pensé en publicar un libro, que tentativamente iba a titular *Gestalt Therapy Revisited*, y que bien podría haber llamado —haciéndome eco de Susan Langer, más que de Huxley— *Gestalt Therapy in Another Key*; aunque nunca llegué a publicarlo, ese proyecto de libro influyó en mi vida porque Fritz Perls, que había gustado hasta entonces de mi trabajo, se enfureció de tal manera ante el título propuesto (al interpretarlo como expresión de una actitud competitiva por mi parte) que ello llevó a la ruptura de nuestra amistad.

Cuando regresé a Chile al terminar mi tiempo como investigador asociado de la Universidad de California bajo auspicios de la Fundación Guggenheim, ya había investigado otra de las sustancias sintetizadas por Sasha, el TMA-2 —que tras algún experimento personal suyo, lo había dejado con la impresión de que indujese a la paranoia. Tuve ocasión de llevar a cabo un experimento grupal por invitación de una terapeuta de Los Ángeles que

*Exploraciones psicodélicas*

llevaba un grupo de terapia con LSD (y que había sido uno de los antecedentes en la formación de Leo Zeff), y allí aproximadamente una quincena de personas probaron el TMA-2 en una dosis que debí de haber determinado previamente en una experiencia individual, aunque ya no recuerdo. No se confirmó la expectativa de las reacciones paranoides, pero tampoco fue una buena experiencia de grupo, y me parece que la razón de ello haya sido que yo mismo también ingerí el fármaco (cosa que nunca había hecho hasta entonces y que no volví a hacer, excepto muchos años más tarde con la ayahuasca, al adoptar en mis sesiones el modelo de la iglesia del Santo Daime en Brasil).

El problema de haber ingerido yo mismo el TMA-2 estuvo, como me pareció al día siguiente, en que en lugar de percibir la patología en los demás me parecieron todos ellos demasiado admirables para que pudiese ayudarlos. Además, aunque podría pensarse que si el terapeuta trata a todo el mundo cariñosamente ello favorece al establecimiento de una transferencia positiva, imagino que se debió de haber percibido que en mi actitud admirativa había demasiada necesidad de cariño, y no fui tratado como un terapeuta. Pero ya ha pasado demasiado tiempo como para que pueda analizar algo tan complejo como una dinámica de grupo en la que me permití también gran sinceridad acerca de mi poca estima hacia una de las personas con quien estuve parte del tiempo en un pequeño grupo, y aunque solo tomo en cuenta este episodio ahora, después de cuarenta y tantos años, me parece plausible que mi aparentemente arbitraria falta de simpatía hacia ella pueda haber tenido consecuencias en el juicio de los demás.

De regreso a Chile, sin embargo, experimenté con toda la serie de los seis isómeros del TMA (trimetoxianfetamina o trimetoxi-fenilisopropilamina), pero ya que no llegué a publicar los

*Una autobiografía psicodélica*

resultados de tales ensayos, solo puedo decir que ninguno de ellos me pareció de especial importancia en cuanto a propiedades terapéuticas novedosas. Me parece que tal vez aquel que más le sirvió a mis pacientes fue el TMA-1, semejante a la mescalina, solo que de mayor actividad.

También ensayé toda la serie de las seis MMDA y la DMM-DA, y tampoco puedo a tanta distancia en el tiempo recordar ni las dosis que me parecieron útiles ni los casos clínicos. Sí recuerdo, sin embargo, que la sustancia que más interesante me pareció fue la MMDA-3a, y mi propia experiencia con ella fue singular en dos aspectos: por una parte, es la única vez en que he sufrido intensos episodios de frío y de calor (alternantes) y muy desagradables; en segundo lugar, el foco de mi experiencia fue uno que nunca se ha repetido en otra experiencia psicodélica, aunque me condujo a lo que me pareció un importante trabajo sobre un aspecto de mi psique: una limitación en mi capacidad de atender lo que tenía por delante, que llevaba a que percibiese ahora una especie de velo que siempre había recubierto mi experiencia visual, quitándole vivacidad; era como si el acto de ver estuviese en mí complicado por una voluntad de no ver; como si un cierto negativismo me alejase del mundo impidiéndome un verdadero encuentro con este. Me miraba la palma de la mano insistiendo en verla completamente, y al parecer lo lograba solo por momentos fugaces, pues ello requería de mucha atención.

Tuvo fruto esta experiencia, diría yo, porque al día siguiente, estando con Michael Murphy y algunos amigos en el Instituto Esalen, alguien propuso que interrumpiésemos nuestra conversación y la reanudáramos después de meditar un poco, y yo tuve la más profunda experiencia mística que hasta entonces había conocido; una en que sentía fuertemente no ser nada ante la presencia de Dios, y comprendía por primera vez a místicos que

*Exploraciones psicodélicas*

habían dicho lo mismo y que yo había malinterpretado como masoquistas. Corrían lágrimas de gratitud por mis mejillas, y cuando salí del trance ya no quedaba nadie en la sala.

¿En qué medida se debió esta experiencia a mi afán de ver del día anterior, afán que había sido como querer salir de un capullo a través del poder de la mirada? No lo sé... Pero pese al resultado favorable que le atribuí a mi toma de la MMDA-3a, no volví a probarla hasta muchos años después, en 1984, y esta vez en combinación con la ibogaína —y me pareció esta una combinación excelente.

Aunque ya hacia fines de la década de los sesenta había patentado (en asociación con M. Bocher, el dueño del laboratorio de Ivy-La-Bataille) la asociación de la ibogaína con la MDA, con el tiempo y la noticias de accidentes vine a comprender que la toxicidad ocasional de la MDA hacía necesaria una comprobación preliminar de que este fármaco no le resultase tóxico al paciente antes de proceder a la administración de la dosis habitual, y ello no hacía recomendable su uso generalizado. Sin embargo, la ibogaína siempre me pareció un alcaloide que, como la harmina, funciona mejor con un complemento, y hoy diría que el mejor complemento que he conocido es el de la MMDA-3a.

*VIII. Terapia psicodélica de grupo*

Cuando migré a California en 1967 se interrumpieron mis experiencias y experimentos con los psicodélicos, de modo nunca llegué a publicar más que lo escrito en *The Healing Journey* —en parte por la desviación de mi atención a mi trabajo en el Institute of Personality Assessment and Research (IPAR) de la Universidad de Berkeley, así como mis talleres en Esalen y el trabajo en



*Una autobiografía psicodélica*

mis primeros libros (*The One Quest*, *The Psychology of Meditation*, *Gestalt Therapy*, *The Healing Journey* y *The Divine Child and the Hero*). Tampoco llegué a incluir en *The Healing Journey* nada acerca de mis exploraciones terapéuticas en grupos, por lo que diré algo acerca de ello aquí.

El primer grupo terapéutico psicodélico que convoqué tuvo lugar entre las personas que ya habían tenido una sesión individual conmigo (ya sea durante el breve periodo en que les ofrecí a algunos sesiones individuales con LSD o con aquellos que habían participado en los experimentos terapéuticos con MDA o MMDA, harmalina o mescalina). Naturalmente, el relato de estas experiencias individuales constituyó una manera de presentación muy significativa, y su conjunto fue de gran interés, pues la comunicación de experiencias psicodélicas no es siempre fácil, y hacerlo entre otros que también han atravesado por algo semejante es, en cambio, algo intrínsecamente interesante —pues se puede intuir como un fondo común a las experiencias individuales siempre diferentes e irrepetibles—, algo que favorece el establecimiento de vínculos afectivos y también un «aprendizaje por contagio», por lo que constituyó una buena preparación para las sesiones grupales que siguieron. Durante estas me ceñí a lo que había sido mi experiencia con Leo Zeff, quien por recomendación mía ya había adoptado la MDA y la harmalina en sus grupos, además del LSD, y en cuyas sesiones pude como participante apreciar que al encontrarse personas en estados de conciencia diferentes bajo el efecto de diferentes fármacos, parecía tener lugar un aprendizaje integrador. Así, por ejemplo, en el encuentro de aquellos que viajaban por el mundo arquetípico de la harmalina con otros bajo el efecto de la MDA que compartían acerca de sus dificultades en sus relaciones de pareja, se veían estos últimos estimulados a cierta conciencia arquetípica en tanto que los

*Exploraciones psicodélicas*

primeros parecían verse estimulados a traducir sus experiencias en palabras.

Siempre me pareció importante el decorado que Leo usaba en sus sesiones, preparando el espacio de ellas con muchas velas, objetos bellos y flores; y seguí cuidando de este aspecto aparentemente solo estético con una implícita convicción de que contribuía en algún modo a la calidad espiritual de las sesiones, creando algo así como un templo o un espacio de pureza. También adopté la regla de Leo, que invitaba a las personas a ser espontáneas pero también a cuidar de no ser invasivas, y que incluía una renuncia a las relaciones sexuales y a la violencia respecto a los demás participantes de la sesión.

A diferencia de los grupos de Leo Zeff, sin embargo, la primera sesión grupal con psicodélicos que dirigí se situó en el contexto de un programa, que incluía sesiones de gestalt, de meditación y ejercicios interpersonales diversos, esgrima, movimiento expresivo y la práctica del «dejarse ir» que había llegado a apreciar a través de mi contacto con el Subud.<sup>4</sup>

Con el tiempo, este programa, que vino a llamarse Esalen en Chile y que fue mencionado en sucesivos catálogos de Esalen, recibió un apoyo del Senado, y habría alcanzado un mayor desarrollo como «Instituto para el Desarrollo Humano» de no ser porque nuevamente decidí viajar a California, esta vez en calidad de residente.

La serie de sesiones que dirigí con el grupo que he descrito, y al cual se siguieron agregando otras personas de entre mis voluntarios para las pruebas con sustancias experimentales, no

4. El Subud es un movimiento espiritual internacional fundado en la década de 1920 por Muhammad Subuh en Indonesia. Su base es un ejercicio espiritual llamado latihan, un ejercicio de entrega a Dios o a la gran fuerza de vida que hay en cada ser humano.

*Una autobiografía psicodélica*

solo resultó una confirmación del valor terapéutico de los diversos fármacos empleados, sino que un aprendizaje para mí, que al comienzo anticipaba tener una mayor intervención terapéutica y luego llegué a intervenir solo mínimamente, tal como había hecho Leo, ya que los buenos resultados parecían depender más de la actitud de los participantes y de su preparación que de mis intervenciones en el curso de la reunión. También desarrollé una confianza en que se podía llevar a un grupo de personas a aguas profundas sin temor a que ocurrieran catástrofes, pues parecería que cuando las personas entregan su control sobre sus propia psique operara en los grupos una inteligencia que va más allá de la mente ordinaria de cada cual; sucedían las cosas como si una inteligencia mayor orquestase la situación grupal de tal modo que aquellos con ciertas necesidades encontraban lo que necesitaban en la interacción con otros compañeros significativos en forma sincrónica y aparentemente mágica. Particularmente me pareció algo un poco milagroso que aquellos que atravesaban por estados de regresión en los que necesitaban un amparo que no habría sabido proveer para más que uno a la vez, se encontraban con otros que en aquel momento se estaban sintiendo como si hubiesen terminado de florecer espontáneamente y estaban dispuestos a darle su atención a quien lo necesitara.

Nunca llegué a publicar nada acerca de estas reuniones aunque sí mencioné algo acerca de mis grupos con MDA y con MDMA en un congreso convocado por Hanscarl Leuner en Hirshhorn, en Alemania; y como resultado de ello fui invitado por Akos Tatar a dirigir un grupo en Berlín que se anunció en los periódicos (pues la MDA no había sido aún prohibida) y al que asistieron varias personas cercanas a Osho.

*IX. La iboga*

Me toca ahora hablar de mi exploración de la ibogaína, en la que me interesé a raíz de un encuentro con un misionero francés llamado Irineo Rosier, que había para aquel entonces publicado un libro sobre la presencia de Dios en las minas de carbón de Francia, donde los trabajadores vivían en circunstancias particularmente miserables. Unos amigos en Santiago me lo presentaron en una cena, y cuando a pedido de mis anfitriones le expliqué de mis investigaciones sobre el yagé y la harmalina e hice mención de la identificación de los chamanes con jaguares, me comentó que eso le recordaba la cercanía a los leones de los brujos africanos entre quienes había vivido durante años recientes.

Así como bajo el efecto del yagé parecen transformarse los chamanes colombianos en jaguares a la vista de los presentes, también los africanos, me explicaba Rosier, parecen transformarse en leones, de modo que incluso se dice que después de dispararle a un león se ha encontrado la bala en el cuerpo del hechicero.

Me pregunté si ello no sugería que también en la cultura africana se utilizara un alucinógeno, y recayó mi sospecha sobre la ibogaína, que se usaba para aquel entonces como reconstituyente en casos de convalecencia y se vendía en las farmacias de Francia bajo el nombre de Lambarène. ¿Será el caso, me pregunté, que aquello que los occidentales han creído un mero estimulante empleado por los nativos en sus bailes, fuera en realidad un alucinógeno? No habían llegado a mis manos por aquel entonces las informaciones de los antropólogos que posteriormente vinieron a confirmar mi sospecha, y solo encontré en la literatura informes sobre el uso de la ibogaína en la vagina de la rata y en el intestino del conejo. Y ya que nada hallé sobre experimentos en humanos, me dispuse, como en ocasiones anteriores, a tomarme a mí mismo

*Una autobiografía psicodélica*

como sujeto experimental. Ya he relatado esta experiencia en más de una entrevista, pero repetiré aquí lo esencial, que fue para mí una lección y puede serlo también para quien me lea.

Poco después de sentir los primeros mareos que me anunciaban el efecto del fármaco (creo que 300 miligramos de ibogaína pura) me pareció que giraba el universo entero entorno al lugar donde yacía, y aunque no puedo decir que se tratase exactamente de una alucinación, simplemente sentía (mientras yacía con los ojos cerrados) como si todo el universo girase, teniendo cada cuerpo celeste una órbita y todas estas órbitas estuviesen sincronizadas en algo así como una gran celebración cósmica, una gran danza ordenada según una misteriosa voluntad.

Solo que yo mismo, en medio de todo este universo danzarín, permanecía ajeno a esta liturgia universal. ¿No sería mejor que me uniese a todo? ¿No es esto a lo que siempre había aspirado, en lugar de vivir una especie de existencia fantasmal? Parecía muy simple decir «sí», que era algo así como decir «sea según tu voluntad»; y me parecía como si tuviese el dedo ya sobre un interruptor: ¿sí? o ¿no? Pero el problema era que si me entregaba a la voluntad divina, ¿no pudiera ser que en tal la voluntad divina yo no estuviese destinado a ser nada significativo?

«Si me entrego —sentía—, tendría que renunciar a una importancia especial que siempre quise tener». ¿Y estaba preparado para la eventualidad de que en el orden cósmico no me correspondiese ser sino que algo semejante al polvo? Parecía que se esperaba mi decisión, y yo no me arriesgaba a soltar el control. Y pasaron primero los segundos y luego algunos minutos; pero no muchos. Tal vez se me hayan dado algo así como unos tres minutos, después de los cuales ya era claro que había pasado mi oportunidad, y el resto de la experiencia fue como un *cartoon* de Walt Disney; o más bien una sucesión caótica de imágenes, entre las

*Exploraciones psicodélicas*

cuales ahora solo recuerdo la primera: un conejo escondiéndose en un tronco de árbol.

La experiencia me dejó sintiendo que una inteligencia superior me había puesto a prueba, y estaba a la vista que me faltaba mucho. El respeto que me infundió la ibogaína, sin embargo, tal vez le haya servido indirectamente a los voluntarios a quienes ofrecí participar en la serie de sesiones individuales a través de las cuales exploraría sus posibles efectos terapéuticos.

Recuerdo que mi primer sujeto fue un bailarín que me había impresionado mucho por su talento. Y en su sesión pareció expresarse nuevamente su talento, pues nunca vi otra experiencia igual entre aquellos a quienes administré este nuevo fármaco.

Al centro de esta estaba un rayo azul; una luz azul maravillosa, como puede leerse en el último capítulo de mi libro *The Healing Journey*. Otro entre mis sujetos, colaborador mío en el Centro de Antropología, vio tortugas y leones, y eso me recordó a los jaguares de la ayahuasca, como también el gusto con el que bailó al son de La consagración de la primavera, de Stravinski. Al parecer, se trataba de un fármaco de efectos semejantes a los de las beta-carbolinas del chamanismo sudamericano: se presentaban imágenes, se comprendían cosas acerca de la propia vida, pero no había las distorsiones del tiempo ni los paraísos o infiernos del LSD, ni tampoco la contemplación de las relaciones personales de la MDA.

Apenas había terminado mi serie de treinta experiencias cuando me invitaron a la conferencia sobre el LSD que organizó la Universidad de California en el año 1966, y cuando le pregunté al organizador de esta (ahora conocido como Baker Roshi, pues fue poco después el sucesor de Suzuki Roshi en el primer monasterio zen de California) si, en vez de hablar de LSD, podría hablar de la ibogaína, que venía de descubrir, aceptó.

*Una autobiografía psicodélica*

Escribí entonces un artículo que tuvo mucho éxito, no solo en la conferencia sino que entre el público, ya que la noticia de mi planteamiento apareció en el *San Francisco Examiner*,<sup>5</sup> pero desgraciadamente lo he perdido, y dudo que pueda encontrar una copia para incluir en este libro. Solo me queda ahora, además del capítulo final de *The Healing Journey*, una conferencia que fui invitado a dar en un hospital de California y que posteriormente apareció en la revista *Clinical Toxicology* con el título de «Posibilidades psicoterapéuticas de las nuevas drogas potenciadoras de fantasías».<sup>6</sup>

Me parece oportuno mencionar a esta altura de mi relato que el artículo que envié a la revista *Experientia* describiendo los efectos de la ibogaína y su aparente efecto terapéutico fue rechazado, y en vista de los numerosos centros terapéuticos que hoy ofrecen sesiones de ibogaína para combatir estados de dependencia química a otras drogas adictivas, me parece irónico que esta revista haya subestimado su potencial terapéutico.

Dos declaraciones me interesaron especialmente al terminar mi presentación en esa célebre conferencia sobre LSD organizada por la Universidad de California: una por parte de alguien—Howard Lotsof— a quien la ingestión de ibogaína había curado de una adicción a la heroína, y que posteriormente conseguiría establecer la primera clínica para este propósito; la otra fue una carta de la mujer de un químico muy célebre que había sido uno de los ídolos de mi juventud: Linus Pauling, conocido premio Nobel cuyo interés me pareció una muestra de reconocimiento particularmente significativa. Pero en aquellos días ya se

5. «African Drug Aid to Insight, UC Panel Told», en *San Francisco Examiner*, 16 de junio de 1966.

6. Puede leerse la conferencia completa al final del capítulo 4.

*Exploraciones psicodélicas*

acercaba el tiempo de mi traslado desde Chile a Berkeley como residente, y apenas volví a experimentar con la ibogaína excepto en un par de sesiones terapéuticas grupales, en que también ensayé esta sustancia en asociación a diversas fenetilaminas. Solo muy recientemente he vuelto a emplear la ibogaína, y daré cuenta de mis nuevos hallazgos en dos de los capítulos de este libro.

*X. El 10-metoxi-harmalán*

Solía yo durante mi tiempo en el CEAM pasarme ratos en la biblioteca de la escuela de medicina, donde ojeaba revistas buscando novedades acerca de bioquímica o alcaloides posiblemente psicoactivos, y es así como un día me encontré la fórmula del así llamado 10-metoxi-harmalán —un pariente de la harmina sobre el cual hasta entonces no había tenido noticias. El artículo en que aparecía esta fórmula informaba que este compuesto se podía obtener *in vitro* de la hipófisis de vacunos por transformación de la melatonina, y ello sugería que pudiese también producirse *in vivo*. ¿Constituiría tal vez este 10-metoxi-harmalán un alucinógeno que nuestra glándula pineal produce en cantidades infinitesimales y podría explicar estados alucinatorios desencadenados por prácticas espirituales?

Naturalmente, era de interés comenzar por investigar los efectos psicológicos de la sustancia en cuestión, y para ello el primer paso sería el de averiguar si figuraba en el catálogo de alguno de los laboratorios químicos comerciales.

Tuve mucho gusto de encontrar que, efectivamente, estaba en el mercado, y procedí un día a ingerir lo que calculé (a partir de los efectos de otras sustancias en esa familia química) que sería una dosis pequeña.



*Una autobiografía psicodélica*

Me dispuse luego, lápiz en mano y papel en blanco frente a mí, a observar mi propia mente como quien registra el protocolo de un experimento. Y luego, como quien hace asociación libre de ideas, anoté la palabra «ala», pues fue lo primero que se presentó a mi conciencia.

Y luego precisé que la sensación de un aletazo era el recuerdo de una imagen que había tenido durante una de las sesiones de LSD en la que Leo escuchaba una música japonesa cuyo título aludía a patos que emprenden el vuelo desde una laguna.

No incluiré aquí el poema que resultó cuando consigné al papel esta primera imagen en la actitud de quien lleva el protocolo de un experimento científico, pero cuando la revista literaria *Magney*, de Berkeley, me pidió una contribución, les ofrecí este poema, y este hecho, junto a los elogios que atrajo, podrían considerarse argumentos a favor de la conclusión de que la sustancia ingerida estimuló en mí un talento poético latente, raramente expresado. ¿Se podrá generalizar diciendo que el 10-metoxi-harmalán es un estimulante del pensamiento intuitivo? Así me pareció después de administrárselo a dos sujetos experimentales, pero ya he perdido las anotaciones de ese tiempo, y ni siquiera recuerdo quiénes fueron las personas que hicieron las correspondientes experiencias, por lo que me parece que esta es una investigación que merece ser continuada.

*XI. La 5-metoxi-dimetil-triptamina*

Otra investigación que hice en mí mismo y cuyos resultados verifiqué en algunos amigos fue la de una sustancia cuya fórmula encontré entre los análisis químicos realizados por iniciativa del antropólogo sueco Wassen, a quien conocí junto a Bo Holmstet en

*Exploraciones psicodélicas*

la conferencia Ethnopharmacologic Search for Psychoactive Drugs. Wassen me regaló un artículo suyo acerca de los productos vegetales inhalados por los indígenas sudamericanos. De la lista de compuestos que Wassen había publicado en alguna revista, la 5-metoxi-dimetil-triptamina me pareció especialmente interesante por su fórmula, y también en este caso me alegró que se pudiese conseguir en uno de los laboratorios comerciales.

Su efecto sobre mí al inhalar sus vapores fue tal vez el más indescriptible de todos los estados psicodélicos que haya conocido, simplemente por la medida en que implicaba una disolución del pensamiento y también de la imaginación —por más que esta aniquilación de la mente ordinaria me resultara sumamente atractiva. Cuando se lo dí a probar a mi amigo Armando Molina en una visita suya desde España, me pareció muy exacta su descripción: «Un disolverse deleitoso de la mente en la nada». Luego lo compartí con otro amigo, Peter Gruber, cuyo veredicto fue que esta era «la bomba H».

Fumé muchas veces esta «bomba H» y algunas me pareció, al volver a la conciencia ordinaria, que durante su efecto me hubiese movido sin ninguna conciencia de ello, desbaratando objetos en torno a donde estaba sentado sobre mi cojín de meditación. Me pareció la expresión de un impulso a llegar más allá, por más que se tratase de una entrada más profunda aún en la nada. Pero no pasaron muchos días antes de que me alarmara el potencial adictivo que estaba desplegando para mí esta sustancia, que bien podría terminar dañando mi cerebro; y me pregunto incluso si no llegó a hacerme algún daño, pues coincidió este experimento con un tiempo aparentemente estéril de mi vida, durante el que no solo me sentí mínimamente creativo sino que interiormente empobrecido, aunque aún no sepa decir hasta qué punto haya sido ello el resultado natural de un proceso de encuentro con mi

*Una autobiografía psicodélica*

patología original o si se hubo agregado a este proceso natural un elemento de toxicidad.

A dos personas más les di a probar esta «bomba H»: una fue José Matsua, indígena huichol que lo fumó en una de sus ceremonias y dejó de cantar por el resto de la noche; y la otra Sri Harish Johari, maestro tántrico hindú, cuyo repertorio de experiencias incluía el veneno de la cobra, y quien adivinó correctamente que se trataba de una triptamina. A través de él se rompió el secreto y empezó a circular este compuesto entre los conocedores del mundo psicodélico de mi entorno, pero yo persistí en no hablar de este en vista de mi temor a que pudiera acarrear un daño.

*XII. La ketamina*

Fue a raíz de una sesión anual de la Asociación de Psicología Humanística de los Estados Unidos, que tuvo lugar en Berkeley, que conocí a Salvador Roquet, pionero psicodélico mexicano. Lo invité a cenar en casa, y ello llevó a que posteriormente tuviese con él una sesión de LSD con ketamina. Supongo que la dosis de ketamina que se empleó fue excesiva para mí, pues no me conmovía la Novena Sinfonía de Beethoven, y me asustó sentirme psicológicamente muerto. Felizmente, recibí una visita de Joan Halifax algún tiempo después, y ella me ofreció la oportunidad de hacer la experiencia de la ketamina en combinación con la marihuana, que me pareció interesantísima —aunque de dudoso valor transformador. Varias veces la repetí en el curso de años posteriores, confirmando el sentir de que la mente ordinaria, vista desde la «conciencia ketamínica», me parecía un sueño más bien trivial.

*XIII. Los honguitos de María Sabina*

Otro hito en mi autobiografía psicodélica fue una visita que le hice, también por invitación de Salvador Roquet, a la famosa María Sabina. Lo acompañé en esta ocasión a Oaxaca en compañía del ministro de salud de algún país centroamericano y un alto funcionario de la salud mental en los Estados Unidos, y llegamos a Huautla en un autobús sin techo cuando ya había anochecido y ella ya dormía junto a su marido, pero la sacerdotisa legendaria se levantó y aceptó atendernos.

Me llamó la atención de que a cada uno de nuestro grupo le ofreciera los hongos en una bella hoja de plátano menos a mí, que me los sirvió en papel de diario. Le pregunté a Roquet si le parecía ello significativo, y me sugirió que se lo preguntara directamente. Así lo hice, y la respuesta que recibí fue: «Tú escribirás de ello» —cosa que no he hecho hasta este momento, sin que tal cosa me haya llevado a invalidar su explicación, ya que parece haber percibido correctamente en mí a alguien dado a la escritura.

Nos asignó María Sabina nuestros lugares en el suelo en una fila con Roquet a la extrema derecha, yo a su lado y los dos funcionarios a mi izquierda, y se sentó delante de mí, dándonos a todos la espalda, como si fuese delante de nosotros en una embarcación, o a la cabeza en una procesión. Cantó o rezó continuamente, y nos recomendó también que rezásemos, especialmente en respuesta a los funcionarios cuando exclamaban ante la belleza de sus visiones.

Para mí, que pensé durante toda la sesión en Quetzalcóatl, su consejo especial fue que no me olvidara de Jesucristo —especialmente por el bien de los demás. Supongo que este encuentro constituyó el estímulo principal para un par de sesiones grupales con el Psilocybe que conduje en Chile, acerca de las cuales hablaré más adelante, por lo que aquí me limitaré a decir que me

*Una autobiografía psicodélica*

llevaron a sentir una gratitud hacia los hongos comparable a la que sienten los indígenas, que le dieron el nombre de teonanácatl («carne de dios»).

*XIV. Investigación con MDMA en Chile*

Estuve alejado durante muchos años de la investigación psicodélica y de la terapia farmacológicamente asistida, pero una excepción fue el trabajo con el así llamado éxtasis, la MDMA, que me fue facilitado por Sasha Shulgin en el curso de los años ochenta y que pude utilizar durante mis viajes a Chile en vista de que la dictadura militar, pese a su carácter represivo sobre la cultura hippy local, permitía a los médicos el ejercicio de la terapia farmacológicamente asistida, que incluso aparecía en el arancel.

Nuevamente hice sesiones individuales, y en síntesis diría que mi énfasis, a esta altura de la vida, fue el uso de la situación terapéutica para el trabajo sobre el carácter, sobre la personalidad, que era un campo en el que me había especializado durante muchos años. Comunicué por escrito algo de mi experiencia en respuesta al pedido de la comunidad psicodélica, que en aquel entonces quería llevar la cuestión del uso terapéutico de la MDMA a los tribunales, pero desgraciadamente nunca se me devolvió aquel documento y he perdido mi propia copia. Puedo decir, sin embargo, que tales sesiones me sirvieron para profundizar mi propia comprensión de los 27 caracteres que resultan de la aplicación del eneagrama a la personalidad, y que confirmaron mi impresión (consonante con la de David Shapiro)<sup>7</sup> de que

7. Shapiro, David. *Psychotherapy of Neurotic Character*, Basic Books, Nueva York, 1989.

*Exploraciones psicodélicas*

nada contribuye tanto a la transformación profunda de las personas como la superación de los patrones caracteriales, que no deben ser concebidos como un aspecto de la sintomatología de las neurosis sino como su verdadero esqueleto.

*XV. El Santo Daime*

Otra fase de mi autobiografía psicodélica comenzó cuando Graciela Figueroa, colaboradora mía en el primer Programa SAT en España, me habló de la iglesia del Santo Daime en Brasil, y me ofreció presentarme al líder (o «padrino») de esta en Rio de Janeiro.

No había yo tomado ningún psicodélico desde algunos años atrás, cuando me separé de una mujer con quien viví solo algunos años pero a quien siempre sentí como «el amor de mi vida». La había conocido en la misma temporada en que murió mi madre, y le gustaban mucho a ella, que había vivido en Ibiza, tanto los psicodélicos como la marihuana. Aunque la acompañé en algunos viajes de MDMA que parecían servir para que hablásemos muy sinceramente de nuestros conflictos, su personalidad adictiva terminó resultando un problema grave para nuestra relación, y seguramente en respuesta a lo que mi cuerpo consideró un exceso, sentí un día que no quería volver a tomar droga alguna. Más que una decisión razonada fue como si mi cuerpo me dijera de pronto «no», y ha persistido esta preferencia a través de los años posteriores a nuestra separación.

Pero una excepción a ello ocurrió después de que, en 1988, me habló de la iglesia brasileña del Santo Daime Graciela Figueroa, que colaboraba conmigo por aquel tiempo en el segundo módulo del primer Programa SAT en España. Trabajábamos

*Una autobiografía psicodélica*

entonces en un extraordinario lugar que había construido para nosotros en Almería un filántropo llamado Ignacio Martín Pollo, que sentía que después de trabajar muchos años exitosamente en el ámbito del marketing le debía algo al mundo. Y cuando estuve en Rio algún tiempo después, con motivo de algún taller, no solo quise aprovechar mi viaje para tener una sesión con esta magistral amiga que con el tiempo ha formado a tantos terapeutas corporales en Europa y las Américas, sino que también para conocer al padrinho Paulo Roberto.

En mi conversación con él le conté de mi aventura en el Putumayo, y lo que más le impresionó es cómo una cobra coral había estado a centímetros de mi tobillo, de tal manera que yo no estaría allí contando la historia de no haber sido porque el chamán que me guiaba lanzó su machete desde unos metros de distancia y la partió en dos antes de que yo siquiera la hubiese visto. Hizo entonces una invocación al sol el taita Anselmo, que me guiaba, y me explicó que la serpiente era la guardiana de la planta. Al escuchar la historia, Paulo Roberto tomó aquello como una señal para invitarme a una reunión que se celebraría ese mismo día, después de nuestro encuentro, en el mismo centro Céu do Mar en que conversábamos. Y acepté con mucho gusto, naturalmente, pues era ya mi deseo el poder hacer la experiencia del daime en el contexto de una de las religiones ayahuasqueras en Brasil, cuyos guías, se decía, funcionan como chamanes y que, a diferencia de los que se trabajan con estados alterados de conciencia en otras partes del mundo, gozan en Brasil con una protección del gobierno para el ejercicio de su oficio entre terapéutico y sacerdotal.

Como en las sesiones del Santo Daime en general, se cantaba mucho en esta, y al no comprender yo los himnos en portugués decidí que los tomaría como estímulo para practicar mi propia

*Exploraciones psicodélicas*

forma de devoción, que fue la repetición del mantra de Padma-sambhava, que a su vez me recordaba el intento de sostener una manera de ver todo lo que ocurría como un sueño. Y por un tiempo me fue rica la experiencia de devoción en el marco de una perspectiva de desidentificación con todo, pero Paulo Roberto me servía un alto vaso de ayahuasca tras otro, como si quisiese ponerme a prueba, y tengo la impresión de que, pasado un cierto punto, su efecto estimulante se me convirtió en una sobredosis que me quitaba energía; escuchaba yo el fervor de los cantos ajenos como sintiendo que mi propio fervor no estaba a la altura de lo que había sido poco antes, y con el tiempo, pasado ya el cuarto vaso, el mismo esfuerzo de estar de pie se me hacía excesivo. Para mi sorpresa, sin embargo, no vomité, a pesar de la cantidad excepcional que había tomado, aunque esto solo duró mientras estábamos en la sala. Al salir, unas cuatro horas después, cuando el efecto parecía haber terminado, me vino el vómito —tal vez porque, distraído con el ambiente y con el encuentro con otras personas, había dejado de prestarle atención a mi experiencia más sutil.

Al día siguiente volví a ver a Paulo Roberto, ahora para invitarlo a España. Y con la ayuda generosa de Ignacio, nuestro anfitrión en Babia, que se hizo cargo de los pasajes, llegó al fin del Programa SAT siguiente Paulo Roberto a Babia, en compañía de su mujer (hija del famoso pandrinho Sebastião, que dio origen a la iglesia) y de un equipo de guitarristas cantores.

La sesión se anunció como un añadido al tercer año del Programa SAT, que entonces era el último, y curiosamente no recuerdo nada en particular de ella, excepto el baile en la plazoleta del castillo con la luna llena por sobre nuestras cabezas, donde Graciela y yo, al comienzo de la fila de las mujeres y de los hombres, respectivamente, nos veíamos el uno al otro en un contagio continuo de entrega y devoción.



*Una autobiografía psicodélica*

Nos despedimos de Paulo Roberto a la mañana del día siguiente, antes de proceder yo a una reunión retrospectiva, pero alcanzamos a ponernos de acuerdo en que regresaría el próximo año. Pero no fue en relación al Programa SAT que se organizó la siguiente reunión, pues fue el deseo de Ignacio de que tuviera la oportunidad de hacer la experiencia un más amplio público español, y nació en aquellos días la iglesia del Santo Daime en Madrid. Pero en lo que respecta a mi autobiografía psicodélica, resultó esta una de las sesiones importantes de mi vida, a pesar de que mi intención fue la de no participar en la toma sacramental, de la que me excusé ante Paulo Roberto mientras la gente recibía sus pociones de daime, explicando que era mi responsabilidad cuidar mis energías para el día siguiente, cuando se celebraría la sesión final del SAT. Me escuchó amablemente Paulo Roberto, pero me sugirió que tal vez sería bueno que bebiese una pequeña cantidad antes de ponerme a dormir, y acepté su ofrecimiento. No recuerdo ahora si llegué o no a dormir algo esa noche, pero sí el éxtasis continuo de los cantos de quienes bailaron durante horas bajo mi ventana.

A la mañana siguiente me llenaba una nueva alegría que no había conocido antes, sino que tal vez muy fugazmente. Se abrió con esta sesión una etapa de mi vida que he llamado a veces de «leche y miel», aunque también de «leche, miel y guerra», pero reservo la explicación de ello para una autobiografía, y solo diré, para cerrar este capitulillo acerca de Paulo Roberto, que a pesar de haberme otorgado la estrella que simbólicamente me confería la autorización de dirigir sesiones del Santo Daime, tuve posteriormente conflictos con él y no volví a verlo.

Seguía yo naturalmente interesado en poder ofrecerles sesiones de ayahuasca a mis discípulos mientras las circunstancias legales lo permitiesen, y me pareció ver una próxima oportunidad

*Exploraciones psicodélicas*

en la invitación de otro de los continuadores del padrinho Sebastião, que se había ido a vivir a un territorio maravilloso llamado Aiuruoca, donde dice la gente local que antes de su llegada aterrizaban naves extraterrestres. Visitábamos con Suzy, mi compañera de entonces, esta tierra extraordinaria, y asistimos a una sesión dirigida no por Guilherme, que así se llamaba el amigo daimista, sino por un asociado suyo de la União do Vegetal: Paolo Maya, que hablaba mucho durante la sesión y me parecía que quisiese aprovecharse del efecto de la ayahuasca para impresionar a su concurrencia con su persona. Guilherme me había prometido proveerme de cierta cantidad de ayahuasca, y cumplió con su ofrecimiento pese al mal avenimiento que tuvimos con su socio, y gracias a ello pude emplearla en diversas oportunidades a través de los años, hasta que una de las personas que se ganaban la vida con mis ideas me escribió amenazándome con delatarme al ministerio de salud, y ello me pareció una indicación de que debía interrumpir estos trabajos.

Sirvió la ayahuasca de Guilherme para algunos experimentos novedosos. En uno de ellos quise utilizar material mitológico, y le leí al grupo el himno homérico que narra la historia del rapto de Perséfone y su rescate por Démeter, y fue una confirmación grupal de la observación que había hecho ya al comienzo de mi exploración de la ayahuasca sobre cómo facilita no solo la intuición, sino que específicamente la comprensión del pensamiento mítico.

En otra oportunidad hice un trabajo que se centró en la reflexión sobre las relaciones de pareja, que junto al trabajo para parejas a la luz del eneagrama que había presentado en Brasil en respuesta a una invitación de Suzy Stroke, resultó una inspiración para el excelente trabajo que ella desarrolló posteriormente, y así un don indirecto de la ayahuasca a toda una generación.

*Una autobiografía psicodélica*

Con el correr del tiempo, sin embargo, fue el éxito de mi propio trabajo SAT en Brasilia el que atrajo a personas tanto del Santo Daime como de la União do Vegetal de aquella ciudad, y el hecho de tenerlos como discípulos llevó a que me llegasen invitaciones de ambos centros, primero a participar, luego a guiar sesiones. Por último, el aprecio de la comunidad daimista llevó a que pudiese tener un centro propio, que no lleva el nombre de iglesia pero es para la comunidad de brasileños una agrupación más dentro de las religiones ayahuasqueras de Brasil. No hablaré aquí de mi trabajo con la ayahuasca, ya que lo he hecho en mi libro sobre el tema, pero para completar mi autobiografía psicodélica debo decir que para mí la ayahuasca, durante largo tiempo, me llevó al éxtasis amoroso y devocional, y parecía yo funcionar como uno tocado por la santidad, pero perdí ese estado en una sesión específica en que quise prescindir de toda estructura. Invité a las personas a la espontaneidad y me sentí paranoicamente burlado; salí como apaleado de esta sesión, con menos autoridad, menos dignidad y validez, y nunca desde entonces he recuperado la plenitud del éxtasis amoroso que era el efecto para mí de la bebida, en contraste con los contenidos de las innumerables descripciones que he escuchado de las experiencias de los demás. Recuerdo que una vez me preguntó Paolo Quattrini qué era lo que yo sentía y veía, y mi respuesta era que sentía una sola cosa, no mil cosas, y esa cosa no era algo de lo que pudiera hablar aparte de decir que era simplemente un estado de felicidad. Pero decir que era un estado feliz no dice tanto como explicar que se trataba de una felicidad derivada de un estado de santidad, que era a su vez algo que tenía que ver con lo divino; una especie de amistad con Dios.

Desde algunos años atrás vengo dirigiendo en Brasil dos veces al año sesiones de ayahuasca, primero bajo el auspicio de

*Exploraciones psicodélicas*

líderes de la iglesia del Santo Daime, y luego amparado por la organización independiente de la cual soy director espiritual. Bebo la ayahuasca con los grupos que dirijo tal como se hace en la iglesia del Santo Daime y en la União do Vegetal, pues siento que el hacerlo me permite estar en mejor resonancia con el grupo y ofrecer un mejor servicio.

*XVI. La marihuana*

Nada he dicho aún de la marihuana, que conocí a mediados de los años sesenta, y cuyas primeras experiencias he descrito en mi autobiografía (*Up and Down the Holy Mountain*). Diría que el efecto que me hizo en aquel tiempo fue semejante al que ha sido siempre tan apreciado por los músicos: exaltaba mi sentido rítmico, mi deseo de improvisar, y me volvía locuaz. Pero con el tiempo vi que también intensificaba cualquier acto devocional, y más ampliamente parecía facilitar todo tipo de meditaciones, y fue esto lo que me llevó a utilizarla en un momento de la vida que siguió a años de abstinencia de todo tipo de psicodélicos, que se inició cuando me interesé en incorporarme a un trabajo grupal dirigido por el gran sufi afgano Idries Shah. El requisito para ello era abandonar todo tipo de psicoterapia y también todo tipo de droga, y acepté —aunque posteriormente le escribí a Shah para preguntarle si me autorizaba a hacer una excepción en el curso de una visita a Don Juan que en ese tiempo me había propuesto Carlos Castaneda (su respuesta fue afirmativa, pero debido a circunstancias burocráticas el viaje en cuestión no llegó a concretarse).

Respecto a la marihuana, me vine a sentir libre años después, cuando ya no me sentí tan cerca de Idries Shah, y visitaba al tántrico hindú Sri Harish Johari, en cuya casa se fumaba cada velada

*Una autobiografía psicodélica*

y cuando, además, había entrado en ese periodo de sequía en el viaje interior del que a veces se habla como «la noche oscura del alma». Quise entonces compensar mi pobreza interior y el escaso resultado de mis prácticas espirituales con el estímulo de la marihuana, y diría que si bien me ayudó un poco al comienzo, después incrementó mi estado problemático, de modo que llegué a volverme suficientemente dependiente de ella durante la década de los ochenta como para que decidiese disciplinarme, y solo después de lograrlo pude verdaderamente comprender cuánto había estado contribuyendo a mi falta de progreso en la meditación.

*XVII. La comunidad psicodélica*

Antes de concluir esta «autobiografía psicodélica», pienso que sea oportuno que, además de dar cuenta de mis experiencias personales y de mis exploraciones terapéuticas con pacientes, mencione al menos brevemente mi relación con la comunidad psicodélica norteamericana, en la cual fui considerado un pionero, pero para la que terminé volviéndome (como en el caso de la comunidad de los divulgadores del eneagrama y la de los gestaltistas de la costa Este) un no abiertamente declarado pero visiblemente ignorado enemigo. También en esto dejaré los detalles para mi autobiografía, pero diré que a través de mis encuentros con la comunidad psicodélica a través de los años he podido apreciar no solo su envidia competitiva, sino que una arrogancia y ceguera no menor que la de otros gremios profesionales, y ello me ha llevado a una visión bastante crítica de un movimiento que originalmente me había parecido muy promisorio. No me parece que la cultura psicodélica haya cumplido, a través de las décadas transcurridas desde los sesenta, con lo que parecía prometer, a pesar de

*Exploraciones psicodélicas*

haber inspirado grandes iniciativas durante esa fugaz «Nueva Era». Por ello pienso que, a pesar de constituir los fármacos psicodélicos un gran potencial para la sanación y hasta la salvación del mundo, es de gran importancia que este potencial sea debidamente canalizado; y por ello mismo vengo planteando durante los años recientes que por muy importante que sea descriminalizar las drogas, no bastará con ponerle fin al prohibicionismo, sino que, comprendiendo que es de su mal uso que ha derivado principalmente su abuso, conviene que se establezca un canal adecuado para su buen uso ya.

Coincide mi opinión respecto a lo que sea un canal adecuado con lo que se hace presente en las culturas chamánicas, en las que no se cuestiona la competencia especial de los chamanes en materia de plantas sagradas y nunca se invocó el derecho democrático de todos a hacer uso de ellas (por lo menos antes de que el interés de los buscadores en el mundo «desarrollado» estimulase el desarrollo de un pseudochamanismo para turistas). Pero volveré a este tema al final de este libro.

ESTADOS ALTERADOS DE CONCIENCIA  
FARMACOLÓGICAMENTE INDUCIDOS

Muchos años atrás, en 1985, Benjamin B. Wolman —célebre por su extensa enciclopedia sobre psicología— me encargó escribir un capítulo para su manual de estados alterados de conciencia. A continuación, reproduzco el artículo completo.<sup>1</sup>

ESTADOS INDUCIDOS POR LAS DROGAS

*Efectos de psicodélicos o alucinógenos tipo LSD*

Existen razones para denominar a este grupo el de los «alucinógenos», pues esta palabra empezó a utilizarse a la vista de sus efectos, aunque no en su significado literal (que sería la propiedad de

1. Claudio Naranjo: «Drug Induced States», en Benjamin B. Wolman y Montague Ullman: *Handbook of States of Consciousness*, Van Nostrand Reinhold, Nueva York, 1986, cap. 12, pp. 365-394.

*Exploraciones psicodélicas*

suscitar verdaderas alucinaciones), sino en el de dar lugar a fenómenos afines a las alucinaciones o alucinoides. Si a veces los llamo «psicodélicos tipo LSD» en lugar de alucinógenos, solo es a fin de evitar confusión en la mente de los lectores no familiarizados con mi sugerida nomenclatura, pues el término «alucinógeno» —a menos que se defina específicamente, como yo propongo— pudiera considerarse aplicable también a los potenciadores de fantasías, y suele (aunque en cierto modo de manera inapropiada) contemplarse como sinónimo de «psicodélico».

El grupo comprende la dietilamida de ácido lisérgico y compuestos relacionados, la mescalina, la dimetiltriptamina (DMT) y compuestos relacionados, la psilocibina y la psilocina, y algunas fenilisopropilaminas, además de las plantas que contienen alguna de los anteriores. Las drogas en este grupo difieren en la duración de sus efectos y en características sutiles (la mescalina, por ejemplo, produce más fenómenos visuales que la psilocibina, cuyo efecto tiende a ser más cognitivo, mientras que la cualidad experiencial del LSD se ha caracterizado como más «eléctrica» que otras). No obstante, todas difieren de los potenciadores del sentimiento y la fantasía en que suscitan fenómenos perceptivos característicos, pueden hacer aflorar experiencias psicóticas (incluyendo despersonalización, delirios de condenación, ideas mesiánicas, graves malinterpretaciones de la situación en curso, etc.), y disponen del potencial de suscitar la «experiencia psicodélica» por excelencia, caracterizada por una combinación de experiencia contemplativa, éxtasis y diversos grados de vislumbres espirituales.

La variedad de estados psicoespirituales que pueden evocar los alucinógenos son, con toda seguridad, evidentes para todos aquellos familiarizados con este campo. *En Varieties of Psychedelic Experience* (1967), Masters y Houston distinguen experiencias



*Estados alterados de conciencia*

estéticas, recuerdo-analíticas, arquetípicas o simbólicas, e integrales o místicas. En *Realms of the Human Unconscious* (1975), Grof habla de un área psicodinámica o «freudiana», un área perinatal o «rankiana», y de experiencias transpersonales (algunas de ellas corresponden al área arquetípica o por ello «jungiana»). Siguiendo a Huxley (1964), propuse en *The Healing Journey* (1973) una clasificación de los estados psicodélicos en general, en «celestiales», caracterizados por la comprensión de valores intrínsecos (y frecuentemente acompañados de arrobamiento), y estados «infernales», caracterizados por una intensificación casi psicótica de la psicopatología. También propuse una subdivisión ulterior de los estados emocionales positivos, según la cualidad del valor que caracteriza la experiencia; e, influido en ello por el pensamiento de Scheler y Spranger, propuse una gama de valores que iban desde el sensato (placer) a través de lo estético (belleza) y lo social e interpersonal (amor) a lo religioso (santidad, asociada con la aprehensión del Ser).

Esta clasificación hubiera sido más completa si hubiera incluido, entre los estados celestiales e infernales, los estados «purgativos», ni totalmente positivos ni totalmente negativos en términos de satisfacción e insatisfacción, que pudieran ser simultáneos y caracterizados por el esfuerzo y la sensación de avanzar, resolviendo los obstáculos.

A pesar de la validez de esas distinciones, expresiones como «experiencia arquetípica», «experiencia psicodinámica» y «estado celestial de tipo religioso» no acaban de transmitir la especificidad de estados arquetípicos, psicodinámicos o religiosos suscitados por la acción de psicodélicos tipo LSD, que residen, no en el núcleo del fenómeno (arquetípico-mítico, autoconocimiento o experiencia mística propiamente dicha) sino en el contexto de fenómenos físicos, perceptivos, afectivos y cognitivos, en los que

*Exploraciones psicodélicas*

aparecen integrados. En el desarrollo siguiente describiré los efectos de los alucinógenos (*sensu strictu*) con mayor detalle en lo tocante al comportamiento, las emociones, la percepción, el pensamiento y la esfera espiritual en sí misma.

Con mucha diferencia, el efecto más común en el comportamiento tras una dosis completa de LSD o un alucinógeno similar es un abandono a lo que Barber (1970) ha denominado sentimientos de «ensueño-desapego», y que podría llamarse apropiadamente una actitud y estado espontáneamente contemplativo. Me parece que palabras como «ensoñación» o «ensueño» no hacen justicia al estado psicodélico que, aunque incluye un rico componente visual (tanto con los ojos abiertos como cerrados) es por otra parte un estado de hiperalerta más que de obnubilación (los efectos de los alucinógenos tipo LSD difieren en este aspecto de los de la Amanita muscaria, la seta amanita, que provoca ganas de dormir).

La connotación de la palabra «contemplativo» en las tradiciones espirituales deriva en parte del hecho de que existe como un binomio, designando una polaridad: contemplativo-activa. La experiencia contemplativa surge en la práctica de la meditación, que a su vez implica apartarse del mundo de la acción y los sentidos. Aparte de su implicación de pasividad, la palabra «contemplación» hace referencia, en su uso tradicional, a una experiencia espiritual; es decir, aquella en la que el individuo tiene acceso a riquezas espirituales. También es el estado en el que la dualidad habitual de sujeto y objeto se reduce o pudiera desaparecer, de manera que el contemplador queda absorto en el objeto de su contemplación. En el «trance alucinógeno», como pudiéramos también denominar a este efecto en particular de los psicodélicos tipo LSD, el individuo se siente inclinado a tumbarse y por lo general a cerrar los ojos, abandonando toda intención

*Estados alterados de conciencia*

aparte de la mera experiencia, mientras se despliegan los característicos efectos perceptivos y espirituales que describiremos.

Cuando se mantienen los ojos abiertos, los objetos se tornan más interesantes, pues se observan de modo distinto al habitual, de una manera «contemplativa» en el sentido de ser una mirada gratuita en lugar de motivada por la mirada utilitaria ordinaria; de una manera en la que el hecho de ver conlleva su propia satisfacción. Se da una tendencia a entretenerse en las cosas, que bien pasan por transformaciones en términos de atributos formales o estéticos, de significado, o, como dice Huxley (1954), de mismidad.

En el lado afectivo, la experiencia del cuerpo pudiera ir de la «dicha oceánica», en el lado positivo, a malestar, dolores localizados, ahogo y otros síntomas dolorosos en el negativo. En resumen, podríamos decir que el cuerpo refleja, al igual que la percepción visual, las cualidades experienciales de estados celestiales, infernales e intermedios o, por decirlo en términos de Grof, la experiencia física refleja las «matrices perinatales». Según Grof, estas experiencias de malestar físico a veces sugieren la reexperimentación de traumas durante el nacimiento, mientras que la experiencia de plenitud relajada sugiere la vida en el vientre antes del inicio del parto y la experiencia de «purgatorio» que se halla entre estos extremos de bienestar y malestar superabundantes, pudiera también describirse echando mano a la metáfora del nacimiento, pues podríamos atribuírsela al feto según progresa por el canal del parto.

Grof (1975, 1980) sugiere que las matrices perinatales (modos de experiencia relacionados con las experiencias relativas al nacimiento) son recuerdos o repeticiones del pasado, una hipótesis en línea con convincentes ejemplos de regresión de edad inducida por alucinógenos, todavía en conflicto con el hecho de que

*Exploraciones psicodélicas*

en el momento del nacimiento la mielinización de los nervios periféricos no está completa. Por otra parte, podemos concebir que esos distintos estados no son en esencia recuerdos sino «paisajes mentales» análogos a los que rodean al nacimiento, que, precisamente en virtud de tal analogía, son asociados con recuerdos y reconstrucciones imaginarias del pasado. Las experiencias de muerte-renacimiento suscitadas por alucinógenos son, creo, experiencias que pertenecen a la «muerte» temporal de lo que las tradiciones espirituales han denominado el «ego» (nuestra identidad ordinaria y lo que conlleva) y el «nacimiento» de capas más profundas de la propia naturaleza. No obstante, no es de extrañar que esas experiencias que corresponden a la percepción de un proceso psicoespiritual de muerte-renacimiento y que tengan una resonancia con las del nacimiento físico a un octava más elevada, por así decirlo, pudieran quedar simbolizadas en esas experiencias y recuerdos anteriores, de la manera en que todas las experiencias bajo la influencia de los alucinógenos tienden a simbolizarse.

Un símbolo expresa y también cuenta con el potencial de ocultar, y tengo la impresión de que eso es precisamente lo que ocurre con respecto a las experiencias dolorosas del cuerpo, que pudieran incluir, aparte de las que sugieren traumas de nacimiento, todo tipo de síntomas psicósomáticos así como dolores y tensiones musculares aparentemente personales. Entre quienes trabajan en psicoterapia con alucinógenos se da la constatación común de que esas dolencias constituyen una proyección en el cuerpo de experiencias afectivas a las que todavía no se ha hecho frente, y que desaparecen al desmontarse la represión. Ejemplos sorprendentes de esto pueden encontrarse en el relato en primera persona *Myself and I* (1963), de Constance Newland, que descubrió, por ejemplo, que su dolorosa vejiga llena era un equivalente de

*Estados alterados de conciencia*

excitación sexual, que su excesiva sensibilidad al dolor en los dientes estaba conectada a fantasías de morder, y que sus dolores tensionales crónicos en los brazos, amplificadas bajo el LSD dando paso a una sensación que describió como el zumbido de una sierra eléctrica, desaparecieron tras una sesión guiada terapéuticamente en la que pudo recordar un suceso traumático que ocurrió cuando tenía dos años y medio. En esa ocasión su niñera le ató los brazos para ponerle un enema, el agua del cual estaba demasiado caliente, y que la hizo sentir como si fuese a explotar. Además de recuperar ese recuerdo, también pudo descubrir que experimentaba ese doloroso episodio como castigo por masturbarse.

Podemos señalar que en el estado psicodélico puede despertarse cualquier sensación posible en nuestro sistema nervioso humano, y ello es aplicable no solo a las sensaciones ordinarias, sino también a tempranos estados emocionales pre-verbales, pues entre los efectos de los alucinógenos está el de la regresión de edad. La pasividad misma que caracteriza el estado alucinógeno en su punto culminante, un estado sin propósito que pudiera caracterizarse como una desdiferenciación de la mente, podría considerarse regresivo, pues resulta tentador considerarlo como análogo a lo que pudiera haber sido el estado de ánimo de un feto. Este estado y el revivir experiencias tempranas están relacionados en cuanto a que la desdiferenciación es la base de la permeabilidad psicológica que permite el acceso a remotos contenidos mentales o al hecho de «manifestarse» a la mente consciente.

Muy característicos de la influencia de los alucinógenos son, desde luego, los estados extáticos y los estados contra-extáticos, que son para la amargura lo que el éxtasis es para la felicidad y el placer ordinarios. El más profundo entre los estados extáticos es el asociado con los estados físicos que he descrito como «oceánicos», en virtud de la aparente disolución de fronteras entre lo

*Exploraciones psicodélicas*

individual y el mundo, lo interior y lo exterior, yo y el otro, e incluso sujeto y objeto. Se trata de una esfera supremamente impersonal o transpersonal de experiencia en el que incluso el contenido visionario es abstracto en lugar de figurativo. Los individuos a veces y de manera espontánea utilizan la palabra «cósmica» en referencia, no solo a la ilimitación experimentada, sino al sentido de plenitud superabundante. Aunque individuos con sofisticación religiosa o filosófica pueden traducir esta experiencia inefable en términos tales como «la clara luz del vacío», como hiciera Huxley, o Sat-Chit-Ananda, Brahmán, «el Absoluto» y demás, aquí no me dedicaré a ahondar en esas conceptualizaciones, aparte de distinguir esta experiencia «mística» de las experiencias propiamente religiosas, que pertenecen a una esfera en la que el pensamiento no está enteramente ausente y las imágenes o conceptos de una cualidad «sobrehumana» o mítica son manifiestas en las visiones. Al referirme a ellas hablaré de experiencias «religioso-arquetípicas», siendo de la opinión de que lo religioso y lo mítico solo pueden ser artificialmente separados, siendo los arquetipos esencialmente símbolos imbuidos de numinosidad, símbolos sagrados que surgen de una experiencia de sacralidad; (por ello, las experiencias de «lo otro» percibidas como un «padre celestial» o una «madre cósmica», que son generalmente consideradas como «religiosas», pudieran considerarse también como implícitamente arquetípicas).

Podrían utilizarse algunas descripciones de profundos estados extáticos para ilustrar tanto el éxtasis religioso como los sentimientos extáticos asociados con un amor muy profundo; en otros casos, un despertar al amor puede manifestarse sin un contenido explícitamente religioso. Pero uno podría preguntarse si en esos casos no existe un factor de conciencia espiritual subyaciendo a lo que individuos no religiosos perciben únicamente en el extremo

*Estados alterados de conciencia*

interpersonal del espectro emocional. Al menos puede decirse que la asociación entre ambos es frecuente, y especialmente en el contexto de terapia de grupo facilitada con LSD. Se observan episodios en los que individuos se sumergen en una comunicación silente de una profundidad nada común en la vida normal; estas podrían interpretarse simplemente como experiencias de profunda empatía, en el sentido de percibir la humanidad común entre el otro y yo; o podrían articularse como experiencias cuya manifestación externa es amor pero que surgen de un vislumbre del yo trascendente que es la esencia tanto del yo como del otro.

Igual que un trasfondo de experiencia trascendente pudiera manifestarse en la esfera interpersonal como sentimientos de amor, también es posible que el mismo factor espiritual se proyecte en la experiencia estética, de una manera que algunos individuos pudieran reconocer como tal mientras que otros, no abiertos a la dimensión espiritual (tal vez en virtud de un prejuicio antirreligioso), no pueden reconocer ni articular. Me parece un tanto curioso que en muchos de los primeros informes sobre los efectos de los psicodélicos solo sobresalga el aspecto estético, estando ausente la referencia al amor y a las intuiciones místicas (Klüver, 1966, en la última página de su ensayo sobre la mescalina, pone desdeñosamente entre comillas la expresión «significancia cósmica» a la que se refieren algunos individuos en relación con sus visiones). Quizás el signo de los tiempos no era suficientemente receptivo a la dimensión trascendente de las experiencias alucinógenas, y por ello resultó revelador leer los comentarios de Huxley en *Las puertas de la percepción* (1954), donde describe un grado no menor de éxtasis estético que sus predecesores, pero que es capaz de seguir el rastro de la belleza del mundo percibido en pos de una potenciación subyacente de *Istigkeit*, la sensación de Ser.

*Exploraciones psicodélicas*

Otra fuente de éxtasis está conectada a algo parecido al placer. Digo «parecido al» placer a fin de señalar el peculiar tipo de dicha que algunos individuos interpretan o expresan al referirse a sensaciones corporales en lugar de emociones religiosas interpersonales o estéticas, que sin embargo difieren en calidad del placer de la gratificación instintiva. En gran parte se trata de un placer asociado con ver y escuchar, un deleite no en las cualidades estéticas de una obra musical en particular, sino en el sonido en sí mismo, y no en la forma estética sino en colores y texturas, un placer que reside en el tono afectivo de las propias sensaciones. Parte del mismo procede de la sensibilidad propioceptiva —como en un estado de «energías corporales» fluyendo libres— y pudiera describirse simplemente como bienestar intenso. Pero, al igual que en los ejemplos anteriores, esto nos podría llevar a pensar que ese «placer» no está desligado del factor nuclear en las experiencias cumbre psicodélicas: el factor místico o espiritual que rebosa sobre los distintos niveles de experiencia incluyendo el sensitivo. De la misma manera que la belleza del clavel y el lirio de Huxley debe su intensidad a una significación sentida que se proyecta sobre ellos desde el campo de experiencia de Huxley, que los contempla, toda experiencia sensorial comparte un aumento de la significación en la conciencia de alguien inmerso en el estado expandido alucinógeno. Eso se «traduce» en una aparente intensificación, pero sabemos que esta intensificación sensorial es un fenómeno subjetivo, no verificado por experimentos de discriminación táctil o agudeza visual. Más bien constituye, al igual que las distorsiones visuales, una proyección simbólica de luminosidad de significado potenciado.

Otro estado que quiero mencionar entre las experiencias cumbre suscitadas por los alucinógenos (junto con los paraísos y estados de inspiración, culminando en trances de posesión



*Estados alterados de conciencia*

divina) es el caracterizado por una intensa sensación de satisfacción frente al presente concreto y sin distorsiones y a las propias circunstancias del individuo. Este estado (por lo general acompañado por una sensación de agradecimiento, como ha sido descrito por Aldous Huxley en *La isla*) corresponde en la esfera perinatal al estado del recién nacido, que ha emergido del más allá y llega a un mundo de personas y objetos como una fruta madura. En el lenguaje del simbolismo religioso podríamos llamar a ese estado un «paraíso terrenal».

Los estados supernegativos, o «infernales», podrían entenderse no solo como intensificaciones de psicopatología (como afirmo en *The Healing Journey*) sino como estados de intensa deficiencia de valor. Según esto, para cada estado de valor realzado podemos distinguir el correspondiente estado de carencia o valor negativo. Al placer, le corresponde en ese caso, a nivel sensorial, un estado de aflicción que es una agonía indescriptible de un tipo impreciso, en el que un individuo probablemente somatiza una aflicción psicospiritual hasta un punto en que a veces requiere la interrupción de la experiencia. Al nivel estético de la percepción de la belleza, en el extremo positivo de la escala sensitiva, corresponde una percepción intensificada de fealdad, en el que cualquier objeto concreto o el mundo en su conjunto se convierten en algo insípido, caricaturesco, grotesco, de mal gusto, artificial, horrendo y demás. Al amor le corresponde, en el extremo negativo, una falta de amor que puede ser el telón de fondo de un estado de abandono y depresión o un estado paranoico, en el que el mundo o los demás son percibidos como odiosos, malévolos y demoniacos. En una clase especial entre los estados paranoicos están los estados de posesión por parte de entidades demoniacas o malevolentes, en los que el individuo pudiera bien entregarse a un comportamiento destructivo (frecuentemente descrito como

*Exploraciones psicodélicas*

una reacción a la Amanita) o sentir que sus procesos mentales le son impuestos —como ocurrió durante parte del primer autoexperimento de LSD de Albert Hofmann (y del mundo) (Hofmann, 1983). Al nivel de valor más elevado —el sentido de lo sagrado— le corresponde, como contrapartida, una desacralización completa de la vida, una ausencia de ser, una sensación de irrealidad, insustancialidad o vacío del ser y del mundo.

Un estado afectivo todavía más raro que pueden suscitar los alucinógenos, no es ni positivo ni negativo (ni ambos), sino el de una potente indiferencia, como en el síndrome catatónico. Aparentemente no es ni «celestial» ni «infernial» (en apariencia), sino, tomando prestada otra palabra de la religión, un estado de «limbo». En terminología psiquiátrica, creo que la mayoría estaría de acuerdo en denominar a estos estados como se hiciera con el primer caso documentado, en *The Beyond Within* (1967, pp. 113-114), de Sydney Cohen: reacciones catatónicas.

Aunque las experiencias «celestiales» e «infernales» —cumbre o nadir— pudieran considerarse como los estados más típicos inducidos por los alucinógenos, quizás no sean los más frecuentes, sobre todo si consideramos su duración en el transcurso de una sesión dada. Creo que si se realizase un cálculo estadístico del tiempo que pasa cada sujeto en las diferentes esferas experienciales, se mostraría que el estado más frecuente no es el de dicha completa ni el de desesperación, sino uno en que las emociones positivas y negativas están presentes unas junto a otras. Es, esencialmente un estado buscador, un estado que es medio abundancia, medio deficiencia, y que viene caracterizado por el esfuerzo en busca de la abundancia y un interés por la optimización.

Creo que es ese estado emocional el que explica esas visiones que Klüver (1966, p. 31) llamó experiencias *presque vu*.

*Estados alterados de conciencia*

Sucesos en el campo visual... sugieren un fin que no se termina de alcanzar, o que carecen de la completud adecuada; empleando un término psicológico Gestalt, no producen una experiencia de «clausura».

Que esas experiencias no solo reflejan la estructura de sucesos neurológicos sino también un estado afectivo viene sugerido por menos personificaciones abstractas rozando la perfección, como una visión de innumerables conchas de caracol, a las que le falta, a cada una, un trocito.

Este estado de búsqueda, que parece remedar la situación de «querer nacer» que pudiéramos atribuir enfáticamente al niño mientras avanza por el canal del nacimiento, suele asociarse con la perquisición psicoterapéutica o con lo que pudiera describirse como trabajo espiritual espontáneo, como el de buscar entregarse más profundamente, aceptar el dolor del momento de manera menos defensiva, o experimentar de manera más completa la propia actitud piadosa. Se trata del estado que el simbolismo religioso ha proyectado en el más allá como «purgatorio» —un lugar de purificación— y no creo que debería explicarse como el mero revivir una situación perinatal, dándole más importancia que al impulso de progresar psicoespiritualmente en la vida.

El impulso de búsqueda, que considero como el fenómeno nuclear en estados de «purificación», es un anhelo que, despegándose de los objetos habituales (como el amor romántico o las afirmaciones de la propia autoimagen idealizada), llega a interpretarse como una sed de lo que podría a su vez interpretarse de modos distintos como plenitud, totalidad, conciencia más elevada, Dios e iluminación. La aspiración espontánea de escapar de la prisión de las limitaciones internas y realizar una posibilidad intuida de conciencia más elevada y de mayor satisfacción está, creo yo, objetivamente justificada por la percepción de esas

*Exploraciones psicodélicas*

limitaciones y el potencial en el presente. Su fundamento no hay que buscarlo en una experiencia anterior, sino en la condición del organismo en el momento: una condición de disfunción y dolor que los alucinógenos (al igual que los potenciadores del sentimiento) típicamente ponen de manifiesto, junto con vislumbres de una alternativa.

Uno de los méritos de Grof ha sido señalar el síndrome alucinogénico que denomina «volcánico», y que describe en términos de su asociación con el momento inmediatamente anterior al nacimiento, cuando el paso por el canal del nacimiento es más rápido y la asfixia llega a su punto culminante. Ahí se manifiesta simultáneamente un tipo de éxtasis volcánico, con una potenciación del sufrimiento hasta proporciones cósmicas. Pudiera ir acompañado de sensaciones sexuales, de experiencias de muerte y renacer, y de intensas manifestaciones físicas («presiones y dolor, asfixia, tensión muscular y descarga, náusea y vómitos, sofocos y escalofríos, sudor, disfunciones cardíacas, problemas de control del esfínter, zumbidos»; Grof, 1980, p. 82). Entre las visiones que suelen acompañar esas experiencias, incluye: batallas titánicas, hazañas arquetípicas, explosiones de bombas atómicas, lanzamiento de misiles y naves espaciales, erupciones volcánicas, terremotos, tornados y otras catástrofes naturales, revoluciones sangrientas, cacerías de animales salvajes peligrosas, descubrimiento y conquista de nuevos continentes.

Los estados volcánicos podrían considerarse como estados intensificados de vacuidad-plenitud, y son aquellos de los que apropiadamente podría decirse que son procesos de muerte-renacimiento; pues en ellos existe al mismo tiempo un derrumbe de la personalidad habitual (con el miedo consiguiente) y una emergencia extática de nuevas energías y una nueva sensación de ser. Podrían pues considerarse como una forma enormemente

*Estados alterados de conciencia*

acelerada o amplificada del continuo morir y nacer que son parte de la evolución humana.

Para finalizar este examen de los estados afectivos, mencionaré la ocurrencia frecuente de estados hipomaniacos o maniacos. Pueden ser de dos tipos: (1) excitación narcisista por las maravillas de la propia experiencia, correspondiendo al fenómeno de vanidad (orgullo a causa de la experiencia espiritual, muy común hacia el final de las sesiones); y (2) el humor irresistible asociado con lo que de otra manera serían experiencias superficiales, como una faceta de reacción defensiva.

Un escrito sobre los aspectos afectivos de los estados inducidos por alucinógenos no estaría completo si no se mencionase algo implícito en todos ellos: una cuantificación variable de desapego. Del desapego nace la experiencia contemplativa; del abandono surgen las visiones. Cuando uno «se quita de en medio» por completo, las experiencias místicas se manifiestan. Cuando se resiste la erupción de lo profundo de la mente, surgen los infiernos. Esos infiernos no solo se resisten sino que se crean a través de un acto interior de saltar al vacío; constituyen un más allá de la mente que llega como una medida de muerte, una disolución incompleta pero no obstante real del yo «pequeño», del ser ordinario.

Todos los estados afectivos, del terror a la dicha, surgen, me parece, desde este telón de fondo de desapego, que va desde las emociones «ensueño-desapegadas» (tomando prestada la expresión de Barber) a la muerte del ego.

Los efectos perceptivos de los alucinógenos fue lo que sugirió su nombre; son intensos y poco conocidos, y se hacen eco del abanico de estados afectivos. Por ello, encontramos infiernos, purgatorios, cielos y una tierra llena de riquezas no solo respecto a las emociones, sino también en términos visuales. Pues el paraíso terrenal de los alucinógenos, a diferencia del suscitado por

*Exploraciones psicodélicas*

potenciadores del sentimiento, está relacionado con un modo especial de percepción en el que el mundo de personas y objetos no queda distorsionado ni se deja atrás (junto con el propio cuerpo y la propia sensación de identidad), tampoco queda oculto tras una pantalla de fantasías a medio materializar; podríamos decir que se hace más sí mismo. Todo se torna más claro, más definido, no solo pareciendo más «presente» de lo usual, sino con una densidad de relaciones formales que crea la impresión de que cada cosa es un milagro de perfección incluso en sus imperfecciones.

No menos sorprendentes son las distorsiones en la percepción visual («dismorfopsia») que, al igual que el movimiento ilusorio, son de naturaleza expresiva.

Podemos hablar de diversos grados en los que se efectúa una proyección del mundo interior sobre el externo. La intensificación de la luz y la percepción de cualidades expresivas ocupan el extremo inferior de esta gama; los movimientos ilusorios y distorsiones perceptivas constituyen una fase intermedia; un paso más en esta dirección es la creación de alucinaciones propiamente dichas (que son escasas) o pseudo alucinaciones (en las que el individuo sabe que la forma percibida es la materialización de una fantasía).

Según Masters y Houston (1967), pueden surgir espontáneamente todas las categorías de mitos: mitos de creación, mitos de muerte-renacimiento, de búsqueda y transformación. Todavía más comunes que las secuencias propiamente mitológicas (que resultan más comunes con los potenciadores de fantasías) es la emergencia de escenas simbólicas y la estimulación de la comprensión mítica, vinculando el contenido de las visiones con temas universales.

Muy características de los alucinógenos son las experiencias visionarias abstractas, así como aquellas en las que elementos

*Estados alterados de conciencia*

realistas aparecen integrados en un patrón abstracto. Ese fue el tipo de visiones estudiado por Klüver (1966) en su estudio clásico de la mescalina de 1928. En esa obra señala la existencia de «formas y elementos formativos que pudieran considerarse típicos de las visiones de mescalina», y que propone denominar formas constantes. Describe tres de ellas. A una por ejemplo se alude siempre mediante términos como de diseño de *rejilla*, *celosía*, *malla*, *filigrana*, *panal* o *ajedrezado*. Muy cercana a la anterior está la que él denomina figura de telaraña; por ejemplo «hilos de colores discurriendo juntos en un centro giratorio, siendo su conjunto similar a una telaraña». La telaraña podría considerarse, me parece, como una combinación de celosía y circularidad, o (reflejando la generalización de Jung de la palabra oriental) *mandala*. Relacionadas con este último están también las imágenes «caleidoscópicas».

Klüver sugiere que esas imágenes pudieran tener una base neurológica. Sin descartarlo, también podríamos considerarlas como sorprendentes proyecciones de la situación en la psique del individuo, que implicaría un aumento de asociaciones entre contenidos mentales, percibidos como una multiplicidad interconectada y coherente.

Una segunda forma constante identificada por Klüver (1966) es la «designada mediante términos como túnel, embudo, callejón cónico o vasija». Estas son algunas de sus ilustraciones:

A veces parecía estar mirando en un enorme recipiente giratorio vacío, en cuya pulida superficie cóncava de nácar iban cambiando rápidamente las tonalidades; el campo de visión es similar al del interior de un cono, cuyo vértice radica en el centro del campo frente a mis ojos... Al presionar los ojos cerrados primero vi un callejón con una perspectiva muy profunda; profundas y hermosas perspectivas... yendo hacia el infinito. (p. 23)

*Exploraciones psicodélicas*

En este caso también podemos comprender el patrón formal como una representación visual de una experiencia: la de pasar por un camino experiencial. A un túnel se le podría considerar como la estructura mandálica de un campo de experiencia (con el ser en el centro) desplegándose en el tiempo. Cuando esas visiones ocurren como una respuesta a la música, el sentido del movimiento hacia delante remeda no solo la progresión sentida de un proceso físico y psicológico, sino la percepción de la música como un despliegue en el tiempo.

Una tercera forma constante mencionada por Klüver (1966) es la *espiral*.

Aparece una espiral marrón, una faja ancha, girando enloquecida alrededor de su eje vertical. La faja espiral se abre y cierra en una concertina según el ritmo del silbido... una procesión, que viene de la parte inferior derecha, moviéndose lentamente en espiral acaba en la parte superior izquierda... Al mismo tiempo una de mis piernas asume forma de espiral, la espiral luminosa y la espiral táctil se funden psicológicamente... Un médico, un sujeto de Beringer, informa: «Frente a mí veo la parte inferior de mi cuerpo, desde las caderas hacia abajo, como un enorme objeto verde barnizado que tiene más o menos la forma de un cono truncado con filamentos en espiral». (pp. 23-24)

En la época que Klüver escribía su informe pionero, no existía en su entorno algo que existe en el nuestro y que remeda el estilo de las abstracciones psicodélicas mejor de lo que pueden hacer las palabras y la pintura humana: algunos gráficos informáticos. Y lo consiguen, creo, porque transmiten la misma combinación de regularidad matemática y complejidad orgánica que tal vez sea el aspecto fundamental de esas visiones. Entre los gráficos informáticos y, de manera más general, las formas geométricas bidimensionales, las más expresivas de la esfera visionaria son las formas tornasoladas que incluyen la superposición de



*Estados alterados de conciencia*

secciones cónicas (elipses, etc.) «resonando». Pero, si queremos transmitir complejidad armoniosa en una única línea, no hay forma de hacerlo mejor que con la espiral, que por esta y otras razones pudiera ser el símbolo gráfico más apropiado de la conciencia psicodélica. Contiene en sí misma un patrón radial, una sensación de avanzar hacia un objetivo nunca alcanzado, y una reverberación plural, además de la armoniosa complejidad de su ecuación, por su forma serpentina evoca a la serpiente, el símbolo universal de la «fuerza vital», «Kundalini» u «orgón cósmico».

Por muy cierta que pueda ser la descripción de Havelock Ellis (DeRopp, 1957; p. 36) de su experiencia con mescalina como «una orgía de visión», escuchar música es cuando menos tan importante como ocuparse del mundo visual, y generalmente se considera como la mejor entrada a la experiencia extática.

En el mejor de los casos, la experiencia de la audición musical pudiera conducir al individuo a hacerse eco de la declaración de la India clásica: «*Sabda Brahman*: el sonido es Dios». De la misma manera que el mundo visual puede transmitir (más allá de los pormenores de forma, color, objetos y significados) existencia o *Istigkeit*, también el sonido en sí mismo, más allá de las formas musicales y el contenido psicológico, se torna impregnado de Ser, un Ser con el que el oyente se identifica al disolverse en la música, siendo nada y la música a la vez.

Mientras que en las profundidades de la disolución oceánica la música deja de percibirse como tal, a un nivel más diferenciado de conciencia, la audición se torna audición musical propiamente dicha, aunque una audición musical intensificada. Se trata de una esfera transpersonal equivalente a la de los arquetipos visuales, y distinto del estado de audición musical en aún otro estado de conciencia caracterizado por la presencia de contenidos personales. En este último, la música se convierte en el espejo de la

*Exploraciones psicodélicas*

psique ordinaria, en lugar del espíritu: un dispositivo de proyección acústica. Según el contexto de la experiencia que se proyecta en ella, la música pasará a ser (según el nivel) celestial, infernal, o cualquier cosa entremedias.

En términos generales, el aspecto cognitivo de los estados inducidos por alucinógenos es discutible teniendo en cuenta una interferencia con el pensamiento racional, lineal, discursivo y orientado hacia objetivos. Una estimulación de formas inusuales de cognición (una «expansión de la conciencia» en virtud de la que es posible captar «otras realidades»), y la posible presencia de pensamiento ilusorio. Estos tres parecen estar interrelacionados de tal manera que la suspensión del pensamiento racional permite la aparición del pensamiento no racional, intuitivo, analógico y mágico, que a su vez puede manifestarse de manera productiva o aberrante.

Mi impresión es que los fenómenos ilusorios constituyen un potencial intuitivo corrompido, y que el pensamiento psicótico en general pudiera considerarse como una aproximación distorsionada de la realidad. Es como si el psicótico entrase en contacto con demasiada verdad —más de la que puede soportar— y eludiese ese exceso de percepción a través de las válvulas de escape de la proyección, la sustitución, la distorsión y demás. Es lo que sugiere, por ejemplo, la investigación de Laing y Esterson (1964) sobre esquizofrénicos y sus familias, en la que nos invitan a considerar la locura como un paso en dirección a la curación. De todos modos, es un paso en la dirección de una verdad (sobre el amor de los padres, por ejemplo) que no puede gestionarse, y como no puede gestionarse se transforma en una aproximación, por lo general un equivalente simbólico de la verdad que es, en igual medida, una verdad que se eleva por encima del mundo común de mentiras y un disparate que cae por debajo de los estándares de la razón.

*Estados alterados de conciencia*

En relación a la interferencia del pensamiento racional, omitiré datos de laboratorio (cuyo resumen puede encontrarse en Barber, 1970) y me quedaré en el nivel fenoménico. Cuando la interferencia es profunda, pudiera experimentarse subjetivamente como una «nada», diestramente expresada por Michaux (1974) en su ensayo sobre «Qué es “Regresar a uno mismo”». Su respuesta a la pregunta es, en consecuencia, ser «restaurado al pensamiento».

No todo el mundo estará de acuerdo en lo tocante a la suspensión total del pensamiento bajo el efecto de un alucinógeno. Huxley (1954), por ejemplo, en *Las puertas de la percepción*, señalaba que podía pensar con claridad y conceptualizar a lo largo de toda la experiencia. Sin embargo, además de ser la expresión de un tipo particular de experiencia —extrema— es posible que la suspensión del pensamiento pueda haber sido un estado especialmente disponible para Michaux, pues existe una tendencia en los estados inducidos alucinogénicamente a contrarrestar en ciertos aspectos las características más destacadas de la propia personalidad. Y Michaux —que describió ese impensar (1974) en sus escritos— parece ser el epítome de un «tipo pensante».

En otro fragmento, Michaux (1974, pp. 27-28) describió el intento de escribir bajo los efectos de un alucinógeno. En este caso el pensamiento no estuvo totalmente silenciado sino en un proceso de desintegración. El fragmento muestra una abundancia de pensamientos que llevan a una interferencia del pensamiento orientado a los objetivos. Mientras que el escritor apunta a la expresión de un pensamiento, un aumento abrumador en la densidad de las asociaciones provoca la emergencia de otros pensamientos que compiten con el primero como objetos de expresión, y así sucesivamente. No obstante, se trata de un fenómeno que puede experimentarse con dos actitudes diferentes. El sujeto

*Exploraciones psicodélicas*

puede bien, como Michaux, insistir en pensar de forma lineal y angustiarse al darse cuenta de que su pensamiento está perturbado; o bien puede, alternativamente, dejar de lado —o más bien *intentarlo*— el pensar y descubrirse inmerso en un medio cognitivo diferente, por así decirlo. Pues precisamente este silenciar el pensamiento es lo que tradicionalmente la espiritualidad ha reconocido como el punto de partida de la experiencia contemplativa. San Gregorio dice que la contemplación es «descansar del movimiento exterior y aferrarse únicamente al deseo del Creador». Podemos ampliar esta descripción considerando que la pasividad del estado contemplativo implica el abandono, no solo de la acción externa, sino del pensador, de la mente calculadora y analítica.

La asombrosa abundancia de detalle de las visiones inducidas por alucinógenos parece reflejar de manera admirable la riqueza de elementos simultáneamente presentes en el campo del individuo en cualquier momento dado. El estado de permeabilidad incrementada característico de este estado permite un fácil acceso a recuerdos, a nuevas conexiones y a constelaciones de experiencias como las que Jung denominó complejos y que Grof (1980) propone llamar sistemas de experiencia condensada (sistemas coex). Pudiera decirse que esas constelaciones de indicios mnemotécnicos recíprocamente asociados y su afecto correspondiente, existen en nuestra estructura psicológica, donde están, en primer lugar, enterradas a causa de la represión y la amnesia, y no se llegan a comprender como conjuntos, sino secuencialmente, a través de la progresión lineal y unidimensional del pensamiento discursivo.

La condición del incremento de la interconexión y del acceso a contenidos mentales pudiera no solo conducir a disipar la amnesia infantil y la aparición de perspicacias personales, sino que además es probable que sea la base del potencial de los alucinógenos para estimular la creatividad (Harman y Fadiman, 1970), y

*Estados alterados de conciencia*

que normalmente constituye la base del don de la contemplación. Ello se manifiesta no solo en el caso de objetos externos, sino también con respecto a objetos internos o mentales. Cualquier materia que motiva al individuo (y estas emergen espontáneamente en el curso de cualquier experiencia alucinógena) está investida con una gran riqueza de asociaciones extraídas de las profundidades «oceánicas» de la mente y experimentadas no solo como una construcción mental, sino como inseparable —en virtud de vínculos asociativos— del conjunto de la propia vida interior. Creo que las experiencias que Grof (1975) clasifica como expansiones temporales y espaciales de la conciencia (experiencias ancestrales; experiencias colectivas y raciales; identificación con otras personas, con animales, plantas, la conciencia planetaria, etc.) constituyen, en esencia, expresiones de la experiencia contemplativa, considerando que el individuo no solo moviliza un grado de imaginación creativa inusual en ellas, sino (como es usual en la contemplación) que se identifica con su creación mental. No es de extrañar que —en virtud de este movimiento— los productos de la experiencia contemplativa pudieran tomarse literalmente como la utilización por parte de la mente humana de una «conciencia grupal», de una conciencia inherente en la materia inorgánica, una conciencia extraplanetaria, y demás. Sin embargo, está por ver si la sensación de certidumbre que acompaña a esas experiencias refleja una verdad literal o si es un rasgo fenomenológico asociado con una verdad «interior» comparable a la de un poema o un mito.

Los indios consumidores de peyote y también algunos investigadores (Grof, 1975; Kripner, 1974) han señalado que los alucinógenos pueden suscitar experiencias de percepción extrasensorial.

Si realmente los alucinógenos estimulasen la clarividencia y la clariaudiencia, no sería pues de extrañar, pues eso es lo que cabría

*Exploraciones psicodélicas*

esperar de un aumento del acceso «al otro lado de la mente», ya que surgiría de manera natural de una receptividad aumentada.

La experiencia contemplativa puede encontrar apoyo en cualquier objeto, símbolo o concepto, y conduce (cuando la contemplación tiene mucho éxito) a una aprehensión de los «misterios»: verdades eternas relativas a la existencia que no pueden ser aprehendidas solo con el pensamiento, y que como mucho pueden expresarse a tientas a través del arte y en el discurso filosófico.

Que el sentido del tiempo pueda expandirse es fácil de entender como resultado de la aceleración del pensamiento. Pero el tiempo también puede encoger, y ello parece ser una consecuencia natural de silenciar el pensamiento discursivo durante el momento cumbre de la experiencia alucinógena. La aparente suspensión del tiempo suele asociarse con la experiencia mística y un sentido de lo eterno, en el que la experiencia de detención del tiempo llega con una sensación de tiempo infinito.

En relación al pensamiento ilusorio, mi opinión es que corresponde a una superposición de cognición más elevada y distorsión defensiva. Mediante el rechazo de una experiencia que, cuando se acepta, podría denominarse divina, surge el sentido de lo demoníaco, de paranoia y la sensación de un cosmos remoto, indiferente o inaccesible, o un ser en depresión.

Ya he tocado el tema de los efectos espirituales de los alucinógenos al hablar de las experiencias del cuerpo, de los fenómenos perceptivos y cognitivos, de los efectos emocionales y de comportamiento; pues los campos de la psique no pueden separarse por completo, y la experiencia espiritual tiene un correlato físico (el movimiento de «energía» en el cuerpo o, por decirlo en términos índicos, la activación de la Kundalini y la circulación de prana a través de chakras y nadis), y también está relacionada con la esfera emocional (con su polaridad de deficiencia-abundancia,

*Estados alterados de conciencia*

deseo frente a amor) y con el campo cognitivo. El hecho de que Grof (1980) haya clasificado muchas experiencias cognitivas como «transpersonales» es una indicación de lo difícil que podría llegar a ser el separar el factor transpersonal o espiritual propiamente dicho de su «envoltorio» o eco cognitivo y perceptivo. Ciertamente, aunque la experiencia mística, como revela la propia palabra, es inefable (la raíz griega *mus* significa «mudo») viene típicamente articulada a través del medio del simbolismo.

Si queremos pasar de esas proyecciones de espiritualidad a las esferas de cognición, emoción, acción y el cuerpo experimentado, intentando penetrar en la propia esfera espiritual, que trasciende esos componentes de la «persona», haríamos bien en no decir nada. Esa es a veces la actitud budista, como una expresión de su «teología» de la nada (si es que podemos continuar utilizando esta palabra para una articulación no teísta de la trascendencia). Pues el espíritu, desde esta perspectiva (en consonancia con la doctrina Aín Soph de la Cábala y el concepto chino del Tao), es algo que no se puede señalar y que radica en una esfera totalmente distinta de la de una conciencia articulada con su conciencia de cuerpo, emociones, cualidades, cosas, clases lógicas y personas. Hablar de ello como «vacuidad», como hacen las escrituras Mahayana, hace algo más que expresar su inefabilidad: señala a una esfera de experiencia (¿o de no experiencia?) que es como la matriz en la que se despliegan los contenidos articulados de la mente, el «espacio» en que surgen pensamientos e imágenes y ocurren estados mentales. Un campo que, según el budismo Vajrayana, puede poseer grados crecientes de permeabilidad o apertura conforme a etapas de desarrollo espiritual y profundidad meditativa.

Junto con la interpretación del factor transpersonal como una nada que nos invita a interpretar el elemento espiritual en experiencias psicodélicas como un factor de autoaniquilación y

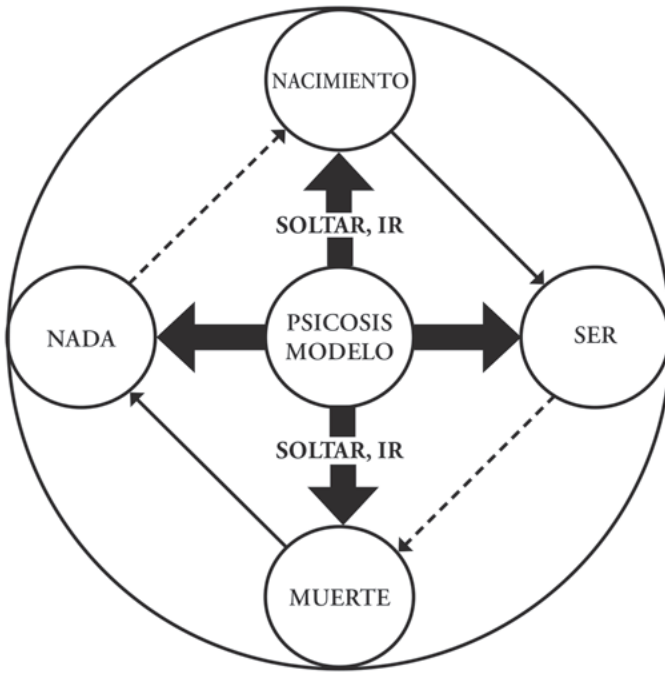
*Exploraciones psicodélicas*

entrega, las tradiciones espirituales también hablan del espíritu como el *algo esencial*, una esfera «invisible» dotada de un grado de realidad de la que la realidad de la existencia manifiesta no parece sino una sombra o reflejo (como en el mito platónico de la cueva). Tanto si se le llama Absoluto, Verdad última, Ser, Mente, Dios o Ser, se le declara estar —en cuanto que es todo eso— en todas partes, permeándolo todo. Pero quien se experimenta a sí mismo como *Ser* (en lugar de como un yo aislado y limitado) se experimenta como el Ser de todo; aquel cuya identidad ha cambiado de una personalidad individual a Ser, se siente unificado con la infinitud de todo lo que es. Por ello, podemos decir que devenir nada es el otro lado de devenir todo, la nada es la otra cara de la totalidad.

En la figura 1 intento resumir gráficamente la relación entre algunos estados del LSD. Las flechas más gruesas señalan que la «experiencia de muerte» es la puerta de entrada a la nada, y la «experiencia del nacimiento», la entrada a Ser. Las flechas de puntos indican la transición desde un «nivel perinatal» a otro, una transición a través de la cual la nada se convierte en un contexto para el nacimiento, y la experiencia de Ser permite la extinción del «ego». Las flechas dobles que unen el centro del diagrama con la periferia sugieren la aparición de las experiencias transpersonales que surgen de la «locura», pues la entrega del control es más completa que en los estados psicóticos, donde hay resistencia y es incompleta. Cabe destacar que en este gráfico, el eje horizontal (vacío-plenitud) es estático, mientras que el vertical (nacimiento-muerte) es dinámico (morir es un proceso orientado hacia la nada; nacer es el proceso orientado a Ser). El volcánico eje vertical y el sereno horizontal también podrían considerarse como la polaridad «enstática» frente a la «extática», que ha sido el tema de las discusiones de Roland Fischer.



*Estados alterados de conciencia*



*Figura 1*  
*Representación gráfica de los efectos espirituales del LSD*

Un error frecuente con respecto a las experiencias de muerte-renacimiento y vacío-plenitud bajo los efectos de alucinógenos es el de no saber señalar una distinción entre estados y etapas de conciencia, experiencias transitorias y fases de crecimiento espiritual. Aunque la «iluminación aniquiladora» (Andrews, 1963) pudiera ocurrir con facilidad en el transcurso de una experiencia psicodélica, ello no puede equipararse con la muerte-en-Dios de los místicos cristianos que han realizado una unión mística permanente o santidad, ni al nirvana («aniquilación») del budista que realiza la felicidad de esa «otra orilla», donde se trascienden las pasiones. La muerte y el renacimiento de los mitos griegos, de

*Exploraciones psicodélicas*

las enseñanzas egipcias sobre Osiris, y del mito cristiano son formulaciones de un proceso vital que implica una muerte-en-vida —morir a «uno mismo» y «al mundo»— y la iniciación y el nacimiento a una vida más elevada. Creo que las experiencias psicodélicas son solo vislumbres de la gran transformación latente en nuestro potencial, presentimientos arquetípicos y, en el mejor de los casos, pasos a lo largo del camino.

Aunque en las tradiciones espirituales se ha buscado el acceso al factor trascendente o espiritual de la vida humana a menudo a través de la aceptación de la nada y la muerte, solo en el chamanismo se reconoció la aceptación de la locura como un sendero, y en la religión dionisiaca de los misterios griegos (en la figura del dios de la ebriedad, el genio humano expresó un aprecio de la entrega hasta el punto de divinizarla). La experiencia alucinógena (conocida por los griegos a través del uso de *Amanita muscaria*, según Graves, 1982 o del *psilocibe*, según otros) es, a mi entender, una experiencia espiritual de un tipo eminentemente dionisiaco. Este elemento dionisiaco puede ser en parte el responsable de la renuencia de algunos cristianos a equipararla con la experiencia mística de sus santos. Pues, incluso si estamos de acuerdo en un núcleo común de experiencia espiritual más allá de las características de cada camino religioso, el abandono completo del individuo bajo los efectos de un alucinógeno contrasta enormemente con la austeridad y disciplina de los padres del desierto o de los monjes Theravada. Puede apreciarse un intenso espíritu antidionisiaco, por ejemplo, en la actitud de Zaehner (1961), el más conocido e ilustrado de los que niegan (en su *Mysticism: Sacred and Profane*) la importancia espiritual de los «psicodélicos».

Aunque probablemente Alan Watts (1962) sea el pensador religioso más conocido que haya apoyado la validez de las experiencias místicas inducidas psicodélicamente, es a Pahnke a quien

*Estados alterados de conciencia*

debemos el intento más satisfactorio en la validación experimental de esta controversia (1963 y 1967). Nueve características psicológicas universales se derivan de la literatura de experiencias místicas espontáneas descritas a lo largo de la historia y procedentes de todas las culturas y religiones. Estas son: unidad (no se pierde la conciencia ni la memoria; en lugar de ello la persona se hace muy consciente de formar parte de una dimensión mucho más vasta y grande que ella misma), trascendencia del tiempo y el espacio, se siente un profundo estado de ánimo positivo, sentido de la sacralidad, cualidad noética («una sensación de revelación o iluminación con una tremenda certeza») paradójica, que afirma infabilidad, transitoriedad y persistentes cambios positivos en actitudes y comportamiento. En un memorable experimento doble ciego realizado en Boston con diez estudiantes y profesores de teología un Viernes Santo (Pahnke, 1970, p. 152 y ss.), estas características demostraron ser idénticas en experiencias místicas espontáneas e inducidas psicodélicamente.

Creo que la cuestión más importante no es si las experiencias inducidas con alucinógenos son parecidas o idénticas a las suscitadas mediante austeridades, meditación y oración, sino si ambas tienen un valor comparable para la vida de un individuo. Podría suponerse que una experiencia obtenida a través de disciplina espiritual es algo que el individuo se ha ganado, al desarrollar la aptitud necesaria para inducirla. Por otra parte, una experiencia artificial es aquella en la que el individuo no ha creado en sí mismo las condiciones internas necesarias para suscitara. En la medida en que la experiencia requiere un estímulo externo, la persona depende del mismo como de una muleta, y podríamos preguntarnos si dicha muleta puede interferir con el progreso de profundización meditativa en lugar de ayudarlo. Como es bien sabido que la profundidad de las experiencias alucinógenas disminuye al cabo de

*Exploraciones psicodélicas*

cierto tiempo, las experiencias cumbre que potencialmente pudieran suscitar deberían tal vez considerarse más como experiencias iniciáticas que como un camino, y por lo tanto como una alternativa a metodologías espirituales.

*Los potenciadores del sentimiento*

Propuse (1973) el nombre de *potenciadores del sentimiento* para drogas como la MDA y la MMDA, que comparten con los psicodélicos tipo LSD el efecto de suscitar «experiencias autoanalíticas espontáneas», y que sin embargo difieren de las mismas en que no provocan los característicos fenómenos perceptivos de los alucinógenos, no estimulan el pensamiento mítico y no conducen a la persona a esferas angélicas o demoniacas, sino que suscitan experiencias cumbre o nadir que permanecen en los límites de la familiar esfera humana. A esta categoría de drogas pertenecen, junto a la MDA y MMDA, un número de otras menos conocidas como TMD-2 y MDMA. El efecto psicodélico de muchos de estos compuestos anfetamínicos fue documentado por Shulgin *et al.* (1961) sin hacer referencia a las diferencias cualitativas que podrían conceptualizarse en términos de distintos grados de actividad anfetamínica y efectos alucinógenos. La MMDA, por ejemplo, muestra poca actividad como estimulante (los sujetos informan de somnolencia) y es ligeramente alucinógena (en cuanto que pueden presentarse imágenes con los ojos cerrados). Pero la naturaleza de estas imágenes refleja la típica atmósfera interior de los potenciadores del sentimiento, pues no es ni abstracta ni mítica, sino realista, y está relacionada más con personas que con animales u objetos. Por otra parte, la MDA podría considerarse como el prototipo de este grupo, pues

*Estados alterados de conciencia*

es sobre todo un potenciador del sentimiento, con efectos alucinógenos escasos e insignificantes.

A nivel conductual, los efectos de los potenciadores del sentimiento difieren de los de los alucinógenos en que existe menor inclinación a quedar absorto en un trance. La persona bajo los efectos de MDA normalmente prefiere tumbarse durante las primeras horas de la experiencia, pero este impulso no es tan apremiante como con el LSD y otros compuestos relacionados. El individuo mantiene un mayor contacto con el entorno y con el cuerpo. Probablemente tenga que ver con la característica locuacidad de las personas bajo los efectos de los potenciadores del sentimiento. Esa charla no está solo motivada por la comunicación de la experiencia sino que con frecuencia suele ser la expresión de una exploración de la propia vida, cuyos contenidos serían los de las propias relaciones, personalidad y proyectos.

A nivel cognitivo, una característica de los potenciadores del sentimiento es una relativa falta de interrupción del pensamiento, como ocurre con los alucinógenos. Pero tal vez la sutil «relajación» del pensamiento discursivo que tiene lugar bajo sus efectos esté relacionada con una facilitación de la cognición en otro sentido, pues siendo notable la potenciación del sentimiento, también lo es la facilitación de visión interior que provocan respecto a la propia personalidad y las relaciones. Bajo el efecto de drogas tipo MDA es más fácil sentir lo que uno siente, ver las cosas tal como son. Las perspicacias, que pueden en ocasiones afectar profundamente la vida del individuo, no suelen ser descubrimientos de nada remoto sino que son el resultado de una disposición a ver lo que es obvio, como: «He estado asustado toda la vida», o: «Nunca me he permitido ser quien soy con mis amantes», o: «Me siento culpable». Estas revelaciones constituyen un descubrimiento de lo que siempre ha estado ahí pero que

*Exploraciones psicodélicas*

no se reconocía, por miedo a no ser capaz de hacer frente a las consecuencias de esas percepciones.

Otro efecto cognitivo que, como el anterior, pudiera comprenderse a la luz de una desactivación de la represión, es la disipación de la amnesia relativa a sucesos dolorosos, normalmente a edad temprana. Parece que la misma capacidad para ver lo obvio en el presente también permite que el individuo vea lo que le sucedió en el pasado que ha «olvidado».

La potenciación del sentimiento no es algo irrelevante para este efecto cognitivo de desmontar la represión. Es difícil afirmar si estamos en presencia de una amplificación afectiva casi fisiológica de las emociones o si simplemente se trata de una experiencia más directa de las emociones normalmente veladas a nuestra conciencia a causa de nuestra renuencia a lidiar con nuestra verdadera situación (o miedo a no ser capaces de hacerlo). La potenciación de los sentimientos, que característicamente suscita este grupo de psicodélicos, es aplicable tanto a sentimientos positivos como negativos, y de la misma manera que los alucinógenos tienen sus cielos y sus infiernos, podemos decir que en las experiencias con MDA o MMMA también existe algo parecido a cielos e infiernos, solo que estos términos arquetípicos no parecen tan evocadores con respecto a la esfera MDA de la psique, que no es la esfera mítica-mágica o el nivel de simbolización, sino la esfera de la memoria (es decir, la de los hechos de la vida tal y como están almacenados en nuestra experiencia). La experiencia cumbre de MDA, por ejemplo, podría justificar lo que se dice de ella, que es la «droga del amor», pues es una experiencia caracterizada por la calidez. El lado negativo se caracteriza por la intensificación de dolor psicológico, que puede incluir tristeza, culpa, vergüenza y, aunque poco frecuentemente, cólera.

*Los potenciadores de fantasías*

En *The Healing Journey* (1973) propuse llamar «potenciadores de fantasías» a la harmalina y la ibogaína, para destacar la propiedad que llevó a William Turner (1964) a acuñar el término «onirofrénico» para el yagé, tras su autoexperimento pionero con el extracto de una planta. Este término especial parecía justificado teniendo en cuenta que, aunque estas sustancias puedan ser consideradas psicodélicas en un sentido amplio, su efecto es lo bastante distinto de los psicodélicos tipo LSD y de los potenciadores del sentimiento como para distinguirlos. Junto con otros alcaloides harmala e iboga, constituyen un grupo de drogas «inductoras de sueños», como también podríamos llamarlas en caso de adoptar el lenguaje de los indios sudamericanos (que utilizan el término «sueño» en un sentido amplio, también aplicable a sueños sin estar dormido).

Las principales diferencias entre estos alcaloides y los alucinógenos, aparte de la importancia de secuencias ensoñadas de contenido arquetípico, es la ausencia de distorsiones perceptivas, una escasa estimulación de las emociones y la ausencia de potencial psicotomimético en estas drogas. Es el caso de la bebida conocida como yagé, ayahuasca y demás, preparada por chamanes de la montañas sudamericanas a partir de una combinación de al menos dos plantas, que por lo general contiene DMT además de alcaloides harmala. La diferencia entre el estado suscitado por esta mezcla y el inducido por el LSD y alucinógenos similares radica en la prominencia del efecto «onirofrénico», el contenido típico de las visiones y, tal y como propongo más adelante, la preeminencia de ideación de cariz instintivo en lugar de implicación emocional o cognitiva.

Las características de las experiencias de harmalina y yagé me

*Exploraciones psicodélicas*

llevaron en la década de 1960 a pensar que *Peganum harmala*, en lugar de *Amanita muscaria*, había sido el origen del *haoma* iraní y del *soma* índico, fundamental en los primeros sacrificios arios y su religión. Esta hipótesis ha recibido recientemente un sólido apoyo por parte de las investigaciones de David Flattery (Flattery y Schwartz, 1985).

La propiedad psicodélica de los alcaloides harmala también resulta interesante a la vista de la demostrada transformación de serotonina en melatonina (psicoactiva [véase Naranjo, 1967, para más referencias]) y de 6-metoxiharmalan en tejido pineal.

Antes de llevar a cabo los experimentos humanos con ibogaína de los que se informó en la conferencia sobre el LSD organizada por la Universidad de California en 1966 y en un artículo posterior (Naranjo, 1968), solo había podido hallar información documentada sobre los efectos de la droga en el intestino de ratas, la vagina de conejas y el córtex cerebral de gatos (en el que provocaba la respuesta eléctrica de un estimulante), esto último concordando con observaciones antropológicas que sugerían que se utilizaba un estimulante a partir de las raíces de iboga en las ceremonias. De acuerdo con esa noción, en la farmacopea francesa se introdujo un preparado a base de raíces de iboga a principios del siglo XX. Los efectos que pude observar en voluntarios (Naranjo, 1968) y más tarde en pacientes (Naranjo, 1973) se ven ahora confirmados por otros psicoterapeutas y pudiera decirse que son muy parecidos a los de la harmalina. No resulta sorprendente a causa de la similitud química entre la ibogaína y las betacarbolinas. Las diferencias entre ambas son sutiles, y consisten en un contenido más arquetípico y menos contenido personal en las experiencias con harmala, una preeminencia mayor de visiones telúricas y visiones de «sopa primordial» (junto con las visiones animales y solares



*Estados alterados de conciencia*

comunes a ellas y a las experiencias con yagé), menos imágenes de muerte y una tendencia por parte de la experiencia con iboga a ser más «maleable» (es decir, sujeta a control o guía). En lugar de agrupar los alcaloides harmala y de ibogaína en esta exposición, me concentraré en los efectos de la harmalina y en las asociaciones de la harmalina. Utilizaré el término «yagé» para estas, ampliando el uso de la denominación india a las combinaciones de harmalina, no solo con DMT sino con otros alucinógenos o potenciadores del sentimiento.

En la época en que llevé a cabo el experimento con voluntarios chilenos, en 1967 (Naranjo, 1967), por lo general, los antropólogos consideraban el contenido de las visiones de yagé como resultado del adoctrinamiento y las expectativas, pues los nativos que las relataban por lo general bebían la infusión en el contexto de tradiciones e instrucciones específicas. Descubrir que algunos de los motivos observados en un contexto chamanístico, como las visiones de animales (serpientes, felinos y aves de presa en particular), son suscitados de manera espontánea por la harmalina en individuos que no mantienen esas expectativas, no solo parece proporcionar una impresionante demostración de un inconsciente colectivo, sino que muestra que este alcaloide estimula una provincia específica de la mente arquetípica.

El complejo imaginativo de la experiencia del yagé sugiere, por encima de todo, animalidad, primitivismo y la sensación del cuerpo como carne percedera que sobrevive comiendo. Pudiera comprenderse como la proyección simbólica de una atmósfera experiencial que pudiera describirse como la experiencia de uno mismo como animal y que, me parece, surge de la estimulación del cerebro reptiliano instintivo (lo sugieren los experimentos realizados en la Universidad de Chile con gatos clínicamente descerebrados, que demostraron un efecto

*Exploraciones psicodélicas*

estimulante primario de harmalina en la formación reticular en el puente de Varolio).

Aunque los indios sudamericanos toman yagé en sus bailes rituales y, en cantidades inferiores, para aumentar su pericia en la caza, la mayoría de no indios a duras penas podría concebir hacer algo así bajo el efecto de la droga, pues se sienten muy mareados y se ven obligados a tumbarse y «soñar». El trance visionario es, en cualquier caso, el comportamiento común de indios y no indios por igual en el momento álgido de sus efectos.

El contenido de las visiones es parcialmente abstracto y sobre todo realista o surrealista (es decir, realista-arquetípico) y raramente personal. Las imágenes animales predominan (de todo tipo de animales, insectos y arañas incluidas), y las imágenes relacionadas con la muerte y el volar. Entre las imágenes animales, las más destacadas son, con mucho, las de grandes felinos, serpientes y aves de presa.

Aunque la agresividad no resultó evidente en las frecuentes visiones de tigres y serpientes, resultaría aparente a partir del análisis del contenido de las visiones en su conjunto: abundan escenas de guerra, armas, automóviles chocando, la acción de cortar, quemaduras y demás. «En las visiones de harmalina no solo son prominentes los colmillos —colmillos de felinos, tiburones o monstruos— sino las bayonetas, tijeras y los cristales rotos» (Naranjo, libro sin publicar). La sexualidad es algo menos prominente que la agresividad en el contenido de las visiones. Sin embargo, cuando está presente a veces resulta muy sorprendente, adoptando la forma de actividad sexual orgiástica, otras veces elevada a un nivel arquetípico-religioso de expresión.

Más característico que el hecho de que el instinto se transmite mediante las imágenes en las experiencias de harmalina, es la forma de relación del individuo con su realidad instintiva,

*Estados alterados de conciencia*

cuando no es de terror o disgusto, como en las pesadillas del yagé, esta relación es, sobre todo en experiencias cumbre, lo que pudiera considerarse como una experiencia contemplativa del instinto. Así, en lugar de estimulación sexual, el alcaloide produce una contemplación de la sexualidad; más que estimular la agresividad, la presenta ante el ojo interior como una fuerza de la naturaleza que inspira sobrecogimiento y reverencia. Los «cielos» de harmalina no son pues tanto paraísos celestiales como inframundos paradisiacos a base de sexualidad autosatisfecha y agresividad percibida como una fuerza divina.

El complejo simbólico de muerte, agresividad y sexualidad que los indios sudamericanos articulan con la imagen de animales salvajes sugiere que una sola experiencia contiene las cualidades de morir y florecer, de desapego y de abandonarse a los impulsos vitales. Es interesante señalar que la serpiente, el felino y el ave han sido sintetizados por la mente humana en el más arquetípico de los arquetipos: el dragón, que, como las visiones de yagé, fluctúa entre lo divino y lo demoniaco. En él presenciamos una síntesis de las facetas de una experiencia que —como demuestran las experiencias con yagé— las contiene todas. (El mismo complejo simbólico, de desapego, se repite en la figura de Shiva, señor de los yoguis, que al mismo tiempo es venerado en la forma de los órganos reproductores que considerado como el aspecto destructivo de la divinidad).

El mitologema de la muerte como fuente de la vida, dramatizado en los rituales de muerte-renacimiento en el mundo antiguo, es la expresión de una experiencia interior fácil de comprender por alguien bajo la influencia de harmalina: la de una muerte interior que es la fuente de la vida; un desapego de uno mismo que conduce, no a la indiferencia, sino a dejar solo al propio organismo; a soltarse no solo de sino a la función orgánica. Imágenes de

*Exploraciones psicodélicas*

volar, que son frecuentes en las experiencias con yagé, parecen transmitir esta convergencia de desapego y fluidez, de libertad y vitalidad.

Aunque podrían decirse muchas más cosas sobre las visiones de yagé, solo añadiré que el nombre «telepatina» se propuso antaño para designar al principal alcaloide en el yagé porque los indios sudamericanos (que son expertos mundiales en su uso) lo han empleado como medio para el desarrollo de capacidades parapsicológicas. Anécdotas recopiladas entre los indios en el Putumayo y las visitas que les hice, me dejaron con la impresión de que su afirmación merece ser investigada. Además de clarividencia y clariaudiencia, a los pueblos cazadores les interesa especialmente aprender sobre la naturaleza, y utilizan la droga a fin de familiarizarse con el comportamiento de animales y las propiedades de las plantas. En este campo, su experiencia remeda la representación de Zoroastro aprendiendo sobre las plantas al beber haoma en las primigenias fuentes iraníes (Flattery y Schwartz, 1985).

Aunque al pensamiento discursivo se le da un descanso en lugar de perturbarlo bajo el efecto de los alcaloides harmala, no solo se estimula la actividad onírica, sino también, más generalmente, el pensamiento simbólico. Algunos individuos pueden verse sumergidos en especulaciones alegóricas o míticas (o distintas de lo abstracto-conceptual), como he ilustrado en un libro no publicado. Por ejemplo, uno de los sujetos que aparece empieza de este modo su relato retrospectivo de la experiencia:

«¿Está la humanidad en el proceso de unirse dando paso a un único individuo? ¿Es el diablo —definido como una entidad consciente— real y está intentando evitarlo, o es un invento de nuestra imaginación?» La estimulación del pensamiento intuitivo es lo que los indios sudamericanos pudieran tener en mente

*Estados alterados de conciencia*

cuando hablan de tomar yagé a fin de «aprender medicina». Pues su concepto de aprender medicina incluye, como un aspecto importante, la capacidad de comprender sueños y visiones. Reichel-Dolmatoff (1971) documentó cómo a través de la ingesta periódica de yagé, los indios *desana* penetran en el sentido del mito de la creación recitado una vez al año bajo la influencia del brebaje. Mientras que en el estado normal de conciencia pudiera no comprenderse más allá de su sentido literal, el yagé abre la puerta a las experiencias tras los símbolos y por ello debería considerarse como un estimulante de una capacidad hermenéutica. Cuando se verbaliza la experiencia visionaria (de esa manera), hemos de tener en cuenta que implica no solo una facilidad para la representación visual interna, sino una facultad implícita de codificar-descodificar, un despertar del pensamiento analógico.

Respecto a la esfera afectiva, diré que con el yagé hay experiencias cumbre y nadir, pero que son de una cualidad experiencial muy distinta a las de los potenciadores del sentimiento o los alucinógenos. Las experiencias cumbre transmiten la expresión del instinto libre y sin obstáculos, como queda manifestado en las visiones de animales, y no tanto experiencias de calidez sino de libertad y poder. Podrían utilizarse los términos aplicados en relación con la intoxicación de *haoma* en el *Avesta*: «Brillante, vívido, energético, acompañado de una verdad que da alegría» (Flattery y Schwartz, 1983). Así que aunque puede hablarse de cielos e infiernos en relación con las experiencias de yagé, no son tanto cielos de beatitud e infiernos de perdición sino, más bien, experiencias positivas muy relacionadas con las visiones de animales selváticos en forma de aliados (o como imágenes con las que se identifica un individuo) e «infiernos» en los que la serpiente, el tigre y demás se convierten en agresores. Esto indica inequívocamente (en consonancia con la

*Exploraciones psicodélicas*

interpretación de esas imágenes como proyecciones de la propia naturaleza instintiva) que la esencia de esos cielos e infernos es, en el primer caso, un instinto sin restricciones, y en el segundo, instinto rechazado mediante la denigración o «demonización». Al igual que en la mitología tradicional, las serpientes, tigres y leones cuentan con connotaciones positivas y negativas, y los dragones pueden ser la encarnación del mal supremo o del poder del cielo, siendo la misma «energía» manifestándose en extremos opuestos del continuo afectivo, dependiendo de actitudes individuales de aceptación o rechazo de la espontaneidad que implican. A veces, una transición puede tener lugar desde el estado contraído al expandido, como cuando le di una mezcla de harmalina-LSD a un colega. Ante él apareció una enorme serpiente que parecía ser la encarnación de todo el mal, y en presencia de esta aparición se sintió angustiado (sufriendo una migraña). Pero enfrentarse a la imagen le condujo a permitirse ser devorado y tragado por la serpiente, y cuando puedo entregarse de este modo al curso espontáneo de la experiencia (en el que parecía que iba a ser aniquilado), se sintió en el vientre de la serpiente. Allí, tras ser digerido, acabó disolviéndose en su otredad hasta que él y la serpiente fueron uno, «¡y mira por dónde! La serpiente era Dios».

De la misma manera que el extremo positivo del continuo emocional no está compuesto exactamente por emociones que caractericen la experiencia sino por una sensación de espontaneidad y placer en la que parecen converger sobre todo ingredientes espirituales y sensoriales, también en el extremo negativo del espectro no destacan «emociones» negativas, excepto por la posible aparición del terror. Se trata más bien de que las emociones aparecen *simbolizadas* como «visiones aterradoras» (que pueden ser para nada atemorizantes, sino percibidas con desapego). O bien,

*Estados alterados de conciencia*

esas emociones pueden somatizarse en forma de malestar físico al borde del colapso. Que el infierno de harmalina sea un infierno *físico* (en lugar de estar caracterizado por emociones de separación, vacío, culpa, vergüenza, etc.) refuerza la noción de que implica (¿o tal vez manifiesta?) una disfunción a nivel instintivo. En esos casos observamos un aumento del deseo de dormir, de malestar general y vómitos.

Respecto a los efectos espirituales, he propuesto denominar «iluminadores» en lugar de místicos a los estados contemplativos suscitados por el yagé, aplicando en este caso una distinción introducida por san Ignacio: aunque en la experiencia mística hay éxtasis y una inmersión en una esfera inefable, difícil de articular por parte del pensamiento, esta experiencia iluminadora está caracterizada por la claridad y la alegría de la comprensión (una comprensión por lo general inseparable del contenido simbólico de las visiones). Otro aspecto de la espiritualidad yagé es, como ha quedado implícito en la discusión anterior, el hecho de que se trata de una espiritualidad del vientre o una espiritualidad del cuerpo, cuyo aspecto principal es una sacralización o una resacralización del instinto.

Una experiencia cumbre más profunda que cualquiera de las mencionadas hasta el momento, una experiencia casi sin imágenes comparable a la experiencia oceánica del LSD pero con un «sabor» distinto, es la que denomino experiencia de «oro fundido» porque en ella la sensación de fluidez va acompañada de un componente fogoso y una experiencia semejante al orgasmo pero sin ser genital ni estar claramente localizada en el cuerpo, como una sexualidad en una esfera superior, como si dijéramos.

Finalmente, habría que tener en cuenta que todas esas experiencias de manifestaciones mentales de contenido iracundo, orgiástico o «dorado» ocurren con un telón de fondo de muerte

*Exploraciones psicodélicas*

implícita, que es un desapego y soltar implícito al que se llega frecuentemente a través de un proceso de encuentro con la muerte en la esfera visionaria. En consonancia, la palabra *ayahuasca* con la que los indios peruanos llaman a su planta sagrada significa «vid de la muerte», así como «vid del alma».

Los indios sudamericanos dan por hecho los efectos espirituales del yagé. Los de la harmalina, que contiene *Peganum harmala*, como ya se mencionó, parecen haberse conocido en el antiguo Irán. La experiencia suscitada por los alcaloides harmala parece concordar con la espiritualidad heroica de nuestros antepasados indoeuropeos, con su cultivo de la disposición a morir por la vida.

*Cannabis*

Utilizaré la palabra «cannabis» aquí para hacer referencia a las hojas, las sumidades floridas, los derivados e ingredientes activos de *Cannabis sativa*, una de las plantas cultivadas no alimentarias más antiguas de la humanidad (Julien, 1981, p. 169).

Desde el punto de vista de los estados de conciencia que puede suscitar, el cannabis es notable por su versatilidad. A diferencia de los potenciadores del sentimiento que en su mayoría activan la conciencia interpersonal presente y pasada, y a diferencia de los potenciadores de fantasía que suelen ser entradas al terreno simbólico, el cannabis puede estimular tanto esos como otros estados, aproximándose al ámbito de los alucinógenos tipo LSD: el estado oceánico, los estados contemplativos religioso-arquetípicos o artísticos y estados de posesión. Respecto al espectro de la conciencia que activa, la principal diferencia con los alucinógenos es la infrecuencia de reacciones psicóticas y episodios «volcánicos». Da



*Estados alterados de conciencia*

la impresión de que el cannabis actuaría como un lubricante multituoso de la psique en lugar de un explosivo. Sea cual fuere la facilitación que aporta, puede controlarse y canalizarse en direcciones alternativas y, aunque facilita la suspensión del ego, no visita al individuo con una «iluminación aniquiladora» procedente del exterior, ni mucho menos aterradora.

En cantidades pequeñas o moderadas, se dice que la marihuana tiene el efecto de un «euforizante», y sin embargo al decirlo debemos señalar que la euforia que provoca es muy distinta de la provocada por la cocaína. Escribiendo sobre la experiencia de la marihuana en *American Handbook of Psychiatry*, Balis (1974, p. 407) comenta apropiadamente que el «término “euforia” se utiliza vagamente en la literatura para describir diversos estados afectivos», y «no parece representar un afecto distintivo o estar asociada con un estímulo concreto o un estado psicológico específico». Señala que se trata de un término que incluye demasiadas cosas «que incluye emociones tan cualitativamente diferentes como las inducida por narcóticos (opiáceos), embriagadores e intoxicantes (etanol, éter), estimulantes (anfetaminas), o estados de ánimos experimentados por pacientes maniacos», y que «la experiencia eufórica de “coloque” inducida por la marihuana... es una compleja respuesta psicológica característica de esta droga».

La euforia procedente del efecto del cannabis es, en gran medida, resultado de un desapego espontáneo del usuario de sus preocupaciones ordinarias, y suele describirse mejor como bienestar que como alegría o excitación. Así pues, nos hallamos en presencia de algo más parecido a un tranquilizante, aunque difiere de los tranquilizantes ordinarios en su efecto de agudeza de la conciencia sensorial (y diría que de los patrones). En grandes dosis el efecto del cannabis es el de un potenciador de fantasías, y a veces el de potenciador del sentimiento. Los efectos alucinógenos

*Exploraciones psicodélicas*

pueden presentarse con dosis elevadas (*véase, por ejemplo, McGlothlin, 1968*), pero en nuestra cultura es raro un efecto psicodélico total, igual que también son raros estados paranoicos y ansiosos.

Curiosamente, descripciones de experiencias con cannabis del siglo XIX muestran un efecto mucho más alucinógeno que en épocas recientes. Cuando consideramos las descripciones de Ludlow (1858) y de Baudelaire (1860) como «paraísos artificiales», podemos preguntarnos si el efecto alucinógeno del que hablan era solo una cuestión de dosificación o el resultado de existir una mayor distancia entre la personalidad media del hombre victoriano y el estado psicodélico que el existente entre este último y nuestra psique contemporánea relativamente liberada. Sospecho que el modelo de personalidad de hace varias generaciones era más explosivo que el actual, tal y como también sugiere la desaparición de la histeria clásica, con sus desmayos y ataques. No existía una puerta o salida para la expresión de la espontaneidad, y cuando las drogas (o la hipnosis) proporcionaban una salida, el resultado era impresionante.

El efecto más notable del cannabis sobre las emociones es el bienestar que surge de la «inhibición selectiva» de la preocupación y la hostilidad, y de la relajación del impulso de mantener una imagen de uno mismo, así como un aumento de la naturalidad y una inhibición temporal de las «pasiones», que sin duda inspiraron la apelación china de «liberadora de pecados» para ella (Taylor, 1966, p. 20). También (sobre todo en las primeras ocasiones), todo parece muy gracioso; tal vez un «chiste cósmico». En otras ocasiones se da agitación y grandiosidad (como en la descripción de Baudelaire): una grandiosidad que tiene su origen en una gratificación narcisista imaginaria. Por lo general hay una gran apertura en la expresión de emociones y espontaneidad en el

*Estados alterados de conciencia*

comportamiento. Con los ojos abiertos, los efectos del cannabis no son muy notables; un aumento del aprecio de la forma y la experiencia sensorial, sobre todo. Más intenso es el efecto en la percepción de la música, que puede potenciarse enormemente en lo tocante a textura y expresividad. Con los ojos cerrados, los efectos son los de un potenciador de fantasías, pero sin la especificidad de contenido de los alcaloides de harmala y la ibogaína.

En la esfera cognitiva, como en el caso de otros psicodélicos, tiene lugar un ligero deterioro del razonamiento y una facilitación de la comprensión intuitiva-estética (McGlothlin, 1968). Respecto al deterioro de la capacidad de pensar, lo que sobresale es una perturbación de la memoria a corto plazo y un aumento de la distracción. En cuanto a la estimulación de la intuición, creo que puede lanzarse la hipótesis de que el uso de cannabis implica una facilitación del pensamiento no lineal. Esta facilitación, me parece, no es simplemente resultado de una interferencia con el pensamiento lineal, sino un potencial específico del cannabis como estimulante de una «cognición más elevada»: un efecto de agudización de patrones perceptivos. Pues aunque la percepción de patrones nuevos surge con otros alucinógenos a través de una abundancia de material que debe conectarse y asociarse, en la experiencia con cannabis interviene algo como la activación de una función estructural, una capacidad potenciada de organizar el caos dándole forma. No se trata solo de una cuestión de que la «válvula reductora» (Bergson-Huxley) del cerebro se abra y de que la conciencia se inunde, sino de que la conciencia sigue por una pista definida que resulta que es inusual.

Los sufíes conocieron muy bien los efectos espirituales del hachís, de los que se dice que introdujeron «el vino de los pobres» en el mundo musulmán en el siglo XII (Rosenthal, 1971, p. 45 y ss.). Pero debieron de ser muy conscientes, como lo fueron los

*Exploraciones psicodélicas*

doctores de la ley y los escritores contemporáneos, de los adversos efectos secundarios del hachís, y del «deterioro de la personalidad» causado por la adicción al hachís. Se afirmaba que el hachís —también llamado, significativamente, «el asesino»— ayudaba al piadoso en sus devociones religiosas y que «permitía que la mente humana fuese más allá de los límites de la realidad» (*Ibid.*). Al-Isdirr habla del «secreto» de la droga que permite «que el espíritu ascienda a los puntos más elevados en un ascensión celestial (miraj) de comprensión incorpórea» (*Ibid.*, pp. 93, 163, verso 8). Tal vez no les costó mucho tiempo comprender que el potencial del hachís para estimular algunos aspectos del desarrollo de la persona se ven deslucidos por efectos secundarios en otras esferas, y que el resultado final de su uso continuado probablemente es dañino, como sugieren referencias literarias y jurídicas a lo largo de la historia musulmana (*Ibid.*).

Pero será en la tradición tántrica hinduista y en el chamanismo africano donde el cannabis se emplearía como un sacramento, como se ha utilizado el soma, el peyote, el teonanácatl, la amanita, el yagé y la iboga en otras culturas.

En el tantrismo índico, el uso más característico de la planta ha sido para ejercicios devocionales que utilizan visualizaciones junto con el canto de mantras y la atención a los *chakras* (centros de energía sutil) y *nadis* (meridianos sutiles) en el cuerpo. Estos ejercicios suelen estar inscritos en un contexto de ritual, que puede incluir (en el ritual secreto) unión sexual. En este caso, el cannabis sirve como potenciador de muchos aspectos de la experiencia, que comprenden desde el nivel sensorial al espiritual, que implica considerarse a uno mismo y al otro como personificaciones masculinas y femeninas del divino (Woodroffe, 1965).

*Referencias bibliográficas*

- ANDREWS, G. «Annihilating Illumination». *Psychedelic Review*, 1963, 1, pp. 66-68.
- BALIS, G.U. «Psychotomimetic and consciousness-altering drugs», en S. Arieti y E. Brody (comps.), *American handbook of psychiatry*. Nueva York: Basic Books, 1974, pp. 404-448.
- BARBER, T.S. *LSD, Marijuana, yoga and hypnosis*. Chicago: Aldine, 1970.
- BAUDELAIRE, P. C. *Les paradis artificiels*. París: Ponlet-Malessis, 1860.
- COHEN, S. *The beyond within: the LSD story*, 2ª ed. Nueva York: Atheneum, 1967.
- DEROPP, R.S. *Drugs and the mind*. Nueva York: St. Martin's Press, 1957.
- FLATTERY, D.S. y SCHWARTZ, M. *Haoma and harmaline: The botanical identification of the intoxicating «soma» of ancient Indo-Iranian religions*. Berkeley: University of California Publications in Near Eastern Studies, n.º. 21, 1985.
- GRAVES, R. *The Greek myths*. Garden City, N.Y.: The Viking Press, 1982.
- GROF, S. *Realms of the human unconscious: observations from LSD research*. Nueva York: The Viking Press, 1975.
- GROF, S. *LSD psychotherapy*. Pomona, Calif.: Hunter House, 1980.
- HARMAN, W.W. y FADIMAN, J. «Selective enhancement of specific capacities through psychedelic training», en B. Aaronson y H. Osmond (comps.), *Psychedelics: the uses and implications of hallucinogenic drugs*. Nueva York: Anchor Books, 1970.
- HOFMANN, A. *LSD: my problem child: reflections on sacred drugs, mysticism, and science*. Los Angeles: J.P. Tarcher, 1983.
- HUXLEY, A. *The doors of perception*. Nueva York: Harper Brothers, 1954.
- JULIEN, R.M. *A primer of drug action*, 3ª ed. San Francisco: Freeman, 1981.
- KLIIVER, H. *Mescal: the «divine» plant and its psychological effects*. Chicago: University of Chicago Press, 1966.
- KRIPNER, S. «Paranormal effects occurring during chemically-induced psychedelic experiences and their implications for religion». *Journal of Altered States of Consciousness*, 1974, 1(2), pp. 175-184.

*Exploraciones psicodélicas*

- LAING, R.D. y ESTERSON, H. *Sanity, madness and the family*. Londres: Tavistock, 1964.
- LUDLOW, F. *The hasheesh eater: being passages from the life of a Pythagorean*. Nueva York: Harper and Bros., 1858.
- MCGLOTHLIN, W. H. Cannabis: a reference. In D. Solomon (Ed.), *The marijuana papers*. Nueva York: Signet, 1868, pp. 455-478.
- MASTERS, R.E.L. y HOUSTON, J. *The varieties of psychedelic experience*. Nueva York: A Delta Book, 1967.
- MICHAUX, H. *The major ordeals of the mind: and the countless minor ones*. Nueva York: Harcourt, Brace, Jovanovich, 1974.
- NARANJO, C. «Psychotropic properties of the harmala alkaloids», en Efron, D. (comp.), *The ethnopharmacologic search for psychoactive drugs*. Washington D.C.: Public Health Service Publication n°. 1.645, 1967.
- NARANJO, C. «Psychotherapeutic applications of new fantasy-enhancers». *Clinical toxicology*, 1968, 1.
- NARANJO, C. *The healing journey: new approaches to consciousness*. Nueva York: Ballantine, 1973.
- NARANJO, C. «Psychological aspects of the yage experience in an experimental setting», en M.S. Harner (comp.), *Hallucinogens and shamanism*. Nueva York: Oxford University Press, 1973a, pp. 176-190.
- NEWLAND, C.A. *Myself and I*. Nueva York: Signet Books, 1963.
- PAHNKE, W.N. Drugs and mysticism, en B. Aaronson y H. Osmond (comps.), *Psychedelics: the uses and implications of hallucinogenic drugs*. Nueva York: Anchor Books, 1970, pp. 145-164.
- REICHEL-DOLMATOFF, G. *Amazonian cosmos: the sexual and religious symbolism of the Tukano Indians*. Chicago: University of Chicago Press, 1971.
- ROSENTHAL, F. *The herb: hashish versus medieval Muslim society*. Leiden: Brill, 1971.
- SHULGIN, A.T., BUNNELL, S., y SARGENT, T. «The psychotomimetic properties of 3,4,5-trimethoxyamphetamine». *Nature* 1961, 189, p. 1.011.
- TAYLOR, N. *Narcotics, nature's dangerous gifts to man*. Nueva York: Dell, 1966.

*Estados alterados de conciencia*

- TURNER, W.J. *Schizophrenia and oneirophrenia. Transactions of the New York Academy of Sciences*, 1964, 26, pp. 361-368.
- WATTS, A.W. *The joyous cosmology: adventures in the chemistry of consciousness*. Nueva York: Vintage Books, 1962.
- WOODROFFE, J. (trad.) *Serpent power (sat-chakra-nirupana & paduka-panchaka)*. Madrás: Ganesh «Sakti and Sakta», 1965, pp. 590-648.
- ZAEHNER, R.C. *Mysticism sacred and profane: an inquiry into some varieties of praeternatural experience*. Nueva York: Oxford University Press, 1961.





3

LOS PSICODÉLICOS INTERPERSONALES

3.1 INVESTIGACIONES SOBRE LOS PSICODÉLICOS  
INTERPERSONALES<sup>1</sup>

*Introducción*

En respuesta a la invitación de Julie Holland para contribuir a su libro *Ecstasy*, he propuesto que se publique mi charla sobre los potenciadores del sentimiento en la Psychedelic Summit (conferencia psicodélica) de 1993 en la Unitarian Church de San Francisco, donde tuve el honor de ser el primer orador. La reproduzco a continuación.

Siendo alguien que llegó a Estados Unidos a mediados de la década de 1960 desde un país donde no había ni movimiento psicodélico ni prohibicionismo psicodélico, era especialmente consciente de que la guerra norteamericana entre el gobierno y

1. Artículo publicado originalmente en el libro *Ecstasy: The Complete Guide*, editado por Julie Holland, Park Street Press, Vermont, 2001.

*Exploraciones psicodélicas*

los entusiastas interfería con la investigación y el uso de los psicodélicos en psicoterapia. Me pareció que el rechazo de la clase dirigente norteamericana no solo era una respuesta a su falta de conocimiento de la experiencia psicodélica, sino también una expresión de nuestra cultura, implícitamente antidionisiaca.

Pero la intensidad del prohibicionismo psicodélico no solo es resultado de la arraigada tendencia súper controladora y puritana del carácter norteamericano, sino también de que el movimiento psicodélico haya insultado vehementemente a las instituciones que tradicionalmente controlan los fármacos y a través de las que el LSD podría haber encontrado un canal oficial de distribución. El rechazo de los psicodélicos por parte del estamento médico ha sido a su vez resultado de una historia en particular: el apoyo colectivo del alegato romántico de Tim Leary a favor de la desregulación total a principios de la década de 1960, y habla por sí mismo de su desdén hacia el mundo psiquiátrico. Se puede simpatizar con él a la vista de la lentitud con la que los profesionales de la salud mental han comprendido el potencial terapéutico del LSD, y también pensando en el hecho de que algunos de los primeros investigadores médicos del LSD estaban patrocinados por la CIA. Sin embargo, siempre he creído que su rebeldía demasiado gloriosa y su entusiasmo mesiánico para liberar al mundo han, paradójicamente, retrasado la adopción del LSD por parte del Sistema.

La guerra estadounidense a favor/contra las drogas fue el telón de fondo de mi obra *The Healing Journey* a finales de los sesenta, un libro a través del que intenté llamar la atención sobre las sustancias psicotrópicas que no habían sido etiquetadas como «peligrosas» ni parecía que fuesen a serlo en el futuro, pues constituían psicodélicos «aplacados» que no producían alteraciones en el pensamiento ni reacciones de tipo psicótico, y

*Los psicodélicos interpersonales*

que clasifiqué en dos grupos, que propuse denominar «potenciadores del sentimiento» y «potenciadores de fantasías».

Aunque los estados espirituales inducidos por los psicodélicos son transitorios, los beneficios terapéuticos poseen mucha más estabilidad. Además, es el proceso terapéutico —la limpieza de la psique de impresiones disfuncionales en la infancia y la recuperación de la capacidad de amar— lo que abre a una persona de una manera más estable y le acerca al desarrollo de su potencial espiritual. En este particular, creo que los «potenciadores del sentimiento» y los «potenciadores de fantasías» ofrecen grandes posibilidades, y me considero muy afortunado por el hecho de que la vida me ofreciese la oportunidad de abrir el campo de su aplicación terapéutica hace unas dos décadas. En las líneas que siguen ofreceré una perspectiva general de lo que he aprendido de estos, que se han conocido generalmente como «empatógenos», pero que yo personalmente prefiero denominar «psicodélicos interpersonales».

*Sobre la potenciación del sentimiento y la facilitación de la psicoterapia*

Cuando, en 1962, conocí a Sasha Shulgin, el más ingenioso de los químicos psicodélicos, que me introdujo al potencial que existía en la investigación de las fenilisopropilaminas sustituidas, me hallaba de camino hacia el Amazonas, donde iba a realizar mi primer proyecto de investigación psicodélica. Por entonces me interesaba el brebaje conocido como yagé o ayahuasca, cuyos efectos llegué a interpretar como un despertar del cerebro reptiliano y una sacralización del «animal interior».

Aunque todos los psicodélicos contribuyen a deshacer el

*Exploraciones psicodélicas*

«ego» —la pequeña mente que obstruye a la Gran Mente—, podría decirse que el efecto de los psicodélicos tipo LSD resulta de lo más sorprendente a la hora de deshacer la estructura cognitiva que constituye el sostén del ego, y que manteniendo la coherencia con la expresión «la voladura de la mente», que se ha utilizado para designar «la muerte del ego» que producen, pudieran ser considerados adecuadamente como drogas «de la cabeza». Por el contrario, los alcaloides de la harmalina parecían ser drogas «de las tripas»: catalizadores que facilitan el discurrir de la autorregulación instintiva, incluso a un nivel físico. Con ese trasfondo me embarqué en la exploración de la MDA, que resultó ser un psicotrópico de una nueva especie.

*MDA: la droga del análisis*

Desde el principio resultó obvio que esta anfetamina sustituida tenía que ver mucho con el corazón y no tanto con las tripas o la cabeza. Ciertamente pudiera considerarse una «droga del corazón», y al llamarla «potenciador del sentimiento», quise dar a entender que sus principales efectos sucedían en la esfera emocional, aunque dichos efectos no eran, obviamente, los de un simple estimulante. Un aspecto de esta potenciación parecía ser una amplificación de la conciencia emocional; otro, una mayor disposición y capacidad de comunicar sentimientos. Pero eso no era todo, y ahora diría que la «optimización sentimental» más característica de la MDA y de la MDMA no es simplemente una obtención de amor, sino de *un sereno desapego y apacibilidad, que a su vez permite la posibilidad de transmutar el sufrimiento a través del autoconocimiento.*

La sangre de nuestro corazón psicológico es el amor, aunque

*Los psicodélicos interpersonales*

en la vida académica «amor» sea un expresión que se evita al no ser lo suficientemente científica. Pero como el tema no puede evitarse, se considera más apropiado hablar de empatía o de «refuerzo emocional positivo». No obstante, hablar de potenciar u optimizar el sentimiento pareció ser lo suficientemente adecuado para el ethos del lenguaje académico, y no solo apropiado para sugerir la obtención de sentimientos cálidos sino también de sentimientos felices que se enfatizaban con el nombre de «éxtasis», como se llamó a la MDMA. No obstante, profundizando más —como condición previa o fundamente del amor—, creo que existe otro tipo de optimización: una optimización en nuestra actitud respecto del dolor. Creo que nuestros problemas emocionales derivan de una actitud errónea frente al dolor: una actitud defensiva que surge de un dolor primigenio que no estábamos preparados para soportar y que se ha arraigado. Por ello, gran parte de nuestro aprender a vivir de manera adecuada equivale a descubrir otra actitud frente al dolor; nuestra «puerta a la felicidad», como si dijéramos, consiste en encontrar una manera distinta de ser frente al dolor; y ese me parece que es el aspecto más significativo de los psicodélicos interpersonales. Pero antes de compartir más pensamientos sobre las características de la MDA, la MMDA y la MDMA, me ocuparé de la historia de cómo me interesé en este campo de investigación:

Sasha Shulgin fue el primero que llamó mi atención acerca de algunas observaciones en las notas de laboratorio de Gordon Alles. Este, el descubridor de la anfetamina, pensó que la MDA sería útil como vasodilatador, y lo probó en sí mismo con un platismógrafo alrededor de uno de sus dedos para comprobar dicha hipótesis. Al cabo de cierto tiempo se descubrió más parlanchín de lo habitual, y en cierto momento vio un anillo de humo amarillento en la habitación, en la que nadie estaba

*Exploraciones psicodélicas*

fumando. ¿No sugería todo ello una propiedad alucinógena, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que la estructura de la molécula de MDA es una especie de híbrido entre anfetamina y mescalina?

Me hallaba en el lugar adecuado en el momento preciso: un ávido buscador que ansiaba descubrir más medicina para mi alma, así que caí en que tenía que explorar más la sustancia. Por aquel entonces era un psiquiatra que trabajaba para el Centro de Estudios de Antropología Médica en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, que estaba dispuesta a apoyarme en esta aventura. Y como en Chile no existía ni tráfico ni escándalos relacionados con las drogas, me hallé en una posición muy parecida a la de Stanislav Grof, que pudo investigar el LSD, en la misma época, en Checoslovaquia. Solo que, en lugar de concentrarme en el LSD, tomé otras direcciones. Una de ellas fue el campo de las fenilisopropilaminas, y otra la exploración de un brebaje chamánico sudamericano conocido como yagé o ayahuasca, y también el principal alcaloide de la planta psicotrópica africana iboga.

Desde los primeros ensayos llevados a cabo en mí mismo y en algunos conocidos quedó claro que la MDA era algo que, a diferencia del LSD, provocaba una expansión de la conciencia emocional sin interferir con el pensamiento. Además, su efecto no apartaba al sujeto del mundo ordinario de objetos y personas, sino que parecía disponer a lidiar con «asuntos pendientes» del mundo interpersonal. Mirando hacia atrás puedo decir que tuve mucha suerte al ir a dar con la MDA, pues a pesar de cierta toxicidad que afectó a algunas personas, sus efectos eran bastante parecidos a la ahora mejor conocida MDMA o «éxtasis».

El descubrimiento de este nuevo tipo de psicodélico apareció publicado en un sucinto informe (escrito en coautoría con

*Los psicodélicos interpersonales*

Shulgin y Sargent) que apareció en *Medical Pharmacology*, exp.17:359-364 (1967): «Evaluation of 3,4-Methylenedioxyamphetamine (MDA) as an Adjunct to Psychotherapy»,<sup>2</sup> pero para cuando apareció yo ya estaba metido en la exploración de la psicoterapia con apoyo de la MDA que he descrito en *The Healing Journey*.

En un capítulo titulado «MDA, the drug of analysis» («MDA, la droga del análisis»), describí cómo, al trabajar con gente de la Clínica Universitaria en Santiago, a los pacientes a los que se diera MDA regresaban de inmediato a la primera infancia y a revivir antiguos recuerdos traumáticos, sobre todo de maltrato e incluso de violación incestuosa. Como ya sabemos, Freud descubrió este mismo campo de experiencia al trabajar con la hipnosis al principio de su carrera, si bien más tarde crearía toda una teoría para explicarlo. ¿Perdió la imparcialidad cuando se puso de parte de los padres al no estar dispuesto a creer que podían haber hecho tales cosas? Así pareció ocurrir en el caso de Mason, y experiencias con MDA parecen confirmar la recuperación de recuerdos olvidados bajo la hipnosis de Freud. Muchas experiencias de maltrato se olvidan pero pueden recordarse, y el deshacer la amnesia infantil podría implicar también otros tipos de recuerdos. En una sesión de MDA, por ejemplo, una mujer de mediana edad recordó que de niña la encerraron en una habitación a través de cuya ventana había presenciado el asesinato de su padre a manos del amante de su madre. No pude demostrar que ese suceso fuese cierto, pero lo creo, pues la comprensión de su vida que resultaría de ese recuerdo provocó una notable curación.

2. Puede leerse la traducción completa de este artículo en la sección «Apéndices», al final de la obra.

*Exploraciones psicodélicas*

Cuando en *The Healing Journey*, me refería a la MDA como una «droga de análisis» no lo hice simplemente por las regresiones espontáneas que induce, sino en general por el interés que estimula para reconducir experiencias pasadas, y también por la gran comprensión que facilita, que parece derivar de sus efectos como «droga de la verdad»: una apertura no defensiva que parece catalizar. No obstante, a diferencia del «suero de la verdad» de la ficción, la MDA no es una droga que conduzca a revelar informaciones contra la propia voluntad, sino más bien a un interés por conocer la verdad de las propias experiencias y una preocupación por la autenticidad.

Como la autenticidad es el vehículo principal de las terapias dirigidas al autoconocimiento, sería de esperar que la MDA y los demás optimizadores del sentimiento fuesen notables potenciadores de la psicoterapia. Al igual que otros psicodélicos cuentan con aplicaciones terapéuticas específicas, como la inducción de experiencias místicas, trabajo sobre sueños o la experiencia de estados perinatales, los potenciadores del sentimiento no solo facilitan una comunicación honesta, sino que también abren una «vía de amor»: una disposición espontánea a mantener la llama del amor viva frente al dolor, en lugar de adoptar una actitud defensiva y manipuladora y, en consecuencia, ciega. Creo que el don de los optimizadores del sentimiento es la capacidad de seguir siendo un saludable y cariñoso «hijo del paraíso» frente a la contaminación del pasado y la polución del mundo interpersonal; una capacidad apoyada —como ya he insinuado— en una actitud radicalmente distinta frente al dolor, una actitud no defensiva que permite la transmutación de ese dolor en dicha.

El sufrimiento está inseparablemente ligado a la existencia terrenal, pero puede convertirse en un narcótico o un desper-



*Los psicodélicos interpersonales*

tador, dependiendo de nuestra disposición a aceptarlo y utilizarlo para nuestro desarrollo. Ese dolor puede ser un estímulo tanto para adoptar una actitud defensiva y egoísta, o bien de compasión y amor. La diferencia es comparable a la existente entre un viento en contra que obstruye nuestro progreso al navegar y otro que, mediante la pericia en el uso del velamen, nos permite avanzar incluso en su contra. Esa disposición pudiera ser fruto de una austeridad desarrollada a lo largo de nuestro periplo psicoespiritual, pero también es el don transitorio del uso de los «optimizadores del sentimiento». Pudieran conducir directamente al usuario a la esfera de Adán y Eva (como en recompensa por su sinceridad), o pudiera llevarlo, no al «infierno», como en el caso de los psicodélicos parecidos al LSD, sino a este mundanal lugar de dolor que es la otra cara del paraíso terrenal: el purgatorio, que es el campo de la psicoterapia por excelencia.

A continuación, dirigí mi atención a la MMDA, sintetizada por Shulgin, y la farmacología animal, temas sobre los que publiqué conjuntamente con Shulgin y Tony Sargent, pero en lugar de incluir mis observaciones al respecto en este momento, primero diré algo sobre la MDMA, cuyo efecto es más parecido de lo que se cree al de la MDA, como resultado de la afirmación de quienes solicitaron la legalización de la MDMA a principios de la década de 1980.

Creo que la elección de la palabra «Adam» (Adán en español), con la que Leo Zeff bautizó la MDMA, fue muy afortunada. Nunca me sentí cómodo con el académico y eufemístico «enactógeno» (que suena a latín y griego y que sugiere un sentido interno de contacto que de manera más apropiada se denomina relación). Sin embargo, siempre me gustó el nombre de «Adam» porque sugería el paraíso terrenal. Y si los cielos psicodélicos

*Exploraciones psicodélicas*

pueden relacionarse con la condición de vida prenatal en el vientre, el paraíso terrenal remeda la condición posnatal del recién nacido.

En la época en que escribí *The Healing Journey* consideré probable que como la gente más enferma es la que siente una mayor necesidad de lidiar con el dolor del pasado, de ello podía deducirse que los potencialmente adictos tenderían a tener «malos viajes» y pocos incentivos para utilizar la MDA como una escapatoria hacia el placer. Cuando la MDMA (cuyos efectos mantienen una diferencia sutil con los de la MDA) estuvo disponible, tuve la oportunidad de darme cuenta de que andaba equivocado: hay personas (con una disposición hipomaniaca) que se las arreglan para reprimir el dolor, y en su lugar experimentan euforia y calidez de una forma que parece reflejar su acostumbrada negación del dolor y la cólera. En lugar del purgatorio terapéutico que necesitan, su sesgo hedonista acierta a dirigirlos al «paraíso», aunque sus visitas al mismo no dejen de ser una especie de «opio del pueblo»: una exaltación espiritual que se convierte en sustituto en lugar de remedio para su condición. En esos casos, creo que una psicoterapia preparatoria y una «disposición terapéutica» anterior por parte de la persona, así como capacidad terapéutica por parte de alguien con ella durante la sesión inicial, podría tener un impacto importante.

*MMDA: El eterno presente*

Pero retomemos el hilo de mi relato: estaba listo para pasar a una nueva exploración, que sería la de la MMDA. En esa época, Sasha y yo publicamos su farmacología animal y humana —de nuevo en colaboración con Sargent, en *Pharmacology* 10: 12-18

*Los psicodélicos interpersonales*

(1973)—: «Animal Pharmacology and Human Psychopharmacology of 3-Metoxy-4,5-Methylenedioxyphenylisopropylamine (MMDA)». <sup>3</sup> Yo ya la estaba utilizando en psicoterapia, y lo más importante que descubriría sobre la MMDA fue algo que estaba especialmente preparado para apreciar a la vista de una inesperada frustración con la que acababa de toparme en mis intentos de llevar a cabo terapia con MDA.

Pudiera parecer extraño, pero en esa época yo era un terapeuta gestalt en ciernes; había conocido a Fritz Perls hacía solo un año más o menos, y había intentado naturalmente relacionar la terapia gestalt con la experiencia psicodélica. Me sentía frustrado al respecto porque mientras intentaba conseguir que la gente se concentrara en el «aquí y ahora», esta insistía en el «allí y luego», muy decidida a darle vueltas a sus recuerdos. Debo confesar que fui un tanto lento a la hora de darme cuenta del hecho de que de la misma manera que el potencial más notable de la MDA era su capacidad de hacer aflorar recuerdos reprimidos durante mucho tiempo, el potencial de la MMDA era una creciente conciencia del presente.

Ello reforzó de manera admirable el trabajo gestalt mejor que la MDA, no solo por concentrarse en el «aquí y ahora», sino porque también resultó muy bueno para trabajar con imágenes, no con imaginería arquetípica como la provocada por el LSD y los potenciadores de fantasía (agrupo al iboga y la harmalina como potenciadores de fantasía), sino con la imaginería personal como sucede en los sueños ordinarios. Además, descubrí que la MMDA solía precipitar síntomas psicósomáticos y dio ímpetu a la exploración de este campo. En conjunto, creo que a través del uso de la

3. Puede leerse la traducción completa de este artículo en la sección «Apéndices», al final de la obra.

*Exploraciones psicodélicas*

MMDA conjuntamente con terapia gestalt, ayudé a muchas personas, como queda claro en mi capítulo sobre MMDA en *The Healing Journey*. Incluso escribiría todo un libro sobre ese tema que a Pantheon Books le pareció demasiado especializado, aunque esta editorial publicaría más tarde *The Healing Journey*. Descubrir las excelencias específicas de la MDA y de la MMDA en la facilitación de psicoterapia fue como haber tenido gemelos en un sentido más allá de lo puramente intelectual, pero los vientos de la aventura me empujaban hacia lo nuevo.

La habilidad de Sasha Shulgin en lo tocante a la síntesis de nuevas moléculas psicoactivas era ahora ampliamente conocida. En esa época ya había producido cierto número de equivalentes que esperaban sus ensayos en seres humanos, y eso hizo que me interesara en la investigación comparativa de algunas de esas sustancias. Shulgin, Sargent y yo también publicamos (en *Nature*, vol. 221, 1969) «Structure-Activity Relationships of One-Ring Psychotomimetics», un informe resumido de mis ensayos con varias isopropilaminas y compuestos estrechamente relacionados. Observé un gradiente entre ellos, que oscilaba entre la pura potenciación del sentimiento y los efectos más parecidos a la mescalina del TMA-1 (véase el apéndice).

*MDMA: una alternativa no tóxica a la MDA*

Pero la novedad más importantes desde el descubrimiento del potencial curativo de la MDA ha sido, creo yo, la MDMA —que difiere químicamente de la MDA de la misma manera en que la anfetamina difiere de la noranfetamina, y cuyo efecto es básicamente el de la MDA aunque con una acción algo más limitada y sin su toxicidad.

*Los psicodélicos interpersonales*

Aunque la MDA ya haya constituido un potenciador de terapia sin el potencial «psicotomimético» del LSD, tuvo la importante desventaja de su toxicidad. No se trataba de un efecto constante, sino que aparecía de vez en cuando y de forma impredecible. En este sentido era como el cloroformo. Antaño, algunos pacientes morían durante la anestesia con cloroformo, pero era algo que no podía preverse. Las razones de ello eran desconocidas, y algo parecido sucedía con la MDA. En la época en que escribí *The Healing Journey* observé que de vez en cuando la MDA provocaba sarpullidos, y que más allá de cierta dosis (unos 250 mg) algunas personas se tornaban incoherentes, lo cual podría atribuirse a fenómenos cerebrovasculares. Por ello advertí a mis lectores, urgiéndoles a comprobar la reacción de las personas a la MDA con cautela, empezando con una dosis muy baja. Por fortuna, durante mi trabajo en Chile no sucedió ningún accidente, y dado que lo tomaron unas 30 personas, debería considerarlo como un milagro. Un colega chileno fue menos afortunado (y ciertamente menos cuidadoso), pues administró 500 mg a un amigo que se volvió afásico. En esa época se registraron varias muertes en Estados Unidos.

Sabemos que con la MDMA las cosas son sorprendentemente distintas. Se conoce y utiliza desde hace muchos años, y a pesar de accidentes atribuidos a una presión sanguínea alta o a su uso inapropiado, es notable su inofensividad para las personas sanas. Diría que es el champán de los psicodélicos interpersonales.

Mi enfoque de la terapia asistida con MDMA (igual que en el caso de la MDA) podría describirse como proporcionar a las personas una oportunidad especial para hablar sobre su vida pasada y presente y sus problemas, con la intención de desarrollar comprensión acerca de sus relaciones y personalidad. Insisto en ello porque la mayoría de las personas que conozco que han

*Exploraciones psicodélicas*

utilizado MDMA lo han hecho con un modelo prestado del uso del LSD: escuchar música mediante auriculares permaneciendo con los ojos vendados. Puede resultar muy beneficioso pero, en resumidas cuentas, los optimizadores del sentimiento son excepcionales a causa de la comprensión que aportan de las relaciones, y también por la potenciación del sentido del Yo y del Tú (que son interdependientes). Como son excepcionales a causa de la gran apertura que provocan y la capacidad que engendran de comunicar mejor y con claridad en lo tocante a los problemas relacionales, ¿no resulta natural utilizarlos en un contexto relacional, tanto en terapia individual o de grupo? Insisto en ello porque en una de las conferencias de Esalen Arupa<sup>4</sup> dedicadas a un intercambio entre terapeutas de MDMA estuve en desacuerdo con mis colegas de la red psicodélica. Para mi sorpresa, todo aquel con quien hablé allí creía firmemente que la mejor manera de conducir a alguien en un viaje de MDMA era instarle a recogerse escuchando música. Recuerdo que el Dr. Rick Ingrasci (anterior presidente de la Association for Humanistic Psychology) y yo éramos los únicos bichos raros en esa reunión: hablamos con gente y la escuchamos.

Yo también utilizo música, pero con frecuencia prefiero iniciar una sesión con un periodo de silencio. Considero la interacción verbal como un vehículo inestimable para guiar a las personas y ayudarlas a profundizar en sus experiencias problemáticas. Eso resultó evidente en las ocasiones en las que regresé a la habitación tras una breve ausencia, cuando el paciente decía: «Ah, me parece que el efecto ha desaparecido, pero “está regresando”

4. ARUPA (Association for the Responsible Use of Psychedelic Agents) fue un grupo informal compuesto de psicólogos, químicos y terapeutas que se reunió periódicamente en Esalen, entre 1983 y 1986, bajo los auspicios de Richard Price. (N. del E.)

*Los psicodélicos interpersonales*

mientras hablamos». Así que hablar no tiene por qué ser una distracción: depende del tipo de conversación y de la comprensión empática que puede ofrecerse.

Tras una época trabajando con MDMA en situaciones individuales y grupales, mi principal interés pasó a ser su uso en grupos de personas que mantenían relaciones constantes entre ellas, como familias y comunidades. En esta situación, la MDMA se presta a sesiones ocasionales destinadas a «despejar la basura» para mantener relaciones saludables. No solo he trabajado de este modo con grupos de psicoterapeutas asociados, sino con personas preocupadas por la calidad de su asociación en una empresa y con buenos amigos que quieren mantener sus relaciones alejadas del deterioro al que llegan la mayoría en el transcurso del tiempo. Por lo general trabajaba con grupos de entre 15-20 personas constituidos por un número de subgrupos, en cada uno de los cuales las personas están involucradas en relaciones extraterapéuticas continuadas, como por ejemplo en el caso de una familia de tres, cuatro socios en una firma comercial o el personal de una comunidad espiritual.

Intento comunicar, mediante la presentación de un caso, cierta sensación acerca de lo que es una experiencia de terapia de grupo de la manera en que la llevé a cabo. Aunque he utilizado la expresión «psicoterapia analítica» en relación a mi manera de abordar la terapia individual con MDA y MDMA, el tipo de terapia de grupo que he ido desarrollando es uno en que intervengo poco excepto en la preparación del grupo (durante horas o días), y en el curso de una sesión de retrospectiva compartida y retroalimentación de grupo, cuando no solo coordino y comparto mis propias percepciones, sino que ayudo para alcanzar una elaboración adicional de la experiencia.

Una parte importante de mi papel a la hora de preparar a la

*Exploraciones psicodélicas*

sesión de MDMA ha sido crear una atmósfera de entrega y espontaneidad dentro de los límites de una estructura simple que limita los movimientos alejados del grupo pero que permite el retraimiento, protegiendo de las invasiones la experiencia de cada uno. Al hacerlo, he transmitido el enfoque del Dr. Leo Zeff en la década de 1960. En el caso de MDMA administrada a un grupo de tamaño y composición óptimos, he sido testigo de una notable coincidencia entre la necesidad de algunos de sus miembros de experimentar una regresión y/o ser dados a luz, por una parte, y la disponibilidad de otros de ofrecer esa experiencia, por otra. Como el efecto de la MDMA puede ser una experiencia cumbre o de dolor (o de una después de la otra), es fácil observar cómo es posible que algunas personas se descubran en el jardín del paraíso terrenal mientras que otras padecen el fuego purificador, y que la experiencia de las primeras es un regalo para las últimas. Una y otra vez he tenido la impresión de que como resultado del efecto catalítico de la MDMA en los participantes, el grupo pasa a convertirse en un sistema organizado de manera espontánea para beneficio de todos.

Ahora paso a una carta personal en la que una mujer de mediana edad me cuenta su experiencia en una sesión de grupo, para ilustrar las distintas cosas que pueden suceder. Por su contenido no se trata de un relato típico, y resulta especialmente ilustrativo acerca de todo lo que puede suceder gracias a una apropiada preparación grupal sin interacciones terapéuticas individuales. Creo que los terapeutas experimentados sabrán perfectamente que esta «no interacción» no es una simple cuestión de estrategia sino, más bien, una especie de «arte de la inacción» desarrollado a través de la experiencia y apoyado por una fe en la autorregulación orgánica grupal e individual. En definitiva, no es algo que pueda explicarse con facilidad, ni tampoco puede



*Los psicodélicos interpersonales*

prescribirse mecánicamente, pues parece requerir de una educada capacidad de estar presente de la manera adecuada en lo que sucede, con sensibilidad y benevolencia. Solo quisiera añadir que en este grupo en particular que fue preparado para la experiencia mediante varios días de ejercicios psicoterapéuticos y meditación, la mujer identificada como «Karen» formaba parte del grupo y eligió participar sin tomar MDMA, y que «John» (que tomó MDMA) es terapeuta sexual.

«Después de ingerir la cápsula adopté una actitud de confianza, en mí misma, en la vida y ante lo desconocido (que siempre me asusta). La presencia cariñosa y fuerte de Rachel me lo facilitó.

»Sentí unas intensas palpitaciones que me asustaron, pero tenía confianza en usted, que me ayudaría si fuese necesario. Empecé a perder mis sensaciones dérmicas, sentí frío y como si me faltase el aire. Eso me hizo sentir mucho miedo a la muerte, a disolverme o a que mi corazón explotase. Me tumbé de lado mientras me hacía un ovillo, cerrándome, e interiormente empecé a sentirme más en paz y segura. De mi cuerpo surgió un gemido, suave y tembloroso, como si me estremeciese de frío. Me di cuenta de que era un bebé, o un feto, todavía no nacido, creado para realizar el Ser, emergiendo de la nada, la soledad y el frío. Tenía mucho miedo de nacer.

»Entonces alguien me tapó y sentí que alguien estaba a mi lado acariciándome. Vi que se trataba de K. y le dije: “Estoy naciendo en este mundo”. Eso era tan cierto para mí como la luz del día. Luego pude abandonarme al dolor y a llorar, pues me sentía segura ante otro ser humano que me ofrecía mucha calidez y ternura. Chupé mis dedos y los suyos, y sentí los dientes con los que podría morder. Luego me sentí más cómoda y pude estirar algo el cuerpo y hablar con ella. Le pedí que no se marchase todavía.

*Exploraciones psicodélicas*

Necesitaba hablar con ella y contarle lo que me sucedía, y por lo que había pasado con mi padre. No sentía ningún odio hacia mi madre, solo dolor. Con gran convicción dije, como si lo acabase de comprender: “No pudo hacerlo mejor, no supo cómo estar conmigo”. Me sentí rabiosa con mi padre. Le dediqué duras palabras por todo el daño que me infligiera de manera sutil a lo largo de mi vida. Le conté a K. que le había escrito un poema a mi niña interior, y ella quiso escucharlo. Cuando vi sus lágrimas, le recité otros poemas, pero entonces me dejó un rato a solas. Me preguntó si podía quedarme sola durante un rato mientras ella iba a ver qué quería alguien que la llamaba, asegurándome que volvería. Por primera vez no me sentí sola, pues tenía su chaqueta tapándome, que podía tocar y oler, y la fantasía de su presencia continuó conmigo. Me sentí feliz, pues estaba segura de su regreso y también podía estar conmigo misma. Comprendí que estaba bien que me dejase un poco sola, pues tras dejar que viniese a mí y me llenase, ahora podía asimilarlo, integrarlo en mí misma. Sentía una gran necesidad de tocar y apretar contra el suelo distintas partes del cuerpo. J se acercó y también le recibí como si fuese un regalo de Dios. Le conté lo que estaba viviendo. Le sentí y le conté todo, desde el principio de la experiencia, y acerca del abismo profundo. Cómo me sentía cariñosamente entretejida con la esencia, como si todas mis células fuesen sus constituyentes. Me sabía mal que en nuestro “estado mental normal” no nos percatásemos de esta Realidad que éramos. También hablamos de sexualidad. Me asistió con sus manos de cara a una integración de cabeza, corazón y sexo, abriendo caminos. Me ayudó a liberar a mi padre de mi cuerpo, pues sentía como si hasta entonces hubiera estado poseída por él. En ese momento fue cuando usted se acercó y le conté que me estaba purgando de mi padre, y usted sonrió, confirmando. Me hubiera gustado que se quedase más, pero no me

*Los psicodélicos interpersonales*

atreví a pedirselo. Luego J. me dijo que necesitaba estar a solas un poco, y que después debería ayudar a alguien más, y que volvería más tarde. Así aprendí de ambos que yo también podría encontrar mi espacio de soledad cuando lo necesitase, incluso si para ello debía dejar a alguien, y que eso era correcto, que no estaba mal. Continué sintiéndome feliz, ni sola ni vacía, sino que continué sintiéndome alimentada mientras seguí conmigo misma. Todo daba la impresión de ser un regalo de Dios que me llenaba de alegría: recibía mucho sin tener que pedirlo. Sí, sentí que ya no necesitaba buscar compulsivamente a otros (madres y padres) sino solo abrirme y recibir lo que me llegase en ese momento.

»K. regresó y en su compañía empecé a observar la habitación, absorbiendo y abriéndome a lo que me rodeaba, escuchando a grupos de personas que conversaban y reían. Durante un instante entré en contacto con una advertencia introyectada anteriormente en la vida: “Debes ir con los demás”. Pero comprendí que en ese momento era más importante permanecer con mi propia experiencia.

»Luego J. me contó su experiencia, y pude escucharle y dejar que entrase, sintiéndome clara y liberada de mí misma, con espacio para el otro.

»Después empecé a bailar sola, sintiendo toda mi alegría, mis células vivas, descubrí el eje de mi cuerpo, y esa energía ascendía y descendía por el mismo. Sentí que bailaba como una serpiente, ondulando el cuerpo, y sintiéndome sucesivamente árabe, hinduista, gitana... llena de fuerza y energía.

»J.A. se acercó en distintos momentos, como si se sintiese seducido por mí. Sentí miedo, como si fuese a violarme, y le dije, como para disuadirle: “Eh, un momento, acabo de nacer”. Estuve con él en un grupo en que también estuvo V., cuyo rostro pacífico me atraía. Con él podía expresar verbalmente mi

*Exploraciones psicodélicas*

agresividad hacia los hombres. Cuando sonó una canción con voz masculina, dije: me hubiera gustado bailar como una mujer, pero él sugirió: precisamente ahora que canta un hombre, por qué no bailas, y de ese modo acabas con tu padre. Me lo tomé como un desafío especial y bailé. Fue una experiencia de fortaleza femenina, y una autoafirmación frente a mi padre, de separación y autonomía. Sentí como si en esta historia destructiva hubiera alcanzado un nuevo final.

»Bien, Claudio, pues no le cuento más anécdotas porque esta carta, creo, refleja lo más significativo de la experiencia. Me resultó profundamente terapéutica. Tengo la impresión como si algo de mi carencia arcaica y primordial se hubiera cerrado, y que no podría haber sido de otro modo.

»He regresado muchas veces a esa experiencia para nutrirme a mí misma, y siento que estoy llegando al final de un proceso curativo con una mente más lúcida, organizada y creativa, más confiada, atreviéndome a enseñar y compartir los tesoros que me he estado guardando para mí. Continúo escribiendo poesía y cada vez disfruto más de la vida».

Espero que esa descripción de la sesión, con su elocuencia, sirva para transmitir una comprensión general de la manera en que muchos temas que en teoría parecen distintos y separados, se combinan en una única experiencia.

La persona anónima dice, en cierto momento, que acaba de nacer, y la sesión en su conjunto pudiera parecer un paso en un proceso de nacimiento. Separación y unión juegan un papel en este nacimiento, pues al afirmar su individualidad, ella se diferencia de su padre, mientras que al mismo tiempo la situación tiene lugar en el contexto de una situación de cuidados maternos, en la que se permite emprender una regresión mediante el apoyo de otras personas (el terapeuta, el grupo y más concretamente, el de

*Los psicodélicos interpersonales*

algunos compañeros). Pero en la regresión el nacimiento no lo es todo: igual que separación y unión son parte del proceso, también existe una regresión para progresar, un permitirse un estado fetal que luego se convierte en trampolín, por así decirlo, de la autoexpresión.

Dije que el contenido de la sesión no era particularmente especial, pero sí lo suficientemente rico como para plantear muchas cuestiones: la importancia de la actitud con la que el sujeto se embarca en la experiencia, y más concretamente, una actitud de confianza e incluso cierta cantidad de aceptación frente a la «muerte», o una sensación de «explosión» inminente. La amplitud de esta aceptación de la experiencia en curso es lo que hace posible la profunda entrega que constituye el trasfondo de un despliegue orgánico.

Se hallan presentes todos los elementos clásicos de la experiencia MDMA: conciencia de dolor psicológico, intuición reveladora sobre la vida y las relaciones, autoexpresión en comunicación verbal y movimiento, y un movimiento que pasa de una acusación defensiva a una comprensión de los demás. Y el relato deja claro lo importante que puede ser la relación entre los miembros del grupo, tanto en el sentido de los cuidados maternos como en el de compartir intuiciones o, de manera general, en la terapia entre iguales.

Creo que resultaría adecuado finalizar como ya hiciera en un trabajo no publicado sobre terapia de grupo con MDMA: Rogers ha afirmado que los grupos terapéuticos pudieran ser el invento más beneficioso del siglo XX, y yo no conozco una forma más efectiva de psicoterapia grupal que el uso experto de MDMA. Espero que este vislumbre en la naturaleza de la experiencia sea un estímulo para futuras autoridades sanitarias a fin de ofrecer una atención más positiva a este enfoque arrinconado, pues no

*Exploraciones psicodélicas*

podemos permitirnos el despilfarro de recursos en una época en que la salud emocional ha pasado a ser tan vital para el destino humano.

Quisiera insistir en mi creencia de que la MDMA es un recurso extremadamente valioso para procesar la experiencia de nuestra vida pasada y sanar relaciones en el contexto del diálogo. Sin embargo, el gran regalo que la Providencia parece estar ofreciéndonos a través del saber hacer científico permanece desaprovechado en una época en la que existe una urgente necesidad de salud mental colectiva. Dado que las autoridades regulatorias y médicas consideran que dichas afirmaciones no están demostradas, creo que deberían ser objeto de investigación prioritaria.

*Epílogo*

Durante mucho tiempo creí que *The Healing Journey* había sido un fracaso relativo, pues no pareció estimular el interés del estamento médico ni del público profano a la hora de averiguar cómo utilizar esos regalos de la naturaleza en beneficio de todos. El libro pareció gozar del favor sobre todo de los iniciados... que eran los que menos lo necesitaban. Pero con el transcurso de los años, me ha sorprendido que casi no apareciese ningún libro sobre terapia psicodélica, y creo que *The Healing Journey* continúa llenando, hasta cierto punto, un vacío, otorgando credibilidad a los psicodélicos como los valiosos catalizadores terapéuticos que son. Espero que sirva para apoyar mis argumentos de que *no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar su potencial mientras persistimos en una mentalidad policial letal, pues precisamente constituyen el tipo de remedio que necesitamos mientras nos aproximamos a un nuevo cruce colectivo del «mar Rojo».*

*Los psicodélicos interpersonales*

Creo que *la ausencia de un canal para el potencial de los psicodélicos sería el responsable de nuestra enfermedad psicodélica colectiva, con su adicción y complejo de criminalización. Estoy convencido de que la dependencia tiene su origen en un mal uso y que este ha sido el resultado de restringir la oportunidad de hacer un buen uso.* Claro que la cualidad represiva del gobierno frente al tema de la droga es una expresión de una tendencia represiva en la propia estructura de la civilización tal y como la conocemos, y también de las inclinaciones prohibicionistas que heredamos de nuestros primigenios antepasados puritanos. Sin embargo, vivimos tiempo en los que resulta vital para nuestra supervivencia que vayamos más allá de la hiperestabilidad y el espíritu fosilizado de las instituciones que hemos creado.

Confío en que nuestro gobierno salga pronto de su sopor y reconsidere su política disfuncional. Lo que necesitamos ahora no es prohibición, sino una auténtica valoración: la formación de especialistas que puedan utilizar sustancias psicotrópicas de manera sabia y capaz.

Me siento feliz al observar que parecemos estar llegando a una época en que se pueda llevar a cabo una reconsideración de los psicodélicos por parte de las instituciones, y ruego que un gobierno iluminado sea capaz de percibir y emplear el potencial de los psicodélicos para nuestra sanación individual y colectiva.

Creo que Carl Rogers ha declarado que los grupos terapéuticos son la innovación más importante del siglo XX, y eso fue una afirmación notable en el siglo de la fisión nuclear y de tantas innovaciones tecnológicas, pero probablemente sea verdad en términos de potencial transformador para nuestra especie amenazada. A ello añadiré, sin embargo, que *no conozco una forma de terapia grupal más importante que la que se realiza con apoyo de psicodélicos interpersonales.*

### 3.2 UNA SESIÓN GRUPAL CON MDMA

Compartiré a continuación los testimonios retrospectivos de una sesión de grupo con MDMA que fue preparada con dos días de meditación, «movimiento espontáneo» y trabajo sobre los eneatisos.

A menudo respondo a quienes me preguntan acerca del valor terapéutico de los psicodélicos explicando cuánto depende este de cierta cultura acerca del camino espiritual y sobre la naturaleza del proceso terapéutico o de la transformación sanadora, cierta familiaridad con la meditación, una introducción previa a la toma de conciencia de las propias relaciones y de la propia personalidad, así como una introducción a la práctica de la entrega que se hace a través del «movimiento espontáneo», que requiere el abandono del control sobre los propios actos.

La relevancia de tales cosas es obvia, ya que la naturaleza de la experiencia psicodélica es semejante a la que inducen tales ejercicios; y en el caso de la MDMA es claro que la experiencia constituye una incitación al no-hacer (que es característico de la meditación) y se encamina a la experiencia de paz y ecuanimidad, que también espontáneamente lleva a las personas a la búsqueda de comprensión de sí mismas y a muchos *insights* liberadores; y aunque la práctica del «movimiento espontáneo» sea apenas conocida a través del movimiento indonesio del Subud y de la escuela del «movimiento auténtico» originado por Mary Whitehouse (que practican algunos bailarines), es fácil comprender que el característico «dejarse llevar» de las buenas experiencias psicodélicas pueda ser desarrollado a través de una práctica.

En síntesis: estoy convencido de que el mejor setting para una experiencia psicodélica grupal es el de un trabajo previo que



*Los psicodélicos interpersonales*

prepare a las personas para la entrega, la «confianza organísmica», la concentración sobre su interioridad, la comprensión de sus motivaciones problemáticas y un espíritu de mutua intimidad, y no diré más que tal fue lo que se les ofreció (durante dos días y medio) a quienes participaron en la sesión grupal con MDMA que se compartió luego retrospectivamente.

CLAUDIO: Compartiremos hoy muy sintéticamente lo vivido ayer, pues solo así será posible que nos alcance el tiempo para escucharlos a todos. Me interesa saber si el fruto de la experiencia se correspondió con el deseo que formularon, qué comprendieron acerca de sí mismos y si recibieron en el curso de la sesión alguna indicación, consejo o comprensión de lo que deben hacer. Muy especialmente me interesa que se compartan los propósitos que les hayan sido inspirados durante el estado de conciencia alterado, ya que al no ser formulados explícitamente, podrían ser fácilmente olvidados o invalidados después. Cada uno sabrá qué más quiere compartir, pero me interesa especialmente que se incluyan estos asuntos, y que traten de ser sucintos.

HOMBRE 1: La experiencia fue para mí muy amorosa. Pedí la capacidad de recibir, y lo que recibí fue mi propio amor hacia mí mismo; ello me hizo sentir suficiente, de modo que no me era necesario salir a conseguir afecto. Fue un placer estar conmigo y poder entregarme a una flojera placentera, diferente a la pereza que me lleva a la fuga. Estuvo muy bien y agradezco a las personas que se acercaron para traerme agua o preguntarme si todo andaba bien. Salí muy abastecido. Ya he aprendido a intercambiar abrazos, pero mi dificultad era estar conmigo.

HOMBRE 2: Fue para mí una experiencia impensada. Entré en

*Exploraciones psicodélicas*

ella con el deseo de amarme a mí mismo y ser más grande por dentro, y sentí una enorme energía, vibraciones, temblores intensos y voces que me indicaban sentir lo que me estaba llegando; y sentí que era algo para sanar, y que también podría servir para sanar a otros. Me siento hoy una persona diferente.

CLAUDIO: Ojalá sea así.

HOMBRE 2: ¡Así será!

HOMBRE 3: Cuando usted nos indicó formular un propósito, yo pedí un amor verdadero, pues tengo mucha dificultad en amar, y en sentir. Un corazón muy duro. Al comienzo, cuando las personas comenzaron a manifestar alegría yo no sentía nada, y alguien me ayudó. Dejé que las cosas ya se desarrollaran, y entonces me entregué a la emoción, y me encontré con mi sobrino, a quien le tengo mucho cariño. Tuvimos un intercambio amoroso que me dejó muy emocionado, y luego fui a encontrarme con otros, a compartir amor y a abrazarlos; bastantes personas que no conocía. Me sentía libre, confiado, a gusto y muy querido, y vi que mi dificultad en entregarme al amor es no creer que puedo ser amado.

CLAUDIO: ¿Está aquí tu sobrino?

HOMBRE 3: Sí, y es muy amigo mío. Estaba muy alegre y yo medio anestesiado, por lo que dudaba en acercarme, pero por fin fui a abrazarlo y resultó muy bien.

HOMBRE 4: Mi viaje tuvo muchas fases. Comenzó con el deseo de disfrutar y pronto me llevó a un dolor. Recordé un amor que tuve en el que gocé mucho de la sexualidad, pero no solo con el sexo. Sufrí una pérdida, y está aún muy presente en mí este dolor, que sentí que debería atravesar, y comencé a atravesarlo, y se transformó en otro dolor; pero era bello atravesarlo, curativo y santificante. Se convirtió en una energía que

*Los psicodélicos interpersonales*

se expresaba en movimientos y obedecía a su propia dinámica. Mi misión era protegerla. Pasó mucho tiempo y la energía subió, bajó y se integró en mí. Pero entonces vi que me sentí solo y sentí la necesidad de compartir, y entonces comencé a bajar la mano con la que me protegía de un mundo agresivo. Sentí temor, pero pude levantarme confiando que siempre podría protegerme. Podía ver muy bien a las personas, cómo son y cómo sufren, pues me sentía muy presente, y después de un rato empecé a caer. Alguien me dijo: «¿Estás triste?», pero no era el sufrimiento del comienzo, sino una desolación con mucha atención. Y me levanté súper atento, como si se me hubiera detenido el pensamiento.

MUJER 1: Pedí [experimentar] los tres amores, y en la experiencia fui acogida por el Gran Amado, o el gran corazón del mundo. Con mucha delicadeza se acercó a mí y a mi columna vertebral. Yo estaba con la nuca inclinada hacia atrás, en una posición incómoda, y estuve mucho rato así, en esta posición, era un intercambio respiratorio en el que sentía que a cada inspiración y espiración entraba él en mí y yo en él. Era un intercambio de gran sutileza, grandeza y belleza. Toqué el amor y fue extraordinario. Un movimiento infinito en el que, como en el Cantar de los Cantares, me sentí la bien amada junto al bien amado, y él me decía que no necesitaba preocuparme de nada, y me decía: «Relájate, relájate», y mi columna nuevamente se puso recta, y me dijo: «Quienes se acerquen a ti y te toquen serán curados, y no necesitas hacer nada porque estaré siempre contigo»; y no hice nada. Mi único deseo es estar siempre unida a él.

MUJER 2: Ayer mi intención fue el amor, y vino fuertemente a mí la energía del amor de Dios; tan fuertemente que en varios momentos debí dejar la posición en que estaba por sentir que

*Exploraciones psicodélicas*

iba a explotar. Había deseado beber de la fuente y ahora sentí tanto amor que no cabía en mí, y sí que recibí una instrucción de mudar de casa, formar una familia y volver a ser madre nuevamente. Así me vino muy claramente gratitud.

MUJER 3: Tuve una experiencia que fue muy sagrada para mí, en la que me encontré con mi fuente de amor y comprendí que era inagotable para mí; que mientras más me sumo en ella, más rebasa el amor de mí y puede llegar a los demás. Me sentí muy feliz de encontrarme con este amor. Y también tuve una experiencia como de desmaterialización en que me volví etérea y me encontré con lo divino, y lo divino y yo éramos lo mismo, y al mismo tiempo no era nada, y sentí también que puedo asumir ahora una misión de sacerdotisa de Eros junto a mi bienamado, para transmitirle a la gente la sacralidad del amor erótico. Hoy me siento muy alegre y siento mi cuerpo con un temblor y calor leve.

MUJER 4: Encontré un cielo que no sabía que existía. Cuando estaba recostada pasaste tú, Claudio, vi tus ojos y luego encontré un cielo lleno de arabescos, un cielo hindú de colores y lleno de música; no sabía que esto existía y que había estado tan limitada aquí. Reconocí en mí a mi hombre y mi mujer y entendí que yo lo amo y él me ama y que somos uno, y esto fue algo que me dio mucho amor. Un amor que ama como nunca había amado y que me hizo sentir plenitud. Y que no necesito el amor de nadie. Al final, cuando creí que había terminado, estaba muy feliz y me topé con un ángel. Nunca había visto un ángel, pero me pareció muy conocido y me acerqué a él y le pregunté cosas que había tenido inquietud por saber, y me abrazó y me mostró dónde había tenido lugar mi muerte (yo le había preguntado dónde estaba la parte muerta de mí, y me acompañó hasta el infierno al que me lanzó, cosa

*Los psicodélicos interpersonales*

que no habría podido hacer sola, y finalmente encontré que soy un planeta que tiene intercambio con otro planeta y que una estrella azul ilumina a nuestra familia). Esta mañana me levanté con muchas ganas de danzar y con la sensación de que algo me poseía.

HOMBRE 5: Al comienzo atravesé un umbral amarillo y había como guardianes, y al atravesarlo entré en la experiencia que había pedido, pero también pasé junto a un lagarto hecho de formas geométricas, y la experiencia fue de plenitud completa, una cura total. Todo lo que había faltado en la vida estaba dentro de mí, y también afuera. El objetivo era entregarme a la vida y sentí que me entregué a ella y que ella se entregó a mí. Qué cosa más bella y completa, tan linda, tan dulce, tan increíble. Luego comencé a ver cosas que me hacían falta. Me di cuenta de que no sé cómo relacionarme con una familia. Aquí somos como una familia, pero yo nunca tuve lazos familiares, por lo que no sabía cómo relacionarme. La violencia era lo que dominaba nuestras relaciones durante mi infancia, y sentí que andaba violentando a los demás, pero pienso que terminé con ello. Hoy al despertar sentí algo diferente, más suave y en conexión, y entiendo cómo puedo ir reparando mis cables cruzados y siento que debo entregarme a cada momento. Pues en cada momento hay una convivencia, como una ceremonia.

HOMBRE 6: Recientemente me he dado cuenta de que siempre descuidé el amor hacia mí mismo. En mi búsqueda de disciplina, racionalidad, hacer cosas para los demás y servir a Dios siempre, tuve a mi propio cuerpo abandonado, y a mí mismo. En la experiencia de ayer lo sentí claramente y me pedí perdón, y también pedí perdón a mi cuerpo, al comprender que debería interesarme por él; cuidarlo, particularmente com-

*Exploraciones psicodélicas*

prendiendo que sin ello no se puede amar verdaderamente a los demás.

CLAUDIO: Nos estas dando una versión muy abstracta de la experiencia.

HOMBRE 6: Sí, pero la experiencia de ayer también fue abstracta, por cuanto no me hizo nada, solo que al final bailaba con soltura con mi mujer, con una tranquilidad que no sé si sería el efecto de lo que tomamos [risas del grupo]. No sé, pero me sentí muy bien y fue nuevo, una cosa muy sutil.

CLAUDIO: ¿Pero qué cosa sutil fue?

HOMBRE 6: La sensación de gustar de mí y de sentirme más libre, pero sin ninguna imagen ni tragedia o monstruo... nada.

CLAUDIO: Dices que al comienzo del viaje comprendiste lo trágico de estar preso, inconsciente e impedido de la propia evolución; y no sé si aconsejarte más el amor por sí mismo o que te enfurezcas o te conmuevas de estar tan paralizado que aun este fármaco que ha tocado tan profundamente a todos aquí no puede tocarte. Algo estás haciendo para estar como fosilizado.

MUJER 5: Yo le pedí a la experiencia conocer el amor incondicional, y es lo que me llegó. Primero, la amiga a mi lado entró en trabajo de parto, yo la acompañé y ayudé y ella parió a un bebé que se llamó Amor. Estuvimos felices recibiendo a Amor. Luego escuché una música que me abasteció de otra manera, en la calma, y más adelante dancé, y esta fue otra manera de recibir y dar amor. Además, recibí de una amiga un mensaje de mi madre que me hizo mucho bien y estaba necesitando. Muchas gracias.

MUJER 6: Ayer pedí el amor y recibí muchas respuestas incluso acerca del por qué he venido, pues nunca he encontrado sentido a mi vida y no me siento vinculada a las personas, ni si-

*Los psicodélicos interpersonales*

quiera a mi familia. Cuando me acerqué a usted y dije que merecería, usted afirmó: «Sí, mereces», y luego, con un poco de ayuda, encontré algo que siempre buscaba en el afuera pero que estaba en mí, que es el amor hacia mí misma. Conseguí este rescate al amarme a mí misma y confiar un poco más. Pues no confío en mi trabajo y siento que no puedo ayudar a la gente; hasta ahora me ha guiado la intuición y tengo que confiar más en ella. También conseguí conectarme con personas que están siempre conmigo. Estaba muy infeliz porque me había alejado del trabajo interior, y siento que ahora vuelvo al camino que pasa por el trabajo por otras personas. Es como si hubiese estado vagando como un alma en pena, y ahora he descubierto un corazón.

MUJER 7: Lo que yo pedí fue sabiduría para poder discernir lo que debo hacer en mi edad madura, para que mis próximos veinte años de vida sean bellos y productivos. Tardó mucho, pero cuando me recosté me sentí como en un baño de alcanfor, muy helado pero caliente por dentro, con un hormigueo por toda la superficie de la piel, y luego me senté y comenzaron ondas de orgasmo, ondas de placer erótico, pero también mucha compasión. Este me pareció el gran don, pues el erotismo puro me parece poco y la compasión también; y comencé a relacionarme con las personas viendo su belleza profunda; también me acerqué a las mujeres y tocaba su vientre; sentía la fuerza curativa de la tierra en mí, y no quería ser invasiva, y cuando me acogían sentía que mis manos tenían una capacidad curativa.

MUJER 8: Primero me pareció que no me hacía efecto, pero luego sentí un gran calor en mi cuerpo; y luego sentí que me desmayaba, como si me estuviese disolviendo sin control alguno. Estaba bien y pedí confianza y percibí mucho de la belleza de

*Exploraciones psicodélicas*

las personas, y entendí que las cosas son como son y hay belleza en ellas y que el control es falso y que debo confiar en que todo es bello y puedo dejarme fluir.

MUJER 9: Pedí un contacto con mi propio amor y una plenitud que no llego a sentir, y lo primero que sentí fue un descanso físico. Conseguí entregarme y me fui llenando de mí misma, me nutrí de mí misma y así pude encontrar a mis padres y agradecerles la vida, la oportunidad de estar aquí y también a mis cuatro hijos, y me sentí un guardián de ellos y no como la dueña que imaginaba ser. Esto me liberó y el amor en mí fue creciendo hasta que me di cuenta de que puedo amar sin retorno y que esto me hace bien. Después de llenarme de mí misma conseguí interactuar con otros y llegar hasta usted, agradeciéndole de corazón estar en su presencia.

HOMBRE 7: Yo no pedí nada, tengo todo, Claudio. Con el catolicismo, espiritismo, Claudio, G., S., R. y tantos... Solo gratitud, solo alegría, y cuando doy amor mi ser se ilumina por dentro. Trabajo sin esfuerzo, actúo con alegría y mi trabajo es solo alegría. Estoy completo, pleno y satisfecho, y no tengo más que decir.

MUJER 10: Para mí fue la experiencia más plena y bella de toda mi vida. [En este momento pregunto al grupo quién puede decir lo mismo y la mayoría levanta la mano]. No supe muy bien al comienzo dónde estaba, y me dicen que estuve durante unas dos horas casi inmóvil. Me sentí en calma plena, sin pensamientos, muy conectada conmigo misma; a veces tomaba conciencia de lo que ocurría a mi alrededor y me parecía estar en el centro quieto de un huracán. Luego sentí que caía, caía, y me sentí físicamente mal, me parecía estar muriendo, y pensé que esto no podría ocurrir pero me dejé ir. Luego comencé a abrir los ojos y a reconectarme con el resto de la gen-



*Los psicodélicos interpersonales*

te, pero lo que descubrí es que aunque me gusta mucho recibir, me hace más feliz dar.

MUJER 11: Pedí lo que fuese mejor para mí en este momento, y vino mucho amor, mucha sensualidad y mucha luz. Solo esto, y estuve quieta por un tiempo, pero después de un rato ya no conseguí estar quieta y comencé a compartir con quienes estaban disponibles. Fue una experiencia de mirar a la gente con amor incondicional.

MUJER 12: Mi pregunta inicial fue por qué hay tanta maldad en el mundo y por qué hay maldad en mí. El inicio de la experiencia fue de terror en relación al padre, el padre creador; me sentí muy desarmada y llamé a mi madre, quien inmediatamente vino: la madre divina, y me sentí en el regazo de la madre, y fue una experiencia muy fuerte y prolongada durante la que me sentí protegida de todo lo que ocurría. Sentí mucha comprensión y se abrió un espacio enorme para que me pudiese perdonar y reconciliar con este amor. Posteriormente, también tuve la experiencia del acercamiento al padre con mucha risa, cogiéndolo de los cabellos y haciéndole cariños. Una experiencia de perdón y apertura al amor con la que estoy vibrando hasta ahora.

MUJER 13: Vengo de un proceso personal de percibir que soy muy diferente en mi vida y en mi familia, pues vengo de una familia que escoge la muerte y yo escojo la vida, y aunque en una buena fase de mi vida he venido sintiendo muchos bloqueos energéticos y teniendo muchos síntomas, ayer entré en la experiencia con una oración, pidiéndole a nuestra señora que permitiera que encontrásemos la libertad. En cierto punto entré en contacto con mi alma, que era una presencia divina y no era nada externo, ni siquiera dios ni la virgen. Llamé a mis guías y mentores espirituales para que protegiesen mi

*Exploraciones psicodélicas*

cuerpo y me llevasen a donde debiera ir, y fui pensando en las enfermedades que vengo atrayendo, y mi cuerpo me llevaba a mi alma, a algún lugar de mi familia de origen donde hacía falta el perdón, y pedía perdón a mi madre, a mi hermana y a mi hermano aun en otras vidas, y a mi padre, y fui recibiendo una cura a través de tales perdones, y en algún momento necesité hacer una resignificación de mi nacimiento en contacto con mi padre interno y mi madre interna, y para esto fui a buscar a Claudio.

CLAUDIO: ¿Qué les parece este relato? ¿Se trata de la misma experiencia de todos o de algo diferente? Me parece que todos se encuentran con el amor pero construyen en torno a ello diversas teorías. Lo central, sin embargo, es el encuentro con el alma, de la cual procede el amor.

*Reflexiones finales*

Sugiere esta transcripción que sea verdadera mi reflexión de que si Rogers no se equivoca al decir que los grupos terapéuticos han sido el invento más significativo del siglo XX, más cierto aún es en el caso de la terapia grupal con la MDMA. Es notable la semejanza en las experiencias aquí descritas, y me parece de mucho interés que no solo se hable en ellas de un despertar al amor, sino que de un descubrimiento de la propia alma o esencia, cuya naturaleza es amorosa. Es también notable que el camino hasta este encuentro con la propia alma que es fuente de amor ha sido el dejarse estar en paz, y confiar en el desarrollo espontáneo de la propia experiencia.

Adicionalmente, en esta ocasión muchas personas se sintieron interiormente guiadas, lo que atribuyo a cierta cultura grupal

*Los psicodélicos interpersonales*

respecto a la entrega y aprecio como explicación parcial del excelente resultado. También me ha llamado la atención el poco énfasis que revelan estos relatos en los descubrimientos psicodinámicos característicos de otras sesiones. Parecería que se trata de personas que, conociendo ya bastante sus principales defectos, ya no se entretienen demasiado en investigar los laberintos de su neurosis, y prefieren gozar del paraíso terrenal del amor, la libertad y el contacto con su propia sabiduría profunda.

Otro factor importante en las experiencias relatadas ha sido la simple oportunidad de explorar y ejercitar relaciones sanas con otros participantes, que ha constituido extensiones del encuentro consigo mismas, ha contribuido a sanar supuestos relacionales equivocados y ha establecido algo así como un contagio sanador.

### 3.3 CONSIDERACIONES PARA LOS FUTUROS ACOMPAÑANTES DE SESIONES CON EMPATÓGENOS

Le dice Lao Tsé al emperador de la China en su famoso Tao Te Ching que la mejor manera de conducir su gran imperio es no hacer nada, y aunque dudo que un político contemporáneo pueda llegar muy lejos en la aplicación de este consejo, me parece que sea uno que apreciarán los que se proponen guiar a otros en sus viajes psicodélicos. En otras palabras, conviene que aquellos que frecuentemente se consideran «guías», contemplando qué es guiar, comprendan lo inapropiado del término en una situación en la que las personas deben ser ayudadas a encontrar un principio guía dentro de sí mismas a través de la entrega a una corriente psíquica espontánea y a la vez más sabia que la mente racional propia o aquella del terapeuta. Alguna vez me reuní con un grupo de gentes que se consideraban «guías psicodélicos», a quienes les hice la pregunta acerca de qué era para ellos guiar, y me complació que la primera respuesta que obtuve fuese precisamente esta de «no hacer nada»:

Bueno, estoy decididamente en la escuela del «simplemente sentarse ahí», y con ese «simplemente sentarse ahí» me estoy refiriendo al sentido budista de la expresión «no hagas nada, simplemente siéntate». Por lo tanto, ejem, espero [risas]. Aun así, por supuesto, tienes que estar plenamente presente para la persona —nunca sé cómo llamarles: ¿el sujeto? No. ¿El paciente? Por supuesto que no. De modo que debes atender a sus necesidades, incluso en los patrones de respiración cambiantes, por ejemplo. Pero creo que lo mejor es hacerlo utilizando tu atención expandida desde la simple meditación, tan solo estando ahí sentado y prestando atención, desapasionadamente prestando atención a todas tus percepciones sensitivas. Y, con un poco de suerte, algo de ello se le contagiará a la persona que está teniendo la experiencia,

*Los psicodélicos interpersonales*

también. Quiero decir que si tú consigues relajar tu respiración y calmar tu ritmo cardíaco, etcétera, a través de la meditación, puede darse una cierta cantidad de sincronización resonante con lo que le está sucediendo al sujeto. Este es básicamente mi *modus operandi*. Y, por supuesto, si cualquier cosa aparece, si ellos quieren hablar de algo, seguro, por supuesto, yo estaré ahí para hablar con ellos sobre lo que quieran.

¿No hay nada que se pueda decir, entonces, a modo de consejo para aquellos que, teniendo ya una formación terapéutica o no, quieran acompañar a otros en esta navegación interna tan personal y, sin embargo, tanto mejor cuando se hace en compañía?

A continuación cito, para comenzar a responder a ello, una serie de consejos que, aunque formulada de manera impersonal, fue redactada en respuesta al pedido de un discípulo y colega de talento que se iniciaba en esta actividad tan importante y raramente permitida por la ley.

*Algunos consejos para el uso psicoterapéutico de la MDMA*

Es un poco diferente el uso individual de la MDMA de su aplicación grupal, porque en el primer caso la posibilidad de volcar la propia atención sobre una persona y permanecer en interacción constante con ella a través de su proceso resulta en algo muy diferente a la situación colectiva, cuando uno puede a lo sumo ofrecer ese tipo de atención intermitentemente, y donde, según mi experiencia, se hacen presentes otros factores terapéuticos.

La interacción grupal es tan importante que incluso las intervenciones breves de un terapeuta experto son relativamente menos importantes que la preparación del grupo y la ayuda

*Exploraciones psicodélicas*

posterior a la elaboración de las experiencias. Principalmente, importa durante la sesión misma una manera de estar con el grupo, el saber entender lo que pasa y la capacidad de estar presente, pese a que las intervenciones sean mínimas.

Respecto al acompañamiento de sesiones individuales, en cambio, hay más que aconsejarle a un terapeuta respecto a cómo llevar una sesión, y sobre eso me concentraré ahora.

Comenzaré con reiterar mi credo de que la terapia es un arte más que una ciencia, y más que un arte incluso es el fenómeno de influencia directa que ejerce una persona que haya trabajado por su propia evolución. Más allá de las propias estrategias o intervenciones voluntarias, opera en la relación terapéutica en el mayor de los casos —y muy especialmente bajo efecto de los fármacos psicoactivos— un fenómeno relacional de contagio de humanidad. Es en este contexto que se hacen presentes también ciertos elementos básicos de la psicoterapia, entre los cuales el principal tal vez sea el poder curativo de la comprensión.

Por eso, lo más importante que puede hacer un terapeuta psicodélico aparte de no hacer nada es saber escuchar y saber entender. Uno que entiende lo que el otro está diciendo y lo que está pasando, no necesita siquiera preguntarse qué es lo que hace, pues el solo hecho de entender será comprendido por aquel a quien acompaña. Más aún: se sentirá comprendido de manera aparentemente telepática, sin que siquiera deba decir «comprendo lo que me estás diciendo», pues se comprende el ser comprendido de manera muy elemental, como los bebés cuando saben si su madre les está dando su atención.

Pero ¿qué es comprender? Naturalmente, se trata de algo que va más allá de la intelectualización, como cuando un psicoanalista cree comprender a su paciente porque identifica su «problema edípico». Se trata más bien de una experiencia empática, que

*Los psicodélicos interpersonales*

implica un nexo solidario y una suspensión del juicio crítico. Tal es, me parece, el factor número uno en la curación.

Es importante permitir la experiencia ajena, darle espacio; y ello es intrínseco a la comprensión profunda y empática. Tal tolerancia con la verdad del otro es parte de la capacidad terapéutica real de la persona, y no se aprende en libros, sino que se adquiere, en parte a través del proceso de entenderse a uno mismo, y en parte a través del no asustarse de la vida, haberse hecho amigo de la vida y aceptar la vida dentro de sí.

Rogers habla de un factor de «congruencia» del terapeuta en referencia a la autenticidad, principalmente la no manifestación de falsa benevolencia y más ampliamente con la capacidad de encuentro. No todas las personas tienen la capacidad de encuentro en el sentido de relación sincera en el momento, en el que se siente uno en libertad de decirle al otro lo que piensa o siente acerca de él en el proceso terapéutico. No todas las escuelas terapéuticas toman en cuenta este «factor de encuentro», pero así como se lo considera importante en la terapia gestáltica y en ciertas terapias existenciales, me parece relevante en la terapia psicodélica —pues la falsedad o los buenos modales compulsivos son percibidos como algo que no corresponde al espíritu de sinceridad del estado psicodélico. Este puede fácilmente superar a la capacidad de verdad de un terapeuta que no ha hecho un aprendizaje vivido en la psicoterapia profunda y que solo está actuando en forma estratégica a partir de nociones teóricas.

Quien no tiene una capacidad de comunicación sincera, se encuentra como ante un niño, que a veces hace preguntas ingenuas a las que un adulto artificioso no sabe ni puede responder, de modo que el niño termina decepcionado. Tampoco un muchacho joven tiene mucha paciencia con un adulto que ya se ha quedado dormido y perdido su camino, como tanta gente enajenada.

*Exploraciones psicodélicas*

La terapia psicodélica no puede ser hecha por personas enajenadas o por personas que han aprendido terapia a partir de los libros en un contexto académico. Se necesitará, entonces, una formación sanadora, o en todo caso una condición de salud.

No quiero decir que sea necesario decirle compulsivamente al paciente tales verdades sobre sí mismo o sobre el propio sentir, pero cuando uno no tiene la capacidad de hacerlo, seguramente se hará presente la limitación de la propia autenticidad, y la persona en un estado psicodélico tal vez se sienta sola y establecerá un contacto menos profundo.

Si pienso en cómo he operado yo, en cómo me he conducido en las sesiones individuales de terapia, diría que generalmente he empezado por recomendarle a la persona que esté consigo misma en el silencio o con la música, pues creo conveniente aprovechar el comienzo mismo de la experiencia para encaminarse a un estado de conciencia profundo. Si se entra en la experiencia a través de la conversación, esperando el efecto mientras se conversa, puede, a veces, ir profundizándose el diálogo, y haciéndose cada vez más abierto, rico, real, y auténtico; pero hay también un cierto riesgo de que la persona quede demasiado presa en el mundo de la conciencia ordinaria, y aunque se manifieste cierta inspiración superior, no experimente lo más característico que puede ofrecer el fármaco, que es un estado más amoroso o de mayor acceso al dolor. Pero conviene tener presente que son esas las posibilidades que se abren, a semejanza de cuando se abre una partida de ajedrez: o espera uno conversando o espera en silencio, o espera con música.

Mi impresión es que, en general, resulta mejor comenzar con la música, pues la experiencia musical ya es intrínsecamente amorosa, y se pueden ahorrar muchas palabras si la persona se conecta con el amor antes de considerar sus problemas. Digamos que la



*Los psicodélicos interpersonales*

persona llega espontáneamente a un estado de plenitud y presencia plena en que no solo se siente bien consigo misma sino con el entorno; percibirá las sensaciones de la propia piel como agradables, se sentirá a gusto sin más que respirar, percibirá la belleza del entorno. Llegará un momento, luego, en el que le interese hablar de lo que la ha motivado a hacer esta experiencia, pero al pasar al mundo de las palabras y los problemas tendrá la ventaja de contemplarlo todo desde una serenidad más amorosa y desapegada que la de su conciencia habitual, y ello le reportará la ventaja de poder enfrentar el dolor de la vida con una claridad mayor.

Pero ocurre a veces que cuando se ha esperado que baste la música para que la persona se conecte con lo mejor de sí misma y su propia salud, ello no se cumple. La persona a quien rondan las reverberaciones de un trauma demasiado grande o cuyo nivel de salud no es suficiente, puede entrar ante todo con sufrimiento, que a veces se presenta como sufrimiento en el presente y a veces apunta desde el mismo comienzo hacia el pasado.

Si se percibe como parte del presente la incomodidad, síntoma físico, malestar o molestia en la relación con el terapeuta, es importante tener presente que esto puede constituir una proyección sobre la situación inmediata de algo que viene del pasado, pues uno de los grandes potenciales de la MDMA es la facilitación de la regresión, que sirve para corregir en cierto modo el pasado al poder contemplarlo y comprenderlo desde el punto de vista del adulto, que tiene una independencia mayor que la del niño que vivió en una situación de indefensión aquello que, por esto mismo, constituyó un trauma. El camino para llegar del malestar presente al pasado generalmente es de, simplemente, penetrar los síntomas: «A ver, ponle atención a eso», «exagera»... Entrando en las vivencias del momento e intensificándolas se va

*Exploraciones psicodélicas*

llegando naturalmente a la escena dolorosa original olvidada. A veces la situación cara a cara hace que se presente una proyección: el terapeuta se transforma en una persona del pasado, o se transforma su rostro en otro rostro cuya expresión revela por asociación lo que se busca en el pasado.

Diría que el trabajo de ayudar al paciente a desenterrar una situación traumática infantil implica un aspecto detectivesco. Recuerdo, por ejemplo, a una mujer que sentía frío: «A ver, ¿cómo es ese frío?», le pregunté; y luego: «¿Te recuerda a algo?» «Sí, me parece que hay algo muy antiguo, algo de la infancia». «A ver... estás en la infancia, ¿cuántos años te parece que tienes?» «Me parece que tuviera unos cinco años». «Tienes cinco años y hace frío; ve si logras recordar algo del lugar en que estás». «Tengo la impresión de que mi mamá está lejos, que no está». «Trata de recordar, ¿cómo son las paredes?»

La iniciativa del terapeuta parece necesaria a veces para el rescate gradual de recuerdos que, mientras más se hacen presentes, más dolorosos se tornan. Y, ciertamente, también su compañía. Puede haberla de la mano, ya que ese acompañamiento táctil, a ojos cerrados, es más continuo que el de la voz.

Otro consejo que daría a los terapeutas es no tenerle miedo al dolor del paciente, y no caer en el consuelo prematuro. Más vale tener fe en que el proceso de cura psicodélica es algo semejante al reventar de una pústula, en que ante todo tiene que salir lo podrido. Debe salir a la luz lo que ha sido evitado, y esta fase catártica durará lo que dure, pero luego dejará a la persona limpia, y con un bienestar que no se podría haber alcanzado de otra manera. Y me parece que es importante, en este revivir del pasado, darle el tiempo que necesita a la situación, estar abierto a todo lo que la persona necesite hablar y cuánto necesite permanecer, sin apresurarla a que salga.

*Los psicodélicos interpersonales*

Estos episodios regresivos son uno de los resultados terapéuticos que se presentan, pero también hay asuntos relativamente recientes o contemporáneos, cosas que se arreglan bajo el efecto de la MDMA, pues ocurre como si bajo los efectos de este, el estado de conciencia de la persona es uno en que pareciera ella tener algo así como una brújula muy sensible a lo que en su vida necesita reparación. Por ello más vale cuidarse de guiar prematuramente a la persona a que le preste atención a esto o a aquello, y tener más bien mucha fe en el movimiento espontáneo de la mente en una dirección u otra, pues esta se vuelve más orgánica en su función, y acude espontáneamente a lo que necesita ser traído a la conciencia o reconsiderado. La persona puede simplemente dejarse en un estado de silencio, gozar un rato del bienestar y luego, al rato, decir: «Algo me falta, parece que algo me duele en relación con mi familia». Luego descubrirá: «Es como que mis hijos no están bien», y poco más adelante: «Hay un problema con el hijo mayor». Tiene lugar un proceso de ir enfocando poco a poco el propio malestar, acercándose a su centro como una cámara que va haciendo un zoom. «A ver, ¿qué pasa con nuestro hijo mayor?»

En tal proceso sirve más que nada la pregunta, que ayuda a mantener a la persona en contacto con lo que pasa, y la expresión por ella misma de lo que se va percibiendo o comprendiendo, dado el valor de la expresión como amplificador o como inspiración en el proceso de descubrimiento. «Lo que pasa es que mi hijo mayor nunca se sintió completamente incluido, porque el papá...» Solo con darle suficiente atención a aquello que empieza a aparecer en la conciencia como una burbuja de dolor, y «siguiéndole la pista» al dolor, se llega a un asunto inconcluso; y tal asunto inconcluso se concluye simplemente dándole atención y confiando en la capacidad que tiene la persona de autocurarse.

*Exploraciones psicodélicas*

He estado siguiendo la alternativa que se presenta si uno empieza en un estado de dolor, cuando se presenta el dolor espontáneamente. Pero ¿qué pasa si la persona entra en éxtasis y su bienestar se prolonga? Uno sabe que la persona tiene problemas, y tal vez ha sido explícita en su deseo de resolverlos a través de esta terapia, pero no hay signos de que vaya a aparecer lo problemático. Es como si la persona estuviera enamorada de su placer, o al menos de este estado especial, y no tiene ningunas ganas de hacer ese «descenso a los infiernos» que sería necesario para realmente arreglar su matrimonio o para dejar de tener los problemas que tiene con sus hijos, o para encontrar alivio en sus síntomas psicósomáticos.

Me parece que en tales casos uno debe hacerle presente lo problemático al paciente, diciéndole algo así como: «Mira, esta sesión me la has pedido para ver... tal o cual asunto»; o bien: «¿Qué tienes que decirme de tu problema con el trabajo?» Es posible entonces que recibamos por respuesta: «Eso ahora no importa nada; me siento muy bien», y pudiera ser que esta actitud de no preocuparse o angustiarse por un asunto usualmente problemático constituya un aprendizaje; pero podría también ocurrir que el yo de este momento dice una cosa y el yo de mañana ignore completamente la despreocupación que se acaba de expresar. Por ello suelo sugerirle al paciente que le hable a su yo futuro. «Háblale a ese que tiene ese problema tan grande, e intenta hacerle comprender tu punto de vista tan diferente al suyo, para que tu sentir de este momento no sea algo que se olvide como un sueño. Si tú quieres que tenga permanencia esta comprensión que estás teniendo, conviene que le des expresión». Digamos que conviene que el «yo psicodélico» entre en diálogo con el yo cotidiano, y para ello se puede echar mano una técnica gestáltica. Pero puede la persona preferir quedarse simplemente en el goce de su experiencia

*Los psicodélicos interpersonales*

cumbre, y que ante la pregunta de qué quiere decirle a su yo cotidiano, responda: «Bah, no me interesa para nada», e insista en que no quiere molestarse con la consideración del futuro. Y bien puede ser que no se tenga esa opción, y puede también ser que la persona necesite ante todo nutrirse más de la experiencia del amor a sí mismo y del bienestar, y que haya que darle esa oportunidad. Que se impregne de este bienestar por ahora, y ya se verá si en una próxima oportunidad ocurre diferentemente.

Supongamos que ha entrado la persona en su efecto en medio de una conversación. Me he reunido con alguien para tener esta sesión y se me pone a hablar, y aunque yo le he aconsejado que se calle y respire tranquilo, se ha puesto muy conversador y hasta yo mismo me siento envuelto por el interés de las cosas que plantea, que no son como para quedarse callado. Toma ese curso la conversación. Puede ser interesante cómo se enriquece, pero en algún momento convendrá detenerla, desengancharse y probar otro acceso. Puede entonces uno decir: «Mira, ahora te voy a pedir que hagamos un alto en esta conversación, que está muy interesante, solo que conviene probar otra posibilidad de abordaje a tus problemas. Para ello te quiero pedir que pongas la atención en la respiración (o en la música, o en una cosa y la otra al mismo tiempo)».

Ocasionalmente la persona no entra ni en el bienestar amoroso ni en su dolor, de modo que su experiencia parece más superficial, limitándose a un «aquí y ahora» ni problemático ni revelador. En tales casos, creo que se justifique recurrir a una intervención terapéutica estimulante, ya que, aunque no se esté dando un estado de conciencia profundo, seguramente una mayor autenticidad o capacidad de ver la verdad de los sentimientos será propicia al examen de asuntos ya seleccionados antes de este día. Por ello, ya en el día anterior suelo preguntar cuáles

*Exploraciones psicodélicas*

son las preguntas del paciente acerca de sí mismo o de su vida, e incluso suelo preguntarle qué pregunta le llevaría a un oráculo —pues es probable que se encuentre con algo así como un oráculo interior.

Ya comenté en *The Healing Journey* que bajo la influencia de la MDA me decepcionó el resultado de las técnicas gestálticas (a diferencia de la MMDA, que se presta especialmente bien para trabajar en sueños y en situaciones de aquí y ahora). Con la MDA y la MDMA me ha parecido muy importante el diálogo, sin embargo, y el trabajo con los recuerdos. La situación, por ello, se parece a la de la terapia analítica, en la cual el flujo del pensamiento del paciente se vuelve el punto de partida para intervenciones que puedan contribuir a la comprensión de lo que está pasando, a guiar a que la persona ponga más atención a una cosa o a otra, o a que tome en cuenta algo. Otras veces, sin embargo, conviene estimular la expresión de rabia, del dolor o, más ampliamente, de las emociones.

El potencial mayor, de todas formas, es amoroso, de modo que si uno sabe que la terapia consiste, en principio, en abrir las heridas y sacar todo lo pútrido, incluyendo los impulsos vengativos, terminando en la comprensión y en el perdón, tanto de sí como del otro, ese punto de vista puede ser útil para usarlo sistemáticamente como una técnica: saber que la salud conlleva la salud de las relaciones, y la salud de las relaciones es una recuperación de los vínculos amorosos que han estado siendo interferidos por el resentimiento y por el dolor. Así que puede servir el ayudar a perdonar, a veces de manera tan simple como: «Dile que lo perdonas: abrázalo imaginariamente y dile: te perdono y me perdono yo también...»

A todo lo dicho hasta ahora, sin embargo, tendría que agregarle que no me parece tan importante que un terapeuta opere a

*Los psicodélicos interpersonales*

través de una guía sistemática como aquella de la que estoy proveyéndolo, sino que más bien actúe de manera espontánea en virtud de lo que le dicta su propia salud mental y su capacidad empática. Leo Zeff solía recomendarle a aquellos que acompañaban a amigos (particularmente a aquellos a quienes habían conocido en su grupo psicodélico y que querían hacer alguna viaje adicional) la actitud de un baby sitter: uno que cuida a niños pequeños o bebés, y que está dispuesto a hacer cosas simples como cambiar los discos, abrir la ventana, correr las cortinas, acompañar a las personas al baño y muy principalmente estar al servicio de sus deseos. No todos pueden ser buenos acompañantes de bebés o de niños pequeños, pues ello requiere de disponibilidad, generosidad, cariño y sobre todo salud mental; congruentemente con ello, no se debe pensar que la formación de aquellos que vayan a guiar a otros pueda describirse como un aprendizaje intelectual sino que inevitablemente deberá consistir en una formación humana; y esto me parece particularmente importante en el caso de experiencias grupales a las que no me estoy refiriendo en este capitulillo —pues en ellas importa menos la acción directa del terapeuta al crearse en el grupo una situación de ayuda mutua espontánea; esta menor importancia de las intervenciones terapéuticas explícitas, sin embargo, no quiere decir que no sea importante la formación y calidad personal de quien preside o supuestamente guía la sesión —y esto me parece de gran importancia por la posibilidad que entraña de que personas sanas y bien dotadas puedan prestar un gran servicio al trabajar con futuros grupos de autoayuda. Pero dejo el tema aquí, ya que lo retomaré al fin de este libro.





4

LOS ONIROFRÉNICOS

4.1 INTRODUCCIÓN

Tomé prestada la palabra «onirofrénico» de Fisher, al que localicé en el norte del Estado de Nueva York y al que visité a mediados de la década de 1960 tras leer algo sobre él en el libro de Ropps, *Drugs and the Mind*. La justificación para ello radica en parte en la prominencia de secuencias oníricas bajo sus efectos y en parte en el hecho de que esas «alucinaciones» o «visiones» ocurren en ausencia de las típicas interferencias en el pensamiento, de distorsiones de la identidad y de la alteración temporal, características de alucinógenos clásicos como LSD-25, mescalina, psilocibina y DMT. Dicho de otra manera, los alucinógenos clásicos y la ayahuasca nos parecen bastante distinguibles, y merecen un nombre diferente, igual que en el caso de los «empatógenos».

Cuando realicé mis primeras investigaciones sobre la ibogaína, descubrí que de nuevo resultaba apropiado utilizar el término «onirofrénico» y me complace que quienes utilizan ibogaína

*Exploraciones psicodélicas*

como tratamiento para la drogodependencia sigan utilizando la palabra. Como señalé en mi presentación para el *Handbook*<sup>1</sup> de Wolman, me da la impresión de que los tres grupos de compuestos (los psicodélicos clásicos, los empatógenos y los onirofrénicos) parecen provocar una disolución del ego a distintos niveles del sistema nervioso, asociados con la cabeza, el pecho y el vientre (y los chakras correspondientes).

A continuación reproduzco dos ensayos que no han sido publicados, sin preocuparme de si existe redundancia entre ellos, pues el intento de corregirlos destruiría su integridad: uno de ellos es un alegato sobre mis primeros trabajos tanto con la ayahuasca como con la ibogaína, que fue escrito en respuesta a una invitación que tuvo lugar al cumplirse el 50º aniversario del descubrimiento del LSD (para colaborar en un volumen que nunca llegó a ser publicado). El segundo, la transcripción de una charla ofrecida como parte del programa «Universitat Oberta de Catalunya Online», en compañía del prestigioso Dr. Josep Maria Fábregas, especialista en drogodependencia que utiliza la ayahuasca en su trabajo de una forma comparable a como otros utilizan la ibogaína.

*Siguiendo la ruta del yagé*

A finales de la década de 1950 leí la obra de Lewis V. Cummings *I was a Head-hunter (Yo fui cazador de cabezas)* y me impresionó su descripción de una ceremonia de iniciación, en la que se sintió heroicamente insensible al dolor de los azotes. Deseé poder

1. «Drug Induced States», en Wolman y Ulman, *Handbook of States of Consciousness*, Van Nostrand Reinhold Company, Nueva York, 1986.

*Los onirofrénicos*

experimentar con el brebaje que le fue dado a beber e incluso llegué a planear una expedición, que sin embargo no se materializaría hasta 1962, cuando la fotografía de una ceremonia de flagelación entre los indios colombianos en una exposición en el Harvard Botanical Museum dirigió mi atención hacia un artículo («On the Botanical Identity of the Malpighiaceus Narcotics of South America» [«Sobre la identidad botánica de los narcóticos Malpighiaceae de Sudamérica»]) a través del que me enteré que las plantas que buscaba habían sido identificadas y descritas. Su autor era el Dr. Richard Evans Shultes, que dilucidó el tema tras doce años de trabajo de campo intermitente, y cuando compartí mi intención de investigar los efectos de los alcaloides relevantes, apoyó mi proyecto. Él había bebido el brebaje, pero descubrió que en su caso solo evocaba la visualización de imágenes abstractas. No obstante, estimó que era digno de investigación psicológica, de lo cual él no sabía nada.

¿Podría entonces ayudarme a llevarla a cabo? Sí, podía presentarme al Dr. Idrobo, «el mejor etnobotánico de Sudamérica», cuyo nombre y fotografía podría utilizar como una especie de salvoconducto ante ciertos indios kofán, aguas arriba de San Agustín del Guamués.

Unos meses después, durante una visita al campus de Berkeley, pregunté a la secretaria del Departamento de Antropología quién tenía experiencia de campo en los trópicos de Sudamérica, pues quería enterarme de cosas como la conveniencia de llevar botas o armas de fuego. Me indicó que podría hablar con el Dr. Michael Harner, y al vernos, nos reconocimos como hermanos del yagé al comienzo de una nueva ruta. Poco después, con algo de ayuda del Berkeley Research Institute (dirigido por el Dr. Frank Barron), hice escala en Bogotá en mi viaje de regreso a Chile.

*Exploraciones psicodélicas*

Ahora venía la segunda fase de la aventura de la que regresaría con plantas, información y ricas impresiones. En la Universidad Nacional de Bogotá, el Dr. Idrobo me instruyó en la colección de especímenes botánicos y sugirió que de camino hacia los kofán podría detenerme en Sibundoy, también junto al Putumayo, pero a una altitud mayor, en la región contigua a la boscosa «tierra caliente». Conocía a algunos indios sibundoy, y también me dirigí al Dr. Mel Bristol, botánico de Harvard y relacionado con el Dr. Shultes.

He contado la historia detallada de mis primeras exploraciones con el yagé en un libro finalizado en 1970 y que solo hace un par de años llegué a publicar en España con el título de *Ayahuasca, la enredadera del río celestial*, así que ahora solo diré que al cabo de un tiempo en Sibundoy y una temporada con los indios kofán, río arriba de San Agustín, no solo recopilé ejemplos botánicos e información, sino también el yagé suficiente para analizarlo y probarlo en sujetos humanos. Y luego vino la tercera etapa de la aventura, cuando regresé a Chile y experimenté, primero con preparados de las plantas que había recogido, y luego con alcaloides sintéticos.

Debido a que un informe de Pennes y Hoch afirmaba que la harmina no era un alucinógeno administrada por vía oral, me interesé más por la tetrahidroharmina y la harmalina, que se decía que estaba presente en pequeñas proporciones, junto con harmina, en el preparado de los indios sudamericanos. Puesto que J.A. Gunn (profesor de Farmacología en la Universidad de Oxford) había demostrado que la harmina, la harmalina y la tetrahidroharmina (que difieren entre sí por una mayor cantidad de átomos de hidrógeno) eran progresivamente activas como antisépticos, me pregunté si también iban a diferenciarse de manera parecida respecto a sus efectos psicológicos. Resultó efectivamente ser así,

*Los onirofrénicos*

aunque la harmalina era ligeramente más «alucinógena» que la harmina, excepto para personas con una sensibilidad especial hacia ella, y lo suficientemente distinta de los «alucinógenos» ya conocidos como para merecer un nombre diferente. Pensé que la palabra «onirofrénico» (acuñada por W. Turner) para describir la característica manifestación de imágenes con los ojos cerrados, resultaba apropiada. No obstante, me cercioré de que esas imágenes se intensifican cuando al sujeto también se le administra DMT. A este respecto pude verificar la potenciación entre la actividad de ambas sustancias ya conocidas para los indios cuando añadían a los tallos de harmina de *Banisteriopsis caapi* las hojas de *Psychotria viridis* (que contienen DMT). A diferencia de quienes consideran que los alcaloides de harmala son meros inhibidores de la destrucción de DMT, yo considero los efectos de la combinación como algo distinto del efecto de cada sustancia por separado, pues la DMT aporta a la conciencia el contenido sensorial de las imágenes. Cuando más tarde me topé con un trabajo que hablaba de la transformación de serotonina en 10-metóxido de harmala en el tejido pineal a través de la acción enzimática de la HIOMT (hidroxindol O-metiltransferasa), me interesé, naturalmente en probar ese isómero de posición de la harmalina. Lo cierto es que descubrí que era psicoactivo, lo cual sugiere que pudiera ser un metabolito alucinógeno normal.<sup>2</sup>

En algún momento en el curso de esas exploraciones decidí concentrarme en estudiar más los efectos psicológicos de la harmalina sintética. Conseguí voluntarios entre conocidos y los pacientes de colegas, y cada uno pasaría por dos sesiones, con dos

2. Naranjo, Claudio, «Psychotropic properties of the harmala alkaloids», en Effron et al. (eds.), *Ethnopharmacological search for psychoactive drugs*, NIMH, U.S. Dept. for Health, Education and Welfare, 1967, pp. 385-391

*Exploraciones psicodélicas*

sustancias psicoactivas diferentes. Una de estas, la mescalina, era bien conocida; la otra, «un producto del territorio amazónico». Se realizaron tests psicológicos (incluyendo el de Rorschard y el de personalidad de 16 factores de Cattell) antes y después.

Mi informe sobre los hallazgos psicofarmacológicos forma parte del volumen publicado en 1967 por la Oficina de Salud, Educación y Asistencia Social bajo el nombre de «Ethnopharmacologic Search for Psychoactive Drugs» («Investigación etnofarmacológica de drogas psicoactivas»). No obstante, a partir de ese informe resulta difícil imaginar el formato o el espíritu de los experimentos, que permitía la observación de los efectos en una situación no estructurada. Eso implicó renunciar a mi intención original de ser un mero observador en aras de la objetividad científica. Anticipé que podrían surgir sensaciones o revelaciones dolorosas y que, en esas circunstancias, un «médico aséptico con una bata blanca» no sería la mejor de las compañías. Algunos necesitaban terapia, y al disponer de ciertas capacidades terapéuticas me pareció apropiado llevar a cabo esa función en lugar de sacrificar los potenciales beneficios de la situación en nombre de la impecabilidad metodológica. En general, seguí adelante como investigador de lo que sucedía mientras apremiaba a mis voluntarios a soltar y yo improvisé lo mejor que pude, es decir, no solo utilizando el cerebro, sino también el corazón, y en caso de ser necesario, las «agallas» que hicieran falta.

Poco después, más o menos al cabo de un año, regresé a California (en esta ocasión con una beca Guggenheim), y escribí un artículo sobre visiones inducidas por el yagé, y cuando se lo enseñé a Harner, se mostró sorprendido por su clara correspondencia con su propio conocimiento de las descripciones indias de la experiencia del yagé. Me sugirió que presentásemos escritos paralelos en la próxima reunión de la Kroeber Anthropological Society.

*Los onirofrénicos*

Él presentó un informe sobre las serpientes y tigres en las visiones de los indios sudamericanos mientras que yo lo hice sobre los mismos fenómenos en la experiencia con sujetos experimentales ajenos a ese medio en Santiago de Chile. Esas conclusiones han aparecido (junto con la pieza de Harner) en *Hallucinogens and Shamanism*,<sup>3</sup> del propio Harner.

En *The Healing Journey* hablé de mi exploración inicial de terapia individual asistida con harmalina que vino tras el estudio con voluntarios descrito anteriormente, pero nunca he hablado de mis experimentos con grupos. Respecto a esto aquí solo diré que la inspiración y preparación para mi trabajo terapéutico con psicodélicos en grupos derivó de mi contacto con el Dr. Leo Zeff —terapeuta psicodélico pionero que nunca escribió pero que influyó a mucha gente en el norte de California.

Una simple sesión de LSD con él en 1962 se convirtió en la ocasión de una sanación memorable, a pesar de que a mi época en el «paraíso terrenal» le siguió, tras mi regreso a Chile, otra de agitación, dolor y de sentir la necesidad de psicoterapia. Las ganas de mantener el contacto con el Dr. Zeff hicieron que más tarde regresase a Berkeley tras acabarse la beca Fullbright, y la providencia pareció responder a mi deseo a través de la sugerencia de mi mentor para que solicitase una beca Guggenheim. Acabé obteniéndola y tuve la oportunidad de formar parte del primer grupo de psicoterapia psicodélica de Leo. A la vez, me vi influido por Perls y Simkin, y a través de la combinación de todo lo anterior alcancé un nivel de salud emocional. Otro beneficio adicional fue la familiaridad con el «espacio grupal psicodélico», algo que permitía mi

3. Yo me tomé la «licencia poética» de llamarlas «The Yage Experience in an Urban Setting», a pesar de que mi informe versaba sobre la harmalina sintética, a fin de protegerla de la ilegalización.

*Exploraciones psicodélicas*

propia exploración de terapia psicodélica grupal. Y también, como el Dr. Zeff iba familiarizándose con mis observaciones sobre la MDA y el yagé, hizo que dichas sustancias estuviesen disponibles para los miembros de su grupo regular como alternativas ocasionales del LSD, así que cuando empecé a trabajar con grupos yo también ofrecí distintas sustancias a distintas personas. Tuve ocasión de observar que esto no solo permitía que los individuos utilizaran cualquier fármaco que ofreciese los resultados más prometedores en ese momento, sino que contribuía a una peculiar riqueza en el proceso del grupo, como una consecuencia de influencias mutuas que parecían hacer que las esferas arquetípicas e interpersonales estuviesen más presentes para todos.

Desde que regresé a Estados Unidos en 1968 dejé la terapia psicodélica, pues aunque era médico nunca solicité una licencia para ejercer en ese país y no quería trabajar bajo el patrocinio de alguna institución médica que me ofreciese la oportunidad de hacerlo. Sobre todo llevé a cabo un trabajo individual y de grupo con MDMA, cuando era legal hacerlo en uno u otro lugar, y me costó bastante tiempo volver a conectar con el mundo de la *Malpighiaceus phantastica* y los productos químicos asociados. Eso sucedió durante la década de 1980 en Brasil, donde asistí a varias sesiones en la iglesia del Santo Daime y se me permitió dirigir sesiones según el ritual tradicional. El conocimiento de su forma de uso (un híbrido católico-rosacruciano) me proporcionó una comprensión más amplia del ritual y la orientación grupal en general, inspirándome a explorar la facilitación suscitada por esta alternativa sudamericana del *soma*<sup>4</sup> en prácticas tomadas

4. Ahora parece que lo más probable es que la *Peganum harmala*, en lugar de la Amanita muscaria, fuese lo que constituía el origen de la antigua bebida iraní y védica (véase Naranjo en *The Sacred Mushroom Seeker*, de R. Gordon Wasson, 1990).



*Los onirofrénicos*

prestadas del legado tántrico. Igualmente, inspirado por el recitado ritual del relato de la Creación bajo los efectos de la ayahuasca de los indios desana,<sup>5</sup> me sentí incitado a explorar la posible facilitación en la comprensión de materiales míticos de nuestra propia tradición, y tuve ocasión de observar que, ciertamente, la ayahuasca podía abrir la mente de una persona sencilla y lograr en esta una apreciación de sutiles textos mitológicos, como los himnos homéricos.

Con el tiempo llegué a comprender las visiones de la serpiente, el tigre y el águila de la ayahuasca como expresiones de una activación del cerebro reptiliano de naturaleza similar a la obtenida en el yoga kundalini. Por consiguiente, considero las propiedades curativas del brebaje indio como un resultado del extraordinario avance de la autorregulación orgánica que es inseparable del «despertar de la kundalini shakti». Aunque posteriormente llegaría a formular una «teoría kundalini» más amplia de carácter psicodélico, fue la naturaleza de la experiencia con harmala la que me proporcionaría la clave de la correspondencia entre las típicas imágenes de la ayahuasca y el dragón tradicional.<sup>6</sup> En realidad, el reptil alado de aire felino tradicionalmente asociado con el poder espiritual es una combinación de los tres motivos, tan importantes tanto en las visiones de harmala como en el chamanismo en general.

5. Ahora publicado por Gerardo Reichel-Dolmatoff en *Amazonian Cosmos/ The Sexual and Religious Symbolism of the Tukano Indians*, University of Chicago Press, Chicago, 1971.

6. Desarrollo más este tema en el artículo «Ayahuasca Imagery and the Therapeutic Property of the Harmala Alkaloids», en *Journal of Mental Imagery*, 11(2), 131-136, 1987.

*Una especie de ayahuasca africana*

Una nueva aventura dio comienzo durante la visita a un amigo en Santiago, en la que conocí a un misionero francés que había estado destinado en Gabón. En la conversación surgió mi reciente investigación sobre el yagé, y mencioné que la importancia de los grandes felinos en las visiones de los sujetos experimentales estaba relacionada con el hecho de que los chamanes que utilizaban la bebida de *Banisteriopsis* se identificaban con el jaguar. Mencioné que esa identificación no representa simplemente un sentido subjetivo de afinidad, y que los nativos creían que objetivamente se convertían en jaguares. El invitado señaló que en África se cree que los hechiceros pueden convertirse a voluntad en leones, y que había oído hablar sobre un león que había escapado herido tras recibir un disparo, descubriéndose luego que el chamán local había muerto al mismo tiempo.

Al haberme sentido profundamente intrigado por una especie de «cualidad jaguarina» en la experiencia con el yagé, fue natural preguntarme si también habría una planta psicoactiva presente en el chamanismo africano. ¿Podría eso explicar el por qué de la identificación de seres humanos con leones? Había razones para sospechar que la planta en cuestión pudiera ser la iboga, pues aunque no estaba descrito que fuera alucinógena, era un indol policíclico de estructura no muy distinta de los alcaloides de la harmala.

El uso de la planta iboga por parte de los nativos llevó a observadores externos a creerla un estimulante, y un estudio electroencefalográfico validó esta interpretación. Pero ese efecto podía ser cuestión de dosificación, de manera que la ingestión de una pequeña cantidad de la corteza de iboga convertía al consumidor en un bailarín más energético, mientras que una dosis mayor provocaba visiones. Eso era exactamente lo que ocurría con la

*Los onirofrénicos*

*Banisteriopsis*, que mascada en pequeñas cantidades agudizaba la destreza de un cazador, y que en grandes cantidades se consumía con propósitos visionarios y mágicos.

Como solo se habían publicado un par de artículos sobre los efectos de la ibogaína (en la vagina de las ratas y en el intestino de los conejos, así como en el córtex cerebral de gatos), en esa época no era una sustancia tabú y por entonces no me fue difícil obtenerla. La experimenté yo mismo antes de ofrecérsela a nadie más, y cuando logré obtener una dosis adecuada —300 mg—, tuve un «mal viaje». Nada complicado, pero bastante anodino excepto porque me dio a entender que no estaba preparado para un «aliado» así.

Durante unos poquísimos instantes disfruté de la sensación de una danza cósmica y luego me hice extremadamente consciente de que, aunque todo bajo los cielos orbitaba en cósmica celebración, yo no... Pues permanecía aislado e inmóvil en el centro de todo. Luego hubo un momento de elección: podía bien decir «que se haga Tu voluntad» y dejarme llevar, o continuar siendo ajeno. Era como tener los dedos sobre un interruptor. Durante uno o dos minutos postergué la decisión: ¿y si la voluntad de Dios fuese que yo sea polvo? Mi orgullo no estaba listo para abdicar... y la ocasión desapareció. Igual que en una obra de teatro una escena lleva a la siguiente, todo se convirtió en una tira cómica trivial de la que apenas recuerdo nada, pues me sentí muy adormilado.

Mi siguiente sujeto fue un bailarín de talento. Ya le cité en *The Healing Journey*. Estos son los primeros minutos de lo que describió, según iba sucediendo:

Veo AZUL, azul, azul. Estoy en el suelo, pero con el cuerpo erguido. Puedo rotar con facilidad a mi alrededor en una postura sentada. Todo es azul... azul... Todo es hermoso. Estiro mi brazo mientras giro y dibujé un círculo blanco a mi alrededor y un círculo más pequeño por

*Exploraciones psicodélicas*

encima... también blanco. El ambiente es denso. Trato de mirar a través de mi círculo superior... ¿Un periscopio? ¿Qué hay ahí? Un rayo de clara luz se ha formado en este denso ambiente azul. Se convierte en un rayo de luz. Miro, miro a través de mi círculo blanco, miro, y llega más luz a este tubo, más luz blanca, más y más, con una fuerza cegadora y que lo llena todo, más y más, siempre más. Miro a través del rayo de luz blanca y sé que Él está ahí, Él, y... y esa luz, ese tubo, ese inmenso rayo blanco, azul más allá, azul, ¡AZUL! (y se trata de un azul diferente del de la primera vez). Se trata de un azul puro, limpio, transparente, eterno, infinito, sereno, que asciende, ¡que es el TODO! Blanco-azul que es distancia sin física, enormidad sin medida, Universo vacío de leyes. Era Dios. Era Dios. Dios. Dios.

Es una descripción que encaja con lo que se sabe del uso de la iboga en iniciaciones religiosas, y no obstante muy distinto de los recientes descubrimientos del Dr. Bauman en Suiza con psicoterapia asistida con ibogaína. En un informe sobre su administración a sus pacientes en dosis algo superiores a la mía (en los actos de un simposio celebrado en Heidelberg, en 1985),<sup>7</sup> concluye que tiene el efecto de un estimulante psicofísico no específico, y en el debate personal que mantuvimos durante ese simposio insistió en los efectos físicos y expresó incredulidad respecto a mis relatos de imágenes visuales. Creo que la diferencia es ilustrativa de la importancia del entorno. Por entonces todavía esperaba que la ibogaína se pareciera a la harmalina, e instruí a mis sujetos para que pusieran mucha atención a las fantasías e imágenes.

Como en el caso de la harmina y sus afines, aquí teníamos un alcaloide que provocaba imágenes y era un potente catalizador de experiencias espirituales, aunque no un «misticomimético» en el sentido que habían demostrado ser los psicodélicos tipo LSD.

7. Hanscarl Leuner/Michael Schlichting en Symposion «Über den derzeitigen Stand der Forschung auf dem Gebiet der psychoaktiven Substanzen», 1985.

*Los onirofrénicos*

En retrospectiva, diría que tanto los alcaloides de iboga y de harmala son notables a la hora de suscitar lo que el Dr. Grof ha llamado «fenómenos pránicos», una cuestión en la que no acabé de insistir lo suficiente cuando escribí *The Healing Journey*. Creo que es ese tipo de efecto el que permitía al Dr. Bauman trabajar bien con ibogaína en combinación con bioenergía, aunque su informe subraya la descongestión de «bloques de energía» a través de la observación del «fluir de energía» espontáneo.

Una similitud más entre la ibogaína y la harmalina era el hecho de que la ibogaína podía ser tanto una llave a una esfera fascinante o algo muy soso. Me pareció que no era solamente una cuestión de preparación personal, de dinámica situacional o de simple oportunidad, como había descubierto que sucedía con la harmalina. Parece estar presente cierta afinidad personal, de forma parecida a como ocurre con el alcohol (del que sabemos que los extrovertidos tienden a devenir eufóricos mientras que los introvertidos tienden a deprimirse). Mientras continué experimentando con voluntarios llegué a confirmar esa última opinión, y no tardé en llegar a la conclusión de que para algunas personas la ibogaína funciona mejor en combinación con un estimulante, un potenciador del sentimiento o con 50 microgramos de LSD.

Cuando informé de mi investigación al laboratorio francés que fabricaba un extracto de iboga (por entonces disponible con receta como un tónico), propusieron preparar una patente internacional para un preparado potenciador de terapia. Estuve de acuerdo, y envié los informes de casos de que disponía acerca de la asociación de ibogaína y MDA, pero mi regreso a California puso fin a mi investigación. Me alegro mucho de ver que la iboga está siendo utilizada en la actualidad al menos en la cura de adicciones. La afirmación de Howard Lotsof acerca de que ha logrado curas en una única sesión se ajusta a mi propia experiencia en

*Exploraciones psicodélicas*

relación con diversos síndromes psicósomáticos o psicológicos (como informé en la conferencia sobre LSD de 1966 bajo los auspicios de la Universidad de California). En mi único artículo publicado acerca de terapia asistida con ibogaína hablo de los «potenciadores de fantasía» como onirofrénicos en general: «Psychotherapeutic Possibilities of New fantasy-Enhancing Drugs», en *Clinical Toxicology*, 2(2), pp. 209-224 (1969) (también lo incluiré en este libro).

*Epílogo*

Durante mucho tiempo consideré que *The Healing Journey* había fracasado a la hora de estimular el interés bien del estamento médico o del público en general acerca de cómo utilizar los nuevos psicodélicos que había descrito en esa obra para beneficio de todos. Parecía que el libro había gustado sobre todo a los entendidos, que eran los que menos lo necesitaban.

Más tarde, tanto los empatógenos como la ayahuasca atrajeron una gran atención, y me sorprendió ver que apenas se habían publicado libros sobre *terapia* psicodélica, y por ello creo que el mío continúa llenando, hasta cierto punto, un vacío, contribuyendo a otorgar credibilidad a los psicodélicos como los valiosos catalizadores terapéuticos que son. Espero que sirva para apoyar mi opinión sobre que no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar su potencial mientras seguimos manteniendo una mortífera mentalidad policiaca, pues precisamente constituyen el tipo de remedio que necesitamos al irnos aproximando a un nuevo cruce colectivo del «mar Rojo».

Creo que la ausencia de un canal para encarrilar el potencial de los psicodélicos es la responsable de nuestra enfermedad

*Los onirofrénicos*

colectiva psicodélica, con su adicción y criminalización. Estoy convencido de que la drogodependencia procede de un mal uso, y ese es el resultado de restringir la posibilidad de un buen uso. Claro está, la cualidad represiva del gobierno respecto a los temas de drogas es una expresión de una parcialidad represiva en la estructura de la civilización tal y como la conocemos, al igual que las tendencias prohibicionistas que hemos heredado de nuestra primigenia cultura puritana. No obstante, vivimos en tiempos en los que para nuestra propia supervivencia es crucial que sepamos ir más allá del exceso de estabilidad y del fosilizado espíritu de las instituciones que hemos creado.

Confío en que nuestros gobiernos despierten de su modorra antes de que sea tarde y reconsideren su disfuncional política. Lo que necesitamos ahora no es una prohibición sino verdaderos conocimientos: la formación de especialistas que puedan utilizar las sustancias psicotrópicas de manera sabia y diestra.

Me alegra ver que parece que estamos llegando a una época en la que podría tener lugar una reconsideración de los psicodélicos por parte del sistema, y hago voto para que un gobierno iluminado pueda percibir y utilizar el potencial de los psicodélicos para la sanación individual y colectiva.

#### 4.2 REFLEXIONES SOBRE LA AYAHUASCA EN EL DESARROLLO HUMANO<sup>8</sup>

Antes de hablar de la ayahuasca en el desarrollo humano, quiero decir un poco sobre lo que entiendo como desarrollo humano, y me gustaría prologar eso con una parábola: un cuento que narra Idries Shah en su libro *Los sufis*, en el que se dice que la humanidad era feliz en un tiempo remoto, cuando cada individuo era un rey y las personas tenían un nivel de satisfacción difícilmente concebible hoy en día, hasta que se supo que habría que hacerle frente a un cataclismo, y un líder sabio determinó que todo el mundo fuera trasladado a una isla. Y en esta isla la gente tuvo que adaptarse a condiciones de vida comparables a las de una persona sensible que tiene que ocuparse de las labores recias de un campesino y se le encallecen las manos, que pierden su sensibilidad... Perdieron los humanos entonces muchas facultades que antes habían tenido, a causa de su urgencia por sobrevivir.

Continúa el relato explicando que esa es *nuestra* historia: estamos viviendo en una isla y la única manera de recuperar nuestra condición propiamente humana será, en primer lugar, recordar lo que hemos perdido, y luego aprender a nadar o a hacer embarcaciones: hacernos a la mar para encontrar otra orilla.

Digo esto a propósito del desarrollo humano, porque cuando la gente habla de «desarrollo» piensa en avanzar de un estado satisfactorio a algo mucho mejor, y yo pienso que lo que necesitamos hacer es en primer lugar darnos cuenta de lo *insatisfactorio*

8. Ponencia presentada en la mesa «Usos de la ayahuasca: crecimiento personal», na mesa redonda de la World Ayahuasca Conference, Ibiza, 25-27 de septiembre de 2014.



*Los onirofrénicos*

de nuestro estado, y luego procurar salir del hoyo en el que estamos a través de la atención a nuestras carencias.

Los individuos no se dan cuenta de que están en un hoyo, por más que el mundo se esté dando cuenta de que los humanos estamos suficientemente locos como para no darnos cuenta de que estamos ya al borde del abismo.

Muchos de los que piensan en la problemática mundial están hablando ya de una «crisis de la civilización», y cuando María [Carvalho], nuestra coordinadora, me preguntó por el título de mi ponencia, le dije que «me gustaría hablar del proceso que va de la mente patriarcal a la mente total».

Referirse a la condición civilizada de la humanidad aludiendo a una «mente patriarcal» podría parecer algo inusitado o antojadizo a menos que nos percatemos que hablar de «civilización» no es otra cosa que hablar de la sociedad patriarcal —es decir, de un orden social autoritario y represivo creado por los machos de nuestra especie.

Yo pienso que la civilización es una barbarie muy idealizada, cuya historia ha coincidido no solo con el progreso tecnológico sino con el establecimiento de la esclavitud, la explotación, la inequidad y, como Freud observaba, con la neurosis universal. Como sabemos, los pueblos pre-civilizados suelen ser bastante más humanos, o menos bárbaros que nosotros: menos sanguinarios, menos locos en su falta de solidaridad.

Pero ¿qué es la «mente patriarcal»? Quise comenzar con la parábola de los isleños para recalcar que es algo así como vivir en una isla dentro de nuestras propias mentes. Específicamente, vivimos en nuestro cerebro izquierdo, o más precisamente en nuestro neocórtex izquierdo; y aunque tenemos un «cerebro primitivo» que se ha caracterizado como el cerebro «reptiliano» e instintivo, hemos sido domesticados por el espíritu de la civilización, cuyo imperio

*Exploraciones psicodélicas*

despótico se afirma ante todo en la idea de que «le debemos poner el pie encima a la serpiente». Así lo dice el libro del Génesis, y eso ha permitido que a través de milenios la mente civilizada (o patriarcal) explote la naturaleza y se enorgullezca de su dominio, no solo de la naturaleza externa, sino que también de la naturaleza interna.

Pero ¿qué pasa con un ser humano que no solo desconoce sino que no permite la recuperación de su sabiduría animal? Pierde la salud emocional. Pues la vida es demasiado compleja como para que se la pueda vivir desde la inteligencia racional. Y nosotros somos lo suficientemente locos como para pretender hacerlo.

Un aspecto del desarrollo humano, entonces, me parece que sea la recuperación de la salud animal; y a eso se ha dedicado la psicoterapia, que ha aliviado el sufrimiento de muchos al ayudarlos a reintegrar el mundo de los deseos. Freud fue el gran pionero de esta tarea terapéutica de ayudar a la gente a recuperar la sexualidad y la sana agresión que constituyen aspectos naturales de la vida; tarea que ha implicado, ante todo, guiarlos hacia el darse cuenta de sus deseos y luego alentarlos a una descriminalización del placer, que rompa el tabú de permitirse ser más animal que lo que un ethos tradicional milenario ha inculcado.

Es precisamente esta una de las formas en que la ayahuasca ha contribuido al desarrollo humano, y sospecho que lo haya hecho aún mejor que la psicoterapia, como sabrán quienes a través de su entrega a ella han llegado a veces a un despertar del mundo instintivo que se refleja en las visiones de su animal interior. De ahí las frecuentes visiones de animales y otras imágenes que sugieren el mundo de lo primitivo, el mundo de lo instintivo.

Pero aparte de que nuestra existencia insular en el mundo de la razón deja fuera nuestro mundo animal, deja también fuera

*Los onirofrénicos*

nuestro «principio materno interno»: nuestro cerebro emocional o límbico —que en nuestra vida colectiva es a la vez idealizado y eclipsado por nuestra mente patriarcal de astutos cazadores y depredadores. Fueron nuestros antepasados mamíferos quienes desarrollaron el amor empático, que se manifiesta en el vínculo de la madre con su cría, y como ellos, aprendimos a existir en el contexto de una relación materno-infantil amorosa —solo que la crianza en una cultura patriarcal nos ha vuelto egoístas, competitivos y violentos. Las serpientes todavía no han llegado a eso, pero sí los caballos son más amorosos que los seres humanos. Los humanos alcanzan una crueldad desconocida por los animales, y una falta de solidaridad que ahora se ha vuelto problemática para nuestra supervivencia colectiva. Lévy-Bruhl, quien escribía sobre la mente primitiva a comienzos del siglo pasado, la caracterizaba como una «participación mística», pero planteaba que los «primitivos» no han desarrollado aún el sentido del yo. Sin embargo, durante un encuentro reciente con el heredero intelectual de Ivan Illich en México —Gustavo Esteva, fundador de la Universidad de la Tierra—, me llamó la atención que en medio de nuestra conversación me dijera: «El yo no existe». Y yo pensé, ¿estará este hombre leyendo literatura budista? Antes de que se lo preguntase me aclaró: «Nosotros los zapotecas no creemos en el yo». Los zapotecas dicen «nosotros», y no porque no hayan alcanzado el nivel de civilización necesario para formarse la idea de un «yo», sino porque consideran el individualismo como algo problemático. Es más noble sentir y decir «nosotros» que decir «yo», pero nosotros hemos perdido la capacidad de decir «nosotros». Tenemos muy poco interés en el bien común, muy poca capacidad solidaria empática, y me parece que con la ayahuasca la gente se pone un poco más sana. No digo que se vuelvan santos, pero esta preocupación tan exclusiva en agarrar y tomar, este individualismo feroz en que

nos desarrollamos, esta competitividad sin el balance de la cooperación (que es parte del predominio de lo masculino sobre lo femenino en la barbarie que se exalta a sí misma como «vida civilizada»), esta tendencia a explotar tanto más que cultivar... se nivela. Es parte del desarrollo humano y de la salud que se vuelven las personas un poco más «humanas», como solemos decir. Nos hemos deshumanizado a través de nuestra orgullosa condición de *Homo sapiens*, y el mismo nombre de *Homo sapiens sapiens* revela el orgullo con el que nos hemos autobautizado. Ningún hombre sabio diría que somos «sapiens», pues en nuestra supuesta racionalidad más mereceríamos llamarnos *Homo economicus*.

Luego está el asunto de los dos hemisferios cerebrales. Tenemos un hemisferio que procesa las cosas linealmente; pero este pensamiento discursivo, racional y lineal contrasta en nosotros con una capacidad de ver las cosas en contexto: una capacidad gestáltica de percibir lo que vemos como un todo, como lo ha descrito la Psicología de la Forma. Y eso es la intuición, que ve cosas invisibles a la razón.

Un economista español está diciendo hoy en día que es muy loca la economía científica porque mira todo como si las ecuaciones comerciales constituyesen un sistema cerrado, sin considerar que todo en la naturaleza es parte de sistemas abiertos, en que todo está relacionado con todo. Pero si pretendemos que los cálculos de la economía no tengan que ver con la vida o con el medio ambiente, se establece la ficción de una economía que no es siquiera para el ser humano. Terminamos siendo los humanos quienes tenemos que someternos a una tiranía económica, y uno se ve en la situación del legendario Golem: una máquina humana que hemos creado, que nos devora y nos obliga a asimilarnos a sus maneras de ser.

*Los onirofrénicos*

Hoy en día nos hemos vuelto tan científicos que todo lo que venga del hemisferio derecho nos parece secundario, tanto así que están desapareciendo las humanidades de los programas escolares. Y ello me parece un gran síntoma de nuestra ceguera dogmática. Pues un buen libro de química pasa de moda en menos de diez años, en tanto que Shakespeare no pasa de moda en siglos —ni tampoco lo que han escrito los clásicos latinos o griegos. Su sabiduría sigue vigente, y me parece que tenían razón los humanistas al reconocer la importancia de la transmisión sutil de esa sabiduría de la mente de los sabios a través de sus obras.

Hay un famoso libro de un psiquiatra escocés, Iain McGilchrist —no famoso aún, pero sí un gran libro— que es lo mejor que se ha escrito sobre la diferencia entre los hemisferios cerebrales: *The Master and His Emissary: The Divided Brain and the Making of the Western World*. Y usa la metáfora, tomada de Nietzsche, de que nuestro hemisferio derecho, el hemisferio intuitivo que ve las cosas en contexto y que concibe valores, a diferencia del hemisferio racional que no tiene valores, es el hemisferio sabio: es como el maestro en nosotros, que comisionó a un emisario, que es el cerebro astuto, un emisario para tratar con los asuntos de los límites con otros territorios. Y que el emisario empezó a dárselas de más. Mejor informado que el maestro, que está en el centro del reino y no conoce todos los detalles, el emisario dentro de nosotros, el hemisferio bárbaro, el hemisferio siniestro, se cree que es el maestro y ya tiene callado al derecho, no oye la voz de la intuición. Y creo que una de las cosas más notables de la ayahuasca es que adormece un poco a este cerebro emisario, a este cerebro astuto. La mente se calma. Hay un sentir que uno no quiere hacer, no necesita hacer, y así como el cuerpo entra en reposo y la presión sanguínea puede bajar un poquito, entra en reposo esta actividad apasionada en busca de algo y de ir a alguna parte. Y se

*Exploraciones psicodélicas*

produce el silencio contemplativo que siempre se buscó a través de la meditación para oír lo que viene de otro lado. Ya sea que la gente lo interprete como su sabiduría intrínseca o como voces que vienen de otra parte, o que es el espíritu de una planta maestra, el hecho es que se puede oír cuando uno está callado. En la más antigua de las leyendas —la leyenda del diluvio en la versión de Babilonia, que es la mas antigua de las versiones—, el secreto de los dioses se presenta como algo que estaba allí con Utnapish-tim —la versión original de Noé—, y el dios del viento le pudo decir al oído: «Déjalo todo y construye una nave». Y porque estaba callado fue el único que oyó.

Entonces, en un mundo de tumulto, la ayahuasca nos ayuda a callar, y por eso podemos oír esta sabiduría profunda. Podemos tener un poco un cierto balance de los hemisferios, porque así como tenemos dos ojos para ver en profundidad, deberíamos percibir las cosas con estos dos procesadores, no solo con la razón del cientificismo moderno, sino que con nuestra capacidad natural de entender en profundidad.

Y se me acabó el tiempo...

#### 4.3 AYAHUASCA Y PSICOTERAPIA (ENTREVISTA CON MIA FÀBREGAS EN LA UNIVERSITAT OBERTA DE CATALUNYA)<sup>9</sup>

MIA FÀBREGAS: Leía una cita de Roland Barthes, un filósofo francés del siglo pasado, y hubo un trocito que me pareció que podía dar entrada y pie a presentar a alguien como Claudio Naranjo. Barthes explica que hay un tiempo en la vida en que uno aprende, hay otro tiempo en la vida en que uno enseña lo que ha aprendido, hay un momento más adelante donde aprende de lo que no sabe, que llaman investigar; pero después llega una edad donde se desaprende. Y Barthes dice, de una manera concreta, que hay un momento para desaprender, para dejar germinar el cambio de lo imprevisible, ya que solo así el olvido se impone a la limitación de los saberes. Dice: «Esta experiencia tiene un nombre ilustre y que ahora está fuera de moda, que es ser sabio»: la sabiduría.

Ser sabio es igual a no tener poder: un poco de saber, un poco de sabiduría, y lo máximo de sabor; y creo que hoy estamos delante de un sabio, de alguien que ha hecho todo este camino de aprender, enseñar, investigar y desaprender para ofrecernos ahora y compartir con nosotros todo este conocimiento. Me pareció una cita que realmente me hacía pensar en Claudio, y que con mucho gusto pongo a su disposición.

La fila de donde aprendió necesita papeles, porque es larga, pero es muchísimo más larga la fila de los que aprendieron de él. Estudió medicina y psiquiatría en Chile, y después de estar un tiempo en su país pasó a Estados Unidos, donde fue

9. Entrevista del ciclo «Universitat Oberta Online», 20 de noviembre de 2014.

*Exploraciones psicodélicas*

investigador y profesor en varias universidades. En la Ohio State University estudió el trabajo de Samuel Renshaw y de Hoyt Sherman sobre la percepción de la totalidad. Trabajó en el Centro de Estudios de la Personalidad en Emerson Hall, bajo la dirección de David McClelland, donde participó en el Seminario de Psicología Social de Gordon Allport y estudió con Tillich. Después pasó un tiempo con Raymond Cattell de la Universidad de Illinois, quien le invitó a asociarse con él en su empresa privada (IPAT), el Instituto de Pruebas de Personalidad. A continuación trabajó con Frank Barron en el Centro para la Investigación y Evaluación de la Personalidad de la Universidad de California, y fue a Berkeley.

Allí fuiste alumno de Fritz Perls, el inventor de la terapia gestalt, de la cual después te convertiste en el máximo exponente mundial. En California era la época de la revolución de la conciencia y el desarrollo personal, y ahí se debieron dar cita un montón de sabios, que fueron tus maestros: Idries Shah, Suleyman Dede, Swami Muktananda, Tarthang Tulku Rinponché, El Karmapa XVI... Siempre has contado que te influyó mucho el escultor Tótila Albert, siempre lo refieres como un encuentro en tu vida que fue importante, trascendental, que algún día nos gustaría que nos contaras: cómo un escultor pudo influir de esa manera tan potente en tu vida.

CLAUDIO NARANJO: Cuando leí que Carlos Castaneda hacía una distinción entre maestro y benefactor, entendí que Tótila Albert fue para mí un benefactor, no uno que me lleva por aquí y por allá, uno que me arregla las cañerías de la mente, o de la psique. Nunca tomó la posición de una autoridad, ni siquiera de un guía. Fue una persona que me contagió muchas cosas. No le gustaba que yo lo mirara hacia arriba tampoco. Se ponía



*Los onirofrénicos*

como un amigo a pesar de que podría haber sido mi abuelo por la diferencia de edad.

Pero yo buscaba un maestro, así que me fui de Chile en busca de un maestro. Quería que alguien me tratara duro si lo necesitaba, y él nunca me trató duramente. Necesitaba a alguien que me dijera qué es lo que debía hacer, y cuando le insistía en que quería que me dijera algo, él me respondía: «Lo único que te falta es sufrir. Y eso no se necesita buscar». Entonces me fui en busca de un maestro, y ahí me encontré con Fritz Perls, que se parecía mucho a Gurdjieff, que fue mi otra influencia fuerte; tuve estas dos influencias: de Tótila Albert en Chile, y de Gurdjieff quién sabe dónde, pues él vivía en París, pero a uno lo conocí personalmente y al otro no, y decían más o menos las mismas cosas en muchos sentidos: una visión trinitaria del cosmos y del ser humano, el arte objetivo... Había una serie de reforzamientos. Entonces, me servía tener estas cosas en común de estas dos personas que no se conocían y que hablaban de algo corriente; me reforzaban mutuamente la validez de cada uno.

Así que Tótila fue como una influencia fecundante en mi vida, y después lo sentí como un padre espiritual. Lo único que desaprobó de mí es cuando le conté que tuve una experiencia, mi primera experiencia con lo que hoy se suele llamar «farmahuasca» (una ayahuasca mezclada) y le mandé un poema que le escribí bajo sus efectos. Y por primera vez me celebró un poema que había escrito, le gustó mucho, pero después, cuando lo vi y le dije que había sido escrito bajo el efecto de algo, dijo: «¡Qué lástima!» Y yo le dije: «Bueno, cada uno tiene sus limitaciones», no pensaba que fuera muy serio. Pero era como una violación de su fe de que no hay que empujar. El único consejo que me pudiera haber dado, si yo le hubiera

*Exploraciones psicodélicas*

insistido: «Dame un consejo», es «no empujes». Y creo que tenía razón, que rara vez comprobamos que basta con no empujar, porque ¡empujamos tanto! Somos como el mulá Nasrudín, que echa migas de pan entorno a la casa para que no se acerquen los tigres. Y cuando viene un amigo y le dice: «Pero no hay tigres en esta comarca», le responde: «¡Lo ves! Está dando un buen resultado». Estamos haciendo tantas cosas que nos atribuimos, que hacemos de ellas nuestros logros...

Una vez, estaba en Las Palmas de Gran Canaria, en el aeropuerto, y tenía dos opciones: tomar un avión directo a San Francisco o tomar uno con una escala en Londres y darme una vueltecita a ver a Idries Shah, con quien tenía contacto desde hacía años por correspondencia, pero no había tenido ningún encuentro personal con él. Y tenía yo un amigo muy sabio allá que me vino a dejar al aeropuerto. Y le digo: «Qué te parece, ¿me pongo en lista de espera para el vuelo a Londres o me voy directamente a San Francisco en el vuelo en el que tengo ya una reserva?» Y me dijo: «No empujar, no empujar, nunca hay que empujar». Le hice caso. Y el otro avión cayó a los cinco minutos de haber levantado el vuelo.

Fue una comprobación tan clara; como si se me hubiera querido enseñar que mi amigo tenía razón. Y yo siempre tuve una inclinación a esa manera de pensar: he creído en la espontaneidad, en lo que sale solo, en seguir las propias preferencias, en lo orgánico... y esa fue también la fe de Tótila Albert. Pero me estoy alargando mucho...

MIA: Solo he preguntado por Tótila Albert y fijáos ya... Sobre la investigación, fuiste pionero en el desarrollo de sustancias, en el grupo de Leo Zeff: ibogaína, harmalina...

CLAUDIO: Me cayeron en las manos en cierta época de mi vida, y me parece haber estado en el lugar justo en el momento justo,

*Los onirofrénicos*

y haberme encontrado allí con las personas clave. No hice nada. Y en cuanto a la ayahuasca, antes de conocerle el nombre de ayahuasca, siquiera, o el de yagé (que fue como lo llamé durante los primeros años, porque el comienzo de mi búsqueda había tenido lugar en Colombia), me llegó a través de un libro que me regaló mi padre. Y muy rara vez hacía tal cosa, pues apenas intentó influir en mi vida, mi padre. Lo quería yo mucho y me sentía querido por él, pero de lejos.

Un día me regaló un libro: *Yo también fui cazador de cabezas*. Un aventurero, Cummings era su apellido, cuenta casi con un espíritu de deporte, y un poco de desafío (como uno que se precia de haber hecho algo fuerte y difícil) cómo se fue con una canoa inflable y un machete por la cuenca del Orinoco, a la que había entrado saliendo desde Colombia. Después de mucho tiempo, el tener que entrar/salir de la canoa para abrirse espacio por los rápidos... tenía que sacar la canoa y meterla un poco más allá, inflarla, desinflarla, no sé cómo lo haría, pero agotadísimo el hombre, abriéndose con el machete camino entre los matorrales... llegó, ya más que agotado, casi inconsciente, con la fiebre de la malaria, adonde unos indios llamados yakalamures, caníbales, que al verlo tan desvalido lo cuidaron. Seguramente lo habrían matado si no hubiera estado herido e inconsciente en su bote, pero yacía en el fondo de la canoa a la deriva, y en su libro relata cómo el jefe de un caserío le dio un cierto día a sus tres hijas en matrimonio, y lo invitaron a participar en la iniciación de los guerreros. Pues ¿qué tenía que hacer él en esa tribu donde todos los adultos son guerreros? Le dieron de beber algo muy amargo, y se entusiasmó durante la ceremonia en que lo azotaba una especie de demonio. Claro que era un indígena disfrazado de demonio, pero él, bajo efectos de lo que había tomado, puede ha-

*Exploraciones psicodélicas*

berlo sentido como un demonio de verdad. Pero pedía más y más azotes, como si quisiese soportar el máximo y así alcanzar cierta distinción, pese a que fue algo mal visto por los indígenas exigir que lo azotaran tanto.

Diría que mi primera motivación al querer encontrar la ayahuasca fue terapéutica, al pensar: «Me gustaría ser un poquito heroico». Pensé que era una persona muy temerosa, demasiado tímida, y muy poco capaz de soportar el dolor. ¿Y no sería un poquito de esta sustancia útil para gente como yo, y para mí mismo? Aunque, cuando poco después con Chicho Maturana —amigo de infancia que luego se volvió un hombre muy conocido— pensamos en viajar a la selva, dejando de lado el que lograríamos entendernos en una lengua desconocida con gente tan «peligrosa», como tantos otros «caníbales», coincidíamos en que nos atraía mucho la idea de gozar de la magia de la selva, y colaboraría yo con él en capturar cierto insectívoro que está en la línea del ancestro humano y le serviría para sus investigaciones sobre la visión. Pero nuestro proyecto quedó en nada, y era en realidad un sueño irrealizable el de encontrar la planta de Cummings sin conocer su identidad botánica.

Sin embargo, mucho tiempo después, cuando estuve en Harvard en el año 1962, en el museo botánico de la universidad vi una gran bandera que atravesaba la calle: «Exposición de botánica económica». No sabía yo qué era eso de la botánica económica, y luego supe que simplemente se trataba de plantas que tienen consecuencias económicas. Y allí, en esa exposición, entre tanta ventanita (cada una con sus artículos, con sus fotos, muestras de plantas...) me encontré con una liana retorcida y con una publicación del museo titulada: «La identidad botánica de los narcóticos malpigiáceos sudameri-

*Los onirofrénicos*

canos». Yo no había oído ese término «malpigiacos» anteriormente, pero lo que me interesó especialmente fue una foto de indígenas azotándose. Me dije: aquí está la planta que busco. Y ya alguien la ha identificado, por lo que resultará posible encontrarla. Y como estaba en los Estados Unidos con una beca Fullbright, y tendría que regresar pronto a Chile, ¿qué me costaría hacer escala en Bogotá? Siendo cosa de tomarme un bus hacia el Putumayo, me pareció que podría hacerlo, e incluso estaría al alcance de mis bolsillos armar una pequeña expedición.

Mientras tanto, la secretaria de la exposición me vio tan interesado en el asunto, que me dejó ver la biblioteca del museo, en que había muchas cosas sobre la ayahuasca, que estudié asiduamente leyendo artículos de viajeros, antropólogos, botánicos... y entonces me llamó la atención la reiteración de ciertos temas en las descripciones de lo que leía, y también en los relatos de lo que dicen los indígenas, así como en aquellos de los que van a curarse con los chamanes. ¿Por qué tanto tigre? ¿Por qué tanto jaguar? ¿Por qué tantas serpientes? ¿Por qué tantas águilas? Y el tema del vuelo. Sentirse volando...

Yo tenía una mente más científica que médica en aquel tiempo; después me empezó a interesar la gente, pero en esa época yo era muy frío. Diría que era un poco autista. A veces me preguntaba si tenía una esquizofrenia simple, de esas sin síntomas, que solo pierde el sentido de la vida.

Como científico, me interesaba saber si estas imágenes serían inducidas por la cultura (porque, al pertenecer una persona a una cultura indígena, le explican que son estas las cosas que se ven, o tal vez lo aleccionan para que trate de ver estas cosas), o si efectivamente eran efecto de la bebida. Después, cuando estuve en el Putumayo, entendí, por ejemplo, que la

*Exploraciones psicodélicas*

serpiente es vista como guía, o como representación de un encuentro como el principio guía interior. Y me preguntaba yo: ¿será que al darle esta sustancia a una persona que no sea de la cultura indígena verá las mismas cosas? Y esta fue una de las razones por las que me interesó hacer un estudio del yagé en la Universidad de Chile. Y otra, la frecuente alusión a efectos telepáticos de la bebida; además de aquello de que permitiera soportar el dolor.

Y, por suerte, tenía yo en el Centro de Estudios de Antropología Médica de la Escuela de Medicina un jefe muy abierto, que creía más en el desarrollo orgánico de las iniciativas de sus subalternos que en organizarlos. No tenía un plan maestro, aparte de que le interesaba que ayudásemos a llevar a la medicina algo más de humanidad. Creía en la gente. Me abrió las puertas. En realidad, fue una de los grandes regalos de la vida, el Dr. Franz Hoffman.

Le propuse hacer un estudio comparativo de la harmalina y la mescalina, y me lo permitió. No me detengo ahora en porqué llegué a trabajar con la harmalina. O bien explico muy someramente que vi que el efecto bacteriostático era mayor en la harmalina que en la harmina, y que un grupo de investigadores había probado que la harmina no era alucinógena aun a dosis bastantes elevadas. Y me dije: tal vez la harmalina, que es un veneno mejor para ciertas células, actúe en el sistema nervioso de un modo más potente. La conseguí con el laboratorio Merck, que la usaba en aquel tiempo porque no había entrado todavía la industria de anilina tan fuertemente, y con anterioridad se usaba como mordiente en el uso de colorantes. Estuvo muy feliz Merck de venderme un residuo de harmalina que tenía, y con ello empecé a hacer mis investigaciones comparativas. Y ya que se me ha pedido que hable de la ayahuasca en la

*Los onirofrénicos*

terapia, conviene que explique que por aquel entonces yo me había retirado bastante de la psicoterapia. Pues a pesar de tener buenos supervisores como aprendiz de terapia analítica (nada menos que a Otto Kernberg, que después fue el presidente de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis), sentía que lo hacía mal. Sobre todo me sentía mal ante la gente con grandes problemas que me consultaba en el policlínico de la Universidad de Chile; gente muy pobre ante la que sentía yo: «Pero qué fraude este de estar en una situación de ayudar a gente por la cual no siento que pueda hacer algo verdaderamente útil». Así es que me había alejado del psicoanálisis y me había refugiado en el análisis factorial: análisis matemático de la personalidad, estudios de valores, cosas así.

Pero acompañar a la gente bajo efectos de la ayahuasca, me hizo sentirme útil en una relación de ayuda pese a que no me sentía útil cuando me ponía el traje de aprendiz de psicoanalista. Cuando me propuse simplemente acompañar a la gente en un experimento, en cambio, a veces me entusiasmaban las cosas que les entusiasmaban a mis sujetos experimentales en sus experiencias. La harmalina tenía entre uno de sus efectos el de una gran exaltación de la intuición. Y alguna gente, que era pensadora, se ponía a discurrir sobre cosas como sobre la naturaleza del demonio, del mal o de la vida misma...

En el curso de estas sesiones capté que yo podía ser útil sin hacer nada; pero no sin «hacer nada» como lo había imaginado cuando diseñé el experimento, pues había pensado que iría a estar callado, un poco como el psicoanalista que más que nada escucha. Y no. Pues me pareció monstruoso no hacer nada al acompañar a gente que estaba tan entregada a su experiencia. Abandoné ese rol de la neutralidad científica, y me resultó uno de ni siquiera hacer nada; es decir, ni siquiera im-

*Exploraciones psicodélicas*

ponerme el silencio. Y descubrí que podía servir para la psicoterapia cuando no me proponía seguir un modelo.

Posteriormente hice grupos con harmalina y mezclas (formas de la «farmahuasca», según el término de Jonathan Ott), y en estos grupos intenté hacer terapia. A veces me acercaba de una persona a otra y me enteraba de lo que estaba pasando, a veces hacía intervenciones, pero no tengo el recuerdo de haber sido muy útil en ellas. La impresión global que me queda es que la ayahuasca es terapéutica, pero un terapeuta deja de ser terapéutico cuando intenta competir con la ayahuasca. Pues cuando se toma, uno se conecta con el terapeuta interior, que es, yo diría, el hemisferio cerebral derecho, la voz de la intuición, que a veces le dice a alguien como una voz: «Mira, ¿ves esto?» Y el guía interior es una gran cosa cuando se lo puede contactar. Se han escrito libros que explican que es un camino completo aquel de encontrarse con el ángel que a uno le corresponde. Y en la ayahuasca a veces el guía interior se presenta como ángel, pero a veces como un animal amigo, como en mi libro describo el caso de una mujer que trabó amistad con un tigre siberiano. Para el resto de su vida ese tigre se le siguió haciendo presente, y ya sin la ayahuasca.

Yo diría que la terapia de la ayahuasca es muy diferente que la terapia de los terapeutas, y una manera de comenzar a explicarla es a través del tema de las visiones de animales. A mí me interesaron mucho las imágenes de animales. Toda clase de animales, y a veces no los animales clásicos del mundo arcaico y arqueológico, como el tigre, el águila y la serpiente, que son tan propios de la cultura peruana antigua, que incluso entre los incas siguieron teniendo prominencia; son también símbolos siberianos, pero esencialmente son símbolos transpersonales y transculturales.



*Los onirofrénicos*

Al comienzo se me pasó por la mente que esto podía ser una cosa telepática; un contacto mental de mis voluntarios con lo indígenas, pero después me fue pareciendo más plausible la idea de arquetipos. Es como si hubiese en nuestra mente impulsos que se presentan simbólicamente, y como si hubiese en nosotros un estrato primitivo sujeto a un cierto tabú, y ello explicara que un niño chico le tiene miedo a las serpientes, y también un mono. Hay una aversión natural a la serpiente en nosotros, pero el proceso de la cura con la ayahuasca es un proceso de hacerse amigo de los animales terribles, o llegar a identificarse con ellos.

Ahora me han pedido que le haga un prólogo a un libro sobre Leo Zeff, no sé si alguien aquí lo conocerá: *El jefe secreto*. Fue la persona de quien recibí mi primer LSD, y yo fui quien lo acompañó en su primer viaje de harmalina (o farmahuasca con base de harmalina) y resultó ser su experiencia uno de esos «casos de libro», muy parecida a alguna descrita por Mircea Eliade en su libro sobre el chamanismo. Estaba hablándome sobre un asunto familiar, cuando empezó a sentir que la mujer de quien hablaba se iba volviendo diabólica, de modo que se fue transformando su encuentro imaginario con ella en un enfrentamiento con el diablo. Y estaba él fumando mientras compartía conmigo su visión, y en cierto momento se enojó consigo mismo y dijo: «¿Hasta cuándo voy a fumar? ¡Lo voy a dejar!» Le dije: «¿Cuándo lo vas a dejar?», y me respondió: «Ahora mismo». Y efectivamente, dejó en ese momento el cigarro para el resto de su vida. Estaba tan comprometido, tan unido a sí mismo, que este acto fue como el acompañamiento trivial del hecho de que se separaba también de su mujer. Pero mientras seguía ese diálogo, y se le seguía presentando la sensación de algo demoniaco, la mujer se fue

*Exploraciones psicodélicas*

transformando en una gran serpiente. Y yo, porque había leído a Eliade, me atreví a decirle: «No te sientas amenazado de que te devore, déjate... a ver qué pasa». Y se dejó devorar. Se dejó tragar, por lo que puedo ahora decir que esa fue una de las más acertadas intervenciones terapéuticas de mi vida. Pero ¿qué puede pasar después de que uno es tragado por una gran boa o pitón? Digerirse y ser digerido. Y mi amigo se dejó digerir, y a través de ello se transformó en la serpiente; pero esto coincidió con una experiencia mística, pues la serpiente se reveló entonces como divina.

Me parece que ese es el proceso que se repite en muchas variaciones en las sesiones de ayahuasca profundas: que el animal temido se vuelve un animal amigo. Y hoy día, diría que ello es la traducción en imágenes de un proceso de integración del propio cerebro animal. Tenemos un cerebro reptiliano (al que incluso llamamos «cerebro reptiliano», primitivo o arqueoencéfalo), pero hemos sido muy domesticados por la cultura de nuestro mundo civilizado, que nos ha educado en la explotación de la naturaleza externa y también de nuestra naturaleza interna. No le tenemos simpatía a la naturaleza, sino que nos hemos vuelto sus dominadores, implícitamente enemigos. Todo el problema ecológico viene de allí, y hoy en día se ha visto lo limitada que es la ecología basada en la razón, por lo que se ha querido promover una «ecología profunda», o sea una ecología amorosa, basada en una empatía con la naturaleza, tipo san Francisco. Pero los primitivos son todos «franciscanos», por cuanto, lejos de compartir nuestra actitud enajenada ante la naturaleza, se sienten parte de ella. Y no se sienten dueños de la tierra, sino que más bien sienten que la tierra es dueña de sus pobladores.

En vista de todo lo que he explicado, hoy diría que un as-

*Los onirofrénicos*

pecto del por qué la ayahuasca es terapéutica, es porque *nos hace mas amigos de nuestra parte animal enajenada*. Ya la psicoterapia ha hecho mucho bien desde ese punto de vista, pues ayuda a la gente a conocer sus deseos, y, tomando conciencia de sus deseos, a darse cuenta de que estos no son tan ilegítimos como se ha llegado a sentir a través de la crianza. Uno se va dando cuenta, mientras más se conoce, hasta que punto los deseos han sido criminalizados; hasta qué punto el principio del placer no solo fue eclipsado por el principio de la realidad, sino que prohibido por un implícito prohibicionismo que es parte de la cultura civilizada.

Me parece que la libertad instintiva fuera una de las cosas que la ayahuasca promueve, sin que se traduzca en conceptos explícitos que uno califica como *insight*. Una de las cosas que más me llamó la atención en aquel tiempo es que la gente podía mejorar sin saber explicar cómo. Recuerdo a un obsesivo, por ejemplo, que me decía: «No comprendí nada especial, pero me siento mucho mejor». No es lo que pasa con otros fármacos, que llevan a la comprensión de esto y de aquello. Hay una sanación que no pasa por el mismo circuito. Podríamos decir que actúa la bebida como si fuera un lubricante de la espontaneidad y los deseos. Y lo mismo pienso yo del cerebro derecho, que tan proscrito está en nuestro mundo actual porque se nos ha hecho tan científica la cultura.

Hace dos siglos atrás no era tanto. Cuando Freud formuló sus ideas tuvo mucho éxito en la medida en la que no había un rigor científico como el de hoy. Hoy en día no se le dejaría pasar ni una de sus ideas. En realidad él les buscaba la contradicción a todas. Pero sirvió que pudiera en esa visión de las cosas formularla, para que se pusiera en marcha una revolución en la conciencia. La gente se puso a buscar la verdad de su sentir, de

*Exploraciones psicodélicas*

su pensar y de sus relaciones. La gente fue motivada a abrirse, a conocerse. De una forma que no ocurría antes de Freud.

Todo a causa de unas ideas tal vez un poco fanáticas. Como la idea de que el trauma sexual fuera la base del problema de las histéricas. Luego Freud cambió de idea, pues era un hombre muy abierto, cambiaba de idea a menudo. Generaba nuevas ideas en cada una de sus obras.

Entonces, hoy en día, por ejemplo... estuve yo en Rusia hace poco. Me invitaron a formar parte de un Consejo Global para el Cambio de la Educación. Yo siempre había soñado con esto. He dado muchas conferencias sobre que se necesita un cambio de la educación, un cambio que nos lleve de una sociedad patriarcal a una sociedad en que los valores femeninos y los valores infantiles estén equilibrados dentro de la mente de cada uno. Una sociedad que no sea simplemente la perpetuación del orden militar, de los antiguos bárbaros que de cazadores se transformaron en depredadores.

Así que yo ando muy entusiasmado por el mundo predicando contra la barbarie de la civilización. Digo que es una barbarie muy idealizada, que parece que la gente no se da cuenta de cuán bárbara es. Y me pareció un sueño cuando recibí una carta para hacer parte del Consejo Internacional para el Cambio de la Educación. Pero salí sintiéndome menos entusiasta. Me encontré con gente muy burocrática. Sí, estaba a mi lado la presidenta de Harvard y estaba en frente de mí el decano de educación de Stanford, había gente de todas partes: de Corea, China... pero todos muy burocráticos y sin una visión. Hasta me enojé y pregunté: ¿dónde está el espíritu revolucionario en Rusia? Y fui considerado de muy mala educación y se fueron de la sala los rusos. Tal como hacen en las Naciones Unidas.

*Los onirofrénicos*

¿Por qué digo esto? ¡Ah, sí! Porque anteayer me llegó una carta del coordinador de ese grupo, y me dice: «¿Pero qué prueba científica tienes tú al decir que el patriarcado es el mal raíz? Es muy serio lo que estás diciendo, que detrás de todos los problemas sociales está esto que llamas la mente patriarcal». Y yo le contesté: «Hay cosas que son difíciles de probar científicamente pero son obvias».

Y es que el hemisferio izquierdo, el hemisferio siniestro, es el que ha creado hoy la religión de la ciencia, o sea el dogma de que solo la ciencia puede ver las cosas o tiene la verdad. Es un hemisferio que no ve las cosas en contexto, como el procesador intuitivo, que podemos caracterizar como nuestra mente humanista, nuestra mente poética, y que un poeta romántico como Coleridge llamaba la «imaginación», y que también podemos llamar «la mente gestáltica», que al ver el conjunto, capta lo obvio. En cambio, nunca llegan a una visión de las cosas quienes solo saben pensar como una máquina de calcular, que suma dos más dos más dos, o más bien opera con bits de valor cero y uno. La razón discursiva de la ciencia apenas puede comprobar una hipótesis, y es buena cuando se trata de deducciones, pero no en el proceso de inducción, que se remonta de los datos a las teorías. Y cuando se trata de actuar en la vida, no nos sirve mucho la razón pura, porque mientras se comprueba una hipótesis y la otra y la otra... se muere el paciente.

Digo todo esto porque me parece que una de las cosas más importantes de la ayahuasca es que le devuelve a las personas el pensamiento intuitivo; a veces actuando como una especie de estimulante filosófico, otras como un activador de la inspiración, y de la correspondiente actitud de abrirse a ella, que es como un abrirse de nuestro ser racional ante la voz de nuestro

*Exploraciones psicodélicas*

ser sabio, o de nuestro cerebro izquierdo respecto al derecho. Y me pregunto si no sea este despertar de nuestro cerebro sabio lo que rescata de nuestra habitual vida insular y unidimensional, permitiéndonos además el rescate de nuestra profundidad animal y la llegada al amor.

Ya lo dije en la conferencia de Ibiza durante la mesa redonda que se propuso sobre la ayahuasca en el desarrollo humano, y diría que el efecto tan terapéutico de la ayahuasca es secundario a su efecto sobre el desarrollo humano, al disolver la paredes de la cárcel en que nos ha dejado el desarrollo en el seno de una cultura patriarcal, implícitamente represiva respecto al instinto o función organísmica y la intuición, que nos privan del florecimiento del amor.

Por esto mismo, vengo últimamente diciendo que la ayahuasca constituye un antídoto a la «mente patriarcal» —que entiendo como equivalente a lo que Freud llamaba la neurosis universal, que consideraba el resultado trágico de nuestra condición civilizada.

MIA: Nos puedes hablar de la comparación entre los cuentos infantiles sobre el matriarcado y el patriarcado, ¿no?

CLAUDIO: Eso fue una investigadora de California, Ravenna Helson. Ella estaba estudiando la creatividad en matemáticos. Su marido era un matemático de renombre. Y le sugirió que había algunos matemáticos que tenían la visión intuitiva de las cosas antes de entender su comprobación, y otros que iban paso a paso, más racionalmente. E hizo un análisis factorial que mostraba estos dos tipos de creatividad, y después quiso reiterar este estudio en la literatura. Y tomó libros para niños como un campo donde se podía obtener muchos libros para comparar, un mundo más simple que el de la gran literatura.

En este estudio que hizo veía que había un tipo de creativi-

*Los onirofrénicos*

dad que llamaba matriarcal y otro que llamaba patriarcal, apoyándose en Erich Neumann, que fue un hombre muy admirado por Jung y que hizo mucho hincapié en la evolución de la conciencia, pasando por un pasado matrístico (como se le llama ahora) hasta el mundo civilizado patriarcal, jerárquico a base de autoridad violenta. Ella ya había escogido los términos patriarcal y matriarcal, y cuando me pidió hacer un análisis cualitativo de esos libros con estas dos características contrastantes, terminé escribiendo mi libro *El niño divino y el héroe*.

Como en *El principito* de Saint-Exupéry, el niño divino no va a ninguna parte y no busca nada; solo está donde tiene que estar, está completo. En cambio, el héroe va más allá de las montañas y de la bruma, a un mundo más elevado, y combate con fuerzas malignas. Ravenna Helson había calificado a esos dos prototipos literarios —el niño divino y el héroe— como expresiones de una actitud matriarcal y otra patriarcal. Matriarcal era, por ejemplo, un libro que se llevó también al cine, *La tela de Charlotte*, que cuenta la historia de una araña que protege a un cerdo. Tejió su tela encima de este y escribió algo en ella para que ese milagro distrajera al agente de la exhibición y así no lo mataran.

Creo que no se necesita la reconstrucción de la prehistoria para que los conceptos de «matrístico» y «patrístico» sean válidos, ni para afirmar que vivimos en un mundo en que los hombres llevan el poder político, o que el mundo que tenemos es despótico, policial, insensible, competitivo y poco solidario, en que poco se tiene presente el bien común, en que cada uno quiere coger su pedazo. Si tenemos un lado femenino y otro masculino y uno se asocia a la cooperación y el otro a la competencia, debemos reconocer que predomina en nuestra socie-

*Exploraciones psicodélicas*

dad el lado masculino. Análogamente, respecto a la polaridad de explotación y cultivo, predomina claramente la explotación sobre el cultivo; e igualmente predomina la violencia sobre el afecto. ¿Acaso no es muy obvio que el aspecto que podemos llamar femenino está prácticamente ausente del mundo político y económico? La historia ha sido marcada por un ideal guerrero masculino, con sus guerras y sus ríos de sangre.

Respecto a esta mentalidad patriarcal, la ayahuasca me parece una medicina equilibrante, no solo que saca del sótano al animal que hemos enajenado, sino que permite que las personas puedan oír la voz del guía interior, que a algunos se presenta como ángeles, otras veces como voces o simplemente como una comprensión, y que puede a veces también personificarse como la musa de los poetas. Y yo creo que lo que ocurre es que un hemisferio cerebral recibe comunicaciones del otro, y ello se percibe como si viniese de otra persona.

MIA: Y esta voz interior, ¿piensas que es una proyección del conocimiento, de la cultura, o es realmente algo que está y que se manifiesta? A veces la gente pregunta, ¿es malo que yo hable con un árbol? No, lo malo no es hablar con un árbol, lo malo es que te conteste.

CLAUDIO: La gran pregunta es si te habla tu hemisferio derecho o te habla algo más allá de uno mismo, a través de este receptor que es el cerebro derecho. Yo no lo sé, pero sospecho que la intuición percibe algo que está más allá de nosotros, así como la razón percibe cualidades del mundo físico. Tenemos toda la ciencia creada por la razón, pero ella nos informa acerca del mundo externo. También en el caso del arte se trata de algo creado por la intuición, pero que es vehículo de una verdad; solo que de una verdad vivida, que es otra cara de la verdad. Y tenemos un ojo derecho y un ojo izquierdo que nos permiten



*Los onirofrénicos*

ver las cosas en profundidad porque miran desde distintos ángulos. Yo creo que de manera semejante también ocurre con nuestros dos cerebros: seríamos personas completas si tuviéramos (como debería ser normal) ambos instrumentos, la razón y la intuición; pero hoy en día la mente científica dice que la intuición es solo subjetiva y habla de cosas no científicamente comprobables, como lo espiritual. No se le quiere dar validez a algo que la ciencia no haya comprobado.

Me llamó mucho la atención un libro de un psicólogo notable —Steven Pinker— que apareció hará unos quince años. Me fui directamente al índice a ver qué decía de la conciencia, y me llamó la atención que en ese libro tan gordo hubiera solo unas pocas páginas, tres posiblemente, sobre la conciencia. Y decía en ellas que las águilas tenían ojos muy agudos que les permiten caer de muy alto sobre un ratón u otros animalitos, pero que tienen muy mal oído. Y sugería que algo semejante ocurre con la mente humana. Esta tiene algo equivalente a buen ojo que puede llegar muy lejos en la comprensión racional, pero no sirve para estudiar la conciencia. Y yo agregaría a ello que la conciencia tiene que ser estudiada por la conciencia misma, a través de una indagación fenomenológica diversa de la vía racional. El conocerse a uno mismo no es como estudiar psicología.

MIA: ¿Tú crees que alguien que ha sido educado en una religión, o en una cultura, puede recibir, bajo el influjo de la ayahuasca, presencias o conocimientos de elementos de fuera de nuestra cultura? ¿A un católico se le puede aparecer Shiva o Buda?

CLAUDIO: Yo creo que no es necesario que se le aparezca Buda a un católico. Basta con que se le aparezca Cristo. Cada uno tiene su lenguaje. Cada uno traduce la espiritualidad en sus términos, sus imágenes. Aunque puede que el espíritu le quie-

*Exploraciones psicodélicas*

ra hacer una buena pasada a un católico, sacándolo de su lenguaje, y a mí se me apareció una vez Cristo en forma de caballo —y sin siquiera beber ayahuasca. Vi una cabeza de caballo suspendida en el espacio y sentí que era Cristo, pero no lo podría probar. No tengo pruebas científicas de ello. Solo que transmitía una gran dulzura.

MIA: Las visiones no solo son propias de la ayahuasca.

CLAUDIO: La ibogaína fue una cosa que cayó en mis manos porque me encontré con un misionero en Chile, en casa de amigos, y yo le contaba de la transformación de los chamanes en panteras o jaguares. Y él me dijo: «Es semejante a lo que nosotros en África oímos muchas veces de que los hechiceros se transforman en leones». Y ha habido casos en que se le dispara a un león y se encuentra la bala en el chamán. Es algo incomprendible que bajo los efectos de lo que sea haya tales distorsiones. Y eso me hizo buscar qué usaban los africanos como planta, y ahí me encontré con un producto cuyo nombre comercial era Lambarene, que estaba en farmacias en Francia. Y me puse en contacto con el dueño del laboratorio que producía ese remedio y le pedí una cantidad para experimentar. Y fui el primer sujeto experimental con la ibogaína, que no me trató muy bien. Estaba solo en una casa y tomé 300 mg de ibogaína alcaloide. Me vinieron ganas de echarme, en cierto momento me pareció que todo giraba, que las estrellas giraban. Yo estaba dentro de una casa pero sentía como si hubiera un movimiento cósmico, una danza del cosmos: que todo estaba en su lugar, que todo se movía en órbitas fijas y todo estaba en movimiento menos yo, aquí, al centro de todo. Que yo no era partícipe de esa danza universal. Y me empezaron a dar ganas de participar. Pero para eso había que decir: hágase la voluntad de Dios. Y yo tenía un inconveniente: quería ser im-

*Los onirofrénicos*

portante. Y si decía: hágase la voluntad de Dios... capaz que sea polvo, que Dios no tenga otro designio para mí. No estaba yo preparado para eso. Y tuve como tres minutos de espera, sintiendo que tenía el interruptor a mano, que podía cambiar y ser parte del todo, como decidir que ya cedo mi voluntad propia, mi control de mi propia vida. Pero no me dieron más que tres minutos, y empezaron los *cartoons* después, dibujos animados para el resto de la hora. Sentí que muchas personas no tienen más que eso. Bueno, ibogaína ¿por qué llegué a la ibogaína? No me acuerdo.

MIA: Vamos a intentar entrar en la ayahuasca. La ayahuasca ha sufrido últimamente un proceso de expansión internacional y se le da una credibilidad que antes estaba totalmente fuera de lugar. Se acepta partir de los experimentos con el estrés post-traumático a través de la necesidad que tienen los americanos de tratar a los veteranos de guerra que sufren una problemática difícil de resolver porque la psiquiatría que estudiamos tú y yo está más enfocada a tratar el síntoma que no a realmente ir al foco, a la razón, a la profundidad. ¿Tú crees que la ayahuasca puede ser realmente esa ventana que abre esa oportunidad de, en vez de tratar síntomas, empezar a tratar causas?

CLAUDIO: Sí, yo diría que, más allá de los síntomas, lo que trata la ayahuasca principalmente es la neurosis universal; esa neurosis universal que Freud postuló y que después Erich Fromm describió como un defecto compartido que por ello no nos llama la atención como una perturbación. Nos vemos en la loca situación de decir: ¿cómo nosotros, personas normales, hemos creado este mundo tan problemático? Solo que no somos personas sanas, pero compartimos la misma insensibilidad, la misma falta de empatía, la misma tendencia explotadora, el mismo autoritarismo, el mismo espíritu de conquista,

*Exploraciones psicodélicas*

que son propios de la sociedad y cultura patriarcal. Yo creo que la ayahuasca constituye una cura para la mente patriarcal, y que lo demás son detalles. Y parte de la recuperación consiste en que surge en los grupos de ayahuasca un gran espíritu fraterno, algo como una recuperación del corazón. Obviamente, hemos perdido el sentimiento fraternal de ciertas culturas primitivas, en tanto que para los indígenas el sentimiento del «nosotros» es más importante que el sentimiento individual. Me gusta citar eso de la «participación mística» sobre la que escribía Lévy-Brühl hace como un siglo al describir la mentalidad de los primitivos. Solo que pensaba que los primitivos no dicen «yo» porque aún no han desarrollado el yo; en cambio, no creo que no hayan desarrollado el yo, sino que el yo les pareció una cosa demasiado pequeña en contraste con el sentimiento de la humanidad, y por ello prefieren decir «nosotros». Lo sentí muy fuertemente durante una conversación con alguien que yo no sabía que era indígena: Gustavo Esteva, el rector de la Universidad de la Tierra, en Oaxaca, heredero intelectual de Ivan Illich. En un momento en la conversación me dijo: «No existe el yo». Y me pregunté: «¿Será que estará leyendo algo de budismo este hombre?» Pero a continuación dijo: «Nosotros, los zapotecas, no creemos en el yo. Nosotros decimos “nosotros”». Y frente a esta persona concreta, ¿cómo podía decir que no tenía él un sentido del yo? Más bien, era alguien que sabe que el «nosotros» es más, y es más grande hablar de nosotros.

MIA: ¿Piensas que la ayahuasca es una solución en sí misma o es una herramienta que tiene que estar en manos de facilitadores, guías, psicofármacos, terapeutas? ¿Crees que la gracia está en ella o el poder de curación que tiene está en la utilización por parte de esos facilitadores?

*Los onirofrénicos*

CLAUDIO: Hoy en día hay chamanes y maestros, pseudochamanes y dueños de bar, camareros de la ayahuasca. Y cuesta elegir entre estos, porque de los maestros no se sabe si son maestros o charlatanes, y también con los chamanes ocurre que hay muchos chamanes para los turistas, mucho negocio en satisfacer el deseo de drogas del público, por lo que a veces puede ser más saludable uno de los grupos de Mía, que te dice: «Te ofrezco una bebida bien preparada y buena música, y aunque no pretendo ser un maestro, te cuidaré».

Yo no tengo duda intuitivamente de que bajo efecto de la ayahuasca la mente percibe estímulos que vienen de una conciencia superior. Que si se toma ayahuasca en presencia de un chamán verdadero, la presencia del chamán tiene una influencia. Por eso también la música en la ayahuasca puede tener una gran influencia, pues la música hace presente la mente del compositor, transmite vivencias.

Conviene que se tome la ayahuasca en compañía de una persona madura, de cierta sabiduría y capacidad de ayuda. Pero ¿dónde se pone la línea entre el profesional o el aficionado? Es muy relativo, como en la psicoterapia misma, como dice Thomas Szasz. Es una línea un poco artificial. Un terapeuta profesional, ¿es siempre más capaz de ayudar que un buen amigo o que una persona de cierta calidad que ha llegado a tener una capacidad de ayuda no a través de estudios de psicología sino por la vida? No lo sé, pero tengo la impresión de que la psicología es en buena parte una venta de certificados, y no es tan relevante como se piensa a la maduración personal. Los que han aprendido psicoterapia a través de una universidad no son necesariamente buenos psicoterapeutas porque la psicoterapia, como la música, no se aprende en universidades. Hay que «tener dedos para la guitarra», hay que

*Exploraciones psicodélicas*

aprender a partir de otros parámetros: el espíritu de búsqueda, el encuentro con ciertas personas que tienen algo que transmitir. No se presta siquiera la universidad a aprendizajes vivenciales como los que requiere la formación terapéutica.

Entre quienes se interesan en los alucinógenos seguramente predomina el deseo de que se liberen estos de todo control y que la gente haga y coma lo que quiera; pero creo que este antiautoritarismo, aunque comprensible en reacción al espíritu represivo de la política, no es tan sabio, y más valdría que en el futuro llegásemos a un orden comparable al de las sociedades chamánicas, en que se reconoce la capacidad especial de los especialistas y el hecho de que los sanadores y guías pueden contribuir al buen fruto de los viajes psicodélicos con su mera presencia. Pero no creo que para llegar a ello sea efectiva la simple prohibición. Más vale que se privilegie la oportunidad de una formación adecuada a las personas aptas, y que el público termine reconociendo la conveniencia de acudir a los guías más idóneos.

Me parece importante reconocer, además, que aun cuando un ideal es bueno, el intento de llegar a este a través del autoritarismo termina mal. Nadie lo comprendió tan bien, me parece, como Ivan Illich, que lo explicó muy elocuentemente en una entrevista de cinco días de duración que se le hizo antes de su muerte y se publicó después como *Los ríos al norte del futuro*.<sup>10</sup> Básicamente, dice que existe en el mundo moderno una forma del mal que no existía antes, cuando no había llegado a tanto progreso. Y habiendo sido Ivan Illich, además de teólogo y antropólogo, un historiador del Medievo, llegó a la

10. Cayley, David, *The rivers north of the future. The testament of Ivan Illich as told to David Cayley*. Anansi, Toronto, 2005.

*Los onirofrénicos*

convicción de que nada contribuyó tanto al mal tan refinado del mundo de hoy como el resultado del intento de la Iglesia de institucionalizar el Evangelio cristiano. Esto lo dice un teólogo profundamente cristiano, que no duda de que Jesús fuese el único hijo de Dios. Y resume el pensamiento en la frase latina *corruptio optimi quae est pessima*, que significa que la corrupción de lo más alto lleva a lo peor. La misma idea que Shakespeare formula en un soneto al decir que «cuando los lirios se pudren, huelen peor que las demás flores». ¿No es cierto también que la carne hiede más en su putrefacción que las proteínas vegetales?

Pero en el caso del espíritu inquisitorial de la Iglesia, debemos distinguir la imitación de Cristo inspirada por la devoción verdadera de la obligación de ser cristiano y de la prohibición del pecado, por válido que sea «que cada uno lleve su cruz», y sonriente si es posible; y otra cosa muy diferente es la obligatoriedad de la perfección estimulada a través del castigo. El efecto es completamente diferente, pues donde se exalta el superego a expensas de la libertad del animal interior, desaparece la salud mental.

MIA: Tú eres un músico excelente. ¿Eso es un don o un mérito? ¿Se puede comparar con lo de ser un buen guía, un buen facilitador o un buen chamán? ¿Eso es un don o un mérito? ¿Es algo que se trabaja o es algo que se recibe?

CLAUDIO: Yo creo que se trabaja, pero de una manera diferente a como se intenta educar a los terapeutas. Quien quiere formarse como terapeuta estudiando modalidades de intervención o estrategias y desentendiendo el elemento dialógico, sobre todo la propia formación como persona, no llega muy lejos. La formación que se requiere pasa por el autoconocimiento, la propia liberación de condicionamientos obsoletos, el desa-

*Exploraciones psicodélicas*

rrollo del amor y otras competencias desestimadas por los programas universitarios. Eso debía ser la formación principal de la terapia, de manera semejante a como en el psicoanálisis siempre se reconoció que era necesario psicoanalizarse para hacerse analista. Solo que hoy, quedarse en el psicoanálisis es un poco retrógrado, y hay medios más rápidos, y creo que sería una pérdida de tiempo no usar los tres atajos psicodélicos: el de las sustancias tipo ayahuasca, el de los fármacos que abren el corazón y el de aquellos que disuelven el pensamiento racional, como el LSD.

MIA: ¿Estás de acuerdo con la afirmación de que la ayahuasca es psicoterapia en jarabe? ¿Cómo la definirías? Es como psicoterapia en jarabe, en pócima, en líquido.

CLAUDIO: Creo que no es una buena manera de pensar, porque la experiencia que se tiene al tomarse el jarabe depende de muchas otras cosas. Depende mucho de la motivación, depende mucho de la capacidad de entrar en relación con quien te acompaña... Y aun cuando pensamos una sesión de ayahuasca como una sesión de terapia con tu guía interior, entran en ello los mismos obstáculos que en la terapia ordinaria, como la transferencia y la transferencia negativa. Mucha gente tiene transferencia negativa con Dios y con los espíritus y lo intuitivo. Hay gente que está muy cerrada a lo que no sea su mente ordinaria.

MIA: Fericgla acuñó un concepto, habla de una conciencia dialógica en la que el yo se escinde y uno entabla una conversación consigo mismo, y esa capacidad de reconocer al otro, no de ver la imagen de uno en un espejo, sino de verse a sí mismo como algo ajeno a uno, lo cual vendría a ser un estado psicótico, una escisión de la identidad del yo, no solo la ayahuasca la permite, sino que se puede aprovechar esa situación, aprender



*Los onirofrénicos*

de verse uno a sí mismo, siendo uno el que está mirando y siendo uno el objeto mirado. ¿Crees que esto es así?

CLAUDIO: No me he planteado cosas así. La idea de Buber de lo dialógico no es que se puede conocer al otro, sino que se debe reconocer al otro como alguien a quien no se conoce. Se respeta más al otro al tratarlo como un desconocido que al echárselo uno al bolsillo al pensar que lo comprendemos perfectamente.

MIA: ¿La voz interior soy yo?

CLAUDIO: La voz interior es un yo que no se percibe como yo. Fenomenológicamente, es otro. (Tal vez porque lo que llamamos «yo» es una identidad demasiado aparejada al cerebro izquierdo).

MIA: ¿Es un yo sin identidad?

CLAUDIO: Tal vez sin identidad. En las tradiciones de meditación se busca abrir la identidad individual como para encontrar una identidad universal, pero esa identidad universal es un poco como nada. Por eso es tan entusiasmante lo que plantean los físicos cuánticos, que dicen que la realidad cuántica tiene propiedades de la mente y no es local. Lo que pasa en una partícula está en resonancia con lo que ocurre a distancias mayores que lo que permitiría una comunicación a la velocidad de la luz. Es como que todo está unido en el mundo cuántico, y ello constituye una prueba científica de que aun en el mundo material hay un espacio subyacente a lo observable que es como la mente. La mente tiene una dimensión ordinaria y una dimensión profunda, que algunos conciben como un yo profundo, pero tal vez sea más sabio llamarlo «no-yo», o no llamarlo, o aludir a ello como misterio. Así, a lo que en Occidente llamamos Dios se concibe en el yoga como la profundidad de la mente.

*Exploraciones psicodélicas*

MIA: Educación y ayahuasca. Tú, que eres un experto en educación, ¿piensas que la ayahuasca puede realmente ser un elemento para la educación?

CLAUDIO: Cuando se deseducan los educadores. Están tan programados por su formación académica para que la educación sea como es y para que lo que no es parte de la práctica habitual no se considere educación, que suelen ser los últimos que entienden; sobre todo, por lo que han invertido al dedicarle tantos años a meterse ese modelo en la cabeza...

Una vez me preguntó alguien después de una conferencia si me parece oportuno dedicarle tantas energías a cambiar el sistema, y si no sería mejor ponerlas en la creación de una educación nueva, al margen del sistema. Y puede que sea así, ya que las burocracias son tan pesadas. El mundo fosilizado es tan difícil de cambiar que tal vez la comunidad deba crear otras situaciones; centros educativos no oficiales, con otros objetivos y otra gente. Con objetivos de desarrollo humano y no que el individuo sea un corderito que sirva a la producción.

MIA: Tú hablas de deseducar y volver a educar. ¿Es resetear y volver a programar? ¿Piensas que no es posible la transformación de...?

CLAUDIO: ¿...de los educadores? Son tantos, y están movidos por políticos que han sido tan poco sabios hasta ahora... A veces me pregunto si son las voluntades de ciertos individuos las que mantienen todo como está o si se trata de una voluntad sistémica, algo así como lo que se llamaba «el diablo», que no está en ninguna parte, pero se podría entender como una mente implícita en la inercia del grupo, la mente del gobierno, y sobre todo la mente de la burocracia. A veces las personas con buenas intenciones parecen arrastradas por conformidad al espíritu de un ministerio, por ejemplo.

*Los onirofrénicos*

MIA: Cuando hablas de la educación, hablas de la integración de lo intelectual, de lo emocional y de lo instintivo. ¿La ayahuasca influye en lo emocional, influye en lo instintivo e influye también en lo intelectual?

CLAUDIO: Ayuda a callarse. A lo que más ayuda es a eso que busca el yoga: dejarse caer, relajarse, no buscar en otra parte; dejarse caer hacia dentro. No es un dejarse caer tan profundo en sí, pero suficiente como para que empiecen a emerger las imágenes o las intuiciones, o bien un sentir dulce como de haber llegado a casa. Y es esa paz lo que se busca en el yoga. Una buena sesión de ayahuasca es un gran reposo cálido del que surgen los consejos y las visiones; y a partir de la cual se empieza a producir una digestión psíquica que es como un re-arreglar las cosas por dentro. Yo creo que sería fantástico en la educación si los educadores llegaran a abrirse a tales experiencias, y puede que llegue a ocurrir, pero hasta ahora no se ha visto. Y hasta ahora los educadores son un poco más convencionales que otros grupos. Hasta las empresas comerciales innovan más, están más al día, están más abiertas. La educación es la más obsoleta de nuestras instituciones, modelada en el siglo XVIII para crear una fuerza de trabajo con gente que no piense mucho.

MIA: La mayoría del público son psicólogos. ¿Qué les contamos de la ayahuasca respecto a la psicoterapia?

CLAUDIO: ¿Qué les contamos? Que hay que conocerla personalmente. Hay tantas oportunidades hoy. Un viaje a Brasil, un viaje a Colombia... vale la pena tener una experiencia de ayahuasca alguna vez en la vida. A veces uno se saca la lotería y le resulta una experiencia que cambia la vida. Otras veces no, y en ocasiones la gente lo pasa muy mal. Hay gente que físicamente vomita mucho, y es como si hubiese una defensa contra el efecto visionario de la ayahuasca. Lo que en otras

*Exploraciones psicodélicas*

experiencias son infiernos psíquicos, aquí se manifiesta somáticamente. Hay personas que están como abiertas o preparadas para la ayahuasca y otras no. Pero los que no, por lo menos se dan cuenta de que están en una situación de poca amistad con su animal interior.

MIA: ¿Y por qué se habla de ayahuasca y psicoterapia y no tanto de LSD y psicoterapia o de ibogaína y psicoterapia? ¿Por qué crees que ese binomio está mejor establecido que con otras sustancias con también estas capacidades?

CLAUDIO: Bueno, el hecho es que, con la ayahuasca, la persona no pierde tanto su foco habitual. No se desorienta, no pierde la identidad, no tiene alteraciones del tiempo y el espacio... está más cuerda. Fundamentalmente, lo que pasa es que mira, visiona, así que comprende cosas. Está más dentro de lo aceptable y no ocurren cosas peores que vomitar. No amenaza, no cambia tanto la mente, no es tan radical como el ácido lisérgico, o incluso los hongos mexicanos.

MIA: ¿Despersonaliza menos la ayahuasca? ¿Crees que despersonaliza menos? ¿Sería una de las maneras de definirla?

CLAUDIO: Despersonaliza muy poco y es suficientemente desagradable como para que no se la prohíba. Si fuera más agradable, eso favorecería que se prohibiera.

Mia: ¿Ayahuasca con sabor a fresa no es una buena solución?

CLAUDIO: Tendría que ser un sabor interior a fresa.

Mia: Yo no sé si Nando deja que la gente pregunte, si hay cosas interesantes. Hay realmente una expansión. Nuestra sociedad vive...

CLAUDIO: Pero no es solo la ayahuasca. Acabo de tener noticias que en Chile se ha aprobado una ley para el uso médico de la marihuana. En Chile, no me lo hubiera esperado nunca, porque es muy convencional. Algo está cambiando.

*Los onirofrénicos*

MIA: ¿Tu regularías, aceptarías, estás a favor de una legalización de las sustancias psicoactivas expansoras de la conciencia?

CLAUDIO: De lo que estoy seguro es que no debería que prohibirse su uso terapéutico. Es demasiado útil todo este grupo de sustancias como para cerrarles el paso. Creo que se debería abrir un canal válido. Pero abrir un canal válido es diferente a proponer que esté todo libre... No estoy tan seguro de esta segunda opción, que podría llevar a complicaciones. Para mí, la mejor metáfora es la del fuego, que puesto en el centro de un salón te quema la casa, pero puesto en la cocina o en un horno industrial resulta tan útil. Son como el fuego los psicodélicos, por cuanto son una gran fuerza que requeriría ciertas medidas, ciertos cuidados. Me parece muy voraz el deseo que pide: ¡quitemos ya todas las leyes!

MIA: Una persona pregunta si en una sesión de ayahuasca es necesario el hecho de tener un objetivo, una intención, algo a conseguir, o si realmente solo el permitir es la opción correcta.

CLAUDIO: Yo creo que es bueno preguntarse de antemano lo que uno quiere y también he oído explicaciones de que el «Daimé» se llama así porque se pide «dame, dame, dame»... Como la plegaria, sirve al menos para la propia clarificación. Pero también es cierto que cuando se está en la experiencia conviene la entrega y cierta fe en que hay algo que sabe más que nosotros lo que verdaderamente necesitamos. Y a veces uno se da cuenta posteriormente de que es como si hubiera recibido lo que necesitaba aunque no lo había sabido pedir conscientemente.

MIA: Alguien que fuera a Ecuador a una sesión y encontrara un chamán, y fuera a la selva y tuviera un trabajo con él y no sintiera absolutamente nada, ¿cuál es la postura que tendría que tomar? ¿Te refieres a que te devuelvan el dinero? [risas] Al-

*Exploraciones psicodélicas*

guien que haya ido con esta ilusión, con este objetivo, y que no le haya pasado nada...

CLAUDIO: He visto eso ocurrir. Invité a uno de los más notables chamanes, un hombre de un centenar de años, y nunca había visto tantas personas que no sintieran, que no les pasara nada. Aparentemente bebían lo mismo que los demás, pero no les pasó nada. Pero nada puedo decir respecto a si fuera una buena experiencia para ellos el ser confrontados con que algo faltó para que les pasara algo.

MIA: Las tres primeras veces que yo tomé no sentí absolutamente nada...

Bueno, hoy es el cumpleaños de Claudio y en vez de regalarle nosotros a él, nos ha regalado él a nosotros. Le agradecemos esto y le felicitamos por su cumpleaños.

[Aplausos]

#### 4.4 RETROSPECTIVA DE UNA EXPERIENCIA PERSONAL DE MÁS DE CIEN SESIONES CON LA UNIÃO DO VEGETAL

El documento que cito a continuación es excepcional por cuanto pretende resumir la experiencia de una persona con más de un centenar de experiencias de ayahuasca a partir de los relatos acumulados en el curso de varios años. Viene, entonces, a responder a la pregunta acerca del efecto de sesiones repetidas de ayahuasca de manera más satisfactoria que mis entrevistas en mi libro anterior a personas que han formado parte de las religiones ayahuasqueras del Brasil, que no se basaron en un análisis de escritos previos, sino que solo en una mirada retrospectiva a largo plazo. Se trata, además, de una persona con formación y experiencia terapéutica, y de alguien que formó parte durante años de la União do Vegetal.

Es de especial interés, me parece, que, en síntesis, muestra Asunta Hormachea una evolución semejante a las personas que logran encontrarse con su «animal interior», con su «espíritu guía» y con una «muerte psíquica» en el curso de apenas una o dos sesiones, y debo confesar que a la luz de su relato me siento menos crítico ante la poca visibilidad del progreso de los muchos que consumen ayahuasca en la cultura ayahuasquera de Brasil. Tal vez les falte peso a su orgullo en sus doctrinas, una mejor comprensión del proceso de transformación, de sus componentes y de cómo «trabajar en sí mismos» entre sesión y sesión, o un contexto más propicio a la liberación que el autoritarismo, pero sugiere el texto que sigue que, pese a todo, la ayahuasca logra llevar poco a poco a algunas personas a la conciencia de sus aberraciones, a la confianza en la entrega a un proceso sanador, al despertar de la vida instintiva del animal sano que llevamos dentro, al amor y aun a la devoción y el Espíritu.

EL RETORNO A LA INOCENCIA  
por Asunta de Hormaechea

Me pide Claudio que escriba unas líneas sobre mi experiencia en la toma de ayahuasca. Aunque han pasado ya muchos años desde aquellas experiencias, el recuerdo está vivo en mí y aún son fuente de inspiración y comprensión de mí misma, del fenómeno humano y de la dinámica psíquica inconsciente.

He querido llamar a este artículo «El retorno a la inocencia» porque, visto con la perspectiva del tiempo, puedo ver una secuencia, que entonces no vi tan claramente, desde la neurosis hasta el reconectar con mi yo más profundo o self. Lo que marca claramente la secuencia es, si no la disolución, al menos sí el ablandamiento de la coraza caracterial, hasta poder situarme en la vida con otra perspectiva.

Por aquel entonces, yo estaba sumida de lleno en mi formación como psicoterapeuta y haciendo un análisis sobre mi carácter. Estaba queriendo comprender cuáles eran mis dificultades, cómo generaba las dificultades en mi vida, cómo me repetía a mí misma y cuáles eran mis puntos ciegos.

Una parte de ese trabajo personal en el que estaba inmersa era la observación de mi estructura a través del conocimiento del eneagrama. Me había situado en el eneatispo 9 o Pereza.

Durante un periodo de varios años tuve la oportunidad de tener algunas experiencias con ayahuasca. Entre experiencia y experiencia podían pasar varios meses e incluso un año, pero aun así tuvieron un claro hilo conductor y una influencia directa en el desarrollo de mi trabajo personal.

Realmente podría decir que fue una retroalimentación mutua; en la medida en que avanzaba en mi autoconocimiento las



*Los onirofrénicos*

experiencias fueron evolucionando y, al mismo tiempo, las comprensiones a través de las experiencias hicieron que mi trabajo avanzara.

Cada una de ellas fue muy intensa y con una gran cantidad de imágenes y símbolos que no entraré a analizar pormenorizadamente en estas líneas.

Las primeras experiencias me mostraron con una gran claridad y profundidad todo aquello que yo ya había comprendido en mi trabajo terapéutico personal. Dicho así parece no tener mucha importancia, pero fue de una gran trascendencia, ya que aquello que yo ya «sabía» se convirtió en una comprensión profunda que iba mucho más allá de la comprensión que hasta entonces había tenido. Podría decir que la comprensión se encarnó, se hizo viva, celular, orgánica. «El verbo se hizo carne» fue una frase que me vino en aquellos momentos y que describía fielmente lo que estaba sintiendo.

Tengo que decir ahora que sé que traducir a palabras las vivencias que se dan en otro plano más profundo, y más simbólico, de la mente es sumamente difícil, si no imposible. El discurso verbal pertenece a la secuencia espacio tiempo bidimensional, pasado-presente-futuro, mientras que las experiencias trascendentes del mundo interno pertenecen a un presente total, multidimensional.

Describir con palabras una sinfonía de uno de los grandes maestros de la música es prácticamente imposible. La cantidad de instrumentos, notas, acordes, silencios, que se dan simultáneamente no son transmisibles verbalmente. Describirlos uno por uno linealmente haría que se perdiese la grandeza y no nos daría una idea fidedigna de lo que la obra interpretada es. Podríamos tener una idea mental pero no la experiencia vívida que se da al escucharla. Así ocurre también con las experiencias del mundo

*Exploraciones psicodélicas*

interno: tanto si se producen espontáneamente en los llamados estados de gracia o místicos, a través de la meditación o, como en este caso, facilitado por una sabia y ancestral mezcla de plantas enteógenas, ningún relato verbal puede dar una visión adecuada de lo que la experiencia es.

Después de esta disquisición, vuelvo de nuevo a la secuencia de experiencias.

Ver cómo mi carácter, y sus múltiples guiños, se interponían entre yo misma y la realidad fue de un impacto brutal.

Poder ver nítida y claramente como mi ego, mi estructura neurótica, tomaba el mando en determinadas ocasiones a pesar de mí misma, me sirvió para ir desidentificándome de todos esos automatismos condicionados desde la infancia a los que habitualmente llamamos «yo».

Me sirvió para ver con claridad que yo era diferente a lo que hasta entonces había imaginado. Me vi habitando, atrapada, dentro de una jaula: el carácter, la estructura.

Decimos «yo soy así» o «yo soy asá», cuando en realidad lo que realmente somos permanece silenciado y escondido bajo una estructura rígida y repetitiva.

A esta estructura la llamo «la jaula» porque así la vi y la vivencí y me parece que es una imagen bastante real de lo que realmente nos ocurre. Una jaula metálica en la que estamos aprisionados. Según las distintas estructuras o grados de salud o neuroticismo, tenemos más o menos barrotes, más gordos o más finos, ondulados o rectos, pero barrotes al fin y al cabo. También debo decir que sin un mínimo de estructura, de jaula, estaríamos en el campo de la psicosis. La jaula, en cierta medida, es necesaria; el problema es que se hace demasiado grande, se convierte en autónoma, automática, inconsciente, y toma el mando. Nosotros nos identificamos con ella quedando convencidos de que «eso soy yo».

*Los onirofrénicos*

Se hace necesario, pues, tomar conciencia de cómo es nuestra jaula, de cuáles son los automatismos, recuperar la capacidad de decisión en cada situación de nuestra vida en vez de responder mecánicamente. Aligerar barrotes, poner nuestras estrategias conscientemente al servicio de nuestro ser. En definitiva, ganar conciencia y libertad.

En alguna de las experiencias que tuve con la ayahuasca pude vivir claramente esta división entre lo que yo soy realmente y la estructura que se sobrepone. Es más, pude oír cómo en un momento de reconocimiento de la esencia y rendición ante la unidad con el todo, la estructura decía «pues si yo no puedo mandar, si no es para mi beneficio, no cedo el lugar».

Así que el primer descubrimiento fue ver como yo estaba colonizada por una estructura ajena a mi misma esencia, a mi ser real, que había tomado el mando, y dentro de ella me sentía como una niña pequeña y desamparada.

En sesiones posteriores pude ir viendo aspectos concretos del funcionamiento de mi estructura. Uno de los primeros aspectos que apareció con claridad fue ver cómo una gran parte de mi energía cotidiana estaba dirigida a seducir en general, y a seducir a los hombres en particular, al tiempo que rivalizaba con las mujeres. Me podía ver sola frente a los hombres y, detrás de mí, donde apenas podía verlas o prestarles atención, a las mujeres. Si los hombres me veían, me valoraban, sobre todo si me deseaban, yo tenía valor y, evidentemente, me las arreglaba para que esto fuera así.

Al mismo tiempo, la rivalidad con las mujeres era soterrada y sutil. Un secreto convencimiento de que yo valía más que cualquiera de ellas, a las que podía considerar como «tontas».

En mi vida cotidiana tenía amigas pero ahora estaba viendo que, aun así, en lo más profundo de mí había un considerarme superior, como si yo fuese especial y diferente a todas ellas.

*Exploraciones psicodélicas*

Aun viendo todo esto no puse en cuestión mi ubicación en el eneatis tipo pereza. Las profundas y vívidas comprensiones que me proporcionaba la ayahuasca no se traducían de una forma inmediata en comprensiones o cambios en mi vida cotidiana. Aún tuvo que pasar un tiempo hasta poder cuestionar mi ubicación y pasarme al eneatis tipo Orgullo.

Quiero detenerme un momento en este punto, pues me parece que merece atención señalar cómo transcurre el proceso de cambio. No por el mero hecho de haber visto y comprendido algo en un estado lúcido esto se convierte en un cambio inmediato en nuestro estado habitual de conciencia. Aún tenemos que hacer el trabajo de traer esa comprensión a nuestra vida exterior, hacer el propósito y el esfuerzo de no olvidar lo vivido. Corremos el riesgo de que, de vuelta a las rutinas cotidianas, nos atrape la mecanicidad y olvidemos lo vivido en una experiencia como olvidamos los sueños.

Necesitamos tomar conciencia en nuestra vida cotidiana de aquello que nos ha sido mostrado, pues es en la vida cotidiana donde realmente podemos hacer los cambios. Es decir, cambiar, evolucionar, crecer, sanar conlleva un trabajo voluntario y consciente en el día a día. Requiere no olvidar aquello que comprendimos y estar atentos a cómo y cuándo surge en nuestro quehacer lo mecánico. Es realmente un Trabajo, con mayúsculas, como Gurdjieff denominó a la observación de sí.

Aunque también es cierto que algunas experiencias de especial profundidad son transformadoras por sí mismas.

Después de volver a la vida cotidiana y tratar de ver cómo funcionaba en mí la seducción llegué a sentirme atrapada en una tela de araña. Una tela que yo misma tejía y de la que era la principal presa. Al tiempo que fui viendo como esta red me ahogaba, pude ir viendo a los hombres de carne y hueso, y pude ir aprendiendo a

*Los onirofrénicos*

relacionarme con ellos en una forma real y no sujeta a mis fantasías. Simultáneamente las mujeres aparecieron ante mí también en una forma real, admirándome yo misma de que entre ellas había muchas muy valiosas. Nunca antes había mirado a una mujer como valiosa o «preciosa», en el sentido que los tibetanos dan a este término.

Poco a poco pude ir viendo otros aspectos de mi estructura y cómo estos eran para mí una muerte en vida. Mi tendencia a agrandar, a ablandarme ante peticiones de los demás, intentar pulir diferencias, estos factores que ya había localizado anteriormente y que fueron los que me llevaron a colocarme en el eneatipo 9, aparecían ahora ante mí como parte de mis estrategias de seducción, y aparecía también claramente cómo esto me perjudicaba.

Paulatinamente fui conectando con mi fuerza interior, que se presentó en forma de una pantera de movimientos ágiles y suaves con la clara determinación de alcanzar su objetivo, y vi también claramente la tendencia del ego a tomarla para su propio engrandecimiento, para hacerme sentir poderosa. Me llegó también la comprensión de que se trataba de usar la fuerza con humildad, sin enorgullecerme, poner mi fuerza al servicio de algo mayor.

Me preguntaba a mí misma cómo sería esto de sentirme más real y más fuerte y, al tiempo, usar la fuerza con humildad; la respuesta fue clara, «hacerme a un lado para que la energía fluya». En este, y en otros momentos, aparecieron mis dos realidades: mi ser interno y mi ego, como totalmente antagónicos y en pugna. A esta comprensión de que se trataba de dejar que la energía fluyese se contrapuso inmediatamente el ego queriendo tomar el mando, como ya he comentado anteriormente. Así que me sentí atrapada entre abandonarme o controlar. Estar al servicio de algo mayor o actuar en un supuesto beneficio propio.

*Exploraciones psicodélicas*

A partir de aquí empezaron a aparecer dos temas paralelamente: sentirme con el corazón cerrado y sentir que lo más instintivo lo tenía prohibido. Así que aquí se abrieron dos líneas de trabajo que se fueron entrecruzando. Empecé a comprender que para abrir el corazón era necesario que «perdiera» la cabeza. Esta pugna ya la había visto casi un año atrás pero ahora aparecía con gran claridad: o me dejaba fluir, abría el corazón, o mandaba mi ego, que ahora podía situar claramente en la cabeza, en todas las ideas preconcebidas acerca de mí y del mundo. Todo ese conjunto de prejuicios, creencias, equivocadas conclusiones, que nos componen y que en gran parte permanecen fuera del alcance de nuestra conciencia y de nuestra volición o, dicho de otro modo, permanecen inconscientes aunque las actuemos cada día.

Como el trabajo personal continuaba entre experiencia y experiencia, cuando llegaba a una nueva sesión llegaba con una idea de qué quería explorar. No se trataba de dirigir o manipular la experiencia desde la cabeza pero descubrí que si llegaba a la sesión con una intención, con una pregunta sincera, de una u otra forma, la ayahuasca me daba la respuesta.

En este punto empecé a sentir la necesidad de conectar con mi «guía» interior, esa parte más sabia de nosotros mismos a la que habitualmente no escuchamos. La sesión a la que llegué con esta intención comenzó con la visión de las fuerzas del mal desplegándose con toda su ferocidad; en ese momento me siento pequeña, muy pequeña, y comprendo que estoy sola (estamos solos), y que yo sola me tengo que enfrentar a esa realidad y hacer mi camino lo mejor que sepa; lo único que me cabe es tratar de llevar un poco de luz allá por donde pase. Y de nuevo la comprensión de que tengo que florecer, de que tengo el corazón cerrado.

Por el contrario, la siguiente experiencia me llevó a conectar

*Los onirofrénicos*

con lo instintivo; me entran unos irreprimibles deseos de chuparme el dedo pulgar como los niños pequeños e inmediatamente me viene la prohibición de mi padre de que usáramos chupete cuando bebés; y descubro, para mi asombro, cómo chuparme el dedo está directamente vinculado con el circuito energético de todo el cuerpo y especialmente con la parte inferior. Según me voy chupando el dedo, bajo vientre, genitales y piernas se van integrando en la imagen corporal interna. Siento todo mi cuerpo como una unidad viva y llena de vida. De pronto necesito tocar la tierra, revolcarme. Comienzo a comprender cómo lo instintivo ha quedado fuera de mí: mi padre prohibiendo el chupete y chuparnos el dedo, mi madre usando eufemismos para nombrar los procesos fisiológico, (pipí y cosas semejantes). Lo básico, lo instintivo, lo biológico había quedado fuera de mis intereses en la vida. Me parecía vergonzoso tener necesidades básicas y darles un lugar. En mi casa, tener o mostrar mucha hambre era una grosería, comer mucho también. Se come poco en forma austera, sin darle importancia... Todo era «etéreo».

Durante los siguientes meses estuve poniendo atención a mis necesidades básicas, comida, contacto, etc. El efecto fue que la siguiente sesión consistió en sentirme en la tierra, ser mujer entre las mujeres. Parece que he bajado de lo «etéreo» para ser más real, de carne y hueso.

Comienzo a cuestionarme mi pertenencia al eneatispo pereza. Tengo ya muchas comprensiones que me llevan en otras direcciones, aunque aún no sé cuál es la clave, cuál es mi estructura. Al llegar a la siguiente experiencia mi intención es conectar con mi niña, con la inocencia. Enseguida me encuentro con una voz potente que me dice: «Tú lo que eres es una orgullosa y todo lo que has hecho hasta ahora ha sido por puro orgullo y por el deseo de salirte con la tuya». Pasa ante mí toda mi vida y veo cómo todo ha

*Exploraciones psicodélicas*

estado contaminado por el orgullo. Salirme con la mía, no aceptar lo que la vida me pone por delante queriendo ser yo ama y señora de todo y por encima de todo.

Me siento profundamente avergonzada de mí misma. Me siento niña, chiquita, vulnerable, asustada. Aparece ante mí mi otro yo, mi carácter, furioso, queriendo dominarme y tomar las riendas de nuevo. Pido ayuda a quien sea que pueda protegerme, estoy aterrorizada de lo que estoy viendo. Lo pequeña que soy internamente y la potencia que tiene mi «máquina». Fue una verdadera lucha, una intensa pelea en la que conseguí que «la otra», mi máquina, no se adueñara de mí. Terminé la experiencia extenuada. En sesiones posteriores ahondé en esta comprensión de toda mi vida como una gran farsa. El sentimiento de vergüenza sigue muy presente, pido perdón por tanta arrogancia.

Empiezo a entender, en mi vida cotidiana (como ya he dicho antes lo que se comprende en una sesión tarde en hacerse patente en la vida real), que el verdadero trabajo consiste en apartar lo personal, interferir lo menos posible con «lo que es»; de alguna manera convertirme en canal. El aprendizaje del no-hacer en el que aún estoy inmersa tantos años después.

Otro hilo de trabajo, a raíz de comenzar a sentirme mujer entre las mujeres, fue la relación con mi madre y la consideración que yo tenía de ella. Cómo la había percibido hasta entonces y cómo la podía ver ahora con nuevos ojos. Cuando pude verla, y aceptarla con todas sus grandezas y miserias, pude comenzar a reconciliarme con mi propia esencia femenina y sentirme plenamente integrada en la gran corriente de las mujeres.

Poco a poco fui bajándome de la cabeza y abandonando la actitud guerrera. Mi escala de prioridades comenzó a cambiar, menos hacia fuera y más hacia dentro.

Con el tiempo también voy comprendiendo que no puedo



*Los onirofrénicos*

prescindir de la cabeza, se me hace necesario aprender a aunar la cabeza y el corazón, pensamiento e intuición, conocimiento y comprensión.

A pesar de todas las vivencias ya descritas, en 1993 seguía sin poder encajar muchas de las comprensiones. Como si de un gran puzle se tratara, tenía piezas sueltas y aún no veía la figura completa.

Mis automatismos siguen imponiéndose, mis personajes de toda la vida siguen tomando el mando de vez en cuando. Con esta batalla llego a una nueva sesión en la que veo mi control, mi control, mi control. Lloro amargamente por esta realidad y me pregunto qué hay en el fondo de mi corazón y, de pronto, surge la dulzura. Como un baile suave, brillante, redondeado, dulce.

La pelea entre cabeza y corazón aún durará un tiempo (y aún permanece hoy día). Me preguntaba entonces cómo sería estar en el corazón y no ser sobreprotectora o condescendiente, cómo estar en el corazón y poner límites, cómo cuidar de mí misma.

Poco a poco voy comprendiendo que abrir el corazón y habitar en él significa aceptar todo el inmenso dolor inherente a la vida. Reconocer el dolor de la humanidad me hizo llorar profundamente. Vivimos rodeados de dolor en nuestro entorno inmediato y, por supuesto, en todo lo que ocurre en el planeta, pero aprendemos a vivir como si nada de todo eso tuviera que ver con nosotros. Nos insensibilizamos, nos aislamos en nuestro mundito, es decir, nos deshumanizamos.

En este punto ya han transcurrido unos cuatro años desde la primera experiencia y aparecen de nuevo temas ya conocidos pero que ahora tienen una nueva profundidad. Aparece de nuevo la necesidad de ponerme al servicio y apartarme de todo aquello en lo que no se encamine a un objetivo concreto. De nuevo aparecen los hombres y la seducción como la gran tentación. O me

*Exploraciones psicodélicas*

doy la oportunidad de vivir la vida en serio o me dejo arrastrar por el espejismo de la conquista y la seducción.

Abrir el corazón y aceptar estar al servicio de algo más grande que yo requiere la renuncia a lo superficial en la vida. En una de las últimas experiencias que tuve pude escuchar: «¿No has estado toda la vida buscando?, pues ya has encontrado». La búsqueda de la verdad parece acabar, al menos en mi caso, en la aceptación de la pequeñez y en ponerme al servicio de algo que me trasciende. Me sentí pequeña, asustada, sin saber cómo afrontar ahora la vuelta a la realidad desde esta nueva óptica. Lo único que me calmaba era pensar que solo tenía que dejar que las cosas fuesen. Moverme con suavidad, no querer hacer, atender a lo que hay.

En una de las últimas sesiones tengo la sensación de que algo quiere salir por mi cabeza, necesito aflojar la nuca incluso masajéandome. Finalmente sale, salgo, soy yo misma abandonando mi cuerpo. De nuevo oigo una voz que me pide que me muestre como soy, me siento traviesa, tímida, chiquilla, ni yo misma sé cómo soy. Me siento como una mariposa delicada de colores vivos, delicados, casi transparente. Me siento mujer, ahora en esta forma nueva, y quiero estar entre las mujeres. Me reconcilio con mi madre. «Me siento bien, íntimamente satisfecha, suave, femenina».

Madrid, 31 de enero de 2015

*Los onirofrénicos*

#### 4.5 POSIBILIDADES PSICOTERAPÉUTICAS DE LAS NUEVAS DROGAS POTENCIADORAS DE FANTASÍAS<sup>11</sup>

Doctor<sup>12</sup> Claudio Naranjo  
*Instituto de evaluación e investigación de la personalidad*  
*Universidad de California*  
*Berkeley, California*

Pretendo hablar aquí de dos drogas, harmalina e ibogaína, que guardan cierta semejanza entre sí en su constitución química y que podrían agruparse juntas en términos de sus efectos.

La harmalina es el principal alcaloide presente en las semillas de la planta de Oriente Medio *Peganum harmala*, y que también está presente en la corteza de varias especies de trepadoras sudamericanas del género *Banisteriopsis*. Esta corteza es el principal ingrediente en la preparación de la bebida utilizada por los indios de las cabeceras del Amazonas, y que sobre todo tiene que ver con el ritual y la adivinación, y ahora sabemos que al menos entre algunos de los indios debe haber sido el centro de su cultura desde el Paleolítico.

Además de esas dos plantas origen de la harmalina (y de los alcaloides asociados), esta sustancia merece una atención especial a causa de su gran parecido con otra que se supone que es un metabolito de la glándula pineal de los mamíferos. Tanto la glándula pineal como la retina son únicas por la presencia en ellas de una enzima, HIOMT, que permite la metilación de serotonina,

11. Este ensayo fue presentado en: «Drugs, Psychedelic and Narcotic», Mendocino State Hospital, Talmadge, California, Universidad de California, San Francisco Medical Center, Continuing Education in Health Sciences.

12. En excedencia de la Universidad de Chile.

*Exploraciones psicodélicas*

un paso en la síntesis de la melatonina. Y sabemos que la melatonina, en presencia de tejido pineal puede convertirse, al perder agua, en 10-metóxido de harmala, un isómero de posición de la harmalina.<sup>13</sup>

Ya dije en otro lugar que un estudio llevado a cabo en la Universidad de Chile demostró que cuando se administra a seres humanos, el 10-metóxido de harmala provoca efectos bastante similares a los de la harmalina. Eso, claro está, fomenta la especulación acerca del papel del cuerpo pineal en estados alterados de conciencia, deseables o indeseables. La similitud entre la harmalina y las beta-carbolinas pineales sugiere que la actividad del alcaloide de la planta pudiera comprenderse en términos de su equivalencia funcional con un compuesto natural. Si este último se mantiene bajo las condiciones usuales en un estado de equilibrio químico, donde es responsable del mantenimiento del estado despierto ordinario, la harmalina desestabilizaría ese estado en una dirección que ya está presente en las posibilidades del organismo.

La ibogaína probablemente sea el más importante de los 12 alcaloides hallados en la raíz de la planta africana *Tabernanthe iboga*, que crece sobre todo en el Congo y Gabón, aunque sabemos mucho menos acerca de los usos nativos de la iboga que los que conocemos de las plantas que contienen alcaloides de harmala.

Dybrowsky y Landrin, que fueron los primeros en extraer el alcaloide, informaron a principios del siglo pasado de que se utilizaba como estimulante, como afrodisiaco y como embriagante, produciendo un efecto idéntico al del alcohol sin interferir con

13. Melatonina + C<sub>2</sub>H<sub>5</sub>OH + disulfiram ??→ in vivo humano 10-metóxido de harmala (*N. del E*) [*nota transcrita literalmente del original inglés*].

*Los onirofrénicos*

los procesos de pensamiento. Aunque podríamos considerar que la última parte de esta afirmación es verdad, la comparación con el alcohol no encaja con lo que ahora sabemos de la droga. La ibogaína no es un depresivo del sistema nervioso central sino un estimulante y el efecto subjetivo provocado por grandes dosis se parece más al de los alucinógenos que al de los hipnóticos. Ese parecido sigue siendo muy incompleto, pues los efectos tanto de la harmalina como de la ibogaína son bastante únicos entre las drogas psicoactivas. Para describir esos efectos no es posible dar con un término mejor que el propuesto hace algunos años por el Dr. William Turner, uno de los investigadores pioneros de la bebida de *Banisteriopsis* sudamericana.

Este autor propuso reintroducir el término onirofrenia, empleado por primera vez por Meduna, para designar estados inducidos por drogas que difieren de los psicotomiméticos por la ausencia de todo síntoma del espectro psicótico pero que no obstante comparten con la experiencia psicótica o psicotomimética la importancia del proceso de pensamiento elemental. La harmalina y la ibogaína producen característicamente ese tipo de estado, pues su efecto psicológico se parece a la generación de fenómenos del sueño sin pérdida de conciencia, cambios en la percepción del entorno, delirios o alteraciones formales del pensamiento y despersonalización. En pocas palabras, podríamos hablar de una potenciación de las fantasías que, por extraordinario que pudiera ser, no interfiere en las funciones del ego. Esa potenciación de fantasías, como veremos, presenta un aumento de la viveza de las imágenes visuales (que adoptan una cualidad eidética) y un aumento de la espontaneidad de contenido, que se parece a la de verdaderos sueños más que a ensoñaciones ordinarias.

En cierta manera, no puede afirmarse que ni la harmalina ni la iboga sean algo nuevo. Han sido utilizadas, desde luego, desde

*Exploraciones psicodélicas*

hace siglos por la gente en Asia, África y Sudamérica, sobre todo como parte de rituales destinados a propiciar el contacto de los individuos con el reino del mito. Pero aparte de esos usos tradicionales, ambos alcaloides fueron introducidos en la práctica médica hace varias décadas. El extracto de iboga hace más de treinta años que está disponible en las farmacias europeas como tónico o estimulante, y podemos comprender muy bien ese efecto empíricamente observado tras la demostración de que el alcaloide es un inhibidor de monoaminooxidasa (MAO). Por otra parte, la harmalina es un componente del extracto alcaloide de *Banisteriopsis*, que, con el nombre «*Banisterine*», fue descrita por Lewin y otros como agente anti-parkinsoniano y, en general, como un inhibidor de la hipertonía extrapiramidal.

Tal vez el énfasis parcial de la época en los aspectos somáticos de la medicina sea el responsable de la falta de cualquier investigación sistemática de los efectos de estas drogas, que serían consideradas «tóxicas» desde un punto de vista puramente quimioterapéutico. Pero resulta que las intoxicaciones de harmalina e ibogaína son de un enorme interés desde el punto de vista de la exploración psicológica o del empeño psicoterapéutico. Con una dosis de 4-5 mg/kg,<sup>14</sup> tanto la harmalina como la ibogaína provocan reacciones subjetivas como las que se describirán en las páginas siguientes, que durarán unas seis horas aproximadamente. Además, alrededor del 50% de los sujetos que recibieron una de las dos drogas experimentó mareos, descoordinación, náuseas y vómitos en uno u otro momento de la sesión. Vomitar es fundamental en principio, y no deja de ser frecuente cuando los alcaloides se administran de forma intravenosa, y está muy influido por factores psicológicos. Algunas personas sienten náuseas al

14. O el 25% de esa dosis de forma intravenosa.

*Los onirofrénicos*

enfrentarse con temas concretos, por ejemplo, y en general existe una relación inversa entre la presencia de síntomas físicos y la riqueza de la experiencia psicológica. Eso viene a sugerir que la sintomatología pudiera estar en la naturaleza de los fenómenos de conversión, surgiendo como sustituto y defensa frente a la expresión psicológica de ciertas experiencias.

La harmalina es un parasimpatomimético suave, que provoca un ligero descenso del ritmo cardíaco y de la presión sanguínea, y una sobredosis pudiera también provocar diarrea. Ambas drogas pueden provocar un estado de somnolencia en el que el paciente no quiere moverse, abrir los ojos o responder al entorno. A muchos les molestan las luces y se tapan los ojos cerrados con las manos o piden que se apague la luz. Los sonidos o ruidos también pueden resultar molestos y eso es algo que hay que tener en cuenta a la hora de elegir un lugar y un momento adecuados para llevar a cabo una sesión. Si la tendencia a dormirse es demasiado pronunciada, el repliegue del paciente puede interferir con una buena comunicación, aunque puede ser contrarrestado con otras drogas. Muchos de mis colegas en Chile utilizan ahora una combinación de ibogaína o harmalina con derivados de metedrina o anfetamina con propiedades potenciadoras del sentimiento, como metileno dioxianfetamina (MDA). Esas combinaciones tienen interesantes efectos por sí mismos, en los que ahora no entraré.

En un estudio acerca de los efectos psicológicos de la harmalina que realizamos en Chile durante 1963-1964, nos dimos cuenta de que uno de los aspectos más notables de las fantasías explicadas por los sujetos experimentales fue su contenido-constancia. Aunque los voluntarios a los que se les administró la droga no fueron informados acerca de las experiencias de otros, no tardamos en darnos cuenta de que ciertos temas o imágenes no

*Exploraciones psicodélicas*

hacían más que reaparecer en las sesiones de muchos individuos, sugiriendo un mundo típico de la harmalina, compartido por nuestros sujetos sofisticados y los indios. Algunos de los temas más frecuentes y al mismo tiempo más desconcertantes para nosotros, eran, por ejemplo los de tigres y negros, que no hay en Chile, pero de los que informaron alrededor del 30% de los voluntarios.

Al reflexionar sobre imágenes de ese tipo, con poca relevancia aparente para con las vidas personales de los sujetos pero indicativas de algún tipo de esfera compartida de la psique que la harmalina les abría, no tardamos en darnos cuenta de que estábamos lidiando con el mismo tipo de fenómenos psicológicos que Jung encontrara en su estudio de los sueños y la imaginación activa, y la causa de que introdujera la palabra «arquetipo» en la literatura psicológica. Sea cual fuere nuestra interpretación de esas imágenes y la explicación que dábamos ante su presentación repetida entre individuos de distintos intereses y temperamentos, lo cierto es que ahí estaban. Si se hubiera requerido una demostración de la existencia de los arquetipos, creo que el análisis del contenido de las experiencias con harmalina cumpliría la función. Por lo que sé, Jung no habló de un arquetipo «negro» o «felino», pero no debería sorprendernos tanto su aparición en una experiencia con drogas. Por muy exóticos que puedan ser un tigre o un león como realidad física, la mente occidental ha necesitado su imagen para significar realidades psicológicas en la literatura, los emblemas heráldicos o por motivos puramente publicitarios, como en: «Ponga un tigre en su depósito».<sup>15</sup> Y vemos el

15. Hace referencia a la campaña de la petrolera Exxon «Ponga un tigre en su depósito» (de gasolina) que utiliza al tigre como mascota, un símbolo de la fiereza de sus gasolinas y del resultado que tendrán en los motores de los consumidores. (N. del T.)



*Los onirofrénicos*

efecto del negro junto con el felino como un desencadenante psicológico tanto del atractivo universal del «negrito Sambo»<sup>16</sup> y en la implicación emocional, mucho más allá de la política y la practicidad, del movimiento actual de los Panteras Negras.

Pero la esfera de la harmalina es arquetípica más allá de imágenes aisladas como tigres o negros, por importantes que estas sean.

A fin de ofrecer una idea más precisa acerca de la calidad de una experiencia con harmalina y como introducción a la cuestión de la importancia terapéutica, creo que no hay nada mejor que citar una sesión en particular. Esto proviene de uno de nuestros sujetos experimentales, un profesional de tipo medio en términos de adaptación a la vida, según las entrevistas, y una neurosis corriente de acuerdo al test de 16 FP, o estimada según el TAT (Test de Apercepción Temática). Cuando se le preguntó sobre su interés en ofrecerse voluntario, expresó una sensación de incompletud en su vida actual, que le resultaba demasiado rutinaria. Eso le llevaba a querer viajar y también a saber más sobre sí mismo, sobre sus anhelos y posibilidades reales.

Poco después de administrarle una dosis intravenosa de 100 mg de harmalina, el sujeto informó de una sensación de júbilo asociada con la sensación de estar suspendido en un espacio vacío. Como no se desarrolló nada más de manera espontánea durante 30 minutos, decidí iniciar una ensoñación guiada siguiendo el procedimiento habitual. Al hacer la sugerencia de trepar una montaña, el sujeto visualizó y sintió que lo estaba haciendo con un grupo de amigos, y durante la media hora siguiente describió ininterrumpidamente los acontecimientos y experiencias

16. *El negrito Sambo* es un libro infantil escrito por Helen Bannerman, autora escocesa que vivió durante 32 años en Madrás, al sur de la India. Su primera publicación en inglés (*Little Black Sambo*) tuvo lugar en Londres en 1899. (*N. del T.*)

*Exploraciones psicodélicas*

de la ascensión. La secuencia fue muy realista, que relató con una calidez y entusiasmo que nunca había visto en él antes.

«Seguimos como si quisiéramos prolongar esta dicha de amistad... de gente hecha de la misma fibra... todos disfrutamos de esta comunicación...»

Mis notas de la ascensión ocupan varias páginas y finalizan con la imagen del grupo en la cima, sediento y sudoroso, rodeados por un paisaje maravilloso, disfrutando de la sensación de haberse conquistado a sí mismos y de estar entre amigos, en contacto.

A continuación llegó, sugerida por mí, la fantasía de volar, la de bucear en el mar (inicialmente pospuesta por considerarla mortal) y de hundirse en el fondo marino. Hay mucho sentimiento en cada etapa, desde el pavor al deleite, y ahora empezó a desarrollarse un cuento de hadas, con el sujeto como personaje principal.

«...Podría haber un tesoro, como en los cuentos. Me tumbo en el suelo. Veremos más adelante... acompasado por la arena... Sí, podría ser un cuento... Puedo inventarme alguna razón para haber llegado hasta aquí: naufragio, intento de suicidio y demás. Podría andar y encontrar un cofre tras una roca. Una historia podría tratar sobre una princesa que guarda la llave en su pecho. O, como alternativa, yo podría llegar a abrir el candado, y la Corte del Mar aparece culpándome por ese delito. Ambas están bien. Empecemos con la segunda alternativa. Lo abro: perlas y otras cosas. Debería haber algo más. ¡Quién podría querer perlas si puede volar!

»Pero lo que no aparece en el cofre está junto a él, con su padre. *Ella* es lo que falta.

»Se me pregunta. El viejo habla con una voz que transmite una noble autoridad. Nobleza intrínseca. Una voz pausada y

*Los onirofrénicos*

serena, llena de autoridad pero también de dulzura. Ahonda en las cosas, en su esencia. No se pierde, no se engaña a sí mismo. Muestra una tranquila compasión. Creo que sabe perfectamente por qué estoy aquí. No como los otros...»

La historia continúa durante otras 20 páginas en mis notas fragmentadas: dirigiéndose andando a la ciudad, recibiendo la absolución del rey, sentándose junto a la princesa en la mesa real, profundizando en la relación, hasta que «el rompecabezas de mí mismo se completa. Eso es el amor: estar completo, hallar la pieza que falta».

Hay algo de tragedia en el saber que en algún momento tendrá que marcharse, y cierta culpabilidad fugaz frente al padre de la princesa. Pero los ojos de este parecen dan su aprobación, y también en su sonrisa. La boda es lo siguiente, en «una iglesia que enseña una dimensión estética de la religión... Es el Templo, simplemente, sin el añadido de ninguna religión. El lugar en que se lleva a cabo la comunión con el Altísimo, con Lo que sea que es... Todo es como debe ser... austero, pero regio». Luego está el altar, «como una pirámide; el sacerdote, casi demasiado humano; y la música... solo por escuchar esta música valdría la pena casarse 100 veces». A continuación, la fiesta, con los aldeanos, campesinos y sus canciones. Los recién casados se dirigen a sus estancias. Viven, trabajan. «Lo que siempre anhelé ver en el trabajo: cada uno hace lo que quiere y cuando quiere». Quiere saber más de la gente de este reino pues sabe que deberá marcharse al cabo de una semana, y que no los volverá a ver. ¿De dónde proceden? No lo saben. Tienen la vaga reminiscencia que haber estado alguna vez en otro lugar.

«Saben que son distintos de los hombres corrientes y no los envidian. Han desarrollado la civilización hasta el punto en que esta les sirve. No más allá, como nosotros, hasta el punto de

*Exploraciones psicodélicas*

quedarnos con nada... con nada en el interior, a pesar del avance tecnológico. La ciencia se aplicó para nada... No es lo que ocurre con esta gente. Ellos encontraron su equilibrio. Están ahí. Saben que la energía que no consuman fabricando cosas la utilizarán en algo más esencial: perfeccionarse a sí mismos. De manera simple y clara, como una línea. Por amor. En eso invierten su energía, en amar tranquilamente, en armonía, dichosamente. Y son felizmente conscientes, no felices como idiotas».

Ha llegado el momento de partir y se marcha sin despedirse. El nombre de la princesa le permite abandonar las murallas de la ciudad. Regresa al punto de partida de su aventura, dándose cuenta ahora de cuánto ha caminado. Tras emerger a la superficie del océano comprende que no hay manera de dejar ninguna señal que le pudiera indicar el camino de vuelta. Está a punto de abandonar la única oportunidad de regresar. Y lo hace. Se aleja volando. Tiene la sensación de haber estado volando todo el día. Frente a la belleza de la puesta de sol abre la boca, pues los ojos no le bastan para absorber tanto. Finalmente descansa en una playa, sintiéndose intensamente vivo, como si cada poro de su piel fuese un ser completo.

¿Cómo podemos comprender que la concepción de esta historia pueda haber sido una experiencia que cambia la vida? Pues según afirma el sujeto, al cabo de tres años, ese relato ha afectado a su trabajo, sus relaciones y su sensación de sí mismo hasta el presente. Las palabras con las que lo expresa son muy parecidas a las utilizadas por el sujeto de la sesión comentada previamente. Dice que nunca se había sentido tanto él mismo como mientras relataba la historia, y que nunca antes se había expresado a sí mismo de manera tan plena. Las sensaciones y concepciones que utilizó en la creación de la historia aparecieron de manera fluida y obvia desde él mismo, como sentimientos y puntos de vista

*Los onirofrénicos*

reales, que siempre habían estado en él y que no se los había «inventado». Así pues, se experimentó a sí mismo como *creativo*. La consecuencia de la experiencia fue seguridad en sí mismo, autoconfianza y autoaceptación, relacionadas con la noción de que previamente ya contaba con una riqueza interior insospechada. Se sentía más persona, con un lugar y una función en el mundo.

Creo que no debemos entender la seguridad en sí mismo y la sensación de valía personal derivadas de la sesión como meramente el resultado de poder decir: «Mira qué cuento tan bonito me puedo inventar», «fíjate en lo imaginativo que soy». A partir de los comentarios del sujeto queda claro que la confianza en sí mismo procede de una intensa *sensación de sí mismo*, de un contacto de su realidad interior, del que la historia no es sino una manifestación externa.

De hecho, varios fragmentos de la narrativa son claras expresiones de esta experiencia: la apertura a la amistad y al paisaje durante la escalada, el éxtasis y la libertad de volar, la combinación de participación entusiasta y el conocimiento de que todo es transitorio durante la aventura bajo el agua; la sensación de vivacidad en cada poro... Todo ello transmite la cualidad de experiencia cumbre de la sensación de sí mismo.

Hablando del «sí mismo» en conexión con esta sesión, he mantenido el uso del término utilizado por el sujeto, que era espontáneo y carente de asociaciones con la literatura psicológica. No obstante, su experiencia podría ser comprendida de manera adecuada en términos del «yo real» de Karen Horney o de lo que Jung denomina el «Self». Horney insistió en la distinción entre el «yo real» y el «yo idealizado», señalando que en una neurosis los verdaderos deseos, sentimientos y pensamientos de una persona son sustituidos por otros que solo ella considera propios. Esos

*Exploraciones psicodélicas*

deseos, emociones e ideas compulsivas surgen de la necesidad de estar a la altura de la imagen, que es lo opuesto a vivir a partir de las propias motivaciones espontáneas.

Por otra parte, Jung formuló que el Self es el asiento de la conciencia en un estado de integración y completud psíquicas que implica contacto con los arquetipos del inconsciente colectivo.

Es razonable esperar que cuanto más conciencia de su propio ser desarrolle una persona, más formará parte de un núcleo común de experiencia humana.

La larga secuencia onírica citada anteriormente, con su tesoro prohibido, reyes y buena vida es, claro, arquetípica en todos sus detalles, y podría ilustrar muchas imágenes clásicas, como la del anciano sabio, la mujer ideal, el matrimonio, la cruz, la pirámide, la ciudad protegida, la comunidad ideal, etc.

El estilo mítico de las sesiones de harmalina solo es una cara de las mismas, y al ocuparnos de la otra cara creo que podremos extraer cierto conocimiento sobre la naturaleza de los arquetipos. Esta otra cara es extremadamente instintiva como he observado en las fantasías, tanto en las esferas de la agresividad (sobre todo agresión depredadora) y la sexualidad. De la misma manera que algunas sesiones parecen ser la representación de mitos o de cuentos de hadas, otras consisten en una serie de escenas sangrientas, escenas de incesto o de otras formas de actividad sexual, o una combinación. Esas secuencias oníricas resultan en su espontaneidad más extremas que nada normalmente comunicado por los sujetos o pacientes en sus libres asociaciones o sueños, y diferentes a las visiones de las que han hablado algunos bajo la mescalina o el LSD. De hecho, los efectos de ambos tipos de drogas parecen polos opuestos: siendo los de los alucinógenos comunes una esfera elevada y «angelical» de sensaciones estéticas, empatía y una percepción de unidad con todas las cosas, mientras que la esfera

*Los onirofrénicos*

de los onirofrénicos es la del inframundo freudiano de impulsos animales y regresión.

En general, cuanto más destructivo es el contenido de las fantasías, menos arquetípico o mítico parece, de manera que uno se siente tentado a creer que la imagen arquetípica adecuada (sobre todo cuando incluye imágenes como tigres, serpientes o dragones) corresponde a algún tipo de integración armónica de fuerzas instintivas, siendo todavía reconocibles pero sin fragmentar al individuo en su conflicto. En algunos casos es posible presenciar la transición entre ambos estilos de expresión, la instintiva y la mítica, y llegar a comprender que el mito es a la pasión como la forma es al contenido o como el esqueleto a la carne, y que el instinto puede ser bien mito animado convirtiéndose en su sangre, por así decir, o ser un completo caos.

La sesión relatada a continuación corresponde a un paciente con una neurosis de carácter compulsivo y varios síntomas de ansiedad y depresión por los que ha estado en tratamiento durante más de cinco años. El fragmentado informe que aquí aparece constituye alrededor del 75% del total de la sesión tras una ingesta por vía oral de 300 mg de harmalina, y consiste en mis notas de su monólogo continuo desde un momento poco después de que la droga empezase a hacer efecto. Naturalmente, la sucesión de las imágenes tuvo lugar en un tempo mucho más lento del que se desprende al leer la transcripción:

«Este es un claustro oscuro. Hay baldosas blancas y rojas. El sol se filtra a través de cortinas moradas. Aparece una monja. En sus pies y manos se ven los estigmas de Cristo. Aparece la sirena y se ríe. Dice: “Nunca he visto una mujer tan estúpida”. La monja dice: “Solo tiene valor el espíritu”. La sirena dice: “Solo tiene valor el cuerpo”. De repente, la monja empieza a ser iluminada desde arriba. Es luz celestial. Empieza a elevarse en una nube. La

*Exploraciones psicodélicas*

acompañan varios angelitos. Se desplaza en la nube sobre el mar. La sirena aparece tras una roca. Con ella está la enfermera, que mata niños para hacer salchichas. “Mira, amiga mía, cómo viaja esa monja en una nube”, le dice la sirena a su ayudante. La enfermera saca una escoba, se pone el sombrero y echa a volar tras la monja. Rasga la nube con una aguja y esta se desinfla. La monja se ahoga, pero está en éxtasis, de manera que no se entera de nada. Llega al fondo del océano. Está sin hábito. Está desnuda. Ya no parece una monja. Los estigmas han desaparecido. Los peces le llevan una corona hecha de algas y ella se convierte en una sirena con cola de pez. Se olvida de lo que fuera y emprende un viaje por el fondo del océano. Ahora la besa un tritón. Hacen el amor sobre una piedra (el sujeto siente náuseas. La música en la habitación le transmite un “sentimiento reprimido”).

Y continúa: «Tienen relaciones sexuales. Es la primera vez que la monja tiene relaciones. Se instala en una roca donde levanta una casa de jade. Hay una cama grande de caoba con un cubrecama de color cereza. Ya no tiene nada que ver con lo que solía ser. Está totalmente desnuda y lleva un collar de coral. Su pelo está suelto. Tiene un hermoso cuerpo con grandes pechos y anchas caderas. Ahora ya no es una sirena, pues tiende dos piernas. Es insaciable. Se llama Proserpina. Peces plateados aguardan sobre ella. La sirena desea tener relaciones sexuales. Llama a los tritones para que le hagan el amor. Por las noches deambula por ahí con la enfermera asistente, que también anda desnuda. Buscan marineros muertos para devolverles la vida. Proserpina les hace el amor y los vuelve a matar. Ahora se dirige a la playa y duerme en la arena. Llegan algunos pescadores. Les llama. Tras hacer el amor con todos ellos se siente aburrida y se dirige a la ciudad. Se seca el pelo y se pone unas medias. Es una puta. Gana su buen dinero y se compra una bonita casa. Le gustan los objetos bellos,



*Los onirofrénicos*

la platería, el ébano, las joyas, las antigüedades. Se pasea en camión, incluso por la calle. Pero un día pasa frente a una iglesia pobre en el momento en que se oficia una misa de funeral. Al ver las velas ardiendo y oler el incienso recuerda lo que fue. Vende todo lo que tiene y da el dinero a los pobres. Cede su casa a un asilo. Ahora es pobre y va descalza. Camina durante tres días y tres noches hasta que llega a un lejano monasterio. Vuelve a convertirse en monja. Pero no vive mucho. Enferma y muere al cabo de una semana. Se eleva a los cielos con los ángeles. La sirena intenta destruirla de nuevo, pero ahora le es imposible, así que se suicida. Deja sus joyas a una amiga y se ahoga».

Lo he relatado extensamente porque fue una sesión trascendental en términos de sus beneficiosos efectos. El paciente había estado en tratamiento psiquiátrico durante cinco años —psicoanálisis, terapia analítica de grupo, entrenamiento autógeno de Schultz y demás— con escasos resultados. En la época de la sesión se sentía ineficaz y demasiado resignado, agobiado por la ansiedad, la depresión y un ensimismamiento interminable, con miedo a las opiniones de otras personas y a sus propias inclinaciones homosexuales. La sesión con harmalina, como hemos visto, fue prácticamente un monólogo ininterrumpido por interpretaciones, preguntas o intentos de dirigir el desarrollo de la experiencia, y fue, como las sesiones anteriores descritas aquí, como un cuento de hadas, bastante desligado (en su apariencia superficial) de su vida y problemas.

El efecto inmediato de la sesión fue un estado de irritabilidad con algo de impulsividad y firmeza que el paciente describió como una vena tiránica y que le pilló más por sorpresa de lo que le preocupó. Sin embargo, dos meses después se sentía más fuerte e independiente, capaz de adoptar la autoridad necesaria en su trabajo, pero preocupado por su violencia excesiva. Su depresión,

*Exploraciones psicodélicas*

ansiedad y miedo a los demás había desaparecido. Su violencia también disminuyó gradualmente al cabo de tres meses más, sin ayuda psicoterapéutica.

Al considerar esta sesión me siento tentado a hablar de una «catarsis arquetípica», de una válvula de escape de lo instintivo, en contraste con los tipos de catarsis personales con los que nos topamos más frecuentemente en psicoterapia. La fantasía orgiástica descrita antes era lo más opuesto a la vida de este paciente —privado de libertad y compulsivo en el sentido literal del término— y aparentemente sirvió como puente entre su usual falta de espontaneidad y un tipo de comportamiento más próximo al estilo de su fantasía. De igual manera que ejercitar un patrón de comportamiento a través de una proyección imaginaria sirve como puente a su puesta en práctica en la vida real en la práctica de la terapia de conducta, parece, a juzgar por sesiones como las recién relatadas, que el proceso de autoexpresión en la esfera de lo imaginativo, posibilitado por esta droga, puede servir como vínculo hacia una mayor autoexpresión en la vida, como en el caso de personas que ven constreñida su espontaneidad a causa de peculiares patrones de personalidad.

Comparados con los efectos de la harmalina, los de la ibogaína parecen menos exóticos. Aunque los contenidos arquetípicos son comunes, los animales son prominentes en las visiones y, en general, el hombre como animal aparece reflejado ahí dentro. La cualidad de las fantasías es en general más personal, implicando al propio sujeto y a sus padres o parejas. Al mismo tiempo, la fantasía provocada por la ibogaína es más fácil de manipular por los sujetos a iniciativa propia o de la del psicoterapeuta. De manera que, con más frecuencia que usando cualquier otra droga que yo conozca, se puede interrumpir la contemplación de una escena, regresar a la anterior, explorar una alternativa a una secuencia

*Los onirofrénicos*

dada, recrear un sueño anterior y demás. Esa facilidad con la que pueden manejarse los acontecimientos en una sesión de ibogaína y la experiencia canalizada a través de un ámbito deseado es probablemente parte de la razón del éxito observado por muchos psicoterapeutas al utilizar la droga como un complemento. Según mi propia experiencia, me he sentido más impresionado por los efectos perdurables de las sesiones de ibogaína que por los resultados de sesiones llevadas a cabo con cualquier otra droga. La limitación de tiempo no permite mucha ilustración clínica de los efectos de la ibogaína, indispensable si el objeto de este material es comunicar algo más que una noción muy abstracta de las reacciones a la droga. Por ello, no intentaré ofrecer una perspectiva detallada de ninguna sesión completa, sino que más bien me concentraré en unas cuantas imágenes y en su significado en un contexto psicoterapéutico.

La siguiente secuencia fue descrita por un joven psiquiatra tan pronto como decidió tumbarse y cerrar los ojos, unos 45 minutos después del inicio de los efectos de la droga: al principio vio en un primer plano el rostro de su padre. Hacía muecas al paciente como si fuese un juego, con una sonrisa complacida. En ese momento comentó que así era el aspecto de su padre cuando él era pequeño. Era una visión «poco familiar y a la vez muy familiar», como algo olvidado durante muchos años. Pero de repente, la expresión del rostro de su padre cambió, convirtiéndose en una mueca de rabia. Mientras se ocupaba de eso, la escena cambió, y ahora vio a una mujer desnuda ocultando la cara tras los brazos, obviamente asustada. A continuación vio a su padre, también desnudo, cayendo sobre la mujer en un ataque sexual. Pudo sentir la rabia contenida en la mujer, a quien ahora identificó como su madre.

En ese momento pedí al sujeto que hiciese que su padre y su

*Exploraciones psicodélicas*

madre hablasen entre ellos, como medio para sacar a relucir el contenido latente de las imágenes. «¿Qué dice ella?» «Vete». «¿Qué siente él?» No podía imaginarlo. «Tal vez perplejidad», surgió. Ese era un momento apropiado para dar otro paso en dirección a hacer conscientes y explícitos los sentimientos implícitos en la escena. «Ahora sea su padre», le dije. «Conviértase en él lo mejor que le permita su capacidad interpretativa y escuche lo que ella le ha dicho a usted». Ahora, asumiendo la personalidad de su padre, no sintió perplejidad, sino un profundo pesar, sufrimiento y rabia al ser rechazado.

A pesar de la brevedad del episodio, este provocó un drástico cambio en el punto de vista de este individuo sobre sus padres, y por lo tanto en sus sentimientos hacia ellos. En los días posteriores comentó que solo ahora se daba cuenta de lo mucho que se había identificado con su madre y con su manera de ver las cosas. Parte de esa manera de ver las cosas era culpar a su padre, y más aún, al hombre, por haber interferido con su propia confianza en sí mismo y su masculinidad. Contrastando con la idealización habitual de su madre considerándola todo amor y su percepción del padre como un bruto egoísta, ahora tenía la sensación de «conocerlos tal como son realmente». Escribió: «Veo a mi madre como alguien dura, sin ningún cariño y asustada, y he dejado de ver a mi padre como ese ser insensible que la hirió con sus aventuras amorosas, sino como alguien que quiere abrir las puertas de su amor, sin tener éxito. A pesar de ello, siento compasión por mi madre».

Comparada con la calidad dramática de las experiencias psicodélicas, el episodio al que nos referimos pudiera parecer insignificante o trivial, y no obstante fue la clave de un cambio de actitud radical. Creo que es algo que puede decirse de las experiencias con ibogaína en general cuando se las compara al efecto de drogas

*Los onirofrénicos*

tipo LSD. El tipo de contacto que se ve afectado con material inconsciente es aquí simbólico, en lugar de adoptar la forma de emociones a la deriva, y por ello es articulado y posible de asimilar en la forma de intuiciones reveladoras permanentes. Esas intuiciones reveladoras suelen surgir cuando se revela y se hace consciente una fantasía o suposición que hasta el momento estaba inconsciente o implícita, con tanta claridad que el ser maduro de la persona no tiene más remedio que darse cuenta de su arraigada falacia.

Un ejemplo más podría aclararlo mejor.

Le enseñé al paciente una fotografía de su madre. Al principio vio lo que siempre había visto y lo que quería ver: a su madre idealizada, a la madre que necesitaba ver para evitar una ansiedad demasiado grande como para poderla manejar. Se la veía haciendo punto y mirando fijamente al ovillo. Durante unos instantes la vio como siempre solía hacerlo —como una madre cariñosa dedicada a las tareas del hogar— pero al seguir mirando llegó un momento en que pudo ir más allá de esta imagen. Una vez que la pauta habitual resultó obvia y fue comentada, era libre para ir más allá; para preguntarse si la realidad atrapada por la cámara realmente encajaba con la forma de su percepción automática. Entonces percibió odio y severidad en la mirada de su madre. Escribe: «Entonces me di cuenta de que ella me odiaba, de que en su odio hacia mi padre había incluido a mi hermana y a mí mismo. Me di cuenta de que nos había utilizado, profanando nuestros sentimientos.

»La odié, y estimulado por el médico, me enfrenté a ella y a su actitud, a su falta de interés por nuestros sentimientos y su lucha con mi padre. La insulté en voz alta con violencia con toda la frustración y negación acumuladas en toda una vida, llamándola bruja, histérica y monstruo». Como su voz no transmitía la violencia

*Exploraciones psicodélicas*

que afirmaba sentir le hice repetir sus palabras una y otra vez hasta que pudo traducir su emoción en el aspecto no verbal de su expresión. Finalmente le pedí que pegase a sus padres imaginariamente. Golpeó el almohadón que los representaba hasta que se sintió físicamente cansado. La cólera del paciente era algo tan extraño a su conciencia cotidiana que temí que si no la experimentaba todo lo posible podría volver a reprimirla de nuevo. Gran parte de la sesión estuvo dedicado a experiencias como esta, enfrentando y representando a distintas personas de su familia, expresando de paso muchas críticas. El resultado final en términos de comprensión fue duradero y puede ilustrarse al contrastar un relato autobiográfico escrito la semana anterior a esta sesión con lo que escribió la semana después. Antes de la sesión escribió:

Durante los ocho primeros años de mi vida viví en el campo. ¡Fue una época mágica! En esos años conocí el sabor de la tierra en verano, de la hierba en primavera, el río donde me iba a bañar con Peter, mi ídolo de ese período, un joven campesino de piel morena con un lunar cerca de la boca. A mis padres, los recuerdo como figuras de cartón. Peter eclipsó todo el resto. No recuerdo sensaciones de culpa o frustración. Vivía de una manera primitiva. Absorbía todas las supersticiones locales como una esponja, busqué tesoros escondidos y creía en Dios y en el diablo con la misma intensidad que mis compañeros campesinos.

Fui un niño querido, y mi madre no era la mujer frustrada en la que se convertiría más tarde. Me dio el amor que necesitaba y me pegó cuando lo merecía. Nada más.

Y finalizó el primer capítulo de esta autobiografía con la siguiente opinión general:

Fui un chico ordinario con la suerte suficiente de gustar a todo el mundo. Ni la masturbación ni mi amor por Peter ni mis intentos amorosos con algunas chicas empañaron la inocencia que tienen los niños cuando no conocen frustraciones o traumas y viven en una at-

*Los onirofrénicos*

mósera en que las cosas le son dadas, no explicadas. Hay algo en mí de ese mito del «salvaje inocente no corrompido por la civilización». Y a pesar de ello, mi madre era una mujer civilizada —¿o debería ser equilibrada?— que me ofrecía lecturas y unas maravillosas e inolvidables Navidades.

¡Sí, toda esa época fue realmente mágica!

Es notable el contraste entre esta versión y los siguientes párrafos escritos tras la sesión:

De niño siempre me escondía tras las faldas de mi madre. Iba de una mujer a otra. Mi padre parecía no existir. Tal vez ya no estaba allí... Era un niño más bien tímido, muy dado a llorar, muy asustado. Tenía muchos miedos, de mil cosas, sobrenaturales y naturales.

En muchas ocasiones deseé la muerte de mi madre. En una ocasión intenté suicidarme para castigarles. ¡Así aprenderían! En su odio recíproco, mi madre olvidó lo que siempre exhibía con orgullo: su capacidad de ser madre. Y mi padre era un hipócrita. Al principio a mí me hacía sufrir mucho. Según mi madre teníamos que odiar a mi padre. Al principio ninguno queríamos hacerlo, a pesar de que veíamos que tenía razón en algunas de sus quejas. Pero no cuando chillaba o cuando montaba escenas dramáticas. Eso duró unos ocho años. Al principio pensé que me volvería loco. Cuando se peleaban nos quedábamos indefensos, nos utilizaban como armas. «Este es tu hijo», decía, para señalar las cualidades negativas del otro. Uno luchaba contra dos partes sin luchar. Yo solía llorar, pero más tarde me refugié en los libros. Y empecé a odiar sin decirlo. Me distancié. No sabían lo que pensaba o sentía. La cuestión era ser invulnerable.

Después de hacer eso durante mucho tiempo ya no puedo abrirme. Tal vez el miedo de esa época sea el mismo de ahora. Si sentía odio lo señalaban como si fuese un defecto y lo utilizaban como arma.

Ambos casos presentados hasta ahora se parecen en que constituyen una liberación de una identificación materna y una ruptura hacia una visión del mundo independiente. Sin embargo, las fantasías que pueden destaparse y volver a examinarse con la ayuda de la ibogaína pueden ser más simples que una imagen

*Exploraciones psicodélicas*

parental y no obstante seguir siendo importantes. Quiero presentar ahora un último ejemplo a fin de ofrecer una perspectiva más amplia de las posibilidades del alcaloide y la exploración de las fantasías inconscientes.

Se trata del caso de una mujer al final de la treintena que en un momento de la sesión recordó con mucha claridad un episodio de su infancia. Su padre había regresado de un viaje y repartía regalos entre sus hijas. Antes de marcharse había preguntado a cada una de ellas qué querían. A esa pregunta nuestra paciente había respondido que no quería que su padre gastase más dinero y que se contentaría con algo que no costase mucho. Al recordarlo la paciente comprendió que había querido ser la hija favorita de su padre al interpretar... un papel dulce, considerado y comprensivo, a diferencia de su hermana. Tuvo éxito en ese empeño.

Mientras se ocupaba de este recuerdo, se hizo consciente de lo frustrada que se sintió cuando su padre hizo caso de su sugerencia, trayéndole un regalo que no podía compararse con el de la hermana. Se trataba de un brochecito con forma de perro, que recordó haber guardado en una caja de cerillas. Pero ahora recordó algo que le pareció un descubrimiento. Ahora vio con mucha claridad que a causa del desengaño y la rabia había imaginado al perrito mordiénole los genitales a su padre. Al recordarlo sintió que era ella misma la que ávida y vengativamente castraba a su padre, utilizando la imagen del perro, y le pareció que ni siquiera en aquellos momentos se permitió ser consciente de esta fantasía.

Tras recordar la escena, también recordó que se había sentido culpable por su acción imaginaria, y luego se dio cuenta de que se había sentido culpable de cara a su padre a lo largo de toda su vida. El efímero suceso mental, o lo que parecía serlo, alteró de manera radical su relación con su padre, con quien ya no se sentía



*Los onirofrénicos*

cercana. Tras comprender, ahora, que hasta este preciso momento de su vida se había sentido culpable por su fantasía infantil, no pudo dejar de evaluar la situación con ojos más maduros. Ante la sugerencia de observar la situación desde la perspectiva de su padre, le quedó claro que la podría perdonar, y que ella podría perdonarse a sí misma igualmente. Volvió a restablecer la relación con su padre, con alegría por ambas partes, durante los últimos meses de vida de este.

Creo que el suceso terapéutico que acabo de describir podría entenderse al menos de dos maneras. Una es la de tomarse literalmente las palabras de la paciente, en cuyo caso debemos aceptar que una acción imaginaria e incluso una ignorada puede tener tanta importancia como una acción palpable, y ser tratada como tal por la mente inconsciente. La otra alternativa es pensar que la paciente no tuvo realmente la fantasía de castración en el momento evocado, sino que está en la naturaleza de una memoria pantalla y la proyección en términos simbólicos de sentimientos de amargura y rabia crónicas, desencadenadas por un incidente así. Es decir, que la traducción de esos sentimientos en una presentación visual solo formaría parte de la experiencia de ibogaína. De ser así, resultaría evidente que pudiera ser de una importancia crucial en el proceso de hacerse consciente de esos sentimientos, pues el hecho de sentirlos meramente a lo largo de toda una vida, como en este caso, no ha bastado para comprenderlos.

No me gustaría dar la impresión de que considero la ibogaína como una panacea psiquiátrica que provoca cambios por sí misma. Creo que hay muchas drogas que pueden utilizarse en la exploración psicológica, pero que las drogas no pueden ser más que un instrumento. Igual que puede utilizarse el estado hipnótico tanto para demostraciones teatrales y entretenimiento o en terapia, y en el segundo caso la manera de utilizarla puede ir desde

*Exploraciones psicodélicas*

una sugerencia abierta a hipnoanálisis o hipnosíntesis. También pueden utilizarse, o no, estados inducidos por las drogas, y de hacerlo, hay lugar para muchos enfoques.

Dudo de que haya algo que pueda obtenerse con una droga que no sea posible lograrlo sin la misma. Sin embargo, las drogas pueden ser catalizadores o facilitadores psicológicos que pueden comprimir un prolongado proceso psicoterapéutico en un tiempo más corto y alterar la prognosis en un caso específico. Aunque la ibogaína no abre una puerta por sí misma, podría compararse a poner aceite en las bisagras.

*Referencias*

- J. DYBROWSKY y E. LANDRIN, *Compt. Rend.*, 133,748(1901).
- L. LEWIN, *Banisteria Caapi, ein neues Rauschgift und Heilmittel*, Georg Stiller, Berlín, 1930.
- W. MCISAAC, *Biochem. Biophys. Acta*, 52, 607-609 (1961).
- C. NARANJO, «Psychotropic Properties of the Harmala Alkaloids», en (B. Holmstedt, ed.) *Ethnopharmacological Search for Psychoactive Drugs*, Dept. of Health, Education, and Welfare, Washington, D.C., 1967.
- C. NARANJO, A. SHULGIN y T. SARGENT, *Med. Pharmacol. Exptl*, 17, 359-364, (1967).
- C. NARANJO, «Psychological Aspects of the Yage Experience in an Experimental Setting», Institute of Personality Assessment and Research, University of California, Berkeley, 1965.
- W. MCISAAC, *Biochem. Biophys. Acta*, 52, 607-609 (1961).
- G. REICHEL-DOLMATOFF, *Folklore Americas*, 27, 107-112 (1967).
- J.A. SCHNEIDER y E.B. SIGG. *Ann. N.Y. Acad. Sci.*, 66,765 (1957).
- W. TURNER, *Psychiat. Quart.* (Julio, 1963).

#### 4.6 LA IBOGAÍNA EN PEQUEÑAS DOSIS EN UN CONTEXTO GRUPAL PREPARADO<sup>17</sup>

Me parece que fue en 1963 cuando me encontré en la casa de unos amigos en Santiago de Chile con Ireneo Rosier, misionero católico que venía de publicar un libro acerca de la presencia de Dios en las mentes de los mineros del carbón en Francia. Yo estaba en aquel tiempo absorto en mis estudios acerca de los efectos de la harmalina en sujetos experimentales, quienes, como lo requería la investigación, nada sabían de lo que estaban ingiriendo, y por ello me había llamado mucho la atención que en sus visiones aparecieran muy a menudo jaguares, tigres o panteras.

A propósito de ello le expliqué a Rosier que el jaguar es un animal con el que los chamanes de Colombia no solo se identifican, sino uno cuyo aspecto parecen asumir, por lo menos ante la mirada de otros que han bebido el yagé. Solo entonces me explicó Rosier que había vivido en Gabón durante un tiempo, y que allí había conocido un hecho muy semejante; a saber, que los brujos se identifican con los leones, y que en alguna ocasión en que se le disparó a un león se encontró luego la bala en el cuerpo de un hechicero.

Esto me llevó, naturalmente, a la idea de que en África existiese alguna planta cuyos efectos fuesen comparables a los del yagé, y comencé entonces a buscarla a partir de la literatura acerca de los alcaloides que pude encontrar en la biblioteca de la escuela de medicina, y no pasó mucho tiempo hasta que me pareció que la ibogaína, un alcaloide algo semejante a las beta-carbolinas en su

17. Escrito en respuesta a la invitación a cerrar el primer Congreso Internacional sobre la Ibogaína en Tepotzlán, México, marzo de 2016.

*Exploraciones psicodélicas*

estructura química que podía, por su origen africano, corresponder a la sustancia en cuestión.

Al buscar más información acerca de los efectos de la ibogaína, sin embargo, nada encontré sobre sus efectos psicológicos en seres humanos. Solo pude encontrar dos estudios experimentales —uno sobre los efectos del alcaloide en la vagina de la rata y otro sobre su acción sobre el intestino del conejo. Pero por suerte no me fue difícil obtener la ibogaína de algún laboratorio para conducir un autoexperimento, y aunque lo he relatado un par de veces (una de ellas en una entrevista filmada por Jonathan Dickinson), repetiré aquí lo esencial, pues entrañó para mí una enseñanza que seguramente le será útil de conocer a quienes ingieran esta notable medicina.

Poco después de obedecer al impulso de recostarme, sentí que comenzaba el efecto del fármaco, y me pareció como si se movieran en órbitas circulares todos los cuerpos celestes en torno a mí; y por más que no se tratase propiamente de una alucinación y ni siquiera de una imagen precisa, era claro mi sentir de que todo en el universo estaba sujeto a una ley precisa de naturaleza divina, en tanto que yo, en medio de todo, permanecía ajeno a esa danza magnífica como un mezquino testigo que implícitamente se negaba a integrarse a un movimiento celebratorio y sagrado del todo. Tal constatación me motivó, naturalmente, a querer integrarme a esta suerte de danza universal que contemplaba, y sentía como si ese acto de entrega estuviese al alcance de mi voluntad; solo que vacilaba en dar el paso necesario para a ella; se trataba de dar un paso cuya traducción en palabras habría sido algo así como un decirle a Dios: «Sea hecha tu voluntad», pero vacilaba por comprender que tal entrega a la voluntad divina o cósmica pudiera tener como resultado que yo no fuera nadie especial. Ello entraba en conflicto con un deseo omnipresente de ser importante, que

*Los onirofrénicos*

siempre había sido parte de mi vida, y por ello procrastinaba, como uno que tuviese la mano en un interruptor de modo que con un simple movimiento podría dar ese paso tan deseado como resistido. Pero me negaba a la posibilidad de que al renunciar al control sobre mi propia vida terminase yo siendo apenas «polvo», es decir, nada notable; y así pasaron los segundos o tal vez minutos hasta que supe que había expirado cierto plazo que se me concedía, no como parte del efecto farmacológico de la ibogaína, sino que más bien como expresión de una inteligencia superior que me considerase indigno de mayor atención. Y desde entonces en adelante comenzó un simple *cartoon*: un film de dibujos animados del cual no recuerdo más que un conejo que se metía dentro de un tronco con el que comenzó la tira cómica cuya trivialidad, a medida que pasaban las horas del efecto, constituyó una sutil tortura: la tortura de la simple banalidad.

Me dejó el experimento impresionado, pues sentí que me había encontrado con algo más grande de lo que esperaba en el encuentro fugaz con una inteligencia que me había rechazado. Y con esta convicción comencé mi experimentación con voluntarios, a quienes concedí sesiones individuales en el curso de los siguientes meses.

El primero de mis sujetos fue Hernán, un talentoso bailarín que había conocido poco tiempo atrás, y describí en mi libro *The Healing Journey* su éxtasis ante la belleza de un rayo de luz azul que dominó buena parte de su experiencia. Resultó este encuentro de mi amigo con la luz azul algo como el encuentro con lo divino, y resultó esta primera sesión que ofrecí y presencié la más importante de todas.

Las 30 sesiones individuales que acompañé confirmaron mi anticipación de que la iboga fuese, como la harmina y la harmalina, un «onirofrénico»: un fármaco que no produce las distorsiones

*Exploraciones psicodélicas*

del tiempo y del espacio propias de los alucinógenos mejor conocidos, ni tampoco los efectos emocionales de las fenetilaminas, que había investigado anteriormente (y a las que hoy se alude principalmente como «empatógenos»). Las personas veían muchas imágenes, y entre ellas algunas semejantes a las descritas bajo los efectos del yagé o la ayahuasca, como característicamente las de animales.

También ayudaba la ibogaína a las personas a comprenderse a sí mismas o, más específicamente, a comprender sus patologías; y ello se combinaba a veces con la aparición de una «voz interior» o guía, o con ocasionales regresiones.

Como en el caso de la harmalina, sin embargo, me pareció que solo algunos individuos especialmente predisuestos a ello tuvieron experiencias profundamente transformadoras, y ello me llevó a pensar que tal vez el mejor uso del fármaco consistiría en asociarlo con alguna otra sustancia en forma semejante a como se asocia la harmina en la ayahuasca al DMT.

Apenas terminaba mis experimentos con voluntarios cuando recibí un llamado de Richard Baker (posteriormente sucesor de Suzuki Roshi en el monasterio Zen de Tasajara, que en este momento organizaba los cursos de extensión universitaria y específicamente este congreso), que me invitaba a participar en la ahora famosa conferencia del LSD que organizó por aquel entonces la Universidad de California. Le pregunté si podría yo, en vez de hablar del LSD, dar cuenta de mis recientes estudios de la ibogaína; aceptó mi propuesta y este fue el estímulo para que redactara el informe que luego le envié y leí el día de la conferencia —que desgraciadamente ha desaparecido de mi archivo y que el mismo Dick Baker fue incapaz de encontrar cuando años después se lo pedí tras su mudanza a Colorado, en un tiempo en que muchos de sus papeles estaban aún en cajas de cartón.

*Los onirofrénicos*

Solo después de presentar en la LSD Conference este informe sobre la ibogaína (cuyo título incluía la expresión «There and Then», alusivo a la comprensión del pasado en contraste con el «aquí y ahora» tan en boga en la cultura terapéutica de aquel tiempo), me encontré con Howard Lotsof, que había estado entre el público y que brevemente me explicó que ya había experimentado la ibogaína en sí mismo, y que a través de ello se había curado de una adicción al opio. Creo que fue también él quien informó de la existencia de los laboratorios D'Ivry-la-Bataille, que tenían por aquel entonces el monopolio de la ibogaína, que se vendía en el comercio con el nombre de Lambarène y se podía comprar en las farmacias de Francia como un «reconstituyente»; un medicamento de cierto efecto estimulante recomendado para convalecientes. Su dueño, Dominique Bocher, se interesó en mis hallazgos, comentando que alguna vez alguno de sus operarios se había tomado un tubo entero de Lambarène y parecía haberse emborrachado; y algo después, habiendo yo para aquel entonces compartido con Bocher mis observaciones acerca del valor de la combinación de la ibogaína con la MDA (para la facilitación de la terapia farmacológicamente asistida) me planteó el registro de una patente y llevó a cabo los trámites correspondientes. Pero, aunque exista aún esa patente, no entró nunca en uso la combinación de la ibogaína con la MDA, pues este último fue poco después prohibido, ya que le resulta tóxico a algunas personas sin que se haya podido prever o siquiera explicar a posteriori cómo se distinguen estas de quienes lo toleran bien.

Más adelante hice un ensayo con MDMA y esta sí que me pareció una combinación útil y sin el peligro de la anterior, y también otras, entre las cuales la que más me llamó la atención fue la de la combinación de la ibogaína con la MMDA-3A; pero

*Exploraciones psicodélicas*

ya se acercaba mi regreso a California (esta vez como residente) y con ello quedaron mis exploraciones psicodélicas interrumpidas. Solo que en cierto modo se continuó mi investigación cuando compartí con mi amigo y colega Leo Zeff los resultados de mi trabajo en Chile (así como la información acerca de cómo podía obtener el extracto de iboga del laboratorio francés). Y entonces me llamó mucho la atención que las primeras personas que hicieron uso de este nuevo fármaco en su grupo (en el que yo mismo me había formado en el curso de los años anteriores, por lo que me habían escuchado decir que bajo sus efectos se puede presentar un guía interior) empezaron a hablar entre ellos del «Señor Iboga». Recuerdo específicamente a una señora llamada Helen que sufría de un colon irritable que la había martirizado durante toda su vida, y que sanó en una sola sesión gracias a una conversación con este personaje.

No he seguido de cerca las investigaciones que se han venido haciendo desde entonces a través de la actividad de Lotsof, que inspiró a otros a interesarse especialmente en la utilización de la iboga como una terapia contra las adicciones; y por ello, cuando recibí la invitación a esta conferencia, mi respuesta fue que no tengo nada nuevo que reportar, ni soy persona especialmente entendida en el tema, aunque con mucho gusto volvería a realizar un estudio sobre la ibogaína si se me proveyese del medicamento. Y gracias a la buena acogida que tuvo mi propuesta he realizado un nuevo experimento casi cincuenta años después de aquel realizado con el auspicio de la Universidad de Chile en 1967.

Este fue realizado en Colombia bajo el auspicio del Centro de Transformación Humana, solo que esta vez no se trató de un estudio de los efectos de la iboga en sujetos aislados, como fue el caso en los años sesenta, sino en un contexto grupal, y de manera semejante a como he administrado la ayahuasca durante mis



*Los onirofrénicos*

trabajos recientes en Brasil.<sup>18</sup> Como entonces, he vuelto a emplear pequeñas dosis de ibogaína (de 270-300 mg, por lo general) y no las grandes dosis empleadas en el contexto ritual africano y en las clínicas de desintoxicación.

Muchos de los participantes en este grupo fueron los colaboradores y discípulos de Jorge Llano, el conocido terapeuta y chamán autor de *Los tres llamados del alma*, y las experiencias que examinaré en este informe tuvieron lugar en el curso de una misma sesión que se inició a eso de las cinco de la tarde y se extendió hasta las dos o tres horas de la madrugada. Pero no solo constituyó esta una experiencia grupal, sino una toma que fue precedida de ciertas actividades preparatorias, tal como he descrito anteriormente a propósito de mis transcripciones de retrospectivas a sesiones grupales con la MDMA y la ayahuasca.

En primer lugar, llegaron los participantes del grupo a la experiencia de la ibogaína con una cierta noción de cómo meditar, y de una introducción a la psicología de los eneatis; y también después de una serie de ejercicios psicológicos que no solo les habían aportado cierta toma de conocimiento de sí mismos sino que les había llevado a establecer vínculos de intimidad y confianza con sus compañeros. Además, incluyó esta preparación una invitación a la entrega —ya sea en el flujo de la comunicación verbal como en el «movimiento espontáneo»: una invitación a un tipo de espontaneidad que va mas allá de la improvisación artística, pues privilegia lo que ocurre «por sí solo» cuando las personas no pretenden moverse voluntariamente, y que por ello

18. Otra diferencia ha sido que en esta ocasión he utilizado la ibogaína sintética que se está produciendo en Canadá con el nombre de Remogen —en vista de la casi extinción del *Tabernanthe Iboga* en el Gabón que ha traído consigo el considerable consumo médico en las clínicas para el tratamiento de las adicciones mediante la ibogaína que han surgido en muchos lugares del mundo.

*Exploraciones psicodélicas*

favorece la aparición de fenómenos que usualmente se clasifican como posesión. Por último, participaron también los integrantes del grupo en una serie de sesiones inspiradas en mi «teoría de los tres amores» —con su planteamiento de que no solo depende la salud mental de la recuperación de la libertad erótica sino que también del desarrollo de la compasión y del amor apreciativo.

Cuando estuvo reunido el grupo otra vez al día siguiente de la toma, realicé un breve censo que confirmó mis impresiones de los años sesenta: gran parte de las personas había sentido el impulso de permanecer recostados, particularmente porque el intento de moverse o caminar los llevaba a una pérdida de equilibrio; unos pocos vomitaron, prácticamente todos habían visto imágenes, muchos se sintieron guiados, casi todos dijeron que habían aprendido algo de sí mismos, muchos revivieron escenas de la infancia, y varios mencionaron experiencias de regresión a escenas olvidadas. Y más frecuentemente aún que con la ayahuasca, hubo quienes se sintieron atravesar una muerte, o se sintieron en contacto con el espíritu de personas muertas.

En cuanto a las visiones, no solo me llamaron la atención las descripciones de bellas formas geométricas, caleidoscópicas o fractales, que parecían sugerir una superabundancia creativa del cosmos y de la operación de una mente universal, sino que la aparición de animales y de negros (que durante mi estudio sobre la ayahuasca en los años sesenta había llegado a interpretar como manifestaciones del despertar o reintegración de la mente instintiva). En este caso las imágenes me parecieron aún más arcaicas, sugiriendo que pueden ordenarse los psicodélicos según la cercanía de las correspondientes experiencias al conocido dominio de los chakras, con el LSD en la coronilla, el Psilocybe en la frente, los fármacos interpersonales en el pecho y la ayahuasca en el vientre en tanto que la ibogaína parece afectar una región inferior del

*Los onirofrénicos*

vientre, más terrena y corporal aún que la habitual bajo el efecto de la ayahuasca —y acompañada de imágenes más acuáticas, como lo han sugerido las visiones de peces y tortugas.

Es cierto que no puedo ahora decir, como en mis experimentos con la harmalina en voluntarios chilenos durante los sesenta, que nada sabían de lo que habían ingerido; por lo contrario, todos ahora supieron que ingerirían el alcaloide de una planta africana; sin embargo, no dudo de que las imágenes de serpientes, felinos o peces fueron una traducción de formas de conciencia más que resultados de una mera asociación de ideas.

Al preguntarle luego al grupo quién había tenido «una experiencia de gran importancia», casi la totalidad de los presentes levantaron la mano, e igualmente casi todos reportaron haber tenido una experiencia profundamente sanadora. Pregunté, entonces, con la intención de atraer las declaraciones más extraordinarias, quién había tenido «la experiencia más importante de su vida», y ahora solo nueve personas de las 40 que habían participado levantaron la mano. Me pareció una proporción notable, sin embargo, siendo que muchos habían ya conocido el yagé y los hongos, y comenzaré este informe citando lo que dijeron:

L. A.: Yo empecé muy rápido y fue muy lindo porque mi cuerpo me fue dirigiendo. Y me fue dirigiendo a mi tema pendiente en la vida: llorar. Y me acuerdo que lloré y lloré. Y me salía un llanto, no de desgarro, sino bonito. Lloré hasta la última gota. Cuando terminé de llorar sentí que podía respirar. Ese fue uno de los dones: respirar.

Sentí que se me abrió el corazón; y cuando se me abrió el corazón empezó un viaje muy lindo. Dios me dijo que me faltaba decir una cosa. Empecé a revisar y me di cuenta que me faltaba decirle a Dios que sí.

*Exploraciones psicodélicas*

Y empezó el ego: «¿Y si es muy grande la cosa?» Y pensé: si es grande o pequeña, es igual de valiosa. Y ahí empezó el gran viaje de mi vida, el que yo necesitaba. Me dije: «Entrega total». Escuché que Luis me dijo: «Un gran acto de amor». Entonces me le acerqué, y le dije: «Profe, usted es el experto; quiero que me explique: ¿qué es un gran acto de amor?» Y él me respondió: «Dímelo tú». Me quedé pensando y le dije: «Claro, Entrega total». Al fin, en realidad todo mi viaje fue ese. Entendí que la entrega tiene que ser total y en todo. ¡Hasta haciendo el amor!

J.: Tuve miedo y empecé a sentir cosas en mi cuerpo: que perdía el control y me temblaba la cabeza. Me entregué a Dios, alguien abrió la puerta y entró un aire, y también una imagen de Jorge. Y dije: «Bueno, Diosito y Jorge, que esta medicina me muestre por dónde es», y me entregué. Cerré los ojos y me fui en un viaje profundo, profundo, profundísimo. Y empecé a llorar y no sabía por qué lloraba. Y apareció mi hijo sobre los hombros de mi padre. Y entendí que llevaba muchos años peleando con mi padre. Y él había hecho lo mejor que había podido hacer por mí en todo ese tiempo, y mi hijo ya lo había entendido, antes que yo. Y esta fue una de las grandes comprensiones: para honrar a mi padre voy a ser el mejor padre para mi hijo, y el mejor esposo para Laura, y realmente hacer valer que mi papá murió por algo. Para darme vida. Y para pasar la vida, que es mi hijo.

Luego salí (le pedí a David que me acompañara) y me dieron muchas ganas de vomitar. Y apenas salí empezó a sonar como un silencio, y como todo oscuro. Empezó a llegar toda mi familia, y de este lago salieron unos pájaros negros grandísimos, y me cogían y me alzaban. Me pusieron en un punto y ahí fue cuando me mareé más y vomité. Vinieron unos espíri-

*Los onirofrénicos*

tus, unas sombras negras y me jalaron al baño. Y entré al baño y cuando miré, el baño era un ataúd. Miré atrás y estaba toda mi familia. ¿Pero será mío el ataúd? Abrí el ataúd y no había nadie. Y me empujaban y yo pensé que era David que me empujaba, pero me volteé y David ya estaba lejos. Empecé a sentir que me estaba chiflando. Entonces volví a orar y a pedirle a la medicina, y entré. Y el baño se empezó a hacer más pequeño, más pequeño, más pequeño: era el ataúd. Y yo cerré los ojos porque todo se puso oscuro, yo solo podía ver si tenía mis ojos cerrados. Si iba con la oscuridad y no luchaba con ella. Cerré los ojos y vi a mi hijo, a Laura, a mis padres, a todos allí. Y bueno, si es mi muerte, a morir con dignidad. Y cerré los ojos y morí. Y de un momento a otro todo empezó a vibrar y explotó el baño. Todo explotó menos yo. Yo me miré y estaba completo. Todo explotó y sentí un nuevo aire. Y toda esa oscuridad que me había rodeado ahora tenía color, ya podía ver el verde del pasto. Y veía a mi familia que me decía: «Pues párese. Ya no esté ahí acostado». Ahí es donde hablo de un nuevo nacer. Ahí sí que nací al amor. Y una de las grandes comprensiones fue vivir desde lo sencillo. Vivir desde lo sencillo me llena tanto. Este querer tener tanto, ser tanto y hacer tanto es tan egóico, para llenar un vacío que tenía. Es, como dice Jorge, como tener un pastel aquí y estar pensando en otro que no existe; cuando quiero comer pastel, ya no hay, se lo han comido.

Luego Igor se nos acercó y nos dijo: «La medicina se nos muestra como en los sueños». Y es como conectarse con ese Gran Espíritu y preguntarle. Y dejar que el Gran Espíritu muestre imágenes. Dentro de tanto caos que yo sentía en mi cabeza hubo mucha claridad, cosas muy precisas. En una de esas, dije: «¿Qué hago para hacer parte de mi pareja y estar en

*Exploraciones psicodélicas*

pareja?» Y venían dos bolitas por el mar, como cuando uno tira una piedra para hacer sapitos, pero muy rápido. Luego saltaron a las nubes y luego como a un embudo y cayeron en una ruleta de casino. Y cayeron en un número y se abrió una puerta. Y es: «Juéguesela». «Apuéstele a algo y vaya con todo». Y esa bolita era el corazón, que iba por delante.

Entendí también que respecto a la relación con mi madre, lo que tengo ahora es lo mejor que existe y no va a cambiar. Y que hay que sacarle el mejor provecho a lo que hay. Vivir desde lo que hay, gozarme los poquitos. Y otra cosa que vi es que hay muchas cosas: animales, matas, gente, cosas que yo nunca había visto. Y dije: «Ah, existen más cosas. Y esas cosas son sencillas». Y me sentía conforme con esas cosas, a gusto. Hubo un momento en que me llegó una imagen de Dios, de Jesús tal vez. Pero era un Jesús súper moderno. Y se me sentó. Yo le conté de mi abandono, que yo sentía mucho abandono. Y me decía: «Sí, pero tú te has abandonado. Cierra tus ojos y mira qué pasa, que no puedes estar contigo». Y me empiezo a imaginar cosas y empiezo a oír mi cuerpo. Hablaba bonito de mí. Me dieron ganas de tocarme. Miré a alguien y dije: «Esta es otra persona, otro ser humano que está a mi lado». Y entendí el respeto. De vincularse desde el respeto con el otro. Son mundos tan diferentes, pero a la final es un ser humano como yo. Y como me sentí, sería muy bonito que todos se sintieran.

S.: Tengo que decir que yo comencé en el cielo, porque confié y me entregué. Es la primera vez que digo: «Voy a confiar, me entrego». Cerré los ojos y empecé a ver blanco. Me sentía tranquila, confiada, y empecé a ver muchas imágenes. Pasaban ciudades, pasaban personas, pasaban imágenes mías. Me vi de niña. Me vi de bebé, mi papá me cargaba y me daba besos. Yo tenía un gorrito rosado. Entraba en paisajes. Veía un

*Los onirofrénicos*

águila que atravesaba un túnel, y me atravesaba. Veía el mar, una ballena, un conejo, una paloma. Cuando arranqué yo le di las gracias a la medicina, por venir a sanarnos desde tan lejos. Y me dijo: «Somos un solo planeta, un solo universo y el bien es para todos». Y apareció la voz de mi otro yo, apareció pues mi ego. Lo que yo más comprendí de mí misma es «el ideal de ego realizado». Vi escenas de mi ego realizado: me vi como una reina en Inglaterra. Con chófer y casa grandísima. Y la voz me decía: «¡Mírese ahí, como una reina!» Mi ego realizado en el ideal que yo había creado. Y todas esas imágenes empezaban a desvanecer. Pasaban e iban desvaneciéndose. «Hagamos una cosa, no peleemos. Hagamos la fiesta en parche. No me sigas tratando así», le dije. Me conecté mucho con la meditación de los espacios, y que tú decías: «Respira y date cuenta de dónde estás». Y me acordé de Luly, una amiga de aquí de la escuela, que murió. Ella podía voltear las cosas de una manera que me maravillaba. Y yo le decía: «¿Cómo haces para ver las cosas desde ahí?» Y ella decía: «Es fácil, son los espacios, las cosas se pueden ver de muchas maneras». Empecé a ver mi máscara cómo se caía. Me vi muerta, enterrada. Y un corazoncito todo romántico con un petalito. Era mi tumba. Todo esto lo viví con una paz, con una aceptación de todo esto que estaba pasando frente a mí. Y el don que recibí fue la compasión. Yo me di cuenta hoy cuando estaba escribiendo, porque un momento dado pasaron muchas cosas. Y yo decía: «Si la clave es amarme a mí misma, ¿cómo saber si me amo?» Y no me respondían. Y yo hoy entiendo qué es la compasión. Es no darme más palo, no más maltratarme. Hay otras maneras de ser y otras maneras de vivir. Y como todo pasaba, de repente me vi en el ciberespacio. Empezó a pasar como en las películas, que todo pasa y todo se desvanece. Me llegó la palabra

*Exploraciones psicodélicas*

«impermanencia». Empecé a palparla, a vivirla. Claro, el aquí y el ahora, todo lo que he aprendido. La depresión es vivir en el pasado, la angustia es vivir en el futuro. Me la he pasado no viviendo el presente. Entonces todo cogió un sentido para mí. Esto fue sentirlo en mi piel y vivirlo. Esto indudablemente me cambia la visión de mí misma, del mundo y de todo. Siento que esto es una transformación y una comprensión muy profunda.

CLAUDIO: Ponme en una frase cómo es esa comprensión profunda que te cambia la visión todo.

S.: Que somos simplemente chispas divinas y estamos en esta existencia y que todo lo que pasa es. No es ni bueno ni malo. Son cosas que suceden y pueden haber otras maneras, no hay una. Porque definitivamente hay mucho espacio. Porque comprendí que hay mucho creado, y que hay espacio para crear más, porque todo se desvanece. Me conmueve [llantos] y siento gratitud por todos y por todo. Ha sido un camino de plenitud y gozo. Me siento muy en paz. Gracias.

D.: Yo vengo trabajando el eneatipo seis. Y lo que pasó es que por fin entendí dónde empezó. Tuve un abuso muy pequeña. Yo solo recordaba la escena en que mis padres encuentran que un trabajador había estado abusando de mí. No fue violento, nunca lo sentí así, entonces nunca lo recordaba así. En todo el viaje lo que pasó fue una limpieza muy grande. Y llego a esta escena en que él estaba planteándome que era un juego y yo le decía: «¿Está bien, no me van a regañar?» Y hasta ahí llegó la escena y lo que me decía la medicina fue: «Tú preguntaste». Y toqué el engaño y toqué la mentira, y toqué la rabia, y toqué el dolor de mis padres. Y entendí por qué nunca sabía, por qué no se podía confiar en mí. Por qué si yo pregunté y tomé una decisión y estaba mal, ¿cómo iba a poder decidir de ahí en



*Los onirofrénicos*

adelante nada? Porque no creía en nada de lo que mi cuerpo me decía. Y si yo sentía, nunca sabía: ¿estaba bien o estaba mal? Y siempre estaba preguntando y con la sensación de que alguien me iba a regañar. Siempre que llegaba a un espacio, si alguien no me saludaba, tenía la sensación de que yo he hecho algo o de que me van a regañar. Y no entendía por qué sentía esta culpa tan grande, porque yo no había hecho nada malo. Y la medicina me decía que yo era buena, hiciera lo que hiciera. Este es el paraíso que había perdido. Y entendí que mi padre me había amado con mucha culpa. Y que mi madre no quería verme porque le dolía lo que había pasado y no podía verme sin enojarse. Y que mi papá no podía amarme porque sentía culpa y me daba más cosas. Y entendí que no le debía nada a mi hermano porque siempre pensé que le debía porque mi papá me quería más, y me había dado más y me tenía más paciencia. Y me di cuenta que no es así. Que yo tenía mi dolor. Que ese amor me sostuvo y me mantuvo hasta poder llegar acá. Y entendí que no debo nada, que no tengo la culpa.

CLAUDIO: ¿Y cuál era la culpa de tu padre?

D.: No haberlo evitado. No haberme protegido.

Dentro de los regalos, estuvo el peso de la palabra «sí», y «no». Toda la noche estuve disfrutando eso. La medicina me decía: «Deja, que el cuerpo se está enterando». Era muy bonito porque veía como si ella fuera de un color azul por todas las ramificaciones del cuerpo haciéndome entender qué es un sí, y qué un no. Cómo se siente un sí y cómo un no. Sin tanto ruido, sin tanta locura. Sin la ambigüedad. Sentía que ella me decía «Nada está bien ni mal». «Las decisiones son las importantes. En la decisión harás». Y eso para en un gran sí. Y lo sentía en todo mi cuerpo. Pero para mí esto es muy nuevo.

Yo preguntaba cuántas veces había ocurrido. Fue doloroso

*Exploraciones psicodélicas*

porque comenzó a pasar un calendario, muchos números. Y yo decía: «No pueden ser tantas veces». Y me decía: «Sí, fue cada vez que dejaste que te penetraran sin amor. Fue cada vez que diste satisfacción a otro. Ahí te vulneraste».

*Tuve la imagen de una serpiente entrando por mi coronilla y saliendo por mi vagina. Entrando y saliendo, limpiando. Luego se paró al frente y con su lengua empezó a golpear mi tercer ojo.*

V.: Para mí, al principio la experiencia fue bastante dura, tenía mucho miedo. Empezó habiendo mucha sangre. Ríos y ríos de sangre. *Todos los muertos de mi familia. Los muertos de mi abuelo, de mi papá, de mis tíos y después mis muertos.* Pensé que me iban a regañar, lo que siempre espero: castigo. Pero en ningún momento sentí miedo ni angustia. Y después de esto, de ver tanta imagen de muerte, de ver *como mi linaje ha matado tanta gente, como hacemos lo que se nos da la gana, me vi a mí mismo como un niño; entendí que yo soy un niño haciendo patalé. Un niño que muy chiquito descubrió que todo era injusto, y creyó que su labor era hacer justicia. Entendí que por eso no siento culpa, que yo solo reclamo lo mío.* Y para mí no importa lo que tengo que hacer para que algo sea mío, simplemente considero que es justo y ya. Nunca he sentido la culpa y ya lo estoy empezando a ver. Comprendí como huí de Colombia diciendo que estoy huyendo de mi linaje, de mi tío, de la mafia, de todo lo que me ha tocado vivir. Y entonces ahí, más o menos, *mis muertos me dijeron: «No te estamos reclamando nada, pero si no paras, o sea, si sigues en lo mismo, ¿qué?»*

CLAUDIO: A ver, explícalo mejor.

V.: «No te juzgamos, no te castigamos, pero marica, ¡para!» Y me veía a mí mismo como niño, cuando tengo mi niñez borrada, prefiero no acordarme. Nunca he podido visualizar a mi niño interior, pero ahora me vi como un niño enojado,

*Los onirofrénicos*

lleno de rabia. Hasta que me decidí y lo abracé. Lo vi montar bicicleta, lo vi jugar fútbol. Vi a mi hijo también, y entendí que si seguía en lo mismo, él iba a vivir lo mismo. Y por fin me pude abrazar. Por fin ese niño recibió amor. Y le dije que ya era grande, que ya no tenía que tener miedo. Que ya no tenía que huir de nadie y que huyendo de los depredadores él era el más depredador. También me vi a mí mismo con media cara de niño bueno y con la otra media cara tan demoniaca y tan fea... En cuanto a los dones, yo siempre he sentido que mi don es corromper la gente. He disfrutado mucho con esto. Siempre he sentido que si yo estoy mal, por qué alguien tiene que estar bien. A lo largo de mi vida he corrompido de varias maneras. Pero me llegó también que yo no tengo el don de corromper, sino que tengo el don de transformar, y lo he usado al revés.

L.: Tenía miedo, siempre he tenido miedo. Cuando empezamos la toma le pedí al Espíritu Santo que me acompañara. Al iniciar el viaje yo pedí reencontrarme con la alegría, la felicidad, el entusiasmo y la voluntad. Empezaron a pasar las imágenes y la principal imagen que veía era mi propio rostro. Un rostro triste, envejecido y marchito. Y ese rostro se iba convirtiendo en muchos rostros, en muchas personas. *Vi a todos mis muertos. Se convertían en el de mi madre. El de ella estaba tranquilo y joven. Mi madre ya está muerta. Los rostros de mis muertos los veía en un escenario beige, como de fotografía vieja a blanco y negro. Entonces vi a mi padre en una imagen muy bonita. No le veía muy bien la cara pero tenía los brazos abiertos y una túnica blanca. Me saludaba haciéndome una venia. Vi a todos mis hijos, vi a mi esposo, pero a la que más veía era a Laura. Veía como mi rostro triste, apagado y envejecido se transformaba en el de ella. Sin embargo, en medio del sueño lo veía pero no*

*Exploraciones psicodélicas*

lo sufría. Y esto es lo que me queda como una comprensión. Y es que *todo lo que viví no lo viví desde el sufrimiento sino desde ver las cosas tal cual como son*. Y entonces vinieron todas esas *imágenes bonitas de rinocerontes, de leones en el desierto, de colores naranja. El animal que más vi fue el rinoceronte. Para mí el rinoceronte es feo, pero lo veía bonito*. Se me venía encima y me tocaba. Todas esas imágenes me hicieron comprender que yo veía las cosas diferentes, no como realmente eran. Y cuando quería reencontrarme con la alegría y la felicidad y todo esto, en un momento me llegó *la claridad que yo era la que no la veía. Pude entender que yo era la que no le sentía*. Y entonces vinieron todas estas imágenes angelicales, vi el cielo. Y entonces acá yo tuve lo que tú dices: «La experiencia más importante de mi vida». Es que yo no confío y no creo si no veo. Me cuesta la fe y todas esas cosas con firmeza y por eso no tengo voluntad. *Entonces en esos momentos estoy en la nube, y de una nube más alta empieza a volar una paloma. Y yo dije: «¡Ay, el Espíritu Santo! ¡Yo lo vi, yo no soy feliz, yo no soy alegre pero yo lo vi!»* Entonces comprendí que lo más importante en lo que tienes que confiar es en lo más sagrado, en el Espíritu Santo. Desde este momento voy a estar en comunión con él para revivirme a mí misma. Y también tuve una comprensión muy profunda con respecto a la alegría y la felicidad. Dije: «Ay, sí. Yo lo vi: tengo que servir, porque lo puedo ver». *Servir y no pedir tanto. No pidas alegría, sino servir*. Comprender entonces que tal vez yo, que he pasado la vida anhelando esto, lo pueda encontrar cuando empiece a servir. Y tal vez mi rostro empiece a cambiar cuando empiece a servir. Seguramente, cuando yo dé a los demás pueda verme de una manera diferente. Vi a mis abuelos, que no conocí, jóvenes. Vi a Laura casándose, en un vestido hermoso camino al altar. Verla en ese vestido blan-

*Los onirofrénicos*

co, radiante, linda, también hacia una transformación. Si yo la hago, ella también.

C.: Yo vengo de dos familias. Una judía y otra católica. Y crecí en una familia muy intelectual, donde eran ateos, no había una religión. Entonces mi primera experiencia en el cielo creo que es esta. Lo que contacté fue un espacio (que llegaba desde mi cuerpo y se expandía por todas partes) de felicidad, alegría. *En este espacio yo me elevaba hasta que vi el cielo y sentí la belleza, la alegría la magnificencia del espacio. Yo lloraba de la felicidad. Era un éxtasis. Yo me sentí libre de este filo de nostalgia de un lugar, de una casa que en esta vida no he tenido.* Era una nostalgia vieja que me ha perseguido de no sé dónde. Generaciones, generaciones. Sentí: ¡se acabó! Y fue una liberación.

CLAUDIO: Primera vez que te sientes completa.

C.: Estoy tan feliz y digo: «¿T. dónde está?» Y estoy en la dicha completa, miro a mi lado izquierdo y lo veo acostado lejos y le digo «T., ven. ¡Aquí está, pero bellissimo!» Y él, acostado. Me dijeron cuatro años atrás que yo estaba rodeada de ángeles, de protecciones. Yo no veo, yo no siento estas cosas, y por primera vez los vi. Eran maravillosos, estos ángeles, estas protecciones, espacios numinosos que estaban cerca de mí. Entonces, de este cielo, bajaron ángeles que sacaron de T. redes de cadenas oxidadas. Y yo le digo: «¡Ven, ven, vamos!» Entonces me vi en la dinámica de esperar, me vi en el ansia. Dije: «Me voy», porque no quería entrar en esta dinámica. Y después, en el cielo, fue un viaje muy cómico; un viaje ligero, de una belleza ligera. Me aparece una publicidad que decía: «Compasión», pero inmensa. Y lo sentí en el centro del corazón, que se me abría. Y luego vi a Claudio y sentí un amor inmenso. Luego vi a las personas que trabajan aquí, las cocineras. La palabra «servicio» fue una cosa que me abrió muchísimo. Vi vampiros. Mi

*Exploraciones psicodélicas*

impulso neurótico era cortarles la cabeza, pero era tan grande la felicidad y la compasión que pasé de ello.

Quiero ahora añadirle a estos informes uno más que me pareció notable, entre varios no menos significativos de personas que no levantaron la mano en respuesta a mi pregunta:

«Las visiones que tuve muy al principio de la toma, que no quería ver, me hicieron negarme a entrar de lleno en ellas. Lo he interpretado como una autoprotección, como un no sentirme preparada para afrontar el dolor que estas podían traer, especialmente una. La del recuerdo en mi primera infancia de un abuso de mi papá. No vi detalles, solo tuve una certeza, que provenía más que de una visión, como de una experiencia auditiva, o simplemente de una certeza sin imágenes, de que había sucedido. Pero mi voz racional aparecía cuestionando esta certeza, diciéndome que posiblemente todo era una imaginación mía. Todavía hoy me pregunto si esto fue real o no. El único momento en que contacté mucho dolor fue cuando Claudio me pidió que compartiera mi experiencia. Del resto, he estado ignorándolo o pensando que realmente pude imaginarlo... Supongo que es un capítulo que tendré que abrir en algún momento. Aún no he hecho el SAT II, así que pienso que puede ser oportuno hacerlo. La otra visión o certeza que tuve fue la de que mi relación con Gonzalo, mi marido se había agotado. Había una pregunta que se repetía y me cuestionaba: ¿por qué estás ahí todavía? ¿Por qué sigues ahí? ¿Cuándo vas a tomar la decisión? Y claramente, vi la cara de Gonzalo, y vi la opción que tenía frente a mí: quedarme o irme. Depende de ti, me decía la voz. Ya sabes. Tú ya sabes. Tampoco quería ahondar en esta imagen e igualmente mi «razón» me decía: tú te estás inventando esto... Esta visión sí la siento absolutamente real, tanto así que a mi

*Los onirofrénicos*

regreso tomé la decisión de hablarlo con Gonzalo y plantearle una separación.

»Ambas visiones quedaron firmemente grabadas en mí a pesar de que no quería verlas.

»Paralelamente, tuve dos vivencias muy fuertes: una en la que me conecté con mi respiración y la seguí por todo el cuerpo, dándome cuenta de todo lo que sucedía sin hacer nada. Y me daba una gran serenidad pensar que mi propósito no era más que respirar, poderme salir del remolino del hacer, del parecer, del empujar en la vida. ¡¡Simplemente respirar!! La otra tuvo que ver con descubrir a mi pequeño ego número tres muy escondido detrás de cada pensamiento y cada impulso de acción. Pero es tan endiabladamente astuto, que es difícil verlo, descubrirlo. Se me ocurría hacer algo e inmediatamente surgía una cadena de motivaciones que al final llegaba a encontrar la motivación raíz, el querer ser vista. La vi, la vi casi durante toda la experiencia y fue muy sanador. Fue como descubrirme, en un tono ligero y alegre, casi con sorpresa y diversión.

»El día siguiente ha sido maravilloso. Creo que este taller fue un catalizador de un proceso que venía ya caminando desde hace algunos años. El trabajo con Lluís, la toma y mis visiones, y haber conocido a Eduardo, hacen de esta una de las experiencias más transformadoras de mi vida. Estoy inaugurando un lugar nuevo, que siento mucho más real y sereno. Es como si finalmente me sintiera adulta y dueña de mí y de mis decisiones. La confianza infinita que Claudio irradia en el ser humano ha sido para mí un modelo del que antes seguía queriendo contagiarme y hoy por hoy encarno y vivo».

No reproduciré los relatos de cada uno de los participantes del grupo, pero en lugar de ello continuaré ahora este informe

*Exploraciones psicodélicas*

ilustrando los temas o vivencias que más llamativas me parecieron por su frecuencia:

*1. Disolverse del yo, entrega confiada.*

Comienzan a menudo las experiencias con su descripción de una actitud de entrega, y me parece que en general no solo depende del efecto de los psicodélicos la capacidad de entrega de las personas (como también el efecto de la psicoterapia o la influencia de un maestro espiritual), sino que la entrega ya es en sí misma un acto terapéutico valioso (e implícitamente un estado amoroso, como a veces implican expresiones tales como: «Me entregué con confianza, con amor»).

*2. Ayuda, guía, sentirse cuidado, regalado, ayudado.*

La misma persona de la cita anterior prosigue así: «La medicina me estaba amando todo el espíritu». Diríamos que el estado de amor está en esta declaración personificado, así como en el misticismo se personifica el amor de dios; solo que se está personificando el amor en la ibogaína misma, como en las culturas chamánicas, en las que se concibe el espíritu de la planta como un maestro o guía, y lo que probablemente sea una válida manera de hablar de *una realidad interna, pues hay algo en nosotros que nos ama, llámese nuestra propia alma, o la vida misma, nuestro niño interior o nuestro espíritu materno. El hecho es que el amor no es una mera abstracción, y que donde hay amor hay una relación, y donde hay relación hay otro u otra.*

La siguiente experiencia pareciera querer hacerle comprender a la persona la naturaleza de su relación con sus guías. Dice: «En un momento del viaje sentí como si alguien me hiciese sentar. Me dijo: “Juguemos a que repites lo que nosotros hacemos”, y unas manos de dos seres me iban enseñando cómo mover



*Los onirofrénicos*

objetos sin tocarlos. Ellos me mostraban, y yo lo repetía, y en este plano, mi cuerpo físico hacia todos esos movimientos viendo los objetos entre mis manos».

En el siguiente fragmento es Dios mismo el guía: «Había, durante toda mi experiencia, un diálogo constante con Dios. Yo preguntaba y aparecían imágenes que me daban respuestas».

Un tema tan relacionado con el de entidades que guían que puede ser difícilmente separable de este, es el del diálogo: el diálogo con la sabiduría, con Dios, con el guía, el encuentro con alguna otra identidad que sabe más.

Informa alguien: «Fue amoroso, fue sublime, y al mismo tiempo muy divertido. Hubo ecuanimidad, más espacio, entre tantas imágenes y un darse cuenta permanente. Pero me quedé en el camino de en medio tomando los mensajes, pero con foco hacia lo profundo»...

En otro caso, la «maestra interior» fue la virgen de Guadalupe, que le dijo a alguien: «Entrégate. Sé libre». «Su pecho se abrió como un portal y de este salieron imágenes fractales, coloridas». «Al despedirse me regaló un ramo de flores violetas, con centro amarillo. Al dárme las, me dijo: “Hónrate, eres bella”. Y desapareció».

*3. El «dejarse caer» de la entrega y la renuncia a lo superfluo.*

«Mi cuerpo quedó paralizado como un muerto». Esto es común: que el cuerpo reciba como una indicación de no moverse, que pueda costar moverlo, y también: «Mi mundo interior empezó a volar y a sentir, mi cabeza iba muy rápido, y yo me transformaba en muchas cosas que se lanzaban a la nada, al vacío, y caía y caía con tanto placer y confianza».

Este caer con placer entraña desapego, renuncia (que frecuentemente concebimos como un esfuerzo ascético, pero aquí es

*Exploraciones psicodélicas*

vivido como un descansar con satisfacción en la vida misma, más allá de nuestro control. ¿Y no es este soltarlo todo algo así como morir? Dice la misma persona: «Por momentos regresaba a mi cuerpo, porque de a momentos las personas pasaban por encima mío y me pisaban, y de repente empecé a sentirme como un muerto: nadie me veía y a mí, no me interesaban, dejó de molestarme; y empecé a sentirme nada, yo era la nada, el vacío, el cuerpo empezó a derretirse como una vela, hasta traspasar la tierra y fundirme con el todo, con una hermosa lluvia de estrellas que me abría el corazón, y el corazón también se relajaba y se caía, todo en mí se caía».

Me parece fantástica esta descripción de la entrega, que es algo común de la iboga y la ayahuasca, algo así como un principio de exaltación de la gravedad, del dejar caer, muy conforme al espíritu del Zen, un pensar hacia abajo, como propio de la entrega a la tierra. En contraste con los «alucinógenos clásicos» que llevan al cielo, los onirofrénicos son drogas de la tierra, del dejarse caer hacia la tierra, lo animal y lo primigenio o arcaico.

*4. Comprensión de la propia infancia, personalidad y enfermedad, y la entrada en el «lado oscuro».*

«La planta decidió llevarme y mostrarme mi desconfianza, mi locura», dice un participante, y luego explica que vio que su locura era un niño herido que no confía en los demás. Sintió que todo en su vida se reducía a relaciones de poder y dinero, y que el camino espiritual era una farsa. Toda su vida era una farsa, y este taller también era una locura, y en el mundo solo había gente que quería imponerles su visión de las cosas a los demás. Pero al comprender que su estado era el de un niño con miedo, decidió abrazarlo. Y al asumir esta actitud amorosa materna, las pataletas del niño le daban compasión y risa.

Otra paciente reporta haber percibido que «con toda esa

*Los onirofrénicos*

fuerza y apoyo del amor, arrancaba el viaje hacia la oscuridad, hacia el ego, las adicciones, las trampas».

Más allá de la comprensión específica de ciertas dinámicas, sin embargo, me ha llamado la atención la siguiente alusión a un *insight* más abarcador:

«Desde un punto de vista terapéutico de todo mi proceso personal, fue la forma de integrar todo lo que he hecho hasta ahora. Fue muy bonito ver como en una sola experiencia logré ver todo el proceso que llevo, como muchos años de trabajo, encontrando cosas y eventos que tenía muy claros en la cabeza y que no había podido lograr bajar al cuerpo, y que casi todo se materializó en una sola estructura».

*5. El aspecto prescriptivo: la visión de una manera alternativa de ponerse ante la vida.*

Una persona dada al reclamo escribe haber comprendido que debía entrar a la vida suave, con dulzura, aceptando lo que llegue. «La lucha me desgasta, mejor dicho, voy aprendiendo que luchar por lo que quiero no es pelear: puedo ganarme el derecho, puedo pertenecer, puedo disputar sin necesidad de pelear». Explica que no debe «*dejar que se le vaya la vida en preocupaciones, solo vivirla, sin tratar de estar preparada para todo. Igual si vienen pensamientos o acciones repetitivas, darme cuenta, y sobre todo no juzgarme.*

«*La vida es un proceso, estoy viva, ya estoy en el proceso, todo hace parte, humildad para aceptar como es. Abrir espacio a mi pareja, incluso mi pareja interior necesita espacio.*

Otra participante dice: «Me di cuenta en varios momentos qué tan apretada estoy, mejor dicho, qué tanto mi propia actitud mental me restringe, me limita a esa estrechez. Pensamientos como: “No lo vas a lograr”, “no puedes”, “tú no”; y, por supuesto, en esos momentos también la envidia hacia otros. Creo que uno de

*Exploraciones psicodélicas*

mis mayores *insights* ha sido este darme cuenta de una noción sutil de envidia... y la medicina me lo mostró con nitidez, claridad y sin tapujos. Resistí, diciendo que eso no era cierto, que así no soy... pero finalmente, a regañadientes y a la vez con sonrisa, asentí».

Otra persona en el grupo reportó haber tenido la claridad necesaria para tomar la decisión de ponerle fin a una relación que la llevaba a conflicto con su preferencia por una pareja estable, y también podría citarse esta claridad ante la toma de decisiones; y en este caso, se puede decir que no solo pudo ella percibir el paso cierto, sino que tener la fuerza (o desprendimiento) para darlo.

*6. La muerte y los muertos.*

Me ha parecido notable la frecuencia con que las personas vivieron algo como un atravesar la muerte, para luego renacer a la vida, *y mayor aún la de encontrarse con los espíritus de personas muertas, ya conocidas o desconocidas*. Ya he subrayado este elemento en las primeras experiencias reportadas en nuestra sesión retrospectiva, y ahora cito otras más.

A continuación de la descripción (ya citada) de un «dejarse caer» que lo lleva a sentirse nada, prosigue uno de los sujetos: «Empecé a sentirme nada, yo era la nada, el vacío, el cuerpo empezó a derretirse como una vela, hasta traspasar la tierra y fundirme con el todo, con una hermosa lluvia de estrellas que me abría el corazón, y el corazón también se relajaba y caía, todo en mí se caía.

»Vi muchas personas, unas iban hacia arriba, y otras hacia abajo. Me miraban, algunas hacían algún gesto, muchas eran solo sombras, otras hacían una mueca. No sé si esto haya sido la presencia de muertos, sentí que sí. Era curioso porque era claro que algunos necesariamente iban para arriba, y otros hacia abajo. Algunos intentaban entrar en mí, uno lo logró, y tuve que pedirle que saliera de mí, y así lo hizo.

*Los onirofrénicos*

»También en un momento estuve recordando uno a uno los miembros de mi familia, mis abuelos, bisabuelos, su presencia vino.

»En otros momentos, la medicina me llevaba a muchos episodios de muerte, y lograba verlos con tranquilidad, como una observadora. Logré ver varias muertes mías y sentirlas; así mismo, ver como volvía a existir. Este atravesar la muerte ha sido una comprensión no mental ni emocional, es una comprensión espiritual y corporal».

Otra dice: «Me sentí morir, pero no externamente, esta vez internamente: era una muerte del ego, la condición era que previamente tenía que pedir todos los perdones que tenía pendientes, sin perdonar o pedir perdón no podía morir en paz. Al principio pensé que no tenía nada que perder, pero poco a poco iban apareciendo personas y, como en una asociación libre, escenas pasadas pendientes por reparar. Una vez terminé, sentí que me vaciaba dentro del cuerpo, como un desinflarme dentro de un esqueleto; luego, por mi boca salía un último suspiro en el que el ego se diluía.

»Vi la muerte de una manera elegante, la sentí, reconocí, honré. Y llegué al fin a mi proyecto de vida: de servir y de hacer familia. Me llegó por primera vez la claridad de que amo a mi pareja, con el que llevamos una buena caminata, llena de desafíos y bellezas».

Otra participante dice haber visto a todos sus muertos, incluyendo a sus padres cuando jóvenes. Las imágenes aparecían como fotos antiguas. El padre en imágenes dulces, angelicales. Ella misma en un balcón, bellísima y dulce.

En el siguiente pasaje no he querido separar lo relativo a la muerte de la experiencia de renacimiento que la siguió, desembocando en el amor y en el «Gran Espíritu», que en este caso desempeñó el rol de guía o maestro interior.

*Exploraciones psicodélicas*

Comenzó con sensaciones inusitadas que lo inspiraron a rezar para poder acercarse a Dios y a sus muertos. *«Viví mi muerte; fui arrastrado por una sombra negra, y atormentado por voces que me reprochaban. Todos estaban en un funeral y me miraban con ojos de pésame. Sentí una energía muy fuerte y el cajón explotó: fue un renacimiento. Al abrir los ojos estaban L. y M. ante mí recibíendome al amor. Me conecté con el gran espíritu y me mostró a mi padre y el amor tan puro que le tengo».*

*7. La dimensión mística o espiritual, y su felicidad; el orden cósmico, la evolución universal, la revelación de la unidad de todo y la intuición de la nada —o el espacio.*

Aparecen a menudo en las visiones lugares hermosos nunca visitados, y la maravilla de la estética de los lugares imaginarios; lo paradisiaco, digamos. Este es un tema relacionado con la belleza de todo cuando se lo intuye como parte de un orden universal, en la percepción de cómo todo se entreteje con todo. Se trata aquí de la visión de conjunto del universo o de la vida, que es diferente de la belleza de figuras imaginarias o historias o construcciones estéticas.

Así, por ejemplo, dice uno de los relatos: «Hubo imágenes muy bonitas de mí flotando, volando, subiendo de repente para levantarme hacia el infinito, y me vi desde abajo desapareciendo en ese cosmos. Había estrellas, luego una oscuridad profunda. No me dio miedo. Sentí pertenencia a esa dinámica, a ese mundo tan vasto donde todo cabe.

»La medicina me mostraba imágenes todo el tiempo, galaxias, cilindros, túneles, por los cuales me desplazaba rápido y lograba también detener cuando mi voluntad quería.

»En el espacio hay una fuerza que une todo y siempre sabe lo que hace, aunque yo no lo entienda».

*Los onirofrénicos*

«Me llevó entonces el espacio infinito donde todo cabe (y mis imperfecciones también). La sensación de sentirme perteneciente a este universo como una partícula más, sin más ni menos importancia que todo lo demás que existe maravillosamente en el universo».

Alguien comienza queriendo conectarse con el espíritu de la planta, y de allí sale hacia el universo. Siente cómo todo está relacionado, cómo cada cosa influye en todo lo demás. Viajando hacia el universo, la primera indicación fue visitar el mundo de los espíritus. Le preguntan: *¿Quieres saber a quién le rezas?* Veía muchos seres luminosos, mucha luz, mucha paz. Comprendió cómo cada movimiento con luz genera ese material divino que respiramos.

Luego vino la invitación de ir al lado oscuro. Lo acompañaba un águila protectora que le mostró cómo el lado oscuro forma parte de una gran red, junto con la luz. Le mostró la importancia de permanecer en la luz y ampliarla, y cómo ello genera gracia, felicidad y tranquilidad.

«Vi también una estrellita pequeñita en el piso, y luego esta estrellita... yo ampliaba la visión y era como si alguien hubiera dejado una pisada, y sus pisadas eran estrellas. Entonces vi los pasos y dije: llegó Dios. Eran los pasos de Dios, me entró mucho miedo al principio por esta percepción de lo malo que soy. Y entonces venía Dios y era el momento del juicio. Venía Dios. Nunca lo vi a él, solo lo vi en el pez que describí anteriormente. No había visto a Dios, *vi sus pasos*. Y dije, bueno, pues ya no hay nada que hacer, con lo que está recibirá el castigo. Y en lugar de eso, me subí en estas huellas, y él me llevó a ver toda la estructura del universo. Viajamos supremamente lejos, hasta encontrar unas columnas, los pilares del universo, en unas columnas hechas de diamantes, con muchas estructuras supremamente fuertes. Y en una de esas columnas, uno de esos diamantes era yo, soportando,

*Exploraciones psicodélicas*

no como algo exclusivo, no como el soporte grande del universo, ¿no?, era uno de los millones de diamantes que estaban allí en el universo. Y de allí, de esta columna, se desprendían otras columnas, y fui viendo toda la inmensidad del universo y nuevamente caí a la tierra».

*8. Claridad, lucidez y aceptación.*

Podría itemizarse esta vivencia como algo característico de la ibogaína por cuanto se repite de varias maneras a través de los relatos. Se trata de un estado meditativo, nuevamente, muy cercano a lo que se describe a veces como espacio.

«Pero sobre todo ecuanimidad, siento que el ogro que llevo adentro no es tan malo. Y me queda lo último de la voz, que me dijo: *confía, confía*. Y logré dormir, descansar, dejarme, soltando mis extremidades izquierdas, que sentía que desaparecían y ya no vibraban, sino que entraban en una calma profunda».

*9. Los animales y la santificación del cuerpo.*

Dice uno de los sujetos sintéticamente, entre otras cosas: «Animales: felinos, jaguares, me miraban de frente».

Una mujer se siente acompañada de un animal al que reconoce como su «animal de poder»: «Luego cambiaron varios paisajes y me moví muchas veces con mi animal de protección (pantera negra) que ya sé que está conmigo. Esa compañía fue bella porque me sentí con fuerza, me indicaba su mano izquierda, y ahí tenía un venadito de chaquiras blancas, y me decía: esto es tuyo, tómalo. Yo lo tomaba y de inmediato aparecía en otro paisaje, era más verde a ratos, y a ratos desierto. Ahí apareció un venado grande, blanco, con unos cuernos grandes y luminosos. Yo estiraba mis manos abriendo fuertemente los dedos y esos se transformaban en los cuerpos del venado, y de esa manera su



*Los onirofrénicos*

cabeza se depositaba en mi pecho y eso me brindaba mucha calma y tranquilidad, con decisión, segura, amplitud, espacio».

Dos de entre los cuarenta sujetos se encontraron con un pez inmenso con cualidades divinas, y por ser notables sus experiencias, cito sus correspondientes relatos, con algo del contexto correspondiente a estas imágenes:

«No fue una regresión como de esta vida sino que como la historia de la humanidad. En un momento sentía como que tenía dos ojos, y mis ojos físicos, mis párpados, estaban cerrados, pero detrás había otros párpados que se abrían, como unos párpados que se abrían al inconsciente y a otra dimensión de la realidad. Con estos ojos pude ver mi ojo, mi ojo físico, mi ojo izquierdo. Esta parte del ojo se posó frente a mí, y este ojo empezaba a irse hacia atrás. Y se hacía más, más y más anciano, hasta ser personas de demasiada edad, y luego volvía a ser, pasando por diferentes géneros, como un ojo de hombre, como un ojo de una mujer, luego nuevamente hombre, muchas mujeres. Mi ojo estaba en el cuerpo de muchas mujeres y de muchos hombres en una especie de regresión. Veía todo el tiempo pasar hacia atrás, hacia atrás, hacia atrás, hasta que entré en un agua; no sentía la sensación de humedad, pero veía físicamente el agua. Y de pronto, en el agua apareció un pez, el pez más hermoso que he visto. Asumo que no es un pez de esta época por que era un pez de unos colores muy vistosos, amarillos y rojos y azules, con bigotes y de un tamaño majestuoso, con una estructura majestuosa, que vi en mi ojo, y luego vi a Dios en ese pez. Un pez espectacular, es la imagen más viva y más hermosa que vi en toda la visión, y allí se hizo como una pausa que yo no quería que la visión se fuera, pero luego la visión se empezó a nublar y empezaron a salir de allí gotas de agua, como que el agua también se iba hacia atrás. Y luego empezó a caer el

*Exploraciones psicodélicas*

agua, y empezó a llover, a llover, a llover y vi la evolución de la vida, vi los primeros peces formarse, como si estuviera en uno de estos afiches de colegio o de escuela, que vemos un pez pequeñito y luego van pasando todos los peces, todos los peces, y luego nuevamente un pez danzando sobre el agua. Ya salí del agua, vi manadas de animales algunos conocidos, otros que no, muchas manadas de pájaros y pájaros y pájaros, hasta llegar a los primeros aborígenes. Y dentro de esos aborígenes, vi el rostro de Jorge Llano, pero no como Jorge Llano, pues claramente mi maestro, con toda su sabiduría, estaba allí, pero lo único que lograba reconocer físicamente de él eran sus ojos. Yo sabía que era él, pero era un hombre negro, de los primeros pobladores, un negro espectacular. Solo veía de su cuello arriba, con su barba blanca y su pelo blanco, canoso, canoso y moreno, moreno, moreno».

«Hubo un momento que me vi a mí misma, y estaba parada frente a mí misma. Y empecé a ver una serie de animales, muy grandes, animales enormes, enormes. Era como si yo estuviera frente a ellos. Llegué a ver algunos dinosaurios, y me llegaba la idea de que los dinosaurios existieron. Y veía diferentes especies de dinosaurios enormes mirándome, me miraban fijamente, diciendo: «Aquí estoy. Yo existo. Existí». Luego me vi a mí misma rodeada de agua como si estuviera dentro del océano, y en verdad no existía más que el océano, solamente océano, no había tierra. Y en ese océano empecé a ver unos peces enormes que también me miraban fijamente, haciéndose presentes frente a mí, diciéndome: «Aquí estoy». Y yo sentía la historia del mundo, sentía el paso de la historia del mundo, como hemos sido tantas las especies y como hemos sido tantos los seres, estamos tan llenos de toda esa historia, y me asombraba diciéndome a mí misma: es la evolución, la evolución. Y en un momento me vi tan cerca de un pez

*Los onirofrénicos*

mucho más grande que yo, que yo era del tamaño de su ojo. Era un pez gigante, no lo sé, me daba una sensación de ballena enorme, ballena-pescado. Y me miraba con su ojo, y yo era del tamaño del ojo, y me sonreía con su ojo, o con su presencia. Él me veía y yo lo veía a él, y era algo como reconocernos entre las especies, y reconocer la historia y la dicha de saber que ambos existimos».

No menos significativas, tal vez, que las visiones en que se puede reconocer una proyección simbólica del mundo instintivo, son las experiencias en que se vive profundamente el carácter sagrado del propio cuerpo y de la sexualidad. Cito una a continuación:

«Me encontré con unas mujeres que me recibieron en un lugar muy amoroso, color rosa luminoso. De pronto estaba desnuda entre ellas. Me sentía conmovida. Me dijeron en una sola voz: “La vagina es una puerta al universo”. Me mostraron que cuando un alma decidía volver a la tierra a tener una experiencia humana, venía del universo y llegaba a nuestra vagina, y por esto nuestra vagina es un lugar sagrado al servicio de todas las almas que regresan para su evolución y la del mismo universo. Yo pregunté alterada: “¿Solamente es para traer almas al mundo?” Y con sonrisas amorosas me respondieron que no. Me explicaron que es a través de la vagina y su energía poderosa que era posible conectarse con todo y con el amor. Me mostraron que en el momento de tener contacto sexual con alguien, esta energía se expandía a todo el cuerpo, incluso al universo. Vi como esa energía que había recibido de la tierra a través de mi vagina en el acto sexual consciente podía ser físicamente placentera, pero que también se convertía en energías más sutiles. Al llegar al corazón sentía que me llenaba de una sensación de amor profundo, enorme, total. No solo a la pareja con la que hacía el amor, sino al mundo entero. En la medida en que la

*Exploraciones psicodélicas*

energía seguía subiendo a la cabeza y más allá de ella, sentí la sensación de hacer el amor con Dios, con el todo. Veía que mi pareja era Dios, y yo misma a la vez. Entendí el éxtasis espiritual. Después comencé a ver una vagina grande, hermosa, rosada, de la que emanaba una energía cálida que me envolvía. Luego comencé a ver que la vagina se convertía en una virgen. El clítoris era el rostro de la virgen, y los labios menores eran el velo y el vestido. A los pies de la entrada de la vagina, una luz radiante que crepitaba. Entendí que la energía instintiva y de la carne es solo el gatillo para encontrarse con Dios. La tarea del hombre va más allá del cuerpo».

*10. Los fenómenos pránicos.*

Describe alguien «sensaciones de serpiente en el cuerpo y mucha vibración», y varios mencionan temblores y vibraciones del tipo que Grof propone llamar «fenómenos pránicos» —a veces asociados a imágenes como la serpiente, tal como en las descripciones clásicas de la Kundalini en las tradiciones tántricas, y me parece que tal fenómeno se relaciona con la liberación del mundo instintivo y la resacralización de la sexualidad. Puede apenas ser mencionado el fenómeno vibratorio o aparecer asociado a una plenitud extática, como en uno de los relatos transcritos anteriormente —tal como algunas veces ocurre también bajo efectos de la ayahuasca o de otros psicodélicos.

«La planta estaba entrando por mi cabeza, veía todo mi sistema nervioso, moviéndose, ¡cra!, ¡cra!, ¡cra!, llenando todos los nervios como conductos azules. Veía algo como esas láminas de escuela en que está todo el sistema nervioso allí representado, solo que se iba iluminando, como que cada vez se iluminaba un pedacito más. Sentía miedo».

Incluiré también en esta categoría la experiencia de alguien que observó finamente cómo se desconecta de ciertas zonas de su

*Los onirofrénicos*

cuerpo, específicamente de los tres chakras inferiores. Esto lo llevó a hacer un trabajo original de integración a través del cual se propuso llevar el alma a su pene y luego a su sistema digestivo. «Para integrarlo realmente tengo que estar presente».

*II. El amor y el servicio.*

Muchas personas experimentaron algo así como un despertar al amor, y también fue frecuente su descubrimiento de que deberían servir. He aquí una:

«Serpientes de puntos luminosos entraban a mi cuerpo y lo iban limpiando con una alta vibración de amor, lo que yo entendía como amor, alegría y plenitud.

»Cuando vi lo que era el amor, pensé: listo, ya está. Puedo salir al mundo. Y también después de otras etapas del viaje percibí que ahí, con toda esa fuerza y apoyo del amor, arrancaba el viaje hacia la oscuridad, hacia el ego, las adicciones, las trampas.

»Y llegué al fin a mi proyecto de vida: de servir y de hacer familia. Me llegó por primera vez la claridad de que amo a mi pareja, con el que llevamos una buena caminata, llena de desafíos y bellezas».

Otra relata una experiencia profundamente transformadora:

«Lo primero que empecé a ver fue a la virgen de Guadalupe, en mi pantalla mental, que se acercaba hacia mí. Yo soy muy creyente de ella, y fue muy bello verla de nuevo. Luego sentí sus manos tomar mi corazón. Me conmoví mucho y sentí una emoción que no reconozco muy bien en palabras, similar a una plenitud de una comprensión muy profunda, y lloré mucho por esta plenitud y por esta comprensión, y de sentir el amor y de sentirme amada. Y allí estuve en esta sensación de sentir el amor y de parar la creencia de que no hay amor para mí. Era reparador para mí en ese sentido».

*12. Descubrimiento de capacidades chamánicas.*

«Mi cuerpo se llenaba de aire, sentía las piernas muy grandes, y mucha cosquilla en mis manos. Escuchaba voces que me decían “usa las manos, son poderosas”, miré mis manos y salían chispas, que estaban conectadas con ondas eléctricas, que estaban en todo el salón.

»Me comuniqué por telepatía con los de mi grupo, y fue mágico, estaba muy feliz. Era una niñita chiquita, muy poderosa. Escuché a Jorge decirme que trabajara con mis manos. Escuché una voz que decía que dejara la carne, cuando vi una alcancía de marranita que se convertía en un marrano de verdad que me decía que no comiera más carne; le pregunté que si pollo o pescado sí, y me dijo: “Te estoy diciendo que dejes la carne, no que seas vegetariana”.

»Me dijeron: “Eres vidente”. Vi un accidente de coche en el que yo estaba de copiloto y nos estrellábamos con un camión rojo, creo que es así como me voy a morir. También, en algún momento, me enseñaban sobre la telepatía, me mostraban en qué consistía, y me daba la sensación de que es más fácil y posible de lo que todos estamos acostumbrados a pensar».

¿Se trata aquí de pura imaginación, o de un caso en que la ibogaína ha servido para activar una predisposición latente? Imagino que sí, y solo el tiempo dirá.

*13. Secuencias con el carácter de «viaje mítico», que podemos percibir en la descripción de ciertas experiencias, y cuyo lenguaje asemeja al de los cuentos de hadas.*

»Posteriormente vi la imagen de una pequeña calavera con la cara muy rabiosa que iba cayendo por un río oscuro, era muy desagradable y caía, y la voz decía: es tu resentimiento infantil, déjalo ir, y se iba. Luego venían otras más, como un pequeño

*Los onirofrénicos*

demonio, y decía: esa es tu adolescencia rebelde, déjala ir, y así vinieron otras imágenes de diferentes momentos de mi vida».

«Comenzaron a llegar muchas imágenes catastróficas y vino un poco la angustia, y me dije: ¿cuál es la necesidad de crear esos imaginarios? Para sostener qué? Para sostener la ficción de que no puedes confiar ni tener esperanza? Ahí la voz nuevamente dijo: esa no eres tú, eso es lo que aprendiste, y todo se iba disolviendo».

«Apareció Buda radiante, dorado, con un gran dorado que brotaba delante de él. Luego vino Jesús, que tenía un disco arcoíris que giraba en su corazón en el sentido del reloj, iba lento hasta detenerse, y luego se puso a girar en el otro sentido y comenzaron a expandirse los colores por todo el espacio, con mucha gracia».

«En un momento, la voz silenciosa dijo: hay un misterio del universo que aún no ha sido revelado, pronto lo sabrán. Gracias, gracias, gracias».

#### *14. Transformación.*

Naturalmente, la experiencia de sanar no puede separarse de la vivencia de la transformación, que a su vez puede ser inseparable del encuentro con lo espiritual, de la comprensión de la enfermedad, de la entrega y del desapego de lo conocido, la muerte y el encuentro con el amor.

Se presenta de manera prominente el tema de la transformación, por ejemplo, en el relato de una mujer que explica haber entrado en el inframundo, y que allí *la diosa con falda de serpientes le dijo que se dejase caer a su muerte. Allí fueron desapareciendo muchas características suyas como su exceso de crítica o de exigencia, a través de escenas cotidianas que aparecían junto a una certeza intelectual. «Comprendí que eran mis adicciones y fueron cayendo. Llegué a un río de barro y allí llegué a disolverme después de un tiempo de sentirme barro. Se empezó a formar luego un rostro de bebé, y yo*

*Exploraciones psicodélicas*

*entendía que así era yo en mi esencia: dulce, hermosa, un ser de amor. Ahí empecé a crecer y me volví una niña de tres años que corría libre por el bosque del sur». La diosa con falda de serpientes le decía: «Ya sabes cómo hacerlo. Ayuda a otros». «Comprendí que todo lo que había sido, había sido una respuesta a estímulos externos. No era yo la que mi madre y hermanos me habían dicho desde siempre que era: fría, arrogante, egoísta, pesada, intensa, insoportable y más. Me dije: “Esa ya no tiene poder en mí”». Quiso entonces comunicarle a su familia actual que ella era bella, dulce, salvaje, libre, amorosa, alegre, y se vio besándolos uno a uno.*

A veces el proceso de cura no es explícito, sin embargo, y no llega a traducirse en pensamientos o imágenes. Alguien dice, por ejemplo: «Me dio la sensación de que esta medicina hace un trabajo muy sutil, esa sensación como cuando uno sabe que hay un trabajo haciéndose, y no tienen necesidad de comprender racionalmente».

Así como en *2001, una odisea del espacio*, de Arthur C. Clarke, llevada al cine por Kubrik, la influencia de un misterioso monolito desencadena la evolución de la especie humana y la transformación final del astronauta que cae sobre Júpiter, puede confluír explícitamente la experiencia de contacto con guías o maestros con aquella de una transformación, como en el siguiente episodio:

«Aparecieron imágenes alienígenas; seres de otra dimensión, que me tomaban por una especie de tubo o aspiradora verde neón que me absorbía, y sentía que hacían cambios o arreglos en mi cuerpo, primero en mi cerebro, y otros que ni entendía. Me sentía acostado en una camilla sencilla como de vidrio brillante de mucha tecnología. Me decían que era para cargar el cuerpo con cosas que necesitaba. Luego, del cielo bajaban unos péndulos de unas figuras poliédricas y al final, cuando casi me tocaban, se convertían en un diamante muy gigante que se insertaba en el corazón».



*Los onirofrénicos*

En las siguientes líneas, escritas por otro sujeto, *se destacan la calma y la gratitud como características principales de la experiencia sanadora, y me parece que ello puede ser bastante general: diría que la calma que muchos registran es la expresión del desapego inducido por la ibogaína, que a su vez no es otra cosa que el estado simbolizado por un viaje hacia el mundo de los muertos:*

«La experiencia me ha dejado en un extraño estado de calma que me gustaría poder llevar hacia mi vida», dice. Luego añade que durante la sesión tuvo imágenes bellas que le hacían sentir lo afortunado que era, a pesar de su aparente deseo de morir, y que comprendió la importancia de valorar lo que tenía, en lugar de darle tanto peso a lo que alguna vez había tenido. Termina diciendo que a pesar de sus miedos, logró inyectarse otra dosis de esperanza. «Es muy buena experiencia, positiva, sanadora y ojalá que permanente», concluye.

15. «Grandes verdades».

Incluiré en este rubro citas de personas cuya comprensión se ha elevado de asuntos personales a cosas universales —que no por ello dejan de ser relevantes a la experiencia personal. Así, por ejemplo, varios asistieron a una visión de la evolución de la vida, y la comprensión de este hecho de la historia universal pareció influir significativamente en su sentido de la vida propia —tal como años atrás se quiso mostrar en el film *El árbol de la vida*, de Terrence Malick. Ya he citado dos de ellas como antecedente a las visiones de peces gigantes, y aquí agrego otra cita, que revela una comprensión de la condición humana:

«Luego entendí el pecado original como un vivir al servicio del ego y adorarle por encima de Dios, eso es la egolatría: es como adorar un falso dios, como olvidar el primer mandamiento. También parecía como la obra del diablo hacer que nos adoremos, que

*Exploraciones psicodélicas*

seamos ególatras de la personalidad para que así nos olvidemos de Dios. Por eso la importancia de rezar varias veces al día, para mantenernos presentes de qué es lo que en realidad importa; también esa es la explicación de la idea bíblica de que hay que morir primero al ego para que nazca lo esencial y divino en mí».

*16. Experiencias resistidas.*

Dice una mujer que su cuerpo entero temblaba intensamente, se sintió muy mareada y sin equilibrio para caminar sola. Además, tuvo diarrea y vomitó después de comer un chocolate que alguien le dio. «No quise volver a la sala. Sentí que quería quedarme en un lugar más tranquilo y silencioso. Me desesperaba pensar en volver, porque los ruidos estaban muy fuertes. Sentía todo lo que oía muy cercano, y mis pensamientos acelerados me estaban enloqueciendo dentro de la sala. Ya sola en la cama, después de vomitar, conseguí entregarme mejor al viaje. Siento que pasé toda la noche como si estuviera en un estado muy profundo de meditación».

Otra reporta una «experiencia horrible, no por tener peleas en mi mente, sino por el ruido externo y por no saber si lo estaba haciendo bien».

Una tercera dice: «Me levanté desorientada, confundida, fracasada —escribe al día siguiente—, con náuseas no solo físicas, sino de lo que experimenté». Pero no podemos dejar de sentir que la experiencia implicó para ella la destrucción de su bonita máscara, la revelación de sus impulsos asesinos y el comienzo de la putrefacción de su personalidad ordinaria.

Una cuarta también sintió malestar, se retiró a la habitación «por un momento» y allí se quedó. Al día siguiente, las compañeras la ayudaron a salir de la depresión, y pudo llorar, y su interacción con las compañeras la llevó a la convicción de que debe buscar ayuda, y comprender quién es la persona que

*Los onirofrénicos*

más se la puede proporcionar. Llegó también a la conclusión de que debe expresar la ira, ya que en caso contrario la vuelve contra sí misma.

Puede decirse, en síntesis, que aun las experiencias poco toleradas y resistidas tuvieron su efecto terapéutico, además de que seguramente la comprensión de tal resistencia a la entrega, como en el proceso psicoanalítico, constituirá un factor favorable a una mayor entrega si se presentase la oportunidad de una experiencia semejante en el futuro. Además, me parece relevante la observación de alguien de que le fue de ayuda comprender que estaba presente aquí y, al mismo tiempo, era como si estuviese en un lugar desconocido en otra dimensión.

*La naturaleza del efecto terapéutico de la experiencia con la ibogaína*

He comentado, a propósito de la ayahuasca, que la integración de la mente instintiva a nuestra mente ordinaria —habitualmente domesticada en forma represiva tanto con respecto al principio del placer como al de la rabia— es precisamente la base del efecto terapéutico tradicionalmente conocido y buscado. Pienso que también pueda decirse de la ibogaína que esta sea al menos una componente del bien que acarrea. Pero esta apertura del mundo instintivo no necesariamente se manifiesta en forma de imágenes visuales. Una expresión alternativa es, simplemente, la apertura al movimiento de la energía corporal o prana, que la cultura tántrica<sup>19</sup> siempre ha reconocido como un aspecto del despertar de la

19. E incluso las culturas precolombinas, según se puede apreciar especialmente en el lanzón de la cultura Chavín, en un viejo templo peruano.

*Exploraciones psicodélicas*

«serpiente interior». También podemos considerar como expresión alternativa a las imágenes la siguiente experiencia:

«Comencé a sentir que, por el periné, comenzó a surgir una energía cálida que subía por mi vagina, pasaba por mi útero y me atravesaba todo el cuerpo hasta la corona, y comenzó a rodear todo mi cuerpo. Sentía mucho calor, pero fue muy placentero. Era una energía que se movía como en olas, que tenían una vibración muy rápida, pero muy suave».

Precedió esta experiencia pránica a aquella que ya he descrito como una recuperación de la inocencia sexual, y vino a culminar en una secuencia de imágenes que ya he descrito antes y que me parece muy ilustrativa de un fenómeno también universal en el proceso de la autorrealización: la transformación de la energía sexual en amor materno:

«Después empecé a ver una vagina grande. La veía hermosa, era rosada, emanaba una energía cálida que me envolvía. Luego comencé a ver que la vagina se convertía en una virgen. El clítoris era el rostro de la virgen, y los labios menores, el velo y el vestido. A los pies, a la entrada de la vagina, había luz radiante que crepítaba. Esto para mí fue de las cosas más valiosas, entendí desde otro lugar que mi cuerpo es sagrado y que mi vagina también lo es. La energía instintiva y de la carne es solo el gatillo para encontrarse con Dios. Es tarea del hombre ver más allá del cuerpo».

Lo confirma el relato de otro de los participantes en esta sesión grupal:

«Aprendí que solo tomando la energía que emana el sexo, y separándola un poco de la carne, se puede llevar a un proyecto y a abrir el corazón. Quiero poder hacer el amor desde allí y encontrar a alguien que —igual que yo desde ahora— entienda el sexo igual».

*Los onirofrénicos*

Después de pasar revista a estos elementos comunes de las experiencias, que podrían multiplicarse, quiero ahora agregar un comentario más panorámico, sugerido por algo que he venido diciendo de la ayahuasca y me parece igualmente cierto de la ibogaína: *que por el hecho de tener el efecto de reintegrar nuestros tres cerebros enajenados —el primitivo e instintivo, el límbico o empático y el neocórtex intuitivo o sabio—, puede decirse un antídoto de la «mente patriarcal».*

En otras palabras: el «mundo civilizado» o «sociedad patriarcal» comparte una mentalidad que ha sistemáticamente criminalizado el mundo instintivo (como en el mito de la serpiente demonizada del Paraíso), ha eclipsado en su violencia el amor (que corresponde a nuestro cerebro medio, heredado de los mamíferos) y en su astucia tecnológica depredadora, ha desoído nuestra intuición (función del hemisferio cerebral no dominante), así como su potencial de iluminarnos y guiarnos.

De la ibogaína, como de la ayahuasca, se puede decir que lleva a una mayor conciencia de lo instintivo (manifiesto en una mayor conciencia del cuerpo y sus «energías», así como en las imágenes de animales) que, aparte de contribuir a la salud mental de las personas a través de una reintegración de su mundo instintivo vilificado y prohibido, contribuye también en gran medida a su apertura hacia el pensamiento intuitivo, que entraña no solo una reconexión con lo espiritual, de por sí sanadora, sino que un aprendizaje guiado desde un nivel ordinariamente inaccesible de la conciencia.

Por último, la experiencia de la ibogaína lleva a muchos a la recuperación de su capacidad de amor, de aprecio y de servicio; y ello no solo a través de una estimulación transitoria de tales motivaciones, como en el caso de los empatógenos, sino que al parecer a través de una comprensión mejor de sí y de la vida y, muy

*Exploraciones psicodélicas*

especialmente, a través de la paz del desapego, de la cual parecen emerger el amor, el espíritu de servicio, la devoción y la gratitud de manera natural.

Puede decirse, entonces, que *al devolverle la inocencia al mundo instintivo de las personas, reconectarlas a una sabiduría intrínseca que es como su propio guía espiritual interior y devolverles su capacidad amorosa, tiene la ibogaína el efecto de sanar tres perturbaciones compartidas por el hombre moderno que constituyen los tres aspectos fundamentales de eso que Freud llamó la «neurosis universal».*

Para terminar, debo explicar que el diseño experimental fue que si algunas personas sintiesen que la dosis de ibogaína fuera insuficiente para tener una experiencia satisfactoria o productiva, se les daría un complemento. Para mi sorpresa (en vista de la impresión del año 1967), solo dos personas pidieron tal complemento, aunque me pregunto si no habría sido mejor administrárselo, ya que algunos de los relatos escritos no son tan indicativos de un cambio terapéutico como lo hacía esperar el que tanta gente levantara la mano en respuesta a mi pregunta al respecto. Una posible explicación sería el que lo terapéutico con la iboga trabaja un poco al margen de la conciencia intelectual de lo que ocurre, por lo que a medida de los días siguientes lo supieron mejor de lo que podemos comprender al leer sus relatos.

Queda pendiente, naturalmente, un estudio retrospectivo que nos informe de la persistencia de los beneficios percibidos a tan corto plazo, y también el poder comparar el efecto de la ibogaína sola con la asociación de la ibogaína con alguna sustancia complementaria, como la MMDA-3a, que tan promisoría me pareció en otro tiempo pero nunca llegué a evaluar a través de un experimento diseñado específicamente para tal estudio comparativo.

#### 4.7 ANÁLISIS DEL PROCESO TERAPÉUTICO EN UNA SESIÓN DE IBOGAÍNA

##### *Proemio*

Transcribo a continuación una de las sesiones de ibogaína que hasta el momento me ha parecido más rica y potente en su impacto transformador, y he creído que pueda ser útil poner en letra cursiva algunos pasajes para llamar la atención sobre su importancia. Por otra parte, he agregado algunas palabras entre corchetes en referencia a aspectos ya comentados de la experiencia típica de la ibogaína.

##### *Relato*

«La experiencia comenzó con una voz femenina que me pedía que la dejara entrar en mi mente [guía]. No sabía quién era y la ponía en discusión. Empecé a hacerme preguntas sobre mi mente: qué quería decir entrar en la mente, qué era la mente. Me toqué el centro del cráneo (la mollera) como si hubiese querido comprobar que estaba «abierto» para recibir aquello que quería entrar. Sentía entrar aire por esa brecha y visualicé un estrato circular que se deshacía, como si se abriese literalmente la barrera de cemento que impedía la entrada de la sustancia y el inicio de la experiencia.

»Cuando entró, sentí que se formaba un anillo grande que me oprimía el cerebro; era la segunda puerta de la resistencia: el control. Sentía que me ceñía la mente y preguntaba qué podía hacer con él. Ese anillo, que antes era de metal, se transformó en

*Exploraciones psicodélicas*

un anillo de pájaros que giraban velozmente y que, después de haberlos visto claramente, se fueron. Mientras se alejaban, los saludaba diciéndoles adiós; al mismo tiempo, dije adiós al control que ellos representaban. [Toma de conciencia y relajación de la resistencia egoica].

»Mientras todo comenzaba a moverse, mi corazón latía cada vez más fuerte; sentía algo parecido al miedo, pero no podía apoyarme en la definición de miedo que ya conocía porque algo me decía que «lo ya conocido» no tenía nada que ver con lo que estaba sintiendo, ya que representaba un límite cognitivo. Así, la nueva sensación de nada y de velocidad, por un lado me hacía latir el corazón locamente (como si viajase en una nave espacial disparada hacia el infinito) y por el otro, me entusiasmaba; era pura adrenalina, si se puede definir de alguna manera. [Abrirse a lo desconocido].

»El cuerpo estaba quieto, inmóvil; no podía mover ni siquiera una célula; lo percibía en toda su quietud mientras por dentro el viaje y sobre mí el aire, el viento, la luz, las nubes, se movían rápidos y me daban la sensación de algo semejante al universo, a la vida, al tiempo, a las épocas que se deslizaban veloces. [Intuición del universo].

*»Los párpados estaban inmóviles pero percibía que se abrían y se cerraban como en un gesto que no era ni físico ni concreto; lo veía claramente y percibía que el orificio ocular se abría y se cerraba; sin embargo, seguía viendo la luz aun cuando los párpados se cerraban. Me preguntaba si era realmente yo quien ejecutaba ese movimiento que no podía ser físico sino interior, como si pudiese ver con los ojos cerrados o abiertos en la inmovilidad.*

*»La luz no se transformaba en sombra cuando los párpados se cerraban; todo era muy extraño y natural al mismo tiempo.*

»Intentaba superar el límite de la visión de todo aquello que



*Los onirofrénicos*

se deslizaba arriba y que desaparecía detrás de mi cabeza. Intentaba ir más allá del campo visual empujando los ojos hacia arriba y hacia adentro del cráneo para ver más allá del horizonte limitado por su propio movimiento.

»Sentía que las nubes luminosas que se deslizaban veloces sobre mí me llevaban hacia atrás en el tiempo a una velocidad cada vez más grande. De repente tuve la *visión de una selva en la cual destacaba un arbusto de color verde encendido; oía el canto de los pájaros y en el fondo el silencio: era la selva virgen. Adelante de la planta verde había un gorila enorme y negro que podía ser una hembra o un macho; lo oía respirar fuerte, grave.* [Lo primordial, arcaico, naturaleza]. En ese lugar no había otra cosa más que plantas y animales. La visión duró poco, pero sentí que había llegado a ver el origen del planeta, cuando el hombre no existía aún y estaba poblado solo por la flora y la fauna, antes que cualquier otra cosa. Nosotros llegamos después. [Lo originario, primordial].

»Así, la “nave espacial” partió nuevamente y me llevó a otro lugar. [Nave, vehículo].

Se detuvo bruscamente porque sentí una sacudida. Esta vez me sorprendió la sensación de no saber adónde me encontraba; no tuve el tiempo de preguntarlo y llegó la respuesta: en el vientre de mi madre. [Regresión]. Desmentí inmediatamente esa información porque sentí que algo no iba bien y que no podía estar allí, donde todo habría debido funcionar perfectamente. Sucedió algo que me hacía desear no estar allí. Percibía gritos que llegaban desde lejos y me llegaba su eco, como si hubiese habido algo afuera que hablaba y que me producía un estado de alerta, pero no lograba reconocer de qué se trataba. Luego logré salir de la perspectiva del vientre, como si una telecámara hubiese desplazado la visión de adentro hacia afuera, y vi desde la lente de la “telecámara” a mi madre sentada en el sillón de su casa (que aún posee);

*Exploraciones psicodélicas*

estaba embarazada de nueve meses y se golpeaba el vientre mientras gritaba: “¡No se muevan! ¡No se muevan!” Se golpeaba repetidamente con los puños cerrados, invadida por la histeria; no podía dormir a causa de mis movimientos y de los de mi hermana melliza en su vientre. [Situación traumática].

Esa sensación de parálisis, de no poder y no deber moverme, atravesó la carne y la arrastré toda la vida. [*Insight*].

»En ese momento sentí que algo en mí se separaba; fue la primera fragmentación entre lo que sentía y lo que comprendía respecto de lo que estaba sucediendo: eran el mí misma y el yo que se estaban escindiendo para no encontrarse más. Sentía en el cerebro una separación entre la parte racional que piensa y actúa, y la parte intuitiva, creativa, sensible; la interrupción entre las dos partes estaba colmada por la fantasía. [*Insight* retrospectivo].

»El abandono del control (al dejar volar el anillo de metal) había dejado a riendas sueltas la fantasía, que se confundió a menudo con la realidad, permitiéndome integrarla. La experiencia me hacía ver situaciones del pasado que podía haber interpretado en modo real pero que luego transformaba en algo creativo y fantasioso. Me hizo ver una escena sucedida cuando tenía cinco años (preguntaba la edad y la respuesta era: “Cinco”). Caminaba por el corredor de la casa de mi tía paterna (hermana de mi padre); al final del corredor veía a mi prima, que tenía unos años más que yo, aferrada al borde de la cama mientras mi tío, su padre, estaba sentado detrás de ella y la penetraba por el ano. Me quedé boquiabierta e inmóvil ante esa escena; empecé a preguntarme por qué sabía eso, por qué tenía esa información. Lo mío era culpa, incredulidad, impotencia, fastidio, dolor; sabía que era todo eso, pero no podía hacer nada; no tenía tiempo de detenerme en esa imagen y analizar las sensaciones, las emociones o las consecuencias porque el disgusto y el desagrado

*Los onirofrénicos*

desaparecían inmediatamente y se sustituían con una nueva visión. [Recuerdo traumático].

»No había lugar para la emoción. Ante lo que veía, intentaba automáticamente ser empática buscando la emoción correspondiente al hecho, pero no podía ir al fondo de lo que sentía, y si me esforzaba por sentir, no sentía. Por tanto, debía renunciar al filtro cálido de la emoción que es el recurso o el instrumento que habitualmente utilizo para enfrentarme a lo que se presenta y al cual está vinculada mi identidad. ¿Qué soy sin emoción? ¿Existo yo y existe el mundo sin emoción?

»Si intentaba detenerme para razonar sobre algo que veía, o interpretarlo para entrar en una sintonía emotiva, una nueva información o una nueva imagen arrasaban con esa intención; era imposible detener el fluir. Veía imágenes que parecían dibujos animados que se sucedían y no había modo de detenerse a mirar ninguna de ellas; no tenía poder de decisión, no podía controlar. [Contemplación neutra del flujo de la conciencia].

»Además, cuando sentía que había comprendido algo de mi vida o de mi pasado, si intentaba incluirlo en una comprensión definitiva de un hecho o de un evento, algo me quitaba el recuerdo de esa escena de modo que partía siempre desde cero. En más de una ocasión me pregunté qué habría podido relatar sobre la experiencia si todo lo que veía desaparecía en la nada sin dejar huellas, y mientras me esforzaba por recordar “rebobinando la cinta”, una voz me detenía preguntándome por qué quería volver atrás para escuchar la canción antes que esta terminara. Esto me dice mucho sobre mi vida: a veces pongo todo en “stop” y me ensimismo en los recuerdos sin hacer caso al presente; de este modo “perdí” parte de mi vida: en el pensamiento, en las ideas, en los falsos recuerdos, en las construcciones fantasiosas.

*Exploraciones psicodélicas*

»En definitiva, si quería aferrarme a un hecho, la voz aparecía y me decía: “La mente miente”.

»Todo perdía significado e importancia. [Aprendizaje de la no-interferencia].

»En algunos momentos me sentía aplastada por el peso de aquello que veía y percibía. Entonces se abría un escenario completamente distinto, de pura belleza: improvisamente veía la luz, la música aumentaba su volumen y el escenario incluía una sensación de espacio y libertad. Era como si la sustancia quisiese decirme: “No te olvides de que existe el paraíso, que la felicidad existe” [“no te apegues”]. En uno de esos momentos, veía un cielo azul y unas manchas negras que se transformaban en golondrinas que lo atravesaban. Me sentía extasiada por toda esa belleza y exclamé: “¡Mira, el cielo!”; recalcando con la voz la maravilla que veía. Una voz dura respondía a mi exclamación diciéndome: “¡No seas superficial!”; con tono de desprecio. No sé a quién había dicho la frase sobre el cielo, pero por el tono de la respuesta, esta parecía provenir de mi padre. [*Insight* sobre la invalidación arbitraria y autoritaria del padre].

»No comprendía qué quería decir ser superficial; no comprendía el significado de esa palabra en relación con lo que había afirmado; me preguntaba qué era la superficialidad para él; quizás era la belleza, la maravilla de la naturaleza, el poder constatar que el mundo era un lugar colmo de cosas maravillosas. Entonces, me daba cuenta de que para él, y aquello que de él conozco, las cosas que podían considerarse no superficiales eran las ganancias, la apariencia, la ostentación, el bienestar garantizado por la posesión y el lujo, el esfuerzo, mucho esfuerzo, y todo aquello que se obtiene a través del dinero, lo que se hace con el dinero para obtener un sustituto de lo que la naturaleza ya ofrece: la libertad de la experiencia y de la existencia. Escuchaba la voz de mi

*Los onirofrénicos*

padre dentro de mí y luego comprendí que aquella voz pertenecía a una figura interior que hablaba e intentaba constantemente reducir al mínimo todo lo que veía; que intentaba quitar valor a las cosas que comprendía, como si fuese un llamamiento a quedarme inmóvil, a no crecer, a no ver, a permanecer en los límites de un mundo pequeño, laberíntico, complejo, difícil, estéril, seco, muerto. Sintiendo esa voz dentro de mí, comprendía cómo en la vida había asumido la misma modalidad vacía de estar en el mundo y había también asumido el mismo rol en las relaciones. Esa presencia era tan fuerte, que me había identificado con ella, con su manera de actuar, de ver y de sentir descalificadora y crítica. [*Insight*].

»Mis manos estaban tensas, como si toda la rabia que no expresaba se condensase en los músculos y en los tejidos. Tenía los puños cerrados y sentía mucha agresividad que volvía contra mí misma, como si no lograra contener ese mal que provenía de adentro y lo volviese contra mí. *Así he visto el ego, la mente dentro de la mente en la cual la figura y la voz del padre ocupaban el lugar dominante.* [*Insight*].

»La comprensión se movía paralelamente de un nivel personal en el cual me daba cuenta de la idealización de la figura paterna, a un nivel en el cual reconocía la instalación de su imagen como figura introyectada dominante.

»A un cierto punto, miraba hacia arriba y sentía que ascendía rápidamente una montaña; mientras la escalaba, comprendía que lo había puesto en lo alto, y antes de llegar a la cima (que era altísima) me preguntaba qué figura habría encontrado; debía ser inmensa y potente si la había puesto tan en lo alto. En la cima encontré la figura de mi padre cuando tenía alrededor de treinta años, y ello representaba el momento en el cual se había cristalizado su imagen idealizada cuando era niña. Sabía que él debía

*Exploraciones psicodélicas*

descender por ahí y me encontraba de repente a sus espaldas mientras él estaba al borde del precipicio. No sabía si empujarlo o pedirle que se lanzara, o si podía sugerirle que lo hiciera, o si debía empujarlo y luego decirle qué quería que hiciese. Mientras razonaba, lo toqué y lo vi caer. [Pensamiento metafórico relativo a la desidealización que está teniendo lugar].

»La escena no termina y aparece mi madre. Era como si hubiese estado dentro y fuera de ella. La veía triste y sentía su voz en mi cuerpo porque de repente sentía espasmos que acompañaban a las palabras: “¡Dios mío, cómo sufro!” Era como si esa sensación me perteneciese. En realidad, esa era la voz de mi madre que yo había incorporado y la imagen de la mujer encarnada en ella que había introyectado. Mi madre estaba casi siempre triste y era infeliz, y su sufrimiento, que solía manifestarse a través del malestar físico, yo lo llevaba adentro bajo la forma de contracciones físicas que representaban un dolor existencial. Nunca había sentido tan claramente su presencia y su “afecto”, entendido como presencia emotiva tal y como yo la vivía. Esta era la mujer que para mí era un punto de referencia y algo de ella se había transformado en mi propio modo de estar en el mundo como una víctima incapaz, sufrida y necesitada. Mientras reconocía mi estructura egoica, trabajaba sobre las figuras y las razones que habían originado la formación del carácter. Sentía el peso grande e insoportable de mí misma. Más veía hechos de mi vida y más advertía la enorme necesidad de cubrir todo ese dolor. Sentía cuánto orgullo había puesto en la respuesta compensadora de los problemas y las situaciones con los que me había enfrentado. [*Insight*].

»También tuve la posibilidad de trabajar sobre la figura de mi madre para liberarme de la identificación con su imagen introyectada. La sustancia hacía que la viera como si fuese una

*Los onirofrénicos*

caricatura: tenía los cabellos de punta y los brazos abiertos, los rasgos del rostro estaban deformados, parecía una loca. Era este el modo en el cual nunca la había visto y me había negado a verla. Interiormente la percibía de ese modo, pero tenía un gran sentimiento de culpa y justificaba sus acciones porque ella sufría. Ver su caricatura me permitió escindir la emoción de la objetividad, y acceder así a la conciencia de la madre que tuve y que en la realidad no había sido una presencia benéfica para mí. [*Insight* e individuación, e implícitamente, inspiración].

»Sentía aquello que ella era de verdad y *advertía profundamente la ausencia y el abandono*; existía para alimentarme pero, por lo demás, no la sentía presente y afectivamente era inexistente. Me daba cuenta con claridad y con la distancia suficiente para retener esa información que no he olvidado. Por fin sentía y veía su no estar allí para mí. Creo que este es el único camino hacia el perdón. *Después de haber asumido el hecho innegable de su ausencia y de su locura que la alejaban de mí y de sí misma, puedo buscar una forma de recuperar la relación con aquello que de ella llevo adentro.*

»Entonces volví a mi padre, que había dejado mientras caía de la montaña en la cual lo había colocado como persona, figura, entidad inalcanzable que no podía ver por lo que era, porque estaba tan lejos de la realidad que ni siquiera recordaba cómo era. Era fantasía.

»Sabía que el proceso de desidealización que debía llevar a cabo era análogo al que había vivido con mi madre. Lo veía caer por el precipicio mientras desaparecían sus ropas y *la voz me incitaba a tener el coraje necesario para verlo como era realmente en su esencia, cómo lo debía ver para liberarme*. No solo desaparecían sus ropas, sino también estratos de piel; era como abrir algo para ver qué hay debajo; solo al final lo veía desnudo, con algo que le tapaba los genitales. Quería desnudarlo completamente pero no

*Exploraciones psicodélicas*

podía; una gran resistencia me advertía que más allá de ese punto no podía ir porque había algo que no se podía decir, algo profundo y oculto que se debía proteger. Era el tabú de la denuncia del sexo, del abuso, de la agresión, del poder, de la conquista y del dominio posesivo del hombre, además de *la complicidad con el hombre que forma parte de este mundo y que me pertenece como mujer y a las mujeres en general*. No podía ir más allá y entonces preguntaba, más allá de lo que podía haber detrás de aquel cartón que cubría parte de su cuerpo, *¿cuál era el peor de todos los males que mi padre me había hecho? La respuesta fue que había matado mis sueños. Los había exterminado como si hubiesen sido enemigos de guerra. Crecí sin tener un sueño en la vida o una dirección, porque todo aquello que nacía desde adentro tenía vida breve; había dejado de confiar en lo que sentía.*

»Decía a mi padre que *ya no necesitaba de él* y estaba profundamente convencida. No se trataba de una necesidad material, sino de la dependencia de la idea que había mantenido vivo en mí el deseo de que formara parte de mi vida no obstante fuese una presencia puramente ideal e idealizada. Rompí esa ilusión que me hacía mal porque aniquilaba la posibilidad, si bien etérea, de realizar todo aquello que fuera concreto y que habría podido arrasar con su autoridad dominante, aplastante y aniquiladora más allá de cualquier límite.

»Ha sido una declaración que no esperaba hacer, nacida de la parte más profunda de mí. Advertía la realidad de esas palabras como si hubiese dicho (pero antes diciéndolo a mí misma) que había llegado la hora de pasar página y de perseguir la creatividad que había sido suprimida durante mucho tiempo, empezando por la posibilidad de expresar con palabras lo que siento, como lo estoy haciendo ahora. (...)

»La sustancia me hacía asumir posiciones retorcidas con el



*Los onirofrénicos*

cuerpo, y mientras sentía dolor y tristeza, esperaba recibir nuevas informaciones o un nuevo recuerdo difícil. *Pero la voz me explicaba que esa posición retorcida y sufrida representaba el estado de ánimo real interior cuando por fuera me demostraba feliz.* [La «santa voz», y el *insight* inspirado en una situación de enseñanza intrapsíquica]. Asumía distintas posiciones en las cuales se me mostraba cómo estaba interiormente respecto a aquello que estaba convencida de sentir. *Mi mente negaba en su origen cualquier sensación o estado de ánimo o reacción dolorosa, sugiriendo a la conciencia que se trataba de estados positivos.*

»Me sentía desconcertada. La distancia entre lo que sentía adentro y lo que me contaba y que demostraba afuera era dicotómica y abismal. Volví a recorrer toda la vida y reconocí hasta qué punto fuese arcaica y estable en mí esa escisión entre “adentro” y “afuera”. [Su *insight* en este momento no es otro que el de su histrionismo, o dramatización de emociones falsas para ocultar su sentir verdadero].

»En algunos momentos, las dificultades encontraban espacios de bienestar en los cuales, a veces, a través de la música e imágenes luminosas y agradables, aparecía Claudio, como si llegase para recordarme dónde estaba y para devolverme al presente. Lo vi más de una vez sin camisa deslizándose por una cama de agua turquesa, con los ojos entrecerrados; sonreía. Cuando lo veía, si bien por un momento, volvía a respirar y recuperaba la tranquilidad, como un ángel que me permitía continuar.

»En mi mente había un caos de rumores y de voces que se sobreponían; no sabía quién hablaba; era como si varias personas habitaran en mí, separadas unas de las otras; cada una de ellas hablaba como en un monólogo, como si estuviesen a solas. Me sentía asustada y al mismo tiempo me daba cuenta de que todo ese ruido siempre había existido, con la diferencia de que no

*Exploraciones psicodélicas*

había sido capaz de escucharlo porque se presentaba cotidianamente como un caos silencioso que produce la misma sensación de fragmentación que advierto como confusión y dispersión.

»Luego *la voz me llevó a formular una pregunta* que representó el principio de una fase de la experiencia *que culminó con el encuentro con una niña dentro de mí que desde siempre esperaba ser vista y escuchada*. La pregunta era: “El niño interior, ¿qué es el niño interior?” Deletreaba letra por letra las palabras como si las escuchara por primera vez, todas juntas, mientras asumían la connotación de experiencia y perdían la dimensión de simple concepto. Mientras la pregunta se repetía, empecé a visualizar dentro de mí, al nivel de la vagina, la cabeza de una niña que tenía una corona dorada a su alrededor. Estaba sentada en una sillita de madera y se sentía aburrida. Sabía que estaba allí desde siempre y que me estaba esperando. *Cuando enfoqué bien mi atención en ella, le dije: “¿Entonces existes?” Ella se puso de pie y empezó a dar saltos de felicidad, festejando el hecho de que por fin la veía*. Estaba dentro de una especie de esqueleto de cartón y veía apenas su cabeza, pero sin duda era ella, es decir, yo de niña. Me maravillaba que estuviese aún viva después de todo lo que yo sabía que había soportado; me maravillaba su fuerza y su resistencia y el hecho de que estuviese intacta, feliz solo por el hecho de que pudiese verla, lo demás no tenía importancia. *Su voz había siempre estado presente, pero no la había escuchado o reconocido en medio del caos, del rumor de los pensamientos y de las ideas abstractas; ella existía y era concreta*. Ese encuentro marca uno de los momentos más importantes de mi vida. Con la incredulidad que se había apoderado de mí, nos abrazamos mientras la música acompañaba ese momento como en la escena de una película de amor en la que los personajes se encuentran y el bien triunfa después de muchas dificultades y obstáculos. Fue EL encuentro y EL

*Los onirofrénicos*

momento de mi vida hasta hoy. Me daba cuenta de que estaba viviendo algo absolutamente inesperado y extraordinario. [Encuentro intrapsíquico].

»Inicié un diálogo con ella y no hubo espacio para nada ni nadie. Durante mi vida nunca me había sentido tan completa y en casa. Comprendí que el vacío que sentía adentro y que una parte del rumor sordo que oía era su llamado; había siempre intentado llamar mi atención sin lograr obtenerla. Le hablé y le pregunté si todo ese rumor era obra suya y me respondió que sí. La imaginaba con ollas para hacer ruido como un niño cuando quiere que la madre le preste atención. Entonces, cuando la experiencia me llevaba a otra situación y me sentía perdida, volvía a ella, la veía, tenía miedo de olvidarme una vez más de su existencia, y cuando le prestaba atención volvía la calma. [Encuentro, reintegración].

*El hecho de ver tanta vida en ella me hacía sentir que estaba poniendo un punto final a mi antiguo deseo de morir y de dejar este mundo.* [Sorprendente declaración esta, para uno que la conoce como persona tan llena de vida como para que no se perciba el trasfondo depresivo de su experiencia].

»La sustancia me hacía ver a mi madre y el hecho de que había sido suya la elección de abandonar la vida antes que la vida la abandonase. “Elegió morir en vida”, decía, “entonces es mejor que muera ahora”. Veía el rostro y el cuerpo de mi madre transformarse en el de una mujer anciana. Frente a ella aparecía el cauce de un río y un bote que parecía una góndola; ella subía y se iba. Moría. Mientras se alejaba, algo me decía que podía decirle adiós y así lo hice: le dije adiós. [Liberación de introyecto]. Entonces nació en mí la duda de que pudiera todavía tener necesidad de ella y me pregunté qué habría hecho. Pero no había respuesta; la escena cambió nuevamente. Era la representación

*Exploraciones psicodélicas*

del movimiento, de la corriente, del fluir de la mente y de las experiencias que se me presentaban durante el tiempo necesario antes de desaparecer. La sustancia no acababa de circular; sentía que estaba haciendo una limpieza adentro de mi cuerpo y a un cierto punto también yo tuve el impulso de sanar. Me pasaba las manos por todos lados, como en un ritual de sanación de mí misma; para el cuerpo y para las heridas adentro y afuera. [Purificación].

»A veces sentía la voz masculina que llegaba para descalificarme, ridiculizarme y hacerme sentir sin fuerza y sin valor; era horrible. Al principio me identificaba completamente con ella, pero a un cierto punto sentí que venía de una parte de mi mente, como si hubiese habido un hombre escondido que hablaba detrás de mi cabeza. Eran las figuras masculinas que había encontrado durante mi infancia. Ya más grande, es como si hubiese perdido la facultad de reconocer que aquella parte no representaba mi esencia sino que era una instancia tóxica que reprimía la libertad, el movimiento y la expresión de otras partes que me pertenecían. [Insight/desapego].

»La voz dominante era aquella que Claudio define como “ego patriarcal”. Realizando un salto de nivel, la experiencia me llevó a descubrir que había un plano distinto de la mente que era el “reino” de la emoción. *Tenía la sensación de no tener un corazón y de no lograr sentir emociones provenientes de él. Improvisamente, en el centro del pecho vi mi corazón explotar y latir fuerte, como si irrumpiese y fuese fuerte y visible.* [Reintegración].

»En esa región de la mente no había espacio para una voz que se autorregulase. Cuando intentaba preguntar al corazón qué sentía, la voz que respondía era la de la razón y la del padre que había aprendido a reconocer y que silenciaba la emoción real. *La compasión y la empatía, tan difíciles de sentir para mí, estaban, por*

*Los onirofrénicos*

*tanto, bajo el dominio de la razón y respondían a aquello que según el momento habría debido sentir y no a lo que genuinamente sentía. [Insight].*

»Mientras descubría este nivel de conciencia, pasé a otro centro (él también separado del centro de la razón y de la emoción). Era el menos conocido porque era el más lejano: el centro del instinto. [Reintegración y cambio de «punto de encaje»]. Eran tres mundos aislados; no había una conexión en cuanto a informaciones; era como si hubiesen sido distintos planos de conciencia separados que no se conocen entre ellos. Cada uno parecería completo, pero en realidad la distancia que advierto entre emoción, instinto y razón equivale a una escisión real intrapsíquica que separa, fragmenta y aleja del centro. [Insight].

»Era imposible reducir al silencio la mente que hablaba incesantemente, como si hubiese sido la sede del control de todo el sistema. Era una espectadora de todo lo que acontecía, como la conciencia que se mira a sí misma. Era como *un estado meditativo en el cual el silencio de las emociones permitía el pasaje veloz de informaciones que no se detenían y que, no apegándose a nada, fluían con la corriente.* [Flujo espontáneo/ neutralidad].

»Hoy siento que esta experiencia ha sido para mí reveladora. *No dejé de buscar la paz en el silencio y en la escucha de lo que se mueve adentro con una atención que no interviene.* Cuando la mente se enrosca, logro relajarme reconociendo el pensamiento como algo impermanente y espero que pase.

»Se ha despertado una conciencia mayor de mis estados de ánimo y una mayor coherencia entre lo que pienso y la acción correspondiente a aquello que la imagen o el pensamiento sugieren. No obstante, me siento más consciente de lo que dentro de mí está unido, me siento también más centrada respecto a “lo que es” cuando observo sin demasiados velos o superestructuras.

*Exploraciones psicodélicas*

*Después de la experiencia, sentí la necesidad imperiosa de relatar algunas verdades sobre mi pasado con referencia a hechos y emociones olvidados que se despertaron para encontrar una salida y una aceptación por mi parte. [Recuerdos, aceptación]. Creo que todo ello está vinculado con el hecho de que después de haber visto dentro de mí la presencia de la “niña” y haber sentido qué cosa en mí reclamaba justicia y verdad, he empezado a responder a ese llamado con mayor atención. De alguna manera, ha caído la mordaza que oprimía esa voz y que ha permitido que mirara adentro en lugar de buscar o demandar afuera. Parte de la ceguera respecto de la niña estaba enlazada con el hecho de que no había una mujer que pusiera atención en lo que necesitaba porque no había crecido; ahora siento que una presencia adulta dentro de mí tiene el coraje y la fuerza suficientes para sostener esa demanda de atención hacia mí misma que antes ignoraba. [Amor de sí misma].*

»Siento también que se va calmando, ayudada por la experiencia de desapego que la sustancia me ha hecho vivir, la sed de amor que se autoalimentaba porque no encontraba satisfacción afuera. No obstante la distancia con la emoción, *sentí la plenitud y la riqueza de la experiencia que no quería detener ni siquiera para ir al baño porque me parecía una pérdida de tiempo.* Ha sido una ocasión para vivir intensamente y en primera persona una parte de lo que Claudio enseña durante la meditación, y de incorporar su mensaje sobre la necesidad de una liberación de la mente patriarcal que insensibiliza la conciencia limitándola hasta llegar a la extinción de la fuerza del instinto y del amor.

»*Después de la experiencia me sentí mal debido al peso de la carga de la denuncia y de la enormidad del crimen hacia el aspecto femenino, que procede como una máquina destructora y perfectamente integrada en el sistema y que no encuentra un modo para desvelarse y darse a conocer como el mal que nos está aniquilando.*

*Los onirofrénicos*

El dolor que sentía no era solo mío sino que estaba profundamente vinculado con el mal que percibía como perteneciente a la humanidad que, ciega, avanza hacia la propia destrucción. [Compasión].

»Agradezco infinitamente por la oportunidad que se me ha dado y espero utilizar en el mejor modo posible todo lo que he sentido, visto e incorporado».

*Epílogo*

Comienza la sesión con el sentirse guiada y llevada al no saber y a la búsqueda de comprensión: «No sabía quién era y lo ponía en discusión»... «Empecé a hacerme preguntas sobre mi mente», y me parece un magnífico comienzo. Diría que ha sido la inspiración de su guía interior que la ha llevado a mirarse hacia dentro, a descubrir que no sabe quién es y a ponerlo en discusión. Y ¿qué práctica más elevada conocemos en el viaje de la conciencia que aquella de interesarse en la naturaleza de la mente?

Lo que describe a continuación al tocarse «el centro del cráneo» me parece una indicación de que la pregunta que se está haciendo sobre la mente es mucho más que intelectual, y ya que en virtud de un paralelismo profundo entre conciencia y cuerpo algo tiene que ver la coronilla con el encuentro con la propia mente, diría que ella parece estar intuyendo que para abrir su mente necesita abrir algo así como ese «esfínter etérico coronario» que se conoce como el séptimo chakra; y lo que dice nos transmite que efectivamente lo logra, pues así lo sugiere al escribir: «Como si se abriese literalmente la barrera de cemento».

Pero la experiencia espiritual no solo depende del cuerpo sino que de la experiencia psicológica, y es esto lo que en seguida

*Exploraciones psicodélicas*

pasa a hacerse presente: «Era la segunda puerta de la resistencia: el control»; y nuevamente, el percibir las cosas claramente las transforma, como lo indica su pensamiento metafórico: «Ese anillo que antes era de metal se transformó en un anillo de pájaros».

Es fácil entender que una relajación de la resistencia egoica dé lugar a un mayor flujo vivencial, y así lo confirma el relato: «Mientras todo comenzaba a moverse». Y es comprensible que al lanzarse a un espacio de mayor libertad aparezca algo de miedo, aunque nuestra psiconauta parece haber alcanzado ya suficiente coraje como para poder traspasarlo. (Al comentarlo con ella, me ha explicado que también la ayudaba y era fundamental su confianza en mí).

De las vivencias del universo y de lo primordial, pasa a lo individual con un recuerdo de malestar durante la vida intrauterina, y luego a dos imágenes muy problemáticas del mundo externo, y después de describirlas comenta algo inusual: la falta de emoción en sus recuerdos, que contrasta con el carácter emocional de sus experiencias habituales. Diría que se hace presente en ello la característica neutralidad del «estado típico de la ibogaína», pero también un insight acerca de su usual «emocionalización» de la vida —típico de las personas histriónicas, como la racionalización lo es de los caracteres intelectuales y temerosos.

Luego comienza una serie de comprensiones relativas a su mundo interno a través de toda la vida; primero respecto al padre invalidador y luego respecto a la madre; comprensiones que dan lugar a cambios —por lo menos en su mundo interno. La secuencia con el padre es la de pasar de la percepción de la voz crítica del padre dentro de sí, a la comprensión de que la actitud desdenosa de este ha sido consecuencia de una valoración excesiva de «las ganancias, la apariencia, la ostentación, el bienestar garantizado por la posesión y el lujo, el esfuerzo, mucho esfuerzo, y



*Los onirofrénicos*

todo aquello que se obtiene a través del dinero, lo que se hace con el dinero para obtener un sustituto de lo que la naturaleza ya ofrece», y a una crítica liberadora de los valores paternos que el miedo hasta ahora no le había permitido, que a su vez le inspira rabia. Luego comprende, más ampliamente, que ha idealizado al padre al aceptar su dominio, y en seguida ocurre en su mente el equivalente a una desidealización, primero al encontrar en lo alto de una montaña, no a un ser gigantesco sino que simplemente el padre de su infancia que había idealizado, y luego verlo caer a un abismo después de apenas tocarlo (representación perfectamente apropiada del hecho de que no requirió de violencia deshacerse de su introyecto paterno después de haberlo comprendido tan cabalmente).

Después de terminar un proceso sanador de la relación con la madre, vuelve a la consideración al padre, y me parece sorprendente que tras ver la imagen de su padre desnudo escondiendo sus genitales, se pregunte por el daño que le ha hecho y llegue a una respuesta que nada tiene ver con el sexo, sino con el bloqueo de su actividad creativa. Imagino aquí un salto de la conciencia, pues en la autobiografía que escribe tras este informe dice haberse dado cuenta de la homosexualidad secreta del padre, y sin embargo me parece cierto que más destructivo haya sido el cinismo de este, despreciativo de todo tipo de ideales, que además es propio de personas con su carácter, que me parece (por informaciones independientes que las de estas páginas) la de un eneatipo 7 conservación.

Es llamativo el perfecto orden de este proceso de reelaboración de la experiencia infantil que surge de una entrega a una corriente vivencial al parecer caótica e incontrolable: primero la desidealización y liberación de los introyectos del padre y de la madre, y ahora el reencuentro con su identidad pasada como

*Exploraciones psicodélicas*

«niña interior». Y me pregunto, ¿será el caso que el énfasis en las «tres personas intrapsíquicas» en mi explicación de la neurosis haya constituido algo así como un atajo que le ha facilitado el proceso?

Con la lógica de una renovación sistemática de su mundo interior que se presenta de manera perfectamente espontánea, sin aparente deliberación, vuelve a primer plano la madre; la madre sufriente y quejumbrosa con quien también se había identificado e introyectado, sin comprenderlo nunca tan bien como ahora, y comprende cómo el sufrimiento existencial de llevar en sí a esa madre sufriente se había manifestado a través de un dolor físico causado por contracciones.

Y en seguida de ello ocurre, como en el caso del padre, una liberación de su introyecto, que se presenta esta vez como una visión caricaturesca. «Tenía los cabellos de punta y los brazos abiertos, los rasgos del rostro estaban deformados, parecía una loca. Era este el modo en el cual nunca la había visto y me había negado a verla». Y comprende también entonces cómo el sufrimiento de su madre se había transformado en su propia actitud de «víctima incapaz, sufrida y necesitada». Pero no solo comprende su vivencia de victimización y desvalorización, sino que también el esfuerzo con que había querido siempre ocultar este aspecto a sí misma tras una máscara de orgullo.

Quiero terminar este comentario retrospectivo observando que muchos rasgos de esta experiencia serán reconocibles para quienes hayan leído mi informe sobre la experiencia grupal en el capítulo anterior, pero algunas cosas hacia el fin de este relato me impresionan como una categoría nueva, y los he calificado como episodios de «integración intrapsíquica»: primero con la niña interior, luego con el «yo patriarcal» habitual, que ahora es percibido con una distancia que hace posible su discernimiento

*Los onirofrénicos*

explícito, luego con el corazón y finalmente con el yo instintivo. Y, en vista de la familiaridad previa de esta mujer con mi pensamiento (acerca de la mente patriarcal y el ideal triunitario de la salud), no puedo dejar de sentir que mi formulación teórica de estos asuntos pueda haber actuado sobre su mente como una enseñanza fecunda que le ha acertado un camino usualmente muy largo. También aprovecho este espacio para comentar lo singular de la descripción que nos ofrece de cómo al mirarme pudo liberar su percepción de las proyecciones habituales (de padre y abuelo). Al querer clasificar esta experiencia en los términos ya analizados a partir de la experiencia grupal citada, la categoría más pertinente me ha parecido «realidad», por más que, obviamente, no se trate de la realidad ordinaria, sino que de una realidad profunda o misteriosa —coherente con su previa experiencia implícita de contacto espiritual al verme como alguien semejante a Buda y sentirse por fin bien encaminada.

Termino señalando una curiosidad que se me hace enigmática: la semejanza de la imagen del «ojo tras el ojo» que he subrayado, y otra, que recogí en otro momento y aun en otro país. Diría que se trata de uno de esos casos de pensamiento metafórico o simbólico, que sugiere otro nivel de percepción, más interior que el del autoconocimiento habitual, pero sin intentar interpretarlo mejor, me limitaré a reproducir la experiencia llamativamente semejante de uno de los sujetos en el grupo comentado en mi capítulo precedente:

«En un momento sentía como que tenía dos ojos, y mis ojos físicos, *mis párpados, estaban cerrados, pero detrás había otros párpados que se abrían, como unos párpados que se abrían al inconsciente y a otra dimensión de la realidad.* Con estos ojos pude ver mi ojo, mi ojo físico, mi ojo izquierdo. Esta parte del ojo se posó frente a mí y este ojo empezaba a irse hacia atrás. Y se hacía más,

*Exploraciones psicodélicas*

más y más anciano, hasta ser personas de demasiada edad, y luego volvían a ser, volvía a irse pasando por diferentes géneros, como un ojo de hombre, como un ojo de una mujer, luego nuevamente hombre, muchas mujeres. Mi ojo estaba en el cuerpo de muchas mujeres y de muchos hombres en una especie de regresión».

*Este relato me sugiere que se trata de una representación metafórica de la forma de ver inducida por el alcaloide, como si una inteligencia superior anunciase que se trata a la vez de un ver muy especial y diferente y uno que ocurre en otro ámbito, diferente tanto del mundo exterior como del mundo interno habitual.*

5

EL PSILOCYBE

5.1 ENTREGA Y PAZ, INSPIRACIÓN Y AUTOCONOCIMIENTO  
EN EL PROCESO DE AUTORREPARACIÓN INDUCIDO POR  
LOS HONGOS ALUCINÓGENOS

Suelo decir que, sea cual sea el mecanismo de acción de los psicodélicos en el sistema nervioso, pareciera que la naturaleza de su efecto fuera algo así como una anestesia del ego o personalidad neurótica que ordinariamente nos limita, y que la consecuencia más simple de esta liberación fuese la simple recuperación de un estado de tranquilidad feliz; un simple dejarse ser sin imponerse obligaciones ni frenos; un estado de aceptación de la experiencia del momento en que «todo está bien».

Así lo describe uno de los participantes de un grupo terapéutico con hongos Psilocybe: «Nada más empezar fue muy fácil ir a un espacio donde todo es posible, donde todo tiene cabida, donde no importa demasiado cuáles son mis enredos o no, todo está bien ahí».

Al estar todo bien de la paz interior, sin embargo, puede

*Exploraciones psicodélicas*

agregarse un elemento de numinosidad o sacralidad, a veces transmitido por la música y otras por la luz: «Mucha luz dorada y de mucho estar en paz conmigo misma, conmigo misma y con la vida; todo está bien como esta, solo me cabe hacer lo que me toca hacer cada día...»

Además, tal como en la cita precedente el estado de paz es compatible con el hacer lo que sea oportuno en el momento, más ampliamente se puede decir que sea como un espacio quieto por el que atraviesa el flujo de la experiencia siempre cambiante: «Estaba totalmente quieto; bueno, en el interior era una corriente que fluía rápidamente».

Ya que la corriente de la vida que atraviesa la mente aquietada constituye un proceso evolutivo o un desarrollo personal sanador, se entiende que se la represente como un proceso de floración: «Me vino una visualización de que yo era un capullo, que se iba abriendo, que se iba abriendo con mucho cariño por las notas, las notas musicales me acariciaban e iban abriendo los pétalos y yo repetía: “Gracias por confiar en mí, gracias por confiar en mí”».

Quien tenga familiaridad con la meditación reconocerá este espacio interior de tranquilidad profundamente satisfactoria como algo que, lejos de constituir el resultado artificial de la suspensión del pensamiento, es como un trasfondo natural de la mente, con el que hemos perdido contacto en nuestra agitación o parálisis neurótica. Un estado de libertad, también, en que no solo «todo puede ocurrir», sino en que se siente una plenitud que parece derivar de la propia presencia o ser, y por lo tanto no se buscan satisfacciones extrínsecas. Es como un espacio abierto, en que uno se puede dejar atravesar por la vida, pero este espacio abierto puede revelarse también como un gran tesoro sin cualidades descriptibles al fondo de todos los fenómenos de la conciencia.

*El Psilocybe*

«La experiencia ha sido, finalmente, una de ir más allá del pensamiento. Algo sucedió que no sabría traducir a las palabras que pertenecen al pensamiento. He contactado con mi núcleo vital, que no creía tener, y ello me permitió estar largo rato en un estado de total serenidad. Sé que esto me permitirá atravesar el mundo sin necesidad de apartarme, y que las dificultades solo me servirán para crecer, y no me serán algo amenazante por lo que me debo preocupar».

Es como si el espacio abierto de esta conciencia serena y receptiva fuese la precondition de la riqueza de lo que se presenta en los «viajes interiores», y un aspecto de esta riqueza es algo como una inspiración que se hace presente a través de estos como un principio guía —que puede a veces presentarse como una voz o como una persona, y otras como simple creatividad en la búsqueda del próximo paso en un proceso de cura.

Así, una mujer explica en su relato retrospectivo: «Una voz suave me decía “no juzgues, no juzgues, simplemente ve lo que viene”; “vale”. Venía solo a mirar... a no ponerle palabras a cada cosa que ves... Era como si una mamá, una hermana o amiga me hablaran, y entonces se me abrían catedrales».

El principio guía no necesita operar a través de palabras, sin embargo; opera también sin ellas cuando la persona se siente «acompañada» o «llevada», como en este caso:

«Ahí empecé a viajar pero muy suavemente; era llevada como por ángeles... no estoy acostumbrada a eso... y empecé a viajar por un montón de sitios, como de pétalos; muy pronto empezaron imágenes flotando, y yo decía: “Quiero saber lo importante”».

Es muy interesante que sea precisamente este «quiero saber» el que nos haga sentir que se siente acompañada, es decir, en diálogo. O, aún más sutilmente, se puede manifestar la vivencia de una influencia sabia: «Yo sentía todo el tiempo una presencia de

*Exploraciones psicodélicas*

guía, pero no tenía diálogo, y eso para mí es maravilloso porque siempre tengo un diálogo o un monólogo interno, y eso no apareció».

Pero es tal vez una excesiva simplificación hablar de un «principio guía», como si su única función fuese la de señalar un camino. A veces el «guía interior» da explicaciones, como las que daría una persona que tiene conciencia de lo que necesita escuchar el «viajero», u otras informaciones que parecen provenir de una facultad clarividente u omnisciente. «Empecé a escuchar voces que decían: “Ahora vamos a hacer un viaje, y vas a estar cuidada”». O bien, más adelante: «Me viene la voz que me dice: bueno, el día que te vas a morir es el mismo día en que naciste, y ahora sigue el viaje...»

¿Será que es el hemisferio cerebral intuitivo el que se comporta como una persona y manifiesta a la mente que, después de haberse silenciado el pensamiento, se abre a algo «mágico» más allá de sus límites ordinarios?

Es instructivo el siguiente relato:

«La primera parte fue como una especie de anclaje; todo lo que oía era la voz de una mujer que sentí como madre, y que me hablaba de niña: “Tranquila, mi niña bonita, tranquila, confía, confía”. Entonces, me fui dejando entrar en el cuerpo y me fui abandonando a seguir a esta voz de madre, y desde ahí ya me empecé a sentir segura; empecé a jugar con ella, una cosa como divertida, y me dijo: “Vente, que te quiero presentar a Claudio”. Y yo decía: “No, no, no, Claudio no”, y así, bajito, me decía: “No pasa nada, ven, que te quiero presentar a Claudio”. Y yo decía, pero cómo voy a llegar hasta allí en la sala tan larga, y decía, bueno, vamos a construir un puente entre las dos, era todo como un juego, como el laberinto del fauno, una cosa así; entonces decía: “Ah, vale, lo del puente mola, pero nos va a ver la gente, qué miedo, y



*El Psilocybe*

tal”. “No, no, porque vamos a echar polvos mágicos para que no nos vea nadie, pero vamos a Claudio, ven”. Y digo, bueno, pero no me sueltes; “no, yo voy contigo, ven, ven”; entonces abro los ojos y veo a Claudio aquí de pie, y digo, ¿perdona? [ríe], y era como que ni puente ni nada, y no sabía qué hacer, o sea, te vi ahí de pie y era como sentir: esto es magia. Te agachaste y me dijiste: “Cuéntame algo”, y yo decía, ¿le cuento lo del puente o qué? [risas]. Entonces dije: “Estoy con mucho amor, estoy con la madre, estoy tranquila...” Y volví a hablar con la madre: “Madre mía, qué fuerte, te lo puedes creer y tal”. Estaba flipando, fue un cuento, pero un cuento de hadas totalmente, entonces ya me puse de pie y ya al rato le dije: “Pero yo quiero ir también, yo quiero caminar, yo no quiero que Claudio venga, yo quiero andar hacia él”; así que me puse de pie en la sala y tenía a la madre detrás, y le decía: no te vayas, y ella: “No, no, no, tú camina, camina, ve hacia él, ve hacia él”. Entonces era como si por primera vez empezase a andar, empezaba como a gatear, luego me puse de pie, sintiendo como que empezaba a crecer, y empecé a caminar hacia Claudio y según iba llegando me llegaba rendirme; rendirme al amor, rendirme a confiar; y lo que me atreví a preguntarte fue: “¿Estás aquí, estas aquí también para mí?” Y me dijiste: “¡Claro!” Y fue maravilloso, fue una pasada, en la vida he sentido eso, estas aquí para mí... [*se emociona*].».

Estos dos aspectos de la experiencia psicodélica —la neutralidad autosuficiente del desapego que permite la entrega al flujo orgánico de la experiencia, y la intuición o «principio guía»— pueden ser explicación suficiente del proceso de autosanación que tiene lugar en el curso de una buena sesión, independientemente de intervenciones terapéuticas puntuales que puedan (en el mejor de los casos) ayudar al proceso. Pero a veces apenas se llega a intuir el estado abierto y receptivo (que permite la magia

*Exploraciones psicodélicas*

de la sana función orgánsmica), y la persona debe poner de su parte una voluntad de entregarse para lograr renunciar a su habitual sobrecontrol.

«No me podía dejar, no me podía soltar, tenía la sensación de estar agarrada, iba mirando qué es lo que me agarraba, tenía experiencias concretas como, por ejemplo, con mi madre, con... Pero estaba inquieta, inquieta, inquieta, me acerque a ti, Claudio, mmm... me sentí como oral, después me gusto hacerlo así, como dame, dame, necesito, y ahí es cuando me dices: "Toma lo que necesites, yo te lo doy», yo era como, bueno, sí..., pero me sirvió después para darme cuenta de que lo que estoy necesitando es el contacto, y a la vez soy yo la que quiero hacerlo sola».

«Estás condicionada a decirte que te las arreglas sola», intercalo aquí en esta retrospectiva, y ella continúa: «Cuando pude aceptar: "sí... necesito", me vino muy bien. Como algo simple. Y muchas gracias por este espacio, yo venía a buscar eso aunque no lo sabía, o sea, lo sabía y no lo sabía... Pero bueno, eso es lo que tú generas, lo que has generado y lo que podemos disfrutar. Otra cosa es que lo sepamos mantener y que lo sigamos haciendo».

Puede ser que tenga yo cierta capacidad de evocar ese espacio abierto del desapego a través de una larga experiencia en la meditación, pero también supongo que contribuye mucho a crear este espacio (que constituye un aspecto importante de lo que enseño) el trasfondo teórico que le he aportado a través de un contacto previo a los que hacen experiencias de este tipo. Y puede ser relativamente excepcional respecto a la cultura profesional de los terapeutas esta comprensión acerca de la espiritualidad del desapego o de la neutralidad de la conciencia profunda, que tan presente está en las tradiciones espirituales pero que falta en las teorías de la psicoterapia. Se puede decir que aquellos que han participado en trabajos psicodélicos saben ya bien que el «trabajo» consiste,

*El Psilocybe*

paradójicamente, en la entrega, en el dejarse llevar por una voluntad diferente de la propia, el dejarse atravesar por la experiencia del momento —tal vez incluso «desaparecer».

Pero quien ya ha entrado en el espacio de la contemplación serena del presente puede ser guiado hacia una profundidad aún mayor:

«Me acabo de dar cuenta de que entré a la experiencia sin voracidad, sin desear nada, estaba muy, muy relajado, no esperaba nada, estaba muy, muy presente allí, y muy al principio de todo, cuando empiezan los colores, las formas tan maravillosas, el gozo, me vino claramente: “Apártate, apártate, Raúl, apártate”. Y también la curiosidad por ver quién aparecía si yo me apartaba, ¿no?... Y empezó a emerger una criatura muy en el presente, se alimentaba del presente, del contacto con la música, con lo que veía, y empezaron a recorrerme por toda la columna vertebral unos temblores muy fuertes, y luego también aquí, detrás de la nuca».

Naturalmente, para quien contempla, la contemplación es ya un camino de transformación, pues permite las influencias sanadoras de la música, de la naturaleza o del contacto humano sano —y es mucho lo que se podría decir de cada uno de estos ámbitos de nutrición psicoespiritual.

Así, por ejemplo, uno se hacía la pregunta: «Si existe este espacio, si existe este lugar, ¿qué sentido tiene la vida? Si podemos estar aquí, ¿por qué estamos vivos, por qué estamos encarnados en un cuerpo? Entonces eso me llevó a ver a los demás, a verme a mí mismo desde una mirada de humildad, de sencillez, de niño. Esa mirada que cuando, me junté con C., me decía: “Te puedo escuchar el corazón”; o venía la gente y me preguntaba cosas, y todo era ver al otro como desde un espacio profundo, de estar encarnados; es como darle sentido a esa parte espiritual. En ese

*Exploraciones psicodélicas*

espacio espiritual que es pura alegría, es puro amor, creo que ese espacio necesita el color del ser humano».

He aquí una experiencia en que lo más llamativo no es la relación interpersonal, sino que la percepción ordinaria —que se vuelve en cierto modo extraordinaria:

«Bueno, yo me siento muy, muy agradecida porque la experiencia tuvo que ver con el aniquilamiento de la mente... fue como olas tras olas; me di cuenta de que empiezo a aprender a navegar en esto de decir “entrégate”. Es lo único, ¿no? Y veía como el ego se resistía, como “aaaggh”; y yo podía decirle “no”. “Déjate, aniquílate, aquí no puedes hacer nada”, le decía yo al “aaaggh”, y la mente iba como... como destruyéndose, y cuando pensaba que había llegado a algo, yo decía “esto es”, ahí me daba cuenta y decía “no, no te apegues porque no es”, y aparecía otra cosa. Hubo momentos fuertes de sentir la naturaleza. Vi mis pies y el cielo. Mis pies eran como los pies de una anciana, y sentí (como nunca me había pasado) devoción hacia mí; hacia lo que yo he caminado en la vida con esos pies. Fue muy reparador».

Por último, cito una experiencia en que es la música la que está en el primer plano, tanto como vehículo de amor como de estímulo devocional:

«Entonces la mano derecha firme hacia arriba, conectándome con la verdadera realidad, y mi mano izquierda absolutamente fusionada con la música, sentí el amor sexual a tope, el amor emocional a tope, sentí la delicadeza mínima, precisa de violines, cada teclado era absolutamente bello, devocional, hermosísimo, sintiendo que además encontrarme con Dios no era de abajo arriba, era de arriba abajo».

Pero tales experiencias no bastan para dar cuenta del efecto terapéutico extraordinario de los hongos alucinógenos. Pues por más que sean siempre la conciencia desapegada y la intuición los

*El Psilocybe*

factores que sustentan el proceso terapéutico, el trabajo a veces requiere una excavación más profunda de la mente y del pasado en vista de la necesidad de reelaborar experiencias traumáticas de la infancia —y especialmente, la necesidad de recordar el dolor y la rabia que subyacen a los actuales problemas relacionales. Lo ilustro, ante todo, con una experiencia que se le presentó a alguien que ya había perdido hasta la percepción del cuerpo y la identidad ordinaria:

«Me encontré con una parte de mí muy lejana, de mucha mala ostia y mucho resentimiento y mucha represión y mucha humillación, era como... Estaba... me venía una cosa como de “yo no tengo cabeza, solo tengo mala hostia, no tengo nada más”, sentí que no había cabeza, no podía responder a nada, tenía mucho sentido común, pero una cosa como desde la mala ostia, me parecía que todo estaba mal, que había que hacer algo, que no tenía solución esto, que... Y ahí fue cuando tú estabas acercándote a Rebeca, y cuando te fuiste a levantar (bueno, antes de eso) empecé a conectar con todo el resentimiento con mi padre. ¿Por qué se enfermó, por qué coño nos dejó, por qué estaba enfermo, por qué yo me tenía que poner por encima de él?

»Y luego me podía el resentimiento, y era un círculo del que no había manera de salir del puto círculo, del resentimiento a la omnipotencia, de la omnipotencia al resentimiento, no perdonarle a él, no perdonarme a mí. Y cuando en un momento dado te fuiste a levantar, fueron Graciela y Juan a ayudarte, y tú dijiste: “Yo puedo, yo puedo”; ahí me entró un dolor de sentir que mi padre no podía; no podía solo; y me entró un dolor, un dolor, ¡un dolor!, y por lo menos entré en el dolor.

»Y sentí mucho a mi marido; fue una maravilla, lo sentí tanto que me olvidé de él, o sea que eso fue maravilloso, que estuviese tan en mí, pero estaba él para mí, por primera vez yo le dejaba

*Exploraciones psicodélicas*

estar para mí, y en algún momento me asfixiaba, sintiendo: “Está para mí y yo me tengo que ir de aquí, pero entonces va a quedarse como una carga de proyectar al padre, ¿no?”

»Y a partir de ahí no tengo ni idea, estoy súper perdida, me he quedado como sintiendo: “Bueno ¿y ahora?” Como si hubiera perdido el sentido de hacer algo. Ya no tiene sentido mi vida, como si hubiera perdido... Tuviera que ver con haber tenido que salvar a mi padre de algo, ahora como que no tiene sentido... Así que, bueno, pues lo que Dios quiera; ponerme al servicio de otra cosa... y ya iré viendo».

Seguramente no basta el texto aquí transcrito para comprender cabalmente lo que significa para ella haber perdido «el sentido de hacer algo», y por ello debo explicar que se trata de una persona con ese tipo de personalidad que en la psicología de los eneatis se conoce como un eneatis 3 conservación: la variante conservacional de la vanidad, no reconocida por el DSM-5 y que tanto abunda en los Estados Unidos como para que se pueda decir que constituye una forma de carácter típicamente norteamericano que no se considera patológico, pues no lleva tanto al sufrimiento como a la compulsión de la eficiencia y a una pérdida de interioridad. Una persona de este tipo hace y hace sin parar porque espera ser querida por lo que produce, y puede comprenderse que cuando llega a desprenderse de su necesidad compulsiva de hacer, sienta por lo menos cierta perplejidad, o viva algo así como un duelo por la parte de sí misma que ha dejado atrás. Pero por más que desde una humildad excesiva diga ella que al verse libre de tener siempre que hacer algo «está perdida», no dudo que ha dado un gran paso hacia su liberación, que ya tendrá consecuencias positivas en su vida.

He aquí otra ilustración de un proceso de regresión sanadora con la implicación de un incipiente cambio caracterológico:

*El Psilocybe*

«Durante la primera parte, importantísima, había sentimientos de miedo y rabia; se iba uno, venía el otro; era realmente estar en ese polo continuamente y ahí me daba cuenta de cómo la rabia era mi respuesta. Lo único que no sabía es a qué pregunta, a qué situación... Y apareció una escena que ya conocía pero jamás había visitado así, una escena a mis ocho años, donde mi padre, en un ataque de locura, realmente me estrangulaba, y me venía rabia, miedo, dolor tremendo... Y además me estrangulaba mientras decía: “Habla de una puta vez”. Y ahí fue para mí liberador pegar un grito que... ¡basta de eso!; lo único es que ahí me encontraba de nuevo rabia, miedo, rabia, miedo, y sin saber salir de ahí... Y tuve, no sé, la inspiración o el coraje, o la falta de fuerza para quedarme ahí, y empezó a pasar algo que yo no entendía, que mi cabeza se rebelaba ante el que eso pudiera pasar... y vino el espíritu de mi padre... Vino su espíritu, mi padre como hace unos veinte años antes de que murió; vino su espíritu y... [llora] me pidió perdón... y eso me desmontó, ya no tenía por qué estar ni rabioso, ni asustado, me descolocó y me ha descolocado, porque a continuación él me acompañó al cielo, y el cielo era aquí, era esto; y sentí cómo caían las fronteras, las fronteras entre lo espiritual y lo humano, lo psíquico, no sé, y aún me siento ahí, como que entendí que no hay frontera. Y me sentí como un niño, solo podía estar ahí como niño, e incluso me dijo: “Bueno, ahora te toca encontrarte con Dios”, y yo lo buscaba, pero no está, o sea, que no está colocado ahí, sino que está... era como el aire... Y me sentía muy bien, hasta que empezó a aparecer un algo que me impedía estar aquí, que fue cuando vine a decirte: “Estoy en presencia de Dios y siento la insatisfacción y, ¿cómo hacer con esto?” Y tú me devolviste algo así, no lo recuerdo exactamente, de: “Claro, después de toda una vida de estar consiguiendo todo por ti mismo”; yo lo entendí, y en ello estoy desde entonces, como es

*Exploraciones psicodélicas*

que *no se estar satisfecho*: me es rarísimo, estoy enfocado en *conseguir* satisfacción...»

También en este episodio de notable cambio de perspectiva respecto a una experiencia infantil, que le permitió a la persona, a través del perdón a su padre, no solo liberarse de un odio crónico sino que quedar en paz, ha ocurrido un cambio caracterológico, solo que muy diferente al anterior. En este caso se trata del tipo de personalidad que en la psicología de los eneatisos se identifica como «2 social» —un orgulloso ambicioso, que podemos evocar a través de las imágenes bien conocidas de Napoleón o del poderoso Luis XIV, el «Rey Sol». En ambos casos se trata de personas que se pueden describir como de gran «estatura»: gente poderosa que ha llegado al poder a través de una notable voluntad de conquista. El ambicioso siempre quiere más, y busca mayores triunfos, tanto que en el caso de Napoleón es llevado por su ambición hasta la empresa exagerada de querer triunfar sobre Rusia y a través de ello a su derrota.

Pero ¿qué ocurre si un ambicioso, a la vista de una transformación prácticamente milagrosa, se ve desprovisto de su afán de conseguir más y de llegar más alto, y ya no se siente insatisfecho? ¿Sabrá aceptar la plácida aceptación que la vida ahora le depara?

Impresionará tal vez como enigmática la aparición del padre en la experiencia de este hombre en el sumum de su desesperación, y se preguntarán si se trata de una fantasía propia, inducida por un profundo deseo de quitarse el peso de la culpa por una agresión que hasta ahora no se había permitido expresar por más que la hubiera acarreado durante toda la vida en forma de resentimiento crónico. ¿O se ha tratado, más bien, como sin duda le pareció, de una inesperada visita real del espíritu del padre; es decir, de un momento de mediumnidad en que su mente, vuelta



*El Psilocybe*

más receptiva por el efecto del alucinógeno, pudo percibir la influencia de su padre verdadero?

Pocos en nuestro mundo secular creen hoy en la supervivencia de los espíritus, y aun los budistas dirían que nuestros padres ya han reencarnado, después de una breve temporada de paso por los bardos o mundos de transición. Pero ¿cuánto sabemos en nuestras certezas? Y tal vez más sepan quienes se preguntan por lo que no saben que aquellos que pretenden saber...

Muchas investigaciones y testimonios muestran que son eficaces las intervenciones de chamanes y curanderos —por más que haya también charlatanes— y que tanto la clarividencia con la mediumnidad son fenómenos reales; y si es así, ¿no será que la mente bajo el efecto de un alucinógeno puede transitoriamente manifestar tales capacidades?

He aquí otra ilustración de algo que personalmente interpretaría como un fenómeno paranormal y no solo una fantasía paranoide:

«Apareció algo que me descolocó, que era algo así como si en mi alma tuviera pegoteada una maldición, como si alguien me hubiese hecho magia negra y ahí tuviera algo pegoteado, que no ha tenido todo el desarrollo que tenía gracias un poco a mi forma, a mi luz o a no sé qué, pero había algo pegoteado ahí; y entonces fue cuando pensé: “Vaya paranoia con la magia negra”, porque es algo que yo sé que está por ahí, pero que no va conmigo. Y entonces me vino que eso (y lo digo tal cual) era producto de una expareja, con la cual me casé aquí; algunos estábais en la boda, y que vivió tan mal la separación que decidió vengarse; y entonces me hizo esa magia negra; no sé si es paranoia o qué, pero es igual, tal como lo viví. Entonces me venía también que la magia negra se ha vuelto en contra de ella, puesto que ha estado enferma, está enferma, está muy sola todavía, y para mí, era por

*Exploraciones psicodélicas*

un lado sentir el dolor y las ganas de quitar eso, pero tenía que hacerlo no con la misma moneda, sino con amor; y entonces vino mucho rato de ir haciendo una des-operación, una de-cirugía, como irme quitando del alma poco a poco toda esa magia negra, toda esa cosa que tenía incrustada ahí, en lo profundo, poco a poco quitármelo, quitármelo, quitármelo, e incluso pensaba: “Tienes que hablar con Vilas para ver si eso es así o es que me lo monto yo”; y quitándome, quitándome, quitándome, y con amor, y deseando lo mejor para ella, con amor, que se sane, que encuentre un hombre que la haga feliz, y fue muy largo, no sé cuánto duro, pasaba una vez, pasaba otra, era como deshilar algo que estaba muy profundamente hilado ahí».

El tema de la reelaboración de experiencias traumáticas me ha llevado a aquel del insight transformador acerca de la propia personalidad; pero no es necesario que se dé la regresión a experiencias traumáticas para que se presente la comprensión acerca de la disfuncionalidad o irracionalidad de la actitud que ha constituido el implícito problema fundamental de la propia vida.

Una mujer del tipo E8, caracterizado por una actitud combativa y por la lujuria o sed de intensidad, por ejemplo, escribe lo siguiente:

«Sentí el peso de esta piel vieja, de este carácter mío que combate, de una guerrera que ya tiene 52 años... que debo hacerlo en otra manera porque así no voy a llegar a ningún sitio y como que forzando, forzándome, ¿pero para qué?, porque ahí sentí un agobio, un cansancio de mi sobreesfuerzo, de no poder decir simplemente “no tengo ganas, no, no tengo ganas”. Veo también cómo me voy mucho a hacer placer al otro, bueno, me olvido de mí».

Y más adelante:

«Pero siento que algo se ha ido de mí, quiero vivir en paz, busco la paz, veo que soy una súper excitada siempre, estoy cansada,

*El Psilocybe*

yo quiero estar tranquila. Y ahí sentía como que debo dejar a esta Muriel antigua un poco, que estoy pasando en otro pasaje de mi vida, simplemente, y estar más tranquila, y siento que algo se ha ido de mí, me siento mucho más feliz, cansadísima, pero feliz de haber sacado esta cosa, y quiero empezar en otra manera».

Otro ejemplo, esta vez tomado del relato de un E7 social, que es la personalidad de un «buenito», que se sacrifica demasiado por los demás y que por un deseo de ser apreciado se comporta de manera demasiado idealista.

«Y fui poniendo, sacando realidad, no cebándome en nada, sino sacando realidad; y a medida que sacaba realidad el día estaba más bueno y yo me sentía más presente y más completo con la gente, y no había una división entre lo santo y lo no santo, entre lo divino y lo humano, había... Era yo, ¿no? Me habitaba desde dentro, estaba pleno y estaba trabajando... Y poco a poco empecé a darme cuenta de que si soluciono cosas más me siento muy bien, y si no atiendo cosas más me siento muy bueno. Hay una tentación estupenda, “soy bueno, soy muy majo, caigo de puta madre”, y cuando atiendo cosas más soy mucho más serio, más soso, más problemático; pero creo que mis pacientes, mis amigos, mi familia y yo, nos merecemos que esté Carlos, no que deje de estar Carlos».

El siguiente pasaje es de un E2 sexual, que es un seductivo que ha llegado a confundir el amor falso que se expresa para atraer al amor ajeno, con el amor verdadero, y que en su relato se refiere al descubrimiento de un amor «seco» que no había percibido, y ahora descubre como más verdadero que el «amor húmedo» de la seducción.

«Ahí fue como que abandoné el cuerpo y era un viaje, pues no sé, por otra dimensión, donde cada vez que sentía miedo aparecía la sonrisa de Claudio; entonces empecé a ver la sonrisa de

*Exploraciones psicodélicas*

Claudio por todos lados y me acompañaba. Y ahí conecté con mucho amor seco, era seco y había una parte que mi ego decía: esto no es amor, te estás confundiendo, esto no tiene validez... Y lo miraba y me iba a ese amor, que era un amor que me inundaba, que era grandísimo, pero era como si sintiera un amor en pleno desierto, y a la vez era calmado, tranquilo, no había mucho aspaviento, no necesitaba salir mucho; me vino también como el amor a mi padre, lo veía, me salí a acompañarlo, a estar con él, pero era un amor muy calmado. Y sobre todo me salió mucho amor a Claudio, sentí en un momento que... que era mucho más mayor que el amor a mi padre, el amor que en este momento sentía por Claudio, y eso me hacía tener una mirada más compasiva también con él y conmigo, con mi padre, conmigo... No sé, con mi hijo, con mi marido, pero todo era muy calmado y muy solitario también».

*El Psilocybe*

5.2 LA CONCIENCIA DE ENFERMEDAD, EL DESPERTAR DEL AMOR Y EL ATISBO DE LA SABIDURÍA EN LAS EXPERIENCIAS CON EL PSILOCYBE

Quiero abordar a continuación tres temas, cada uno de los cuales puede ser considerado un aspecto sanador de la experiencia con los «hongos mágicos»: la toma de conciencia de la propia enfermedad, el despertar al amor, y el atisbo de la sabiduría.

*I. La conciencia de enfermedad*

Dice la tradición cristiana que debemos purificarnos del pecado a través de su reconocimiento y confesión, que llevan al deseo de reparación, y de manera semejante, en las tradiciones espirituales se da mucha importancia al reconocimiento de ciertas emociones destructivas como el apego o la aversión como punto de partida a la posibilidad de poder escapar a su esclavitud. Todo ello no es diferente de lo que en el lenguaje de la psicoterapia se designa como la «conciencia de la enfermedad», que la psicología de los eneatis describe como la comprensión de las «pasiones» que subyacen a la propia personalidad. El punto inicial en este reconocimiento es el simple sentir que no se está viviendo verdaderamente, o que se está dejando de lado la vida verdadera en una excesiva entrega a los propósitos mundanos, cosa que a veces ocurre espontáneamente o por influencia de ciertas personas o ideas religiosas. Pero es particularmente común que esto ocurra bajo el efecto del Psilocybe, durante el cual tiene lugar una especie de «descenso a los infiernos» que lleva a las personas a adoptar actitudes reparadoras, a través de las cuales pudiesen recuperar el

*Exploraciones psicodélicas*

bienestar. He aquí algunos ejemplos tomados de un relato retrospectivo a una sesión grupal:

«Me he dado cuenta de que me he estado cerrando; me he cerrado tanto últimamente por miedo a lo que llevo dentro, o tal vez por miedo a no tener nada dentro. Hasta resisto encontrarme con un amigo para conversar. Te vine a preguntar durante la sesión qué debo hacer, y me dijiste que debería dejar salir lo que llevo dentro, y ello me tocó profundamente. Pienso que será lo que haga, en vez de seguir refugiándome en el trabajo —que es un espacio donde puedo ser fuerte, reconocido, y donde expreso mi poder. Pero se trata de un espacio que está matando a quien soy, ya que quien soy no se expresa en ningún otro lugar. Incluso, cuando suena el teléfono, espero que sea por una cuestión de trabajo, y no un amigo. Pero ahora he decidido que dejaré el trabajo, y ahora mismo».

En ocasiones como esta, el encuentro con la propia interioridad constituye un gran estímulo espiritual, pues somos todos buscadores más bien distraídos de nuestra orientación y trabajo interior por las distracciones mundanas.

En la siguiente declaración alguien siente que a través del efecto del hongo ha descubierto su vocación espiritual, y quiere ahora poner la búsqueda en el centro de la su vida. Diríamos que se trata de un impulso de la misma naturaleza que en el caso anteriormente citado, que aparentemente había invalidado como presuntuoso por su modestia compulsiva, solo que aparece aquí junto a una rara comprensión y aceptación de la propia imperfección.

«Mi experiencia de ayer fue una que puedo calificar como sobre la vocación, o el ser llamada. Tengo algo que confesar: que solo me interesa el crecimiento espiritual. Esta es la prioridad de mi vida. Y no lo podía declarar por ser algo demasiado presuntuoso. Pero tampoco lo puedo negar. En cierto momento

*El Psilocybe*

visualicé una especie de balanza, en un lado de la cual estaba todo lo luminoso, espiritual, divino, y al otro toda la negatividad, mi presunción, arrogancia; y estaba esta balanza en perfecto equilibrio. Y me he preguntado: ¿será esta la ecuanimidad? Estaban en perfecto equilibrio, y ambas fundamentales. Y vi que debo cambiar de actitud respecto a mi carácter, y que necesito de mi tenacidad para conseguir lo que debo conseguir. Me siento honesta al decir lo que estoy diciendo. Todos tenemos una vocación, y la vida nos hace ir hacia donde la vocación nos llama. Dios nos llama y todos acudimos».

En la ilustración siguiente también se trata de alguien que ha aprendido a dejar de lado una actitud disfuncional (de pedir explicaciones o hacer preguntas innecesarias), solo que el desencadenante de su cambio de rumbo es un acercamiento a la muerte, que se le presenta a través de una «visita» de su padre, recientemente fallecido:

«He sentido un gran miedo de morir; tenía casi la certeza de que estaba muriendo, y el corazón me latía muy acelerado en la garganta, y me dolía el brazo izquierdo. Pensé en A. y me dije que lo llamaría y que junto a él me calmaría, y fue como si me tomase de la mano y me acompañara. Y este dolor fuerte al corazón me duró cosa de media hora, y A. me dejó en manos de mi padre. E inicio un viaje. Estamos ante una puerta, y mi padre me dice: “No te preocupes, atravesemos”. Entro con él y automáticamente se me calma el corazón. Me mira y me dice: “Esta es la muerte”, y siento una paz profunda en el cuerpo. Se disuelve toda la tensión de una vida y de un momento a otro no queda nada. Me ha impresionado, y digo: “No puede ser así”. Él me dice: “No: es así. ¿No te fías?” Y me volvió un dolor intensísimo al corazón por unos dos minutos. “¿Y ahora, te fías?” “Sí, sí, sí”. “No te preocupes, estarás en paz. El sentido de todo es justamente la paz”, me

*Exploraciones psicodélicas*

dice. “No debes preocuparte más”, y me guía hacia la profundización de la experiencia.

»Las palabras no significan nada en contraste con lo que tuve la fortuna de encontrar. Ha sido una experiencia profunda, total, como se mi hubiese quitado una duda razonable. Y hablaba en voz alta porque no quería tener dudas. Y cada vez que volvía a dudar se me volvía a presentar el dolor, y me decía: “Aún no has aprendido”. Todo el cuerpo me dolía, y sentía una gran tensión en la panza. Decía: “Ahora he comprendido”, pero volvía a hacer preguntas. Me preguntaba: “¿Pero ahora qué hago con esto?”, “dime lo que debo hacer con esto otro”, y me hacía sentir dolor, hasta que no paré de hacer preguntas me hizo sentir dolor. Cuando dejé de hacerlas, se abrieron puertas nuevas. El corazón parecía darme acceso a un nuevo espacio, y paso a paso lo encontraba, solo cuando estaba sin pretensiones (esta es la palabra que me parece más propia a mi carácter: una pretensión continua). Y cada vez que quería algo, me llegaba el dolor, y ello me llevó a entender muy claramente que mi sufrimiento viene de mi exigencia. La enseñanza que me queda es no pedir: “Estate ahí, y recibe lo que te llegue en paz”».

Así como en la ilustración precedente el sujeto debe renunciar a una actitud excesivamente demandante, en el siguiente testimonio lo principal es el reconocimiento de la falsificación de sí; el ocultamiento de la propia «sombra»:

«Decía que había visto una luz interior y no necesitaba del reconocimiento de los demás. Y cuando comencé a hablar sentía que esto era verdad, pero mientras lo decía me daba cuenta que no era así, y que buscaba el reconocimiento; y esto me produjo mucha frustración; pues sentía que el carácter nuevamente había tomado posesión de mí; había descubierto el autoengaño; pero en vez de detenerme y decir: “No: no estoy así”, he continuado



*El Psilocybe*

diciendo que estaba bien, pese a que no era verdad. Y así comenzó la experiencia. Y me preguntaba: ¿cómo puede ser tan fuerte el carácter? Y la experiencia me llevó a ver mi parte oscura, mi infierno. He visualizado una caverna al centro de mi corazón, me transformé en un dragón negro; y a medida que atravesaba la caverna veía lo oscuro: la vanidad y todas las pasiones, la soberbia, la competitividad, y mientras avanzaba me daba cuenta de que estas cosas no me pertenecían, no me podían hacer daño, y podía mostrarlas; no era necesario que las ocultase. Progresé tanto, que de dragón me llegué a transformar en una mariposa, siempre viendo estas partes oscuras; y luego me convertí en un ser humano, con todas estas partes oscuras y ya sin miedo, enfrentándolas e integrándolas. Y he pensado que el dragón era la parte instintiva; la mariposa, la parte emotiva; el hombre, la parte racional... y giré y vi toda mi parte oscura a la izquierda y a mi derecha toda mi parte luminosa, y me pareció claro que la vida es simplemente una mezcla de esta parte de luz con esta parte oscura. Esto le da propulsión a la vida... Yo tenía oculta la parte oscura, y la luminosa no era siquiera mía, sino lo que querían otros. Y me resultó claro que me había enfermado por haber metido debajo de una coraza esta parte mía que no quería que otros viesen».

No siempre toma el reconocimiento de la enfermedad la forma de una confesión de una falta, sin embargo, y en la ilustración siguiente se trata de alguien que descubre que lo que debe dejar atrás es un aparente deber moral de ayudar al prójimo. Para quien sufre de una necesidad compulsiva de ayudar, naturalmente, esta constituye una patología de la que debe liberarse —tal como en el caso de los pecados más ampliamente reconocidos como tales. Dijo este sujeto al día siguiente de su experiencia:

«Quiero ocuparme de mí misma. Quiero ocuparme de los demás, pero quiero poder elegir. Cuando estoy cansada, duermo.

*Exploraciones psicodélicas*

Dormir, reposar, me regenera. No puedo estar toda la vida sintiéndome siempre en el deber de hacer algo, de salvar a la humanidad; y no me salvo a mí misma, ya que me he estado enfermando físicamente. Lo he comprendido, y he comprendido también que a un nivel muy profundo que no percibía no he confiado verdaderamente en Dios. Siempre he sentido que debía esforzarme mucho por ayudar a Dios, y esto implica un delirio de omnipotencia. Y no solo he comprendido que aunque estemos solos, está Dios. También a veces Dios no hace nada, y deja al universo seguir su curso. A menudo me he preguntado acerca del mal, y me he dicho: “Cómo es que existiendo Dios se violenta a los niños y las personas matan”, y me he dicho que tal vez Dios no puede hacer nada al respecto [CLAUDIO: debe dormir de vez en cuando; cada siete días descansa]. Es como saber que se puede confiar; que existe Dios y el universo tiene sus equilibrios, y yo debo confiar, y no sentirme siempre obligada a hacer algo. Estaba muy cansada, y me he dicho: elijo ahora estar en esta casa y quedarme aún con esta persona, porque no tengo ahora fuerzas para ir a ninguna otra parte».

Tal vez más sutil que la patología de los que tienen la compulsión de ayudar sea la de aquellos que se identifican demasiado con quienes sufren, y de esa manera sufren el sufrimiento ajeno:

«He visto que es difícil comprender el dolor ajeno. He comprendido que no comprendo el dolor del otro, pero ha sido como si debiese convertirme en el que sufre, unificarme al otro. No digo “fundirme”, porque no es un concepto psicológico. Al verlo, me he disuelto en llanto y le he pedido perdón a Dios por mi presunción de comprender el dolor ajeno».

Lo que dice otra mujer es semejante:

«Estaba preocupada por el dolor de los demás y me venían a la mente personas del grupo que podían estar mal, y al mismo

*El Psilocybe*

tiempo me decía: “Basta; no es esto lo que necesitas”. Yo respeto el dolor ajeno y entro en este, pero es un mecanismo antiguo, que desarrollé con mi madre; un mecanismo derivado de la culpa. Ayer comprendía que debía poner un filtro, y que no era auténtico, que no es de eso que se trataba. Me quedé quieta, entonces, y me gustó tener con las personas con quienes estaba un contacto despreocupado. Estuve muy tranquila, y ello me reportó mucha plenitud. Pero es difícil, dada mi historia de vida: siempre le he hecho de madre a mi madre, que sufría inmensamente; y si no lo hago siento que no me aman».

Agregaré aún la declaración de otra persona que, luego de descubrir esta manera aparentemente virtuosa de engañarse, la ha podido dejar de lado:

«He logrado ver el engaño del carácter... que ha consistido en usar el dolor del mundo como una caja de resonancia, volviéndome hipersensible. Esto me ha llevado a alejarme de mí misma, pues bastaba que una persona estuviese mal para que sintiese algo así como una atracción fatal hacia ella. Me convierto en ese dolor y lloro sus lágrimas, y entro en una locura inútil, porque a nadie le sirve. A ella, porque no puedo ayudarla sufriendo con ella, y menos a mí misma, pues me alejo cada vez más de quien verdaderamente soy, y me pierdo la oportunidad de verme, conocerme, saber quién soy en verdad».

En la siguiente declaración, en cambio, el «pecado» o patología es la no-relación: reconoce ahora una mujer que la autosuficiencia, que siempre le había parecido un mérito, ha sido un problema, y correspondientemente comienza a abrirse a la relación con los demás:

«En síntesis, lo primero que comprendí es que no creo en los demás, y lo hago todo sola. Yo creo saber si me aman o no, si valgo o no valgo... no he estado nunca en la relación, en que es el

*Exploraciones psicodélicas*

otro quien me ve y dice cosas y me quiere. Y por primera vez he sentido la necesidad de este otro que me diga, que me vea, que me diga lo que ve. He actuado como si supiese más de mí misma que el otro, y no es así. Ha sido bellísimo, porque he comprendido profundamente esto de la relación».

*II. El despertar del amor*

Así como en ciertas experiencias lo que más llama la atención es la forma como la persona se libera de algún aspecto importante de su neurosis, en otros casos lo más llamativo es el despertar del amor. Solo que el amor no compulsivo no es necesariamente lo contrario de la indiferencia, sino que principalmente una expresión de libertad interior. El sujeto a quien cito ahora, precisamente, es uno en quien la nueva capacidad de amar se funda sobre una nueva libertad de responder a ciertas situaciones con un «¡al carajo!»

«Puedo decir “te amo” a la persona que amo, y he sentido el amor, un amor bellísimo, sin la cabeza; los tres amores: la admiración, el amor del corazón, el amor erótico, y ha sido bellísimo. Saber reconocer el amor y estar en el amor; pero también poder decir: “Vete al diablo”».

He aquí otro caso de liberación amorosa, esta vez predominantemente erótica:

«He sentido por primera vez algo verdaderamente auténtico, que era amor sin pensamiento. Era amor puro, y también he parido: me he puesto en posición de parto, pero no he parido niños, sino algo como pelotas de amor que volaban por el espacio».

En este tercer caso ha contribuido a la recuperación de la salud erótica la oportunidad que se presenta en los grupos de

*El Psilocybe*

establecer un nuevo aprendizaje relacional —un elemento exploratorio de contacto reparador:

«Me he permitido tomar sin culpa; pues he comprendido que mi dar y dar venía de no saber tomar, y que tenía un sentimiento de culpa que venía de la relación con mi padre; una relación poco ortodoxa en la que sentía de niña que algo no estaba bien y me avergonzaba, y confundiéndome, llegué a pensar que yo no estaba bien, y no era bella. El hecho de ser escogida me resultaba algo sucio; y si en la vida voy como grandiosa, viene de esa vieja desvalorización. Pero ayer hice la experiencia de tomar sin culpa, y fue maravilloso. Siempre he temido al hombre sin reconocerlo por miedo a mi padre, y he tenido al hombre a distancia a través de la seducción... y todo esto desapareció ayer, y quería un contacto amoroso, y he quedado muy contenta».

Otro aspecto específico del despertar al amor puede ser la compasión, como en la descripción siguiente:

«He hecho un viaje a través de las sensaciones, primero a nivel corporal, lo que luego me llevó a una especie de vórtice interior que me llevó más allá de mí misma, a una especie de conmoción cósmica. Era hermoso, me caían las lágrimas y a la vez estaba muy presente, consciente de la sala y de las personas. Y la experiencia, entonces, se volvió de una gran compasión por quienes sufren, por las guerras, como si debiese haber más compasión en este mundo, no solo hacia las personas cercanas sino que también hacia las situaciones que nos sobrepasan».

También la devoción es parte de nuestro potencial amoroso, que se ve inhibido en ciertas formas del carácter neurótico, como en la experiencia de uno a quien una implícita superioridad le había hecho difícil hasta ahora el albergar sentimientos de aprecio o admiración:

«Un erotismo sutil permeaba todo mi cuerpo. Era un estado

*Exploraciones psicodélicas*

de beatitud y no de sexualidad. Estuve un buen tiempo pensando que era también una forma de meditar. Después entré en una especie de infierno. Quise comprender mi historia, mis relaciones, mi madre, las historias de siempre, los hijos, etc., descubriendo siempre cosas nuevas, pero con una profunda angustia, y me decía: "Esto ya no me sirve". Y al mismo tiempo sentía a todo el grupo aquí, toda la gente, y un amor lo envolvía todo. Estaba con los otros sin juicios, y esto era importante. Luego me dije: pero esto no significa que deba decir siempre sí; pues había pedido aceptación, pero me dije que eso no significaba que siempre deba aceptar, y he recordado lo que decía Fritz Perls: yo soy yo y tú eres tú, y si nos encontramos es bello, pero si no, no hay nada que hacerle. Y luego, escuchando la música, se hizo el milagro del amor admirativo, devocional, pues tras la música estabas tú, Claudio, que me la estabas dando, y sentía que con la música nos transmitías tu enseñanza».

Agrego además la declaración de una mujer hasta ahora ajena a la vivencia del amor devocional en quien la recuperación de la capacidad de aprecio termina por permitirle una reparación de su relación con su padre.

«Me he dado cuenta de que he vuelto a vivir, porque en las últimas dos experiencias que he hecho estaba siempre en el confín entre la vida y la muerte, y me parecía estar siempre al borde de apagarme. En cambio, ahora he sentido que mi energía todavía no está llena del todo, pero yo estoy viva y he podido finalmente experimentar el amor admirativo. La música ha sido para mí una guía, lo ha sido siempre y lo es cada vez más; en realidad también cuando no estoy bajo los efectos de una sustancia: si escucho la música, vuelvo a entrar en los mismos estados. Pero cuando mi estado está alterado por alguna cosa, puedo sentir claramente todas las emociones que la música despierta dentro

*El Psilocybe*

de mí, y esta vez he logrado también decidir si seguirla o, por lo menos, explorarla, y saber si se trata de algo debido a mi elección o a mi estado, si estar dentro de ello. Pues tú, Claudio, te has presentado en forma de águila y me mostrabas tu vuelo, tus picados, tu grandeza, tu seguridad al volar, y cuando yo podía admirarte, admirar tu vuelo, aprender de tu vuelo, en aquellos momentos me venían sollozos de llanto por tanta belleza, y no era necesario que yo hiciera nada para alcanzar aquella altura, bastaba contemplarte. Tu enseñanza, tu guía, me enseñó con este ejemplo que puedo volar según mis capacidades, mi nivel, que puedo desarrollar lo que hay, pues estás tú encima de mí, y ya has alcanzado esas alturas, y así pues ha sido hermoso poder admirar algo más alto; creo que no lo había hecho en mi vida, y he tenido la valentía de explorar la información que he tenido sobre mi padre, de explorar el profundo vínculo con este hombre y que no había reconocido jamás. Me he tomado un tiempo para darle las gracias por todo aquello que me ha dado, para expresarle la rabia que he sentido por la manera en que se fue y por la forma en que siempre me enseñó indirectamente, y porque me ha dejado una herencia pesada: aquella de tener que volar en su lugar, de lograr aquellas alturas que nunca logró. Pero no tengo que superar al padre, le he dado las gracias por todo lo me ha dado, y he puesto por encima de mí a Antonio, a Vilas y a ti. No quiero volar sola, no tengo que volar sola, necesito un guía o tantos, tengo que ser contenida y debo dejarme contener, así que he dado las gracias a mi padre pero le he dicho: “Basta, tomo todo aquello que me has dado, gracias, y te honro por tanto, pero ahora voy a seguir mi camino”».

CLAUDIO: Un gran día.

TESTIMONIO: Después he bailado.

### *III. Atisbos de sabiduría*

De la sabiduría puede decirse, como del amor verdadero, que todo lo puede sanar. Así lo propone el budismo, por ejemplo, al asegurarnos que todo lo problemático de nuestras vidas podría desaparecer si solo comprendiésemos que nuestra convicción de existir como individuos separados es algo así como una gran ilusión.

He aquí lo reportado al día siguiente de una experiencia grupal por alguien (un abogado) que nunca había tenido una experiencia psicodélica:

«Al advertir que hablaba con el espíritu de la planta, me pregunté: “¿Quién habla”, “¿quién es ese que dice ‘yo’?” Y ahí ocurrió algo maravilloso: vi que dentro de mi cuerpo habitaban varias entidades, por llamarlas de alguna manera, además de mi conciencia, que a esas alturas claramente respondía a ese yo por el que preguntaba: estaba el espíritu de la planta, el espíritu de la música, el espíritu de Querube, que en ese instante estaba a mi lado, y mi ego; luego se sumó el dolor, como otro elemento independiente.

»Esa comprensión, que para mi fortuna no era intelectual, sino amorosa, desde el corazón, me hizo vivir la alucinante experiencia de ver como todos esos elementos que componían el yo dentro de mi cuerpo, y mi cuerpo mismo, se diluían en el espacio, todo: corazón, pulmones, vasos sanguíneos, todo se desintegró como en una danza, primero en el salón y luego en todo el universo... y justo ahí comprendí (porque se lo había escuchado decir a Deepak Chopra) que en realidad no existimos; que solo existimos si hay un observador que nos mira. Y tuve la sensación que ese cuerpo y esas entidades, que ya no existían como un solo cuerpo, sino que eran parte del aire, del espacio, se reagrupaban



*El Psilocybe*

para conformar este ser que desde el ego responde al nombre de Francisco. En esa medida me sentí uno con todos los seres que estábamos ahí, y uno con el universo. No existía de manera independiente, era nada, pero formaba parte del todo».

También en la declaración siguiente lo central no es algo que forme parte del contenido de la experiencia propiamente tal, sino que más bien una noción que el sujeto tiene respecto a su propia identidad:

«Cuando entraba en este nivel superior de conciencia al que se llama vacío, conciencia pura, la palabra que me parecía más apropiada era fuente pura, vertiente. Era como un río que existe desde siempre y por siempre existirá, que precinde del hombre. Pero a la vez es lo más profundo de cada uno de nosotros. Sentía que esto era la esencia. Sobre la ribera veía a Jesús con sus discípulos, a Buda con sus monjes, a Mahoma... Oscilando entre dos niveles, llevaba al estado superior preguntas que no comprendía a nivel ordinario. Por ejemplo, tengo una amiga que no veo desde hace tiempo y que súbitamente sintió un fuerte dolor en los ojos y perdió la vista. No me era dada ninguna respuesta pero sentía como si en la espera el dolor se disolviese, y era como si se me dijese que no era importante comprenderlo. Y lo mismo sucedía a cada pregunta que me hacía, y comprendía que la respuesta era confiarse plenamente en lo que se presenta, pues opera una sabiduría superior... Lo que me deja la experiencia es el no hacer nada, y que gracias a tu enseñanza he podido tener la posibilidad de llegar a esta fuente, y que lo único que debo de hacer es estar aquí en el cuerpo, consciente de sus límites, y confiarme en el contagio».

También en la siguiente declaración podemos apreciar que lo sanador ha sido una comprensión nueva:

«Yo andaba siempre sintiendo que no había lugar para mí.

*Exploraciones psicodélicas*

Lo que quiero me lo debo tomar, por lo que lo que esperaba siempre me resultaba un robo. Y lo que me dijo la experiencia de ayer fue: “No necesitas tomar nada, sino estar dentro de ti mismo”. Poder vivir, amarme a mí misma y amar a los demás, todo ello pasa por estar dentro de mí misma. Esto es lo difícil. Pues una gran fuerza me empuja, y hay dos fuerzas que se contraponen. *Cuando logro relajarme en el estar dentro de mí y sentir amor, entonces puedo mirar al mundo con ojos tranquilos.* Pero la fuerza que me empuja a salir a tomar es mucho más fuerte. Y he descubierto el miedo que me mueve a llenar este vacío. La posesividad es la reacción a un miedo no declarado y no sentido».

A manera de epílogo, quiero consignar mi impresión panorámica de que los hongos de la psilocibina han constituido la más transformadora de las experiencias aparte de aquella inducida por la ibogaína. Ya he comentado cómo muy frecuentemente las personas bajo su efecto no solo se encuentran con su patología sino que la sufren vivamente, y las ilustraciones que he dado habrán permitido formarse una idea de cómo no logran superar su malestar hasta no corregir alguna actitud o hacer algo como un acto de gran entrega, como encomendarse a Dios.

Dejaré para un capítulo separado lo tocante al fuego interior y el «poder serpentino de los sanadores» —del que también he sido testigo especialmente bajo el efecto de los «hongos mágicos», pero que puede también ser activado por otros fármacos.

6

ASPECTOS ESPIRITUALES DE LA EXPERIENCIA  
PSICODÉLICA

6.1 INTRODUCCIÓN: SOBRE LA NATURALEZA  
PSICOESPIRITUAL DEL PROCESO DE TRANSFORMACIÓN  
SANADORA

¿Son terapéuticas o espirituales las experiencias inducidas por los psicodélicos? Obviamente, ambas cosas a la vez, y de tal manera entrelazadas que nada en la experiencia humana nos revela tan claramente cómo lo terapéutico y lo espiritual son dos caras de una misma moneda.

Naturalmente, no solo ante la experiencia psicodélica se nos hace presente esta complementariedad entre lo espiritual y lo terapéutico, por más que abundan los terapeutas no espirituales y los que se interesan solo en lo espiritual desdeñando lo terapéutico; y algunos de los que ayudamos a las personas a través de su proceso de transformación gustamos de hablar de «desarrollo psicoespiritual».

Solo que se enmascara esta inseparabilidad de lo espiritual y lo terapéutico si en vez de interesarnos propiamente en lo espiritual,

*Exploraciones psicodélicas*

atendemos a lo religioso, y también cuando en vez de interesarnos en la transformación profunda de las personas nos interesamos en su «salud mental» aparente, posible de evaluar a través del alivio de los síntomas o de una mejoría en la adaptación social. Así, una investigación puede fácilmente revelar que la gente religiosa no es necesariamente más sana, o la gente más sana tal vez no se interesa tanto en cosas espirituales. Pero prácticamente cualquier experiencia psicodélica nos revela cómo debemos entender que lo terapéutico y lo espiritual son facetas simultáneas de un mismo proceso de evolución de la conciencia, al mostrarnos un proceso a través del cual el aspecto enfermo de nuestra personalidad —llámeselo la neurosis, el ego o el carácter, que se ha desarrollado como respuesta defensiva ante el impacto doloroso de nuestras circunstancias y relaciones familiares durante la infancia— parece disolverse transitoriamente ante la presencia de ciertas emociones superiores como el desapego, la confianza, la entrega, el amor o la devoción.

Aunque la imagen dominante de la cultura cristiana sea la de un camino espiritual que atraviesa por una «purificación de los pecados», de tal manera llegó la Iglesia medieval a criminalizar los pecados como ofensas a la voluntad de un Dios castigador y autoritario, que hemos perdido la conciencia de estos como enfermedad; pero el budismo presenta a menuda al Buda como a un médico que les trae a los hombres la cura del sufrimiento universal. Y más ampliamente, podemos decir que concebir el camino de salvación como un proceso de cura o bien un camino de desarrollo de nuestro potencial espiritual intrínseco son cosas bastante equivalentes.

Comenzaré esta sección dedicada a los aspectos espirituales de la experiencia psicodélica con un capítulo en que ilustro la frecuente aparición de lo que llamaré «el fenómeno kundalini» en

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

el mundo psicodélico, y aunque no pretenderé una definición precisa de tal fenómeno ni un tratamiento sistemático de su relación con los diversos fármacos, imagino que el capítulo que he titulado «Acerca de la relación de los psicodélicos con el fuego interior, el “poder serpentino” de los sanadores y los “fenómenos pránicos”» servirá no solo para dar una idea de lo que quiero decir con la expresión «el fenómeno kundalini», sino para desmitologizar un poco las enseñanzas tradicionales, que entrañan tal esquematización de las vivencias correspondientes que ni siquiera sirven como punto de referencia claro a la hora de vivirlas.

En segundo lugar, presento en esta sección un análisis de los aspectos de la conciencia psicodélica a partir de un análisis que alguna vez realicé acerca de las facetas y dimensiones de la experiencia meditativa. Fue redactado este texto muchos años atrás, en respuesta a una invitación a participar en el *Festschrift* para el Dr. Albert Hofmann, y constituye un análisis detallado del proceso que he descrito como una recíproca interacción entre la disolución del ego y el emerger de la esencia, espíritu, yo profundo o Ser de las personas.

En tercer lugar, incluyo un informe autobiográfico redactado por una persona que no solo ha sanado a través de una sucesión de sesiones con MDMA y ayahuasca, sino que, debido a su formación filosófica y cultura sufí ha sido capaz de explicar muy elocuentemente el proceso de encuentro consigo misma, o sea, en la vivencia del encuentro con un «yo profundo» o «ser» más allá del pensar, sentir y querer.

Adicionalmente, agregaré a este conjunto de reflexiones una síntesis de mi visión conjunta de los procesos de desintegración y oscurecimiento de la conciencia a la vez que de los aspectos recíprocos del proceso sanador e iluminativo.

## 6.2 ACERCA DE LA RELACIÓN DE LOS PSICODÉLICOS CON EL FUEGO INTERIOR, EL «PODER SERPENTINO» DE LOS SANADORES Y LOS «FENÓMENOS PRÁNICOS»

Diversas tradiciones espirituales conocen un ámbito vivencial al que se suele aludir hoy universalmente como «la kundalini», adoptando en ello el término del tantrismo hindú, que alude a un poder que se representa como una serpiente enrollada como espiral en la base del tronco y que la aspiración espiritual y ciertas prácticas tienen el efecto de despertar. Con la ayuda de ejercicios respiratorios asciende entonces este «poder serpentino» —que también se relaciona con la sexualidad— hasta llegar a la parte superior del cráneo, y provoca entonces un estado de éxtasis místico. Pero el despertar y ascenso de la kundalini no es sino la fase inicial de un proceso al que sigue un descenso mucho más lento y complicado, que a diferencia de su ascenso lleva a la persona a través de estados menos felices y lúcidos, que han dado lugar a cierta reserva respecto a la conveniencia de reservar los conocimientos de este proceso para las personas más aptas y capaces de superar los potenciales peligros del proceso que seguirá espontáneamente a este despertar.

Aunque el ascenso de la kundalini se explica en muchos libros de divulgación sobre el tantrismo hindú, el descenso de la misma es mucho menos conocido, y una prueba de ello ha sido el relato autobiográfico redactado por Gopi Krishna en colaboración con James Hillman,<sup>1</sup> en el que el autor principal explica que pese a haber vivido en la India, donde abundan los instructores

<sup>1</sup> Gopi Krishna, *Kundalini: The Evolutionary Energy in Man*, Shambhala Publications, Boulder (Colorado), 1974.

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

espirituales, nadie reconoció lo que le ocurría durante su larga «noche del alma» que siguió a su estado de éxtasis cósmico y acompañó el descenso del prana por su cuerpo. En cambio, el proceso de tal descenso ha sido explicado muy bien por Joseph Campbell en referencia al *Libro tibetano de los muertos* —obra que no solo constituye un manual para que los vivos puedan acompañar a los difuntos más allá de la muerte, sino un mapa del trayecto sutil de la conciencia de aquellos que mueren en vida y cuya conciencia luego atraviesa por los bardos o «estados intermedios» hasta que, realizada cierta integración de la experiencia espiritual con el cuerpo, retornan al mundo transformados.

He hecho referencia implícita en lo dicho hasta ahora al tantrismo hindú y también, implícitamente, al budismo tántrico, pero es claro que el taoísmo esotérico ha conocido muy bien el movimiento de las «energías sutiles» en el cuerpo durante un avanzado estado del desarrollo que precede al nacimiento de una individualidad cósmica, y en vista de restos arqueológicos, no dudo que también hayan conocido bien el fenómeno culturas prehistóricas americanas como la de Chavín, en Perú, de hace unos cuatro mil años —pues en estos se encuentran representaciones de serpientes en el interior del cuerpo humano que seguramente aluden al fenómeno básico del «desarrollo de la kundalini»: una sensación de flujo interno semejante a la que Wilhelm Reich redescubrió como resultado de una relajación de la «armadura corporal» y que los neorreichianos llaman «bioenergía». Naturalmente, no es parte de la experiencia ordinaria este movimiento de una «energía sutil» en el cuerpo, que ha sido descrita, alternativamente, como corriente de aire (prana) o «néctar», y que recibe diferentes nombres en diferentes culturas (ki, chi, lung). En la teosofía se habla de un cuerpo «etérico» en que tienen lugar tales fenómenos, y en la tradición

*Exploraciones psicodélicas*

tántrica se piensa que fluye el misterioso prana por canales sutiles del cuerpo; pero tales canales no han sido observados, y personalmente he argüido<sup>2</sup> que el fenómeno vibratorio en cuestión tiene su asiento en la excitación de fibras musculares aisladas.

No me propondré aquí un comentario detallado acerca del «fenómeno kundalini», pero diré que las explicaciones que se encuentran en la literatura (que describe los canales y centros energéticos o chakras, así como sus asociaciones con ciertas formas, colores y animales) distan tanto de la realidad vivida del individuo como para que Gopi Krishna, como ya he dicho, relate que a pesar de vivir en la India no encontró quien pudiese reconocer lo que le ocurría ni ayudarlo.

Puede afirmarse, sin embargo, que la liberación de la «serpiente interior» ocurre como una etapa avanzada de la trascendencia del ego, que comienza en el ámbito de la conducta y de las actitudes pero alcanza un nivel que pudiera designarse como un «ego corporal» (tal como Reich describió al hablar de una «coraza» de tensión muscular asociada a la neurosis y su sobrecontrol). Así, son fenómenos paralelos el de la liberación del «cerebro instintivo» y el fenómeno vibratorio que podríamos concebir como la fisiología sutil de la meditación avanzada. Solo que en el caso de la experiencia psicodélica este fenómeno de flujo corporal (en que viene a culminar la apertura a la espontaneidad en el pensamiento, la emoción o el movimiento) se puede dar ocasionalmente ya en una de las primeras sesiones.

He sabido de alguien en quien el clásico «despertar de la kundalini» ocurrió sin más estímulo que una dosis usual de MDMA,

2. Naranjo, Claudio, *Entre meditación y psicoterapia*, Ediciones La Llave, Barcelona, 2014 (4ª ed.)



*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

y ya he comentado en mi libro sobre la ayahuasca su estrecha relevancia a la kundalini (que podemos considerar el asunto fundamental tras lo que se dice en el chamanismo acerca del «fuego interior» y que seguramente explica la asociación tradicional de la serpiente a la profesión de la medicina). En lo que sigue de este capítulo ilustraré la frecuente aparición de tales fenómenos en experiencias con los hongos Psilocybe y con la ibogaína.

Comienzo con una experiencia (bajo el Psilocybe) en que no aparecen los fenómenos pránicos, pero sí un episodio de recuperación de la salud sexual y su inocencia —que me parece el punto de partida para ellos:

«El título para mi experiencia sería “Éxtasis Total”, placer absoluto, capacidad para disfrutar, delicadeza en cada movimiento, reconocimiento de mi cuerpo, la experiencia maravillosa de por fin sentir que habito mi cuerpo, mi sensualidad y mi sexualidad. Aceptación y amor hacia mí misma como nunca antes, sentir que puedo quererme tal y como soy, llevándome a la dicha de sentir que soy feliz de ser quien soy. Estar centrada en mí sin distraerme ni inhibirme ante la mirada de los demás. Solo en un momento necesité la mirada de C. y tuve un profundo impulso de acercarme para hacer contacto con él, para transmitirle mi infinito agradecimiento por hacerme conectar con tanto placer y ayudarme a diluir mi ego y conectar con mi esencia.

»He aprendido que puedo conectar con el placer y sostener la mirada de los demás sin perderme en ello.

»El don espiritual fue la exquisita sensación que Dios habita en mí y que él también es “placer” sin represión y sin culpa. Como decía antes, la santificación de mi cuerpo y de mi sexualidad.

»Me doy cuenta de que a pesar de los miedos, cada vez me es más fácil abrirme a experiencias donde pierdo el control con el maravilloso resultado de tocar el cielo con las manos».

*Exploraciones psicodélicas*

Reiteraré aquí también algunas líneas de un informe ya citado en un capítulo anterior, en la que se le aparece la serpiente a alguien que ya había recuperado su inocencia sexual:

«Hubo un momento en que tuve la imagen de una serpiente entrando por mi coronilla y saliendo por mi vagina. Entrando y saliendo, limpiando. Luego se paró al frente y con su lengua empezó a golpear mi tercer ojo. En ese momento hay una luz que baja azul, y ella me dice que tranquila, que mi cuerpo se está enterando de qué es el sí, de qué es el no. Y se está enterando y que eso necesita un proceso. Entonces comienza a ir toda esta luz por todo el cuerpo. Y visualizo como si se hicieran nuevas conexiones en todo mi cuerpo. Y comienzo a sentir esta sensación de que me estoy sanando, ¿no?, y de que me estoy curando, y de que en verdad me estoy enterando. Para mí esto es un darse cuenta con todo el cuerpo. Tal vez en terapia me haya dado cuenta, pero este fue un darse cuenta total. Nunca había sentido en mi cuerpo lo que era un sí y un no, que siempre había habido esa ambivalencia mental. Y ahora sí que siento una claridad en mi cuerpo respecto a eso».

Paso ahora a una experiencia de calor corporal (o fuego interno) que me recuerda a las que se presentan en el camino tántrico. En ella la experiencia del calor lleva al sujeto a un *insight* sobre un mecanismo egoico, y por último al amor:

«Me he abandonado y he sentido un calor increíble en el cuerpo, como un fuego; y luego he sentido mi corazón latiendo, que se extendió por mi cuerpo entero. Y tras esta etapa más bien física he visualizado una marioneta de trapo, que representaba mis temores, pero que no era para nada aterradora, sino que bastante inexpresiva, gris, más bien triste. Y me dí cuenta de que la mano que movía esta marioneta era la mía. Tras lo cual me surgió un amor increíble que me ha penetrado, y

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

amaba a todos con un amor total. Posteriormente permanecí en este estado amoroso, encontrándome con las personas, abrazándolas, besándolas, muy simplemente, sin pensar y sintiendo que bastaba. ¡Maravilloso!»

He aquí otra experiencia muy rica que también comienza con la sensación de un cuerpo que arde, y lleva a la rara comprensión de una armonía entre lo sano y lo enfermo —que a su vez implica el reconocimiento del trasfondo divino de lo que aparece como el mal:

«Comenzó de pronto, primero con una sensación de picor en el cuerpo y después de este fuego interno se abrieron imágenes continuas de geometrías inefables, maravillosas. Era como una continua producción, creación y destrucción de geometrías que cambiaban continuamente, como fractales, y yo sentía que aquella era la verdad de lo que ha sido llamado como diseño divino. Dios era el artista de toda esta maravilla, que no solo era el bien, sino que también el mal; lo veía y también participaba de él. El color del mal era negro con puntos rojos, mientras que todos los otros eran los colores del bien. Veía aspectos de mi carácter, y ahora recuerdo en particular el orgullo de mi «autosuficiencia». Solo que no es en absoluto real, no soy autosuficiente, pero he nutrido este orgullo».

Dice más adelante:

«En este diseño divino, además, todo tenía un sentido, bien, mal, ego, no-ego, todo tenía un sentido, lo hay. Sentía que cuando se habla de diseño divino, de geometría sagrada, se habla de algo real. Y entonces, Dios era para mí el artista, el niño divino que producía y produce este juego cósmico e infinito en el que todo tiene un sentido. Era madre, porque si esto tiene un sentido, también el mal lo tiene, es solo que cada uno de nosotros se encuentra en un punto diferente del camino, pero el camino es el

*Exploraciones psicodélicas*

mismo para todos. Entiendo, comprendo, qué es la compasión, porque todos estamos en el camino hacia la misma fuente, y en realidad, no hay un ser humano realmente malo. Y sentí gratitud, una conmoción profunda».

He aquí otro informe que comienza con «un gran fuego interno»:

«Comencé con un estado de gran fuego interno, como una especie de excitación física, y todo partió de allí. En cierto punto, me pregunté: “Pero si yo me siento exactamente como me siento en la vida, no hay ninguna diferencia”. Y comencé a observar dentro de mí y no encontré nada, y pensé: no hay nada que observar, no hay nada que ver, y en el momento en que sentía esto comprendí aquello que debía ver era la nada. Cuando sentí que esta era la clave y miré a la nada, fue como si se me abriera una puerta de acceso a un estado que puedo definir como de perfección total, en el cual todo era perfecto, una perfección inimaginable para mí, donde la perfección era tal que incluso lo imperfecto era perfecto en su imperfección. Entonces me sentí perfecta, por absurdo que pueda ser decirlo, y sentí que mi carácter es perfecto, he sentido gratitud hacia mi carácter, no es bello ni es feo, es aquello que me sirvió y ha estado bien así, he sentido como si una inteligencia muy profunda, una sabiduría verdadera que mueve todo, por la cual toda persona hace aquello que debe, y toda persona tiene también una sabiduría profunda. Era como una orquesta, una sinfonía, una armonía, y yo decía que todo está, todo va, no hay una palabra dicha que no sea justa. Siento que el problema para mí es que quiero darle una forma a esta nada, pero la forma no sé cuál es, y frente a tanta perfección me fue claro que aquello que deberé hacer en la vida, la vida me lo mostrará, pues ha cuidado de mí hasta ahora, y por tanto no tengo que hacer nada más».

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

El interés mayor de la experiencia aquí descrita no está en lo expuesto hasta este punto, sin embargo, sino en el fuerte anticlímax del día siguiente y de la difícil temporada posterior, que vienen a confirmar que el despertar de la kundalini puede traer serias complicaciones:

«He continuado durante mucho tiempo en esta ola de amor y beatitud: iba y venía, como las sacudidas de energía que partían del vientre. Como un hálito, subía y bajaba. A menudo me llegaba a la cabeza, y entonces era fuertísima la impresión de que saliese directamente de allí, como cuando sacaba, tomaba energía del aire con las manos y la hacía entrar y después salir del pecho. En esta ocasión era la salida de la energía la que llegaba del bajo vientre, y salía a través de la columna vertebral. Estos dos movimientos se alternaban: la entrada y la salida del pecho, y la salida de la energía hacia lo alto partiendo de lo bajo, que a veces me salía por el pecho y otras veces por la cabeza. En ambos casos era maravilloso, una beatitud infinita. Sentí que debía hacer la experiencia con los ojos cerrados para evitar el ir compulsivamente hacia los demás, en una necesidad de estar adentro, y me ha hecho bien. Sentí que mi carácter me hace perder el contacto cuando voy hacia el otro en modo automático, y la gran ayuda fue estar con los ojos cerrados.

»Además, cuando me acerqué a diversas personas, me di el permiso de decir no, de no ser acogedora siempre, como suelen ser los buenos niños, los E7 sociales... y me sentí bien. Y fui hacia los otros guiada por el solo placer de hacerlo. Me acerqué a Claudio en un gran abrazo con tantas otras personas, y fui feliz por ello. Al fin, con la música, me abandoné a la danza, a un movimiento bellissimo y pleno de placer.

»Cuando esta inmensa ola de amor disminuyó, hacia su final, de improviso sentí que me llegaba una capa gélida de plomo,

*Exploraciones psicodélicas*

pesadísima. La mirada se me apagó, me llegaron los pensamientos más tenebrosos y negros: “¿Y ahora cómo hago para volver a casa?” La improvisada comprensión del drama de mi familia me llegó como un tren a la carrera. Fui aplastada, me quedé anonadada, sentí un gran frío a lo largo del cuerpo. Me sentí con mucha fatiga al ir a cenar, a tomar alguna cosa para comer. Me parecía ser un zombi».

Reproduzco aun otro testimonio similar:

»Ha sido un proceso largo y cansado, además de difícil, porque era como si debiera repetir siempre que elijo la luz, y finalmente la luz ha llegado, llegó el calor, como una apertura, como la otra cara de la vida. Ha sido hermoso y he podido ver el engaño del carácter, el engaño más profundo de mi carácter, que concierne al dolor, y esto es como yo había usado el dolor del mundo como una caja de resonancia, volviéndome hipersensible, y esto me hizo alejarme de mí misma, ya que bastaba con que una persona estuviera mal para que yo, inmediatamente, sintiera una atracción fatal y me convirtiera en esa persona, en aquel dolor, y llorara las lágrimas de esa persona y entrara en una locura, una locura inútil, porque no es útil para nadie: a ella no la puedo ayudar sufriendo con ella, ni mucho menos ayudarme a mí porque me alejo cada vez más de quien soy verdaderamente, y me quito la oportunidad de verme, de conocerme, de saber quién soy verdaderamente. En este viaje no hay posibilidad, no tenía la fuerza de pensar en nadie más que no fuese yo. No tenía energía para ayudar a nadie, sentía que solo podía pensar en mí y nada más, no había espacio, solo había espacio para la verdad, para el camino hacia la luz, hacia quien soy verdaderamente, y era un camino difícil, doloroso. Me apoyaba en Katriona, pero era un camino individual, estaba claro que nadie podía caminar en lugar de otra persona, y nadie en mi lugar. En cierto punto llegué a un espacio

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

donde encontré a mi alma, que en un primer momento era titubeante, venía y no venía, como si estuviese asustada, como si no estuviese segura de que yo la acogiese. Pero yo estaba verdaderamente convencida y le hice espacio, en esa unión encontré el paraíso, algo maravilloso en lo que no me faltaba nada, en donde había un amor grande, calor, amor erótico, era un placer, escuchaba las voces afuera y venía como mi carácter me lleva afuera de mí porque tengo la sensación de estar perdiéndome cosas. Pero esto es otro autoengaño, porque dentro ya está todo, no se encuentra afuera aquello que ya está dentro, y así permanecí, de modo que el milagro que había pedido finalmente sucedió: cómo integrar en la vida a la mujer en soledad que soy, en la relación de pareja. La integración es llevar al otro a mi jardín, dentro de mí, en mi mundo, en el hacerlo entrar y al mismo tiempo en el ir a visitar su mundo si soy bienvenida, amando y siendo amada con libertad porque está claro que para mí no hay amor si no hay libertad, si no hay confianza y espacio para poder recorrer mi camino sin tener que sentirme recatada o con el miedo de perder al otro. He comprendido también que no hay más posibilidad, no hay manipulación, no hay engaño, no hay tiempo. El tiempo está solo, en verdad, también entorno a mí».

Cito aún otra experiencia, en que coinciden el sexo y la muerte:

«La experiencia empezó, supongo, ya queriendo morir, aunque queriendo no es la palabra. No había un querer, sino que una música que era mucho tuku, tuku, tuku... Y mi cuerpo se quería caer y deshacer. Pero empecé a sentir mucho calor en toda esta zona (vientre) y sentí como una serpiente empezó a enroscarse alrededor de mí. Me entró por la vagina y subió hasta la cabeza y me salía por arriba, y ella no me dejaba parar; parece que se movía con los tambores. De vez en cuando mi cuerpo se caía, y era

*Exploraciones psicodélicas*

como un “basta ya”, pero la serpiente tuku, tuku, tuku, otra vez, y otra vez... y a todo esto estaba acostada. Pero entonces la música cambió y ya no había tambores y ya mi cuerpo se relajó... y ahí empecé a echar agua, creo (no lo sé). Ya me pude mover al final; me fui a quitar las bragas, las he tirado a la basura, y mi pantalón estaba empapado. Pensé: ¿me habrá venido la regla? No me toca, me miraba, y no era sangre, era agua. No sé qué era; estaba totalmente empapada».

CLAUDIO: ¿Había sensaciones como de orgasmo?

TESTIMONIO: Había palpitaciones, y sentía totalmente lo que tiene que ser toda la vagina por dentro, hasta los pliegues podía sentir, y a partir de ahí, cuando ya se relajó mi cuerpo, entré en lo que he vivido como mi muerte, y en ese espacio de muerte, lo único que me conectaba con la vida era que mi cuerpo necesitaba respirar; es como si de repente mi cuerpo empezara a irse hacia la tierra, y mi mente empezó a salir así..., y empecé a verme desde fuera, pero también me olía, y olía mal, ¿pero quién está oliendo si yo estoy fuera, y dónde estoy? Podía verme desde fuera todo el rato, y llegó un momento en que me pude ir, y entonces sentí que estaba en ese sitio tan maravilloso en que no había absolutamente nada; y me vino el miedo que tiene mi madre de morir. Creo que está muy cerca de ese momento; lo supe, y conecté con ese miedo, y ahí mi cuerpo (porque no era tanto yo) se emocionaba, lloraba, y era como si pudiera explicarle a mi madre que no hay nada que temer, que esto es maravilloso. Es igual, lo mismo, pero con paz. Cuando salí de aquí y había pasado todo, ya por la noche, para llamar a Bruno, tenía diecisiete llamadas perdidas de mi madre. Desde la experiencia hasta que salimos me llamó diecisiete veces, y cuando conseguí hablar con ella dijo (y casi no podía hablar, pues estaba totalmente colocada) que había pasado una tarde



*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

horrible, que no podía más, y era como ¡puf!..., lo que me con-  
vence de que realmente estuve ahí [se emociona]. Bueno: estaba  
en el cielo, y yo le llamo cielo desde mi forma humana. Tam-  
bién os veía a todos, y os distinguía por la ropa, en la que me  
había fijado, porque érais todos como entes y dije: ¿quién es  
esa? Veía a Rosa, y me había fijado en una pulsera que lleva, que  
me gusta, y entonces dije: “Ah, Rosa”... Por esa cosita que se  
pone es Rosa. No distinguía a los seres humanos físicamente, y  
entonces vino G. y me decía: “Sé que estás en cielo (quizás de  
ahí me quedó la palabra), pero por favor, baja y da tus frutos,  
bájalos a la tierra, tus frutos”; y yo le decía: “Sí, pero un poquito  
más, déjame estar un poquito más”.

CLAUDIO: Te has sacado la lotería, al vivir la muerte tan pro-  
fundamente. No a todos les toca.

Estas citas tomadas de experiencias con el *Psilocybe* confirman  
algo que ya se ha vuelto muy conocido en la comunidad de los  
ayahuasqueros —y aunque se haya especulado que las frecuentes  
y significativas visiones de serpientes bajo los efectos de esta pu-  
dieran constituir un eco de la estructura del ADN, me parece que  
en las experiencias que he presenciado y conocido la serpiente  
vivida físicamente se revela a la vez como flujo energético corpo-  
ral y como personificación de algo que podemos considerar el  
reflejo simbólico de un aspecto de nuestra propia mente arcaica,  
seguramente la contrapartida psíquica o vivencial de nuestro pro-  
pio «cerebro reptiliano».

La consideración de la experiencia recién citada, sin embar-  
go, nos dice que el despertar de la serpiente interior —con su li-  
bertad instintiva inocente— puede constituir una vía de acceso a  
una conciencia aún más profunda de una nada que es a la vez  
muerte y realidad espiritual.

*Exploraciones psicodélicas*

Terminaré con la reflexión de que más allá de las visiones de serpientes y de los fenómenos pránicos, lo fundamental del «fenómeno kundalini» es la entrega profunda a la «corriente» sanadora de un proceso orgánico reparador que yace en nosotros en estado latente, y que este constituye el *sine qua non* del «viaje» psicodélico visionario.

### 6.3 LAS DIMENSIONES DE LA EXPERIENCIA PSICODÉLICA A LA LUZ DEL ANÁLISIS DE LA MEDITACIÓN

*El análisis que presento a continuación de los aspectos de la conciencia psicodélica a partir de un análisis previo de las facetas y dimensiones de la experiencia meditativa fue redactado muchos años atrás en respuesta a una invitación a participar en el Festschrift para el Dr. Albert Hoffmann, y puede considerarse un análisis más detallado del proceso aquí descrito como una recíproca interacción entre la disolución del ego y el emerger de la esencia, espíritu, yo-profundo o Ser de las personas.*

En lo que sigue a continuación propongo que las categorías de análisis derivadas de mi anterior reflexión acerca de los ejercicios espirituales tradicionales son también aplicables a los estados de conciencia inducidos farmacológicamente, de manera que lo que en una ocasión presenté como una teoría dimensional de la meditación pudiera ampliarse a una teoría de los estados psicodélicos.

#### *No hacer y entrega*

¿Qué tienen en común todas las meditaciones? La respuesta en la que se suele coincidir en círculos académicos —desde el trabajo de Benson (1975)— es la «respuesta relajada». Pero desde la perspectiva que sugiero aquí, la respuesta a esta pregunta es séxtuple en lugar de una respuesta única.

No obstante, empezaré reiterando la noción de Benson y manteniendo que al menos un componente de la meditación (muy notable en algunas formas, como en el *samatha* budista) es

*Exploraciones psicodélicas*

la calma interior. Aquí lo esencial es la actitud de inintencionalidad (*wu-wei*), y la acción de serenar la mente (el *citta vritti nirodha* de Patañjali, la extinción de la agitación de la mente), aunque la calma externa y la relajación muscular pudieran considerarse como ayudas apropiadas.

Pero, de la misma manera que la calma es lo más destacado en algunos tipos de meditación, lo contrario es característico de otros tipos que he denominado como «dionisiacos» (cf. Naranjo y Ornstein, 1971, y Naranjo, 1990), y este aspecto de la meditación pudiera también reconocerse como una cualidad generalizada de la meditación más allá de sus formas particulares: soltar, no interferir, abandono del control, para así permitir la espontaneidad de la mente y su fluir natural.

En el modelo dimensional de meditación contrapongo hacer sin hacer y entrega, como extremos opuestos de una única dimensión bipolar de experiencia. Podemos denominarla la dimensión «calma-actividad». Sin embargo, la calma y el fluir no son los estados contradictorios que darían la impresión de ser cuando solo consideramos su contraste conceptual. Si prestamos atención a la experiencia en lugar de al pensamiento discursivo, observamos que son, por paradójico que pudiera parecer, complementarios. Pues al dar rienda suelta a la mente, lo que sucede no es ni una libertad caótica ni una calma paralizante, sino un fluir experiencial dinámico; y aunque los dos polos (el no hacer y la entrega) pueden hallarse en un aislamiento relativo en los primeros pasos de la práctica meditativa, los logros meditativos más profundos pudieran caracterizarse mejor por la convergencia de paz y libertad interior, y como una estabilidad sin fijación, como en la metáfora Zen en la que la mente se compara a un espacio vacío que, al igual que el cielo, permite el libre vuelo de las aves.

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

Atendiendo ahora a la consideración de la experiencia psicodélica, podríamos decir que la entrega es muy importante en los estados elevados de conciencia farmacológicamente inducidos. El aspecto evidentemente «dionisiaco» de los estados dionisiacos —desde las sacudidas musculares a la aparición de emociones, recuerdos y visiones— parece ser la expresión de una falta de interferencia por parte de la mente cotidiana, de manera que el aspecto «fluido» de la experiencia —el despliegue experiencial popularmente asociado a un «viaje» (trip)— pudiera entenderse como el otro lado de una suspensión de la inhibición habitual. De la misma manera que la suspensión de los esquemas perceptivos ordinarios y los rasgos de comportamiento habituales son bien conocidos para los observadores del fenómeno, a veces la quietud de la mente conceptual pudiera también resultar observable de manera directa. Tal y como describe Henri Michaux (1974) en su ensayo sobre «Qué es “Regresar a uno mismo”», cuando se desvanece el efecto de un psicodélico, el individuo es «restaurado al pensamiento».

Aunque tanto la «suspensión del ego» (que puede experimentarse como una «muerte del ego» inminente o real) y la liberación de la espontaneidad de las inhibiciones convencionales forman parte de la experiencia psicodélica general, también existen diferencias en los estados provocados por distintos tipos de drogas psicoactivas. Mientras que el aspecto dionisiaco ocupa el primer plano en el caso de los psicodélicos tipo LSD o alucinógenos (simpaticomiméticos), la relajación psicomotora es relativamente más importante en el caso de los alcaloides de harmala, de la ibogaína y la ketamina. Las sustancias potenciadoras del sentimiento, como la MDA y la MDMA, se encuentran entre ambos grupos. En su caso, un estado mental pacífico suele servir como telón de fondo (sobre todo en presencia de una orientación

*Exploraciones psicodélicas*

diestra) de un proceso de autodescubrimiento de desarrollo espontáneo, mientras que la suspensión de la actitud defensiva habitual deja la puerta abierta a las emociones suprimidas, las percepciones ignoradas y los recuerdos reprimidos.

*Atención plena y concentración en lo divino*

He descrito una segunda dimensión bipolar en la esfera de la experiencia meditativa en términos de la polaridad de «atención o concentración plena» y «concentración en lo divino». Aunque en algunas prácticas (como en el *vipassana*) la tarea del meditador es concentrarse en los detalles de la percepción y la emoción, en otras la atención se concentra en contenido simbólico (en su mayor parte conceptual, visual y auditivo) como medio de evocar el sentido de lo sagrado que trasciende precisamente el campo de los contenidos mentales. En esos casos al meditador se le prescribe la absorción total en el objeto de meditación (un atributo divino o un *mantram*, por ejemplo) de manera que ninguna otra cosa ocupe el campo de la conciencia. Ahí es donde luego surge una sensación de fusión sujeto-objeto, una identificación con los contenidos de la imaginación creativa.

Desde el punto de vista de la segunda dicotomía, entre los estados psicodélicos se incluyen ambos tipos de experiencia. Incluyen estados «visionarios» en los que, al igual que en la contemplación tradicional, tiene lugar una identificación con contenido imaginativo o simbólico, y estados incrementados de conciencia del «aquí y ahora». Como afirmara Huxley (1954) —utilizando la expresión de William Blake— las «puertas de la percepción», normalmente cubiertas por los estereotipos y la habituación, se abren a una mayor claridad y complejidad. Debido

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

a las características de la experiencia visionaria la fusión sujeto-objeto, es normal que ambos estados se superpongan, de manera que las cosas percibidas de manera realista adopten connotaciones simbólicas y numinosas.

En la metodología espiritual tradicional, las dos técnicas complementarias de meditación —concentración en un objeto y atención a la propia presencia— se funden en el cultivo del *samadhi*. También en una situación psicodélica parece que puede manifestarse una única cualidad de la conciencia de modos alternos, según la forma de atención. Existen diferencias entre los psicodélicos en términos de esta dimensión. Los potenciadores del sentimiento rara vez provocan representaciones simbólicas («objetos de meditación» espontáneos), pero típicamente facilitan la percepción de estados físicos y emocionales, mientras que los alcaloides de harmala y la ibogaína son más bien drogas «visionarias».

*Desapego y amor*

La tercera dimensión de la naturaleza de la meditación y su variación es de tipo afectivo (a diferencia de las dimensiones activa y cognitiva explicadas). Implica la complementariedad del desapego y el amor. Aunque el cultivo del desapego es predominante en el yoga y en la mayoría de las formas de meditación budista, y que el del amor es la principal característica de las religiones devocionales, podría decirse que tanto el amor como el desapego son interdependientes, incluso cuando uno u otro ocupan el primer plano de la experiencia. Examinados desde el punto de vista de esta polaridad, podríamos decir que la experiencia del amor es la que destaca en las experiencias cumbre tipo LSD, aunque

*Exploraciones psicodélicas*

también podríamos afirmar que en estas subyace una actitud desapegada que también las sostiene.

Aplicando esta dimensión de la experiencia meditativa a las experiencias psicodélicas, podríamos decir que los estados ampliados de conciencia inducidos por alucinógenos tipo LSD son diferentes de los típicos inducidos por los alcaloides de harmala y la ibogaína. En este último caso, el primer plano de la experiencia cumbre está ocupado frecuentemente por una indiferencia cósmica en lugar de por el amor universal. De forma parecida, con la ketamina predomina la cualidad de desapego, mientras que en los potenciadores del sentimiento la característica dominante es la calidez.

He hablado de no-hacer y de entrega, de atención plena y de concentración en lo divino, de desapego y amor, como de los seis «gestos interiores» que están equilibrados en la madurez de las experiencias meditativas (*véase* Naranjo, 1990, *How to be*), y he descrito la conciencia elevada o la profundidad meditativa como una experiencia multifacética en la que tiene lugar una convergencia de paz y entrega, conciencia del aquí y ahora, numinosidad, ecuanimidad y compasión (*véase* Naranjo, 1992). Las experiencias cumbre psicodélicas son parecidas, porque esos distintos aspectos de la conciencia están presentes en ellos, a veces de manera aislada, pero muy comúnmente en combinación, y resultaría superfluo ilustrar casos psicodélicos de las experiencias de amor, desapego, intensificación de la atención del aquí y ahora, de la experiencia contemplativa con contenido simbólico, de la calma del pensamiento o de facilitación de la entrega, pues todas ellas son características y bien conocidas por todos aquellos familiarizados con este campo. Opino que a través de la suspensión de la personalidad condicionada y de la liberación del proceso orgánico profundo de autorregulación, tanto la meditación como



*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

los psicodélicos muestran resultados terapéuticos, como dejan bien claro los numerosos artículos aparecidos en las revistas médicas y psicológicas en el primer caso y a partir del uso tanto chamánico como psicoterapéutico moderno, en el segundo. La existencia del denominador común subyacente entre las prácticas terapéuticas y espirituales es una opinión ahora generalmente aceptada en la psicología transpersonal (para un debate general sobre el tema, véase Naranjo, *The One Quest*, 1972). Un resumen de esas reflexiones sobre la meditación que propongo aplicar a la esfera psicodélica, aparece ilustrado en el diagrama de la figura 2, tomado de «Bringing Eastern Meditation into Western Psychotherapy» (incluido en Grof, *Ancient Wisdom and Modern Science*).

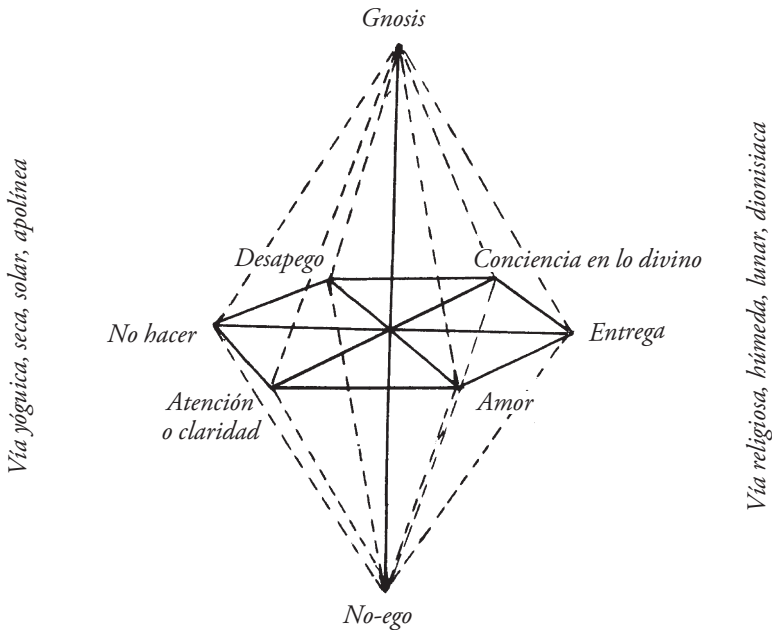


Figura 2

*Los psicodélicos y el polo dionisiaco de la meditación*

Al abordar la relación entre conciencia meditativa y experiencias psicodélicas, creo además que es útil proponer una «visión kundalini de la experiencia psicodélica», y mostrar su relevancia respecto a las tres dimensiones bipolares de conciencia. Para ello es necesario introducir otro concepto de mi formulación original de la meditación: la de una polaridad entre los aspectos apolíneos (o solares) y dionisiacos (o lunares) de la experiencia, que subyacen a cada una de las tres dimensiones de la meditación.

Mientras las prácticas de tranquilidad, desapego y atención (sobre todo en el Lejano Oriente) (*término anticuado, sería más correcto Asia Oriental o Asia*) tienden a ir juntas y pudiera decirse que constituyen un «complejo yóguico», las prácticas de entrega, amor y concentración en lo divino también tienden a ir juntas, constituyendo un «complejo religioso» de actitudes.

Como la tradición tántrica indica, que se orienta hacia la activación del «fenómeno kundalini», pudiera considerarse dionisiaca porque enfatiza la devoción y la entrega, sería más preciso decir que constituye un enfoque integrador, pues presupone unos antecedentes en el yoga clásico (y por ello debería ser considerado como una secuencia de yoga clásico y su extensión tántrica, con sus respectivos aspectos yóguicos y religiosos o devocionales). Los aspectos apolíneo y dionisiaco de la experiencia tántrica (encarnados en Shiva y Shakti respectivamente en la tradición hinduista), son disciplinas paralelas y contrapuestas, y también (preferiblemente), escuelas correlativas. Y como el camino tántrico de la entrega es una disciplina avanzada que presupone experiencia y éxito en el yoga clásico, podríamos decir que el camino de la austeridad y la moderación son preparatorios para el éxito del camino de la entrega. También el camino del yoga

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

clásico, que empieza con la moderación del comportamiento, postural y respiratoria, aspirando a la consecución de concentración, permite al individuo «salirse de su carril», y ello permite el desencadenamiento de fenómenos pránicos.

Mientras que en la práctica espiritual tradicional lo que constituye el terreno en que surgen las manifestaciones kundalini es el cultivo apolíneo de *ekagrata* (desarrollo del control mental), en la experiencia psicodélica no se llega a la entrega a través del control voluntario de la mente, sino a través de medios psicofarmacológicos alternativos, y daría la impresión que se ha permitido fluir a la esfera dionisiaca a través de una especie de anestesia del ego en lugar de una deliberada quietud de la mente.

*Psicodélicos, nada y ser*

Mi intención ahora es describir los seis «gestos» o formas de meditación elementales como medios para suspender (y finalmente trascender) el «ego» (en un sentido del término tradicional y transpersonal en lugar de psicoanalítico). Como los psicodélicos —a través de esa suspensión del ego— apartan el velo de falta de claridad, constituyen entradas a la experiencia de Ser. Podría también decirse que las experiencias cumbre psicodélicas tienen aspectos de algo más básico e inclusivo: distintos grados de «muerte del ego» (es decir, disolución de la personalidad condicional) y una penetración a la percepción espiritual. Son estados en lugar de etapas de conciencia, y no obstante estados que pueden influir poderosamente el proceso de crecimiento del individuo.

La aprehensión del acto de ser, a través de la que todo parece más real y en la que el individuo siente que «basta con ser», es

*Exploraciones psicodélicas*

el núcleo de la experiencia espiritual. Creo que está también tras lo que pudiera describirse en términos meramente estéticos o sensoriales, y en propiedades psicodélicas comunes como una luz y unos colores más intensos o unos contornos más claros y definidos. Pudieran ser las traducciones simbólicas de un suceso espiritual con el que la persona no está suficientemente familiarizada como para describirlo de otro modo. También, hay estados de intentar alcanzar el ser, de aparente precariedad de ser y de esfuerzo hacia una realidad espiritual intuitiva que pudieran asimilarse al concepto tradicional de purgatorio. Los nacimientos psicodélicos pudieran asociarse con recuerdos, pero me parece que sería un error considerarlos únicamente como tales. Las imágenes del nacimiento biológico, tanto si son recuerdos o fantasías, también podrían entenderse como la expresión visionaria simbólica de un nacimiento espiritual no biológico que tiene lugar en el momento en que el velo de oscuridad egoica queda rasgado.

De igual manera, hay experiencias místicas que tienen lugar en la «nada», y experiencias de avanzar hacia la nada (por ejemplo, morir). En el caso de una «iluminación aniquiladora» (Andrews, 1963), podría decirse de manera general (como en el misticismo occidental) que los aspectos de nacer y Ser ocupan el primer plano. En las experiencias de harmalina e ibogaína, así como en el caso de la ketamina, es más probable que predominen la muerte, la nada y el espacio cósmico. Sin duda está relacionado con el hecho de que la palabra ayahuasca, que designa al brebaje de *Banisteriopsis* en quechua, se traduzca como «vid de la muerte». No es una simple coincidencia que los sujetos a los que se ha administrado ketamina interpreten con frecuencia sus experiencias como una vislumbre de la muerte o un viaje por estados posmórtem.

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

Las enseñanzas de escuelas de meditación más sofisticadas, sobre todo las del budismo tibetano, subrayan que las técnicas de meditación son solo medios para lograr una comprensión de la naturaleza de nuestra mente. Eso implica una conciencia más allá de sus objetos, parecida a la conciencia que un espejo vacío pudiera tener de sí mismo más allá de las imágenes que refleja. Esta auto-aprehensión del terreno de la conciencia se considera la fuente de las intuiciones tanto del ser como de la nada.

Creo que aunque el Ser y la Nada están más cerca de la conciencia psicodélica que de la ordinaria, siguen estando muy velados en el simbolismo religioso, arquetípico, biológico y estético. Por ello, no siempre son claramente aprehendidos como ese «conocimiento trascendente» del que hablan las tradiciones espirituales. De ser cierto, entonces una orientación hacia el ser y la vacuidad —como la ofrecida por el discurso budista o sufí— pudiera constituir un valioso contexto y «conjunto» preparatorio para las experiencias psicodélicas. Pues igual que las experiencias de nacimiento y de muerte son fundamentales en la fenomenología psicodélica, el Ser y la Nada pudieran considerarse como el núcleo de su filosofía o «teología» espiritual.

*Conclusiones*

Para resumir la implicación práctica de esta perspectiva de la experiencia psicodélica sugerida por mi modelo de meditación dimensional, quisiera señalar en primer lugar que entender la experiencia psicodélica como una activación transitoria de la kundalini (o como la estimulación de estados comparables a los alcanzados a través de las disciplinas meditativas tántricas tradicionales) no significa que la meditación y las experiencias

*Exploraciones psicodélicas*

psicodélicas sean de naturaleza idénticas. Pues en la medida en que los estados inducidos químicamente son artificiales en lugar de intencionales, su repetición no implica necesariamente el desarrollo de la capacidad de provocarlos a voluntad. Aunque está claro que la pedagogía de las tradiciones espirituales posibilita a los practicantes serios experimentar una transformación de la conciencia, la transformación de la conciencia obtenida solo a través de psicodélicos pudiera ser menos estable, y el ejemplo de los chamanes no serviría para documentar la transformación de la conciencia mediante psicodélicos, ya que la educación de los chamanes incluye otras muchas cosas aparte de la ingestión de sustancias psicodélicas.

Mi opinión es que los psicodélicos deberían continuar siendo experiencias iniciáticas, agentes de movilización ante un punto muerto, o medios de facilitación en momentos elegidos en la vida de una persona, pero nunca una dieta. Por ello, a quienes sientan una inclinación al desarrollo espiritual, se les aconseja sumergirse en el aprendizaje y la práctica espiritual, de manera que su meditación no se circunscriba a ocasiones de uso de psicodélicos. Además, igual que sucede en el tantrismo, una buena base en *tapas* (austeridad) y en la práctica de concentración, se consideraran tanto una preparación como una salvaguardia, y creo que la capacidad de un individuo en el buen uso de psicodélicos podría optimizarse mediante una preparación similar.

Forma parte de la sabiduría del chamanismo que el uso de psicodélicos ocurre en el contexto de un camino austero, en el que los sacrificios y «el camino del guerrero» son las características centrales. A través del énfasis en la disciplina, el coraje y el desarrollo de la voluntad, da la impresión de que la sabiduría del pasado ha intentado contrarrestar los peligros de la mera pasividad y el quietismo, y creo que esa antigua pedagogía espiritual

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

ofrece unas buenas directrices al neochamanismo de nuestra nueva cultura terapéutica.

Para finalizar, me gustaría insistir en que aunque creo que los métodos meditativos son muy adecuados para una mente «lubricada» por psicodélicos, no considero que los estados «espirituales» provocados por los psicodélicos sean necesariamente los de una mayor importancia espiritual en la vida de una persona. Independientemente del valor intrínseco de los estados psicodélicos y de las lecciones que ofrecen al abrir la mente a esferas más amplias que los de la conciencia ordinaria, y a pesar de la gran inspiración procedente de muchas experiencias místicas psicodélicas (e incluso a pesar de esas ocasiones en las que una única visita al «paraíso psicodélico» ha cambiado profundamente y para bien la vida de una persona), pudiera ser que la visita a los «infiernos» y «purgatorios» fuesen al fin y al cabo más transformadoras, pues a través de la sanación que tiene lugar en el curso de esos dolorosos periplos, aumenta la receptividad de la persona a las experiencias espirituales, de una manera estable y digna de confianza. He querido decir esto para no dar la impresión (a través de la elección del tema) de que considero que la esfera místicomimética es la esfera psicodélica más importante, ni que estoy personalmente más interesado en ella. De la misma manera que la codicia espiritual no produce los mejores resultados espirituales, también considero que entre los consumidores de psicodélicos ha surgido una especie de «espiritualidad hedonista» que provoca una asimilación incompleta de las experiencias psicodélicas, y que indirectamente conduce a abusar de las mismas. Por consiguiente, entre quienes se encuentren en situación de asistir a otros en sus experiencias psicodélicas, sería conveniente que no se dejasen influir por la búsqueda de experiencias cumbres, sino que tuviesen la capacidad de guiar a los demás

*Exploraciones psicodélicas*

a través de los laberintos psicodinámicos e interpersonales así como en los vuelos celestiales. También en ese aspecto considero que nos iría mejor si permaneciésemos fieles a la inspiración de los chamanes.

Estoy convencido de que los problemas con las drogas son sobre todo consecuencia de su uso incorrecto. A su vez, ello ha sido una función de la tensión entre el potencial psicodélico y la falta de un canal cultural para su implementación. Quisiera finalizar ofreciendo mi opinión sobre cómo lograr la activación del potencial positivo de los psicodélicos en el mundo. Para ello sería de gran ayuda la creación de un centro de formación nacional o internacional para especialistas que reuniese la sabiduría de los terapeutas del presente, de maestros espirituales, chamanes y guías psicodélicos, alentando la transmisión de su conocimiento y experiencia a la generación futura.

*Referencias bibliográficas*

- ALEXANDER, GERDA, *Eutonie*, Kosel Verlag, Munich, Alemania, 1977.
- ANDREWS, G., *Annihilating Illumination*, *Psychedelic Review*, 1, 1963, 66-68.
- BAUMAN, PETER, *Symposion: Uber den derezeitigen Stand der Forschung auf dem Gebiet der Psychoaktiven Substanzen*, Express Edition, Berlín, Alemania, 1986.
- BENSON, HERBERT, *The Relaxation Response*, William Morrow, Nueva York, Nueva York, 1975.
- CAMPBELL, JOSEPH, *The Mythic Image*, Princeton University Press, New Jersey, 1974.
- FELDENKRAIS, MOSHE  
*The Master Moves*, Meta Publications, California, 1984.  
*The Potent Self*, Harper and Row, San Francisco, California, 1985.



*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

- FREMANTLE, FRANCESCA y CHOGYAM TRUNGPA (traducido y comentado),  
*The Tibetan Book of the Dead*, Shambhala, Boston, Massachusetts,  
1992.
- GROF, STANISLAV  
*LSD Psychotherapy*, Hunter House, California, 1980.  
*Beyond the Brain*, State University of New York, Albany, 1985.  
*The Adventure of Self-Discovery*, State University of New York Press, Al-  
bany, 1988.
- GROF, CHRISTINA y STANISLAV, *The Stormy Search for the Self*, Jeremy Tar-  
cher, Los Ángeles, California, 1990.
- HARTMAN, H, *Essays on Ego Psychology*, Int. University Press, Nueva York,  
Nueva York.
- HUXLEY, ALDOUS, *The Doors of Perception*, Harper Brothers, Nueva York,  
Nueva York, 1954.
- KLUVER, H. *Mescal, The «Divine» Plant and its Psychological Effects*, Uni-  
versity of Chicago Press, Chicago, Illinois, 1966.
- KRISHNA, GOPI, *Kundalini, The Evolutionary Energy in Man*, Shambhala,  
Berkeley, California, 1971. (Ha sido retitulado como *Living with Kun-  
dalini*).
- LAING, RONALD D., *The Politics of Experience*, Ballantine Books, Nueva  
York, Nueva York, 1969.
- LOWEN, ALEXANDER, *Bioenergetics*, Penguin Books, Nueva York, Nueva  
York, 1978.
- MAURER, MAJA, *Symposion: Uber den derzeitigen Stand der Forschung auf  
dem Gebiet der Psychoaktiven Substanzen*, Express Edition, Berlín, Ale-  
mania, 1986.
- MICHAUX, HENRI, *The Major Ordeals of the Mind*, Harcourt Brace Jova-  
nich, Nueva York, Nueva York, 1974.
- NARANJO, CLAUDIO y ORNSTEIN, ROBERT, *On the Psychology of Medita-  
tion*, Viking Press, Nueva York, 1972.
- NARANJO, CLAUDIO  
*The One Quest*, The Viking Press, Nueva York, Nueva York, 1972.  
«Drug Induced States», en Wolman y Ulman, *Handbook of States of Cons-*

*Exploraciones psicodélicas*

- sciousness*, Van Nostrand Reinhold Company, Nueva York, 1986.
- «Ayahuasca Imagery and the Therapeutic Property of the Harmala Alkaloids», en *Journal of Mental Imagery*, 1987.
- «Psychedelic Experiences in the Light of Meditation», en *Gateway to Inner Space* (editado por CHRISTIAN RATSCH), Prism Unity, 1989.
- How To Be*, Jeremy Tarcher, Los Ángeles, California, 1990.
- «Wesen und Erscheinungsformen der Meditation», en *Dialog der Religionen*, Heft, 1, S. 1, Kaiser, Alemania, 1992.
- REICH, WILHELM, *Die Funktion des Orgasmus*, International Psychoanalytischer Verlag, 1927.
- SWAMI MUKTANANDA, Chitshakti Vilas, Shree Gurudev Ashram, Ganeshpuri, India, 1972.
- ST. JOHN OF THE CROSS, *Ascent of Mount Carmel*, Image Books, Nueva York, Nueva York, 1958.
- WILHELM, RICHARD (traducido y explicado), *The Secret of the Golden Flower*, Routledge & Kegan Paul, Londres, Inglaterra, 1969.

#### 6.4 LA LLEGADA A LA CONCIENCIA DE SER: UN RELATO AUTOBIOGRÁFICO, POR MÓNICA UDLER

Mi experiencia con los psicotrópicos fue radicalmente transformadora. La primera de ellas fue con ocho o nueve años de edad, y ciertamente no estaba en un contexto ni terapéutico ni espiritual, sino hospitalario. Fue terrible. Mi padre era anestesista y había introducido en Brasil el Ketalar, o sea, la ketamina de uso anestésico. Y me daba ketamina (Ketalar) cuando iba al dentista para que no sintiese dolor durante los tratamientos dentales. Yo lo tomaba con frecuencia y todas las veces que me encontré bajo su efecto fueron igualmente pavorosas y traumáticas. Invariablemente fueron *bad trips*, y no podía ser de otra manera, pues tenía pavor al dentista y a mi padre. Mi madre nunca iba conmigo. Mi madre, por otra parte, nunca estaba conmigo. Por algún motivo, nunca conté a mis padres ni a nadie lo horribles que eran esas experiencias. Sufría en silencio. Cuando era día de consulta, empezaba a temblar por dentro, con un sudor frío, llena de miedo. Pero no contaba nada. Sentía una enorme impotencia delante de mi padre, sabía —o así lo creía firmemente— que mis flaquezas y «cobardía» no suscitarían ninguna ternura ni compasión por su parte. Estaba totalmente sometida a ellos. Esos episodios marcarían intensamente mi vida. En primer lugar provocaron que sintiera que mi padre tenía un poder total sobre mi vida psíquica —podía «entrar» en mi mente, como la ketamina, y crear pesadillas— y también sobre mi vida física, ya que a veces en que me daba anestesia general, yo dejaba de tener acceso y sensación de mi propio cuerpo. Las tardes en el sofá, cuando el efecto de la anestesia iba pasando y yo intentaba mover el cuerpo y este no me obedecía, eran como películas de terror. Pero yo no contaba

*Exploraciones psicodélicas*

nada a nadie y sufría en silencio. Ese desamparo me acompañaría toda la vida y estallaría años más tarde.

Esos episodios con ketamina debieron de abrir un portal de percepción aumentada en mí que nunca más se cerró. Con 16 años, me retiré de todo y lo único que quería hacer en la vida y que tenía sentido era leer, leer y leer todas las obras de Carlos Castaneda. Solo ese era mi mundo. Ahí podía considerar mi realidad, Una Realidad Aparte, como se titulaba el segundo libro de Castaneda. Una realidad que abarcaba la extrañeza que yo había vivido con la ketamina. Yo quería Realidad. Y una conciencia ordinaria solo me traía irrealidad. Pero tampoco quería las drogas. La marihuana y el hachís me provocaban los mismos *bad trips* que la ketamina y pasé a sentir horror por cualquier droga. Pero me fascinaba enormemente el chamanismo tolteca. Y me zambullí en la espiritualidad.

Cuando, años más tarde, pasé por una situación de abandono sentimental, se apoderó de mí una súbita crisis y mi enfermedad empezó a perfilarse y a agravarse con cada situación de abandono o de pérdida por la que pasaba. El desamparo emergía como una extraña y recalcitrante enfermedad psiquiátrica acompañada de crisis de gran ansiedad y desesperación. Tras años y años de diversas terapias y de prácticas espirituales, busqué el Programa SAT para curarme, ya que nada antes había realmente surtido efectos positivos o decisivos en la patología, aparte de los fármacos controlados.

Claudio Naranjo me dijo que sospechaba que si los psicotrópicos habían desencadenado ese estado de terror y desamparo, nada mejor que psicotrópicos para curarme de ellos. Podían enseñarme a lidiar con el desamparo y a transformarlo en otra cosa. Y eso fue exactamente lo que sucedió...

*La primera experiencia: la MDMA*

Yo estaba en Bogotá. Me había dejado un amante y caí en un brote de ansiedad y fui perdiendo el control. Escribí a Claudio, que me invitó a venir a Bogotá para tratarme. Me dijo que tenía la intuición de que mi participación en cierto grupo podría sacarme de la crisis y devolverme el valor para seguir viviendo. Su acogida y la de sus colaboradores fue una base que constituiría una estructura coyuntural que sentaría las bases para mi experiencia con la sustancia. Soy consciente de que sin aquella semana entera de trabajo psicológico preparatorio y sin el amor y la amistad real que allí estaba presente, la sustancia no habría tenido un efecto tan profundo y decisivo en mi proceso de cura e individuación.

Formé parte de un grupo en el cual tomamos juntos la «paloma». Era una noche estrellada, en un salón acogedor. En un rincón de la sala, Claudio, que manejaba el sonido, seleccionaba con mucho cuidado la música clásica que sonaría. Ya en los primeros instantes, a medida que la sustancia empezaba a hacer efecto, me vi asaltada por un éxtasis indescriptible. Cada nota del piano que interpretaba la música que Claudio escogiera, vibraba dentro de mí anunciando el paraíso. Mi cuerpo soportaba mal tanta belleza. A veces cerraba los ojos para dejarme transportar por la música y a veces los abría para, en estado de contemplación, mirar a nuestro «DJ espiritual», como le llamamos más tarde. Claudio mostraba una bonita sonrisa, sentado a medias en aquella silla giratoria. La embriaguez aumentaba, así como la paz. Mis ojos se cerraban para dejar que lo sublime penetrara cada célula. Hasta que algo extraño sucedió. En medio del deleite, abrí los ojos y, en esta ocasión... no vi presente a Claudio. Solo vi la silla giratoria. Parada, color vino, todavía giratoria, todavía silla, pero... totalmente vacía. ¡Sin Claudio

alguno!

Claudio había ido al baño. Me oí dando un grito desgarrador. La visión de la silla sin Claudio sería algo insoportable si yo no estuviera bajo los efectos del anestésico emocional que es la MDMA, efecto que me permitía acceder a emociones que de entrada eran insoportables. En alguna región de mi ser, a la que ahora tenía acceso debido a esa extraña analgesia, era insoportable, pero mi conciencia apenas asistía a mis reacciones. Yo no paraba de gritar. La silla vacía era una visión de horror, la ausencia de Claudio era una experiencia terrible. Una silla vacía era el abandono de Claudio. Como  $2+2=4$ , la ecuación era: silla vacía = te han abandonado. Una tragedia. Pero no para mí. Tan solo para alguien dentro de mí. A quien yo asistía y que me sorprendía (y que todavía hoy me sorprende). Era como si estuviese nítidamente escindida. Había dos yo, uno que sufría, o parecía sufrir, y otro que lo contemplaba todo y que se extasiaba, a pesar de cualquier tragedia. En aquel grito estaba presente todo mi desamparo. Era tan patente la niñez de abandono que llevo en mí... Todos los traumas estaban allí, presentes, yo... me extasiaba, a pesar de todo. La palabra «éxtasis» no le hace justicia, pues era un tipo de deleite que permanece igual frente a la alegría que al dolor. Un deleite que acompañaba cualquier evento, fuese presenciado, interno o externo, alegre o triste. Un deleite que me acompañó durante varios días tras aquella noche.

Me sorprendió mi dependencia de Claudio. Una transferencia para con él tan evidente y tan literalmente... estridente (¡aaaah!), que resultaba embarazoso. Dirigí mi intención hacia una emancipación gradual, hacia cierta independencia. Desde entonces me sentí tentada a transferir a la música el eje que representaba Claudio, para que esta se convirtiese en el eje, el soporte, que Claudio representaba para mí. A esas alturas él ya

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

había regresado del lavabo, pero no me atreví a volver a mirarle. Era peligroso... Me apegué a la música, ella era ahora mi suelo. Claudio ya podía salir de la sala sin que yo gritase. Pero entonces sucedió otro acontecimiento extraño.

Y lo que sucedió fue que, entre el compás 16 y el 17 del *intermezzo* que sonaba, alguien vino a hablarme y me preguntó alguna tontería. La interrupción resultó tan fatal, tan desastrosa, que parecía que me hubiesen arrancado el vibrador de la mano un instante antes del disfrute. Me quedé desorientada, fuera de órbita, colgada. Y entonces, al contrario que en un orgasmo, explotó en mí un ataque de ira devastador. No sabía qué hacer con ella, no recuerdo si volví a gritar. Recuerdo haber andado en círculos como loca y haber encontrado periódicos viejos, que empecé a rasgar y despedazar enloquecidamente, sentada en el suelo frío.

Después regresé a mi lugar e intenté encontrar cierto equilibrio, en el suelo. Lo busqué toda la noche y era más fácil encontrarlo sola que con otras personas. Me retraje. Totalmente. Nadie podía darme nada en aquel estado. Me sentía sola, muy sola. Pero el éxtasis no me había abandonado un instante. Ni siquiera durante el ataque de rabia. Todo lo que hacía o sentía era delicioso.

La soledad y el deleite se excluían mutuamente, pero estaban juntos. No comprendía cómo era posible. Cuando Claudio anunció que iba a retirarse y que nosotros continuaríamos con el trabajo sin él, le dije que podía irse tranquilo, pues yo me quedaría con mi «ferocidad amorosa». No tengo ni idea de dónde me salió aquello. De hecho, y desde ese día, aprendí un tipo de ferocidad singular, una forma de ser esquiva y no disponible a lo que me distrajera de mí misma. Creo que ahí empecé a decir no, a respetarme, a cerrar mis puertas y antenas, y a volver a mí.

*Exploraciones psicodélicas*

Necesitaba protegerme de lo que hiciese que me perdiese de mí misma. Hasta entonces no había sabido hacerlo.

Era absolutamente delicioso estar viva y conmigo misma. Durante toda la noche sentí eso y también al día siguiente. Era un estado totalmente nuevo para mí, pero, paradójicamente, era vivido como un recuerdo, como si estuviese volviendo a visitar un estado que ya conociera y que hubiera olvidado. Y más que eso. Era como si estuviera siendo yo misma por primera vez, pero también me acordaba de cómo era ser yo misma. Estaba viva por primera vez, realmente viva. Y estar viva era acordarme de cómo es estar viva. Tal vez era así como me sentía de niña. Tal vez ser niña era así y ese sea el paraíso perdido, el paraíso que perdemos al crecer.

Había una frase que me acompañó durante todo el trabajo aquella noche y en los días que siguieron y que continúa resonándome hoy: «¡Ay! ¡Qué nostalgia sentía de mí!» Fui a contárselo a Claudio a la mañana siguiente, queriendo arrodillarme ante él de gratitud por la experiencia. «¡Qué nostalgia sentía de mí!»

Después de esta experiencia nada volvió a ser como era. ¡Todo se transformó! Todos los valores se alteraron. Lo que era anhelado y perseguido demostró ser fútil y opaco, sin interés ni utilidad. Lo que parecía maravilloso e inalcanzable, demostró no tener sentido y ser indeseable. Desde entonces solo importó una única cosa. Encontrarme nuevamente en ese nivel de presencia, en esa intensidad de ser, estar en ese estado de completud indiferente, estado de estar despierto y vivo. Volver a hacer una inmersión en la verdadera Realidad, pues solo eso merecía el nombre de real.

Fue con certeza la noche más importante de mi vida. Sé que mi vida está dividida en dos grandes eras. Una antes de esa noche y otra después.

*La primera experiencia con ayahuasca*



*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

La herida del desamparo y la de la soledad son la misma en mi caso. Son dos nombres para la misma herida.

Menos de un mes después de haber tomado MDMA y de haber vivido una experiencia que cambiaría tan profundamente mi vida, tuve una segunda experiencia con psicotrópicos en un contexto terapéutico. Por alguna razón que desconozco, decidí hacer un SAT 3 en Brasilia, en el curso del cual se incluiría una visita a la iglesia de Santo Daime, cuyo sacramento es la ayahuasca. Algún tiempo después de la primera ingesta, empecé a tener una sensación clara de tener un bebé junto a mi pecho, en el regazo. No fue una visión, no era nada visual. Era sensorial. Pero yo tenía un bebé en mi pecho. Y yo le sujetaba totalmente. Era muy bueno. Era totalmente inusitado. ¿Cómo sabía que tenía un bebé en el regazo si no veía nada? La sensación era de éxtasis total. Un éxtasis tal vez parecido al que sintiera en la primera experiencia, no lo sé. Lo que sé es que de repente me levanté y puse al bebé encima de la mesa del ritual y le dije: «Quédate aquí. Mamá va a ir al infierno y luego volverá». Lo dejé con total seguridad y fui a tomar el brebaje por segunda vez. En mi acción no había ninguna avidez. Era una orden superior. El éxtasis que sentía no me servía ni me serviría de nada. Había que hacer algo. Era necesario zambullirse. Lo sentía con todo mi ser. Había que visitar la herida para ser curada. De nada iba a servirme seguir allí gozando el éxtasis. Reuní todo mi coraje y valor. Vestí el manto del héroe.

Tomé el brebaje una segunda vez y me senté junto a los chamanes, Luciana y Eduardo, cerca de la cabecera de la mesa. Allí empecé a cantar con ellos. Me sentía en compañía, en comunidad, cantando con ellos. De repente, empecé a llorar. Llorando sin sentir ningún dolor. Era como si el dolor en mí estuviese siendo liberado, como si le estuviese abriendo la jaula. El llanto

*Exploraciones psicodélicas*

brotaba porque un dolor se marchaba. Era como un llanto completamente físico y metabólico. Era el dolor que salía. Al verme llorar, Luciana me tomó de la mano y me llevó a dormir a un colchón. Odié que hiciera eso. No quería salir de allí, de estar a su lado y de la comunidad. Pero me llevó para que estuviera sola. Me dirigí al colchón como quien va al sacrificio. Ahí sí que sentí dolor. Un dolor de soledad. Un dolor punzante, pero con analgesia: la misma analgesia de aquella noche en Bogotá cuando gritaba de desamparo y sentía deleite al mismo tiempo.

E igual que aquella noche, empecé a gritar. Y a hablar sin parar. Sin ningún control. Y un grupo de asistencia se reunió alrededor de mí. Un montón de gente queriendo ayudar, sin saber que yo sufría sin sufrir. Lo que sentía era que si dejaba de hablar o de gritar, mi soledad resultaría tan extrema que yo desaparecería y nada sobreviviría al dolor real que entonces sobrevendría. Como si tuviese que fingir dolor para huir del dolor. Como si el dolor fingido por mí misma fuese la única técnica de supervivencia conocida. Todos estaban allí conmigo intentando sacarme de un túnel, de un agujero, que solo ellos veían. Yo no veía ningún agujero. Yo no tenía ningún control. Yo solo gritaba, gemía y hablaba por los codos. Mi diálogo interior se convirtió en monólogo externo. No entendía qué hacían aquellas personas alrededor de mí. Tampoco tenía conciencia de estar gritando. Más tarde me contaron que gritaba. Para mí eran gritos que estaban presos en mi interior desde hacía mucho tiempo. Y la jaula tenía ahora la puerta abierta. Y los gritos volaban hacia fuera. Por fin.

Recuerdo que lo que más repetía era: «¡Ay, ay! ¡Qué sola estoy! Ay, ay. Qué sola estoy aquí. ¡Ay! ¡Ahora sabéis la soledad que siento dentro! ¡Ay, ay!» Era lo que decía y de hecho cómo me sentía, aunque con analgesia y con el deleite que acompañaba todo lo que acontecía. No obstante, en cierto momento, tuvieron

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

la brillante idea de dejarme literalmente sola. Creo que percibieron que su presencia, incluso su cariño, en nada aliviaba mi soledad y no servía de nada. Era completamente intrínseca. Una soledad básica, una soledad a priori.

Se fueron alejando. Cada uno regresó a su propia historia, a su propio trabajo. Y yo viví una literalización de mi trauma. Fui abandonada. Solo entonces pude empezar a trabajar realmente. Solo entonces dio inicio el proceso. Todo lo que siguió —y que aquí sería inenarrable— me fue conduciendo a ese espacio de soledad, a ese sótano polvoriento de mi propia alma. Fui descubriendo ese sótano abandonado que había en mí y que era mi yo más ancestral, más primordial. Mi acceso al mismo llevaba mucho tiempo interrumpido. Y percibí lo maravilloso que era estar de nuevo allí. Y percibí por qué dejé de frecuentarlo: por miedo a la soledad. Por miedo a la soledad, que es la guardiana del umbral.

Apareció una verdad límpida, que todavía ahora apenas soy capaz de formular con tanta simplicidad: el abandono que siento, un síndrome de desamparo que me fue diagnosticado y que me hace ser dependiente tanto de personas como de tratamientos psiquiátricos, se debe a un autoabandono. Soy yo la que me abandono. Yo me abandono sistemáticamente y en seguida me siento desamparada en un mundo impersonal. Desconecto de la sensación de mí misma y de mi presencia por un único motivo: estar conmigo me hace sentir sola, terriblemente sola, a años luz de distancia de cualquier otro ser vivo. Entonces me alieno del mundo, fingiendo estar con todos, en simbiosis con el entorno, dejando de sentirme a mí misma y olvidándome de mí. Estar conmigo roza la ardiente herida de la soledad. Pero el té me enseñó que la herida es la cura. Y yo no me estaba autosaboteando cuando dejé el paraíso junto a mi bebé en el regazo (que no sé si

*Exploraciones psicodélicas*

era mi hijo o yo misma) y me fui al infierno, al centro de mi herida. El precio de reconectar conmigo misma es pasar por un estrecho portal de soledad. Pero una vez atravesado, puedo reconectarme con todo lo que hay, con todo lo que es. Es un umbral de muerte, que debe cruzarse para llegar a la vida real.

El rechazo me ha perseguido durante toda la vida simplemente porque siempre me aproximé a los demás de una forma que no era genuina. Mi acercamiento no era sino una huída, una huída de mí. Las personas reciben bien a personas libres e íntegras y no a los fugitivos. Quien me veía no me recibía y además no me encontraba. Y nadie puede encontrar a alguien que huye de encontrarse.

Era como si se hubiese resuelto un rompecabezas. Pasé casi toda la noche despierta. Y tampoco había dormido la noche anterior. Pasé todo el día alterada y por la noche bailé en medio de la sala cuando todos asistían sentados al vídeo del Réquiem de Mozart. Mi éxtasis al oírlo era tan enorme que no podía permanecer sentada como todos y empecé a bailar. Bailé el Réquiem entero. Poco me importaba lo que pensasen. Después conseguí dormir, ya de madrugada, pero a las ocho de la mañana me despertaron y me citaron a comparecer en el próximo trabajo. Cuando finalmente conseguí despertar, percibí que estaba tan alterada como las noches anteriores. El efecto no había disminuido nada. Lo cierto es que parecía estar más fuerte, extremadamente lúcida, presente y llena de poder. Sin embargo, para los demás, yo lo que estaba era más loca.

El trabajo que había que hacer con el grupo era un trabajo de regresión, donde volveríamos por la línea del tiempo, visitando todos nuestros momentos más difíciles, desde el momento del nacimiento, incluso más: ¡desde el momento antes de nacer! Tras una inmersión en el momento anterior al nacimiento,

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

deberíamos volver a nacer y repasar los momentos difíciles desde la perspectiva y la fuerza de ese contexto más amplio, el contexto de la indeterminación prenatal.

El ejercicio parecía ser fascinante. Cuando lo llevé a cabo con mi compañero terapéutico, lo hice de manera tan profunda y seria que tras dos horas de trabajo todavía no había entrado en el momento sin momento, en el espacio sin espacio, de lo prenatal. La regresión se llevó a cabo junto a mi compañero haciendo de terapeuta, y allí reviví todos los momentos difíciles de mi vida, yendo de atrás hacia delante, desde el abandono reciente del amor alemán, pasando por el terrible accidente de mi madre, y por todos los abandonos y pérdidas anteriores, todos los momentos traumáticos, hasta los traumas posnatales, cuando me dejaban en la cuna llorando durante horas sin interrupción sin que mi padre autorizase a nadie a sostenerme en el regazo, y perinatales, como la incubadora en la que me metieron en el hospital donde me parieron o la cama de hospital donde me concibieron (mi padre llevó a mi madre a la inauguración de un hospital en Porto Alegre y allí, en una de sus habitaciones, donde se hospedaron, fui concebida). Cuando entré en el espacio prenatal sucedió algo muy fuerte. Algo que me condujo de nuevo al mismo estado de culminación de la experiencia con ayahuasca dos noches antes.

Al retroceder y dirigirme hacia donde estaba antes de entrar en el útero de mi madre, me encontré, para mi sorpresa, en algo que no era un lugar ni un espacio. Era una Presencia: un Águila.

Yo estaba en el Águila; era un águila; contemplaba el águila. En aquel nivel de realidad, esos tres planteamientos eran verdaderos y no se excluían entre sí ni se negaban mutuamente. La lógica del mundo prenatal funcionaba de manera completamente distinta de como funciona el mundo postnatal.

El águila ocupaba todo el horizonte, de forma que no había

*Exploraciones psicodélicas*

horizonte, ni espacio, solo presencia. Nada estaba fuera de esa presencia. Y esa presencia era el Ser. El Ser era Águila. El Águila. Con artículo definido: artículo definitivo. El Águila.

Ante ella, dentro de ella, siendo ella. Y no me movía. Y no había fuera. Ni dentro. Solo ella. Sorprendida dentro de ella. Y por más que mi compañero insistiese para que yo naciese, para que dejase al águila y naciese, y no podía salir de su presencia. No podía nacer. No quería nacer.

El compañero insistía. Yo le pedí firmemente que se marchase. No lo hizo. Grité. El compañero desistió. Y se fue. Me quedé allí inmóvil. En estado de Águila. Durante horas. Sentada durante horas encima del fieltro de una mesa de billar en una sala contigua al gran salón externo del aquel centro de reuniones.

A esas alturas, una comisión de verdaderos terapeutas ya había sido informada por mi compañero haciendo las veces de terapeuta de que estaba fuera de mi estado normal, que no había regresado de mi experiencia de ayahuasca, que después de 36 horas ya debería haberse pasado. Consideraron que debía tener un brote. Pero yo no lo sentía así. Simplemente me sentía aún inmersa en el viaje. Cada detalle de esa aventura era para mí algo delicioso de recordar, porque ese «brote» fue lo que me transformó para siempre, lo que me individuó, lo que me enseñó a tener un yo de verdad.

Fue una locura santa, y duró tres semanas. Dos personas en las que confiaba bastante fueron las únicas que acreditaron que no tenía un brote. Una de ellas fue mi psiquiatra, la destacada Dra. Ángela Lobato, que me examinó dos semanas después de la experiencia. Ambas dijeron que percibían que yo simplemente decidí no regresar del viaje y que no volví. Creo que tienen razón, pero que fue posible porque el efecto de la ayahuasca se vio potenciado y prolongado por la Paroxetina, un antidepresivo que

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

tomo desde hace 15 años.

Mi intención era entonces repasar con papel y lápiz toda mi vida desde el estado de águila, repasando todos los momentos difíciles que reviviera en la primera etapa de la regresión. Pero resultó imposible pues llevaría mucho tiempo y el SAT ya estaba acabando. Por eso, dejé de escribir en el momento en que salí de la burbuja, en que nací de nuevo.

Lo que sucedió a continuación, en el último día del SAT fue que volvieron a llevarme a la sala de los colchones. Me quedé allí durante algunas horas, sobre una pila de colchones, tratando de dormir. Y lo que sucedió fue algo inenarrable y que, aunque imposible de decir en palabras, es algo que yo jamás olvidaré y que fue decisivo para que en mi vida se iniciase una nueva era. Solamente ahora me doy cuenta de que lo que ocurrió allí fue el paso siguiente de la experiencia del aguilucho, después de dejar la incubadora, salir de la maternidad y ser llevada a casa y colocada en la cuna, sola, sin nadie al que pegarme en su regazo. Era como si los colchones fuesen mi cuna. Y el abrigo que sentí estando allí sola en la cuna, sola conmigo misma y aquella Presencia, luminosa y protectora, fue indescriptible y definitivo. Allí me fue enseñado un nuevo modo de presencia, al que podría acceder siempre que me sintiese desamparada.

Pasé tres semanas con la conciencia alterada. Muchos lo consideraron un brote, como decían. Me ofrecieron antipsicóticos, pero yo, gracias a Dios, no los acepté. Hubiera abortado una «locura que cura». Fueron tres semanas muy intensas en las que continué aprendiendo la ferocidad y a individuarme de forma decisiva. Sentí un amor por mí como nunca antes sintiera. Me sentía como si estuviese apasionada por mí misma. Y sentía poder, mucho poder. Me sentía poderosa y bella. Y cuando me veía fea, era una fealdad deliciosa, pues era MI fealdad. Y sentía mucho amor.

*Exploraciones psicodélicas*

No. El poder y el amor eran una misma cosa. El poder era amoroso y el amor llegaba con mucho poder y una sensación de poder.

Aunque había causado alguna confusión en la familia con tanta espontaneidad —rugiendo a las personas, tomando patatas fritas de los platos de los clientes de los restaurantes a los que entraba, llamando a mis hermanas para contarles que había asesinado a nuestro padre y cosas así—, fueron tres semanas que me hicieron absorber en mi cotidianidad un nuevo modo de presencia al que me habían introducido las dos experiencias. Me di cuenta de que en realidad nunca había estado en mí misma. El «brote» fue una locura curadora. Puso psicótica a alguien que vivía disuelta en el mundo exterior por miedo a la soledad. La psicosis la viví como si todo lo que hubiese en el mundo estuviese dentro de mi psique, como si las personas fuesen personajes de mi sueño. El mandato del sol en mi experiencia con ayahuasca, acerca de: «No vivir en el mundo, sino hacer que el mundo viviese en mí», debía vivirse de forma literal para que después pudiese hacerlo de forma integrada. La sobriedad y la conciencia ordinaria llegaron en su momento. Pero yo ya había descubierto una manera de estar en el mundo que desconocía y que me salvó del desamparo completo y de la disolución.

Asimilé esa nueva manera de estar en el mundo con el transcurso del tiempo hasta ahora, a través de la experiencia ordinaria, a través de más usos de los psicotrópicos en contexto terapéutico o espiritual, y sobre todo a través de un método de recuerdo propio de mi persona: la escritura. Me impliqué en dos producciones escritas que me afianzaron en lo que aquí relato. Una fue una producción literaria, un cuento llamado «Una mariposa que se convirtió en oruga», y otra fue una producción filosófica, mi tesis de doctorado, que será publicada en breve y que trata justamente de la individuación espiritual y la experiencia visionaria. Se llama



*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

«Del exilio en el espacio al espacio del alma», y tiene 400 páginas.

Mucha gente siente recelo de utilizar esas sustancias (como cura) con miedo de que nos alejen de la realidad. Pero poco imaginan que precisamente ellas pueden devolvernos a la realidad, rasgar el velo que nos separa de ella. Al contrario de abandonar el mundo en un viaje psicodélico, los alucinógenos me devolvieron al mundo. Al contrario de sacarnos de nosotros mismos, lo que hacen es traernos de vuelta. Fui traída de vuelta a mí misma y finalmente descubrí lo que quiere decir «estar en uno mismo».

Lo más notable de esa experiencia fue que en seguida me volví madre. Aunque mi hija ya tenía seis años, empecé entonces a ejercer la maternidad. Empecé a adorar ser madre y a ser una buena madre. Solo a partir de entonces sentí que era madre realmente. Tal vez porque, al fin y al cabo, volví a tomar en los brazos al bebé que apareció en mi pecho al inicio de la experiencia con ayahuasca y que cariñosamente había puesto encima de la mesa y pedido que esperase a que regresase del infierno. Y regresé. Y aquí estoy.

Me tomé en los brazos. Y a mi hija también. Por fin.

*Segunda vez con MDMA*

Dos años después del «ataque» de (lo)cura, cuando me prohibieron el uso de psicotrópicos, me permitieron volver a tomar ayahuasca. Pero ninguna experiencia fue transformadora como aquellas que viví en presencia de Claudio Naranjo.

La segunda vez que tomé una «paloma» fue hace unos meses, cuatro años después de la primera. Se trata de una experiencia que también merece relatarse, pues completa el proceso que se inició en 2011. Los años 2011-2015 fueron años de

*Exploraciones psicodélicas*

recogimiento. Yo misma había anunciado después de Bogotá que pedía disculpas, que me retiraría, me recogería, volviendo a mí —a la que había abandonado durante tanto tiempo— y que en un futuro próximo ojalá pudiera regresar a convivir con los demás, una convivencia que esperaba fuese finalmente genuina y amorosa. Al final, me descubriría incapaz de ello. La última experiencia, que fue con una Paloma, me enseñó finalmente el camino de la convivencia, el modo de presencia, más que la posibilidad.

Al día siguiente de la experiencia con MDMA, escribí: «Volvió la noche más hermosa de mi vida. Aconteció cuatro años antes, en Bogotá. Aquella noche, en la que tomé MDMA por primera vez, volvió ayer a mí. No es que hubiese desaparecido, ni tampoco que no estuviese presente durante estos cuatro años, como un cielo estrellado que no se ve a la luz del día. Ayer vi que aquella noche me acompañó y me acompaña desde que nací. Desde que nací estaba aquí esta presencia estrellada, aunque yo la abandonase sistemáticamente para entregarme a la claridad del día».

Intentaré relatarla ahora de forma más clínica. El acceso a mí misma quedó de nuevo despejado. Hace cuatro años me encontré por primera vez con un modo de presencia hasta entonces desconocido para mí. Como si por primera vez estuviese realmente presente, realmente viva. Como hace cuatro años, me sobrevinieron conjuntamente sensaciones paradójicas, el éxtasis llegó acompañado de soledad y de un atroz sentimiento de abandono. Volví a refugiarme de nuevo junto a Claudio, que me recordó lo que yo ya había descubierto, que estar sola es ser el sol. Las horas que siguieron fueron vividas en función de esa soledad, experimentada como un portal. Fue la gran enseñanza recibida aquella noche. Intentaré describir el portal:

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

1. El sentimiento de soledad va aproximándose progresivamente, como un cólico del alma, como un calambre en la psique. 2. Hago un esfuerzo para soportarlo, como quien soporta una contracción de parto. 3. Al recibir la energía de mi atención, el músculo empieza a relajarse un poco y lo que era insoportable empieza a volverse soportable y soportado. 4. A medida que la voy soportando, el dolor va cediendo espacio a un placer creciente de ser y de estar presente. 5. Ese paso del dolor al placer y a la plenitud es muy misterioso. No sé cómo se da. Lo que sé es que, si hubiese huido del dolor y me hubiese alienado en lo externo y en los pensamientos, no hubiera llegado al placer de Ser. Y habría evitado la vida. Ahora ya sé que no debo hacerlo. Sé que tras el dolor de la soledad llega el placer de la individuación.

En el momento en que el dolor de la soledad se va aproximando, el gran Barzaj,<sup>3</sup> yo lo vivo como una muerte. Y la muerte me va arrancando de todo y de todos para llevarseme. Pero es para llevarseme hacia mí misma. Y tras llegar a mí misma siento un alivio inmenso. Es como si finalmente tuviera un yo de verdad. Igual que Pinocho, que se transformó en un niño de verdad. Es dejar de ser alma en pena para pasar a tener un yo de verdad. Y cuando se tiene un yo, ningún dolor es insoportable, nada de lo que te pueda suceder es malo. De hecho es indiferente lo que pueda sucederte, si tienes un yo real. En realidad, todos fingen tener un yo. La MDMA despierta el corazón, abre el corazón. Despertar el corazón es traer de vuelta al yo, es despertar el yo adormecido o amordazado por el ego, que es un yo falso, un fantasma.

3. Barzaj: Según el Corán, es el estado intermedio en el que el alma del difunto permanece en una especie de sueño entre el día de su muerte y el del Juicio Final. (*N. del T.*)

*Exploraciones psicodélicas*

Al principio de la noche, cuando se acercaba un calambre anímico, yo daba un berrido, después lloraba, pero a medida que fue avanzando la noche, cada vez que me entregaba al dolor y tenía que pasar por el portal, buscaba un rincón para morir en paz, sin molestar a nadie, sin montar un espectáculo. Después de renacer, seguía allí disfrutando, o me acercaba al grupo. Cuando me acercaba al grupo no me dedicaba a «socializar». No conversaba con nadie, no le sonreía a nadie, no interactuaba. No conseguía salir de mí para estar con otros. Escribí:

Qué bien no tener que expresar nada con la cara.

Qué bueno es poder no sonreír cuando alguien te sonríe y tú no tienes ganas de hacerlo.

Qué bueno es no tener que hablar cuando no tienes ganas de hablar.

Qué bueno es poder escribir «qué bueno» sin tener que terminar una frase con un símbolo de exclamación.

Qué bueno es no tener miedo de que las personas me crean loca.

Qué bueno es no tener miedo de que las personas me crean triste.

Qué bueno es no tener miedo de que las personas me vean fea.

Qué bueno es no tener ego.

Qué bueno es no tener nada.

No salía de mí para estar con otros, aunque estuviese mejor con ellos. No compartía. No me relacionaba. Pero en muy poco tiempo conseguí hacer pequeños gestos, que realmente eran genuinos y no fingidos (bajo el efecto de la MDMA parece que es imposible fingir. Era incapaz de fingir nada. Por eso no devolvía ninguna sonrisa a nadie que me sonriese y no me sentía obligada a hacerlo, aunque, en mi interior, estuviese en éxtasis). Después de mucho tiempo empecé a conseguir interactuar sin dejar de estar conmigo misma. Era como equilibrar dos botellas en los dos extremos de una vara. Debía prestar mucha atención sin perderme de mí misma. Como en aquel cuento del discípulo que debía

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

contemplar el palacio sin dejar caer ni una gota de aceite de su cucharilla. Al cabo de cierto tiempo me fue resultando más fácil estar con los demás sin dejar de estar conmigo: mientras no me olvidase de mi soledad, mientras no dejase de morir a cada instante. Y cuando digo «morir», equivale a decir «volver a mí». La condición para poder estar conmigo y con los demás al mismo tiempo —ese fue el gran aprendizaje de la noche y de la vida— es no dejar mi soledad de lado, ¡no dejarla entre paréntesis para poder estar con los demás! Fue lo que entendí y lo que viví. Fue una forma de presencia que me enseñó la Paloma aquella noche.

Si en ese compartir me olvidaba de mí, me alienaba, debía ir a morir otra vez, en un rincón. Tras ser capaz de morir quieta en un rincón, pasé a poder morir estando con los demás. Morir bailando, morir hablando, morir acariciando a los amigos. Yo moría de cara afuera y nacía hacia dentro. No huía de la soledad que me separaba de los demás, sino que también, paradójicamente, me unía genuinamente a ellos. Viví como si por primera vez entendiese lo que es relacionarse sin simbiosis, sin disolución.

Atravesé ese portal tantas y tantas veces en una noche, tantas que al final me veía constantemente en el umbral, como si mi lugar fuese precisamente ese, en el umbral, en la rendija de esa vagina cósmica que todo lo traga. Era una ontofagia continua. Y esa felicidad es algo que pretendo conservar. Buscar esa felicidad es lo único que realmente importa.

El día de esa experiencia y los días siguientes, sentí que iniciaba un modo más profundo de presencia, en el que era el centro del mundo. Ese estado de ser el centro del mundo solo pude alcanzarlo porque me entregué a la soledad de la que huía. Eso, no obstante, no era ninguna novedad, pues ya lo había aprendido a partir de las dos primeras experiencias en 2011, que me habían dejado en un estado de sana psicosis. Ahora, la gran novedad es

*Exploraciones psicodélicas*

que los otros también podían ser, cada uno de ellos, centro del mundo, sin que eso amenazase mi centralidad. El otro ya no precisaba ser abstraído, ser entorpecido, ser evitado, para que yo pudiese estar en mí. El centro gravitacional del otro no me sacaba de mi órbita, ni de mi eje.

Comprendí lo que me había hecho salir huyendo del taller SAT del año pasado, 2014. Comprendí por qué me había resultado insoportable. Allí, los demás me impedían tenerme. Sentía que me disolvía, que me invisibilizaba. Era insoportable ser «una más», «una entre otros». Perdí el contacto con mi centralidad, con mi eje. Enseguida me fui a París para quedarme tres meses y allí salí en el mal sentido, me disolví en la multitud, tuve una crisis de pánico y tuve que volver a Brasil. Sin embargo, en este SAT de ahora, el de 2015, tuve acceso a la llave, tuve acceso al portal. Descubrí el secreto de ser satélite (periférica) por fuera y sol (central) por dentro. Descubrí que vivía en una inversión enferma: quería ser sol por fuera porque me sentía satélite por dentro. Por no asumir mi centralidad, mi yo real, mi estado de sol, me convertía en un mero satélite en torno a los dioses de la apariencia, y así pretendía ser sol exteriormente y ser el centro de las atenciones. Dejé de ansiar ser sol fuera ya que ahora me siento sol dentro. Eso hace que fuera yo pueda ser un satélite: sentirme parte de todo, sentirme implicada, participante, planeta como los demás, y sol también, como los demás.

## 6.5 UNA VISIÓN INTEGRAL DEL PROCESO DE OSCURECIMIENTO E ILUMINACIÓN DE LA CONCIENCIA

Cuando se presenta la visión budista en esa gran síntesis que ha llegado a denominarse «las cuatro nobles verdades», se comienza con la explicación del porqué del sufrimiento, para luego continuar con la elucidación de sus causas, luego pasar a la afirmación de que hay una alternativa, y por último a la descripción del camino. Me parece un esquema válido, y ahora que me propongo una visión integrativa acerca de la naturaleza del proceso sanador al que los psicodélicos pueden contribuir como un importante catalizador, comenzaré también por la pregunta del por qué sufrimos. Y al responderla comenzaré con la primera de las explicaciones que me parece que se hayan dado al problema de la «caída del hombre» o degradación de la conciencia: la ignorancia.

Así lo dice el yoga, que al parecer tuvo sus comienzos en la prehistoria, según lo atestiguan ciertos bajorrelieves en arcilla que muestran a alguien en la posición sentada erecta de un yogui, junto a un árbol y a una serpiente. Los aforismos del yoga recogidos por Patañjali en una época cercana a la del Buda seguramente recogen un conocimiento inmemorial, y en ellos podemos encontrar esta interpretación de que para volver a nosotros mismos necesitamos recuperar una visión que hemos perdido. La misma palabra ignorancia, en sánscrito *Avidya*, etimológicamente significa no ver, no visión, y difiere por lo tanto radicalmente en su significado de lo que hemos llegado a llamar ahora ignorancia, que es más bien una falta de saber. Y para quienes usan la palabra en un sentido espiritual como lo yoguis, los budistas o los mismos teólogos cristianos (como San Agustín), ignorancia (*ignorantia*) es esencialmente lo contrario de la

*Exploraciones psicodélicas*

sabiduría, e intrínsecamente una ceguera. Desde el punto de vista de las tradiciones espirituales somos casi todos los humanos ciegos al habernos olvidado de nuestra naturaleza fundamental y al creernos cosas en un mundo de cosas a través de esta no-visión que nos ha desespiritualizado, enajenado, confundiendo nuestra naturaleza esencial con lo que la conciencia del momento nos presenta: sensaciones, emociones, pensamientos, fantasías.

También el budismo afirma que la raíz fundamental del sufrimiento sea la ignorancia, pero se presenta la ignorancia a menudo como parte de una tríada: ignorancia-deseo-aversión, que suelen representarse a su vez como tres animales: la ignorancia como un puerco, el deseo como una serpiente y la aversión como un gallo, que se persiguen el uno al otro, aunque constituyen tres aspectos de un fenómeno unitario. Porque no nos encontramos a nosotros mismos, deseamos esto y aquello, queriendo llenarnos de lo que percibimos, y en la medida en que deseamos esto y aquello rechazamos lo que se interpone a nuestros deseos. La idea en esta tríada de lo que suele llamarse los tres venenos y que podemos reconocer en nuestra experiencia omnipresente es que la ignorancia tiene sus derivados psicológicos, y la lista de los derivados varía según se consideren revisiones yoguis, hindúes u otras. En el cristianismo se suele hablar de siete pecados capitales, pero en la más reciente expresión histórica de lo que se dice un cristianismo esotérico, muy anterior a Cristo, la lista de los pecados o pasiones es de nueve, según se representa en un diseño geométrico llamado eneagrama. En tal concepción cristiana, que no difiere esencialmente de concepciones orientales acerca de los *Kleshas* u obstáculos al espíritu, sufrimos porque somos susceptibles a ciertos «pecados» o desviaciones de nuestra energía psicológica, y tales pecados son así



*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

como parásitos mentales, energías que nos distraen de nosotros mismos y de nuestra orientación evolutiva o, como se dice tradicionalmente, de Dios.

Tales son las teorías principales del sufrimiento antes del surgimiento de nuestra psicología moderna. Pero introdujo algo radicalmente nuevo en el mundo de la cultura Freud con su particular teoría de la neurosis, al atribuirle el sufrimiento humano al hecho de que, al desarrollar una civilización, debimos darle a esta un carácter policial, como garantía de protección mutua ante nuestros impulsos agresivos o destructivos. Así lo propuso en el último de sus libros, *El malestar en la civilización*, al proponer que la neurosis universal es el precio que hemos debido pagar por nuestra condición civilizada en vista de que no somos seres intrínsecamente altruistas. Solo que, con el paso del tiempo, se ha cuestionado el pesimismo de Freud, y no solo la existencia y el éxito relativo de la psicoterapia ha demostrado que el sufrimiento humano puede aliviarse a través de una ayuda de personas especialmente habilitadas, sino que aumentan los argumentos a favor de que el cerebro humano está básicamente diseñado para la colaboración, de modo que la destructividad que hemos desplegado a través de la historia constituye más bien la expresión de nuestra enfermedad colectiva.

En todo caso, me parece que tuvo razón Freud al proponernos que sufrimos porque somos animales que, a través de un proceso de domesticación desde tiempos prehistóricos, hemos llegado a criminalizar nuestros propios impulsos y nuestra sana orientación hacia el placer. Sufrimos como animales encadenados, podría decirse, y parte del proceso terapéutico consistirá en devolverle no solo la voz a nuestra naturaleza instintiva sino que acogerla amorosamente en lugar de sentirnos culpables por nuestro legado biológico.

*Exploraciones psicodélicas*

En seguida surgió en el mundo psicoanalítico una visión alternativa del sufrimiento que pone su énfasis en la sed de amor, que se manifiesta en nosotros desde la infancia como mamíferos nacidos en una situación de dependencia respecto a nuestra madre, y también como personas que viven en un mundo en que la maternidad se ve frecuentemente interferida por otros valores que implican la desvalorización de la madre, la excesiva orientación de la vida hacia la satisfacción agresiva de las propias necesidades y que ha llevado, con el paso del tiempo, a la necesidad de las madres a dedicar creciente atención a la lucha por la subsistencia en un mundo de escasez creciente en que, paradójicamente, aumenta la riqueza a la par con la pobreza. Si queremos llegar al fondo de este sufrimiento por amor, que todos podemos reconocer fácilmente en nuestra experiencia de vida, no se trata tanto de que lloremos por un amor que faltó en nuestra infancia, como suele decirse (cuando se habla de que sufrimos de malos recuerdos), sino que sufrimos principalmente por una sed de amor crónica que se frustra a sí misma, pues mientras más caemos en la tentación de perseguir el amor que nos falta, más traicionamos nuestra naturaleza. Ya sea que tratemos de ser más listos o más atractivos o más dulces, o que queramos atraer el amor materno que nos faltó a través de la magnificación dramática de nuestras necesidades, o poniéndole un tono de agresión culpabilizante a nuestros deseos, desarrollamos formas de ser que nos hacen más difícil encontrar el amor. Y en último término, quienes llegan a resolver el problema amoroso de la vida —y no son muchos—, llegan a la sorprendente conclusión de que no es tanto el amor que se puede recibir de los demás el que puede dar la felicidad, sino el amor por nosotros mismos, que estábamos desesperadamente intentando reemplazar por el aprecio ajeno o el cuidado o por la atracción erótica de los demás.

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

La respuesta al problema de por qué sufrimos entonces, desde el punto de vista del amor, es que sufrimos por la pérdida de nuestra capacidad amorosa, y que, en consecuencia, en el proceso de sanación es la recuperación de nuestra capacidad de amor lo que nos hará personas no solo completas sino felices.

Dando un paso adelante en el tiempo y en la historia del pensamiento psicológico, nos encontramos con otra teoría de la neurosis según la cual no sufrimos tanto por una frustración animal o instintiva, o por frustración amorosa, sino que por un problema existencial: hemos perdido el sentido de la vida porque nos hemos perdido a nosotros mismos, nos buscamos sin encontrarnos como uno que ha perdido su propia alma. Y se encuentra aquí la psicología moderna, en esta visión existencial de la neurosis, con el budismo y el yoga antiguo, que hablaron de la ignorancia. Porque «habernos perdido a nosotros mismos» es haber perdido esa base sutil de la conciencia en que radica la conciencia del Ser que tanto buscamos en «ser esto» o en «ser aquello», en conseguir tal o cual cosa. Vivimos con un hambre ante lo que se presenta a nuestra conciencia porque hemos perdido la *conciencia de nuestra conciencia*, o conciencia de nosotros mismos en cuanto sujetos.

Tales son las teorías de las neurosis que se han presentado históricamente, cada una de ella como una explicación válida en sí misma, pero me parece importante comprender que todas estas visiones son igualmente verdaderas y que todas ellas describen parcialmente un fenómeno unitario: es tan cierto que hemos perdido nuestro animal interior instintivo, como que hemos perdido nuestro cerebro mamífero maternal, y que hemos perdido nuestro cerebro derecho sabio al habernos interesado tan exageradamente en el mundo de la razón astuta y sus ventajas tecnológicas instrumentales.

*Exploraciones psicodélicas*

Digamos entonces que sufrimos porque una parte de nosotros —la mente racional que asociamos usualmente a la función de nuestra corteza cerebral izquierda— se ha vuelto para nosotros una isla en que nos hemos encerrado, perdiendo contacto con la riqueza de nuestro ser completo. Correspondientemente, entonces, sanar deberá consistir tanto en la recuperación de nuestro cerebro reptiliano instintivo, como en la recuperación de nuestro cerebro límbico mamífero solidario, y además en la recuperación de nuestro cerebro intuitivo, desactivado por una sordera crónica.

Pero esto no es todo: ¿cómo ha surgido esta condición tan trágica de convertirnos en seres casi fantasmales que solo saben pensar y que vorazmente se sienten impelidos a explotar todo lo que encuentran a su paso para llenar su doloroso vacío?

Dicho muy simplemente: nacemos sanos albergando un prodigioso potencial de desarrollo, pero como ya observó Rousseau, nacemos en un mundo enfermo que rápidamente nos condiciona limitándonos, y en cierto modo contagiándonos su plaga milenaria. Podemos llamarlo simplemente el mundo «civilizado». Pero más útil u objetiva que la palabra «civilización», que ha sido tan idealizada, me parece la designación más neutra y científica o antropológica de «sociedad patriarcal».

Pero ¿cómo puede ayudarnos a sanar esta noción de que sufrimos por una contaminación con un mal colectivo? Solo diré muy brevemente aquí lo que he explicado más ampliamente en mis libros sobre educación y política: que aunque no parezca factible que podamos cambiar la sociedad patriarcal, que es demasiado inmensa, variada y resistente al cambio, podría ser posible en principio una educación sanadora, diseñada sabiamente para el propósito de que los niños y jóvenes puedan trascender la mente patriarcal dominante de los ambientes que hemos vivido a través de milenios.

*Aspectos espirituales de la experiencia psicodélica*

A la luz de este punto de vista entonces, sanar es sanar de la mente patriarcal, y mente patriarcal me parece el mejor nombre que podemos darle a eso que Freud llamaba la neurosis universal y Pierre Weil ha llamado la normosis, y que los cristianos apocalípticos llamaban la Gran Bestia —cuyo espíritu caracteriza a los grandes centros de poder en el mundo civilizado.

Pero ¿cómo se aplica todo esto al mundo de los psicodélicos?

Fundamentalmente, me parece que como un regalo divino estuviesen los psicodélicos en el mundo como agentes de disolución de esa mente ficticia y pequeña que se ha instalado en el ápice de la jerarquía de nuestro mundo interior, ejerciendo un poder represivo y destructivo sobre el resto de nuestra naturaleza. Algunos psicodélicos, como la ibogaína y la ayahuasca, se caracterizan muy notablemente por la liberación del mundo instintivo, y de allí las frecuentes visiones de animales que caracterizan su efecto. Otros psicodélicos, los interpersonales, se asocian más a la recuperación del mundo amoroso, al cerebro materno solidario, empático; pero todos ellos me parecen activadores de esa esfera del pensamiento que la racionalidad no permite y de la cual nacen tanto la conciencia religiosa como la comprensión psicológica. Me parece que nos convenga concebir nuestro mundo intuitivo a semejanza de un navegador en nuestra estructura cerebral —un navegador que hemos desconectado en nuestro implícito científicismo, que niega lo no racional. Y si a través de nuestra cultura de hombre civilizado hemos llegado a despreciar lo animal como subhumano, comprenderemos, a través de esta visión integral del proceso de oscurecimiento e iluminación de la conciencia, que lo espiritual no es un territorio ajeno a lo animal, sino que un espacio englobante que permite la síntesis de todo lo que somos. Un espacio intrínsecamente neutro, como han descrito tan bien las tradiciones sapienciales que tanto insisten en el

*Exploraciones psicodélicas*

desapego. A la luz de la dicotomía tradicional entre lo apolíneo y lo dionisiaco, tan expresivamente integrada en el simbolismo hindú del ermitaño erótico, la plenitud tiene dos caras: por una parte el espacio neutro que todo lo permite y acoge, por otra parte el flujo perfecto de la vida.

Los psicodélicos se caracterizan tanto por la activación de la corriente de la vida, como por hacer posible la transparencia de la mente a través de la cual esta corriente pueda pasar ejerciendo su trabajo reparador.

## CUESTIONES DE MÉTODO Y FORMACIÓN

### 7.1 ACERCA DE MI MANERA DE CONDUCIR GRUPOS PSICODÉLICOS

Aunque probablemente haya sido un factor en mi influencia sobre las personas que han hecho experiencias psicodélicas conmigo la comprensión de la psicoterapia y del camino espiritual que transmito, me limitaré en las siguientes páginas a explicar algo acerca de la preparación de las personas respecto a tales experiencias a través de los talleres preliminares a la sesión propiamente tal, así como algo acerca de mi forma de intervenir durante las sesiones y, luego, durante la elaboración y puesta en común de las experiencias. Además, incluiré alguna explicación de mi uso de la música, que me parece una importante influencia espiritual a la que las personas en un estado alterado de conciencia son más receptivas que en su conciencia ordinaria, y seguramente contribuye al efecto terapéutico de las experiencias.

*La preparación experiencial*

¿Qué experiencias son relevantes a manera de preparación a una experiencia psicodélica? En primer lugar, una introducción a la práctica del no hacer —o la quietud de la meditación; pues tal práctica implica el control voluntario sobre las necesidades neuróticas o carenciales y se encamina al desapego característico de la serenidad de los estados superiores de conciencia.

En segundo lugar, me parece una muy relevante preparación a la entrega al «viaje sanador» psicodélico la práctica que he llamado de «movimiento espontáneo» —que he adaptado del Lati-han indonesio, en que más que el movimiento interesa el dejarse ir, soltar el control y aprender a entregarse a lo que sucede por sí mismo más allá de nuestras intenciones deliberadas.

Una tercera práctica relevante al proceso sanador psicodélico me parece la comprensión de la propia personalidad a través de la psicología de los eneatis —que constituye una invitación al reconocimiento de las principales motivaciones destructivas que sostienen la propia neurosis.

Además, he incluido a menudo una serie de ejercicios psicológicos de *insight* y de comunicación acerca de la propia problemática que sirven no solo como preparación al «viaje», sino a la creación de un ambiente grupal de intimidad.

Por último, me parece muy relevante una introducción a la música como vehículo de sacralidad, de compasión y de goce —que sirva a un mejor aprovechamiento del efecto que la música ejerce sobre nosotros por sí misma en el mejor de los casos.



*Las sesiones propiamente tales*

Siempre a manera de preparación de un grupo a su experiencia conjunta, suelo pedirles a los participantes una comunicación de lo que principalmente buscan o esperan de la sesión y también una declaración de lo que les pueda incomodar en la relación con alguno de los otros participantes. Digo «declaración» porque no se trata ahora de solucionar nada, sino que solo hacerlo presente, para que ello favorezca el que en el curso de la experiencia grupal pueda ser abordado.

Explico luego, antes de comenzar la sesión, cuáles serán las «reglas del juego»: la entrega a la propia espontaneidad dentro de los límites de la no invasión de los demás, un compromiso a la abstinencia sexual (aunque en libertad erótica) y la no violencia física.

Ingerida ya la sustancia, las personas esperan su efecto sin moverse, ya en posición horizontal o en sillas (en el caso del yagé) y en actitud de autoobservación. Más adelante, alternará con el silencio la música, y recomiendo que se tengan presentes en el silencio las instrucciones de la meditación —que comprenden el silencio del pensamiento, la atención a la respiración y el «recuerdo de sí» —es decir, la atención hacia el centro de la propia conciencia o «yo profundo» más que el pensar y las emociones.

Es común que si las personas no se distraen prematuramente de su proceso de aprendizaje solitario llevadas por la tentación del contacto, sobreviene un periodo de encuentro consigo mismas antes de que se sientan preparadas para llevar lo aprendido a la esfera del encuentro con los demás —y cito a continuación la descripción que hace de su experiencia uno en que estas dos fases se hicieron particularmente presentes:

*Exploraciones psicodélicas*

«La experiencia se dividió en dos partes, la primera muy breve en la que es como si hubiese recibido una serie de aclaraciones, de enseñanzas sobre tantísimas cosas, sobre la energía, cual es la energía que me sirve, la integración del amor que me falta, la pareja, la muerte, prácticamente todo, como si recibiese una enseñanza de un maestro que te lo dice, te lo lee velozmente.

»Ha durado poco esta fase, poco es un decir, habrá durado aproximadamente una hora y media, pero el problema es que en ese punto la experiencia había acabado, pero no había acabado la sustancia, obviamente, que duró hasta las nueve de la noche. Así que ha habido una segunda fase, en la cual he comprendido cómo entro en la duda, porque cuando tengo una certeza, cuando tengo claro qué debo hacer, no me basta tenerlo claro sino que lo quiero controlar, lo quiero detener, lo quiero tener, y esto, creo, ha sido la experiencia de muchos ayer, parar nada, o sea, solo lo sabes, debes fiarte de que lo sabes y renunciar a controlarlo.

»Parto de cómo estoy ahora, del fruto de esta experiencia de ayer. Usando una imagen, es un poco como saber guiar una máquina; la guías y no te sabes todos los gestos que debes hacer mientras la guías, sino que la guías y basta. La sensación que tengo ahora es como de poderme fiar de guiar una máquina sin pensar cómo hacerlo, como si hubiese comprendido alguna cosa más, en esta experiencia, sobre el pensamiento obsesivo, qué es el pensamiento obsesivo para mí».

En vista de la conveniencia de que cada uno tenga el encuentro con su mundo interior y la oportunidad de corregir su actitud según el «poder oracular» típico de la experiencia psicodélica, recomiendo a la gente que no se mueva de su lugar durante algo así como la primera hora, para que el contacto que se establezca con otros no constituya una evasión prematura del encuentro con uno mismo; pero cuando comienzan algunos a

*Cuestiones de método y formación*

desplazarse, también algunos se me acercan —ya sea para comunicarme algo o para hacerme alguna pregunta. Solo en respuesta a tales iniciativas suelo intervenir explícitamente, aunque en más de una ocasión me acerco a cada uno silenciosamente o intercambio con ellos algunas palabras, y mi presencia es fuertemente percibida por muchos a pesar de que no me mueva de mi asiento (al frente, junto al control del equipo musical).

*La retrospectiva*

Al día siguiente tiene lugar la sesión que suelo llamar «de integración» (como lo hacía Salvador Roquet), pues en ella interesa la integración de la experiencia reciente al momento presente y también al resto de la vida, y también se cotejan las percepciones de quienes relatan sus experiencias con las percepciones de los demás.

Pero a manera de preparación para esta reunión de grupo recomiendo que cada uno ponga por escrito su experiencia, ya que estoy convencido de la importancia de una rememoración cuidadosa, y el tiempo que se tendrá para compartir no permitirá relatos detallados. Y también a manera de preparación para la sesión (en que se comparte solo lo esencial de las experiencias) les pido a los presentes una reunión en parejas o tríadas para analizar ciertos aspectos de estas:

1. qué se ha entendido mejor acerca de sí o de la propia vida,
2. qué hubo en la experiencia de extraordinario, maravilloso o espiritual, más allá de la mente ordinaria,
3. y qué inspiración o comprensión se ha tenido respecto a lo que se deba hacer en la vida concreta.

*Exploraciones psicodélicas*

Mis intervenciones en tales sesiones suelen tomar la forma de brevísimos comentarios de aprecio o ironía en el curso de los relatos o a su fin, o bien orientarse a una comprensión mejor de lo que se ha dicho, como ya han ilustrado las transcripciones en capítulos anteriores.

## 7.2 REFLEXIONES ACERCA DEL USO DE LA MÚSICA

Cuando por primera vez hice un viaje psicodélico-terapéutico en compañía de un gran experto, me pidió el doctor Leo Zeff, luego de llegar esa mañana, que seleccionara entre su música lo que más me gustaría oír en el curso de las siguientes horas, y seleccioné el *Shelomo* de Bloch, cuya melodía continué escuchando interiormente durante días o tal vez años. Pero mi entrada al más allá se acompañó de *La música acuática* de Haendel, que no se me habría ocurrido elegir. Desde entonces, también he invitado a mis pacientes a traer una selección de su música, además de lo que selecciono para ellos a partir de cierto repertorio.

Al ponerme a aconsejar un repertorio para otros, me parece que para inducir estados espirituales nada es más adecuado que la música sagrada de todas las culturas, pero también la música clásica de diversas culturas puede tener un contenido sagrado. Así, cuando asistí al grupo de Leo Zeff, en diversas ocasiones me tocó hondamente la música de Ravi Shankar que circulaba por aquel entonces, y me parece que no deba faltar en la discografía de un guía psicodélico.

Volviendo a la música occidental, de la que apenas he mencionado algo de Haendel, conviene tener muy presente a Bach, el gran genio de la música sagrada barroca cuya obra constituyó algo así como el tronco de la música europea posterior, hasta el comienzo de la era moderna. Cuando trabajaba yo con grupos en Chile, usaba especialmente la *Ofrenda Musical* y la *Pasión según San Mateo*; pero así como en un concierto, usualmente, se incluye algún clásico en la primera parte y luego un romántico y luego algo del repertorio moderno, me parece que en una buena sesión psicodélica conviene que todas estas influencias alcancen al

*Exploraciones psicodélicas*

viajero en su navegación interior. Y si hubiera que elegir una obra de Beethoven por sobre todas las demás, nada más apropiado que la Novena Sinfonía, cuyo primer movimiento suena como la voz del Padre Trascendente, el segundo movimiento como la voz del Hijo en todos nosotros, y el tercero —un lago de misericordia— la Madre, en tanto que el cuarto movimiento coral representa una figuración de la humanidad en armonía.

Tal vez ninguna obra romántica haya incluido tantas veces en mis sesiones como el quinteto final para cuerdas de Schubert, que, reflejando el encuentro del compositor con su muerte muy prematura, nos habla a todos los mortales cuando con la ayuda de los psicodélicos somos capaces de abrir los oídos al mundo vivencial que subyace al mundo sonoro de la música y así recibir enseñanzas no verbales de los compositores.

Mucho he hablado ya, a través de los años, del poder terapéutico muy particular de Brahms, que al parecer alcanzó una madurez espiritual más equilibrada que Beethoven, el titánico luchador en quien el heroísmo predominó tanto sobre la ternura y el espíritu lúdico. Y también de Mozart, cuyas obras comunican tanto este elemento de ternura como el espíritu del juego y la apertura al placer de la infancia. Pero si queremos encontrar, en una sola persona, el espectro completo de las formas del amor, me parece que Brahms canta con una paleta más llena que los demás, por la fuerte presencia en su música de la componente empática y materna, casi oceánica. He usado mucho los dos primeros cuartetos de Brahms, también el primer sexteto, así como la Sinfonía n° 1.

También han sido parte de mi repertorio los cuartetos de Debussy y de Ravel, y el concierto en Sol para piano de Ravel y su Bolero, así como *La consagración de la primavera* y *El pájaro de fuego* de Stravinski. Y algunas veces considero, como parte de la

*Cuestiones de método y formación*

preparación de una sesión, darle oportunidad a la gente a que se familiarice con la música para poder entenderla mejor —como sucede espontáneamente después de alguna repetición, en vista de que comprender la música requiere comprender su forma.

Pero ¿qué decir de la oportunidad con que se ofrecen al grupo estas obras musicales?, ¿o de la secuencia en que se presentan?

Diría que en esto he sabido ejercer cierto arte que nunca intenté poner en palabras, y que no sé qué vaya a poder ahora poner en palabras, cuando apenas recuerdo el grano fino de lo que he hecho. En ocasiones mi preferencia musical del momento ha sido inducida por la experiencia de una persona en particular o, a veces, por un deseo suyo, o por un simple deseo de decirle «hola», pero en general me dejo guiar por lo que intuyo como apropiado al «clima grupal», y muchas veces las personas en el grupo me han dicho que la música les llegaba en la forma más oportuna a su proceso interior que se pudiera imaginar, como programada desde una mente omnisciente. Me confieso inocente de tal omnisciencia, pero abierto a la idea de que la espontaneidad puede ser muy sabia, y la situación me hace recordar una época durante la cual, al recibir enseñanzas en un pequeño grupo que rodeaba a Tarthang Tulku en los años setenta, nada me parecía más misterioso que la forma como respondía a todas mis preguntas sin que yo alcanzara a formularlas. Conversando con otras personas en el grupo, ellos también compartían la idea. Pero entonces ¿cómo podía concebirse que Tarthang Tulku nos satisficiera a todos? ¿Podía pensarse que lo hiciera conscientemente? Más bien, me parece que una persona que enseña desde un cierto nivel de inspiración está secretamente en contacto con lo que pasa sin percatarse de ello, como nos percatamos de las actividades de nuestra mente conceptual superficial y deliberada. ¿Y no es eso verdaderamente el arte, que abarca más niveles que el que puede abarcar

*Exploraciones psicodélicas*

nuestra mente ordinaria? He conocido este factor de arte en personas que han usado la música popular en sus trabajos de grupo, como hacía Memo Borja y hace Jorge Llano, recurriendo a canciones de moda que les vienen al dedo a personas que están trabajando asuntos de duelo, o dolor, o amor no correspondido, o quejas, o reproches crueles. Yo no podría hacer lo mismo porque no le he dado suficiente atención a la música popular, y por ello no tengo más repertorio que algunas canciones de mi juventud, hasta llegar a la época de los Beatles, más o menos. Pero creo que la música clásica encierra un poder mayor que la música popular, pese a la inmediatez de esta última; porque los músicos clásicos son personas que han llegado lejos no solo en la música, sino que en ese gran viaje hacia la fuente de la que provienen todas las grandes inspiraciones. Por ello me parece que los acompañantes de viajes sanadores del futuro harían bien en conocer el gran repertorio de la música clásica y tener cierta idea también de cómo este repertorio se adapta a la expresión de las distintas cualidades del amor, cada una de ellas importante para nuestra vida y deseable de cultivar, a la vez que cada una de ellas evocadas con más felicidad con la música que por las palabras de los poetas o aun los místicos.

He escrito un libro que he llamado *La música interior. Hacia una hermenéutica de la expresión sonora*, en que desarrollo la idea de que la música, más que arquitectura sonora pura, constituye el vehículo de vivencias, y de que no nos interesaría la música si se tratara solo de vivencias o estados mentales ordinarios. No solo he argüido en ese libro que la música es algo así como una cripto-religión que funciona como alimento espiritual y como lenguaje de la profundidad de la mente, sino que he intentado transmitir en él algo de la actitud a través de la cual podemos aprender a atender a ese aspecto interior de la música, que no es otra cosa



*Cuestiones de método y formación*

que la corriente vivencial de quien la canta. No importa solamente el repertorio, entonces, sino que importa que se nos invite a escuchar de manera diferente a como se escucha en los salones de concierto: a escuchar la música no como simple fenómeno estético y como placer del oído, sino como una comunicación de corazón a corazón de quien la escribió, para que pueda el contacto con los grandes músicos del pasado llegarnos como una comunión espiritual. Y ante todo, para ello, debemos aprender a transformarnos en la música, dejando de lado nuestros pensamientos personales y emociones cotidianas, identificándonos a través de ello con la voluntad de la música, momento a momento, que no es sino el reflejo de la voluntad de quien produjo ese tejido de sonidos.

Estoy convencido de que los grandes compositores de Occidente han sido maestros de la humanidad cuya influencia espiritual se ignora; y sea esta afirmación cierta o no para las mayorías de hoy, creo que sigue siendo cierta para quienes escuchan la gran música en sus viajes psicodélicos.

Así como la experiencia psicodélica nos hace más permeables a la influencia espiritual directa de los chamanes o personas más avanzadas que nosotros en nuestro desarrollo espiritual, también nos hacen más permeables a la riqueza espiritual de la música, ya se trate de música religiosa, los clásicos de Occidente, la música clásica hindú, árabe, turca o china —y seguramente la experiencia psicodélica de muchos en los años sesenta explica que haya llegado tanto a nuestra cultura la música étnica de todo el mundo. Ciertamente, ha sido un factor en ello, también, el que nuestros propios clásicos, por conocidos, nos han resultado menos atractivos que la música que nos llega con el prestigio de lo remoto y misterioso. Pero repito: más importante que el énfasis en el repertorio me parece la noción de que los grandes músicos, tanto

*Exploraciones psicodélicas*

de Oriente como de Occidente, han sido transmisores de vivencias que pertenecen a ese estrato superior de la mente al que pertenecen la compasión, la verdadera alegría y el éxtasis, la bondad, la serenidad desapegada. Y para que esta noción entre en nosotros de manera más que intelectual conviene que ya antes de las sesiones psicodélicas propiamente tales se escuche música como manera de estimular la experiencia de estas facetas del espíritu.

### 7.3 RECOMENDACIONES PARA LA FORMACIÓN DE FUTUROS SANADORES PSICODÉLICOS

¡Muchas personas recurren a la palabra «guía» en referencia a su rol en el trabajo con grupos psicodélicos, pero en respuesta a la pregunta acerca de qué hacen cuando guían, habitualmente me explican que «nada», y cuando he insistido en querer saber algo acerca de sus «intervenciones terapéuticas», me han ofrecido respuestas pobres, lo que he considerado una confirmación de que su experiencia les ha llevado a sentir como apropiado que —aparte de la adopción de cierta estructura o, a veces, cierto orden ritual— hayan dejado que sus pacientes se entreguen a su propio viaje interior espontáneo.

Por mi parte, me llevó muchos años de experiencia llegar a decidir que mi expectativa como novicio de que en la terapia psicodélica echaría mano de las técnicas de mi profesión en mayor medida de lo que lo hacía Leo Zeff, en el seno de cuyo grupo hice mi aprendizaje, había sido solo eso: la expectativa de un novicio.

A diferencia del trabajo de Leo Zeff, sin embargo, el mío se ha caracterizado por una elaborada *preparación de las personas en el periodo que precede a las sesiones* —ya sea durante un día o poco más, o bien durante un periodo más prolongado—, y también en que en la sesión retrospectiva (usualmente al día siguiente de la toma) suelo intervenir de manera significativa, por lo menos en el caso de algunas personas, según sus informes.

Pero es más: pudiera decirse que pese a mis pocas intervenciones verbales durante una sesión en curso, mi presencia constituye una importante guía para los participantes en el grupo, y esto es así principalmente porque mi relación con ellos no es

*Exploraciones psicodélicas*

simplemente la de un terapeuta hacia sus pacientes o clientes, sino la de un guía espiritual.

En términos conductuales, pudiera parecer discutible la distinción entre el rol de un psicoterapeuta que se dice «transpersonal» (y que en virtud de ello hace uso de técnicas de las escuelas espirituales tradicionales) y un «guía espiritual»; pero en la práctica —y sobre todo en un nivel interior, más allá de su rol o conducta— es diferente el fenómeno de la devoción al de la simple «transferencia positiva». O, por lo menos, así lo comprenden aquellos que participan en escuelas espirituales vivas como el budismo, el sufismo, el tantrismo hindú, el taoísmo o el chamanismo. En todas ellas se reconoce que un «maestro» no es solo uno que enseña y dirige, sino uno que ha llegado a la madurez de su desarrollo, y que ha llegado a conocer lo que enseña por experiencia propia. De tales maestros se dice que transmiten algo por presencia —algo que saben recibir los suficientemente preparados o receptivos; y se dice también que es apropiada la devoción para ese misterioso contacto transformador que entraña la transmisión de una energía espiritual—llámese baraka o bendición—, por más que se sospeche de tales declaraciones en nuestro mundo occidental poscristiano (o pseudocristiano), particularmente en el gremio de los psicoterapeutas. Se sospecha específicamente que los gurús del Oriente constituyan el vestigio de un autoritarismo incompatible con una sociedad democrática y que la pretensión de un liderazgo espiritual sea necesariamente una forma de charlatanería, y se recomienda al público de los buscadores que se cuiden del infantilismo de relacionarse con el guía espiritual como si se tratase de una figura parental, etc. Tales advertencias, sin duda, revelan una media verdad, pero la falsa moneda solo existe porque existe la moneda verdadera, y de todas las cosas —incluyendo la verdad, el amor, el

*Cuestiones de método y formación*

bien y la justicia— hay una forma real y una forma degradada y fraudulenta.

Por eso he necesitado de estos párrafos introductorios a la explicación de que soy uno que, habiendo sido un discípulo de varios maestros espirituales y habiendo llegado a través de una progresiva maduración a saber transmitir lo que recibí, vengo teniendo desde hace mucho tiempo «discípulos» más que «alumnos» o «pacientes», y a pesar de que me presento al mundo como un terapeuta que además de formar terapeutas enseña budismo, vengo recibiendo de quienes tienen un contacto más cercano conmigo una veneración que refleja una influencia más profunda que aquella de un instructor que a veces da consejos o usa técnicas terapéuticas. Por eso, si me propongo describir la forma en que opero en un grupo psicodélico, no puedo dejar de mencionar la sutil autoridad que ejerzo pese a mi lenguaje no autoritario —autoridad que se hace manifiesta especialmente en la posibilidad (que me da el ser tan respetado) de decir a veces verdades duras.

Se podrá comprender, después de lo que he explicado de mi propio desarrollo, que me parezca acertada la práctica de las poblaciones indígenas que dejan el manejo de los psicodélicos a los chamanes, y que no me parezca acertada la opinión supuestamente democrática de que cualquiera pueda desempeñar el rol de guía psicodélico —como está comenzando a ocurrir con la ayahuasca después de la reciente Conferencia Internacional en Ibiza.

Pero a la vez me parece que no sería difícil formar a personas que, sin siquiera pasar por la escuelas universitarias de medicina o psicología, sepan acompañar a otros en su iniciación al mundo psicodélico, o en un «viaje sanador» en algún momento crítico de la vida. Y para ello, la descripción de procedimientos formativos no importará tanto como el reconocimiento de una suficiente madurez o integridad psicoespiritual.

*Exploraciones psicodélicas*

Dicho esto, comienzo ya a compartir mis ideas acerca de cómo podría ser una formación de acompañantes en el viaje sanador e iluminador de los psicodélicos.

Si queremos formar a futuros profesionales, como necesariamente se tendrá que hacer si es que se quiere superar la política represiva y comenzar a utilizar el potencial sanador de estas sustancias (que han sido reconocidas por todas las grandes culturas y que tanto tienen que ver con el origen de las religiones), ¿diríamos que estarán especialmente bien preparados para ello quienes han le dedicado mucho tiempo a entender el esqueleto, los músculos, los fenómenos digestivos, el funcionamiento y enfermedades del ojo, de la nariz y de los oídos? Hasta hace algún tiempo, solo los médicos podían (después de una especialización en psiquiatría) usar fármacos, o siquiera hacer psicoterapia. Pero pasado el tiempo del monopolio psicoanalítico, se abrió también la facultad de ejercer la psicoterapia a los psicólogos.

Sin embargo, ¿debería ser un requisito que antes de usar los psicodélicos, las personas estudien medicina o psicología? Me parece que debemos dejar atrás este prejuicio gremial. O más exactamente: aunque ayudaría la formación de un psicólogo a este propósito, las escuelas de psicología constituirían una exigencia académica poco económica y apenas justificada si se piensa en lo que más convenga a la formación personal y también a la comunidad en el caso de personas jóvenes dotadas como guías experienciales, ya sea en lo terapéutico, lo espiritual o en lo específicamente psicodélico. Me parece que, dado un talento y un mínimo de salud mental, una persona que maneje los psicodélicos puede necesitar menos tiempo de formación y a la vez una formación más compleja que la que proporcionan ahora las universidades; y no tanto una formación académica sino que experiencial, y muy comprometida. Podría muy bien ahorrarse tal persona lo relativo

*Cuestiones de método y formación*

a la psicología general, la psicología experimental, la historia de la psicología, la estadística, la psicología industrial y tantas otras cosas. Por otra parte, lo limitado de la formación de los psicólogos para los requerimientos de una persona que se prepare para acompañar experiencias psicodélicas pueda comprenderse en vista de que, prácticamente hablando, las universidades ni siquiera forman psicoterapeutas expertos. O, dicho de otro modo: las personas competentes en la psicoterapia han debido, después de sus estudios de psicología, acudir a algún instituto especializado, ya sea de terapia gestalt, de psicoanálisis, de terapia transaccional, psicodrama, etc., lo que les ha llevado prácticamente nueve años (cinco de universidad y unos cuatro de especialización).

Tal vez deba intercalar aquí que se me conoce en el mundo terapéutico no solo como uno de los herederos de Fritz Perls, sino como un terapeuta de formación budista y como un intérprete de la psicología de los eneatis, y principalmente como el creador de un programa de formación de terapeutas y educadores al que di el nombre de SAT y que vengo refinando desde hace unos 40 años con gran éxito. Tomó mi trabajo, mucho tiempo atrás, la forma de una asociación llamada Instituto SAT (institución sin fines de lucro, con un interés especial en la educación), y mi trabajo inicial durante los años setenta en California siguió muy de cerca a la gran transición de mi vida durante un retiro en el desierto cercano a Arica. Fue en su comienzo este trabajo una improvisación más que un programa, y ya en mi carta de invitación a los participantes explicaba que no habría propiamente un programa, pero sí ciertos ingredientes, así como para hacer zapatos se necesitan suelas, clavos, cola y tijeras, o para hacer pan se necesita no solo harina, sino que sal, levadura, agua y fuego.

Interrumpí la escuela SAT en los Estados Unidos después de algunos años, en una época en que mi viaje de ascenso al espíritu

*Exploraciones psicodélicas*

se había vuelto el descenso de rigor, y me pareció durante un tiempo que esta actividad podría haber sido algo así como la caída de un meteoro sobre mi vida; pero terminó renaciendo mi trabajo algunos años después en Europa, y ahora sí que se anuncia como un «programa» que llevaba el título de *programa para el desarrollo personal y profesional para terapeutas, educadores y agentes de cambio*. Mi apuesta al crear este proceso de formación y transformación fue que, sin ocuparme de teorías ni de técnicas terapéuticas, con solo proporcionarles a los participantes una experiencia transformadora, podría contribuir al mejoramiento y evolución de su práctica profesional.

Se hizo célebre el SAT desde el comienzo, cuando convergieron en mi grupo discípulos del más carismático de los terapeutas en el País Vasco (Antonio Asín), los del prestigioso Paco Peñarubia (con su instituto CIPARH) y Juanjo Albert, conocido gestaltista y reichiano de Alicante. Pero no solo estaban los seguidores de los gurús, si no que los gurús mismos y algunos colegas extranjeros suyos, como Paolo Quattrini, de Florencia, Riccardo Zerbetto, de Siena, Antonio Ferrara, de Nápoles... Tuve el privilegio, entonces, de asistir al desarrollo no solo de aprendices, sino que de los más prestigiosos terapeutas de Europa.

Entre los aprendices no solo estaban los seguidores de los jefes de las escuelas más reconocidas, sino que, a medida que se daba el SAT a conocer, acudieron más y más personas que habían terminado sus cursos de psicología y buscaban ahora poder hacer psicoterapia. Y más allá de la provincia de los profesionales, diría yo que el SAT siempre estuvo abierto al talento natural de los «aficionados» a la terapia, que resultan ser más o menos los «buscadores». Y me he relacionado con especial simpatía con estos buscadores, algunos de los cuales serán los chamanes de mañana.



*Cuestiones de método y formación*

Naturalmente, al concebir una forma condensada de formación terapéutica independiente de los cánones oficiales, recurrí a lo que más me había servido en mi propia formación. Hubo muchos gestaltistas en mi público desde el comienzo, además, y por ello fue natural que hubiese una buena componente de gestalt en lo que les ofrecía. Pero en vista de mi temprana formación psicoanalítica, fue también natural que incluyese en mi programa un significativo elemento freudiano, particularmente en el uso y refinamiento sistemático de la técnica de asociación libre de ideas, así como en la trasmisión de una buena cultura psicodinámica. Y ha convergido también en la conciencia psicológica que transmito la psicología de los eneatis, que puede decirse parte de la psicología dinámica y que constituye una disciplina de insight sobre la personalidad.

Otro fuerte elemento terapéutico en el Programa SAT fue uno que no había tenido su origen ni en el mundo académico ni en otras culturas, sino que en un médium: el método que introdujo Robert Hoffman en los años setenta en su terapia individual, y cuyas ideas adapté a grupos guiados en un contexto de ayuda mutua. Se trata de un método de re-reelaboración de la infancia en que tiene un fuerte lugar la catarsis del dolor y de la ira, y que permite el perdón de las personas hacia su niño interior enfurecido, y a través de ello la capacidad de comprender y sentir compasión por los padres. Muchas veces he recomendado el Proceso Hoffman que ofrecen muchos institutos a través del mundo a conocidos, diciéndoles que es una de las mejores oportunidades de tener resultados profundamente transformadores en un tiempo breve. En el SAT, lo que ofrecemos es una forma condensada del proceso Hoffman,<sup>1</sup> pero me parece que como

1. En verdad, el Proceso Hoffman nació como una elaboración y extensión del proceso grupal original, que sigue haciéndose como parte del Programa SAT.

*Exploraciones psicodélicas*

un elemento de un programa más amplio, contribuye de un modo importante a sus casi nunca antes vistos y tal vez incomparables resultados.

Incluye también el Programa SAT, con vistas a la formación personal de los participantes como de su capacidad terapéutica futura, un buen componente de meditación, y más específicamente de meditación budista (a través de los tres yanás, en los cuales se aprende a observar la mente, a aquietarla y a conocerla). Y otra dimensión del programa (ya mencionada en el capítulo anterior) es lo que he llamado «movimiento espontáneo», y se acerca tanto al «movimiento auténtico» de Mary Whitehouse y Janet Adler, como al Latihan de Subud. Se trata de una especie de disciplina de la indisciplina, o más exactamente una *disciplina del abandono del control*. Paradójica *disciplina de la entrega*, que ya Patañjali en sus Yoga Sutas menciona como una alternativa a la práctica del aquietamiento de la mente.

Además, otras componentes del Programa SAT han surgido en el seno de nuestra actividad, como el uso terapéutico del teatro, una forma particular del «renacimiento» y el taller supervisado de terapias mutuas. También citaré el uso de la música como apoyo a la devoción, a la compasión y a la alegría, que ha constituido una de mis especialidades originales, e interesará especialmente a quienes vayan a acompañar viajes psicodélicos.

Me ha parecido relevante describir aquí las componentes principales del Programa SAT porque no puedo dejar de sentir que, si le ha enseñado tan bien el ejercicio de la psicoterapia tanto a psicólogos como a profesionales de alto nivel, pudiera también constituir la base de una formación psicodélica futura alternativa a aquella que se desarrolle en las escuelas de psicología o clínicas psiquiátricas. Muy pronto se hará sentir la necesidad de un método relativamente económico, eficiente y breve para formar

*Cuestiones de método y formación*

psiconautas sanadores, y no imagino mejor solución a esta nueva necesidad que este programa que ha interesado tanto a los principiantes como a los expertos y aun a no profesionales, y que se ofrece en la forma de solo tres módulos de diez días de duración, tras un breve curso introductorio.

Aunque, presentado simplemente como una lista de asignaturas, el Programa SAT podría parecer algo arbitrario, lo que más lo recomienda (aparte de sus notables resultados) es lo que podría llamarse su «estructura profunda»: un programa menos evidente que el descrito hasta ahora, que puede resumirse en la finalidad de desarrollar tres formas del amor, tres aspectos del autoconocimiento y el desapego. A este conjunto de capacidades he dado el nombre de «competencias existenciales», y en mi libro *La revolución que esperábamos* he explicado detalladamente su naturaleza, así como su relación con los aspectos del programa. Por ahora, los enumero:

1. El amor, o más específicamente el amor cristiano —que es el amor materno, empático, compasivo y solidario, que en griego se llamó agape. El «amor al prójimo».
2. El Eros. El divino Eros, tan criminalizado —que debe ser devuelto a la inocencia y aun resacralizado.
3. El amor apreciativo o *philia*, que crea valores desde su impulso entusiasta. Va el amor apreciativo desde el respeto a la admiración y, más allá, a la devoción e incluso la adoración, y no solo apunta hacia personas, sino que hacia valores, seres divinos y la vida misma.

Además de estos tres amores, he enunciado como parte de las competencias existenciales, tres formas del autoconocimiento, a la que añadiremos una cuarta:

*Exploraciones psicodélicas*

4. La toma de conciencia de los que nos pasa momento a momento.
5. El autoconocimiento, tanto en el nivel psicodinámico como en lo tocante a nuestros rasgos de personalidad, nuestras relaciones personales y nuestra vida misma.
6. El autoconocimiento metafísico, sabiduría o gnosis. El autorreconocimiento de la mente misma, o de la conciencia misma —más allá de sensaciones, emociones, percepciones, conceptos y otros estados mentales. Esta sabiduría es difícilmente separable de una preparación de la mente a través de la meditación, pero fundamentalmente requiere del
7. Desapego, una séptima competencia existencial, poco cultivada en el mundo secular, pero sin la cual no es posible esa «muerte al mundo» que es el trampolín del despertar. El desapego se cultiva a través de la meditación, pero también a través de la experiencia de hacerle frente a las pérdidas a lo largo de la vida, así como a la frustración de nuestros deseos. Podemos, ante las frustraciones, volvernos más ávidos e irritados, o aprender el desapego, y así ocurre con las personas mejor orientadas.

Volviendo al tema de qué formación recomendar para un aspirante a psiconauta sanador, reiteraré que más importante que las teorías de la psicoterapia sobre las que se concentra el mundo académico, me parecen necesarias (1) una buena capacidad de amarse a sí mismo, para poder también así amar al prójimo y poder admirar las cosas más altas. No será un buen acompañante una persona que todavía no ha alcanzado la libertad erótica, por que mal sabe fluir con la vida uno que anda cojo en un aspecto tan fundamental de la psique. (2) Tampoco será buen acompañante una persona sin esa empatía que es parte natural del

*Cuestiones de método y formación*

sentimiento maternal. (3) Ni será buen acompañante una persona que no tenga «intereses desinteresados», es decir, un impulso altruista o como suele decirse «idealista», y que a través de sus propias aspiraciones inspire un movimiento hacia adelante en el gran viaje. Y si es cierto que se requiere una persona eróticamente sana, sana en sus afectos y sana en su devoción, también se requiere que el aspirante a psiconauta sanador sea una persona que sepa estar en el aquí y ahora, que se conozca a sí misma más o menos bien y que haya dado algunos pasos en el camino hacia la sabiduría. Y entra especialmente el desapego en el repertorio de las capacidades necesarias para vivir bien y también para poder ayudar bien a los demás. En primer lugar, porque *sin desapego no hay navegación*. Es justamente el apego lo que nos mantiene adheridos a situaciones problemáticas, y cuanto más adheridos estamos a nuestras maneras de ver, sentir y hacer, menos podemos entregarnos a la corriente sanadora que es el flujo psicodélico. Pero el desapego es, por una parte, libertad de posiciones fijas y capacidad de soltar el pasado, y por otra parte entrega, tal como en los aspectos complementarios de la meditación hay desapego tanto en el no hacer o como en el entregarse a la corriente de la vida, así como el dios hindú Shiva se representa a veces como un ermitaño cubierto de cenizas y otras veces como un falo erecto, o como la unión de los genitales masculino y femenino al centro de los templos. Se trata de la complementariedad entre los apolíneo y lo dionisiaco, que en la terapia gestalt se expresa como la complementariedad entre la «indiferencia creativa» y la «inteligencia orgánica». Asuntos todos estos que nos pueden parecer exóticos y tal vez abstrusos o incluso rebuscados, y que no son parte del léxico habitual de la psicología (y menos de la educación). Hace algunos meses, sin embargo, promoví un encuentro de educadores en España sobre la importancia de lo apolíneo y lo

*Exploraciones psicodélicas*

dionisiaco en la educación, durante el cual fue muy bien recibido mi planteamiento de que por falta de tales cualidades complementarias no logramos amar.

Creo haber ya terminado de decir lo que me propuse en respuesta a lo que podría ser una futura formación de personas competentes en el uso de alucinógenos y medicinas afines, pero resumiré aquí lo esencial en forma de una recomendación a las autoridades pertinentes para que se den prisa en crear una formación de especialistas en el uso de los psicodélicos tanto en el seno de las universidades como de los institutos de formación terapéutica, y también en nuevos centros que atraigan a las personas más específicamente dotadas o llamadas para este servicio que requiere más de una formación psicoespiritual que de una formación profesional tradicional. Para esto último, me parece altamente recomendable el Programa SAT por su nivel de profundidad, al tratarse de la futura habilitación para la asistencia psicodélica de personas con el necesario talento y bagaje vivencial, pues estoy convencido de que lo que más sirve en esta situación es un traspaso vivo de la conciencia y la salud comparable a la que ocurre en el chamanismo y en las escuelas espirituales, aunque el desarrollo psicoespiritual de las personas hasta ahora haya sido más descuidado que favorecido por las universidades.

Solo al iniciar este capítulo he comenzado a ver cómo mi trabajo de decenios, que fue originalmente inspirado por el deseo de ayudar a buscadores como yo mismo, que luego se volvió predominantemente una formación para terapeutas y que más recientemente me ha interesado por lo que aporta a la formación de educadores, también viene a constituir un aporte para el mundo psicodélico, que creía yo haber abandonado en gran medida, pero al cual me parece haber estado sirviendo sin quererlo mientras me he dedicado al perfeccionamiento de mi escuela psicoespiritual

*Cuestiones de método y formación*

integrativa. Habiéndolo dicho ya, me pregunto si no sonará a propaganda el pretender tener la solución a un gran problema, como quien dice, en el desván. Mi especialidad en la vida parece haber sido la formación de personas —no solo para que puedan ser mejores terapeutas, educadores, empresarios, o lo que sea, si no que para sí mismas y para el mundo en el que vivimos. Y siempre he lamentado que lo que llamamos todavía anacrónicamente universidad se haya transformado en un conjunto de escuelas profesionales que dejan fuera al ser humano. Espero que algún día el Programa SAT pueda servir como complemento humano y humanizante de las actuales profesiones, y muy especialmente de la psicoterapia y la educación.





EL LUGAR DE LOS PSICODÉLICOS EN UNA POLÍTICA  
POR LA CONCIENCIA

*Política psicodélica*

Se podría decir que desde que se prohibieron las sustancias psicodélicas en el curso de los años sesenta hasta ahora, se ha establecido una guerra fría entre el espíritu del prohibicionismo y aquel de los libertarios, y el impasse entre estas dos fuerzas no parece haber servido de mucho.

Tal vez el problema principal del prohibicionismo haya sido la forma como la «guerra contra las drogas» ha servido como pretexto político a una guerra contra la conciencia de las juventudes y a una xenofobia dirigida a los afroamericanos, los latinos, los chinos y los pobres. Durante una era en la que los problemas más importantes del mundo han sido la perversión de la política por la intrusión de los intereses de las grandes empresas, una cuestionable preferencia por ejercer la caridad hacia los ricos, la desigualdad, la crisis ecológica y los conflictos en Medio Oriente, muchos políticos han insistido en que el más urgente de los problemas es el de las drogas —en parte porque la acusación

*Exploraciones psicodélicas*

vehemente de supuestos culpables excita tanto a las multitudes como cuando se hacía espectáculo de la guillotina, y también porque los candidatos políticos demagógicos han conseguido éxito electoral a través de tal maniobra.

Uno de los problemas con la «guerra contra las drogas» ha consistido en que sus resultados han sido mucho peores que los pretendidos efectos nocivos de los fármacos prohibidos. Pues por muy cierto sea que existe el fenómeno de la adicción (que en el caso de ciertas drogas como en el del alcohol destruye vidas), tal efecto destructivo no puede medirse, por ejemplo, con los perjuicios inmensos causados por el encarnizamiento contra personas sorprendidas con pequeñas cantidades de marihuana. Los encarcelamientos en los Estados Unidos han llegado a una cifra cuatro veces superior a los de Arabia Saudí y China, ascendiendo a 2,3 millones de presos. En un interesante documental de 2012 titulado *The House I Live In* (La casa en que vivo) se informa que desde 1971 la «guerra contra las drogas» ha costado más de un trillón de dólares y ocasionado 45 millones de arrestos. Trágicamente, sin embargo, tales costos y perjuicios no han logrado solucionar para nada el supuesto problema de las drogas o siquiera aquel del narcotráfico.

Pero no solo los costos de esta guerra inútil y poco humana han sido un problema, sino su base motivacional, como explica el director y narrador del documental citado, Eugene Jarecki. Pues es claro que la criminalización de la marihuana estuvo al servicio de la persecución de los afroamericanos, y que productos a base de opio se podían comprar en las farmacias antes que surgiese la idea política de criminalizar a los chinos. Si queremos personificar al agresor tras la guerra contra la droga, este se nos aparece como un villano no solo lleno de odio sino que descarado en su espíritu embustero, al pretender que la gente debe ser «protegida» de las drogas, y el país, de quienes las usan.

*El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia*

Prominente entre las mentiras políticas ha sido aquella de que la guerra a la droga es un asunto médico que incumbe a la Organización Mundial de la Salud (OMS), cuando en realidad el desencadenante más significativo de las políticas prohibicionistas fue la así llamada Revolución de la Conciencia, que se anunció demasiada optimistamente en los años sesenta como el amanecer de una nueva era. Se caracterizó este momento de la historia por un renacimiento espiritual, un vigoroso florecimiento en el mundo de la psicoterapia, el feminismo, la ecología, los movimientos de apoyo a las libertades civiles y un marcado interés en las cosas espirituales —como las tradiciones orientales. Pero los defensores del orden establecido se asustaron ante una población de jóvenes que comenzaba a atreverse a invalidar a sus mayores en sus familias y en las instituciones, y llegaba incluso a pretender que la aberración generalizada del «sistema» requería que abrazásemos una «contracultura». La amenaza de tal contracultura constituyó así la base de lo que hoy en día ha sido calificado como un «holocausto en cámara lenta».

Debo confesar que pese a mi simpatía con los que se han interesado en el uso de los psicodélicos, no he concordado con sus propuestas libertarias —e imagino que esto haya sido un desencadenante para que la comunidad psicodélica norteamericana me haya alejado de sus encuentros.

Cuando un grupo de una cuarentena de terapeutas que usaban MDMA fuimos convocados a una serie de conferencias<sup>1</sup> en el Instituto Esalen a mediados de los años ochenta, se propuso que este fármaco (que entonces ya había sido incluido en la Lista 1 de las sustancias prohibidas por las autoridades) pasase a la categoría de aquellos que, como la aspirina, se pudiesen vender en

1. Reuniones del grupo ARUPA (ver nota 4 del cap. 3).

*Exploraciones psicodélicas*

las farmacias sin necesidad de receta médica, y fui el único durante aquellas reuniones en estar en desacuerdo —aparte del psiquiatra de la Casa Blanca, con quien (pese a que nuestro acuerdo entrañara para mí una pérdida de reputación en tal ambiente) coincidimos en opinar que los «empatógenos» deberían calificarse como semejantes a las anfetaminas, cuyo uso se permite pero en forma controlada a través de la receta médica. Y por más que comprenda a quienes cuestionen que los médicos tengan más autoridad que los psicólogos clínicos o directores espirituales, no me parece razonable que un argumento de esta índole resulte en la congelación de un proceso de apertura gradual de las autoridades hacia este nuevo recurso.

Diría que el movimiento psicodélico, bajo el impacto de las fuerzas represivas, exageró su comprensible deseo de libertad de tal manera que en su exceso se volvió contraproducente. Cito a propósito una carta de Antonin Artaud que tomo del prólogo del libro *El derecho a la ebriedad: manifiesto libertario contra la prohibición*, de Javier Esteban.<sup>2</sup>

Señor legislador, eres un cretino.

Tu ley no sirve más que para fastidiar la farmacia mundial sin beneficio para el nivel toxicómano de la nación porque:

1. El número de toxicómanos que se aprovisionan en las farmacias es mínimo.
2. Los verdaderos toxicómanos no se aprovisionan en las farmacias.
3. Los toxicómanos que se aprovisionan en las farmacias son todos enfermos.

2. Javier Esteban, *El derecho a la ebriedad*, Ediciones Amargord, Madrid, España, 2007; pp. 21-24.

*El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia*

4. El número de toxicómanos enfermos es mínimo comparado con el de toxicómanos por placer.
5. Las restricciones farmacéuticas de la droga no molestarán jamás a los toxicómanos voluptuosos y organizados.
6. Siempre habrá toxicómanos por vicio de forma, por pasión.
7. Los toxicómanos enfermos tienen sobre la sociedad un derecho imperecedero de que se les deje en paz. Es, sobre todo, una cuestión de conciencia.

La ley de estupefacientes pone en manos del inspector-usurpador de la salud pública el derecho de disponer del dolor de los hombres; es una pretensión singular de la medicina moderna el querer dictar sus reglas a la conciencia de cada uno. Todos los balidos de la carta oficial no tienen poder de acción frente a este acto de conciencia: más aún que la muerte, yo soy el dueño de mi dolor. Todo hombre es juez, y juez exclusivo de la cantidad de dolor físico, y de vacuidad mental que pueda soportar honestamente.

Lucidez o falta de lucidez, hay una lucidez que ninguna enfermedad podrá quitarme, es la que me dicta el sentimiento de mi vida física. Y si yo he perdido mi lucidez, la medicina no tiene otra cosa que hacer más que darme las sustancias que me permiten recuperar el uso de esa lucidez.

Señores dictadores de la escuela farmacéutica de Francia, sois unos pedantes roñosos; hay una cosa que debería medir mejor: que el opio es esa imprescindible e imperiosa sustancia que devuelve la vida de su alma a quienes tuvieron la desgracia de perderla.

Hay un mal contra el cual el opio es soberano, y ese mal se llama Angustia, en su forma mental, médica, psicológica, lógica o farmacéutica, como quieran.

La Angustia que hace locos.

La Angustia que hace suicidios.

La Angustia que hace condenados.

La Angustia que la medicina no conoce.

La Angustia que vuestro doctor no comprende.

La Angustia que lesiona la vida.

La Angustia que rompe el cordón umbilical de la vida.

Por vuestra inicua ley ponéis en manos de personas irresponsables, cretinas en medicina, farmacéuticos cochinos, jueces fraudulentos, doctores, comadronas, inspectores-doctorales, el derecho a disponer

*Exploraciones psicodélicas*

de mi angustia que es tan aguda como las agujas de todas las brújulas del infierno.

Temblores del cuerpo o del alma, no existe sismógrafo humano que permita llegar a una evaluación de mi dolor con precisión, que aquella, fulminante, de mi espíritu.

Toda la azarosa ciencia de los hombres no es superior al conocimiento inmediato que puedo tener de mi ser: Yo soy el único juez de lo que está en mí.

Volved a vuestros graneros, médicos hediondos, y tú también, Señor Legislador Moutonnier, que no deliras por amor a los hombres, sino por tradición de imbecilidad. Tu ignorancia de lo que es un hombre solo es igual a tu estupidez al pretender limitarlo. Yo te deseo que tu ley recaiga sobre tu padre, tu madre, tu mujer y tus hijos, y toda tu posteridad. Y ahora me trago tu ley.

Muchos de aquellos a quienes les gustaría vivir en un mundo favorable al uso sabio de los psicodélicos han lamentado que Tim Leary, en la exageración de su postura insultante ante las autoridades, retardara el advenimiento de su propio sueño, y lo mismo se podrá decir de tantos otros que se convirtieron en voceros de su liberacionismo sin trabas. Yo mismo lo admiré como uno que hablaba con la libertad de los niños o de los intoxicados, pero ¿no son el narcisismo y el antiautoritarismo fenómenos comparables en último término a la ira prejuiciosa y la mentira?

Le escuché decir una vez a Gordon Wasson (durante un almuerzo que constituyó mi primer encuentro con él durante los días de la conferencia sobre el LSD organizada por la Universidad de California en 1966) que a su mujer le gustaban mucho los hongos, y que la gente se puede dividir entre los micofílicos y los micofóbicos. Se refería con ello a que su esposa, siendo rusa, se entusiasmaba recogiendo hongos en los bosques, y a él, por razones igualmente culturales, no se le habría ocurrido entusiasmarse por tal cosa. Sabemos que se dejó influenciar por ella, y ya sabemos con qué resultado, pero supongo que al

*El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia*

hablar de esta alternativa entre el amor o la repulsión hacia los hongos, ya Wasson estaba evidenciando un contraste análogo entre los que se sienten atraídos o repelidos por las experiencias psicodélicas: dos tipos de personas que en el curso de los años sesenta se vinieron a denominar *beat* y *square*. Entiendo que el término *beat* (aplicado al movimiento literario de Kerouac y otros y al que el Herb Caen, reportero del *San Francisco Chronicle*, agregó la terminación «nik» para caracterizar a los pre-hippies) derivó del gusto por el jazz, y el término *square* me parece una buena metáfora para la mentalidad sobreestructurada de las personas convencionales a quienes nada amenaza tanto como el abandonar el control de sí mismos. Y es un hecho que en cualquier grupo humano hay quienes se interesan en la aventura de traspasar sus propias fronteras y otros que para nada se interesan en una búsqueda que pudiera cambiarlos. En las culturas precolombinas puede ascender a un considerable porcentaje de la población el número de los que quieren hacerse chamanes, y así ocurrió en los años sesenta con los «buscadores». Pero no solo hay en el mundo buscadores o místicos y gente indiferente; también hay antimísticos, y antibuscadores: gente que sin saberlo siquiera le tiene prejuicio a los buscadores de manera semejante a como los nacionalistas piensan mal de los extranjeros y los simples provincianos de los desconocidos. Y este fenómeno del antagonismo hacia los buscadores —que pudiéramos también llamar los protomísticos y potenciales chamanes— es algo que ha constituido un factor omnipresente en una implícita guerra, no solo contra las drogas y contra ciertas minorías, sino *contra la conciencia*.

*Por una política para la conciencia*

No solo tenemos hoy en día una «política antipsicodélica», que se hace presente en una explícita «guerra contra las drogas», sino que también una implícita guerra a esa mente expandida que ha dado a los psicodélicos su nombre.<sup>3</sup> Así como en la Edad Media se combatió el que la gente aprendiera a leer libros, hoy en día se sigue combatiendo la conciencia, solo que nos hemos vuelto suficientemente inconscientes como para no reparar en ello. Trató de un aspecto de este tema R. D. Laing, el padre de la antipsiquiatría, en su libro *La política de la experiencia*,<sup>4</sup> y debería estar a la vista de las madres cómo la adaptación social requiere que se les enseñe a sus hijos a no decir cosas inconvenientes acerca de lo que perciben en su entorno y ni siquiera hacer preguntas embarazosas. También desde su gran experiencia en la formación de la mente infantil lo ha subrayado la gran psicoanalista Alice Miller, que incluso le dio a uno de sus libros el elocuente título de *Thou shalt not be aware*<sup>5</sup> («no te percatarás»).

De muchas maneras se ha expresado el antagonismo de nuestra sociedad hacia la conciencia, aparte de la domesticación de la primera infancia que exaltamos como «socialización», durante la cual se traspasa a los niños la patología de la sociedad, especialmente a través de un mandato a la condenación de sus impulsos instintivos naturales. Freud describió este proceso

3. «Psicodelia» es un neologismo formado por Humphry Osmond a partir de las palabras griegas ψυχή, «alma», y δῆλομαι, «manifestar»: «que manifiesta el alma».

4. R. D. Laing, *La política de la experiencia. El ave del paraíso*, Crítica, Barcelona, 1983.

5. Alice Miller, *Thou Shalt Not Be Aware: Society's Betrayal of the Child*, Meridan Printing, Nueva York, 1984.



*El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia*

como una subordinación del «principio del placer» al «principio de la realidad», pero con la perspectiva de hoy se podría cuestionar el que calificase como «principio de realidad» lo que en efecto no constituye más que un principio de adaptación a una realidad patriarcal; vale decir, una socialización a través de la cual renunciamos a algo de nuestra realidad psíquica al internalizar el rechazo a la espontaneidad instintiva que comparten todas las civilizaciones (que en ello se diferencian de las culturas indígenas precolombinas).

Además de la crianza, se trasmite el antagonismo de la sociedad patriarcal al desarrollo de la conciencia del individuo a través de la perversión de la educación, que no solo continúa el proceso de socialización a través del cual se impone la conformidad hacia una cultura disfuncional, sino que inhibe el desarrollo de la interioridad, manteniendo las mentes de los niños excesivamente ocupadas en memorizar informaciones y descuidando el aspecto ético del desarrollo psicológico (al aceptar de manera puramente retórica el pronunciamiento de la UNESCO de que la educación debería atender a la necesidad de aprender a convivir y a la necesidad de ser). Pero no me extenderé más aquí sobre este tema al que ya le he dedicado un libro entero y sigo dedicando buena parte de mis energías a través de una serie de fundaciones y asociaciones en España, Italia, Chile, Brasil y Rusia.

Independientemente de la guerra al desarrollo de la conciencia que se viene haciendo en los planteles educacionales de manera enmascarada por el pretexto de hacer precisamente lo contrario, se practica también en muchos países una represión de la cultura juvenil, que es temida por las autoridades como una amenaza al orden establecido. Y allí donde sucede esto, se complica esta guerra a la disidencia de los jóvenes a través de la criminalización de los psicodélicos, que han constituido un interés especial

*Exploraciones psicodélicas*

de las juventudes y cuyo efecto (al devolverle a las personas el pensamiento autónomo y la conciencia de sus emociones) resulta contrario a la presión de la conformidad.

También se ha hablado y escrito mucho acerca de cómo milita contra la verdad y la cultura el control de los medios de comunicación, que no solo enmascara la realidad a través de la selección que se hace entre las noticias y a través de interpretaciones convencionales y manipulativas de lo que ocurre, sino que a través de la distracción de lo esencial hacia lo trivial pero «entretenido». Se gastan sumas ingentes hoy en la mentira política, que al implicarnos a todos en una complicidad automática nos vuelve no solo inconscientes de lo que ocurre en nuestro entorno sino que, quitándonos la posibilidad de una existencia socialmente responsable, opera como una implícita castración en nuestra participación solidaria con el bien común, que es propia de nuestra naturaleza como «animales políticos».

El gran problema en todo esto, me parece, es que sea un gran error el tratar de resolver nuestros problemas a través de la robotización colectiva; pues hay razón para pensar que la conciencia, más que un problema, entraña precisamente la promesa de traernos las respuestas indispensables a nuestros graves y crecientemente críticos problemas.

Como dijo Einstein, «los problemas a los que nos enfrentamos no serán resueltos por las mentes que los han creado». ¿Por cuáles mentes, entonces? Mentes más conscientes, sanas, integradas, evolucionadas, obviamente. Y por más que se haya impuesto la opinión de que las drogas destruyen la mente y entrañan un peligro de locura, se ha negado y ocultado que el buen uso de las drogas constituye un poderoso recurso sanador e iluminador; y si los capítulos precedentes de este libro no lo han demostrado, ello solo significará que la medida del prejuicio imperante hace nece-

*El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia*

sario algo más que la simple comunicación de la verdad.

He argumentado a favor de la importancia de que elijamos tener «una educación para la conciencia», en lugar de la educación tradicional y patriarcal (autoritaria y represiva e incompleta) que perpetúa nuestra forma problemática de vida y nuestra conciencia degradada. ¿Cómo es posible que se aplique fraudulentamente el nombre de «educación» a un sistema de enseñanza que más que nada se ocupa de preparar a los estudiantes para pasar pruebas en vista de su selección en el mercado del trabajo? Y ¿cómo no se percibe que el descuido del desarrollo humano por la educación es responsable de la sociedad psicológicamente ignorante e inmoral que tenemos?

Tal vez principalmente porque «entre los ciegos el tuerto es rey»; es decir: entre los que han sido idiotizados por la educación son reyes los educadores —que en realidad no tienen alternativa a la de prostituirse a un sistema perverso (en forma comparable, tal vez, a los pequeños distribuidores de drogas, que no encuentran otros empleos).

No puedo desconocer, sin embargo, que una crítica tan fuerte al orden establecido puede poner en riesgo mi credibilidad, ya que la percepción de tales cosas, que no son obvias para las mayorías, me ha tomado años de reflexión y experiencia; por ello diré al menos que un grueso libro titulado *La idiotización de América* documenta paso a paso la legislación con la que se quiso desde comienzos de la era industrial crear una educación principalmente destinada a la formación de una fuerza de trabajo, y que libros muy esclarecedores como el de George Leonard (*Educación y éxtasis*)<sup>6</sup> sugieren que no sea una mera negligencia de la educación el militar contra el desarrollo de la conciencia, sino

6. George Leonard, *Educación y éxtasis*, Ediciones La Llave, Barcelona, 2014.

*Exploraciones psicodélicas*

que un desempeño eficiente al servicio de un propósito no declarado de crear una sociedad manipulable y *adaptada* a las convenciones.

No es necesaria la contemplación del despropósito de la educación para pensar que el poder que impera en el mundo es o ignorante o despiadado; basta la consideración de lo que se podría hacer en vista del sufrimiento generalizado de nuestra especie a la luz de lo que se sabe acerca de sus causas, para comprender que ocurre como si se quisiesen satisfacer las diversas necesidades de la gente solo con la expectativa del dinero, a la vez que se conspira por un empobrecimiento progresivo de los pobres y por su creciente impotencia.

¿No es algo así como una locura que hayamos creado un sistema económico que no nos sirve a los humanos para vivir en paz y ser felices, sino que solo sirve a una minoría poco sabia y poco benévola que está haciendo del mundo un lugar cada vez más problemático?

¿Acaso ha sido la falta de espíritu solidario o una pobreza de ideales por parte de las personas con más poder lo que, permitiendo el libre juego de su codicia, sostiene nuestra situación colectiva infeliz? ¿O la ceguera de las multitudes, que no saben escoger a sus líderes? ¿O un mal sistémico tal que hace sentir impotentes a quienes participan del espíritu grupal de las empresas, las burocracias, las oligarquías y las mafias? El grado de complejidad del fenómeno, en todo caso, lleva a tal complicación de los análisis y propuestas de solución como para que ello haya generado una pasividad impotente —y por ello mismo me parece que solo podemos ver esperanza en un amplio despertar de la mente humana de las mayorías a otro nivel de conciencia.

Me he detenido sobre el tema de la necesidad de un cambio en la educación como punto de apoyo a la idea más específica de

*El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia*

este capítulo y de este libro de que, independientemente de lo que se opte por hacer en favor del desarrollo de la conciencia de las personas a través de la educación, de la cultura, la salud mental, la crianza y la economía misma, conviene también mucho que tengamos en cuenta una «política de la conciencia» o «política para la conciencia» al tratarse de los psicodélicos.

Pienso, además, que la opción de aprovechar los fármacos que conocemos para la toma de conciencia emocional y espiritual de quienes se interesan en su propio desarrollo psicoespiritual no solo se deberá limitar a un cese de la «guerra contra las drogas», sino que debería también interesarse en un esfuerzo creativo hacia el mejor aprovechamiento posible del potencial psicodélico sanador.

Y sin perder tiempo ni vida en querer aducir nuevas pruebas acerca de la utilidad clínica de los psicodélicos (más allá de lo que ya he hecho, aunque de manera algo impresionista, ya que debería haberse hecho evidente a las personas de amplio criterio por más que continúe siendo tal utilidad indemostrable a las mentes o instituciones prejuiciosas), debo al menos dedicarle algunas líneas a la idea de que *la opción por la conciencia deberá implicar una reconsideración muy seria del prejuicio convencional antipsicodélico que hasta ahora ha dominado en la cultura.*

En el caso de las autoridades políticas, es comprensible la tendencia antipsicodélica en vista de que el éxito político depende de las elecciones y las masas manipuladas han sido hasta ahora más bien convencionales. En el caso de las autoridades médicas, que tan represivas han sido hasta ahora en relación a las drogas «enteogénicas» como las iglesias ante sus místicos, he sido testigo a lo largo de muchos años no solo de cómo la arrogancia del gremio científico ante lo que no ha comprendido suficientemente revela pequeñez, intereses gremiales competitivos y otras

*Exploraciones psicodélicas*

malas pasiones, sino de que el problema fundamental ha sido el que *los organismos que velan por la salud le han prestado su autoridad a una maniobra política: no ha sido de ninguna manera la preocupación de que las personas se puedan arrojar desde las ventanas a la calle bajo los efectos del LSD o que sus bebés sufran por daños en los cromosomas, o siquiera el que algunos se vuelven adictos (o, como en el caso del alcoholismo, hagan sufrir a sus cónyuges o aumenten los accidentes del tránsito) lo que ha motivado a los prohibicionistas*, sino que todo ello le ha servido a manera de pretexto a una política represiva inspirada en verdad por el temor a que las juventudes vuelvan a descubrir lo que tanto proclamaron durante los años en que se apiñaban en las calles de San Francisco reclamando contra la guerra de Vietnam, o cuando cantaban el llamado a una contracultura que despreciaba la ceguera de sus progenitores.

Un rol importante en el fenómeno de la prohibición en Estados Unidos (y luego, por extensión, en el mundo) se debió a la maniobra de Reagan al ser elegido gobernador de California en los años sesenta, cuando concibió una alianza política con los padres de familia de toda esa generación libertaria, tan inspirada por sus experiencias de liberación interior a través de la marihuana y el LSD. Se decía que nunca había sido tan dramática la *generation gap* —el desfase o disonancia entre las generaciones— como en aquellos años en que los jóvenes intelectuales de las mejores universidades (notablemente Harvard y la Universidad de Berkeley), animados por una nueva claridad acerca de la disfunción destructiva del sistema sociopolítico violento y explotador que ahora los quería enviar a Vietnam, se habían vuelto despectivos hacia sus propios progenitores, gobernantes y valores tradicionales. Naturalmente se ganó Reagan simpatía y votos de esos padres cuando propuso que estas juventudes problemáticas e

*El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia*

irrespetuosas eran el gran problema del día, de manera análoga a cómo Hitler en otro tiempo consiguió convencer al pueblo alemán de que los problemas económicos de aquel tiempo eran debidos a la presencia de los judíos y de su poder.

El caso de las autoridades religiosas no ha sido fundamentalmente diferente de aquel de las autoridades médicas o políticas, pues una vez que la palabra «droga» se asoció a la idea de «crimen», ya no se quiso que su desprestigio fuese a contaminar el prestigio sacrosanto de la vida e instituciones religiosas. Y es así como, pese a la importancia capital de las «plantas mágicas» en la historia de las religiones, comenzando por los iraníes y la India de los tiempos védicos e incluyendo las tradiciones tántricas, el taoísmo y los misterios que precedieron al cristianismo en Grecia, el pobre uso popular de las drogas en tiempos recientes ha constituido un argumento para que se les perdiese el respeto —de manera que ya el hablar de las antiguas bebidas sacramentales como «drogas» nos ha llegado a parecer cosa natural.

Dado el desprestigio hacia las «drogas» inyectado en la cultura por las autoridades, entonces, no es de extrañar el repudio por parte de grupos que protegen su propio prestigio espiritual. Y ya que todos los sistemas autoritarios entrañan una tendencia dogmática y una ortodoxia limitante, así como el gremio médico ha querido desprestigiar a los chamanes milagrosos (algunos de los cuales siguen haciendo cosas inconcebibles), también los doctores de la ley en las iglesias modernas desconfían de los que navegan los mares de la experiencia de primera mano en el mundo de la conciencia. Y a pesar de que hoy se va comprendiendo la enorme importancia que han tenido los psicodélicos en la historia de las religiones, sigue dominando entre los líderes del mundo cristiano la opinión de que estos constituyen una vía de acceso inválida, o una vía a experiencias que, por ser

*Exploraciones psicodélicas*

artificialmente inducidas, no deberían permitirse. Pero ¿no ha influido en ello algo semejante al caso de los líderes políticos, a quienes importa mucho la imagen pública y que desconocen el resultado destructivo de su opción conservadora? Nada menos limitante ha sido la cuestionable cultura convencional de las mayorías, que se alimentan del escándalo que les proporciona la prensa amarilla.

Siendo tal el espíritu de nuestra cultura xenofóbica, que trata a los que toman drogas como a monstruos o criminales (de manera comparable a como a través de los siglos ha criminalizado a los judíos y hoy persigue a los pobres), ¿cómo se puede concebir que llegue el día en que se opte por una política humanizante, que le abra las puertas al potencial terapéutico y espiritualizante de las drogas en la cultura, la medicina y aun a una nueva manera de formar a los educadores?

*El reflejo psicodélico de una política por la conciencia*

Difícilmente, en verdad, se puede concebir tal «política psicodélica» en el seno de una cultura que practica (sin siquiera saberlo) una guerra contra la conciencia. Pero en el momento en que se descubra cuán cierto es que se ha sostenido tal guerra contra la conciencia y contra la humanidad misma, es posible que surja, por lo menos de manera experimental, el deseo de explorar una política alternativa, que ponga sus esperanzas en el desenvolvimiento del potencial humano propiamente tal, que no yace en la tecnología, sino en la sabiduría y en la recuperación del corazón, y no menos en la recuperación del sano instinto animal que hemos domesticado desde milenios atrás, cuando comenzamos a golpearlos arrogantemente el pecho en una actitud de «*homo sa-*



*El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia*

*piens triunfalis*».

Una «política psicodélica» sería simplemente una voluntad de hacer uso de los psicodélicos para el desarrollo humano —ya sea en la esfera de la salud pública, de la cultura, de la espiritualidad, de la religión o en la formación de líderes—, y es fácil de imaginar que esta surja cuando la comunidad comprenda que ya es hora de apostar por esa Revolución de la Conciencia que imaginaban Aurobindo y Krishnamurti. Dice este último en *El arte de vivir*:

Las revoluciones políticas, económicas y sociales tampoco son la respuesta, puesto que han producido tiranías espantosas o la mera transferencia de poder y autoridad a manos de un grupo diferente. Ese tipo de revoluciones nunca son la salida para nuestra confusión y el conflicto interno en que vivimos.

Pero hay una revolución que es por completo diferente y que tiene que ocurrir si hemos de emerger de la inacabable serie de conflictos, ansiedades y frustraciones en que estamos atrapados. Esta revolución tiene que comenzar no con conceptos y teorías que, a la larga, demuestran ser inútiles, sino con un cambio radical en la mente misma. Una transformación semejante solo puede ocurrir mediante una educación correcta y el desarrollo total del ser humano.

Aunque en las organizaciones espirituales antiguas es poco probable la aceptación del misticismo psicodélico en vista del antagonismo entre la espiritualidad clásica y el espíritu dionisiaco, y del compromiso patriarcal de las instituciones religiosas represivas, se puede decir que el aprecio por espíritu dionisiaco —que se ha expresado en el entusiasmo por los libros de Castaneda, en el interés de las últimas décadas por el chamanismo y en el espíritu de la psicología humanista— constituye un factor favorable. Y es en el mundo de la psicoterapia donde más fácil nos resulta pensar que se acerque ya el momento de *formar a profesionales dotados de la preparación necesaria para acompañar a los muy numerosos*

*Exploraciones psicodélicas*

*interesados en la experiencia de las «plantas mágicas»* o sus modernos equivalentes sintéticos.

Naturalmente, una vez que uno o más gobiernos aprueben esta intención, se planteará una serie de preguntas, comenzando por las de cómo sería tal formación de futuros guías psicodélicos, a quiénes debería estar abierta y qué preparación se deberá esperar de los candidatos a esta nueva aunque a la vez muy antigua disciplina.

Ofrezco a continuación mi propia opinión en la esperanza de que ella pueda evitar discusiones interminables, para así contribuir a que el efecto sanador de los psicodélicos se haga efectivo lo antes posible.

Durante mucho tiempo albergué la esperanza de que en algún lugar del mundo se fundase una escuela para tal formación de psiconautas expertos, a la que se invitaría tanto a personas formadas en el mundo psicoterapéutico (como Grof, Gabor Maté y otros) como en las tradiciones chamánicas, y en la que se impartiría también una formación psicoterapéutica integrativa. Más recientemente, sin embargo, me parece que será más simple que se permita la especialidad psicodélica en los centros universitarios de formación terapéutica, y tal vez también en los centros extrauniversitarios autorizados —ya que el aprendizaje de la psicoterapia se viene haciendo en tales centros o institutos especializados (en gestalt, terapia rogeriana, psicoanálisis, etc.) más que en las facultades de medicina y de psicología. Tal fórmula pluralista sería más simple que la creación de una escuela modelo, y se acercaría mejor al servicio de las comunidades locales, en las que el uso inexperto de los psicofármacos ha constituido hasta ahora la causa fundamental del abuso.

Para el caso de que alguna de las universidades existentes quisiera crear un centro nuevo para la formación de terapeutas

*El lugar de los psicodélicos en una política por la conciencia*

expertos en el uso de los psicodélicos, sin embargo, quiero proponer en lo que me queda de este capítulo que tal vez sea más apropiada que la formación terapéutica que ofrecen las actuales universidades, la que he creado a través de más de 40 años de experimentación y se conoce ampliamente en el mundo como el Programa SAT para la formación personal y profesional de terapeutas, educadores y agentes de cambio.

Se trata de un programa muy sucinto, de contenido más experiencial que teórico, pero con el contenido teórico apropiado a una práctica integrativa de psicoterapia, que incluye un laboratorio teórico-práctico de psicoterapia con la supervisión necesaria y, sobre todo, un trabajo sobre las dificultades observadas en la relación de ayuda.

El Programa SAT ha ayudado profundamente a muchos en muchos países a través de decenios gracias a una combinación de recursos que incluye no solo materias originadas en la psicología académica, sino que también elementos orientales, como la meditación budista y la psicología de los eneatis —además de elementos originales como el uso terapéutico del teatro y la práctica de la entrega a la inteligencia orgánica a través del movimiento espontáneo.

Pienso que la combinación de los tres módulos del Programa SAT con un programa psicodélico que incluya en forma gradual las principales experiencias posibles constituiría un muy poderoso recurso —no solo para la formación de especialistas sino para el despertar de la sociedad. Y por más que sea difícil aún de imaginar (dado el carácter represivo de la educación tradicional y el nivel de convencionalismo en las burocracias) la utilización de los expansores de la conciencia en la formación de los educadores del futuro, pienso que así como el Programa SAT ha servido no solo a buscadores y a terapeutas sino que muy

*Exploraciones psicodélicas*

especialmente a educadores, llegará el día en que también en el ámbito tan convencional e ignorante de la educación se llegará a comprender que nada puede ayudar tanto a un verdadero educador como el encontrarse a sí mismo, volviéndose sabio y bondadoso.

## APÉNDICES



I

ARTÍCULOS DE PRENSA

## DROGA AMAZÓNICA Y ALMAS URBANAS

*(San Francisco Sunday Chronicle, 9 de mayo de 1965)*

(viene de la pág. 1) ...de un tipo que algunos científicos llaman «alucinógena» y otros denominan «manifestadora de la mente».

Sea como fuere, produce efectos monumentales en todas las personas que la toman. Un hombre incluso informó creer que le estaban quitando las vísceras y reemplazándolas por otras nuevas, y lo mismo respecto a su cerebro.

El yagé ha sido utilizado, aparentemente durante siglos, por los indios de la zona amazónica, sobre todo para formar a los chamanes (hechiceros tribales) que la ingieren frecuentemente para adquirir el conocimiento que sienten necesitar.

El año pasado, el Dr. Claudio Naranjo, psiquiatra de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, y actualmente becario Güggenheim visitante en el Institute of Personality Assessment and Research de la Universidad de California, administró yagé por vía oral a 32 voluntarios chilenos.

Ayer, en una reunión en Berkeley, dijo que el yagé, desde el punto de vista de la psicoterapia «parece ser más prometedor en algunos aspectos que el LSD», un compuesto inventado por un químico suizo y en la actualidad utilizado en Estados Unidos bajo estricta supervisión médica, excepto cuando se obtiene en el mercado negro, que tal vez sea su procedencia más común.

## RESULTADOS

Los doctores Harner y Naranjo informaron de sus resultados durante la novena reunión anual de la Kroeber Anthropological Society en el Hotel Claremont.

Los distinguidos antropólogos dijeron que la vid utilizada en



*Artículos de prensa*

el yagé se conoce como «vid de los muertos». Sus informes sobre los efectos del compuesto encajan sorprendentemente con los expuestos por el Dr. Naranjo cuando se les administró a 32 personas nacidas en Europa o en Chile, que nunca habían estado en la selva.

Un hecho curioso es que siete de esos chilenos urbanitas tuvieron vívidas visiones de tigres, jaguares y leopardos, que coinciden con un efecto característico del brebaje cuando lo toman indios del Amazonas.

En varios otros aspectos, ambos científicos dijeron que los efectos en personas primitivas fueron, en general, idénticos a los de personas civilizadas residentes en Santiago.

El Dr. Harner informó que tras de un total de dos años en Ecuador y Perú había descubierto que el yagé producía estos efectos en quienes lo ingerían:

- Agudeza visual en la oscuridad.
- Escuchar cantos o sonidos como un torrente de agua.
- Ver ciudades desde una gran altitud.
- La sensación de volar, a veces de ser un gran pájaro.
- Sensación de precognición: ver el futuro.
- La experiencia de la propia muerte, a veces de ver el propio esqueleto o cadáver, y contactos con los espíritus de los muertos.
- Encuentros con animales depredadores, sobre todo grandes felinos.
- El efecto de que el mundo es un carrusel.
- La sensación de que el alma se ha separado del cuerpo.

«En algunos casos —dijo el Dr. Harner—, el alma se marchó y el chamán tuvo que perseguirla y traerla de vuelta.»

*Exploraciones psicodélicas*

ALMA

Afirmó que cuando él mismo ingirió el brebaje «también tuve la sensación de que el alma abandonaba mi pecho, lo cual fue toda una sorpresa porque no soy estudiante de teología».

Comentó que este episodio le había resultado «muy interesante».

Al hablar de lo que el yagé provocó en sus voluntarios en Santiago, el Dr. Naranjo, citó cierto número de experiencias asombrosamente similares.

MUERTE

«Ocho de los 32 voluntarios —dijo— tuvieron visiones de muerte.» Unos 11 de ellos sintieron estar «suspendidos en el espacio o volar», la mayoría de ellos experimentó «el movimiento de carrusel», la mayoría estaba «muy preocupada por el sentido de la vida», y «el alma se había separado del cuerpo.»

A ninguno de ellos, dijo el Dr. Naranjo, se le había informado de que el brebaje procedía del Amazonas y al comprobar sus historiales se vio que ninguno había estado nunca cerca de una selva, donde viven los grandes felinos.

Dijo que cuando se dio yagé por vía oral, su efecto culminante tuvo lugar en menos de 45 minutos. Cuando se les inyectó, hizo efecto en cinco minutos, enviando al sujeto volando a un mundo fantástico como el habitado por los dioses griegos o babilonios.

Observó que muchos de los efectos producidos en Santiago eran muy parecidos a los referidos en experiencias yóguicas hinduistas.

El psiquiatra dijo que obtuvo su suministro del elixir yendo a la selva en Colombia, armado con un lote de LSD.

«Les conté que era un chamán, lo cual no deja de ser cierto

*Artículos de prensa*

—dijo, sonriendo—, y sugerí que compartiésemos secretos. Con el LSD pude mostrarles mis poderes.»

El yagé, dijo, actúa de modo muy distinto al LSD que, afirmó, tiene más que ver con el contenido personal del inconsciente; y de la mescalina, que suele provocar un gran interés por objetos externos.

Dijo que el brebaje amazónico hace que el sujeto cierre los ojos, pero que —sorprendentemente— permanezca increíblemente concentrado. Los electroencefalogramas de las ondas cerebrales de esa experiencia, afirma, muestran que las ondas alfa han desaparecido, lo cual significa que el cerebro está extremadamente alerta.

*Exploraciones psicodélicas*

Teorías chilenas son aplaudidas en California

DEL AMAZONAS AL FONDO DEL SER<sup>1</sup>

por Carlos Alberto Cornejo

(*Clarín*, Chile, 1965)

En el aire parecen retumbar los gritos de los papagayos mecánicos de *La isla*, la última novela de Aldous Huxley, con su monócordero advertencia: «todo ocurre aquí y ahora... ¡Aquí y ahora, muchachos! ¡Atención, atención!»

(¿Atención a qué? Pregunta alguien. Atención a la atención, le responden para que todo ocurra realmente aquí —en el lugar del tiempo y el espacio que estamos pisando— y podamos gozarnos verdaderamente ahora: evitemos que los acontecimientos nos sorprendan sumergidos en recuerdos del pasado o sueños del futuro; debemos vivir este momento porque es lo único que poseemos de seguro.)

La Universidad de California en Berkeley se yergue como una isla real y temporal de vida latente, en medio del océano de una civilización automatizada y simplista. Los estudiantes y profesores no se ocupan, como esos universitarios de los films norteamericanos, exclusivamente del partido de fútbol del domingo, o del baile de la noche del sábado. Las conversaciones triviales, los «pololeos» infantiles han sido reemplazados por una actitud

1. Publicado originalmente en el diario *Clarín*, de Chile, en una fecha incierta de 1965. Nótese que este diario progresista chileno publicó su última edición el 11 de septiembre de 1973. El autor de este texto, Carlos Alberto Cornejo, pasó a vivir a Madrid. Muchos años después, el 27 de octubre de 1995, se reencontraría con Claudio Naranjo en una mesa redonda en el Ateneo de Madrid titulada «Ciencia en Hispanoamérica: el Dr. Claudio Naranjo», con Lola Ansola, Alejandro Jodorowsky, Francisco Peñarubia y el propio Naranjo como ponentes, y Cornejo como moderador. (*N. del E.*)

*Artículos de prensa*

vital e iracunda. El patio de la casa central parece una réplica del Hyde Park londinense. Sobre tarimas improvisadas los muchachos gritan, discuten y reparten volantes:

- Queremos la integración racial: los negros son nuestros hermanos.
  - ¡No somos culpables! ¿Por qué nos obligan a marchar a morir en Vietnam?
  - Los cubanos son también nuestros hermanos, ¡acójámoslos!
  - Queremos que se retiren las tropas de Santo Domingo.
  - Queremos legalizar el aborto.
- Otros, menos idealistas, proclaman:
- ¡Queremos sexo!

#### SELVAS EN LA CIUDAD

Hasta hace algunas semanas, por entre aquel barullo y polémica, se paseaba un psiquiatra chileno del Centro de Antropología Médica de la Universidad de Chile, Claudio Naranjo Cohen (32 años, 1 hijo). Alto, delgado, de rasgos filudos y aspecto extraordinariamente juvenil. Ganador de una beca Guggenheim. Había ido a estudiar y experimentar, pero a poco de llegar, su figura comenzó a destacarse dentro de la Universidad de California. Entrevistas de radio, prensa y TV. Charlas y encuentros. *El San Francisco Sunday Chronicle*, con un titular a seis columnas («Droga del Amazonas libera almas de la ciudad») informó sobre sus experiencias relativas al yagé, un zumo levemente amargo extraído de vides y raíces de las riberas del Amazonas, que parece tener propiedades alucinógenas más potentes que las de la mescalina y el LSD (dietilamida del ácido lisérgico). El yagé, al igual que esas drogas (conocidas actualmente con el nombre de psikedélicas,

*Exploraciones psicodélicas*

«liberadoras de la psiquis») produce en quienes lo ingieren fascinantes irrupciones del subconsciente dormido en el campo despierto de la conciencia, visiones de contacto con lo sobrenatural y esclarecedoras manifestaciones que podrían ayudar a explorar el fondo del «self» (el «sí mismo»).

Aunque solo en los últimos años la ciencia ha comenzado a considerar las profundas posibilidades que el empleo de dichas drogas abre en el estudio de la psicología, estas han sido usadas desde hace siglos por los chamanes de las tribus salvajes del Amazonas. En 1957, el antropólogo californiano Michael J. Harner, mientras estudiaba las costumbres de una tribu jíbara del Ecuador, fue el primero en anotar que aquella substancia que ingerían los nativos durante sus ritos sagrados podría ser bastante más que mera superchería de médico-brujo. Cuatro años más tarde, Claudio Naranjo descubrió similares prácticas en tribus del sur de Colombia. Se había internado en la selva armado de una buena dosis del químico y refinado LSD y al toparse con los salvajes les dijo que él también era un «chamán» («lo cual no deja de ser cierto en el fondo», comenta). Cuando entregó a los indios tabletas que produjeron en ellos análogas visiones, estos quedaron absolutamente convencidos; el chamán de la tribu, haciéndose amigo de él, no tuvo inconveniente en intercambiar «secretos».

Volviendo a Santiago, el doctor Naranjo experimentó esta droga (ahora en forma de cápsulas) en 32 voluntarios y fue el reportaje sobre estas experiencias, presentado en una tesis conjunta, con el propio descubridor Harner, el que revolucionó Berkeley en mayo recién pasado.

Harner, basándose en pruebas efectuadas durante dos años en Ecuador y Perú, llegó a la conclusión de que el yagé producía en los indios efectos como:

*Artículos de prensa*

- Intensificación de la vista en la oscuridad.
- El escuchar cantos o sonidos de aguas corrientes.
- La sensación de vuelo, a veces acompañada de la idea de haberse transformado en ave.
- La sensación de precognición: visión de futuro.
- La imagen de encuentros con animales gigantes, especialmente de la familia de los felinos.
- La sensación de la propia muerte, a veces viendo al paciente su propio esqueleto o cadáver y sintiendo trabar contacto con los desaparecidos.
- La visión del mundo y las acciones humanas como si fuesen un carrusel de repeticiones cíclicas.
- La sensación de que el alma se ha separado del cuerpo.

Cuando el propio doctor Harner probó el yagé, relata haber sentido igual que como le confiara un chamán, que el pecho se le partía en dos, dejando escapar el alma: «Esto en realidad me sorprendió, porque yo no soy ningún estudiante de teología».

#### MISTICISMO EN TABLETAS

Al compararse sus estadísticas con las del doctor Claudio Naranjo que no las extrajo de nativos incivilizados sino de chilenos y europeos residentes, de un nivel cultural bastante alto, las similitudes resultaron sorprendentes.

Once de los 32 voluntarios experimentaron sensaciones de estar en vuelo: ocho tuvieron visiones de muerte, la mayoría captó el girar del carrusel de las acciones humanas; casi todos declararon haberse preocupado profundamente durante la experiencia «del significado último de nuestras existencias». Pero lo más sorprendente fue la aparición en sus visiones de gigantes tigers, leones, o parajes selváticos: a ninguno de ellos se le había

*Exploraciones psicodélicas*

comunicado que la droga provenía del Amazonas y, de acuerdo a sus fichas personales, ninguno había visitado jamás la jungla. También fueron sugerentes las persistentes referencias (siendo todas las experiencias aisladas) a visiones mitológicas, a símbolos religiosos o emisión de conceptos de un misticismo con grandes puntos de contacto con los yogas hindúes.

—Hay algo de «junguiano» en esta droga: parece confirmar la existencia de los arquetipos del inconsciente colectivo que teoriza el psicólogo Carl Gustav Jung. A pesar de sus diferencias culturales, geográficas y de edad, los voluntarios mostraron igual tendencia a repetir imágenes y símbolos que se encuentran en el génesis de todas las religiones de todos los pueblos y costumbres. Así, la religión no sería un conocimiento adquirido externamente, sino que brotaría del fondo de nuestro inconsciente colectivo. En el caso de visiones de tigres, serpientes o murciélagos —símbolos de criaturas potencialmente hostiles— estas parecieron depender del grado de integración personal del paciente. El encuentro con tigres que podían atacarlo, significaría una división mental en que el paciente cree tener una mitad de su ser separada del él, cuya existencia rehúsa aceptar visualizándola en forma de esta mitad del sí mismo que lo ataca. Mientras más integrada está la persona, mientras es más «ella misma», torna a concebir que ELLA MISMA es el tigre.

Al igual que los demás psiquedélicos, el yagé comienza a hacer efecto alrededor de una hora de ingerido y durante tres o cuatro. No hay posibilidad de adicción, de tomarse muy seguido se neutraliza su efecto perdiendo potencia, las imágenes que produce son absolutamente voluntarias, el paciente tiende a cerrar los ojos, pero como lo han demostrado encefalogramas, aunque su mente vuela por el espacio y la imaginería, físicamente mantiene una concentración extrema. No obstante, surge una radical



*Artículos de prensa*

diferencia con los demás alucinógenos: mientras estos producen un estado de alerta y de contacto con el medio, el yagé, en cambio, causa una suerte de trance místico, donde el medio deja de preocupar siendo reemplazado por problemas del ser y la religión latentes en el interior humano.

—Aún queda mucho terreno por recorrer, pero el yagé ya presenta características más promisorias que el LSD para usos psicoterapéuticos.

### Y ENTONCES ¡CLICK!

Pero no fue solo la Universidad de California la que descubrió al doctor Naranjo, sino que también ocurrió al revés. Los vociferantes muchachos de los patios escolares, aparte de preocuparse por el mundo exterior, han comenzado a incorporar a su vida diaria técnicas orientales que les abren puertas de un mundo interno. No contentos con solo experimentar diversos psiquedélicos, han adoptado prácticas respiratorias, gimnásticas y han comenzado a estudiar budismo Zen. Uno de los líderes de este movimiento es el profesor Frederick Perls, autor de la «Gestalt Therapy», que colaboró con Sigmund Freud en sus estudios psicoanalíticos durante las década de los 20. Apartándose más tarde del maestro, viajó más tarde a Japón donde elaboró toda una teoría personal sobre la importancia de la conciencia de nuestras actitudes físicas. Psiquiatra existencial, partidario de la toma de contacto con el presente, sus métodos de educación de la personalidad son múltiples. Semanalmente reúne grupos de 15 personas quienes, en íntimo contacto durante 6 horas al día, llegan a asombrosos grados de comunicación humana produciéndose violentas crisis de amor y de ira.

Amigos, parejas de novios y desconocidos, se reúnen en torno a Perls en una sala y comienza la acción. De pronto, mientras conversa sobre cualquier tema, el médico chasquea sus dedos:

*Exploraciones psicodélicas*

—¡Click!

Se dirige a uno de los estudiantes y lo hace tomar conciencia de su ser por medio de inquisidoras preguntas:

—¿Dónde está su mano izquierda? ¿Por qué la tiene usted en el bolsillo? ¿Por qué masca la punta del lápiz? ¿Qué sabor siente usted en la boca al hacerlo? ¿Cómo siente la lengua? ¿Qué sustancia roza sus dientes? ¿Por qué se pasa la mano por el cabello? ¿Por qué enrojece? ¿Qué siente al enrojecer? Tiene usted las mejillas coloradas, esto lo ha producido un flujo exagerado de sangre en esta zona, siente usted un vago escozor... Diga algo..., cuente algo, declare algo...

El alumno lo hace. Entonces el profesor le pide a otro alumno que declare francamente qué piensa sobre lo que ha dicho el alumno: si es cierto, falso, si es demostración de fatuidad, de timidez. Luego los hace enfrentarse y de pronto nuevamente:

—¡Click!

Les hace recalcar lo que están haciendo, lo que están diciendo, les marca la posición de los cuerpos, de sus extremidades, sus gestos.

Otro método es el Triángulo de la Conciencia. De acuerdo a este, nuestros relatos, percepciones y recuerdos se polarizan en tres sentidos: el medio en el que estamos, el cuerpo que poseemos y nuestra fantasía. Sin tema alguno en mente, un alumno debe ir haciendo una asociación libre de declaraciones siempre en torno a estos tres tópicos, mientras un inductor le marca qué está específicamente haciendo en el instante. Las frases del alumno deben comenzar con el ritornello «Estoy consciente de que...».

—Voy a contar algo que me sucedió ayer mientras iba hacia mi casa...

—¿Está consciente de lo que hace? Usted está narrando un hecho que aconteció ayer, eso es lo que está haciendo en este

*Artículos de prensa*

MOMENTO, no está reviviendo el pasado, está solo marcándolo, ¿por qué lo hace?

—Bueno, yo... , ayer...

Ha vuelto a sonrojarse, su cuerpo está demostrando que usted está íntimamente azorado. Al menos es lo que a mí me parece. ¿Por qué se ha sonrojado? ¿Teme haber procedido mal? ¿Teme no haber comprendido lo que se le pedía? ¿Siente sobre usted la mirada de sus compañeros?

### CUANDO LAS PALABRAS NO SIRVEN

También se relatan sueños. Pero no en forma somera, como tema coloquial. Se analizan, se hurgan sus símbolos, son comparados, desentrañados. Es entonces cuando los alumnos toman conciencia de la inutilidad de sus palabras, de la necesidad de aquella otra concepción hindú: la transmisión no verbal. Un sueño es una sensación, un sabor, un estado, un frío, un temor, además de una historia. Así a veces puede solo expresarse con gestos, bailes, sonidos; en los sueños las palabras han muerto. Todos estos ejercicios, a veces violentos, torturantes, similares a terapias de grupo pero aplicadas no a organismos considerados enfermos sino a seres aparentemente normales, suelen derivar en violentas crisis, ataques de histerismo, convulsiones o shocks, pero pasada la tempestad, en medio de un relax multitudinario, en medio de una comprensión mutua, los quince individuos que han convivido durante 7 días han aprendido a conocerse y a conocer a los demás prolijamente. No es solo la conciencia del «sí mismo», sino también de la forma en que este llega al resto de quienes nos rodean. Es la ruptura de las valías o, como dice Perls, el golpe que ahuyenta los fantasmas dejando limpia nuestra caverna interior, poniendo orden en nuestra vida.

La ira no es ocultada con sentimiento de culpabilidad, la

*Exploraciones psicodélicas*

cólera es una necesidad física del mismo cariz del amor. Generalmente los no iniciados en estas teorías, tratan de reprimir sus arrebatos los que terminan por corroerlos al punto de destrozarse su ser. El Dr. George Bach, con su ayudante Shana Alexander, autores del libro *Íntimos enemigos*, han promovido un nuevo trato de la furia, en sus explosiones entre parejas. Según la revista LIFE, al escribir sobre su trabajo, Bach «está haciendo con la furia, lo que Freud hizo con el sexo: remover la vergüenza de su existencia». No es la represión la respuesta, sino el manejo de nuestra agresividad, proclama. Y junto con Alexander organizan feroces encuentros entre parejas a quienes enseña a discutir, pero a discutir sabiamente hasta llegar al fondo, a la verdadera razón del choque.

—No es una llegada tarde, ni una posición política la que separa a los esposos. Son problemas mucho más profundos los que se manifiestan en formas tan fútiles.

#### EL HOMBRE COMPLETO

Otra rama es la psicósíntesis: la educación para llegar a producir el hombre integral. Las teorías al respecto del doctor Robert Gerald establecen que el ser humano solo logrará un cabal equilibrio cuando consiga la armónica expresión de la totalidad de su naturaleza humana: física, emocional, mental y espiritual. «Este 'y' es muy importante. Debemos saber reconocer cuál de nuestras cuatro fuentes de motivaciones, y cuándo son todas ellas juntas, las que pesan sobre nuestros actos».

Aunque aparentemente resulten manifestaciones aisladas el budismo Zen, lo psíquedélicos, las batallas reguladas y la psicósíntesis tienden a lograr la realización de una única premisa: «Todo ocurre aquí y ahora».

Somos nosotros conscientes de nosotros mismos, los que

*Artículos de prensa*

actuamos en un medio que también conocemos y sabemos en qué forma nos conoce. El 27 de agosto próximo, con esta premisa abrirá sus puertas el Esalen Institute, el primer centro mundial de adecuación del ser y del medio ubicado junto a las olas y el mar, en la cálida región de Big Sur de California. En calidad experimental sus cursos durarán solo un año y a él podrán ingresar postgraduados de cualquier especialidad: el estudio esta vez no aparecerá en libros, los propios alumnos serán la materia. El tema a tratar, las fronteras del desarrollo humano, la interacción, la creación y la autosuficiencia.

—Allí se estudiará —dice el Dr. Naranjo— lo que Huxley llamó las Humanidades No Verbales: se enseñará a percibir, a moverse, a sentir, a pensar y a amar, todas funciones que aprendimos en forma autodidacta y generalmente tan mal.

### REALMENTE AQUÍ

A través de sus contactos Claudio Naranjo espera lograr un intercambio entre el Esalen Institute y nuestro Centro de Antropología chileno; los fundamentos de este centro son los mismos: un trozo de humanidad, de conciencia humana, paralelo al estudio universitario.

—No bastan los conocimientos para recibirse de hombre.

De cundir esta idea, de obtener el apoyo necesario, en diciembre de este año, nos visitaría el propio Dr. Perls, el colaborador de Freud, para organizar seminarios entre estudiantes chilenos. Grandes son las perspectivas, grandes los planes. Es posible que lo que ocurre actualmente en California ocurra también aquí. Aquí..., y dentro de poco.

*Exploraciones psicodélicas*

EL PANEL DE LA U.C. AFIRMA QUE ESTA DROGA AFRICANA  
AYUDA A OBTENER PERSPICACIA INTERIOR  
(*San Francisco Examiner*, 16 de junio de 1966)

POR WILLIAM BOQUIST  
Escritor científico del *Examiner*

El folclore hecho realidad pudiera muy bien ser el título de la historia expuesta en la Universidad de California, en el Simposio LSD de una semana de duración, por un delgado psiquiatra chileno.

El Dr. Claudio Naranjo, ganador de una beca Guggenheim para estudiar en el Institute of Personality Assessment and Research de la Universidad de California en Berkeley, explicó en el capítulo de ayer el sorprendente éxito experimental de la ibogaína, un derivado de la raíz de una planta africana.

Se informa de que la droga es utilizada por nativos de África Occidental y el Congo para combatir la fatiga, producir estimulación, ebriedad y confusión mental, y es el último de una larga serie de agentes químicos utilizados en psicoterapia por el Dr. Naranjo.

Ante el foro ampliado de la Universidad de California, explicó que había utilizado LSD, psilocibina, mescalina y otras drogas psicodélicas o psicotrópicas durante varios años.

Durante el último año ha probado la ibogaína con 15 pacientes neuróticos voluntarios en su despacho de Santiago, y estaba «muy impresionado con el éxito de esas 15 experiencias».

La droga, explicó, es «valiosa», sobre todo al producir un estado mental en el que el individuo bajo la influencia de la droga y el terapeuta, puede analizarse a sí mismo y a su situación con una nueva claridad, llegando a producir cambios duraderos.

*Artículos de prensa*

Las nuevas comprensiones intelectuales ofrecidas por la ibogaína, dijo, son lo contrario al efecto del LSD de «entrega a los sentimientos».

Los pacientes del Dr. Naranjo fueron adultos jóvenes tratados antes de pedir la excedencia en su puesto en la Universidad de Chile. Sus experimentos no hubieran podido realizarse bajo las actuales leyes estadounidenses.

Durante la primera hora tras la ingestión de ibogaína, a los pacientes se les instruyó para que hicieran lo que quisiesen, sin pedirles que intentasen hablar de problemas personales.

Por lo general, los pacientes entraban en fantasías, imaginándose ser una serpiente o un tigre, u observando una pelea parental.

LAS FANTASÍAS fueron guiadas por el terapeuta, que en un momento crucial, podía pedir al paciente que se «convirtiese» en otra persona, en un pájaro o un animal, para intentar imaginarse cómo se sentía esa criatura.

El resultado de los vuelos de la imaginación guiados, en conjunción con la droga, afirmó el Dr. Naranjo, solían resultar sorprendentes.

Un paciente, escritor de 30 años, describió su infancia antes de que empezase la ingestión de la droga, como mágica. Dijo que fue un niño al que quiso todo el mundo, retozando por campos y arroyos, «un salvaje inocente, incorrupto por la civilización», cuya equilibrada y civilizada madre le ofrecía «unas Navidades inolvidables».

Nada más acabar la sesión, escribió: «De niño siempre me escondía tras las faldas de mi madre. Iba de mujer en mujer. Mi padre parecía no existir. Quizá ya no estaba allí».

MÁS ADELANTE se describió a sí mismo como tímido, temeroso, tendente a llorar, deseando la muerte de su madre. En

*Exploraciones psicodélicas*

una ocasión intentó suicidarse para castigar a sus padres, que se odiaban, dijo.

La diferencia en ambos relatos, dijo el Dr. Naranjo, ilustra la capacidad de la droga para producir «un cambio radical... en la comprensión conceptual de la situación vital de la propia persona. A diferencia del resultado de experiencias de LSD, que a menudo son puramente experienciales y que apenas se pueden traducir en palabras, la ibogaína parecía inclinarse más por el desarrollo de la perspicacia intelectual, dijo. El LSD, la mescalina y la psilocibina suelen precipitar una experiencia apabullante, en la que hay poco espacio para procedimientos intencionales, e incluso en dosis bajas estimula un gran deseo de entregarse de manera pasiva a sensaciones y emociones».

«POR EL CONTRARIO, la ibogaína conduce a un estado mental más compatible con la actitud analítica y la posibilidad de elegir. Solo una droga —la MMDA— permite más manipulación en terapia, afirmó el Dr. Naranjo.»

La MMDA, también un psicodélico, es útil a la hora de manifestar los aspectos «del aquí y ahora» del comportamiento y actitudes mentales, mientras que la ibogaína es mejor a la hora de analizar el «allí y entonces», sucesos familiares o personales pasados y su significado.

Ambas drogas pudieran complementarse entre sí en psicoterapia, sugirió, y a su vez pudiera complementar las «a menudo impersonales experiencias con LSD».



*Artículos de prensa*

ESTUDIO CHILENO APORTA UN ALUCINÓGENO QUE  
PUDIERA OFRECER CLAVES SOBRE LA PSICOSIS  
(*Medical Tribune*, 22 de febrero de 1967)

*Tribuna médica – Informe mundial*

SAN FRANCISCO- La primera demostración de un alucinógeno endógeno», 20 años después de que investigadores de la esquizofrenia planteasen la noción de un metabolito psicotóxico, procede de un psiquiatra investigador chileno en un simposio sobre la Investigación Etnofarmacológica de drogas psicoactivas, celebrado en el Centro Médico de San Francisco, Universidad de California.

El alucinógeno 6 metoxitetrahydroharman, que se forma en vivo a partir de 5-metoxitriptamina y acetaldehído, es químicamente idéntico a la adrenoglomerulotropina, una hormona en la glándula pineal de los animales, e invita a especular sobre su posible papel en la psicosis, dijo el Dr. Claudio Naranjo, del Departamento de Antropología Médica de la Universidad de Santiago, Chile, en un informe sobre las propiedades psicotrópicas de los alcaloides de harmala.

Dijo que induce un efecto suave en el sujeto humano con una dosis, de ingesta oral, de 1,5 mg/kg. Este efecto es «de una naturaleza menos alucinógena, en el sentido estricto de la palabra y más parecido a un estado de inspiración y de introspección más intenso».

El Dr. Naranjo citó una relación entre la actividad de la glándula pineal y otro alucinógeno más, un compuesto 6-metoxi. La sustancia, 6-metoxiharmalan, que descubrió que es más activo que la sustancia química endógena, deriva in vitro de la melatonina.

*Exploraciones psicodélicas*

Esta última sustancia se obtiene de la metilación de acetil-serotonina, una reacción posibilitada por una enzima presente únicamente en la glándula pineal: hidroxindol O-metiltransferasa (HIOMT).

*Pudiera ayudar a regular la atención*

Observando que en la glándula pineal de ratas que permanecen en constante oscuridad durante seis días tiene lugar un aumento de la actividad de HIOMT, comentó que «uno puede preguntarse si el cuerpo pineal humano, asociado por las tradiciones tibetanas con estados de conciencia más elevados, tal vez pudiera desempeñar un papel en la regulación de la atención o en el ritmo de sueño y vigilia».

A fin de evaluar los efectos alucinógenos de los compuestos 6-metoxi, el Dr. Naranjo los comparó con un alucinógeno afín, un compuesto 7-metoxi llamado harmalina. Esta sustancia, que administró a 30 voluntarios humanos, forma parte del grupo de alcaloides de harmala que suceden de forma natural, obtenida a partir de las semillas de *Peganum harmala*.

La harmalina demostró ser un alucinógeno más potente que cualquiera de las sustancias 6-metoxi, induciendo fenómenos parecidos a los del LSD-25 y la mescalina, pero sin su capacidad de perturbar emocionalmente, dijo. Un beneficio de la harmalina fue la mejoría de los síntomas neuróticos en ocho de los 30 sujetos.

El Dr. Naranjo describió esos efectos de la harmalina:

- Con los ojos abiertos, por lo general los sujetos experimentaron superposición de imágenes pero rara vez las confundieron con la realidad, por lo que las cualidades formales y

*Artículos de prensa*

estéticas del entorno permanecieron esencialmente inalteradas, a diferencia de los típicos efectos del LSD.

- Con los ojos cerrados, las imágenes eran abundantes, vívidas y coloridas, y las largas secuencias ensoñadas fueron más frecuentes que con la mescalina.
- Los objetos parecían contar con múltiples contornos cuando estaban en movimiento, y se daba persistencia de imágenes reflejadas. Todo ello sugiere un efecto retinal de la droga, una posibilidad confirmada por los registros de electroretinogramas en gatos. La droga aumentó la onda alfa y disminuyó la beta del electroretinograma antes de que se observase cambio alguno en el córtex cerebral.
- Aunque a las demás personas se les sentía como formando parte del mundo externo, el deseo del sujeto de comunicarse fue ligero y el contacto era usualmente evitado. La pasividad física extrema pudiera estar relacionada con este retraimiento. La mayoría de los sujetos se tumbaron durante 4-8 horas y describieron un estado de relajación en el que no se sentían inclinados a mover ni un músculo ni siquiera para hablar.
- Algunos sujetos sintieron que algunas escenas que vieron habían sucedido en realidad y que habían sido testigos incorpóreos de las mismas en un tiempo y lugar diferente.
- Fue frecuente la preocupación acerca de problemas religiosos o filosóficos, pero sin la cualidad estética o empática de la experiencia con mescalina. «Así pues, la reacción típica a la harmalina es una contemplación de muchas imágenes con los ojos cerrados, sin otros efectos que preguntarse e interesarse por su significado, algo que contrasta con los cielos extáticos o los infiernos espeluznantes de otros alucinógenos».

*Exploraciones psicodélicas*

*Un alucinógeno más puro*

Por ello, el Dr. Naranjo cree que la harmalina es «un alucinógeno más puro que otras sustancias, cuyos fenómenos característicos son una potenciación del sentimiento, experiencias estéticas o cualidades psicomiméticas, como delirios paranoides, despersonalización o trastornos cognitivos.»

Combinando los resultados de varios experimentos electrofisiológicos en animales, afirmó que «el cuadro neurofisiológico encaja bien con el de las tradicionales “ensoñaciones” del yagé, en cuanto a que el estado descrito conlleva letargo, inmovilidad, ojos cerrados y un repliegue del entorno, pero al mismo tiempo un estado de alerta respecto a los procesos mentales y una activación de la fantasía».

II

ARTÍCULOS DE INVESTIGACIÓN

*Exploraciones psicodélicas*

Del Centro de Estudios de Antropología Médica, Facultad de Medicina, Universidad de Chile, Santiago

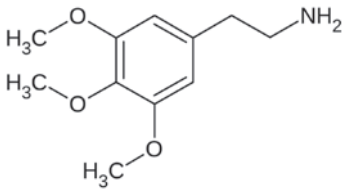
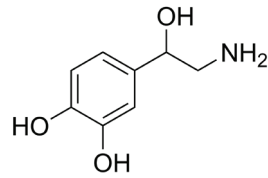
EVALUACIÓN DE 3,4-METILENDIOXIANFETAMINA (MDA)  
COMO COMPLEMENTO DE LA PSICOTERAPIA<sup>1</sup>

Por C. NARANJO, A.T. SHULGIN y T. SARGENT

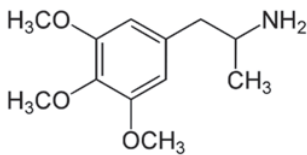
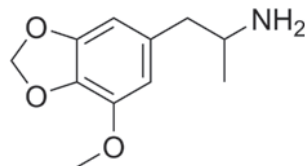
El alcaloide mescalina (Ia), el principal componente activo del cactus peyote (*Lophophora williamsii*), es uno de los más antiguos, más simples y mejor estudiados de todas las sustancias psicomiméticas conocidas. Su gran parecido con el neurotransmisor natural norepinefrina (II) ha sugerido que el mecanismo de funcionamiento de ambas sustancias pudiera tener algunos puntos en común en su acción sobre el sistema nervioso humano. Una sustancia química de estructura intermedia, la 3,4-dimetoxifenetilamina (DMPEA, Ib), carece de uno de los grupos metoxi de la mescalina. El interés en esta base se vio atizado por la observación de su presencia en la orina de pacientes esquizofrénicos pero no en la de sujetos normales (*Friedhoff* y Van Winkle [6]). Es probable que esta sustancia química no sea un psicotógeno endógeno, pues su evaluación en sujetos humanos por parte de Hollister y Friedhoff [8] y Shulgin *et. al.* [16] no reveló propiedades psicotrópicas ni simpatomiméticas.

1. Traducción del artículo original «Evaluation of 3,4-Methylenedioxyamphetamine (MDA) as an Adjunct to Psychotherapy», publicado en *Medical Pharmacology*, 17, 1967, pp 359-364.

## Artículos de investigación

*Mescalina**Ia R = OCH<sub>3</sub>**b R = H**Norepinefrina*

La suma de un grupo alfa-metilo a la cadena lateral (a fin de proporcionar una estructura análoga a la anfetamina) ha demostrado en varios experimentos influir tanto cualitativa como cuantitativamente en las propiedades psicotrópicas observadas. El alfa-metilo homólogo de la mescalina es TMA (IIIa); muestra propiedades psicomiméticas muy parecidas a las de la mescalina pero es aproximadamente el doble de potente (Peretz et. al. [12]; Shulgin *et al.* [13]). Se ha notificado que el homólogo análogo dos-metoxi (III b) ha producido efectos «tipo mescalina» a niveles de 10 mg/kg en uno de dos pacientes psiquiátricos (Fairchild [4]). Las investigaciones realizadas por Alles (Fairchild [5]) a un nivel inferior de 1,4 mg/kg solo demostraron cambios autonómicos menores y ningún fenómeno subjetivo ni alteraciones perceptivas.

*TMA**IIIa R = OCH<sub>3</sub>**b R = H**MDMA**IVa R = OCH<sub>3</sub>**b R = H*

*Exploraciones psicodélicas*

La sustitución de dos grupos metoxil vecinos por un anillo metilendioxi fue el resultado razonable de la frecuente concomitancia de esos sistemas en el mundo vegetal. El análogo metilendioxi de TMA (es decir, MMDA, IVa) demostró provocar un síndrome comparable a la mescalina en la producción de imágenes (Shulgin [14]), pero diferente en ausencia de despersonalización o de distorsiones perceptivas. Ha demostrado su utilidad en la facilitación de ciertos procedimientos psicoterapéuticos (Naranjo [11]). Sería de esperar, basándonos en las analogías anteriores, que el análogo de dos oxígenos, 3,4-metilendioxi-anfetamina (MDA, IVb), careciese de la potencia por peso de su homólogo de tres oxígenos, y que no provocase una respuesta psicomimética tan intensa. En estudios bioquímicos (Mann y Quastel [10]) y farmacológicos (Gunn et al. [7]; Benington *et al.* [2]; Alles [1]) realizados en varias especies animales, el MDA ha sido comparado con la anfetamina. A dosis muy elevadas en gatos, se observaron efectos que sugerían propiedades psicomiméticas.

Solo existen tres informes disponibles que hacen referencia a la investigación de MDA en sujetos humanos. Uno ha descrito la producción de un aumento de la rigidez a través de una dosis sin determinar en un caso de enfermedad de Párkinson (Loman *et al.* [9]). Se llevó a cabo un estudio de los isómeros *levo* de MDA como agente anorexigénico (Cook y Fellows [3]), y en ensayos clínicos con pacientes obesos se observó que niveles de hasta 120 mg/día producían desagradables efectos en el SNC (Shulgin [15]). El informe de Alles [1] es el primer estudio en el que se realizó un intento de evaluación subjetiva de propiedades psicotrópicas. Se realizaron comparaciones directas de MDA con anfetaminas a niveles orales de entre 60-120 mg. El umbral para un «efecto central subjetivo real» era de una dosis total de 60 mg, aunque no se observó el cambio de humor ni el adormecimiento



*Artículos de investigación*

característico de alrededor de una cuarta parte de esa cantidad de anfetamina. A niveles superiores (máximo de 126 mg) se observaron claros cambios visuales y sensoriales relacionados (cambios en el campo periférico y posible hiperacusia auditiva), aunque no hubo efectos en los colores ni alucinógenos, y solo síntomas autónomos menores.

Estos estudios preliminares sugerían que este compuesto tenía un potencial para producir cambios en el clima afectivo y una ligera despersonalización; es decir, un efecto psicotrópico libre de las distorsiones visuales y auditivas que suelen darse con otros alucinógenos. El objeto de este informe es una evaluación de este material en una selección de voluntarios humanos normales.

*Método*

Se administró MDA de forma oral, como sal de hidrocloreuro, a ocho voluntarios que en ocasiones anteriores experimentaron los efectos de LSD bajo condiciones comparables a las del experimento presente. Se les explicó que la MDA pudiera provocar los efectos de un alucinógeno, y que se registrarían sus experiencias subjetivas y de sus comentarios sobre esta experiencia comparada con la de LSD. A todos los sujetos se les entrevistó sobre la historia de sus vidas y sobre su interés en experimentar con compuestos psicomiméticos. Se les observó de cerca durante todo el tiempo que duró el efecto de la droga, y por ello, el sujeto podía contar con una audiencia comprensiva si deseaba plantear problemas personales o sintomáticos. Aparte de eso, la situación experimental se dejó en gran parte sin estructurar. En total hubo seis sesiones con MDA: cuatro de ellas con una única persona, y las otras dos con parejas casadas. En un momento u otro de todas

*Exploraciones psicodélicas*

las sesiones, se les pidió a los voluntarios que observasen objetos, sus manos, un espejo y a otras personas a fin de detectar distorsiones perceptivas. También se les pidió cerrar los ojos y prestar atención a las posibles imágenes que pudieran surgir y que informasen de sus emociones y sensaciones corporales en curso. Durante el resto del tiempo se les animó a relajarse, a sentirse cómodos y a pasar el tiempo como deseasen.

La dosis de MDA fue de 150 mg en las últimas cinco sesiones. En la primera sesión, llevada a cabo con una de las parejas, cada cónyuge recibió 40 mg, y a uno de los dos se le administró 40 mg adicionales tras la primera hora.

*Resultados*

A pesar de las expectativas acerca de que la MDA fuese un alucinógeno, ninguno de los sujetos informó de alucinaciones, distorsiones perceptivas o de imágenes con los ojos cerrados con las dosis empleadas. No obstante, todos los participantes señalaron una similitud entre la MDA y su anterior experimento con LSD. Afirmaron que ambas drogas habían provocado una potenciación de los sentimientos, una facilitación del autoconocimiento, un aumento de la empatía o del disfrute estético en algún momento de la intoxicación. Todos los sujetos notaron los efectos de la MDA entre 40-60 minutos tras la ingestión. El efecto subjetivo de la droga alcanzó su punto álgido a lo largo de los treinta minutos siguientes al inicio de los síntomas, que duraron aproximadamente ocho horas. Esos síntomas fueron reconocidos clara e inequívocamente por los sujetos basándose en experimentos previos con drogas similares. El único síntoma físico claramente perceptible fue una midriasis moderada, que fue constante.

*Artículos de investigación*

De los cuatro sujetos individuales, uno pasó mucho tiempo escribiendo sobre ciertos aspectos de su historia vital, que ahora quiso comprender mejor. Cada uno de los otros tres restantes interactuó activamente con su situación experimental, e informaron de oleadas de euforia y de depresión o culpabilidad a lo largo de la sesión. En uno u otro estado, gran parte de su preocupación tuvo que ver con su propia vida y personalidad.

Para las dos parejas casadas la sesión fue muy fructífera en términos de lograr una mejor comunicación y mutua aceptación, y pasaron mucho tiempo hablando de sus dificultades habituales. Siete de los ocho sujetos percibieron la música con «tridimensionalidad», como suele afirmarse con los alucinógenos.

Hubo algunos episodios de amnesia en las sesiones de ambas mujeres casadas. Es notable porque ninguna de ellas es consciente de amnesia en otras circunstancias (incluyendo tres sesiones con LSD); parecen estar psicológicamente sanas y para una de ellas la intoxicación con MDA debe considerarse como subjetivamente ligera, con una dosis total de tan solo 40 mg. Sin embargo, la amnesia pareció ser temporal; pocos días después, pudieron recordar gran parte de la sesión con la ayuda del terapeuta.

*Discusión*

En resumidas cuentas, y a tenor de los anteriores informes y de los resultados de los estudios llevados a cabo aquí, los efectos de la MDA parecen ser sui generis: afecta los sentimientos de una manera comparable a la observada con alucinógenos, pero no causa los fenómenos perceptivos, la despersonalización o los trastornos de pensamiento que caracterizan a esas sustancias. Además, existen pocas evidencias de los efectos simpatomiméticos

*Exploraciones psicodélicas*

periféricos de la anfetamina. Por lo tanto se sugiere que este compuesto pudiera tener valor en la facilitación de psicoterapia, en virtud de su capacidad de potenciar el acceso a sentimientos y emociones sin las distracciones de la distorsión sensorial. Al utilizarla de ese modo, es necesario prestar atención a la posibilidad ocasional de la aparición de amnesia, y también se aconseja prestar una asistencia constante durante la psicoterapia.

*Conclusiones*

Teniendo en cuenta las relaciones de estructura-actividad de alucinógenos conocidos se sugirió que la 3,4-metilenodioxianfetamina (MDA) pudiera producir efectos psicotomiméticos en seres humanos. En una serie de ensayos realizados en ocho sujetos, con dosis de 150 mg de MDA no se produjeron ninguna de las alteraciones perceptuales o la despersonalización esperadas, pero sí que potenciaron el afecto, la empatía emocional y el acceso a sentimientos, lo cual sugiere que la MDA pudiera ser una droga útil utilizada como complemento de la psicoterapia.

*Referencias bibliográficas*

- ALLES, G.A., *Neuropharmacology. Trans.* 4th Conf. (J. Macy Jr., Nueva York 1957).
- BENINGTON, F., MORIN, R.D., CLARK, L.C., JR. y FOX, R.P., «Psychopharmacological activity of ring- and side chain-substituted  $\beta$ -phenethylamines». *J. org. Chem.* 23, p. 1.979 (1958).
- COOK, L. y FELLOWS, E.J. «Anorexigenic preparation and a method of curbing the appetite». U.S. Patent 2 974 148 (1961).
- FAIRCHILD, M.D., Tesis: «Some central nervous system effects of four

*Artículos de investigación*

- phenylsubstituted amphetamine derivatives», p. 23; personal communication from the U.S. Army Chemical Center, Edgewood, Maryland (1963).
- FAIRCHILD, M.D., Comunicación personal de Alles, G.A. (1963).
- FRIEDHOFF, A.J. y WINKLE, E. van: «Isolation and characterization of a compound from the urine of schizophrenics». *Nature* 194, Londres, p. 897 (1962).
- GUNN, J.A., GURD, M.R. y SACHS, I. «The action of some amines related to adrenaline: methoxy-phenylisopropyl-amines». *J. Physiol.* 95, Londres, p. 485. (1939).
- HOLLISTER, L.E. y FRIEDHOFF, A.J., «Effects of 3,4-dimethoxyphenylethylamine in man». *Nature*, 210, Londres; p. 1.377 (1966).
- LOMAN, J., MYERSON, P.G. y MYERSON, A., «Experimental pharmacology of postencephalitic Parkinson's disease ». . *Trans. amer. Neur. Ass.* 67, p. 201. (1941).
- MANN, P.J.G. y QUASTEL, J. H., «Benzedrine ( $\beta$ -phenethylisopropylamine) and brain metabolism». *Biochem. J.* 34, p. 414 (1940).
- NARANJO, C., *The Employment of Drugs in Psychotherapeutic Procedures* (Berkeley, University of California Press).
- PERETZ, D.I., SMYTHIES, J.R. y GIBSON, W.C.: «A new hallucinogen: 3,4,5-trimethoxyphenyl- $\beta$ -aminopropane, with notes on the stroboscopic phenomenon». *J. ment. Sci.* 101, p. 317: (1955).
- SHULGIN, A.T., «The psychotomimetic properties, of 3,4,5-trimethoxyamphetamine». *Nature* 189, p. 1.011, Londres (1961).
- SHULGIN, A.T., «3-Methoxy-4,5-methylenedioxy amphetamine, a new psychotomimetic agent», *Nature* 201, p. 1.120, Londres (1964).
- SHULGIN, A.T., BUNNELL, S. y SARGENT, T., «Personal communication from R.B. Doughty, Smith, Klein and French laboratories», Philadelphia, Pa. (1964).
- SHULGIN, A.T., SARGENT, T. y NARANJO, C., «Role of 3,4-dimethoxyphenethylamine in schizophrenia», *Nature* 212, p. 1.606, Londres (1966).

*Exploraciones psicodélicas*

Direcciones de los autores: Dr. C. Naranjo, Centro de Estudios de Antropología Médica, Escuela de Medicina, Universidad de Chile, Santiago (Chile); Dr. A.T. Shulgin, 1483 Shulgin Road, Lafayette (Cal.); Dr. T. Sargent, 1044 Siler Place, Berkeley (Cal.) (EE.UU.).

*Artículos de investigación*

FARMACOLOGÍA ANIMAL Y PSICOFARMACOLOGÍA HUMANA  
DE LA 3-METOXY-4,5-  
METILENDIOXIFENILISOPROPILAMINA (MMDA)<sup>1</sup>

A.T. SHULGIN, T. SARGENT Y C. NARANJO

*Palabras clave:* Alucinógeno, Psicodisléptico,  
Psicoterapia, Psicotomimético

*Sinopsis:* Se plantea una base lógica para la investigación de la síntesis y farmacología de la 3-metoxi-4,5-metilendioxfeniliso-propilamina (MMDA) como posible compuesto psicodisléptico; se informa de estos experimentos. Se describe la síntesis química y las propiedades físicas de este compuesto. Se presentan los efectos farmacológicos de la MMDA en varias especies animales, así como sus efectos clínicos en el ser humano. La farmacología animal fue por lo general poco notoria, excepto por un efecto hipotenso en el perro, y el índice terapéutico (DL<sub>50</sub> en ratas/DEM<sub>50</sub> en humanos) fue de 85. Los efectos subjetivos de la MMDA en seres humanos incluyen una potenciación del sentimiento y de las imágenes visuales con los ojos cerrados, pero no alucinogénesis u otras perturbaciones de los centros sensoriales. La comprobación de la realidad y la conducta ambiental no se ven afectadas excepto por una tendencia a retraerse a un estado de adormecimiento, o a un mundo de fantasía e imágenes visuales. El estado inducido de aumento de la disponibilidad de emociones fue fácilmente manipulado en el entorno psicoterapéutico utilizado, y

1. Traducción del artículo original «Animal Pharmacology and Human Psychopharmacology of 3-Methoxy-4,5-Methylenedioxyphenylisopropylamine (MMDA)», publicado en *Pharmacology*, 10, 1973, pp 12-18.

*Exploraciones psicodélicas*

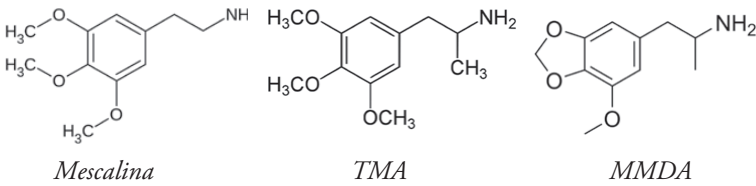
pareció llevar a un aumento de percepción del contenido subconsciente.

La actividad psicofarmacológica de la mescalina (1) ha provocado la síntesis y evaluación farmacológica de un gran número de análogos. Las relaciones estructura-actividad de esos análogos, y las relaciones químicas de la mescalina con las catecolaminas neurohumorales ha llevado a plantear algunos afines estructurales como potenciales psicotoxinas endógenas y agentes patológicos en enfermedades mentales (18). Este informe describe la química y farmacología de uno de esos análogos, 3-metoxi-4,5-metilendioxfenilisopropilamina (MMDA).

El primer análogo de la mescalina con actividad psicotomimética demostrada fue 3,4,5-trimetoxifenilisopropilamina (TMA, II). Este homólogo de la mescalina contiene el anillo del fenil y la cadena secundaria del estimulante simpatomimético, la anfetamina. Los detalles sintéticos se describieron por primera vez en *Hey* (4) y los detalles de la farmacología humana los aportó *Peretz et al.* (9) y *Shulgin et al.* (12). Se descubrió que produce cambios en la percepción sensorial (del color, la perspectiva y el tiempo) a la mitad de la dosis requerida de mescalina, aunque la naturaleza cualitativa de la intoxicación fue algo distinta. Se han preparado homólogos de la TMA por extensión progresiva de la cadena alfa-alkilo (*Shulgin*, 13) pero la ausencia de cualquier aumento cuantitativo en potencia psicotrópica ha llevado a la conclusión de que la cadena de tres carbonos parecida a la anfetamina, representa una característica estructural óptima. La sustitución de dos de los grupos adyacentes de TMA de metoxi con su equivalente metilodioxi heterocíclico, dio el nombre del compuesto 3-metoxi-4,5-metilendioxfenilisopropilamina (MMDA III), un paso lógico sugerido por tres líneas distintas de investigación.



## Artículos de investigación



La primera sugerencia proviene de los alcaloides que acompañan a la mescalina en el cactus del peyote *Lophophora williamsii*. Aunque muchas de las tetrahidro-isoquinolinas presentes están claramente relacionadas con la mescalina porque son derivados de trimetoxi, algunas de estas cepas cuentan con un puente de metilenodioxi junto a grupos de metoxi adyacentes (II). Eso parece ser una representación más o menos igual de ambas familias químicas (dimetoxi frente a metilenodioxi) en el cactus.

Se halló una segunda clave en los informes de la actividad psicotrópica del 3,4-metilenodioxfenilisopropilamina (MDA) en humanos (1, 8). Este compuesto, aunque carece de un grupo metoxi en el nombre del mismo, cuenta con la estructura del anillo metilenodioxi. El análogo equivalente dimetoxi (3,4-dimetoxifenilisopropilamina) aparentemente no produce alteraciones perceptuales u otros fenómenos subjetivos en sujetos que experimentaron ese tipo de cambios con MDA (3). Parece estar claro que la sustitución de dos grupos metoxi vecinos con el anillo metilenodioxi provoca un aumento de potencia.

Un tercer argumento provino de estudios sobre los aceites esenciales. Como hemos señalado en un informe previo (17), hay varios aceites esenciales naturales con diversas combinaciones de metoxi y sustituyentes metilenodioxi en el anillo. En la época en que se inició este trabajo, dos compuestos (MDA y TMA) y que presentaban estructuras de anillos idénticas a dos

*Exploraciones psicodélicas*

aceites esenciales (safrol y elemicina) pero con una cadena lateral de fenilisopropilamina, que se sabía que tenían actividad psicofarmacológica en seres humanos (1, 9). Como la elemicina puede convertirse fácilmente en TMA *in vitro*, parecía razonable suponer que la miristicina pudiera similarmente convertirse en MMDA. Esta conversión resultó exitosa y el procedimiento demostró ser generalmente aplicado a los aceites esenciales (18). Un informe preliminar (*Shulgin*, 14), ha descrito la MMDA como eficaz en humanos como psicotomimético, y aquí se presenta un esbozo de la síntesis, así como la farmacología animal y humana de apoyo.

*Materiales y métodos*

La miristicina sirve como el material base más conveniente para la síntesis de MMDA. Se han descrito (*Shulgin*, 16) los detalles de su isomerización a trans-isomiristicina, a miristicinaldehído y al precursor beta-nitromiristicina de la MMDA. La reducción del hidruro de aluminio de litio de este nitroestireno (*Ramírez y Burger*, 10), produjo una base fácilmente aislable como sal de hidrócloruro, recristalizable a partir del alcohol isopropílico, p.f. 190-191.

Se realizó una serie de estudios preliminares en animales. En los experimentos con ratones, a machos albinos que pesaban aproximadamente 25 g se les inyectó, bien de forma intravenosa o intraperitoneal, soluciones de MMDA-HCl. Las soluciones eran aproximadamente de 1% de MMDA al nivel más elevado diluido en suero fisiológico. En las ratas, los datos del comportamiento y toxicológicos se obtuvieron mediante administración oral (sonda gástrica) de MMDA-HCl en una solución del 10% en agua destilada. Se utilizaron ratas albinas (cepa Holtzman) de

*Artículos de investigación*

aproximadamente 250 g de peso. Los efectos respiratorios y cardiovasculares de la MMDA se observaron en el perro anestesiado (*beagle*, peso medio 8,6 kg). Se administró fenobarbital por vía intravenosa en dosis de 30 mg/kg con suplementos necesarios para mantener una anestesia satisfactoria. Se seccionó el nervio vago, se canuló la tráquea y se insertaron catéteres de polietileno en la arteria y vena femoral. Todas las inyecciones (tanto de 1,3 o 4,3 ml por dosis, en solución salina fisiológica, y a niveles de 0,3, 1, 3, 10, 30 y 100 mg/kg) se administraron a través de la cánula venosa, y la presión arterial femoral se cuantificó a través de un transductor Statham. El electro se registró utilizando las derivaciones estándar de las extremidades. Las espiraciones respiratorias se registraron quimográficamente con un tambor conectado al brazo lateral de la cánula traqueal.

La farmacología humana se estudió mediante dosis que no excedieran las requeridas para alcanzar síntomas psicotrópicos, y los niveles efectivos se determinaron previamente, siendo aproximadamente de 2 mg/kg (*Shulgin*, 15). Las dosis empleadas variaron entre 100-350 mg, pero la mayoría de los sujetos recibió 120-150 mg. Se administró MMDA oralmente, como sal de hidróclorido, a 13 hombres y 7 mujeres voluntarios, de entre 24-50 años de edad, en un entorno clínico psiquiátrico. Ocho de los sujetos recibían por entonces terapia por diversos trastornos neuróticos, y a dos más les interesaba la experiencia sobre todo en términos del beneficio que pudiera esperarse del experimento, durante la sesión, con ciertos procedimientos psicoterapéuticos. Quince de los sujetos había participado en una o más sesiones bien con LSD o con mescalina, bien con propósitos experimentales o terapéuticos. Así pues, era posible comparar los efectos de estos últimos materiales psicotrópicos directamente con los de la MMDA.

### *Resultados*

La DL<sub>50</sub> en ratones fue de 150 mg/kg i.p. y 55 mg/kg i.v. Las dosis efectivas mínimas (DEM<sub>50</sub>) también dependieron de la forma de administración; la DEM<sub>50</sub> i.p. fue de 30 mg/kg y la DEM<sub>50</sub> i.v. fue de 5 mg/kg. Teniendo en cuenta las diferencias de dosis tal como vienen delimitadas por la vía empleada, la naturaleza cualitativa de los cambios de comportamiento fue bastante consistente. A 30 mg/kg i.v. resultó evidente casi de inmediato un aumento de la actividad locomotora, que persistió durante varias horas. Hubo un ligero aumento del ritmo respiratorio, una clara midriasis, y un aumento de la sensibilidad a los ruidos. El descenso inicial en la sensibilidad al tacto (solo perceptible a este nivel elevado) fue remplazado por hipersensibilidad al cabo de una hora, que duraría otras 6-8 horas. A niveles bajos (10 mg/kg i.v.) solo se notó esta última hipersensibilidad y tanto los cambios respiratorios como locomotores siguieron siendo evidentes. La administración i.p. de MMDA produjo señales reactivas similares, pero las dosis requeridas fueron varias veces más elevadas.

La DL<sub>50</sub> en ratas fue de 170 mg/kg oralmente. Las autopsias macroscópicas llevadas a cabo en las ratas que murieron mostraban generalmente pulmones hemorrágicos, hígado oscuro y congestión, tanto en las adrenalininas como en los riñones. La muerte ocurría en las tres primeras horas tras la administración. La DEM<sub>50</sub> de MMDA administrada oralmente fue de 20 mg/kg. Al igual que con los estudios anteriores en ratas, la hiperactividad resultó patente al cabo de 10 minutos de la ingestión de dosis representando 100 mg/kg (aumento del ritmo respiratorio, piloerección y temblores), pero estos indicios se perdieron por completo al cabo de cuatro horas. Todas las ratas, incluyendo las

*Artículos de investigación*

que sobrevivieron a los ensayos más intensos a niveles de DL<sub>50</sub>, mostraron un aumento de peso normal durante las dos semanas siguientes y ninguna patología macrocópica importante en la autopsia tras ese periodo.

En el perro no se percibieron cambios en el ritmo cardiaco hasta alcanzar el nivel de parada cardiaca total (100 mg/kg), excepto que en los niveles más bajos hubo cambios en las ondas T del electro, pasando de ser invertidas a verticales. Solo aparecieron mínimas respuestas depresoras a las dosis más bajas (1 mg/kg). Los efectos hipotensos máximos (a 10 mg/kg) disminuyeron la presión sanguínea de 200/142 a 60/50. Aunque el ritmo respiratorio no se vio sustancialmente alterado a lo largo de todo el espectro de dosificación, los cambios en el carácter se registraron a partir de 1 mg/kg. Mientras que en los periodos de control, la inspiración era lenta y la espiración rápida y forzada, en periodos de administración de la droga, la inspiración era prolongada y profunda, seguida de lentas y pasivas espiraciones. Los efectos respiratorios y depresores arteriales fueron rápidos al principio (10-20 seg.). Los efectos de la dosis de 30 mg/kg indicaron taquifilaxia con un retorno más rápido a niveles normales tanto de la presión arterial como de la respiración anormal que con una dosis de 10 mg/kg. La duración de la respuesta del depresor arterial a 10 mg/kg fue de aproximadamente 45 minutos; y la respiración alterada persistió durante 10-15 minutos.

En sujetos humanos, los primeros síntomas aparecieron entre 30-60 minutos tras la administración. Una midriasis moderada fue constante, y un mareo entre ligero y moderado fue percibido por la mayoría de los sujetos. Las sensaciones somáticas más frecuentes fueron las de calor y frío, o temblores. Estos últimos correspondieron al temblor de los brazos y de la mandíbula inferior en cinco sujetos. En una ocasión, bajo los efectos de 250 mg,

*Exploraciones psicodélicas*

se observó un nistagmo pendular en todas las direcciones de la mirada, y en dos ocasiones se informó de dificultades para enfocar. Las náuseas estuvieron presentes en tres sujetos durante un breve intervalo, y uno de ellos acabó vomitando.

Los efectos psicológicos fueron suaves mientras se permitió que la experiencia se desarrollase espontáneamente. En general, siempre que se introducían técnicas psicoterapéuticas, las respuestas eran exageradas, más allá de las esperadas a partir de procedimientos similares bajo circunstancias normales. Bajo los efectos de la MMDA, podían suscitarse intensas emociones, y parecía facilitarse la perspicacia emocional. Los fenómenos espontáneos más frecuentes fueron la acentuación de emociones (ansiedad, euforia, soledad, calidez amorosa), la visualización de imágenes (con los ojos cerrados), un estado de aletargamiento y relajación muscular, y una sobrestimación del tiempo transcurrido. Las imágenes eran generalmente realistas y relacionadas con la percepción cotidiana de personas, paisajes u objetos. Cuando no se informaba de imágenes espontáneas era generalmente posible despertarlas recordando alguna escena (por ejemplo, un sueño). Los efectos por lo general alcanzaban su punto álgido una hora después de los síntomas iniciales, disminuyendo durante la segunda hora, y habían desaparecido al final de la quinta hora.

*Discusión*

El índice terapéutico de la MMDA (DL<sub>50</sub>/DEM<sub>50</sub>) tuvo alguna variación; en ratones fue 5 i.p. y 11 i.v., y en ratas 8,5 oralmente. No obstante, en seres humanos, sin duda debido a una mayor sensibilidad en la medición del nivel de dosis del psicoactivo, un índice terapéutico basado en DL<sub>50</sub> en ratas oral/DEM<sub>50</sub> en

*Artículos de investigación*

humanos oral, da como resultado un valor de 85, un satisfactorio margen de seguridad.

Vale la pena comentar el más bien sorprendente efecto hipotenso de la MMDA en perros. Posiblemente podrían sintetizarse análogos de la MMDA que pudieran estar libres de efectos psicoactivos, y que pudieran ser útiles como fármacos hipotensos. Ese efecto depresor contrasta con la pronunciada acción presora de la anfetamina, e indica que el lado de la cadena isopropilamina de tipo anfetamina, en el caso de la MMDA, no produce los efectos autónomos de la anfetamina.

Esta serie de pruebas clínicas piloto no fue diseñada para un estudio detallado de los efectos perceptivos y emocionales en sujetos humanos. Parece que este compuesto es una efectiva droga psicodisléptica. Cuenta con efectos característicos inesperados y que son claramente diferentes de los efectos de la mescalina o el LSD tal y como observaron otros autores y también uno de nosotros (C.N.) en muchos años de experiencia clínica. A continuación se ofrece una breve exposición de dichas diferencias.

(1) Los efectos fueron de una duración menor, de unas 4 horas en lugar de las 8-10 del LSD (7) o la mescalina (2).

(2) Las experiencias de los sujetos fueron más «familiares», es decir, más próximas a la calidad de la experiencia cotidiana. Tanto el aspecto «trascendental» como el «psicótico» que se describen con frecuencia como parte de las experiencias con drogas alucinógenas (5, 2), se observaron raramente aquí. No se observó ninguna despersonalización.

(3) El contenido de las imágenes con los ojos cerrados fue en general realista, y solo ocasionalmente mítica o «arquetípica», como se ha observado con LSD o mescalina (5, 2).

(4) La experiencia de intoxicación con MMDA fue fácilmente controlable por parte del propio sujeto, incluso a las dosis

*Exploraciones psicodélicas*

más elevadas empleadas en este caso. Siente que tiene la oportunidad de entregarse a una emoción de fantasía o de apartar su atención de la misma; así pues, la experiencia no resulta espontáneamente abrumadora, como suele ocurrir con el LSD. Como resultado de ello, el contacto del sujeto con el entorno y sus procesos cognitivos no se vieron alterados. El sujeto puede sentir que se encuentra bajo la influencia de una droga solo cuando cierra los ojos y presta atención a las imágenes disponibles. En otras ocasiones, el sujeto pudiera sentir que los efectos han menguado, o en otros casos que ni siquiera empezaron, hasta que ofrece alguna expresión que revela sus emociones; la experiencia puede entonces alcanzar un pico de intensidad a través de una concentración deliberada y la guía del terapeuta.

(5) Fenómenos visuales con los ojos abiertos, como una potenciación del color o distorsión de expresiones faciales, u objetos, con MMDA, se observaron únicamente en tres casos, y en todos ellos a dosis elevadas. Fenómenos como el de imágenes ocupando el mundo visual, ilusiones o alucinaciones de las que se informa frecuentemente con LSD (5) no fueron observados en este caso.

(6) La ansiedad ha sido una característica más prominente con MMDA que con LSD o mescalina. Hollister (6), por ejemplo, descubrió tensión o ansiedad inusual en únicamente el 40% de sus sujetos con LSD (5) o mescalina. La mayoría de los sujetos estudiados aquí expresaron ansiedad, pero fue algo que invariablemente llevó al sujeto a lidiar con alguna situación personal en virtud del entorno terapéutico utilizado. Los temblores musculares solo ocurrieron en el 25% de los casos informados aquí, pero fueron muy intensos cuando aparecieron. No siempre pudo relacionarse con ansiedad subjetiva, sino que sugería algún tipo de expresión alternativa de emociones. *Hollister* (6) halló «temblor



*Artículos de investigación*

interior» en el 65% de sus sujetos con LSD o mescalina.

La MMDA parece compartir las propiedades de intensificación del estado de ánimo, potenciadora del sentimiento y mínimas distorsiones sensoriales descritas anteriormente con respecto a la MDA (8) y la 4-bromo-2,5-dimetoxifenilisopropilamina (139). Sugerimos que esos compuestos representan una nueva clase de agentes psicofarmacológicos, distintos de los psicotomiméticos, que merecen más investigaciones como drogas útiles en el tratamiento de las neurosis.

*Conclusiones*

Los efectos farmacológicos de la MMDA en animales parecen ser relativamente suaves hasta que se alcanzan niveles cercanos al efecto letal, pero el índice terapéutico (DL<sub>50</sub> en ratas oral/DEM<sub>50</sub> en humanos) es amplio. Los efectos psicodislépticos en sujetos humanos parecen concentrarse en las áreas de la potenciación del sentimiento y en las imágenes visuales con los ojos cerrados, en notable contraste con las profundas distorsiones sensoriales halladas con LSD o mescalina. Las diferencias son lo suficientemente grandes como para que resulte inadecuado referirse a la MMDA como a una droga psicotomimética o alucinógena. Con la MMDA, la comprobación de la realidad y el contacto con el entorno no se ven afectados excepto por una tendencia a replegarse a un estado de somnolencia o a un mundo de fantasías. Este estado de incremento de la disponibilidad de sentimiento ha demostrado poder ser estimulado y manipulado con facilidad en un entorno terapéutico, donde parece conducir a una acentuada percepción del contenido subconsciente.

*Bibliografía*

- ALLES, G.A., «Neuropharmacology. Transactions of the Fourth Conference (1957)», pp. 196-204, Nueva York, Josiah Macy Jr. Foundation, N.Y. (1959).
- BERINGER, K., *Der Meskalinrausch*, pp 1-315 (Springer, Berlín, 1927).
- FAIRCHILD, M.D., Tesis: «Some central nervous system effects of four phenyl-substituted amphetamine derivatives», pp. 23-24 (Univ. of Calif., Los Ángeles, 1963).
- HEY, P., «The Synthesis of a New Homologue of Mescaline», *Quart. J. Pharm. Pharmacol.* 20, pp. 129-134 (1947).
- HOFFER, A. y OSMOND, H. *The Hallucinogens*, pp. 110-128 (Academic Press, Nueva York, 1967).
- HOLLISTER, L.E., «Drug-induced psychosis and schizophrenic reactions; a critical comparison». *Ann. N.Y. Acad. Sci.* 96; pp. 80-92 (1962).
- HOLLISTER, L.E., *Chemical Psychoses; LSD and Related Drugs*, pp. 32-74 (Thomas, Springfield, 1968).
- NARANJO, C., SHULGIN, A.T., y SARGENT, T., «Evaluation of 3,4-methylenedioxyamphetamine (MDA) as an adjunct to psychotherapy». *Med. Pharmacol.* exp. 17, pp. 359-364 (1967).
- PERETZ, D.J., SMYTHIES, J.R., y GIBSON, W.C., «A new hallucinogen: 3,4,5-trimethoxyphenyl- $\beta$ -aminopropane, with notes on the stroboscopic phenomenon». *J. Ment. Sci.*, 101: pp. 317-329 (1955).
- RAMIREZ, F.A. y BURGER, A., «Reduction of phenolic  $\beta$ -nitrostyrenes by  $\text{LiAlH}_4$ », *J. Amer. Chem. Soc.* 72, p. 2.782 (1950).
- RETI, L.: Capítulo 1 en Manske y Holmes *The Alkaloids*, Vol. IV, pp. 7-20 (Acad. Press, 1954).
- SHULGIN, A.T., BUNNELL, S. y SARGENT, T.: «The psychotomimetic properties of 3,4,5-trimethoxyamphetamine», *Nature*, Londres. 189, pp. 1.011-1.012 (1961).
- SHULGIN, A.T., «Psychotomimetic agents related to mescaline», *Experientia* 19, pp. 127-129 (1963).
- SHULGIN, A.T., «3-methoxy-4,5-methylenedioxy amphetamine, a new

*Artículos de investigación*

- psychotomimetic agent», *Nature*, Londres, 201, pp. 1.120-1.121 (1964).
- SHULGIN, A.T., «Psychotomimetic amphetamines: methoxy 3,4-dialkoxyamphetamines», *Experientia* 20, pp. 366-369 (1964).
- SHULGIN, A.T., «A convenient synthesis of myristinaldehyde», *Canad. J. Chem.* 46, pp. 75-77 (1968).
- SHULGIN, A.T., SARGENT, T., y NARANJO, C., «The chemistry and pharmacology of nutmeg and of several related phenylisopropylamines», en *Efron Symposium: Ethnopharmacologic search for psychoactive drugs*, pp. 202-214 (U.S. Governm. Print. Office, 1967).
- SHULGIN, A.T., SARGENT, T., y NARANJO, C., «Structure-activity relationships of one-ring psychotomimetics», *Nature*, Londres, 221, pp. 537-541 (1969).
- SHULGIN, A.T., SARGENT, T., y NARANJO, C., «4-bromo-2,5-dimethoxyphenylisopropylamine, a new centrally active amphetamine analog», *Pharmacology* 5, pp. 103-107 (1971).

### MÁS SOBRE LA MMDA

La MMDA (3-metoxi-4,5-metilendiofenilisopropilamina) es un compuesto sintético obtenido de la aminación de la miristicina, el principal componente en la fracción aromática del aceite de nuez moscada. La propia nuez moscada —mada shaunda, «fruto narcótico», en el Ayurveda indio— es psicoactiva, y su uso popular por dicho efecto ha ido aumentando en Estados Unidos en la década de 1960.<sup>1</sup> Los efectos de la nuez moscada pueden atribuirse a los productos transformados de varios aceites esenciales relacionados,<sup>2</sup> y esa pudiera ser una razón para las diferencias entre su acción y la de la MMDA: a partir de relatos sobre el envenenamiento con nuez moscada que llevan apareciendo desde la Edad Media,<sup>3</sup> está claro que la especia como tal tiene una toxicidad mucho mayor que la MMDA, bastando con entre una y tres nueces moscadas para precipitar agitación, delirio, inconciencia, síntomas gastrointestinales o respiratorios y trastornos circulatorios obvios.

La dosis oral efectiva de MMDA, es de aproximadamente 2 mg por kg (150 mg para una persona de peso medio, que corresponde a la miristicina en 1 y ½ nueces) y que provoca muy pocos síntomas físicos, en caso de producirlos. Se estima que esa dosis

1. Este texto fue escrito en 1966.

2. «The Chemistry and Psychopharmacology of Nutmeg and of Several Related Phenylisopropylamines», A. Shulgin, T. Sargent, y C. Naranjo, *Actas del simposio sobre The Ethno-pharmacological Search for Psychoactive Drugs*, University of California, San Francisco Medical Center, 1967.

3. «Nutmeg as a Psychoactive Drug», A. Weil, id.

*Artículos de investigación*

es  $\frac{1}{8}$  parte de la dosis letal, determinada en perros y ratones.<sup>4</sup> En cuanto al carácter del síndrome psicológico resultante de la ingestión de nuez moscada, también difiere del descrito en este capítulo en lo relativo a su cualidad alucinatoria concreta. Ello podría atribuirse a la eleticina y probablemente a su derivado, la TMA,<sup>5</sup> que se sabe que provoca distorsión de las formas y efectos coloreados parecidos a los de la mescalina. La MMDA podría calificarse de alucinógeno marginal, pues comparte algunos de los efectos de esas sustancias sobre las emociones y el pensamiento, pero rara vez causa síntomas visuales aparte de imágenes mentales en algunas personas. Tampoco suscita las reacciones «trascendentes» o las reacciones «psicotomiméticas» tan típicas de los alucinógenos.

El siguiente relato de los efectos psicológicos de la droga está basado en las experiencias de 30 sujetos, siéndole administrada a 15 de ellos en un ámbito terapéutico. En cuanto a los 15 restantes, el propósito de la ingestión fue la investigación de los efectos espontáneos de la sustancia, y las sesiones se llevaron a cabo con una actitud y en un ambiente relajado en una casa particular.

Los efectos de la MMDA suelen empezar a sentirse al cabo de 45-60 minutos de la ingestión y alcanzan su punto culminante en la primera hora tras los síntomas iniciales. Estos suelen disminuir al cabo de cinco horas, aunque algunas personas (10%) han descrito efectos secundarios hasta 24 horas después: insomnio, somnolencia o un estómago revuelto.

4. «The Chemistry and Pharmacology of 3-methoxy-4,5-methylenedioxyamphetamine (MMDA)», C. Naranjo, T. Sargent, A. Shulgin, un monográfico en preparación

5. «The Psychotomimetic Properties of 3,4,5-trimethoxyamphetamine», A. Shulgin, S. Bunnell, y T. Sargent, *Nature*, 189, 1.011 (1961).

*Variabilidad de la intensidad*

Al hablar de la intensidad de los efectos de la droga, es esencial señalar el grado de contundencia en la situación en el momento de la ingestión y la actividad en la que pudiera implicarse el sujeto. Esto es mucho más importante en el caso de la MMDA que en el de los alucinógenos. Por ello, personas que toman una dosis de 150 mg y que han elegido entregarse pasivamente a la experiencia o que no participan en una interacción terapéutica, comparan sus síntomas (dejando de lado diferencias cualitativas) a los producidos por unos 50 microgramos de LSD-25. Sin embargo, a pesar de ese efecto suave, existe un potencial de experiencias muy potentes que solo resulta aparente cuando la situación se manipula para suscitar emociones. Es algo que resulta obvio a partir del hecho de que personas que han tomado esa dosis de MMDA para una sesión terapéutica comparan la intensidad de la droga al efecto de 200, e incluso de 300 microgramos de LSD-25.

Esta variabilidad en la potencia manifiesta de la droga dependiendo de la situación o la actitud, también puede observarse en el curso de la experiencia en personas concretas. Así pues, se puede dejar a un paciente en silencio durante algunos minutos en medio de una sesión terapéutica, y puede llegar a sentir que como todos sus síntomas han desaparecido, el efecto de la droga ha cesado. Pero cuando se reanuda la terapia, reaparecen las emociones, imágenes o sensaciones corporales, o la persona pudiera no ser consciente de ninguna manifestación inicial de los efectos de la droga hasta que está a punto de afirmarlo verbalmente, descubriendo entonces que se siente de manera diferente en el acto de romper el silencio. Pero más importante que la alternativa entre hablar o no, parece ser la distinción entre entablar una comunicación profunda o una interacción superficial y estereotipada. Muchas

*Artículos de investigación*

personas que han tomado MMDA en un ámbito no terapéutico solo sienten efectos suaves y entablan en general conversaciones e interacciones sociales relativamente superficiales. O bien, en el transcurso de la sesión terapéutica puede observarse que tendrá lugar una súbita oleada de intensas sensaciones o emociones justo cuando la conversación toque un punto delicado, cuando el terapeuta emplaza al paciente al conducirlo a un conflicto, tras el que se obtiene una nueva comprensión súbita, etc. Por lo general, el sujeto siente que puede controlar el efecto de la droga porque puede elegir entre dejarse ir u observar un papel social o una línea de acción bien definidos.

En un caso, una persona alternó entre escribir y participar en su vida familiar, y descubrió que solo podía sentirse bajo la influencia de la droga al escribir, que era cuando se abandonaba a sus preocupaciones esenciales, mientras que no observaba diferencia alguna entre su estado a la hora del té en ese día y en cualquier otro día estando a la mesa, excepto por un deseo de retirarse y continuar escribiendo. Este contraste entre la intensidad de este modo interiorizado de experimentar y lo insípido de la normalidad del contacto con el mundo exterior ha sido, para algunas personas, igual que la diferencia entre tener los ojos cerrados o abiertos: «Abro los ojos y no sucede nada. La droga no tiene ningún efecto en mí. Me siento igual que cada día. Cierro los ojos y las imágenes mentales aparecen, como una película». Sin embargo una distinción tan clara es la excepción, indicando un tipo de persona que reacciona a la MMDA meramente en términos de imágenes visuales.

No solo la experiencia con MMDA permite su manipulación, en el sentido de que el individuo se siente libre para entrar o salir de ella en mayor medida de lo que es posible bajo los efectos de alucinógenos tipo mescalina, sino que también, en un sentido más general, existe la posibilidad de «administrar» la experiencia,

*Exploraciones psicodélicas*

dirigiendo la atención de una preocupación, actividad o estímulo a otros distintos. A diferencia de la experiencia abrumadora del LSD, en la que existe una tendencia a rechazar toda iniciativa que interrumpa el flujo espontáneo de pensamientos o sensaciones en el momento, en este caso resulta fácil adoptar una actitud más orientada hacia las tareas. Por eso actividades como escribir, la exploración sistemática de un sueño, o actuar, resultan muy posibles y no dan la impresión de no ser espontáneas.

*Variabilidad de las experiencias agradables*

La mayoría de los efectos de la MMDA pertenecen a la esfera de las impresiones, la percepción visual y las sensaciones corporales, pero el grado en que estos efectos resultan aparentes en un determinado campo varía de acuerdo con el individuo y tal vez la ocasión. Comparemos, por ejemplo, las siguientes ilustraciones, que están tomadas de las propias descripciones de los sujetos acerca de sus experiencias:

1) (Mujer, 25 años) «Mientras describía un sueño, el material pareció afectarme repentinamente, una sensación de calidez extremadamente agradable, un cosquilleo y una especie de mareo que hizo que desease tumbarme. Lo hice y durante un buen rato (¿varias horas?) estuve totalmente absorta en una sensación impensante, no visual y no alucinógena de mi cuerpo... que pasó a ser más que mi cuerpo a través de una sensación de disolución... Una experiencia muy conmovedora... Me sentí tan bien... Las sensaciones corporales eran maravillosas, cálidas, fluidas... Tener un cuerpo era realmente una experiencia deliciosa».

2) (Hombre, 40 años) «La sensación usual (bajo los efectos de una droga) de tener los dientes vacíos y un estómago revuelto



*Artículos de investigación*

por la noche, con todavía rastros de los dientes vacíos a la mañana siguiente. La secuencia de imágenes era muy activa, una rápida sucesión de rostros, paisajes marinos, el súbito destello de luz en una hoguera, dibujos irregulares y docenas de escenas que no recuerdo. La siguiente fue la más significativa, sobre todo porque Claudio me preguntó sobre ellas a los cinco minutos de su aparición: un «chico idiota»<sup>6</sup> con una nariz muy ancha en la parte superior y por ello con unos ojitos muy pequeños a los lados, tiene la boca abierta y en la raíz de su lengua puedo ver una escena como en una luneta en la Biblioteca del Congreso en Estados Unidos, solo que esta estaba adornada con joyas y parecía viva. En la cima de un monte redondeado había una enorme cruz de ónix, en la que aparecían diamantes encastados del tamaño de una cabeza humana. La cruz giraba lentamente como una puerta giratoria, y bailando a su alrededor había una ninfa alta y rubia con una túnica larga y diáfana, con su largo cabello recogido bellamente en el cuello. La cima del monte parecía ser la del mundo; el ónix negro, el negro concentrado de los cielos; los diamantes, la esencia concentrada de las estrellas...»

3) (Hombre, 45 años) «Él (el terapeuta) ha recibido el don de la Gracia, y eso es todo lo que he de decir sobre él. Y hoy, a través de él, yo he recibido finalmente ese don. Mientras escribo la palabra “recibido” se ha hecho un silencio tan sagrado que lo único que puedo hacer es bajar la vista. A través de la santidad que he visto en su amable y desnudo rostro abierto, he llegado más profundamente al Misterio, en el que el espíritu y la carne no pueden separarse. Y eso se llama Amor.

6. Referencia al poema lírico «The Idiot Boy», de William Wordsworth (1770-1850), poeta romántico británico. El poema apareció por primera vez en la recopilación *Baladas líricas* (1798). (*N. del T.*)

*Exploraciones psicodélicas*

»Eso es lo que verdaderamente sucederá en el lecho de muerte, donde deja de haber fingimientos, y donde puede expresarse cualquier emoción mientras sea digna o buena, y mientras sea coherente con las mejores tradiciones de la historia humana...»

Aunque diferentes en términos de la esfera psicológica en que las experiencias hallan su expresión (sensaciones físicas, imágenes visuales o sentimientos en las relaciones interpersonales), las tres comparten el rasgo de ser «buenas» experiencias, o incluso experiencias cumbre. Podría pensarse que en ellas existe un campo experiencial común subyacente, una fuente común desde la que fluye, según el individuo y la ocasión concreta, la conciencia extática de inmediatez y existencia física, las imágenes mandálicas del centro del mundo y la cumbre de la montaña, o el «don de la Gracia» en el sentimiento del amor.

Pero, no todas las experiencias son del tipo de las que aparecen ilustradas hasta el momento, y la alternancia de fases agradables o desagradables en una sesión concreta es un suceso frecuente.

*Variabilidad de las experiencias desagradables: imágenes*

Las emociones desagradables nunca han sido tan intensas como puedan serlo en una experiencia con LSD, pero su frecuencia es mucho mayor. Al igual que con esa droga, pueden presentarse durante periodos de duración variable en el transcurso de una sesión, y pueden alternarse con sensaciones de bienestar o bien dominar la escena. Las emociones desagradables, al igual que las agradables, pueden bien experimentarse como tales, traducidas a símbolos visuales o convertirse en manifestaciones somáticas.

La siguiente es un ejemplo en el que predominan las imágenes: «Vi a gente que llegaba desde la nada hacia mí y luego, pero

*Artículos de investigación*

no al principio, que reculaban de mí y se convertían en muñecos feos e inanimados. Eso parecía representar gran parte de mi relación con la gente. En las imágenes, las personas, que eran muy guapas y de aspecto sano, se me aceraban y me miraban a los ojos. Luego las cosas cambiaban, y empezaban a retroceder, apartándose de mí y pareciendo muñecas de trapo, enanizadas».

Este episodio no solo está lejos del horror de las visiones feroces descritas con otras drogas, sino que es uno de los tres únicos ejemplos de contenido visual «negativo» que aparecen en las notas de 30 sesiones. Las imágenes recordadas suelen ser bellas y no despiertan emociones, por lo que podría sugerirse que los contenidos psíquicos que resultan inaceptables para el individuo no tienden a manifestarse a través de un medio tan comprensible como la representación visual. Y hacia el final de este capítulo veremos que las experiencias menos agradables van típicamente asociadas a un estado de sopor, por lo que muy bien pudieran darse unos recuerdos selectivos de las imágenes menos amenazadoras desde el estado de conciencia restringida. Los sujetos suelen relatar que han estado visualizando, pero no pueden recordar qué, pues el contenido de la imagen desaparece de la conciencia en cuanto la mente presta atención a otra imagen distinta. En esas ocasiones, al preguntar al respecto, solo se habla de la última visualización en curso.

Las imágenes recordadas tienden a revelar alguna importancia sin ningún intento de analizarlas, ni en el momento de su ocurrencia ni en las horas o días siguientes. En el caso de la imagen citada antes, el sujeto tuvo la revelación, en el momento de la visión, de un patrón en su relación con las personas en general, y más tarde comentaría:

«Es como cuando conoces a alguien. Llegan hasta donde tú estás y te miran a los ojos para comprobar si son aceptables para

*Exploraciones psicodélicas*

ti. Sonríen a cualquiera... Mi hija pequeña dice: "Papá, tú nunca sonríes". No puedo pensar en nada que decirle a la gente ni puedo contar anécdotas interesantes. Es como si no quisiera cautivarles ni acercarme a ellos. La gente debe acercarse y capturarme. Pero yo no hago nada y ellos retroceden. En el trabajo, con los jefes, nunca sé qué decir y por ello fracaso en mis propósitos, aunque me sienta tan capaz como cualquiera. En realidad solo puede abrirme con personas sin educación. Cuando lo hago, tiendo hablar a su manera, cometiendo los mismos errores gramaticales y pronunciando mal como ellas hacen...»

La implicación terapéutica de una buena disposición así para explorar en el simbolismo de la fantasía es obvia, pero como se trata frecuentemente de un suceso espontáneo, pudiera mencionarse como un aspecto cognitivo en la descripción de la experiencia con MMDA. Es posible sospechar que sea precisamente esta proximidad entre lo visual y la comprensión conceptual la responsable de la tendencia de algunos individuos a impedir la expresión en imágenes conscientes de los aspectos no aceptados de su vida interior.

Sería erróneo presentar estos ejemplos de imágenes sin poner de manifiesto que las secuencias ensoñadas no son de ninguna manera el evento más típico. Suelen relatarse más a menudo tal vez como escenas aisladas, y estas en ocasiones parecen ser más bien indiferentes en términos de contenido afectivo-estético y carentes de significado. Lo que parece característico de las visiones con MMDA en términos generales, cuando se contrastan con las de LSD o mescalina, es su realismo y calidad cotidiana: los paisajes y las personas son los temas más corrientes, mientras que formas abstractas, seres míticos o formas distorsionadas son menos frecuentes.

«Empecé a experimentar visiones fascinantes, muy rápidas, muy claras, de muchísimas personas que me parecían reales... No

*Artículos de investigación*

eran figuras fantasmales sino hombres, mujeres y niños de todas las edades, enfrascados en sus cosas. El que no hicieran nada inusual y el hecho de que se trataba de personas muy corrientes, combinado con su enorme número, me hizo sentir que yo estaba de alguna manera presenciando lo que hacía gente que estaba o había estado viva».

*Manifestaciones psicósomáticas*

Las sensaciones físicas —que probablemente tienen su origen en fenómenos vasculares y musculares— son el rasgo más frecuente de las experiencias desagradables. A veces pudieran considerarse como simples efectos farmacológicos de la MDMA en individuos concretos, pero por lo general son reconocidas espontáneamente por los sujetos como la manifestación externa de una emoción, y experiencias terapéuticas sugieren que muy bien pudiera ser así.

Los efectos físicos más frecuentes de la MDMA —aparte del estado de intenso bienestar ya mencionado— son mareo (80%), náuseas (12%), temperatura extrema (15%) y temblores de brazos o mandíbula (18%). Tanto un estado agradable de relajación muscular y el deseo de estirarse, encogerse, contraerse y estrujarse, parecen ser característicos de la MDMA. Aparte de esos síntomas frecuentes, cualquier reacción psicósomática concreta del individuo suele ser desencadenada por la droga: dolor lumbar, dolor abdominal, dolor de cabeza o dolor ocular, etc., Todos esos síntomas, al igual que sensaciones o imágenes en general, pueden ser momentáneos o pueden convertirse en un tipo distinto de sensación y síntoma, tanto de manera espontánea o como resultado de manipulación terapéutica.

*Exploraciones psicodélicas*

Los pasajes siguientes ilustran secuencias típicas:

1) «Mi primera reacción a la droga fue una sensación de frío. Me puse la sudadera. Luego me sentí húmedo y pegajoso, sobre todo el rostro. Estaba febril. Poco después sentí una mayor conciencia visual de la habitación: la alfombra, las uvas (*¿cortinas?*) y las flores de repente se hicieron tridimensionales.

»Me sentía bien, contento, sonriente. Cordial. Quería que los demás que había en la habitación se sintiesen igual. Poco después de eso sentí náuseas. C. (el terapeuta) y yo fuimos al aseo juntos. C. me sugirió que sintiese la náusea, dirigiéndome a la misma y preguntándole qué quería. Hablarle en lugar de dejarse llevar por ella necesariamente. Sé lo que son esas náuseas. Es la misma sensación de autodesprecio que experimenté en la sesión de yagé. En el proceso de reflexión descubrí que las náuseas desaparecieron».

2) «Empecé sintiendo algo incómodo, mareante, y la luz de la ventana empezó a molestarme. Me levanté para cerrar la persiana. Sentía el estómago muy delicado. Me senté, me tumbé y le dije a C. que me parecía que me iba a dormir (“¿Qué tiene en contra de dormir?”) Supongo que lo que tenía en contra era que no quería retirarme del drama consciente o separarme del grupo.

»Cuando me dirigí al aseo supe que tenía una alternativa —vomitar o no hacerlo— y que tal vez podía hacer ambas cosas. Pero vomitar resultaba incluso agradable en aquellas circunstancias, y no sentí que por ello debía evitar nada de la experiencia. Así que lo hice —tenía el estómago vacío—, salieron ácidos gástricos y jadeé entusiasmado. Pero no mucho tiempo. Me lavé la boca y regresé a la habitación. Las flores aparecían fragantes y hermosas y la alfombra tenía un color muy cálido —un amarillo dorado muy suave—, me gustó toda la gente

*Artículos de investigación*

que vi en la habitación, algo que no me resultaba novedoso». (Siguen imágenes hermosas y agradables.)

*Ansiedad y vacuidad*

La ansiedad suele conducir a una estimulación y a la urgencia de una curación psicológica, no solo en pacientes, sino en voluntarios. Como la emoción suele ser típicamente familiar para el sujeto y está asociada a sus problemas personales, no tarda en descubrirse queriendo hacer algo acerca de algún problema de su vida o de su personalidad. Eso resultó cierto incluso para dos sujetos a los que se dejó a solas en una habitación sin nada concreto que hacer: uno se dedicó a practicar ejercicios de yoga y el otro a un autoanálisis escrito. Este último proceso finalizó en un estado de sosiego, con la siguiente intuición reveladora:

«Todo encajó cuando decidí respetar lo que es, lo que siento, y lo que quiero, respetarlo como algo dado. No hay lugar para la crítica, solo para el deseo de que algo cambie, o para decidir tomar medidas. No hay sitio para la condena, pues así es, todo convergió para hacerlo como es. Respeto hacia la necesidad. Todo está en esa necesidad... lo necesario. El todo convocando a la vida. La llama sagrada. El santo deseo de mantener a R. en mi vida. El santo impulso de salir al viento y disfrutar con B. El santo deseo de vivir».

La necesidad urgente terapéutica no es la única respuesta a la ansiedad que puede observarse en las sesiones de MMDA. Una característica de la droga (cuando se la compara con alucinógenos más conocidos) ha sido la frecuencia de las respuestas evasivas hacia la experiencia en curso. Eso sucede en especial cuando existe poca relación entre la persona y el terapeuta,

*Exploraciones psicodélicas*

como sucedía en el caso de algunos voluntarios o pacientes que fueron remitidos por un colega para una sesión y que solo pasaron por una entrevista preparatoria. Con frecuencia, la reacción en esos casos fue de repliegue a un estado de sopor, falta de deseo de comunicar y solo un recuerdo somero de las imágenes que parecían concurrir en periodos de silencio. Por ello, estas experiencias tienen una productividad ligera, en las que es poco lo descrito aparte de unos cuantos síntomas físicos, somnolencia y una vaga sensación de estar «colgado».

«No parece que ocurra nada. No sé dónde ir a partir de aquí. Y no obstante no me siento como si no hiciera nada. Así es toda mi vida, una especie de limbo. Y no obstante, este es un limbo muy intenso. Intenso en su vaguedad, en su falta de sentido o propósito. Me gustaría poderme abrir a la tragedia. Me siento trágicamente incapaz de ver mi propia tragedia, y sospecho que está ahí. No estoy vivo, y eso ya es tragedia suficiente».

La evitación no siempre se expresa en una pérdida de intensidad de la conciencia («estar medio dormido») o en la interrupción de la comunicación, sino que también puede manifestarse en lo que en apariencia es lo contrario. Unas cuantas personas, en el mismo momento de la sesión, quisieron evitar cerrar los ojos y presenciar el despliegue de imágenes emocionalmente significativas, y eligieron moverse, hablando sobre cualquier cosa impersonal o refugiándose en el razonamiento abstracto.

La siguiente ilustración es de una sesión con un científico cuya máxima preocupación en la experiencia era especular sobre la neurofisiología del fenómeno.

Los efectos de la droga empiezan mientras el científico permanece solo en la habitación, y se siente muy asustado, llamándome. En cuanto entro, se siente eufórico y disfruta de



*Artículos de investigación*

los movimientos físicos. Empieza a hacer lo que denomina gimnasia «pseudo calisténica», ejecutada sin forzar ni esfuerzo, como en una danza. En varias ocasiones le pregunto sobre el miedo que experimentara recientemente o sobre sus sensaciones en ese momento, y en cada ocasión en que está a punto de responder, se pone ansioso y evasivo. Si no se le presiona, se torna eufórico en cuanto se deshace de la pregunta. Le pregunto si ha experimentado algún fenómeno visual. No describe ninguna alteración del mundo externo, y no ha percibido imagen alguna, pero no ha intentado hacerlo cerrando los ojos y al principio no quiere intentarlo. Diez minutos más tarde, y con bastantes reservas por su parte porque pensar en ello le provoca ansiedad, acepta cerrar los ojos solo para descubrir cómo siente la experiencia. Describe ver formas como de insectos, pero más importante que eso es una sensación muy desagradable e indescriptible que culmina en pánico. Durante la media hora siguiente experimenta la misma ansiedad cada vez que guardamos silencio o le conduzco hacia una actitud introspectiva. No quiere cerrar los ojos a lo largo de las horas que quedan de efecto de la droga, pero disfruta mirando cuadros.

Podría parecer paradójico decir que los efectos de la MMDA a nivel cognitivo son, por una parte, un incremento del flujo de revelaciones de naturaleza personal, y por otra, una actividad conceptual limitada. Aunque el pensamiento racional y la comprensión lectora siguen estando presentes, no se observa ninguna inclinación a buscar respuestas intelectuales. Las comprensiones de una naturaleza abstracta e impersonal, tan típicas del LSD-25, junto con un interés acerca de la comprensión, quedan aquí sustituidas por revelaciones emocionales que pudieran describirse como una «sensación de las

*Exploraciones psicodélicas*

propias sensaciones», más que como interpretaciones. Como en el caso de una persona que se ve a sí misma como un inglés dirigiendo torpemente al camello de su ser espontáneo, que comprendió su vida como un limbo de desapasionamiento, o como el que descubrió su autodesprecio enterrado, la mayoría de las personas salen de la experiencia con mayor conciencia de alguna faceta de su personalidad, con la que entró en contacto a través de sensaciones o imágenes durante la sesión.

La percepción del mundo externo no se ve normalmente afectada por la MMDA. Las ilusiones o distorsiones visuales son excepcionales al nivel de dosis usual. Con dosis mayores, las visualizaciones fugaces de objetos inexistentes (pseudoa-lucinaciones) parecen ocurrir con más frecuencia que las distorsiones en el entorno objetivo. Por ejemplo, una persona «tuvo la impresión» de que un gato entraba varias veces en la casa situada en la periferia de su campo visual. En otra ocasión un sujeto vio, repentina y fugazmente, un frutero ante ella.

La transformación visual del entorno más común es la que tiene lugar durante los estados de contento, calidez y serenidad que son característicos de episodios en las sesiones, y se describe como una mayor conciencia del volumen, el color o las relaciones, y que todo parece precioso.

*Los efectos de la MMDA comparados con los alucinógenos*

Resumiendo la anterior descripción de los efectos de la MMDA, puede observarse que esta sustancia comparte con los alucinógenos la característica de suscitar sensaciones o imágenes, pero que difiere de sustancias como el LSD-25 o la mescalina en varios

*Artículos de investigación*

aspectos: en su conjunto esta experiencia es de tipo más personal, particular y físico, con menos énfasis en la abstracción o el simbolismo impersonal. El contacto con el entorno no suele verse afectado excepto por una tendencia a replegarse en un sopor en las experiencias o momentos menos agradables, existiendo por lo general una notable disposición a manipular la experiencia dirigiendo la propia atención hacia/alejándose de distintos temas, estimulando situaciones o actividades imaginarias.

Desde la descripción de Huxley de las experiencias psicodélicas en términos de «cielo e infierno», dichos términos se han venido utilizando ampliamente al hacer referencia a algunos de los estados mentales inducidos por los alucinógenos, y de hecho esas imágenes o ideas arquetípicas parecen muy adecuadas para describir los desconocidos estados de conciencia precipitados por el LSD o la mescalina. No obstante, no ocurre lo mismo con la MDMA.

Aunque es cierto que las experiencias con esta droga tienden a ser de naturaleza agradable o desagradable, la cualidad de ambos extremos sensitivos es distinta de las sobrenaturales tan a menudo descritas en el uso de los alucinógenos más conocidos. Aunque las cualidades de «celestiales» o «infernales» están presentes en las experiencias con MDMA, parecen estar sobrepuestas o particularizadas en emociones más familiares, como simpatía o ansiedad. Y el contenido de la mente relacionado con esas sensaciones está en la naturaleza de las preocupaciones personales en lugar de en entidades universales. En el extremo positivo de la banda sensitiva, rara vez suscita la MDMA experiencias de una clara naturaleza mística como suelen hacer el LSD o la psilocibina (y que han provocado en varios de los sujetos experimentales), o de un tipo mítico, altamente simbólico y arquetípico, como sucede con el yagé.

*Exploraciones psicodélicas*

La MMDA, al igual que esos alucinógenos, puede suscitar «experiencias cumbre», pero estas tienden a diferenciarse de las inducidas por estos últimos, de la misma manera que las experiencias con MMDA difieren en general del resto. Así pues, en lugar de la cualidad mística de las experiencias cumbres con LSD, la cumbre estética de la mescalina y la mística del yagé, con la MMDA se da un énfasis en las experiencias de amor y autoaceptación. Estas son ilustraciones típicas de ello:

«Fue una delicia sentir la desaparición de la irritación y sentirse abierto y cariñoso».

«Mi estado al cabo de unas dos horas pareció ser de empatía y pasividad, de una compasión de tipo impersonal».

Cualquier psicoterapeuta que trabaje con alucinógenos comprende que un paciente pueda sentirse más cercano a él tras una sesión en la que el fondo de su ser ha quedado al descubierto a un nivel inusual y al haberse compartido muchas y significativas experiencias, pero me parece que en este grado de relación existe un factor más importante que está basado en sensaciones de calidez y empatía. Como ya se ha señalado, los elementos místicos y religiosos no son característicos de la experiencia con MMDA. En el único caso en que el lenguaje religioso fue dominante al expresar la experiencia (la de un hombre muy religioso), esa cualidad pareció surgir o conducir a la relación personal con el terapeuta en ese momento.

Este es un fragmento del diario de este paciente, escrito cuatro días después de la sesión:

«De repente veo lo que es un hombre. Romero no es un hombre; Rojas no es un hombre. Tonio González tampoco. Ni Tito Soler. Un hombre es un suceso inusual en la definición que manejo. C. es un hombre. Es muy difícil, y toda la historia te calibra según esta lucha; o lo consigues, o te vas, o te

*Artículos de investigación*

matas. Muchos lo hicieron al intentar esforzarse en pos de la hombría. Puedo ver que puedo evitarlo, Dios mediante (y esta noche digo “Dios” con lágrimas en los ojos y mi cabeza realmente inclinada por respeto). Ah, este es el secreto interior de la hombría: atreverse a servir a Dios. Atreverse a seguir el camino solitario, en caso de ser necesario, por las cumbres de las montaña y por los valles; atreverse a dar la espalda a los molestos “deberías” de la sociedad a fin de rezar, cortar madera, hacer el amor, escribir y cantar, tallar y dormir a tu manera. De eso trata la hombría.

»...Le amo y disfrutaría de estar con él bajo todas las circunstancias. El amor es la fuerza más grande de todas, y atreverse a decir sencillamente “le amo”, es, en sí mismo, ser libre de cualquier esclavitud».

La persona que escribió esto es una de las pocas que experimentó los efectos del LSD y el yagé, además de MMDA, y sus comentarios nos sirven para comprender la singularidad de cada una de las drogas y cómo las tres pueden actuar en modo complementario a la hora de fomentar un proceso coherente.

El siguiente resumen de las tres experiencias se escribió a petición mía seis meses después de la sesión de MMDA:

«En mi primera experiencia con 350 µg de LSD el 1 de mayo, experimenté la zona central de manera religiosa, y salí de un sistema cósmico giratorio, zumbante y chasqueante, un tanto horrible, para entrar en una especie de nave de riquezas superlativas, formada con luces encantadoras que eran tan duras como joyas, con la calidad de las buenas vidrieras. Era una especie de claro rodeado de riqueza y belleza incomprensible, pero no exactamente más allá de la experiencia, y sin sonido. No obstante había música, y la última pieza, un antiguo himno holandés de Acción de Gracias, trasladó ese valor al mundo

*Exploraciones psicodélicas*

pre-LSD en las siguientes semanas (*¿Querrá decir el mundo post LSD?*). El recuerdo es de una intimidad casi demasiado dolorosa con... ¿Dios? ¿La familia? ¿La humanidad? El 1 de mayo dije con gran alegría: “Ahora estamos todos juntos”. Sentí que eso hacía referencia a mi desafortunada, dislocada y nunca unificada familia, así como a todos nosotros en la tierra que hemos estado y seguimos estando dislocados unos de otros. Sentí que era un lugar elitista, y recuerdo la frase: “Muchos serán los llamados, pero pocos los elegidos”, citada por Jung en su escrito sobre la llamada incondicional de la Vocación. En la grabación yo digo: “Sabía que lo conseguiríamos... una familia pequeña”. Eso combina la urgencia de unificación de las partes de la familia con la irrelevancia relativa de este grupo pequeño, comparado con el Hombre y Dios. La experiencia del 1 de mayo fue pura dinamita, revelando mucho pesar y la enormidad de la falta de vivacidad en mi pasado.

»La siguiente experiencia fue de yagé-LSD, el 7 de agosto. Salieron dos temas de la experiencia del 1 de mayo: la realidad religiosa y un interés sexual extremadamente intenso por las mujeres hindúes, o partes de ellas, siendo esto solo parcialmente percibido.

»El 7 de agosto, el tema sexual apareció sobre todo en una escena en la que muchos y preciosos animales eran guardados por unos hombres en una parte de un enorme río tropical... para el uso de otros hombres de gustos elegantes y eróticos, o para el uso de melindrosos felinos, como los tigres. Dos días después escribí: “De alguna manera parece que revestí a seres humanos con cualidades no animales. Tal vez porque el cuerpo (anciano) de mi madre me disgustaba”.

»El tema religioso se presentó aquí en una nueva versión de “Ahora estamos todos juntos”: todos los personajes de mi

*Artículos de investigación*

infancia en Suiza se reunieron un domingo por la tarde. Todo estaba en paz y había algo muy erótico, de una manera muy serena. Esta combinación de movimientos sexuales religiosos alcanzó un sorprendente clímax cuando empezaron las peregrinaciones: pastores protestantes vigorosos y más bien jóvenes, cada uno de ellos llevando una cruz y esforzándose, ascendiendo continuamente, esforzándose y esforzándose, sin quejarse, pero tampoco de manera heroica... solo ocupados en la tarea de fundar iglesias (recuerdo la obra de Christopher Fry, *The Boy With a Cart*). Entre tanto esfuerzo por construir, vi a los católicos romanos, mujeres y también hombres, y a veces niños. Ellos también rendían culto, de otra manera. Al estar tan cerca de estos comprendí finalmente la maravilla de la creencia católica en la Virgen, su amor profundamente espiritual, emocional y casi físico por la Madre de Dios. En algún lugar o en alguna ocasión, los católicos y los protestantes se unían... un sólido momento de buen entendimiento, resultando en una serena celebración. Sucedió un milagro cuando los católicos llevaron a cabo su servicio en un lugar nuevo, no en la iglesia usual, sino en medio de los movimientos de los protestantes. Llevaron a un joven sacerdote irlandés junto al lugar sagrado, donde se invocaba a —o estaba incluso presente— la Madre de Dios, donde podía abordarse el Misterio esencial, algo muy femenino y sensible, tan maduro, rico y prohibido, tan diferente de nuestros modos protestantes. Llevaron hacia allí al joven, con su pene a la vista y erecto, carne joven muy dispuesta, casi compulsivamente ansiosa de tener una unión con este Misterio femenino... Metieron el joven pene, pero aparentemente no en el acto físico del amor, sino de otro modo. Se trata de un acto demasiado santo como para mirar, pues tiene lugar tras la cortina.

*Exploraciones psicodélicas*

»15 de Octubre: MMDA. Las experiencias religiosas citadas antes pasaron a una fase totalmente nueva, aparentemente porque la divinidad que había estado tan alejada y misteriosa, de repente fluía estrictamente desde C. Tal vez mi primera experiencia grupal también ayudó a favorecer este giro social en el camino. Primero vi absolutamente a C. como a Dios, o como alguien muy íntimamente conectado con Dios, y su mirada sobre mí fue una experiencia extática, no en el sentido de perderme a mí mismo, sino en el de ver cómo un rostro humano... incluyendo el mío... podía convertirse en un instrumento divino así. Fue una declaración definitiva de Amor... De Amor Dulce; y una profunda experiencia religiosa, más profunda de lo que había conocido antes... una dimensión completamente nueva, mostrándome por primera vez, que de alguna manera cualquier cuestionamiento profundo puede llevar al hombre a esa pradera donde “Ahora estamos todos juntos”, y que hay una manera de relacionar esas antaño remotas experiencias interiores, como la del 1 de mayo, a las experiencias táctiles en curso. Ese es el aspecto revolucionario de la MMDA para mí: crea, por fin, el tan ansiado puente entre las profundidades del “mundo arquetípico” y el mundo conceptual usual al que parece estar limitada la mayoría de la gente. Fue genial sentir que dejaba de estar solo en este viaje: allí había otros, por delante de mí, y por detrás, y al lado, pues aquí estaba Claudio para demostrarlo. Al mismo tiempo, me proponía a través de su rostro y acciones un nuevo mundo: vi su rostro como el del Diablo, y su cabello de color rojo; y mirando en sus ojos en un momento íntimo, vi que Dios y el Diablo coexistían allí, y que de alguna manera Claudio era capaz de albergar a ambos cómodamente, o al menos sin provocar desastres».



*Artículos de investigación*

El proceso continuó, pues la sensación experimentada bajo la MMDA también apareció en mayor o menor medida en otras relaciones de este hombre e influyó en su vida. Por eso cree que la MMDA le resultó valiosa, pues «redujo el extrañamiento entre las verdades interiores percibidas y su aplicación».

Esta particular experiencia con MMDA es de una importancia excepcional («fue la experiencia central de mi vida») porque la dimensión de conciencia personal y amor se fusionó con la dimensión espiritual descubierta en experiencias previas del habitual tipo «psicodélico». La cualidad de la MMDA fue en este caso la de una «encarnación» e inmanencia de una divinidad que solo había sido experimentada como trascendente y fuera de los seres humanos.

En algún momento, en la década de 1960, escribí un libro sobre el uso de la terapia gestalt bajo los efectos de MMDA. Pensé en titularlo *Gestalt Therapy Revisited (Terapia gestalt revisada)*, y eso enfureció tanto a Fritz Perls que nuestra amistad concluyó ahí. Más tarde, me gustó mi capítulo sobre la MMDA en *The Healing Journey*, y nunca volví a presentar mi libro sobre gestalt psicodélica a un editor, pero no obstante incluiré aquí un pasaje sobre la idoneidad de la MMDA como refuerzo de la terapia gestalt y los efectos de la MMDA:

«Tras haberme dedicado a la investigación y terapia con varios alucinógenos durante varios años, tengo una opinión favorable, por una parte, acerca del enorme potencial de esas sustancias en la terapia de neurosis y, por otra, de la importancia decisiva de lo que se aborda y cómo, en el estado de funcionamiento mental que pueden inducir. Con respecto a esto, soy consciente de la

*Exploraciones psicodélicas*

necesidad de una guía terapéutica y de un enfoque que utilizar al trabajar con drogas si lo que se busca es una curación duradera. No obstante, las formas de terapia verbal e interpretativa más conocidas no parecen poder aplicarse idealmente a la cualidad regresiva, prerracional y no verbal de la experiencia con alucinógenos. Algunas herramientas no verbales desarrolladas por terapeutas para lidiar con este contexto específico (como el uso de un espejo o la descarga de hostilidad) han sido útiles, pero no conforman un enfoque integral de la situación.

»La terapia gestalt, un sistema de psicoterapia específico pero no muy conocido, con su énfasis en «darse cuenta» en lugar de interpretar, en «recobrar la sensatez» más que en traducirlo en palabras, en «implementar» en lugar de «pensar al respecto», daba la impresión de ser la herramienta ideal para utilizarla a la hora de lidiar con el estado mental inducido por alucinógenos, al menos entre los enfoques existentes. No obstante, había que anticipar algunas limitaciones a la hora de utilizar este enfoque con las drogas alucinógenas, sobre todo porque lo «psicodélico» es difícil de manipular, ya que el deterioro de la comunicación suele ocurrir cuando se aborda un área conflictiva, así como en ocasiones un abrumador deseo de ceder a la experiencia, que no se presta bien a actividades como tomar partido entre las alternativas en un conflicto o representar un sueño.

»Además, los aspectos estéticos o místicos de una experiencia con mescalina o LSD-25, cuando se hayan presentes, parecen que de alguna manera son independientes del aspecto terapéutico, por valiosos que puedan ser. Cuando duran, constituyen una experiencia de cordura, pero una vez que pasan, la persona puede descubrir que no puede volver a suscitarlos, atrapada en conflictos personales (sobre todo inconscientes) que no se trataron en ese momento. Parece que a veces sería

*Artículos de investigación*

posible, con los alucinógenos mejor conocidos, cortocircuitar o soslayar el área de conflicto y «dirigirse directamente al cielo». Cuando esto sucede, se obtiene una visión despejada y desapegada de la realidad, una apertura de «las puertas de la percepción», a expensas de dejar de lado durante un momento el obstáculo en sí, que es contemplado y finalmente disuelto mediante conciencia. Por lo general, durante una experiencia así, la persona encantada con la gloriosa visión se alejará de las cuestiones que pudieran conducirle a uno de los estados «infernales» tan bien conocidos. Y si no es así, el resultado podría ser igual, a causa de que los fragmentos de la respuesta habitual a un problema parecen estar ausentes y no pueden tratarse: «No hay ningún problema». Y no obstante el problema estará ahí al día siguiente, como de costumbre. Resistencias, orgullo neurótico, sentimientos heridos, disgusto... todo eso estará presente para ser abordado. De hecho, si esta situación no se manipula de alguna manera, sería más ventajoso usar terapia sin drogas.

»Estas reservas fueron la razón de mi interés en las propiedades de la MMDA (3-metoxi-4,5-metilendiofenilisopropilamina), junto con la creencia de que se prestarían mejor a una psicoterapia activa que la mescalina, el LSD-25, la psilocibina o sus combinaciones. Las propiedades de la MMDA son esencialmente las de un estimulante de la toma de conciencia de los sentimientos y sensaciones corporales y un facilitador de la visualización de imágenes (generalmente con los ojos cerrados). El pensar y el contacto con el entorno no se ven perjudicados, la experiencia resulta fácil de manipular (pues la atención puede dirigirse según se desee a una cuestión dada), y pueden suscitarse imágenes específicas. Como quedará demostrado en el siguiente capítulo, existe lo que

*Exploraciones psicodélicas*

podiera denominarse «experiencias cumbre»<sup>7</sup> con MMDA, que se parecen más a lo que Maslow ha designado con ese término que el de «experiencia psicodélica».<sup>8</sup> Esas experiencias cumbre son rara vez espontáneas, sino que a menudo son el resultado de aceptar un problema interno que ha reclamado atención y que se ha trabajado. Emociones desagradables, como ansiedad o depresión, son las más frecuentes al principio de una sesión, y por lo general conducen a la necesidad espontánea de prestar atención a un problema vital.

Así pues, en este libro propongo lidiar con las situaciones que se presentan en la práctica de la terapia gestalt, conjuntamente con MMDA. La terapia gestalt es un enfoque psiquiátrico y los procedimientos pertinentes desarrollados por el Dr. Frederick Perls. Este enfoque, practicado por sus estudiantes en todo Estados Unidos, aparece descrito de manera fragmentaria en sus libros.<sup>9</sup> Básicamente una forma de psiquiatría existencial, también se caracteriza por la relevancia de las concepciones holísticas y gestálticas, así como por ideas derivadas de la teoría psicoanalítica. Mi formación personal en esta forma de terapia tuvo lugar en entornos grupales, con los doctores Perls y James Simkin llevando a cabo terapia y

7. El término «experiencia cumbre» fue introducido por Maslow para designar estados de un valor excepcional que experimentan muchas personas de manera espontánea en un momento u otro de sus vidas. En este libro tomo prestada la expresión para designar estados de calidad similar inducidos por drogas, como experiencias místicas, estéticas o afectivas, sin necesariamente asumir nada más que una analogía entre el concepto de Maslow de una experiencia cumbre y esos estados inducidos farmacológicamente.

8. La noción de una «experiencia psicodélica» fue introducida por Osmond, y presentada de manera más insistente por A. Hoffer para designar el tipo de reacción extática y disolvente el ego ante el LSD-25 y otras drogas parecidas.

9. *Ego, Hunger and Agression*.

*Artículos de investigación*

discusiones tanto individualmente como en colaboración. Observé que en cada uno de los diversos talleres intensivos de una semana de duración a los que asistí, al menos la mitad de los participantes experimentaron una crisis importante, seguida de lo que prometía llegar a ser un cambio de personalidad definitivo. Mi experiencia personal a partir de cien horas de exposición a los procedimientos ha tenido una importante trascendencia en mi vida, tanto como persona y como terapeuta, que las alrededor de trescientas horas de psicoanálisis ortodoxo. En el momento de escribir estas líneas he presenciado las reacciones de 45 personas a la MDMA, siendo 28 de ellas pacientes psiconeuróticos que han experimentado psicoterapia (análisis o gestalt) y la mayoría de los cuales (25) han tomado LSD-25 en un entorno terapéutico. El resultado de cada uno de los 28 casos ha sido invariablemente un paso más importante a la hora de comprender o cambiar de lo que pudiera haberse esperado a partir de un número de horas parecido de psicoterapia no asistida con la droga, y para ocho de los sujetos representó un punto crítico en su vida. Por lo tanto creo que una única sesión psicoterapéutica de cuatro o cinco horas utilizando MDMA —adecuadamente preparada mediante el establecimiento de objetivos— pudiera ser útil incluso allí donde otros métodos han fracasado, bien en términos de autocomprensión o de mejora subjetiva».



## SOBRE EL AUTOR

El doctor Claudio Naranjo, reconocido psiquiatra chileno, escritor, maestro y conferenciante de renombre internacional, es considerado pionero en su trabajo experimental y teórico como integrador de la psicoterapia y las tradiciones espirituales. Uno de los primeros investigadores de las plantas psicoactivas y la terapia psicodélica y uno de los tres sucesores de Fritz Perls (fundador de la terapia gestalt) en el Instituto Esalen, desarrolló posteriormente la psicología de los eneatis a partir del Protoanálisis de Ichazo y fundó el Instituto SAT (Buscadores de la Verdad [Seekers After Truth]), una escuela de integración psicoespiritual. Cuando no escribe, viaja por todo el mundo, consagrando su vida a ayudar a los demás en su búsqueda de la transformación y tratando de influir en la opinión pública y las autoridades en la idea de que solo una transformación radical de la educación podrá cambiar el curso catastrófico de la historia.

### *Trayectoria*

Claudio Naranjo nació el 24 de noviembre de 1932, en Valparaíso, Chile. Creció en un ambiente musical y, tras una temprana

*Exploraciones psicodélicas*

incursión en el piano, estudió composición musical. Poco después de entrar en la facultad de medicina, sin embargo, dejó de componer y se dedicó más a sus intereses filosóficos. Importantes influencias de esa época fueron el visionario poeta chileno y escultor Tótila Albert, el poeta David Rosenman Taub y el filósofo polaco Bogumil Jasinowski.

Tras licenciarse como doctor en medicina, en 1959, fue contratado por la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile para formar parte de un pionero Centro de Estudios en Antropología Médica (CEAM), fundado por el profesor Franz Hoffman. Al mismo tiempo, llevó a cabo su residencia en psiquiatría en la Clínica de Psiquiatría de la Universidad de Chile bajo la dirección de Ignacio Matte-Blanco.

Interesado en la investigación sobre los efectos deshumanizadores de la educación médica tradicional, viajó brevemente a los Estados Unidos, en una misión asignada por la Universidad de Chile, para explorar el campo del aprendizaje perceptivo, y en ese momento conoce los trabajos del doctor Samuel Renshaw y de Hoyt Sherman, en la Ohio State University.

En 1962 estuvo en Harvard como profesor invitado con una beca Fulbright en el Centro de Estudios de la Personalidad y en el Emerson Hall, donde participó en Seminario de Psicología Social de Gordon Allport. Asimismo, también estudió con Paul Tillich. Antes de su regreso a Chile, en 1963, se asoció con el doctor Raymond Cattell, en el IPAT, Instituto de la Personalidad y Capacidad de Prueba, en Champaign (Illinois), y fue invitado a la Universidad de Berkeley (California), para participar en las actividades del Centro de Valoración e Investigación de la Personalidad (IPAR). Tras un nuevo periodo en el Centro de Estudios de Antropología Médica de la Facultad de Medicina, en Chile, el doctor Naranjo regresó una vez más a Berkeley y al IPAR, donde



*Sobre el autor*

prosiguió sus actividades como investigador asociado hasta 1970. Durante esa época se convirtió en estudiante de Fritz Perls y en parte de la primera comunidad de la terapia gestalt, y luego comenzó a impartir talleres en el Instituto Esalen.

En los años que le llevaron a ser una figura clave en Esalen, el doctor Naranjo también recibió entrenamiento adicional y la supervisión de Jim Simkin, en Los Ángeles, y asistió a talleres de conciencia sensorial con Charlotte Selver. Llegó a ser amigo íntimo de Carlos Castaneda y también formó parte de la innovadora terapia psicodélica de grupo de Leo Zeff (1965-66). Esos encuentros fructificaron en las contribuciones del doctor Naranjo en el uso de harmalina, MDA, ibogaína y otras fenilisopropilaminas en el ámbito de la psicoterapia, descritas parcialmente en su libro *The Healing Journey*.

En 1969, fue recabado como consultor de política educativa en el Centro de Investigación creado por Willis Harman en el Stanford Research Institute. Su informe sobre lo que era de aplicación a la educación desde el campo de las técnicas psicológicas y espirituales entonces en boga apareció posteriormente en su primer libro, *La única búsqueda*. Durante ese mismo periodo, fue coautor de un libro, con el doctor Robert Ornstein, sobre meditación (*Psicología de la meditación*), y también recibió una invitación de la doctora Ravenna Helson para examinar las diferencias cualitativas entre libros representativos del «matriarcado» y el «patriarcado» a partir de su análisis factorial sobre escritores de ficción para niños, lo cual le llevó a escribir *El niño divino y el héroe*, que fue publicado mucho después.

La muerte accidental de su único hijo, ocurrida en 1970, marcó un punto crucial en la vida de Claudio Naranjo que le llevó a emprender un largo peregrinaje, bajo la guía de Oscar Icha-zo, que incluyó un retiro espiritual en el desierto cercano a Arica,

*Exploraciones psicodélicas*

Chile. En su opinión, este el verdadero principio de su experiencia espiritual, su vida contemplativa y su guía interior.

Después de salir de Arica, comenzó a enseñar a un grupo en Chile, que incluía a su madre, alumnos de gestalt y amigos. Este grupo, que comenzó de manera más bien improvisada, dio forma a su actividad en Berkeley, durante la década de los 70, e hizo posible la creación de una entidad sin ánimo de lucro llamada Instituto SAT. Los primeros programas SAT recibieron la visita de una serie de maestros invitados, entre los que se contaron Zalman Schachter, Dhiravamsa, Ch'u Fang Chu, Sri Harish Johari y Bob Hoffman.

En 1976, el doctor Naranjo fue profesor invitado en el Campus de Santa Cruz, de la Universidad de California, durante dos semestres, y más tarde, de forma intermitente, en el Instituto de Estudios Asiáticos de California. Al mismo tiempo, también comenzó a ofrecer talleres de forma discontinua en Europa. De ese modo, pudo seguir perfeccionando determinados aspectos del mosaico de enfoques contenidos en el Programa SAT.

En 1987 lanzó un renacido Instituto SAT para el desarrollo personal y profesional en España. Desde entonces, el Programa SAT se ha extendido con gran éxito a Italia, Brasil, Chile, México, Colombia, Argentina, Francia y Alemania, y, más recientemente, a Inglaterra y Corea del Sur.

El doctor Naranjo ha enseñado en el Instituto tibetano Nyingma, de Berkeley; fue profesor de religión comparada en el California Institute of Asian Studies (actualmente California Institute of Integral Studies), es miembro de la rama norteamericana del Club de Roma y del Instituto de Investigaciones Culturales de Londres, así como presidente honorario de la Escuela Madrileña de Terapia Gestalt y del Instituto Gestáltico de Santiago de Chile, entre otros muchos.

*Sobre el autor*

Desde finales de los años 80, el doctor Naranjo ha repartido su agenda anual entre sus actividades en el extranjero y su labor literaria en su casa de Berkeley. Sus numerosas publicaciones de esa época incluyen la versión revisada de un antiguo libro de terapia gestalt, así como tres nuevos títulos sobre esta escuela. También escribió tres libros sobre las aplicaciones del eneagrama a la personalidad (*Carácter y neurosis*, *El eneagrama de la sociedad y Autoconocimiento transformador*), un nuevo libro sobre meditación (*Entre meditación y psicoterapia*) y Cantos de despertar, una interpretación de los grandes libros de Occidente en tanto que expresiones del viaje interior y variaciones del *relato del héroe*. En su libro *La agonía del patriarcado* (el precedente de *Sanar la civilización y de La mente patriarcal*) ofreció por primera vez su interpretación de la crisis mundial como una expresión de un fenómeno psicocultural intrínseco a la misma civilización —es decir, la devaluación de la crianza femenina y el instinto infantil por parte de nuestra cultura guerrera— y ofreció una posible solución a esta situación en el desarrollo armónico de nuestros tres cerebros. En los últimos tiempos ha coordinado las obras *27 personajes en busca del ser* y *El carácter en la relación de ayuda*, donde, junto a un equipo de colaboradores del ámbito de la psicoterapia, escribe sobre el inédito asunto de los 27 subtipos de la psicología de los eneatis; además, prepara una nueva cosecha de obras sobre eneagrama y otros temas diversos, fruto de la cual son los recientes libros *Budismo dionisiaco* y *La música interior*, sobre hermenéutica musical. Recientemente, ha publicado también *Ayahuasca, la enredadera del río celestial*, que recoge cincuenta años de su labor de investigación en psicoterapia con esta bebida amazónica, y *La revolución que esperábamos*, por una política de la conciencia que constituya un antídoto para nuestro mundo en crisis.

Desde finales de los 90, el doctor Naranjo ha impartido

*Exploraciones psicodélicas*

muchas conferencias sobre educación y ha tratado de influir en la transformación del sistema educativo en distintos países. Es su convicción de que «nada es más esperanzador, en términos de evolución social, que el fomento colectivo de la sabiduría, la compasión y la libertad individual». A través de su libro *Cambiar la educación para cambiar el mundo*, publicado en 2004, ha tratado de estimular los esfuerzos de los profesores entre los graduados del SAT que comienzan a implicarse en el proyecto del SAT educación, que ofrece al personal docente y a los estudiantes de las escuelas de educación un plan de estudios complementario en autoconocimiento, reparación de relaciones parentales y cultura espiritual. Debido a esas contribuciones, la Universidad de Udine le confirió, en el año 2005, un Doctorado Honoris Causa en Educación.

En el año 2006 fue creada la Fundación Claudio Naranjo para aplicar las propuestas del doctor Naranjo concernientes a la transformación de la educación tradicional en una educación que no descuide el desarrollo humano del que depende, en su opinión, nuestra evolución social.

*Links*

Página web personal: <http://www.claudionaranjo.net>

Fundación Claudio Naranjo: <http://www.fundacionclaudionaranjo.com/>

Ediciones La Llave: <http://www.edicioneslallave.com>

Programa SAT: <http://www.programasat.com>

*Sobre el autor*

*Otros libros de Claudio Naranjo*

*La vieja y novísima gestalt: Actitud y práctica*

*La agonía del patriarcado*

*La única búsqueda*

*Carácter y neurosis\**

*Entre meditación y psicoterapia\**

*El eneagrama de la sociedad. Males del mundo, males del alma\**

*Cambiar la educación para cambiar el mundo\**

*Cantos del despertar\**

*Gestalt de vanguardia\**

*Cosas que vengo diciendo\**

*El niño divino y el héroe*

*Por una gestalt viva\**

*La mente patriarcal*

*Sanar la civilización\**

*Autoconocimiento transformador\**

*27 personajes en busca del ser\**

*Ayahuasca, la enredadera del río celestial\**

*La revolución que esperábamos\**

*El viaje interior en los clásicos de Oriente\**

*Psicología de los eneatis – Vanidad\**

*Gestalt sin fronteras\**

*Budismo dionisiaco\**

*La música interior\**

\* Títulos publicados en Ediciones La Llave

